

355.48(914)<<18>>

Sen

LA INSURRECCIÓN EN FILIPINAS

y

GUERRA HISPANO-AMERICANA

EN EL ARQUIPIÉLAGO

LA INSURRECCIÓN EN FILIPINAS

GUERRA HISPANO-AMERICANA

EN EL ARCHIPIÉLAGO

POR

MANUEL SASTRÓN

EX DIPUTADO A CORTES;
ANTIGUO Y ÚLTIMO FUNCIONARIO DE LA ADMINISTRACIÓN CIVIL EN FILOLA
EN AQUELLAS ISLAS



MADRID

IMPRENTA DE LA SUCESORA DE M. MINUESA LR. LOS RÍOS
Miguel Bayet, 13. — Teléfono 651.

1901

PROEMIO

Cuando en el año 1897 publicamos el primer tomo de *La insurrección en Filipinas*, estampábamos como proemio los conceptos y palabras siguientes:

A un pueblo que ofrece tales mórbidas manifestaciones cuales las que acaba de presentar gran parte del pueblo tagalo, antes que ser discutido por los políticos y juzgado por los historiadores, le interesa ser objeto de las reflexiones de los moralistas y del diagnóstico de los médicos; porque si estos elementos científicos, juzgando el mal aludido, tu declarasen «una pérdida del equilibrio en el constitutivo moral, obteodriese como consoladora atenuante pura hechos tan inauditos cuales los de la presente rebelión en Filipinas, una explicativa clara, una razón de patogema digna de no ser menospreciada por aquellos que legislan y definen en juicios solemnes para lo presente y lo futuro».

Entendemos fuera fortuna singular para el gran número de filipinos iugratos, determinadores del triste cruel acaecimiento revolucionario de 1896, poder aplicar al hablar del mismo aquella frase del Dr. Laborde en sus interesantes cartas a su colega el Dr. Moreau: «un vent de folie a passé par là», ó, lo que es igual para nosotros: el pueblo tagalo acaba de sufrir un verdadero intenso acceso de locura.

Solamente evocando esta hipótesis es como nosotros, testigos presenciales de los hechos, podremos contener en algo, no en todo ni aun en mucho, las durezas justísimas que debemos producir y produciremos al calificar y somera y pobremente describir el delito perpetrado por los rebeldes tagalos contra la secular magnánima dominación española en el extremo Oriente; en el grau Archipiélago filipino; en ese vasto imperio que, para la Corona de España, adquirieron los heroicos inconcebibles esfuerzos de Magallanes y de Legazpi, fieles intérpretes de la sabia ley con que España trazó el procedimiento suave, humanitario, verdaderamente cristiano con que aquellos indios han sido regidos en el transcurso de todos los tiempos y edades.

Desde la poquedad de nuestras fuerzas de inteligencia no nos es posible acó-

meter, ni lo soñamos, empresa tan ardua cual para nosotros fuera la de relatar por modo completo, bien y fielmente, «la insurrección filipina de 1896», de perdurable, execrada y tétrica memoria: lo que meramente intentamos, por impulsos de nuestro patrio amor y de nuestro afecto singular hacia aquella española tierra, desde nuestra juventud muy frecuentada, es:

»1.º Recordar algo del estado político-social en que hallaron los españoles á los indígenas filipinos.

»2.º Bosquejar cuánto entendemos debe ese pueblo filipino á la dominación española.

»3.º Discutir brevemente acerca de lo que en concepto nuestro se refiere al periodo preparatorio y prodrómico de la ahominable rebelión de los tagalos á quienes aludimos.

»4.º Detallar un poco de la rebelión misma.

»5.º y último. Puntualizar la que nuestro juicio nos señala como más conveniente para la causa santa de la integridad del territorio.

«Si por la pureza de nuestras intenciones el lector quiere disimular nuestras notorias deficiencias de forma, y sobre todo las que podamos revelar en doctrinales ideas, recibiremos merced, hacia la cual siempre prodigaremos el más sincero reconocimiento. — MANUEL SASTRÓN. — Madrid, 1897.»

Los terribles acaecimientos producidos diez y seis meses después de publicado el primer tomo á que aludimos, en nada han podido variar nuestros conceptos: evidente es la prueba. Si los Estados Unidos de América vienen hallando dificultades tantas para la dominación del Archipiélago filipino, teniendo por enemigo sólo á los naturales de aquel país, es claro que, habiendo éstos permanecido fieles á la causa de España y luchado unidos á los 22.000 soldados españoles peninsulares que allí sumábamos, aun cuando la Metrópoli no hubiera podido enviar más elementos de guerra después del cruento desgraciado combate de Cavite, habría sido para el Norte de América problema mucho más grave de lo que lo es la dominación efectiva del Archipiélago de Legazpi.

Las vicisitudes de la guerra han hecho que de los 2.000 ejemplares que imprimimos del primer tomo de esta nuestra pobre obra relatando todos los acontecimientos determinados por la insurrección filipina, desde su inicio en 1896, hayamos perdido 1.400, que se hallaban diseminados por las provincias del Archipiélago filipino: este accidente nos ha obligado á la tirada de una nueva edición que comprenda el texto literal de dicho primer tomo y el del segundo y último, que describe sin solución alguna de continuidad los principales acontecimientos de la revolución filipina y los de la pérdida de la soberanía de España en el Archipiélago, por inverosímil resultado de la guerra entre España y los Estados Unidos de América.

MANUEL SASTRÓN.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Síntesis del estado político-social en que los españoles hallaron á los pobladores de las islas Filipinas.

Entre las conquistas y descubrimientos de pueblos ignotos, de que puedan gloriarse genéricamente los 456 millones de individuos que constituyen la raza blanca ó caucásica, no se ha logrado una de las primeras ni efectuado uno solo de los segundos, por modo más conforme con la moral cristiana, que aquel que se evidencia en el descubrimiento, conquista y régimen instituido por los españoles en el Archipiélago filipino.

Un puñado de heroicos navegantes, montando frágiles carabelas, ninguna mayor de 130 toneladas, dirigidas con brújula, cuyas observaciones no podían ser enmendadas, desconociéndose, según se desconocían, las oscilaciones de declinación; un puñado de hombres de espada, quienes la esgrimieron en más ocasiones que para sostener el derecho de dominio, indiscutible por toda ley moral, natural y divina, fielmente interpretadas por la ley civil y por los códigos internacionales, para dirimir contiendas y vengar ultrajes que de continuo y desde lo inmemorial venían manteniendo ó injuriándose los pueblos que aquéllos venían descubriendo; y un puñado de misioneros (¡¡ los frailes de Filipinas!!) que acompañaban siempre aquellas expediciones y quienes con cristiana fe y palabra sania, brotada de sus labios entusiasta y elocuente, afrontando todo linaje de riesgos personales, fueron los verdaderos conquistadores de aquellas hordas de salvajes ó semisalvajes, ya fueran éstas compuestas de *aetas* ó de *malayos*: un puñado de navegantes, un puñado de hombres de espada, un puñado

de frailes, de todos los cuales, religiosos, guerreros y navegantes, sólo algún escorbútico por las privaciones solía lograr volver á ver el lugar y sílio de su cuna: tres puñados de hombres, en uno solo amagmados y patrióticamente confundidos; hé aquí los tres elementos que el cielo envió, por medio de la España de Felipe II, á las tierras que constituyen el Archipiélago magallánico.

Y con la feliz llegada de aquellos españoles inicióse allí, con la primera misa celebrada en la embocadura del río de Butuan y año de 1521, la era dichosa de la nueva vida, la vida del Evangelio y de la civilización para aquellos desdichados pueblos, prosa de la ignorancia y de la barbarie.

¿Cuál era si no el estado político social en que sumidos estaban?

Hallaron los españoles en Filipinas menos de un millón de habitantes divididos en tribus sojuzgadas por caudillos ó reyezuelos, *Datos* entre los bisayas, *Maguino* entre los tagalos, sin otro título de soberanía que el impuesto por la mayor fuerza bruta y crueldades de quien con tales atributos de vida muscular y perversidad de sentimientos lo pretendía y lograba.

Hallaron los españoles en aquellas tierras oceánicas, por Magallanes descubiertas y por Villalobos llamadas Filipinas, una exigua representación de infinidad de razas inferiores, todas malayas y mongólico-malayas, de cuyos odios recíprocos y de cuya división y confusión es buena prueba los treinta y un dialectos que allí se hablaban entre aquellas tribus, sin otro objetivo que el de guerrear unas con otras hasta el logro del exterminio de la más débil.

Hallaron los españoles unas rancherías, en las cuales los habitantes que poseían caracteres más marcadamente malayos no tenían otro Dios que el Sol y Bathala, al cual representaban pornográficamente con los atributos de los dos sexos, unidos por un zig-zag ó S horizontal, símbolo para ellos de la luz increada; además de á este Bathala ó dios *fabricador* y al Sol, adoraban á la luna y á las estrellas, como los asirios, y á algunas aves y animales, singularmente al caimán ó cocodrilo, otorgando gran veneración y respeto á los *Anitos* y á los *Dinatas*, es decir, á ídolos que por herencia recibían de sus antepasados los tagalos y los bisayas: unas gentes, que no tenían templos ni rito alguno, y sí solamente una clase sacerdotal, constituida por unas cuantas mujeres embaucadoras que se denominaban *catalonas* ó *babaylanas*, según eran tagalas ó bisayas.

Hallaron los españoles en aquel extremo Oriente un pueblo sin mantener documento ni tradición alguna respecto de su origen y antigüedad; gentes sin noción ni práctica de derecho alguno positivo: pueblos llenos de supersticiones degradantes todas, ya fuesen éstas

del grupo de las inofensivas, cual la del « Bugniac ti siroc ti lato », en virtud de la cual, una ceremonia celebrada en familia para cambiar de nombre á un niño enfermizo, bastaba para asegurar la salud de éste y cambiar en el mismo su endeble temperamento por otro de brillo, en orgánicas energías, ó ya correspondiesen tales supersticiones á las sangrientas, de las cuales aun se practica en algún pueblo del Norte de las islas la que se refiere á uno, la más brutal interpretación que puede dar la ignorancia á los fenómenos de rigidez cadavérica. Cuando por ésta el cadáver del indigena presenta en tiesura un dedo de sus manos, el individuo que le sucede en la jefatura de familia, obligado queda por mandato del muerto á producir una víctima, á matar á otro, sea quien fuere, el deparado por el acaso, con el fin de que el asesinado por tal aterradora superstición empuje al fallecido por enfermedad ó afecto cualquiera común, hacia la región del eterno bienestar.

Hallaron los españoles gentes tan desdichadas en todo orden y desde todo punto de vista, que después que se les dió á conocer la pólvora, la aplicaron al « arte de portear » del modo que el Dr. Howring describe en los literales términos siguientes :

« Cuando llega este caso (alude al en que una mujer indigena da á luz), se llama á la *mubuting kital* ó partera. Si el parto es laborioso, se supone obra de los espíritus dañinos, y para dispersarlos se dispara á la misma cabecera de la paciente una caña cargada de pólvora, cuyo « tira produce una gran explosión.

« La criatura recién nacida se coloca inmediatamente en una almohada ó estera y se pone al aire, á fin de hacer que salgan los malos espíritus del cuerpo, á cuyo efecto encienden tres velitas de cera, y las colocan en la barba y en los dos carrillos del infante, exponiéndole á una desgracia. Estas costumbres son en todo lo posible reprimidas por los misioneros, que procuran sustituirlas con las prácticas de la Iglesia. »

La observación del Dr. Howring es certerísima, según con toda verdad afirma un distinguido conculador de la obra *Una visita á las islas Filipinas*, escrita por el citado doctor, ex gobernador de Hong-Kong y ministro plenipotenciario que fué en China, y poseedor tal vez del criterio más desapasionado entre los extranjeros que han descrito las tierras filipinas y que han comentado la gloriosa dominación española. Aun en muy próximos pasados años se tenían noticias de existir entre las más ignorantes familias indigenas casos análogos á los que tan veridicamente relata el Dr. Howring.

Pero llegaba á más, á mucho más, la abyección de aquellos pueblos, pues los españoles hallaron entre ellos gentes de tan bárba-

ras sangrientas costumbres, según concienzudamente afirma l'Abhé Migue, que solían celebrar la muerte dada á alguno de nuestros valerosos castellanos, sirviéndoles de vaso común para beber el cráneo del asesinado por alguna flecha de las que usaban, y aún hoy usan, de punía envenenada con lóxicos que llevan como adherentes al arco que las despiden.

Hallaron los españoles un pueblo culeco por la inanición, con gran error por alguien todavía llamada sobriedad de los países cálidos: gentes aniquiladas por la piratería, sin tener idea de la propiedad territorial, ni de la industria ni del comercio, consistente en aquellas fechas en sólo el cambio de ganado con sus vecinos los chinos y los de Borneo.

Hallaron los españoles gentes que vivían conculcando los más elementales preceptos del derecho natural y de la moral cristiana: un pueblo constituido por familias libres y de libertos que surgían de una esclavitud, la cual se adquiría y sufría por la venta que de sus propios hijos hacían los padres, ó por el vil contrato con que un acreedor explotaba la imposibilidad de que un deudor le pagase el importe de un bahaque ó taparrabos.

Hallaron los españoles unas tribus que no conocían la moneda, pero que, sin embargo, gemían bajo la pesadumbre de tributos enormes pagados en especie, además de prestar sin remuneración alguna cuantos servicios personales reclamaba el provecho del cacique, á quien seguían por sólo el instinto de propia conservación compelidos.

Hallaron los españoles gentes en que los donativos redimían de las penalidades impuestas por los delitos más graves; rancherías, regidas en cada agrupación por un déspota, sólo en ocasiones rodeado de lo que se llamaban principales, monopolizadores, con aquél, de todo lo poco que producían aquellas fértiles tierras de miseria, desolación y muerte.

En ellas no era indisoluble el contrato matrimonial: con sólo reintegrarse de la dote el marido ó la mujer, según cuál de los dos fuese el culpable, podían recíprocamente repudiarse y casarse de nuevo. Si en el matrimonio no se lograban hijos, podía el marido, con el beneplácito de su mujer, haberlos en esclava; y si entre los tagalos no se notó la poligamia, entre los bisayas era muy común observar que un principal viviese con dos ó tres mujeres, consideradas todas legítimas.

Siempre que entre aquellas miserables gentes se practicaba algún sacrificio en pro de la salud de un enfermo, colocábase al lado de éste el animal que iba á ser sacrificado: generalmente era una tortuga de mar ó un cerdo. La sacerdotisa hería á este animal, y con la sangre que se obtenía por aquella incisión, se fricciónaba el cuerpo del enfer-

mo y los de quienes culdaban á éste: sin embargo, basta despoés que al animal sacrificado se le extraía el higado, viscera con minuciosidad reconocida por la sacerdotisa, no podía ésta establecer el pronóstico correspondiente al enfermo.

Tal es en incompleta síntesis el estado de profundo abatimiento en que sumido estaba el escaso millón de individuos de raza malaya, en sus ramas tagala y bisaya, que hallaron los españoles; estado horrible, si no de igual, de mayor abyección al que ofrecían los dayaks ó malayos de Borneo, y sus congéneres los macasares y los javaneses.



CAPÍTULO II

Rápida enumeración de algunos conceptos por los cuales el pueblo filipino debe gratitud eterna y sumisión constante á la dominación española.

1.º *Especial carácter del régimen político instituido.* — 2.º *Cristianización de aquel extenso territorio.* — 3.º *Origen de la propiedad territorial.* — 4.º *Reclutamiento del ejército indígena.* — 5.º *Tributación comparada.* — 6.º *Aprovechamientos forestales.* — 7.º *Contribuciones industrial y orbono.* — 8.º *Comercio.* — 9.º *Presupuestos.*

I. *Especial carácter del régimen político instituido.* — Menos de tres siglos y medio de dominación española han realizado en aquella España oceanica el más portentoso favorable cambio que las edades presentan en la historia de la humanidad.

La dominación española instauró, y sin solución de continuidad ha seguido en Filipinas, desde el mando de Legazpi hasta nuestros días, un sembrillísimo régimen político, concordando con todas las medidas de gobierno, lo único que en aquel pueblo rudimentario, cuando lo hallarua los españoles, balda, quo pudiera considerarse muestra de lo que siquiera tendiese á humanización y cultura: el respeto á los jefes de familia, á los ancianos y á los jefes de tribu.

Pero al mismo tiempo nuestros antiguos monarcas, al acrecentar y ampliar sus cetros gloriosos con los territorios de las Indias, iniciaron en éstos, y constantemente en ellos siguieron, una política de asimilación. Todos los gobiernos de la Metrópoli han venido retrendando después interminable serie de medidas inspiradas en el mismo magnánimo proceder, sin similar en la historia colonial de nación alguna.

«Porque siendo de una Corona los Reinos de Castilla y de las Indias, las leyes y orden de gobierno de los unos y de los otros debían

»ser lo más semejantes y conformes que ser pueda; los de nnesiro Consejo en las leyes y eslabecimientos que para aquellos pueblos ordenaren, procuren reducir la forma y manera del gobierno de ellos, al estilo y orden con que son regidos y gobernados los Reinos de Castilla y de León, en cuanto hubiere lugar y permitiera la diversidad y diferencia de las tierras.»

lió aquí la Ordenanza 14 del Consejo, dictada por el Rey D. Felipe II y reiterada por D. Felipe IV en la 13 de 1636.

Pues bien: la dominación española, destruyendo entre aquellas gentes del Archipiélago filipino todas las tiranías de los datos y principales que regían las tribus, cimentó el organismo nuevo político-administrativo sobre la base tradicional de que el indio viviese bajo la tutela de sus principales, tutela privada, es claro, do las violencias que ofrecía antes de nuestra dominación.

De este modo, asumiendo cuanto á generales intereses atañe, daba la dominación española á la administración local, con generosidad admirable, una vida esencialmente comunista.

¿Qué le falta hacer á la Administración española de lo que en buena ley debiera conducir más derechamente al bienestar de aquellos habitantes á quienes en tal grado do ignorancia halló?

La dominación española ha llevado á Filipinas en toda su extensión, sin limitaciones de raza, ni de tiempo, ni de distancia, no lo más sustancial, sino todo cuanto revela un progreso señalado en el régimen político de la Metrópoli.

Por vehemente, patriótica iniciativa de Ministros de la Corona, por muy diversas doctrinales ideas separados, á Filipinas se llevaron, sin otro impulso que el de procurar el mejoramiento de aquellos pueblos, que por modo tan admirable lograron, todas las más importantes medidas de administración y gobierno.

A Filipinas fué *hasta el Código penal* vigente en esta madre patria, conducido por el Real decreto de 4 de Septiembre de 1884, que refrenda el Ministro de Ultramar señor Conde de Tejada de Valdosera.

A Filipinas fué, por el mismo señor Ministro refrendado, el Real decreto de 29 de Mayo de 1885, creando *hasta los Juzgados de paz*, que en su casi absoluta totalidad los desempeñan los indios: soberana disposición confirmada por otro Real decreto de 5 de Fuero de 1891, que refrenda el Ministro Sr. D. Antonio María Fabié, de las mismas políticas doctrinas que el señor Conde de Tejada de Valdosera, y por igual honradísimo, y ambos, hombres de proclamada conspiciuidad y de estudio asiduo.

A Filipinas fué, conducido por el Real decreto de 31 de Julio de 1889, *hasta el Código civil* que en la Península rige, sin que tenga para

aquellas islas otra alteración que la establecida por Real orden de 31 de Diciembre del mismo año, correspondiendo los títulos 4.º y 12 del libro 1.º, que se refieren al matrimonio y d los registros.

A Filipinas fué, por el Real decreto de 19 de Mayo de 1893 conducido, el nuevo «Régimen municipal», en el que resulta admirablemente combinado el respeto á la accular legislación, con los progresos que en la vida local desarrollarse deben, para alcanzar en suma los que á todo el territorio interesan.

De esa famosa ley, en cuyo ilustre autor el Ministro Sr. Maura, justo es declarar que los elementos todos do más valimiento para la sana crítica, reconocen el mis entusiasma anhelo de establecer por el amor reciproco entre los pueblos coloniales y su Metrópoli los vínculos sagrados determinadns por el desrubrimiento y conquista, en un sabio libro, recientemente publicado por el R. P. Procurador y Comisario de Agustinos calzados misioneros de Filipinas, libro que en atento H. L. M., suscrito por los otros PP. Procuradores de Dominicos, Franciscanos y Recoletos, acabamos de recibir con honrosa satisfacción, se lee lo signiente: «Reconocemos en la exposición al autor de un privilegiado talento, dirigido y halagado por su levantado deseo; distinguimos la idea del bien del progreso municipal que persigue; pero al calcarla en los moldes del Municipio peninsular para ser trasladada á aquellas abrasadoras latitudes, se padece un error lamentable: el de creer ó juzgar similares los pueblos de allende y de aquende.»

Texto literal, que contiene concepto análogo al que nosotros expresamos, sin elocuencia alguna, en estos otros términos de escueta franquea: ¿Por qué el ilustradísimo Ministro de Ultramar Sr. Maura fué tan magnánimo? ¿Por qué la dominación española en Filipinas viene siendo tan y tan ilimitadamente conliada y generosa con aquellas gentes de tan distinta raza, de civilización, á pesar de nuestros esfuerzos, aun no completada, y de costumbres todavía tan insanas?

Y desde este único punto de vista, para mirar sin apasionamiento los hechos, podrá alcanzarse la razón con que en las aplicaciones de la ley Municipal á que aludimos pueda y deba achacarse alguna deficiencia á los instauradores prácticos, aunque no luese en modo alguno por voluntad torcida ocasionada; será licito, y desde luego razonable y seguro, ejercer el perfecto derecho que la Administración española tiene para acusar de ingratitud supina á los indios que la tal reforma no supieron bendecirla y grabarla indeleblemente en la propia trama de su coraaán, pero jamás podrá nadie con justicia, del dictado de esta ley, concordada con toda secular tradición legislativa en Filipinas, derivar otra cosa que no sea loor y encomio para el esclarecido Ministro Sr. Maura y Montaner.

2.º *Cristianización de aquel extenso territorio.* — La dominación española ha logrado en Filipinas la evangelización de un pueblo idólatra, convirtiéndolo en un pueblo cristiano, merced á la constante sana labor de nuestros misioneros. Ha aumentado la población en el 90 por 100 cabal de lo que la encontró, pues aquella superficie de 345.000 kilómetros cuadrados, que es la totalizada por las sumas parciales de la extensión que ofrecen las más de 1.200 islas diseminadas por aquel mar proceloso de los baguios ó tifones, presenta hoy, aunque sea desigualmente distribuida, una densidad de población expresada por 20 habitantes para cada kilómetro cuadrado. Pero en realidad, la densidad de población obtenida en Filipinas es muy superior á la de casi todos los pueblos de Europa, y más superior aún en todos los de América, en donde tal vez uno solo de éstos la haya adquirido igual, porque si de la superficie expresada se resta aquella que ocupa, población que sólo nominalmente está bajo la soberanía de España, superficie que, según se lee en los interesantes concienzudos estudios del ex Intendente general de Hacienda de aquellas islas Sr. Jimeno Agius, asciende á 150.000 kilómetros cuadrados, resulta que no son 20, sino 41, los habitantes que en Filipinas corresponden á cada unidad de tal superficial medida.

3.º *Origen de la propiedad territorial.* — La dominación española, que acabó con la piratería y con todas las guerras intestinas, creó la propiedad territorial, entregándola al indio que simplemente ofrecía labrar las tierras, en cuya plena posesión después le ha garantizado con toda la fuerza de la ley Hipotecaria misma que rige en la Península, pero con una notable diferencia, y es que en Filipinas no la ha sujetado á contribución alguna.

4.º *Reclutamiento del ejército indígena.* — La dominación española creó, y ha venido manteniendo, un reducidísimo ejército indígena, constituido *in totum* por voluntarios, ó formado en virtud de las expansivas leyes de reemplazo, que han permitido éstas acudir á las filas aquellos indígenas á los cuales les parecía bien acudir, siempre y no más del uno por ciento de los que se sorteaban.

5.º *Tributación comparada.* — La dominación española en Filipinas mantuvo durante más de trescientos años el carácter de los tributos en aquel archipiélago, moralizando la exacción de los mismos y manteniéndola siempre en exiguas proporciones, cuando eran tan enormes las que satisfacían los indígenas á sus caudillos; y al reunir nuestra Administración en un solo concepto para tributar, los diferentes

en que se recaudaba en aquellos pueblos lo que para el sostenimiento de las leves cargas públicas se precisaba, creóse el impuesto de cédulas personales por Real decreto de 6 de Marzo de 1884. El producto íntegro de este impuesto lleva ni Tesoro cantidad que no llega á siete millones de pesos; y como quiera que este impuesto es el único tributo, pues es sucedáneo de los que se recaudaban con el nombre de Tributos de naturales y de mestizos, diezmos de reservados, industria del rom, mactorum, Cajas de Comunidad y otros anexos á estos conceptos, resulta que no asciende á un peso lo que á cada natural de las islas corresponde satisfacer al Estado por cambio de la vida tan cómoda que éste le proporciona. Este tributo, además, viene á satisfacerlo en mayor cuantía el español peninsular en aquellas islas residente y sea cual fuere el estado y condición social que disfrute ó sufra; el oficial quinto de Administración civil tributa más que el indígena más acaudalado. ; La tributación en Filipinas, limitada puede decirse á lo que acabamos de expresar á grandes rasgos, mientras que en los Estados de Europa diez lustros há que cada habitante ya satisfacía de 25 á 50 pesetas! Y el tiempo pasa, aumentando, si, la población y la pública riqueza en todas esas naciones, pero habiendo de soportar, según patrióticamente en todas ellas los contribuyentes soportan, incomparables mayores gravámenes.

La contribución que satisface al Estado cada habitante de la Australia asciende á 57 pesos, al propio tiempo que no llega á 16 pesos lo que satisface cada ciudadano de Inglaterra. A 10 pesos 60 céntimos asciende lo que paga cada habitante en Portugal; á 10 pesos 80 céntimos el de Suecia y Noruega; á 11 pesos 20 céntimos el de Bélgica; á 12,80 el de Alemania; á 13,60 el de Austria-Hungría; á 17,40 el de Francia, aproximándose á 10 pesos lo que en promedio paga cada habitante en nuestra madre patria.

Y si el nuevo régimen político administrativo en la India inglesa ha librado á aquellos habitantes indígenas de las violencias tributarias que en el actual imperio indobritánico caracterizaron la dominación del mismo ejercida por la Compañía de las Indias hasta las adversidades del Indostán, bien asegurado queda para Inglaterra el monopolio del mercado colonial, pingüe rendimiento para el Tesoro y muy provechoso á todo el país colonizador de aquel vastísimo territorio,

Francia percibió hasta por semestres adelantados los impuestos establecidos en sus colonias de la Indochina sobre las tierras destinadas al cultivo del arroz, entregándose al Gobierno, en especie, las muchas que por agentes del mismo se dirigen y el producto de las que arrienda, interviniendo además el Gobierno las ventas y encargándose de la exportación de todos los productos agrícolas del país.

Holanda, hasta el Gobierno de Vander-Bosch, del gran reorganizador de la Administración de Java, que resueltamente quiso implantar allí el régimen insluido por los españoles en Filipinas, venía, á pesar de aquel deseo, que á muchos ha hecho afirmar similitud entre nuestras leyes de Indias y la Ordenanza de Holanda de 1650, exigiendo á los javaneses un tributo que representaba las dos quintas partes de sus cosechas; y aunque no se mantiene ya la esclavitud, el Gobierno holandés percibe por el producto de los cultivos y de las industrias agrícolas que explota (incluso la del opio, sólo de la cual obtiene millones de pesetas) la cifra importante con que aliende la totalidad de gastos de sus colonias orientales, y el déficit que ofrece el de las occidentales: aun obtiene la metrópoli un *superávit*.

6.º *Aprovechamientos forestales.* — ¡La tributación en Filipinas, en aquel tan portentosamente fértilísimo suelo, traducéndose en la práctica esta tan manifiesta fortuna por un ingreso cuando más alto calculado en 170.000 pesos, como producto obtenido de aquella constitución forestal y de aquellos montes maderables tan dignos de admiración! ¡Aprovechamientos forestales en Filipinas, cuando siempre han sido libres y gratuitos los de paslos, jugos, frutos, resinas, almácigas, gomas, maderas tintóreas, las leñas y las estacas para las pesquerías, según el art. 20 del Reglamento definitivo para el servicio del ramo de montes! ¡Aprovechamientos forestales, cuando todos los vecinos de aquellos pueblos, sin distinción alguna, disfrutan el derecho de aprovechar gratuitamente en los montes del Estado las maderas necesarias para recomponer la casa en que habitan ó para construir una nueva si carecieran de ella, para fabricar aperos de labor y para construir embarcaciones destinadas á transportar los productos agrícolas! (Art. 20 del Reglamento citado.)

7.º *Contribución industrial y urbana.* — Y si la riqueza agrícola no sufre carga alguna, si el comercio tampoco la lleva sino por modo levísimo, la industria, ¡ah!, ésta ha debido llegar en Filipinas á ser en realidad el gran principio en que se fundase la pública riqueza, pues ni la industria agrícola, ni la minera, ni la manufacturera, puede decirse que satisfacen un centavo, y eso que solamente esta última transige en los mercados y obtiene de millares de telares caseros cantidad muy importante, tal vez superior á la que con tantas ventajas para aquellos pueblos transigía con anterioridad al famoso decreto de los comienzos de este siglo la Compañía de Filipinas. De todos modos, sólo la tradicional apatía de los indios filipinos es la que explica el escaso desarrollo de este poderoso factor de prosperidad pública.

La dominación española instituyó, administra y cobra una contribución industrial, en términos que sólo á gratitud imperecedera obligar debe, puesto que la tabla de exenciones á que la Administración pública se aliene, excluye de esa contribución ó todas las clases pobres de la sociedad filipina, con el fin de favorecer todas las pequeñas industrias; pero es que además fija para las industrias grandes, cuotas ciertamente muy distanciadas de la proporcionalidad entre ellas y las utilidades sumadas á quienes las ejercen.

La dominación española, hasta muy poco há, hasta primeros de Julio de 1879, no había gravado la propiedad urbana en aquellas islas en un solo centavo; y cuando el agrando de los servicios públicos se lo impuso, señaláronse para las fincas de tal clase, de las *cuales se perciba alguna renta*, el 5 por 100 de la líquida, deduciendo de la declarada el 10 por 100 en favor del dueño si la finca era de mampostería, y por igual concepto el 50 por 100 si la finca era de materiales ligeros, para gastos de conservación, reparos y buceos....

Una llamada contribución urbana que conduce á las arcas del Tesoro público la nimia, sarcástica cifra de 151,000 pesos, para relacionarla con las viviendas, muchas de ellas espléndidas, que ocupan 8,000,000 de habitantes!

8. Comercio. — ¡La tributación en Filipinas, lo mismo ayer que hoy y siempre, revistió y reviste caracteres de una verdadera dejación de derechos por parte del Estado en beneficio de los intereses particulares, especialmente de los que corresponden á los indios filipinos. Cuando en aquella libertad de un comercio que jamás tuvo más trabas que las supuestas, se hizo preciso dictar alguna ley estancando algún artículo, solíase añadir en la pragmática que lo estableciera la sencillísima paternal frase: «donde no se irroque perjuicio alguno á los indios».

Y á los extranjeros, ya en los comienzos de nuestra dominación, se les otorgaron todos los beneficios de nuestras leyes en tal materia. ¿En dónde otro testimonio igual ó mayor del desprendimiento y generosidad del Estado?

Favoreciendo todo ello, y en vertiginosa progresión, por nada interrumpida, la contratación y el comercio, base llegado en Filipinas á poder exhibir en los tiempos que corremos cuadros comparativos en nuestras Aduanas del valor y significación que ofrece el siguiente:

ADUANAS

Recaudación obtenida en las Aduanas de Filipinas desde el año 1865 al 1894.

Quinquenios.	Promedio.	Quinquenios.	Promedio.
1865-69	869.549,76	1880-84	2.231.303,23
1876-74	997.833,04	1885-89	2.328.466,76
1875-79	1.382.994,79	1890-94	3.929.767,94

Pero sobre todo desde el año 1809, la dominación española, con su gallardo sistema de administración, ha venido otorgando tal suerte de facilidades y de protección para el comercio, que al Archipiélago filipino han acudido representaciones de respetabilísimas casas mercantiles de todas las naciones del mundo, y hanse instalado allí otras, principalmente inglesas y alemanas, que mueven sus propios capitales con éxito no logrado por españoles peninsulares dedicados á operaciones análogas.

¡Una dominación cual la española, que legisla para Filipinas por modo que privilegia al insular y al extranjero residente, con detrimento (en intereses materiales) del elemento conquistador, á quien inferioriza!

No censuramos, ciertamente, conducta tan cortés y generosa; con entusiasmo la aplaudimos; pero deseamos se aprecie cual merece por unos y por otros y por todos.

Andrew & C.º	Johnston, Core Boot & C.º
Baer, Senior & C.º	Keller & C.º
Bock & C.º	Ker & C.º
Findlay, Richardson & C.º	Kuenler & Streiff.
Fleming (J. M.).	Shevenger.
Forbes Mun & C.º	Smib, Bell & C.º
Froelichs y Kutner.	Spitz.
Fressel y C.º	Sprengli & C.º
Grindord & C.º	Slevenson & C.º
Gsui & C.º	Strukman & C.º
Himszen & C.º	Shun & C.º
Hens & C.º	Tilison, Hermann & C.º
Hindley & C.º	Warner, Blodget & C.º
Holliday & C.º	Wsinowski & C.º
Hollmann & C.º	

He aquí los nombres de los principales importadores y exportado-

res á la cabeza del comercio de Filipinas, y creemos que con sólo la lectura (no fácilmente pronunciada por nosotros los españoles) de los nombres que neabamos de estampar, y que corresponden á los respetables jefes de las casas mercantiles que allí operan, sobre una exportación é importación representada por valores aduaneros que en promedio ascienden respectivamente á más de 33 y 28 millones de pesos, se evidencia la verdad absoluta de lo que venimos afirmando, á saber: la magnanimidad de la dominación española otorga mayor consideración, protección y amparo á los intereses indirectamente relacionados con los narinnales, que á estos mismos.

Pudo vivir en Filipinas, por exigencias de la época y especiales circunstancias de lugar, durante tiempo escaso, mucho menor desde luego que el trazado y seguido con gran insistencia por otras naciones en sus colonias, un régimen restrictivo y aun casi prohibitivo que contuviera arrideutal y muy pasajeraente el movimiento mercantil iniciado en 1833 por la «Compañía de Filipinas», por aquella sociedad hostilizada hasta el punto de ser objeto de las más graves imputaciones de la crítica y censura, mas siempre miró ante todo el bienestar de aquel territorio español.

Por cierto que no sabemos siquiera el verdadero valor de los cargos contra aquella Compañía fulminados, pues nos extrañamos, y morbo, haberlos leído, cuando fidedignamente sabíamos que en realidad aquella Compañía, llamada *privilegiada*, que comenzó á desarrollar la industria algodonera muy activamente y con gran éxito en el Norte de Luzón, sólo obtuvo por premio á tales esfuerzos en bien del país y á los sacrificios que hiciera en pro del Estado, la amargura de las más fieras acusaciones y el mayor desastro para los capitales aportados por sus accionistas.

Es innegable que el movimiento mercantil por la dominación española desarrollado en Filipinas, mueve á entusiasta aplauso. Muy cerca de 400.000 toneladas suma la capacidad de los buques dedicados á la navegación exterior entrados en los puertos de Filipinas en 1894. Es claro que tal cifra, expresión del tonidaje de carga allí destinado, debe regocijarnos; pero al propio tiempo habrá de sernos permitido nos duela el hecho de que de las 400.000 toneladas dichas, sólo 54.622 hayan sido transportadas por nuestra gloriosa nacional bandera.

9.º *Presupuestos.* — La dominación española en Filipinas ha venido estableciendo cuantos servicios públicos disfrutan los pueblos de la Metrópoli, y que son los servicios de que gozan los pueblos más cultos del mundo. Hasta poco há afrontó el pago de todas las obligaciones con presupuestos de 7, 8 y 9 millones de pesos, y ahora mismo los

atiendo con un presupuesto de ingresos en 15 millones y medio de pesos calculados, incluyendo hasta los eventuales. La dominación española devuelve al país contribuyente, sin destinar á «Personal y material de guerra» más que 4.000.000 de pesos, y sin menoscabo de la cantidad de más de 2.000.000 de pesos con que los «Fondos locales» dotan los servicios que más influyen en el desenvolvimiento de los intereses morales, intelectuales y materiales de los pueblos.

Esta dominación española, que jamás abrigó el propósito de obtener provecho material en sus colonias, privó á los presupuestos de ingresos de Filipinas de los recursos importantes que suministraba el monopolio del tabaco, artículo cuya producción y consumo ha fomentado la economía política y la ciencia agronómica, en contra abiertamente de lo preconizado por las ciencias médicas. Porque, en efecto, aunque éstas, sin grandes entusiasmos, llevaron á su terapéutica para emplearla en dosis refractas esa planta anua, de tallo herbáceo y blanquecina flor, la higiene juzga con justa severidad el abuso del *Nicotiana Tabacum* de Linneo.

Y es muy digno recordemos de qué suerte en las mismas fechas en que la dominación española, con su tan bien concebida cuanto mal interpretada ley del desestanco, daba nuevas evidentes muestras de su conducta tan generosa con los indios filipinos, otras naciones, á la cabeza del mundo civilizado, poseedoras de territorios coloniales inmensos, en regiones próximas, aun consignaban y percibían, según consignan y perciben hoy, cantidades muy próximas á 200 millones de pesetas por el monopolio del opio, del *Papaver somniferum* de Linneo, de esa extraña adormidera de la cual mana la lágrima que tantas hace verter, conduciendo á muerte prematura á las razas orientales, en deplorable enervación por los complejos efectos del narcótico á que aludimos.



CAPÍTULO III

Continúa la enumeración de conceptos de igual índole que los anteriores.

1.º Instrucción pública. — 2.º Sanidad. — 3.º Beneficencia pública y particular. — 4.º Establecimientos privados. — 5.º Monte de Piedad y Caja de Ahorros. — 6.º Vías de comunicación. — 7.º Servicios especiales. — 8.º Administración pública en general. — Corporaciones religiosas.

I. *Instrucción pública.* -- La dominación española en Filipinas, sin tener en cuenta para nada ni menea preeminencias de raza, morales y físicas, cuando la naturaleza misma es la que correlaciona la estructura orgánica, con todas las funciones psicológicas, fisiológicas y hasta patológicas, viene imperando por modo tan oihilísimo afectivo en aquel territorio (en el cual los indios cabalmente son quienes habían creado privilegios de casta), que la cuidadosa atención otorgada por el Estado á cuanto á Instrucción pública se refiere no tiene precedente en nación alguna de las que han educado y educan colonias más ó menos lejanas de sus metrópolis. No hay Estado que supere ni aun iguale á nuestra España gloriosa en la adopción de medios empleados para obtener la cultura de aquellas razas oceánicas.

Así, se observa la existencia de muchos pueblos y barrios ó visitas en el archipiélago filipino, en cuyas localidades no hay cura párroco más que como anexo, ni clérigo alguno coadjutor sino de accidental residencia, mientras que en aquellos mismos lugares no faltan permanentemente servidas dos escuelas, una para cada sexo.

Ya no existe capital ó cabecera de provincia en Filipinas en que no se haya instalado algún establecimiento oficial ó de enseñanza privada,

habilitado para cursar y probar en él los primeros años académicos de la segunda enseñanza, ó algún Instituto en donde se obtenga completa, con los estudios de aplicación además.

Hay colegios de la excepcional importancia del de Santo Tomás, Ateneo municipal y San Juan de Letrán, atendiendo todos ellos, no sólo á la instrucción primaria con sus clases superiores ó preparatorias para la segunda, sino á toda ésta, hasta el bachillerato en Artes. Funcionan á la vez en los mismos las principales clases ó academias de adorno y gimnasios bien dirigidos, si en todas las altitudes convenientes, indispensables allí para la educación de la infancia y la adolescencia, puesto que la disposición nativa de los temperamentos pide á voz en grito en aquellas regiones el cultivo de los músculos, para procurar el aumento de fuerzas radicales orgánicas, que la inacción hace fácilmente disminuir y la constante exudación cutánea pretende declarar extintas antes que llegue á la edad madura siquiera, el natural de aquellos países tórrido-termales de Rochard.

Allí *Escuelas de Practicantes de Medicina, de Farmacia y de Matronas.*

Allí gran número de *Colegios privados y dos Escuelas normales*, tipo superiores, para maestras y maestros.

Allí *Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado*; allí *Granjas modelo y Escuela de Agricultura*, á cuyo frente distinguidos Ingenieros agrónomos patentizan lo que de aquel suelo fertilísimo puede y debe lograrse si se auxilia con el arte la obra magna de la naturaleza.

¿Y para la enseñanza superior?

¡Ah! La dominación española sostiene en cada diócesis un Seminario conciliar, y dotó á las islas Filipinas de una Universidad cual la Real y Pontificia de Santo Tomás, de tan amplio claustro, que en ella se cursan todas las carreras literarias; de sus aulas espléndidas, provistas cada día de más medios de los utilísimos de experimentación para la moderna enseñanza, y en cuyas aulas explican ciencia y predicán virtud hombres de gran conspiciudad y estudio, religiosos y seglares que la practican, surgen á cientos de cientos jóvenes indígenas ostentando títulos académicos que enallean, porque dan verdadero valor social á quienes lo obtienen, y que á la vez otorgan á sus poseedores medios de subsistencia propia, por el derecho y sus aplicaciones en la práctica iguales á los que se derivan de los títulos similares obtenidos en las Universidades europeas, prescindiendo, que es bastante prescindir, del diferente esfuerzo con que se conquistan en la una y en las otras.

Y es que existe allí una política universitaria á base de lenidades, para pruebas de aptitudes y suficiencias, que se informa también en los mismos sentimientos de generosidad en que siempre y para todo se informó la política general del Estado en aquellas islas.

Por rilo asimismo la dominación española recibe en el seno de su organismo político administrativo, para que la ayuden (sin necesitarlos) en el cumplimiento de las funciones á éste encomendadas, á los naturales filipinos, destinándolos á puestos activos, no sólo subalternos, que éstos los distraían todos, sino á cargos que no tienen otro límite jerárquico para los indígenas, que el mismo trazado por la ley en los distintos ramos del servicio público para los españoles peninsulares.

Una dominación cual la española, que crea cuerpos como el de Médicos titulares y lorrnses en aquellas islas, y nombra á los individuos que los constituyen con sujeción á lo dispuesto por el Real decreto de Marzo de 1876, regulando la provisión de cargos tan importantes (por la índole de sus olleins) en virtud de concursos cerrados y públicos, mas de todas suertes otorgando las plazas vacantes por mitad para peninsulares e indígenas!

2. *Sanidad.* — La dominación española ha mirado con preferente atención, haciendolo un objetivo de sus medidas previsoras, cuanto tiende á lo que rs base primordial en la vida de los pueblos, y por ello viene ejerciendo sublimemente en Filipinas la tutela de que investida esta respectu á la conservación de la salud pública. Con el mayor esmero, y para obtener la más completa organización del servicio sanitario, ha creado los centros directivos y cuantos establecimientos, juntas consultivas, provinciales, locales y delegados facultativos son necesarios para cumplir tan altos deberes de humanidad.

Precisa hacer constar quo si los servicios encomendados á la Sanidad terrestre y marítima están en Filipinas perfectamente montados, dignos de todo encomio y alabanza son los pertenecientes á la Sanidad militar y de la Armada; bien demostrado está el alto concepto adquirido y el respeto que merecen en España y sus dominios y on todas partes los esclarecidos individuos que constituyen estos cuerpos, encargados de cuidar la salud del soldado de mar y tierra. La asistencia que estos logran, tanto en el campo de batalla cuanto en los establecimientos permanentes y accidentales, on que se acumula todo cuanto aporta el maravilloso progreso médico-quirúrgico de los tiempos modernos, prueba nuestro aserto.

3. *Beneficencia.* — La dominación española lijó su celosa mirada en lo que á beneficencia atañe singularmente: en el mismo siglo XVI ya quedaban en España muy pocos pueblos que no contasen alguna fundación piadosa, algún establecimiento benéfico creado por aquellas esplendorosas figuras de la caridad cristiana, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl y otros santos varones,

quienes en la misma época, y aunando sus esfuerzos sin cuento, hicieron maravillas para poder erigir, según lo lograron, innumerables establecimientos en que recoger á los meneslerosos.

Y el poder civil vino á completar el movimiento desarrollado entre la caridad pública, por la fuerza y virtud del ejemplo y predicación de aquellos sublimes apóstoles.

Influídos los españoles por esta santa atmósfera, y conforme con la vertiginosa marcha seguida en la metrópoli, á poco de fundarse por el inclito Miguel López de Legazpi la ciudad de Manila, sucesivamente, y con el producto de legados, donaciones y fundaciones, fueron creándose los establecimientos é instituciones de piadosos auxilios que para los menesterosos procuraba la beneficencia particular. Y, al propio tiempo, inició la Beneficencia general los que á ella competen exclusivamente con las dotaciones del Estado, resultando que muy pronto se lograron en la capital del Archipiélago, como después en las cabeceras de provincias principales, casas benéficas destinadas al socorro de tanto desvalido como en el orden intelectual, moral y físico presentaban y siempre ofrecen aquellos pueblos, de clima tan enervador y de hábitos muy distanciados de los preceptos más elementales de higiene privada y pública.

Allí están ejerciendo de continuo y en toda su extensión los sagrados oficios de la caridad, las obras pías, con su *Real Casa de Misericordia*, el *Colegio de Santa Isabel*, al cual ya en 1680 se le concedía alguna encomienda en el Norte de Luzón; la *V. O. T. de San Francisco de Manila*, la de *Santo Domingo*; el *Colegio de San Juan de Letrán de Agaña* y el *Dotal de Santa Potenciana*.

La dominación española, además de instituir en muchas cabeceras de provincia los albergues para desamparados y enfermos que hemos dicho, ha dotado á la capital de las islas de cuanto constituye, en suma, un plan general para cumplir tanto y tan sagrado deber como se destacaba en aquellas fierras de desorden y abatimiento.

Allí en Manila se instituían colegios como el de *Santo Tomás*, fundado á principios del siglo XVII, y el de *San Juan de Letrán*, este último también tan antiguo como la Universidad, y del que ya nos hemos ocupado al hablar de instrucción pública; concédense en él numerosas becas de gracia; fué fundado por Juan Jerónimo Guerrero hacia 1630.

Allí el *Colegio de San José*, en el que, según también hemos dicho, se hallan establecidas las Facultades de Medicina y Farmacia. Es más antiguo aún que el de Santo Tomás.

El Bealorio de San Sebastián de Calumpang.

Allí el *Hospital de San Juan de Dios*, ya fundado en 1596 y á la altura mayor de los de su clase.

Allí el *Real Hospicio de San José* acogiendo á los niños pobres. En él se reciben además, y muy especialmente, á los alienados, los cuales hallan en aquella casa benéfica, tan fiel cumplidora de las severas reglas de higiene y salubridad, no sólo manutención y recogimiento, sino todos los medios que la ciencia reclama y la caridad debe prodigar á aquellos desgraciados vesánicos, expresión la más amarga de las desventuras que sobre el hombre pueden caer.

En Manila y lugares próximos existen el:

Beaterio y Colegio de Santa Catalina de Siena, fundado en el siglo XVII.

Beaterio de la Compañía, fundado en 1681.

Beaterio de San Sebastián de Calumpang, en 1735.

Beaterio de Santa Rita de Pásig.

El de Santa Rosa, de mediados del siglo XVIII.

Allí el Hospital de San Lázaro, sublime creación de un humildísimo lego de la Orden de San Francisco, Fray Juan Clemente llamado, vivísimo ejemplo de cómo la virtud y el genio pueden producir; pues en efecto, aquel huérfano de religión, que ni leer sabía, según las crónicas afirman, sin recursos, ó con los muy escasos que su Prelado diocesano y el Gobernador pudieron proporcionarle, supo construir con gran presleza el prodigioso Hospital por Sixto V llamado de *Santa Ana*, por Clemente VIII *Misericordia de Natarates* por el Papa Paulo V, y de *San Lázaro*, según acabamos de denominarlo, que es como por todos se llama hoy.

La tan admirable institución de las *Hijas de la Caridad* está encargada del régimen interior y de asistir á los enfermos de los hospitales civiles y militares, así como el de la Marina en Cañacao, dedicándose además esas santas mujeres á la enseñanza en diferentes y muy importantes establecimientos: *La Concordia*, las *escuelas municipales*, el *Asilo de San Vicente de Paúl*, el de *Santa Isabel en Nueva Cáceres*, el de *San José en Jaro*, la *Casa de Caridad de Cebú*, etc.

En Manila, ó á pocos kilómetros, que es igual, la Orden de San Agustín sostiene el grandioso establecimiento «*Asilo de huérfanos de Tamboboug*», fundado por una junta de damas en 1882. Cientos de niños que perdieron á sus padres ven, por favor del Cielo, atenuados los tristes efectos de desdicha tamaña, con la fortuna de ser recogidos allí por los Padres Agustinos, los cuales atienden, no sólo á la subsistencia y educación moral de aquellos asilados, á quienes sin tal beneficio prestado por la evangélica caridad, la miseria y abandono haría víctimas de las durezas de la fortuna, sino que se les procura un permanente bienestar con la posesión de un oficio, aprendiendo principalmente el tan lucrativo de la tipografía allí, enseñado por modo completo y adornándolo, á guisa de provechoso entretenimiento, con el

cultivo de la música, de la cual asimismo pueden alcanzar honrado medio de subsistencia.

La misma Orden de San Agustín creó y sostiene el *Asilo de huérfanas de Mandaloyau*, llamado de *Nuestra Señora de Consolación*, á cargo de las Madres Agustinas de San Felipe Neri.

Todas las corporaciones religiosas de Filipinas han fundado y sostienen ó dirigen y administran establecimientos piadosos de instrucción y albergue para los desgraciados, establecimientos que, en una ú otra forma y proporción, son atendidos también por el Estado.

4.º *Monte de Piedad y Caja de Ahorros.* — La beneficencia creó asimismo, en Manila, el Monte de Piedad, cuyos excelentes servicios pueden apreciarse con sólo tender rápida mirada sobre las cifras que revelan el desarrollo de sus operaciones, conduciendo á aquel magnífico establecimiento á un grado de esplendor y de pujanza excepcional.

Tal establecimiento benéfico tiene adjunta la *Caja de Ahorros*, institución que tanto moraliza, infundiendo en el hombre prudente estímulos para la economía, laboriosidad y orden. La ventajosa organización del Monte de Piedad y la Caja de Ahorros, apoyándose recíprocamente, determina completa seguridad y fijeza para el uno y para la otra, y hace que recaigan en pro de los necesitados y de los imponentes los resultados de la prosperidad lograda por el establecimiento de que nos ocupamos tan á la ligera, como de todos los demás que sólo enumeramos, por los propósitos y deseos que tenemos de no molestar con exceso á nuestros bondadosos lectores.

5.º *Vías de comunicación.* — La dominación española, aspirando sin cesar á que los *mil cincuenta y cinco* pueblos que designa el nomenclátor de Filipinas vivan comunicándose entre sí y unos con otros con la mayor facilidad, según reclaman los intereses verdaderamente legítimos de todo orden, desarrolló cuanto hasta hoy desarrollar pudo, dada aquella enorme extensión superficial, las vías de comunicación tanto terrestres como marítimas.

Mucho hay que hacer respecto de las primeras, es claro: todavía hay pueblos sin caminos vecinales siquiera para poder cambiar sus producidos con el litoral. En vías férreas aun no se disfruta allí más que una línea explotada en extensión de 196 kilómetros desde Manila á Dagupan (Pangasinan); pero el movimiento marítimo adquiere vuelo extraordinario, ya por el establecimiento de líneas regulares de vapores que en toda dirección surcan las aguas del Archipiélago (en el cual al propio tiempo se mantiene importante navegación á vela), ya por el aumento logrado en la navegación de altura, no sólo con la metrópoli, sino con los grandes puertos de la América, de China y del Japón.

7.º *Servicios especiales.* — Al desarrollo de todas las fuerzas de producción que en Filipinas viene operándose, especialmente desde cuando niños há, contribuyen mucho los constantes servicios encomendados á los cuerpos especiales, cuyas actividades de consumo ensanchan grandemente los horizontes extensos de aquella pública riqueza.

El cuerpo de Ingenieros civiles (en el cual prestan distinguidos servicios también los Ingenieros militares), á pesar de lo mucho que le ocupa atender á la construcción y reparaciones de los edificios del Estado, dedica á las demás obras públicas todos los esfuerzos que dentro de las consignaciones del presupuesto caben: son admirables realmente las que lleva á cabo en estos últimos años, sobre todo en puentes y faros.

Por lo que á estos últimos respecta, véjase al notabilísimo plan general del alumbrado del Archipiélago, que siluará en accidentadas costas en plazo breve 10 luces, cuyos destellos blancos y rojos, continuos ó alternados, tantos desastres están llamados á evitar.

Y este plan á que nos referimos, volvemos á asegurar, ha de verse pronto realizado, pues ya en 1.º de Enero del año próximo pasado, aparte de las luces que sostiene la Marina, el Comercio y las Corporaciones locales, lucían por cuenta del Estado 17 faros de los 40 que se han de construir.

Manila va á contar con un puerto monumental, grandiosa obra que por el mismo Cuerpo de Obras públicas está construyéndose, y ya muy adelantado relativamente á los formidables diámetros de aquellas dársenas.

Funciona en Filipinas un distinguido Cuerpo de Ingenieros de Montes, cuya Inspección general, con los cuatro distritos forestales en que se dividen las islas y la Jefatura de comisiones especiales, dirige el aprovechamiento y custodia de los montes del Estado; está al frente de la parte técnica en la composición de terrenos realengos; practica los estudios referentes á la flora del Archipiélago; demarca las leguas comunales; informa sobre la concesión de terrenos agrícolas; practica los trabajos periciales para la venta de terrenos baldíos, auxiliando á la Intendencia general de Hacienda, después de practicar todos los servicios mencionados y otros que le encomienda la Dirección general de Administración civil, de cuyo Centro depende la Inspección general de este ramo, así como de él dependen las demás Inspecciones que corresponden á Fomento y Gobernación.

Allí el servicio geológico-minero encomendado á la Inspección general de Minas, la cual, con las tres comisiones en que está dividida para llevar ó cabo los servicios, practica los tan importantes de campo y gabinete que la índole de la riqueza minera requiere, ocupándose

muy especialmente en el estudio de aguas minerales y en la formación de cartas y estudios geológicos de todas clases.

Allí un servicio meteorológico encomendado á los PP. Jesuitas, los cuales lo desempeñan por modo admirable en su magnífico Observatorio de Manila, en el cual han acumulado los aparatos meteorológicos, seismológicos y magnéticos de mayor precisión: todo cuanto esta moderna ciencia ha descubierto y aplicado para la observación y estudio de los fenómenos atmosféricos en los últimos treinta años, que es realmente prodigioso. Los trabajos meteorológicos del Observatorio de Manila son de grandísima importancia; y si no la adquieren mayor por sus aplicaciones á la navegación y á la agricultura, y hasta para la salud pública, será porque los trabajos á que aludimos no sean suficientemente conocidos, lo cual tampoco consistirá en falta de celo por parte de los PP. Jesuitas en difundir tan importantes estudios.

8.º *Administración pública en general. — Corporaciones religiosas.* — La dominación española ha instituido en Filipinas una Administración pública, tanto central como provincial, en modestísima escala: pero aun así, está compuesta de factores análogos á los que constituir puedan la Administración de los pueblos más cultos del orbe, y desde luego excediendo á la más expansiva de éstos.

Este aserto es incontrovertible. La Administración pública española, que en el organismo de detalle, en Administración provincial, no cuenta en las provincias de Filipinas, y sólo en cada una de sus cabeceras congregados, sino con 7, 8 ó 9 funcionarios públicos peninsulares, jamás ha tenido representante alguno directo de la Administración civil, sino que en los 1.053 pueblos que hemos dicho se cuentan en las islas, la raza conquistadora no ha dispuesto de otro elemento para su representación más genuina que el Cura párroco, es decir, *el fraile*. El fraile, custodio fiel de todos los intereses públicos en aquellos pueblos que en Administración eclesiástica aun podrían llamarse parroquias-misiones, pues este y no otro es, según nuestro pensar, el verdadero carácter con que hay que mirar á los feligreses indígenas de las más cultas parroquias. Es claro que entre esos indígenas, indudablemente, los hay que son muy buenos cristianos; pero tienen en general tan escasa retentiva, que sólo con la asidua predicación es como los indios filipinos pueden conservar en su inteligencia nociones y conceptos sin adullerar.

Pero no deja de ser digno fijar la atención sobre este punto de la Administración pública: hay que observar que ni siquiera tal único representante de la raza dominadora existe en cada pueblo de aquellas islas, sino que hay muchos en que el cura párroco es un clérigo indi-

gena. — No lo recordamos bien; mas desde luego afirmamos, no serán en número menor de 60 á 70 los clérigos indígenas que en sólo la diócesis de Manila (y hay cuatro obispados en el Archipiélago además del metropolitano) disfrutan canongías y prebendas y están al frente de parroquias, entre las cuales las hay importantísimas, y consignadas por modo de tal significación del crente, que la parroquia de la misma capital del Archipiélago regida está por cura indígena, como cura párroco indígena es también el del populoso arrabal de Quiapo, y curas párrocos indígenas son aquellos clérigos que administran los lugares vecinos de Marikina y San Pedro Macati, y Muntinlupa y los pueblos de Dinalupigan y de Calaca y de Lian y de Indang y de San Roque, San Francisco de Malabán, Alonzo, Magallanes, Ternate, Méndez Núñez, Tunasán, Santa Cruz, Torrijos, Mogpog, Rosnoso, Angona, Jafajala, Camita, etc., etc.

¿Es que por acaso á la Administración española le faltó en algún tiempo personal eclesiástico? Jamás. En ello sólo hay lo que apuntado queda: el generoso afán que la dominación española ha evidenciado siempre en Filipinas de conceder al elemento indígena todo, todo, todo cuanto ha debido engendrar en él la mayor simpatía y confianza hacia los españoles.

¿Para qué necesita la Administración española el auxilio del clero indígena, cuando para administrar las parroquias y las numerosísimas misiones allí establecidas se ha venido contando desde el descubrimiento y conquista con *corporaciones religiosas* compuestas de frailes misioneros por número y calidad bastantes para atender á la evangelización de aquel vastísimo territorio, según ya hemos consignado; á la administración parroquial; á la de tanto y tanto establecimiento piadoso como los que hemos también enumerado; para practicar constante, secularmente, oficios auxiliares, pero sustancialísimos en la Administración pública; frailes que además de dedicarse á toda esta santa labor, provechosísima para el Estado y para la Religión, se dedicaban y dedican en aquellos pueblos á las enseñanzas y aplicaciones de las artes y de la industria y agricultura y del comercio, impulsando á los indios á la práctica y ejercicio de todo lo que puede conducirlos al mejoramiento de sus inicias materiales?

Con igual patriótico tesón cuidaron siempre los frailes de Filipinas de la sagrada integridad del territorio y del orden público contra todas las maquinaciones que entre aquellas variedades de razas se producían para alterarlo. Singularmente en hechos de esta índole intervinieron, siempre con éxitos brillantes, aquellas corporaciones religiosas de Agustinos, Recoletos, Dominicos y Franciscanos, que desde el año 1565 al 1606 sucesivamente se establecieron en aquellas islas, y

que fueron las que hubieron de vencer los más serios obstáculos presentados á nuestra dominación. La falta de soldados españoles, pues nunca aquellos invictos caudillos quo regían el Archipiélago, desde Legazpi hasta Matecampo, solían contar con más de 400 ó 500, obligó en cien ocasiones á los frailes de Filipinas á trocar momentáneamente sus cogullas por sombreros de nilo ó de burí, y al frente de muchedumbres armadas, por ellos dirigidas, acometieron denodadamente á los enemigos y á los perturbadores de aquellos pueblos que se oponían á que éstos entrasen en el concierto social por los trabajos de nuestros misioneros atraídos. Está lupida la historia de Filipinas de heroicos gloriosos hechos llevados á cabo por los frailes, quienes fueron los restauradores del público sosiego en tan graves trastornos y revueltas.

A los frailes débense los indios filipinos eterna gratitud é imperecedero amor; mas la Administración pública española les tributa y habrá de tributarles de seguro, y por siempre, las consideraciones y el respeto que merecen los hombres que la glorifican por sus virtudes cívicas y cristianas.

Los señalados servicios de los frailes en el Archipiélago filipino comienzan, según hemos consignado ya, en las primeras expediciones.

El P. Urdaneta es quien trazó el derrotero más conveniente para regresar de Filipinas á España.

Nuestros Adelantados recomendaban á los frailes también la difícil gestión de continuar explorando aquellas tierras y aquellos mares, y con doce soldados, ocho grumetes y un desgarrado, los PP. Canlova y Walter descubrieron y evangelizaron todas las tierras al Este de las Marianas situadas. En aquellas tierras, sin embargo, y con ocasión de ir á bautizar un neófito, fueron asesinados el P. Canlova, su intérprete y dos soldados que lo acompañaban á Mogmog, desde Jalahep, en donde quedara el resto de aquel puñado de valerosos exploradores y conquistadores.

Con 17 soldados llegó á las costas del extremo Norte de Luzón el inclito Juan de Salcedo, y aquella fuerza, auxiliada por los frailes Agustinos y Dominicos, redujo y ovangelizó las tierras de Cagayán, Isabela, Pangasinán y Nueva Vizcaya. Manila, Iloilo y Bulacán ya eran cristianas desde 1578, es decir, á los dos ó tres años de predicación sostenida por los Agustinos y los Franciscanos. Estos mismos, al propio tiempo, cristianizaban los Ilocos y fundaban Laoag y Bantay, territorio poblado por diversas y fieras razas. Mr. Gironier afirma, después de haber visitado el Archipiélago, la existencia en él, en aquellas épocas, de gentes de costumbres hasta antropófagas.

Con el auxilio de los PP. Agustinos, pudo Martín de Goiti, quien

sólo con 80 soldados castellanos contara, vencer la insurrección más grave que en Filipinas se produjo durante el memorable mando de Legazpi.

¿Quiénes, sino los frailes Recoletos, delegados por la autoridad superior de las islas, obligada á acudir con presteza á otros lugares, dieron cima á la arriesgada empresa de reducir los cimarrones y los aetas, poldadores de la abrupta región de Zambales y de la de Mariveles, no menos accidentada?

¿Quién redujo verdaderamente las tierras de la Unión, fundando á Agoo, sino los frailes PP. Picazo y Barza, y quién sino el P. Jiménez, Agustino, inició la evangelización en Albay, continuada tan activamente por los PP. Franciscanos, de la propia suerte que los Agustinos terminaron la iniciada en Balangas por los Franciscanos?

¿A quién sino á estos últimos se debe, ¡en tres años!, desde 1578 á 1581, la creación de los pueblos de Naga y Ilula, de Naboca y de Quipayo, de Daet y de Indan y de Paracale, en las tierras de Camarines Norte y Sur?

¿Quién sino los religiosos Franciscanos, Agustinos, Dominicos y los PP. Jesuitas cristianizaron la provincia de Cavile, y quién ó quiénes sino los primeros de estos religiosos fundaron los pueblos de Marigondon, Silang, Indang y Malabón? Los frailes de esa provincia, la mayor parte de ella administrada hoy por los Recoletos, fueron los que redujeron á todos los infieles que la poblaban: de éstos ya no queda allí uno solo: en camino alójanse en la misma muchos ingratos.

¿Quiénes sino los frailes Franciscanos fundaron los pueblos de La Laguna y Tayabas? Si Juan de Salcedo destruyó en Pangasinán los restos de la pirática expedición de Limabón y Sioco; si en hecho tan brillante reveló valor excepcional Guido de Lavezares, ¡ah!, sin la intervención de los frailes Franciscanos singularmente, que capitanearon masas indígenas contra aquellos piratas, y sin los oficios señalados del agustino Fr. Jerónimo Marín, á quien ciegamente obedecieron Lacandola y Itaja Solimán, no se habría obtenido victoria tan señalada contra aquellas hordas, ni se hubiera impedido tan por completo el levantamiento que se inició de muchos indios contra España.

Pero..... no podemos continuar; nos lo veda en absoluto nuestro plan trazado para el presente pequeñísimo trabajo. Sólo para enumerar en forma de general índice cuanto á la dominación española en este ramo de la administración eclesiástica deben los indios filipinos, precisaríamos un gran in folium. Nos interesa, no obstante, en apoyo de argumentos que hemos de presentar muy pronto, y para hacerlos de fuerza incontrastable, suplicar, cual lo efectuamos, á nuestros lectores recuerden los servicios que á la Patria y á la civilización vienen,

ab initio, prestando las corporaciones religiosas en aquellas apartadas regiones orientales.

Tan grande era la fe que la gestión de los frailes inspirara á Legazpi y á todos los ilustres capitanes que regían aquellas españolas tierras, que el primer gobernador de Filipinas, el fundador de Manila, pedía *«más frailes que soldados»* para regir un país de tan abigarrada constitución, cual la que hemos dicho presentaban aquellas 29 razas encarnizadamente enemigas las unas de las otras. Y, sin embargo, á los siete años de fundada Manila, todo el Archipiélago estaba ya sujeto á la dominación española, merced á la influencia moral de aquellos frailes que desde Legazpi hasta Dasmariñas tuvieron toda autoridad delegada. Y de tal suerte supieron atraerse la voluntad de aquellas masas, que los frailes pudieron contar con fuerzas decididas en favor de los patrios intereses siempre que preciso fué: en Filipinas jamás hubo fuerzas españolas bastantes para tan arduos problemas como allí se presentaban, ya lo hemos dicho; pero los frailes las suplieron en todas ocasiones y en toda forma, dirigiendo con prodigiosos éxitos operaciones de guerra terrestres y marítimas, todas rápida y ejemplarmente llevadas á término.

¡23.000 chinos perecieron á manos de las masas indígenas capitaneadas por los frailes de La Laguna y Balangas, cuando allá en 1603 los chinos intentaron por segunda vez apoderarse de nuestras islas Filipinas! Los frailes dirigían las huestes que castigaban, y llegaron á extinguir la piratería que sobre los pueblos indígenas caía para cometer en ellos todo crimen y depredación.

Los frailes construían fuertes y presidios y fortalezas en estratégicas líneas escalonadas, para tener á raya á los enemigos encarnizados de las razas que se cristianizaban.

Los frailes, en los primeros tiempos de la conquista de Filipinas, asumieron todo género de atribuciones y cumplieron toda suerte de deberes, como han seguido cumpliendo con estos últimos después de haber perdido muchas de las primeras.

No destinaban sus actividades maravillosas, ciertamente, á sólo los conceptos de paz y de guerra, que tan incompletamente sintetizamos, sino que á los veinticinco años de dominación española, ya los frailes habían escrito y publicado gramáticas y diccionarios de todos los dialectos que componían aquella jerga lingüística del sánscrito derivada, aunque en ella se reconozca muy difícilmente su verdadero origen, y habían escrito y publicado diversidad de obras geográficas y filosóficas acerca del carácter de aquellas razas, y habían estampado cartas de itinerarios y derroteros para la navegación interinsular, que durante muchos años sin alteración alguna los siguió. Cuanto sobre Fi-

lipinas se ha escrito hasta los comienzos de este siglo lo fué por los religiosos de las diferentes Ordenes, y sus producciones científicas y literarias han logrado justa, perdurable fama. ¡Cuánta y cuán legítima importancia adquirieron los estudios publicados por el P. Díaz, los históricos de Fr. Domingo Martínez, los de igual carácter del Padre Mazo, la obra extensa del P. Fr. Juan de la Concepción, la de Fray Joaquín Martínez de Zúñiga, los de tan modestos títulos como los *Ensayos históricos, estadísticos y geográficos* del P. Rivas, cura párroco de Italaán, y las *Memorias* del P. Ilainza, misionero de Nueva Vizcaya; las *Crónicas* del P. Santa Inés, y muchas otras!

De los 4.500 volúmenes que se conocen escritos hasta hoy sobre Filipinas, y entre los cuales los hay de mérito indiscutible, ¿cuáles de mayor valía que *La Flora Filipina*, debida al sabio y virtuosísimo fraile agustino R. P. Blanco? ¿Quién puede negarla á los estudios del padre Combès, grabados de reproducir en muy lujosa forma por el entusiasmo filipinista el Diputado á Cortes D. Wenceslao E. Itetana?

Y en los tiempos actuales, como en los antiguos, los frailes sostienen su labor científica y producen trabajos de verdadera importancia y de reconocido mérito; ahí están los eruditos estudios últimamente publicados por el P. Navarro, agustino, y los profundísimos sobre el «Patronato», del ilustre dominico Fr. Matías Gómez.

« Los frailes han elevado al pueblo filipino al más alto punto de civilización de que es susceptible una raza que hace menos de tres siglos se hallaba en la más completa barbarie »; hé aquí, en texto literal, lo que el Duque de Alençon decía respecto de las Ordenes religiosas de Filipinas después del viaje de estudio que aquel ilustrado aristócrata llevó á cabo por todo el Archipiélago en 1864.

Si, en los tiempos viejos, los frailes prestaban todos sus valiosos oficios á la causa de la Patria y la civilización, no sólo cristianizando aquel territorio filipino, sino atendiendo, por delegación de los Poderes públicos, á cuanto era administración y gobierno del país; si los frailes, al propio tiempo que evangelizaban y redimían de la barbarie á aquellas tribus de vida ignominiosa, cuidaban con esmero las nuevas tierras de España, y lo mismo celebraban misa y administraban los Sacramentos Santos, que acudían á vencer revueltas y á salvar naos de Acapulco, amenazadas de caer en manos enemigas, y á construir iglesias y cementerios, que á establecer escuelas y fortalezas, y caminos, y puentes, y calzadas, sin consignaciones de presupuesto; si lo mismo se diseminaban por las espesuras de los abruptos montes del Archipiélago en busca de tribus salvajes que civilizar, que acudían como embajadores á las cortes de vecinos reinos, cuyos idiomas también los frailes aprendían, siendo los únicos que

con mayor facilidad podían desempeñar las diplomáticas misiones, como aquellas que para el Emperador del Japón llevaron en el navio de Faranda Fr. Gonzalo Gareta y Fr. Francisco de San Miguel, en este siglo mismo, es decir, después que por los aires de despreocupación, tan propios de la época, y por la propaganda de determinadas doctrinas, ha venido resultando con injusticia notoria y más grave daño mermada en el orden social la influencia de los frailes en Filipinas, han podido éstos continuar sus oficios patrióticos: y vigilantes siempre por igual de la integridad del territorio, ellos son quienes advirtieron en todas ocasiones, y en muchas sofocaron sin otro auxilio los peligros que á la dominación española amenazaban. Los frailes advirtieron y dominaron ellos solos la rebelión que en 1807 se alzó en Ilocos contra España; y cuando aquella sublevación renació briosa poco después, un solo fraile, el cura de Balac, la dominó, siendo ahorcados en Laoag los seis cabecillas que quisieron asesinar á los castiias.

Los mismos indios del Norte de Luzón, puestos de acuerdo todos, los reducidos como los igorroles, apayaos y calingas, con los arilas, quisieron exterminar á los españoles en otra conjura que estalló en 1811, y los frailes la descubrieron: el Gobernador general de las islas la venció.

A poco de publicar Gardoqui la Constitución de Cádiz, en Filipinas, á principios de 1814, otra conspiración formidable fué descubierta por los curas párrocos de Sarrat, Piddig, Dingras y Vintar, en Ilocos Norte; también entonces se pació la degollina de los castiias.

¿Quién puede olvidar la figura patriótica del Arzobispo de Manila en la catástrofe de 1820?

¿Quién no recuerda con fruición íntima la conducta de los frailes en los sucesos tristes de 1823, tramados por el más astuto de los conspiradores de Filipinas?

La insurrección de 1848, capitaneada por Apolinario, en Tayabas, pero poniendo en peligro todas las islas, ¿por quién fué descubierta sino por el cura de Luchan y sus colaterales, frailes franciscanos?

Y lo que sería curioso y obra de estrieta justicia, fuera la publicación de los estudios y sabias observaciones y advertencias sanísimas hechas por los frailes, por todos los ámbitos del Archipiélago diseminados, respecto á las tentativas que contra la dominación española se hicieron en 1854 y en 1872.

Bueno fuera también, y muy justo, se conociese en toda su extensión la conducta patriótica de los frailes, su incomparable celo y su valerosa resolución, dominando desde los lugares en que pudieron ser objeto de venganzas, los trabajos que han producido la menguada sangrienta insurrección del Calipunan.

Después de haber trazado con nuestra mano tosca el cuadro mezquino y vilipendioso que ofrecían los pobladores de las tierras Oceánicas, descubiertos y conquistadas por los españoles, y de haber nosotros bosquejado por igual torpemente el cuadro de inconmensurables diámetros relativo á los bienes que en aquellas islas ha producido la dominación española, esperaremos con absoluta confianza al juicio de nuestros lectores, pues entendemos pensarán y sentirán, respecto de la monstruosa insurrección de 1896 en Filipinas, lo mismo que nosotros pensamos y sentimos. Ya lo hemos expresado en nuestras dos palabras á guisa de proemio escritas: «Un vent de folie a passé par là». ó lo que juzgamos igual: gran parte del pueblo tagalo acaba de sufrir un verdadero intenso acceso de locura.

Las peculiaridades que en lo común presenta el temperamento de los indios filipinos, legitiman nuestro diagnóstico; pero además de tal razón, llegamos con facilidad á él por el afecto que guardamos hacia los naturales de aquellas españolas tierras, y para los cuales, después del sangriento carácter que han impreso á su depravada rebelión, no hay atenuante posible fuera de nuestra calificación, aunque por modo alguno sea exculpadora de la penalidad correspondiente al ominoso crimen de lesa patria y humanidad por aquéllos perpetrado.



CAPÍTULO IV

Periodo preparatorio y prodrómico de la insurrección.

1.º Masonería. — 2.º Liga Filipina. — 3.º Catipunan. — 4.º Síntomas. — 5.º Patrióticas denuncias. — 6.º Verdadero carácter de la insurrección tagala.

1. *Masaurría.* -- Entendemos y honradamente afirmamos que, en concepto nuestro, el origen, la célula primitiva de la insurrección de 1896 en Filipinas se halla en la masonería, dentro de esa institución universal y extraña que, según muchos opinan, hizo tambalear y aun derribó otras instituciones políticas seculares, y á la cual acháranle las historias ó las leyendas acontecimientos que lograron en el mundo resonancias de excepción.

Nada sabíamos de esa sociedad secreta; sólo después de producido el alzamiento de los tagalos contra la dominación española en el mes de Agosto último, y cuando el público general rumor nos informó de que tal movimiento tuvo por fundamento y base los trabajos masónicos operados en las numerosas logias que se indicó funcionaban en el Archipiélago, fué cuando sentimos impulsos de patrióticos deberes por llegar á conocer algo siquiera del organismo de la francmasonería y su desarrollo y fines por la misma perseguidos en la tierra filipina.

Conocedores en algo del carácter de los indios (en poco, por lo visto, á pesar de los treinta años que venimos tratándolos); sabiendo de qué suerte en aquellos cerebros, cuyos hemisferios evolucionan manifiestamente por modo más incompleto que en la raza blanca, hallan poderosos atractivos todas las cosas inextricables, á las que por sólo esta condición declaran maravillosas ó sobrenaturales, no nos causó

extrañeza alguna llegar al conocimiento de que en el pueblo filipino hubiese muchos que acogiesen con tanto entusiasmo la propaganda masónica, y que á docenas de docenas hubieran podido fundarse logias y más logias.

Adquirir, aunque no sea más que para usarlo en secreto y por broma, un nombre nuevo de los que más ruido han producido en el mundo: emplear en cartas y papeles á guisa de limbres marginales, como heráldicos, escuadras y niveles ó iniciales; vivir sosteniendo correspondencia con personalidades de viso en la diversidad de las naciones; llamarse y considerarse como hermanos de príncipes y de magnates y hasta de algún rey que en su propio palacio estableciera renombrada anglo-sajona logia; cumplimentar fórmulas con los ojos vendados; prestar juramentos para destruir supuestas tiranías; sufrir amarraduras, aunque vulneren substancialmente la piel (en los indios filipinos, erosionada de continuo por los eczemas de raza); recibir puñales como armas vengadoras, acompañantes fieles, en vigilia como en el sueño, de los masónicos seclarios: verse orlado por tan extraño marco, cual el constituido al iniciarse con unas docenas de puñales y cuchillos simbólicos, esencial atributo de la familia nueva que, según expresión de los que le rodean, se crea el adicto á la masonería; todo ello es lo más apropiado que en exterioridades concebirse pudiera, con el fin de conmover profundamente la particular sensibilidad de la estructura nerviosa, defectuosísima en aquellas razas orientales. En ellas hay además que reconocer grandes disposiciones por temperamento á la exageración de todos los conceptos que adquieren, individuales ó ajenos, y como no son fuertes en voluntad propia, el carácter de los indios filipinos les induce fácilmente á tomar como buenas las ideas que los demás les imprimen.

Siendo esto así, se comprende bien que la propaganda masónica obtuviera en Filipinas el asombroso éxito que logró; mas cuando aquellos naturales, que no están por cierto desprovistos de sagacidad, consideraron sin duda de qué suerte podían reunirse clandestinamente en las *logias*, y que éstas fuesen un seguro disfraz para ocultar el lilibusterismo y el más adecuado medio para congregar elementos revolucionarios, redoblaron sus esfuerzos.

¿Hacia qué punto llegarían los que practicara el alucinado Faustino Villarroel para instalar tantas logias y talleres lautos, desde la «Minerva», núm. 217, que creó en los valles de Cagayán, extremo Norte de Luzón, hasta los que instaló en Joló, extremo Sur del Archipiélago? Desde luego, en una carta que aquel propagandista fechaba en Manila en 31 de Marzo de 1896, afirmaba haber constituido en su propia casa las logias «Walana», «Luzón», «Modestia», «Dalisy», «Taliba», y

añadía haberse celebrado en la misma, «la Ten. Mag. de la Constitución del gran Cons. Reg., que quedó instalado en aquel lugar».

Con melódica rapidez, la masonería acumuló en Filipinas todos ó casi todos los elementos de más relativa capacidad intelectual entre los elementos indígenas.

No halla cabida en nuestro escaso entendimiento, ni lugar en nuestro entristecido corazón, la idea de que, dependiendo aquella organización masónica filipina, ya del «Gran Oriente Nacional», ya del «Gran Oriente Español», pudieran obtener de éstos tolerancia siquiera para los propósitos separatistas que abrigaban los naturales de aquellas islas á la masonería aliados; y al hacer esta declaración, todo el que nos conozca la proclamará sincera.

No podemos ser en este orden de razonamientos sospechosos para nadie: jamás hemos tenido disposición alguna á formar parte de tal secta, porque somos cristianos viejos; pero repetimos que ni podemos creer ni creemos pudiera centro alguno masónico, compuesto de españoles peninsulares, tolerar, ni mucho menos fomentar á sabiendas la propagación de doctrinas que, desarrollada cual la masonería lo efectuaba en Filipinas, pudieran dar origen á la congregación de elementos separatistas.

Y sin embargo, al lado de esta firme convicción reiteramos la que también lereamente mantenemos, á saber: la masonería ha sido el medio que reunió los elementos generadores de la insurrección filipina. El filibusterismo supo explotarla grandemente. Para la defensa de esta tesis disponemos de bastantes datos y antecedentes; de muchas correspondencias masónicas de fija autenticidad, y si hacemos gracia á nuestros lectores de no exhibir el grueso de tales datos, es porque no queremos resultar más pesados de lo que ya venimos siéndolo: no pretendemos (pues además sería vano empeño) que este nuestro pobre libro resulte un ejercicio literario más ó menos eulretenido; lo que deseamos es que se derive de él algo provechoso á los intereses patrios.

No tenemos inconveniente en afirmar, al revés, con gusto reiteramos nuestra absoluta creencia de que la masonería española ignoraba los verdaderos fines de los masones filipinos; pero probado está, en concepto nuestro, hasta la evidencia que la masonería filipina no persiguió otros propósitos que lograr la independencia de aquellas islas.

Uno de los más injustos detractores de la dominación española, un indígena grandemente enaltecido por la generosidad de nuestra raza, á la cual debe hasta la propia vida de que disfruta, después de conocida la trama que originó la presente insurrección del Catimnan, se declaraba autor de un proyecto de masonería, basado en la española, que pudiera aplicarse á la conspiración filibustera. No tuvo tal vez el

aludido sujeto interés grande en que privase su proyecto, porque cuando lo trazara ya salía él el gran éxito alcanzado por el Calipunan, para reunir elementos revolucionarios separatistas, que era lo que él quería, en el frenético antiespañolismo en que se inspiraba.

Hasta el año 1890, la masonería en Filipinas había logrado desarrollo insignificante. Un par de docenas (tal vez aritméticamente no más) que constituían la colonia tagala en Madrid, de acuerdo con unos cuantos paisanos suyos que formaban la de Barcelona, y otros pocos que componían la colonia filipina en París, se agitaron incesantemente, hasta que en 1892 habían ya conseguido la generalización de logias masónicas en el Archipiélago bajo la dependencia del «Gran Oriente Español» exclusivamente al principio, y bajo la de éste y la del «Gran Oriente Nacional» después, porque también este último consiguió reunir prosélitos para la instalación de otros muchos centros masónicos en las islas.

A nadie puede maravillar el éxito de tan activa propaganda, teniendo en consideración los atributos de carácter asignados á los indios en general. Los hay entre éstos muy sagaces, como hemos dicho, y á este orden indudablemente correspondían todos los filipinos reunidos en Madrid, Barcelona, París y Hong-Kong, con el fin de impulsar en el Archipiélago la obra de organización de la masonería: necesitaban explotarla para sus verdaderos planes. Con el fin de ocultar éstos, en tanto en cuanto se esparcían por aquellas islas los centros masónicos, era objeto de los trabajos constantes de las logias de Manila secundar con desenfado la difamadora campaña emprendida por «La Solidaridad» contra las corporaciones religiosas, contra los frailes, que son precisamente quienes habían educado con cariñosa solicitud á los mismos naturales filipinos que fundaron y redactaron y durante cuatro ó cinco años sostuvieron la «Revisla» que acabamos de citar, y cuya colección constituye verdadero infamatorio libelo contra la dominación española, puesto que efectiva y violentamente la agredían, al burlarse con fruición satánica de los ministros que sostienen la religión del Estado, y que allí registran la más gloriosa historia en la civilización y cultura del país.

«Corto es el camino que hay que andar, porque no queda más que » una pequeña valla que saltar ó echarla abajo; ya comprenderéis que » esta valla no puede ser otra que la *testa coronada*. » Así escribía el tristemente famoso Faustino Villarreal en carta masónica, en la cual al propio tiempo pedía la extensión á Filipinas de la ley vigente de asociaciones en la Península, y la representación en Cortes, dando en el mismo documento á que aludimos cuenta de la constitución de un nuevo taller, cuya aprobación superior solicitaba.

Pero hablemos con mayor claridad, que de toda ella es preciso cuando de altos intereses de la patria se trata. Los masones filipinos, ó gran número de masones filipinos, está fuera de cuestión que acariciaban la idea del separatismo y que entre ellos vivía profundamente arraigada: las insistentes gestiones por los mismos practicadas cerca de gobiernos de Estados vecinos, solicitando amparo y protección para acabar con la dominación española en Filipinas, constituyen prueba plena: pero además se ve evidentemente comprobada nuestra afirmación por las revelaciones detalladas en los documentos masónicos, con singularidad en aquellos que relatan las vivas luchas sostenidas entre los distintos organismos de la masonería filipina, los cuales tanto se hostilizaron recíprocamente.

Para lo que llaman su régimen gubernativo quisieron muchos masones de las logias de Manila recabar del que dicen Gran Oriente Español la constitución de una *Gran Logia Regional*, toda vez que les mortificaba mucho la conducta de la logia madre á «Natura Nilad», que afirman se les imponía *descaradamente*, y después de quejarse de esto y del proceder del H. Pauday Pira, acusado de retener en su poder los auxilios metálicos que se enviaban á Itizal, dice una Memoria masónica firmada el 23 del mes de Nisan de 5653 (a. r. 1. r.) por Killat, gr. r. 3. r., y por Algiabara, gr. r. 28, lo siguiente: «Este es un pueblo lleno de vida y energía que se agita y revuelve ansioso de romper los estrechos y primitivos moldes en que se venía encerrando para evolucionar con más desembarazo. Hay entre nosotros una verdadera superstición contra todo movimiento evolutivo, porque algunos confunden miserablemente las ideas subversivas ó de rebelión con el espíritu de evolución en el sentido del progreso.»

Los masones, pues, no ignoraban de qué suerte existía en su seno la idea de la rebelión separatista, y bien pudo por el propio instinto de conservación inspirado, el masonismo, que tales ideas separatistas abrigaba y en tanto más cuanto más firmes las acariciase, trabajar tan activamente como lo efectuaba, en fines de constituir con solidez la organización de la secta en Filipinas; pues sobre que tal logro le proporcionaba elementos de fuerza moral y material para sus planes ulteriores, tenía dentro de la institución masónica, y según espíritu y letra de los estatutos que la rigen, aquella relativa garantía que éstos determinan para atenuar por lo menos los riesgos que corrieran al llevar á la práctica sus aviesos trastornadores planes.

Siendo masones, á la vez que separatistas, los indios filipinos entendían poder contar con la protección que con tanta largueza les ofrece aquella advertencia en la cual, al iniciarse en la recepción al grado 1.º un *aprendiz*, el *venerable* de su logia le hace entender estas

significativas palabras: « Los masones están obligados á ayudarse los unos á los otros, cuando la ocasión se ofrece; los masones no deben mezclarse en las conspiraciones; pero si vos sabéis que un masón se ha mezclado en cualquier asunto de ese género, y ha caído víctima de su imprudencia, debéis vos tener compasión de su infortunio, y con todo el lugar masónico debéis emplear toda vuestra influencia y la de vuestros amigos para disminuir la penalidad que á aquél pueda corresponder. »

Con sólo esta tan mal entendida protección por la masonería establecida, y que en ella en todas sus fases impera, pudo adquirir la sagacidad de los indios separatistas el convencimiento de lo mucho que les interesaba para cualquier fracaso organizarse masónicamente.

Y ya en fines de 1892 lo estaban por completo en todo el Archipiélago. Hasta el sexo femenino formaba también entre los sectarios de la masonería, pues el 18 de Junio de 1893, la briosa filipina que lleva el nombre simbólico de « Minerva », y que había sido declarada la primera masona filipina iniciadora y fundadora de la Respet. Cam. del « Jardín del Edén », denominado « Semilla », núm. 8 del Gran Oriente Español, fué elegida Ven. Gr. Maestra de la misma.

En el Archipiélago filipino, pues, existía con el organismo masónico, que funcionaba, según acabamos de decir, por modo muy completo desde 1892, cuanto puede preparar personal idóneo para las conspiraciones y rebeliones. Todas las sociedades secretas, desde los iluminados hasta los carbonarios, se constituían al fundarse, con personal reclutado entre la masonería, según Deschamps, y en Filipinas esta observación no se interrumpe. Un esclarecido jefe militar, el Comandante de la Guardia civil veterana de Manila, Sr. D. Olegario Díaz, de cuya actividad, valor y celo, secundado entusiastamente por los distinguidos Oficiales, Jefes de las subdivisiones, y por las clases y tropa de las mismas, afirmaba, en notable documento de valor oficial, literalmente lo que sigue: « No hay uno solo de los jefes y organizadores de las asociaciones filibusteras descubiertas que no sea masón. »

Y por tanto, nosotros creemos que, aun cuando la masonería no estuviese condenada por la Iglesia; aun cuando esta secta fuese tal, y no más y conforme la define Joaust, sin más principios que la ley del progreso humano, las ideas filosóficas de tolerancia, fraternidad, igualdad y libertad, abstracción hecha de la fe religiosa ó política de las nacionalidades y de las diferencias sociales, la masonería filipina, albergando á los separatistas para protegerlos, según sus estatutos, cuando fracasasen en sus planes, no podía menos de ser, como lo fué, un muy principal deleznable elemento de descomposición político-social entre aquellas masas indígenas.

2.º *Comité de propaganda y Liga Filipina.* — Un comité de propaganda, no ya exclusivamente masónico, sino esencialmente revolucionario, tenía á su cargo distribuir los escritos producto del desenfreno separatista. Folletos violentos y candentes proclamas excitadoras para mantener una lucha, á lo cual, con mal disimulada hipocresía, simplemente se la llamaba reformista, lograban desde las imprentas de Europa y de las colonias vecinas á Filipinas llegar á poder del comité aludido. Habíase éste creado en Manila y lo presidía un astuto mestizo, Doroteo Cortés, figura tan degradada en lo moral, que habla arbolado gran tortima propia, litigando con las artes con que litiga la sordida avaricia sobre la riqueza ajena: aquel comité cumplió perlectamente el encargo de propagar las doctrinas disolventes que conleñan los libros á que aludimos: no los repartía gratuitamente, sino que, al revés, cobrábalos á buen precio, y así, por la gran demanda que de ellos harían aquellas perturbadas masas indígenas, obteníanse importantes recursos pecuniarios, aplicados al sostenimiento de aquellos indios filipinos que se habían trasladado á España y otros puntos de Europa y China, con el fin de dirigir los trabajos de tan pronta propaganda; y así arbitraban los medios de atender los gastos que les ocasionaban los medios de que se valían para llevar á cabo esos trabajos mismos. No es preciso estampemos los nombres de quienes discurrían auxilios metálicos del comité de propaganda: constan en muchos documentos que han visto la luz pública; mas nos es necesario consignar ahora los de dos grandes agitadores, el de Marcelo del Pilar, aquel antiespañol frenético, abogado de Iturarán, que vino á España en 1888 como delegado del comité de propaganda, y que se estableció en Barcelona, trasladando más tarde su residencia á Madrid, y el de Hikal. A rargo de Marcelo del Pilar, de la delegación del comité, estaba «La Solidaridad», cuyos redactores todos formaban parte de lo que se llamó «Asociación hispano filipina», y á ella pertenecían asimismo los autores de los más ardorosos escritos contra la dominación española, los Luna, López y Hikal, con ocho ó diez indios filipinos más, que constituían el núcleo de tanto daño coautor.

Craves disidencias surgidas en él por desórdenes en lo económico determinaron que Marcelo del Pilar y Hikal, aunque unidos para el fin común con igual tesón perseguido por estos dos agitadores, se separasen para laborar por procedimientos diversos cada uno; y en virtud de tal acuerdo, Hikal embarcó, dirigiéndose á Hong-Kong, con el plan de tantear desde allí la oportunidad de su instalación en Filipinas.

Creyó Hikal hallarla sin duda muy completa en aquel mismo año de 1892 con el mando de carácter expansivo, bosquejado en los inicios del mando superior de las islas, ejercido por el esclarecido, honradí-

simo Teniente general Conde de Caspe, excelentísimo Sr. D. Eulogio Despujol.

Y para tantear, volvemos á decir, la disposición de ánimo que las autoridades españolas pudieran tener respecto del tristemente famoso perturbador del pueblo filipino, Rizal, dirigió desde Hong-Kong dos cartas particulares al Gobernador general del Archipiélago; en ambos documentos declaraba el iluso solista médico tagalo su adhesión á España, y solicitaba en reverentes términos se le autorizase para ir á aquellas islas, con el fin de recoger á su familia, deudos, amigos y colonos que quisieran seguirle, y contribuir con él á la colonización agrícola de la extensión superficial que se le concediese en Borneo por el Gobierno inglés.

El Gobernador general Sr. Conde de Caspe hizo en absoluto caso omiso de la primera carta de Rizal; y aun cuando tampoco le respondió directamente á la segunda, la Superior autoridad de Filipinas, que no conocía, ni podía conocer, por su inexistencia, disposición alguna, ni judicial ni gubernativa, que impidiese la presencia de Rizal en el Archipiélago, se dirigió al Cónsul de España en Hong-Kong, manifestándole, en carta de la que verdaderamente sentimos no transmitir copia literal, advirtiéndose al autor del *Noli me Tangere* de qué suerte podía ir á Filipinas y estar tranquilo allí, si su proceder era el exacto cumplimiento de todos los deberes que con la Patria y leyes que la rigen cumple siempre el ciudadano honrado. Cuanto á los planes referentes á la colonización en tierras de Borneo, el Gobernador general decía al Cónsul de España en Hong-Kong advirtiéndose á Rizal la extrañeza que le causaba tal determinación, tomada por un hombre que se decía tan amante de España y de la tierra en que nació, mucho más cuando en ésta existían tantas comarcas áridas del trabajo agrícola, sobre todo en el Sur del Archipiélago.

Rizal fué á Manila, sin que en el Gobierno general hubiera de ello otra noticia que un parte del Cónsul de España en Hong-Kong, dando cuenta del embarque y dirección que aquél llevaba.

Y en efecto; ya en la capital de las islas, olvidando Rizal sus proyectos colonizadores en Borneo, si es que en realidad de verdad los hubiera formado alguna vez; negando con hechos contradictorios sus propias afirmaciones desde Hong-Kong, rotundamente por él dadas respecto á su apartamiento de cuanto no fuese el trabajo honrado para procurar el bienestar de su familia, lo que ocupó y preocupó al funesto propagandista fué mantener relaciones íntimas con el mayor número de sus paisanos que disfrutaran la más ventajosa posición social; se explica bien el afán revelado en aquellos momentos, pues á los pocos días de permanecer en Manila, Rizal convocó y presidió una

junta de naturales, hombres de carrera y comerciantes, industriales y propietarios de los más acaudalados, con el objeto que detalladamente les hizo conocer, de constituir una sociedad secreta que había de llamarse «La Liga Filipina». Dióles un reglamento muy completo que fué unánimemente aprobado, y «La Liga Filipina», con sus juramentos, en virtud del pacto de sangre ante una calavera, sobre cuyo imenso frontal estampaban los adeptos como timbre, entusiasta beso, comenzó á funcionar verliginosamente por todas las islas, pero singularísimamente en las provincias limítrofes á Manila, y en ésta con éxito excepcional.

«Ea Liga» tendia á una organización verdaderamente avasalladora: con el fin de congregar en torno de sus aspiraciones declaradas para procurar el progreso del país, con el propósito de lograr su independencia, más tarde instituía un Consejo Supremo en Manila, compuesto de diez y seis individuos, incluso el Presidente, y dos delegaciones del mismo, una en España y otra en Hong-Kong. En cada provincia se creaba un «Consejo provincial», y un «Consejo popular» había de funcionar en cada pueblo: se establecía la dependencia de estos últimos respecto de los provinciales, y éstos estaban subordinados al Consejo Supremo.

Recaudaban un peso de entrada por cada afiliado, y cincuenta céntimos de peso como cuota mensual después.

La mayor parte de los naturales de más valía y significación de las provincias tagalas afiliáronse á «La Liga».

Rizal fué objeto de la mayor vigilancia: el Gobernador general, Sr. Conde de Caspe, entendió sin duda cuán preciso era conocer en todas horas lo que á Rizal ocupase; y si dentro del corto periodo del mando ejercido por el caballeroso general Despujol hállanse pruebas fehacientes para legitimar lo oportuno de todas las medidas dictadas por esta celosa autoridad, con el fin de investigar minuciosamente la conducta del gran agitador tagalo, fundador en España de la «Asociación de filipinos», infatigable autor de folletos y libros, cuyo texto contiene la burla más sangrienta contra la dominación española, á la cual injuria y calumnia de continuo; cruel inventor en Hong-Kong de la «Liga Filipina» é instaurador de la misma al declararla constituida en la casa de Doroteo Ong-Pingco, ¡ah! el tiempo ha revelado tristemente la justificación que merecido hubieran rigores más extremos, que de seguro habrían resultado provechosos á la causa de la patria y de la civilización y humanidad. Sin embargo, la deportación oportunísima de Rizal y compañeros conjuró por de pronto los peligros; los trabajos de la Liga se suspendieron, hasta que en 1891 se instituyó nuevo Consejo Supremo de la misma. Presidíalo Domingo Franco.

El Conde de Caspe, quien no podía predecir la extensión de los trabajos de Rizal y sus traslornadores efefos en lo ulterior, por no haber alcanzado aun en aquel tiempo madurez los venenosos frulos alojados enre, las sinuosidades de la trama urdida en nombre y no más de reformas politico-administrativas, limitóse, por no bailar fundamentos de derecho para olra cosa, á deportar á Rizal y algunos amigos de ésle, entre los cuales se contaba Doroleo Cortés y José Basa, de Cavile, pariente próximo de aquel Román Rasa que logró huir é instalarse en el Japón. Aunque á distintos puntos, todos ellos fueron conducidos inmediatamente al Sur del Archipiélago. En el propio equipaje del encarnizado detractor de la dominación española fueron hallados fajes de proclamas separatistas. Y además de Rizal, destinado á Dapiian (Norte de Mindanao), á otros lugares de Joló fueron deportados les diez ó doce indigenas con los cuales aquel agitador estaba en más irecuenle trato, y á quienes acabamos de aludir.

La requisita mandada practicar por el conde de Caspe en los domicilios de naturales amigos de Rizal, y llevada á cabo por modo cumplidísimo, en una misma hora de la noche, por los gobernadores de las cinco provincias de Luzón más inmediatas á Manila, no dió en aquel tiempo motivo para más.

Es de pública notoriedad la deferente atención con que á Rizal se le trató en Dapitan por el Comandante político militar de aquel distrito: aunque aquella autoridad delegada del Gobernador general de las islas obedeciese procediendo así á instrucciones, no puede negarse el reconocimiento que Rizal debió guardar siempre hacia el jefe de aquel distrito, siquiera para cumplir bien sus deberes anduviera éste averiguando lo que Rizal hiciere, de todo lo cual aquél daba cuenta al Capitán general de las islas.

Pero si Rizal fué en Manila hipócrita, transgresor de sus obligaciones como ciudadano español, en Dapitan también, á pesar de sus redobladas protestas de no querer vivir más que cutre su familia, á la cual descaba trasladar allí para dedicarse á la agricultura, resultó falso, porque demostrado está, de modo que hace fe en juicio, el viaje hecho á Singapoore por la hermana de Rizal, acompañada de Timoteo Páez, con el fin de fletar un barco que arribase á Dapitan y recogiese en su bordo á Rizal, conduciéndolo al Japón para unirse á Doroteo Cortés, que después de indultado trasladó allí su residencia, y á Marcelo H. del Pilar, cuyo viaje estaba ya anunciado desde España.

Este solo incidente evidencia el valor de las afirmaciones y negativas que podía concederse á las que de palabra ó por escrito estableciera en todo tiempo y desde cualquier lugar el conspirador, verbo de la rebelión filipina, José Rizal y Mercado.

Ni éste se resignaba á vivir en Dapitan, ni eran ciertos y efectivos sus declarados deseos de cultivar tierras en Mindanao, ni en Horneo, ni en parte alguna, por más que en el lugar de su deportación adquiriese y plantase y sembrase las próximas á Punta Ilanca, entre Lumbe y Lumbungan; ni él quería para nada la casa que se le construía en otros extensos terrenos que compró, ni para él era atractivo obtener la plaza de médico titular, que desdeñosamente decía «podré aceptar». ¿Qué representaba todo ello para las aspiraciones siempre mal disimuladas, por aquel hombre, que constantemente soñó por las mayores alturas de la fama? ¿Qué valía todo ello para quien por lograrla no pudo ahogar en su cerebro el cruel engendro de «La Liga Filipina», cuyos adeptos se fusionaron todos con el Catipunan, y que tanto en aquélla como en ésta juraron el exterminio de los españoles?

Rizal, el indio filipino de mayor astucia que aquél país vió nacer, á lo que aspiraba en Dapitan no era sino á la fuga en el caso de que las circunstancias le abonasen, ó al levantamiento de su deportación cuando la hubiese cumplido seis meses; este tiempo y no más se resignaba á sobrellevarla.

«La Liga Filipina» se disolvió en 1894; pero la obra de Rizal no moría sin embargo; el gran número de naturales que la constituían, todos pertenecientes á las clases más acomodadas, y fueron á nutrir las filas del Catipunan.

3. *Catipunan* (1). — Mientras Rizal constituía la «Liga Filipina» para reunirse en ella, según hemos dicho, las principales clases del país, Marcelo Hilario del Pilar ultimaba sus trabajos para instituir el Catipunan, sociedad también secreta, de anchísimas bases, con objeto de que las masas indígenas se afiliasen en ella y se juramentasen, siempre con la fórmula del *pacto de sangre*, en fines de obtener la independencia de Filipinas matando alevosamente á todos los españoles. La cartilla de instrucción que acompañada de un puñal se repartía á cada catipunado, no puede estar más terminante respecto del plan tan cruento, que se ampliaba, es claro, al alzamiento y la lucha por las armas, en el caso de que no pudiera lograrse el exterminio de los castillos por el inicuo expresado medio: el de asesinarlos alevosamente. La organización dada desde Madrid por Marcelo Hilario del Pilar para regir el Catipunan, era muy parecida á la que regulaba

(1) Nosotros escribíamos Catipunan con *C* y no con *K*, porque creemos que este vocablo se descompone de esta manera: *Tipon*, raíz; con la partícula *ca* y la terminación *an* se obtiene el sustantivo que significa *junta, asociación, reunión muy estrecha*, y entendemos es lo que se ha querido expresar.

la « Liga Filipina »; las cuotas que satisfacían los asociados al Calipunan eran mucho menores: 50 céntimos de peso á su entrada y 0,12 $\frac{4}{8}$, ú sea un real fuerte mensualmente, era lo que cada afiliado había de entregar á los tesoreros central, provinciales ó locales, dependientes respectivamente del Consejo Supremo del Catipunan y sus subordinados los Consejos provinciales y los populares.

Subdividiáanse estos últimos en secciones (1.^a, 2.^a y 3.^a), y para constituir éstas actuaban *delegaciones*, en relación directa con el Consejo Supremo, en tanto en cuanto se lograba la formación de los grupos completos que habían de constituir el Consejo popular.

El Consejo Supremo se componía de un Presidente y siete Vocales ó Ministros.

El tribunal de la sección 1.^a, llamado tribunal superior, ejercía jurisdicción sobre varias provincias; componíanlo un Presidente, un Fiscal, un Administrador, un Tesorero, un Interventor y un Secretario.

El de la sección 2.^a, Tribunal delegado ó provincial, se componía de un Gobernador, P. M., un Administrador, un Interventor y un Secretario; su jurisdicción era una provincia.

El tribunal popular (sección 3.^a) estaba constituido por un Administrador, un Interventor y un Secretario; su jurisdicción era exclusivamente sobre el término municipal.

Las fórmulas de iniciación en el « Catipunan » eran las terroríficas que ya hemos apuntado rápida y genéricamente al hablar de la masonería, y siempre practicadas entre enmascarados, pues todos los que asistían á las sesiones cubrían su rostro con un antifaz; palabras simbólicas y señas convencionales extravagantes, dábanles el medio de reconocerse unos con otros; y en los diálogos sostenidos por los iniciadores y los iniciados, encomiábanse los méritos y virtudes de aquellos clérigos indígenas que sufrieron la pena de muerte por consecuencia de la rebelión de Cavile en 1872. El indio que en la actualidad posee un fragmento de las vestiduras de aquellos rebeldes ordenados *in sacris*, cuya bandera también era la matanza de los caslilas, se cree en posesión del más seguro talismán para conjurar todo género de desgracias.

El Consejo Supremo del « Calipunan », acompañado de los presidentes de los Consejos provinciales y populares, se reunía en asamblea, y todos los acuerdos de ésta eran ejecutivos.

Fué el primer Presidente del Consejo Supremo del « Calipunan » Deodato Arellano, y Román Baza el segundo, siendo Secretario Andrés Bonifacio. Dotado éste de condiciones de inteligencia relativamente muy superior á la que en general desarrollan sus paisanos, y hombre de audacia y de energías probadas, bien pronto se impuso á todos,

y destituyó á Basa para erigirse en tercer Presidente del Consejo Supremo del « Catipunau ».

En Julio de 1892 habín quedado constituida esta sociedad secreta de que nos ocupamos: pero hasta que Andrés Bonifacio ocupó el puesto, que según arabamos de decir asaltó, en el mes de Enero de 1893, no tomó grandes proporciones.

El inquieto y resuelto Andrés Bonifacio es quien trabajó frenéticamente por el más completo desarrollo del « Catipunau »; y, en efecto, millares de millares de indios acudieron á juramentarse en él. Dios sabe cuántos lo efectuaron así, pero se relacionaban nominalmente más de 50.000 en las proximidades de Manila (sin contar con los que hubiera catipunados en esta capital). 2.000 en Caloocan. — 2.000 en Balintauar. — 3.000 en Pásig y Paleros. — 2.000 en San Juan del Monte. — 5.000 en San Mateo. — 1.500 en Nueva Écija. — 4.000 en Bulacán. — 10.000 en Cavite. — 20.000 en La Laguna. — 8.000 en Tayabas. — 15.000 en Itangas, etc., etc., etc.

¿Cuántos y cuán importantes datos y fehacientes pruebas acerca del « Catipunau » y sus demolidores trabajos irían de seguro á los tribunales de justicia militar cuando ésta se incautó de los que Andrés Bonifacio escondiera en las bodegas de la casa mercantil Eressell y Compañía, en que servia, al abandonar Manila para alzarse en armas en el vecino pueblo de Caloocan! Y eso que es bueno consignar, para la mejor apreciación de los hechos, que así como los asociados á « La Liga Filipina » acordaron quemar sus archivos, según lo llevaron á cabo en 1894, los que constituían la asamblea del « Catipunau » pusieron en práctica acuerdo igual: así lo afirmaba Pío Valenzuela, y así lo confirmaría Doroteo Cortés, huido en el Japón, según versiones que creemos muy fundadas.

Carácter de lidedignas tal vez logren aquéllas que recogimos con los nombres y apellidos de los principales elementos de la sociedad filipina indígena que mantenía con sus propios recursos pecuniarios el activísimo laborantismo de que nos ocupamos; mas no cuadra á nuestros intentos de relatar sencillamente, escribir de modo que personalice: no queremos estampar más nombres que aquellos que nos es indispensable citar para coordinar los hechos á que aludimos; en nada nuevo podríamos auxiliar la acción de la justicia; al contrario, de ella es de la que esperarse debe la más completa historia de la rebelión producida por el « Catipunau » tagalo.

En 1895, Andrés Bonifacio, Presidente de aquel Catipunau, que ampulosamente llamaban « Altísima sociedad de los hijos del pueblo « Eataaslaasang Ealipunan Nang Mañga Anac Nang Bayan », y que simbólicamente indicaban con las iniciales E E N M A N H, creyó llegada la

hora oportuna para el levantamiento en armas de las masas indígenas contra la dominación española, y de que tal sucediera, ardía en deseos el mencionado furibundo conspirador. Transcurrió, sin embargo, todo aquel año sin perturbación material del orden público.

Andrés Bonifacio, obstinado y perverso, continuaba en su incesante labor, y en 1896, como si la propaganda vivísima de manifestos, folletos, fotografías y proclamas no fuese bastante para mantener firme y ardoroso el espíritu revolucionario infundido en tantos millares de indígenas comprometidos por tan continua gestión separatista, comenzó á publicarse un periódico escrito en tagalo; titulábase « Kalayaan » (Libertad) y con pie de imprenta de Yokohama; las exaltadas arengas que constituían el texto extravagante de aquella publicación, las firmaban Dimas Alang y Agap-ito Bagun-Bayan.

En esta época, Andrés Bonifacio, idolo nuevo para aquellos naturales filipinos, disponia de fuerza imponderable entre los mismos; podia, en efecto, según convenido estaba, dar la señal en el día y hora que bien le pareciera para alzarse en armas; éstas habíamlas forjado á millares, blancas y de fuego, muy burdas estas últimas, en el mismo Archipiélago; pero además se sabe que desde Junio de 1896 disponian de muchas otras, recibidas del comité filipino que laboraba en Hong-Kong de acuerdo con los de Manila, y de las que había proporcionado otro comité que presidía Doroteo Cortés, quien no cejaba de procurar, aunque inútilmente, en Yokohama, el auxilio del gobierno del Japón, el cual mantuvo y mantiene lealmente sus buenas relaciones con el de nuestra madre Patria, á pesar de la asiduidad con que los tagalos han solicitado romperlas.

La horrible trama urdida por el Catipunan habría podido, no obstante, lograr sus perversos planes, sin que por de pronto precisasen muchos fusiles los indios filipinos para conquistar su independencia. En 28 de Junio de 1896, cuando todo estaba dispuesto para dar el grito de rebelión, el Consejo Supremo del Catipunan dió las instrucciones para el procedimiento que había de emplearse: entre estas instrucciones (y no ofrecemos copia de todas ellas, por el propósito que tenemos de no dar gran extensión á este volumen) figuran las siguientes en texto literal:

.....
«Segundo. Una vez dada la señal de 11. 2. Sep., cada hermano cumplirá con el deber que esta G. H. Log. le ha impuesto, asesinando á todos los españoles, sus mujeres ó hijos, sin consideraciones de ningún género, ni parentesco, amistad, gratitud, etc.»
.....

«Cuarto. Dado el golpe contra el Capitán general y demás autori-

»dades esp., los leales niegarán los conventos y degollarán á sus infames habitantes, respetando las riquezas en aquellos edificios contenidas, de las cuales se incautarán las comisiones nombradas al efecto por esta G. R. Log., sin que sea lícito á ninguno de ntros. herm. apoderarse de lo que justamente pertenece al Tesoro de la G. N. F.»

.....
»*Sexto.* Al día siguiente, los herm. que están designados darán sepultura á todos los cadáveres de los odiosos opresores en el Campo de Haguinayan, así como á los de sus mujeres é hijos, en cuyo sitio será levantado más adelante un monumento conmemorativo de la independencia de la G. N. F.

»*Séptimo.* Los cadáveres de los frailes no deben ser enterrados, sino quemados.

.....
»Y entre tanto llega el día de nuestra redención, esta comisión ejecutiva irá dando la pauta segura que todos habremos de imponernos en presencia de los acontecimientos, á fin de que ninguno de nuestros herm. pueda llamarse inadvertido.

»En la G. R. Log. en Manila á 12 de Junio de 1896. La primera de la gran descada independencia de Filipinas. — El Presidente de la Comisión ejecutiva, *Bolívar*. — El Gran Maest. adj., *Giordano Bruno*. — El G. Secret., *Galileo*. »

¿Para qué necesitamos acudir á la transcripción de más documentos? El fragmento del que hemos citado y que estampado queda en estas anteriores líneas constituye por sí solo horrible síntesis del bochornoso programa trazado por los conspiradores tagalos con todos los rasgos de la más salvaje crueldad.

4.° *Shitoman*. — Si los detalles de tan vasta organización separatista no se conocían hasta el maravilloso descubrimiento de Agosto; si en el orden material aun no se había turbado el sosiego público en los comienzos de 1896, el orden moral venía sufriendo desde antes muestras evidentes de grave quebrantamiento en los vínculos de este orden, que debían por siempre unir aquella sociedad indígena filipina con la Patria española.

Desde años há, especialmente desde 1888, lo que con propiedad ciertamente dió en llamarse *política solapada*, era el camino que recorrían en sus relaciones con la Administración pública y con los elementos que constituyen la sociedad peninsular, en su particular trato, los indios pertenecientes á las clases principales; aquella *política solapada* á que aludimos, hubiuseles trazado á éstos como pauta por las logias masónicas.

Tergiversando conceptos, marcando aspiraciones irreverentes y extrañas, venían produciendo los indios filipinos desde la citada fecha algunos actos públicos colectivos que constituían esencialmente protesta viva contra el régimen instituido por los españoles, protestas que pugnaban con lo secular, lo consuetudinario allí. Desde la última fecha que citamos, los afiliados á la masonería filipina venían ofreciendo señales en *crecendo* de tal espíritu inquieto, y desde 1891, en que la masonería había adquirido bastante desarrollo, sus afiliados revelaron interés casi mayor que en cumplimentarlo en que se conociese el acuerdo por ellos tomado de no disponer el enterramiento de los cadáveres pertenecientes á las familias de los masones, por ricas que éstas fuesen, sino por el modo con que se entierran los cadáveres de pobres de solemnidad.

Singularmente en Manila y en algunos pueblos de las limitrofes provincias de Balangas y Buiaacán, tan importantes como Taal y Malolos, el descocado acuerdo á que acabamos de referirnos causó verdadero escándalo en sus aplicaciones. El masonismo filipino, que abierlamente, desde que se iniciara, escarnecía la Religión del Estado y se mofaba de sus ministros, decía en texto literal: «al árbol se le ataca »bien por su base: quitando á los frailes los derechos de que gozan, »no haciéndolos efectivos por la voluntad de los feligreses, ellos mismos se retirarán de las parroquias.»

Pero ¿es que este sintoma característico, patognomónico del grave mal social existente entre los indigenas filipinos en estas épocas, en las cuales el espíritu religioso se trocaba en ellos por el de despreocupación y abandono de aquellas cristianas ideas que durante siglos mantenían la paz pública y fomentaban el bienestar de los pueblos, se limitaba á dar á conocer simplemente como mal único, el odio de los indios hacia los frailes? No, y mil veces no. Esto era pura y exclusivamente un pretexto perverso de toda perversidad é injusto de toda injusticia, pero pretexto sólo: sólo *política solapada*.

Con este sintoma se presentaban en cortejo otros de valor excepcional que en nada se relacionaban con lo que á la administración parroquial atañe, y la menor suspicacia obligaba á reflexionar la gravedad que de seguro entrañar debía un tan completo cambio de carácter cual el que se venía revelando en muchos indios filipinos, los cuales desde su tradicional sumisión y respeto hacia los españoles, pasaban á incomprensibles actos de la más grosera altanería y á otros reveladores de lo hipócrita.

Pero ¿qué más? La más fehaciente prueba de que la propaganda separatista había causado el más deplorable efecto en todas las clases indigenas, y que sin distinción de condiciones sociales, sexo y edad,

vivían óslas en 1896 en atmósfera de sólo odio contra la dominación española, bien puede obtenerse en hechos como el signienlo, de auténtica lija. Hasta el año próximo pasado, todos los niños indígenas que con sus padres viven las casas situadas en las márgenes de las calzadas que dan acceso á los pueblos propiamente dichos de aquellas islas, practicaban la agradable bendita costumbre de inclinarse al pasar un rustila y saludarle, cruzando sus bracitos sobre el pecho, con un «adiós, señor»: ahora, en próximos pasados meses, los niños de algún barrio populoso, cual el de Laguás de Hauán, en Balangas, solían saludar á los pasajeros castilas grilándoles con el acento de la más cruel injuria: «castila ang babuí»: por todas partes así.

En las provincias limítrofes de Manila el malestar cundía por momentos y se notaban en alguna de ellas especialmente, como Bulacán, síntomas indudables de conspiraciones, cuyo estallido no se hizo esperar mucho. Rizal había visitado aquella provincia: fué á Malolos, pueblo que desde antiguo se consideraba de cuidado, y que con otros lugares de importancia en aquella provincia también era frecuentemente objeto de las visitas de Pedro Serrano. Vecinos de Manila de los más pudientes asimismo solían acudir con pretexto de cacerías á aquellos pueblos, con algunos otros de la Pampanga, en donde la masonería sumaba muchos adeptos. Antes de que las autoridades pudieran hacer fructuosa la vigilancia que ejercían, los cazadores aludidos renunabiaban pasajeraamente á su afición, ó cambiaban de cotos, para no salir generalmente de las viviendas en que se apeaban.

Indígenas de alguna posición que tradicionalmente venían atendiendo á las necesidades escasas que en general se crean las familias de naturales con los producos de unas sementeras que dan en arriendo á sus cañianes, de pronto y en gran número se interesaron, al decir de los mismos, en operaciones industriales, yendo y viniendo á la capital de las islas con desacomumbrada frecuencia.

En el mismo augusto recinto de la ciencia, en los claustros de la Universidad de Santo Tomás, la mano aleva de escolares indígenas, catipuanados sin duda, y en alguna ocasión, *in fraganti* cogida, inscribía gruesas injurias contra la dominación española, tan cuidadosa de la pública enseñanza cual consignado está en páginas anteriores.

Aquellos indios lilipinos de tan pocas palabras en general daban cada día mayores muestras de versatilidad opuesta á sus seculares hábitos, y, por consiguiente, cual si fuera morbosa ó producto de alguna excitación pasajera, al modo que la sufrían, según describe el gran novelista Julio Verne, los tranquilísimos habitantes de Quikedone cuando estaban influenciados por las corrientes oxihídricas del doctor Ox, los cocheros de Manila entablaban altercados de duros tonos, alguna

vez terminados con poco suaves golpes, regateando cinco ó seis minutos á los castilas que les tomaran en alquiler sus carruajes.

Pueril habría que declarar, si el hecho no perteneciese á los que por todos lados y conceptos constituían el grave cuadro de síntomas que separaban la sociedad indígena de la peninsular y europea, aquel anhelo que agitaba á los indios filipinos pudientes, cuando paseaban en sus coches propios, de adelantar y «corlar la proa» á los carruajes que conducían familias castilas.

La servidumbre doméstica, con tesón inverosímil por lo desacostumbrado, discutía sus salarios, los cuales, obedeciendo á pauta con la sanción del tiempo que ya los alteró mejorándolos, solía señalarlos siempre el dueño de la casa.

¡Salarios discutidos por los indígenas, al ir éstos á servir á un castila, cuando el natural de aquellas islas que sirve á familia paisana suya ha de resignarse á efectuarlo gratuitamente, ya que tanto vale haber de servir años y más años, por cambio de los intereses asignados á 20 pesos que como préstamo recibió de su amo y señor, indígena también!

Presa de mortal enfermedad, acusaba el estado de un indio filipino rico, vecino del hermoso barrio de la Ermita de Manila, su entrada en el periodo agónico: con visible anheloso esfuerzo dominó por breve tiempo sus congojas para pronunciar sus últimas frases. ¿Fueron éstas el postrer adiós, destinado á la familia y deudos que orlaban aquel lecho de muerte? No; las últimas palabras de aquel desdichado fanático fueron para expresar la amargura que experimentaba al verse morir, ¡sin noticias del triunfo de la insurrección cubana!

En los días que precedían á fiestas religiosas ó cívico-religiosas en que hubiera de recorrer determinada carrera ó trayecto señalado una procesión, se anunciaba con tenaz insistencia, y por todas partes cundía el siniestro rumor de que tal solemne acto había de ser el inicio de la matanza decretada contra los castilas.

En unas ocasiones, por medio del pan de las tahonas ó por medio del agua potable que profusamente las cañerías de Carriedo distribuyen por Manila y sus populosos arrabales, ó llevándolo á la *tinola* condimentada en las casas particulares de los castilas, se propalaba la brutal especie del intento que los indígenas tenían para destruir con un tóxico la población española; y, en efecto, dos veces muy claramente, aunque por favor del cielo no se obtuvieron los criminales resultados que se esperaban, se reparlió algún pan conteniendo, si no veneno que á refracta dosis matase, algún factor químico que en las proporciones en que figuraba en aquel pan de seguro podía causar perturbaciones en el organismo.

Por toda aquella ardiente atmósfera filipina habíase difundido lo más deletéreo contra la santa causa de la Patria y de la civilización.

¿Qué más pruebas se quieren de que los millares de conjurados filipinos aspiraban frenéticamente al logro de su separación de la madre Patria, y que pensaban y querían lograrla degollando á todos los españoles peninsulares, sino los documentos hallados en que en todo tono así lo consignan?

3.º *Patrióticas denuncias.* — Muy claro venía presentándose el estado de latente extensa cospiración en que se agitaba aquella región del pueblo tagalo, deudora de tanto beneficio á la dominación española, cual lo es todo el Archipiélago, pero más favorecida aún que el resto del mismo por la proximidad á la capital, en la que se acumuló cuanto la vida moderna pide, que no es poco, para los pueblos más civilizados que se conocen.

Increíble parece haber podido obtener de aquellas masas comprometidas durante tanto tiempo el secreto de sus planes y sobre el de una tan completa organización. Verdad es que se señalaban penas tan terroríficas para el dominador cuales las consignadas en los estatutos que regían asociación tan perversa; y en disposiciones complementarias como las que constan en documentos emanados de la comisión ejecutiva, se reiteraban en tales términos, que sólo así se explica pudieran ser tan eficaces para durante años ocultar tan locos intentos.

Mas conforme iban acercándose las fechas en que el movimiento había de estallar, tal vez de un lado el regocijo mismo con que los conspiradores aguardaban el triunfo, y de otra parte el peso que gravitaba sobre la conciencia de algún arrepentido, produjeron, no ya sospechas tan abstractas, aunque fundadas, como las que en párrafos anteriores hemos consignado, sino afirmaciones concretas y detalles de prueba de las mismas, é indicios vehementes que á tanto equivalían.

No podemos conocer ni conocemos más que algunas, muy pocas, de las numerosísimas denuncias comprobadas plenamente por desgracia, y que, referentes al estado de agitación notada entre elementos indígenas, no podían menos de ser consideradas como de importancia y gravedad sumas, y así se consideraban. Los Prelados diocesanos y los regulares vivían alarmadísimos ante el desarrollo de la masonería, que sin recato ya procuraba por todo medio reclutar adeptos; pero más concretamente el eximio Arzobispo de Manila, en cuya jurisdicción eclesiástica de las provincias tagalas más homtamente perturbadas se ofrecían, es obvio, mayores muestras de malestar moral, elevaba denuncias tan interesantes cuales las de Marzo de 1893 y las de Octubre

del mismo año, describiendo con mano maestra el cuadro tristísimo de insubordinación en que se prescñaban importantes parroquias y feligresías de su archidiócesis.

Y no se concretaba el virtuoso Prelado á la denuncia de hechos pertenecientes exclusivamente á la Administración eclesiástica y al claro intento demostrado por los sectarios tagalos de cambiar la hermosa fase religiosa en que vivían los pueblos, sino que el Prelado metropolitano no desdeñaba pormenor que por modo más ó menos expresivo pudiera relacionarse con la paz pública; con la misma presteza con que denunciaba las anormalidades de conducta seguida por feligreses que lograban arrojar de sus parroquias, uno tras de otro, tres Reverendos Curas párrocos, de conducta pública y privada irreprochable, fatigados de sostener la obstinada lucha á que aquellos procaces sectarios de Malolos les obligaban, hacia llegar á conocimiento superior los fines que perseguían (según informes que recibiera) aquellos filipinos, que, habiéndose trasladado unos y huido otros al Japón, vivían reunidos en Yokohama, en el 35 I. Bluff, y entre los cuales se hallaba un clérigo coadjutor que logró burlar la vigilancia de que era objeto en el Seminario Conciliar de Manila, en donde estaba penitenciado.

Ignoramos el literal texto de los documentos fehacientes que á tales denuncias se adjuntaban; pero conocemos otra luminosa comunicación, en la cual el respetable Prelado metropolitano, describiendo el triste aspecto que presentaba el estado moral de provincia también limítrofe á Manila y Bulacán, denunciaba hechos concretos de aquel mal grave, del que bien cabales noticias pudieron obtenerse por el sujeto arrepentido, contra quien se descargó una *plancha conminatoria*, que asimismo unía el Prelado al resto de los justificantes á dicha comunicación anexos.

Un Reverendo Cura párroco de la Orden de Recoletos, en importante pueblo de la provincia de Cavite, denunciaba, lleno de celo, en sesión celebrada por la Junta provincial dos meses cabales antes del 20 de Agosto del año próximo pasado, la existencia en su pueblo de gran número de conspiradores, añadiendo que aquellos conjurados se reunían en frecuentes banquetes, en los cuales se habían pronunciado brindis contra la soberanía de España y se hacían votos fervientes por la prosperidad de la insurrección cubana. Hubo Párroco de arrabal de Manila que denunciaba en concreto reuniones filibusteras y hasta depósitos de armas.

Algún Reverendo Cura párroco, también de lugar próximo á Manila, transmitía denuncias basadas en serias confidencias de honrados indígenas, y afirmaba á su Prelado diocesano contarse de 17 á 20.000

afiliados al Calipunan solamente en los pueblos de San Juan del Monte, San Felipe Neri, San Pedro Macali, Pasig y Caimito, añadiendo que se había observado, sobre todo en los de San Felipe Neri, el uso de un revólver que decían guardar para cuando venga la guerra *«que ramos »á tener, y que entances no quedard ni un china ni un español»*. Denunciaba el Reverendo Padre á quien aludimos que para juramentarse se reunían los indios de aquel pueblo y sus contornos en el monte ó en las mismas rasas particulares cuando á ellas podían acudir, manejando el pretexto de festejar un bautizo ó casamiento ó conmemorar un entierro.

En las mismas fechas y en otras posteriores, con toda la urgencia que le sugería su celo y amor patrio, el mismo Cura párroco daba cuenta de sus averiguaciones al Jefe de la Guardia civil de aquella demarcación.

Este benemérito instituto, cuyos jefes de tercio, distrito, líneas y secciones y hasta de puesto, excepción hecha de alguno de estos últimos que, perteneciente á la clase indígena, cometiera el delito de lesa Patria, abandonando su jurada bandera gloriosa, vigilaba atentamente por el orden público, y en las mismas inmediaciones de aquel pueblo, al que fundadamente aludimos en párrafo anterior, el capitán de la línea de Cavite, el valeroso malogrado D. Antonio Rebolledo, asesinado vilmente más tarde en Noveleta, aprehendió en altas horas de la noche una reunión de gente tan sospechosa, que habiendo enviado al Gobierno de la provincia 47 individuos, declararon contestes haberse congregado en la casa en que fueron detenidos con el objeto de rezar por el alma de un difunto que inventaron, pues, en efecto, en la citada casa no se señalaba el fallecimiento de nadie.

El pundonoroso bravo capitán Rebolledo, al dar cuenta detallada de los hechos á que aludimos, solicitaba la concentración de la fuerza que constituía la línea de su mando en la ciudad de Cavite.

Uno de los más leales españoles en Filipinas nacido, el valeroso jefe de la sección de la Guardia civil de Pasig, primer teniente D. Manuel Siljar, daba por conculcado reglamentario cuenta el día 5 de Julio del año próximo pasado de las formales confidencias que habíale hecho saber de qué suerte en sólo aquel pueblo, cabeza de la sección por él mandada, existían de 600 á 700 individuos afiliados *«á una asociación de base masónica, peca cuyos verdaderos designios eran altamente políticos y antiespañoles, pues encabezada hasta cierto punto á los iniciados de la plebe el verdadero alcance y transcendencia de dicha asociación se les comprometía á obedecer ciegamente órdenes superiores de tal sociedad secreta, en la que se les iban insidiosamente vertiendo ideas más claras del verdadero fin á que deben responder»*.

Además de las denuncias que por los medios expresados y por otros conductos se obtenían, justo es no olvidar, para agradecerlas siempre, aquellas informaciones reservadas que de día y de noche y en todas horas practicaba el Cuerpo de Vigilancia afecto al Gobierno de la provincia de Manila. Impulsado el personal idóneo que constituía este Cuerpo por afán patriótico de cumplir debidamente su difícil importante cometido, y recibiendo las constantes excitaciones del celoso Gobernador civil Sr. Luengo y Prieto, aquella policía trabajaba con manifiesto provecho para el sosiego público, aun cuando anduviera éste ya tan substancialmente alterado, que no bastasen los medios empleados para impedir en absoluto se turbase, según se turbó.

Las denuncias que el personal de Vigilancia hacía, eran importantísimas por número y calidad, referentes á personas y cosas que vertieron mucha luz sobre las complejidades de conspiración tamaña: denunciaban la necesidad de intervenir correspondencia destinada á otros individuos que aquellos á quienes iba dirigida; otras veces señalaban la infinidad de casas que debían ser objeto de registros escrupulosos; daban cuenta de las reuniones de sospechosos que se efectuaron en aquel teatro, propiedad de un célebre dentista procesado; averiguaban quién y quiénes de aquellos indígenas, con justicia tildados de separatistas, iban y venían del Japón; obtenían datos respecto á sacerdotes indios que pagaban cuotas mensuales para antiespañola propaganda. Denunciaban un embarque de armas en Hong-Kong con destino al Sur del Archipiélago y á las Bisayas, región en la que los laborantes empedernidos, que residían en el Japón constituyendo la Junta revolucionaria filipina, querían reunir elementos para turbar la paz al propio tiempo que ésta se alterase en Manila y en el resto de las provincias. Recogíanse las hojas clandestinas que contenían la candidatura completa de lo que los conspiradores llamaron primer Ministerio de la República filipina. Denunciaban deber procederse á registrar algunos equipajes de naturales que regresaban de su viaje á Europa para hallarse en efecto la justificación de tal medida: denunciaban el caso cierto de cómo en un lugar de la calzada de San Marcelino, y so pretexto de jugar al *lawn-tennis*, se congregaban laborantes muy sospechosos.

Denunciaban el efectivo viaje á Hong-Kong, efectuado en 18 de Abril, de aquel abogado y rico propietario de Taal, que figuraba á la cabeza de quienes en aquel importantísimo pueblo habían sido objeto de actuaciones *por tentativa de rebelión*, habiendo sido todos éstos con su jefe deportados al Sur del Archipiélago, y en rebeldía los unos como el otro, se señalaba por el Cuerpo de Vigilancia el lugar de ocultación de aquellos refinadísimos sectarios, prototipos de la *política solapada*,

lan discordante por cierto de aquella que debían admirar, por el sentido de rectitud en que se informaba la Administración pública de la provincia, á la cual pertenecían los ingratos á los cuales aludimos.

Al Gobierno civil se denunciaba por sus agentes de vigilancia las maquinaciones y sospechosa conducta de algunos indignos médicos titulares indígenas y de clérigos de igual condición que ya venían tildados desde la insurrección de Cavite de 1872; figuraba entre los primeros aquel médico de provincia próxima, aunque no limitrofe á Manila, el cual resultó ser el importador más entusiasta de las obras de Rizal, y además otro compañero de ambos que formaba entre los principales conspiradores de la provincia de La Unión, trama felizmente con oportunidad descubierta por el muy Reverendo P. Fr. Rafael Redondo, Cura párroco de San Fernando, cabecera de la provincia dicha, con gran acierto mandada en aquel entonces por el Excmo. Sr. D. Antonio Díaz de Contreras.

Denunciábanse proclamas subversivas, en las cuales los filibusteros tagalos, queriendo explotar el estado de tribulación por cédulas personales, afirmaban iban éstas á sufrir un gran aumento para las clases menos acomodadas.

Denunciábanse estar todos los vecinos de San Juan del Monte afiliados al Catipunan, y la precisión de vigilar á alguna persona del elemento indígena de más viso en la capital de la provincia de Ilocos Sur, también mandada por activo y honrado Gobernador civil, el Sr. López Heruando.

Denunciábanse gran número de logias masónicas en los populosos arrabales de Manila: en Santa Cruz, en Trozo, en Quiapo, y reuniones asintuuo muy sospechosas en Singalón y en Malale; la inquisitiva de el citado Cuerpo de Vigilancia obtuvo algunas relaciones de adeptos á las asoraciones secretas, y entre aquéllas figuraban las que comprendían los 200 de Mandaloyán, y se denunciaba el envío al Gobierno japonés de una moción suscrita por 18 ó 20.000 filibusteros tagalos pidiendo á aquel Gobierno les otorgase protección contra España y la anexión después de las islas á aquel imperio.

Tan improba labor cual la sintetizada, traían situados en constante acecho, vigilando por la paz pública, los elementos del orden civil, eclesiástico y militar, cumpliendo todos á perfección el deber que la Patria impone.

Preciso es considerar cuán difícil era resultase por el mumento siquiera comprobado, con pruebas materiales de los hechos, todo el raudal de denuncias á que acabamos de aludir; pero desde el instante en que alguna muy importante de las mismas resultaba cierta, no pudiendo negar valor efectivo á las demás, se comprende fácilmente la

general inquietud sentida por los elementos peninsulares y los insulares leales y la expectación de lo que aconteciese.

Por de pronto, y desde fuera, la opinión pública, para afirmarse en el concepto de que realmente existían causas para sentirse el malestar que se experimentaba en temores de próximos trastornos del orden público, podía apreciar las disposiciones emanadas de la autoridad superior del Archipiélago, Excmo. Sr. D. Ramón Blanco Erenas, Marqués de Peña Plata, deportando á los perturbadores de la paz pública en Malolos, á los agitadores de Taal, á los de la Pampanga y otros puntos. No son menos de 400 las deportaciones que el general Blanco decretó.

La sola consideración de este hecho, para relacionarlo, es claro, con las denuncias de que se tenía noticia, podía servir de fundamento á la incertidumbre en que vivía en aquellos días la población peninsular.

Mas bien pronto habría de disiparse toda duda: iba á denunciarse con pruebas fehacientes el pacto de sangre entre tagalos para acabar con la dominación española.

Con la gran suma de medios que para hacer siempre eficaz la vigilancia tienen en Filipinas los frailes, én virtud de la mayor identificación que éstos alcanzan con cuanto es vida y costumbre en aquella española tierra, nada de extraño tiene el importante hecho de que el exacto conocimiento de los detalles relativos al estado de latente conspiración, que tantos y tantos denunciaran en unos ó en otros limites, lo adquiriese y revelase inmediatamente un Religioso de condiciones de actividad tan excepcionales, cuales las evidenciadas durante su vida honrada por el celoso Cura párroco de Tondo, el Agustino M. R. P. Fr. Mariano Gil.

Las relaciones de éste entre los naturales de la comarca tagala eran necesariamente muy extensas. Antes de administrar la importantísima parroquia de Tondo, desempeñó durante muchos años (veinticinco cabales) otras pertenecientes á las provincias de Nueva Écija y Bulacán.

Persiguiendo con tenaz empeño hallar el grado de certeza que pudieran tener los indicios y sospechas que tenía de que en efecto se estaba urdiendo en aquel país una grave trama contra el sosiego público, el Padre Gil logró como resultado de su inquisitiva noticias que creía ciertas y datos que consideraba fidedignos, que elevó á conocimiento superior en los primeros días de Agosto del año próximo pasado: nos parece recordar que tal aconteciese el día 9 del citado mes.

Transcurrieron diez días, y el 19 de Agosto de 1896, un indio, seguramente de conciencia honrada allá en su fondo, arrepentido de perte-

necer al Calipunan de Tondo, del cual asimismo formaban parte gran número de operarios compañeros suyos en la imprenta del *Diario de Manila*, se presentó al M. Iydo. P. Fr. Mariano Gil, acompañado de caria ó larjela de la Superiora del Colegio de Looban, en donde aquel indio tenía una hermana educándose; afectaba aquel indio lemoses que le hacían andar rebacio en el camino de descubrir cuanto sabía; pero pronto supo el Cura de Tondo inspirarle confianza, y las aseveraciones conerelas y detalladas que aquél hizo, produjeron la más grave denuncia, el verdadero descubrimiento de los hechos de que se trata.

El aludido indigena, Teodoro Paliño, ofreciendo delalles de los mismos, señalaba al Religioso Agustino, Cura de Tondo, el lugar y sitio en donde, como prueba para patentizar la verdad de lo que afirmaba, podría hallarse una piedra biográfica con clave que servía para la tirada de recibos talonarios correspondientes á la suscripción que mensualmente venia haciéndose efectiva entre los afiliados al Catipunan y otros documentos á ello referentes, pretendiendo estos sectarios, según declaraba rotundamente Patiño, la degollación de todos los castilas.

Paliño declaraba al P. Gil el lugar y sitio en que se fabricaban los puñales que se entregaban á los calipunados, y denunciaba la presencia y permanencia de 1.500 hombres reunidos ya en el sitio llamado Tapusi, del pueblo de San Mateo, bien racionados y pertrechados, aguardando solamente la señal para alzarse en armas, con 18 ó 20.000 sectarios más que aseguraba aquél habían de determinar la insurrección general de Manila y sus alrededores.

Todos los términos de la denuncia iban á ser comprobados inmediatamente: para tal fin, el P. Gil dió cuenta de lo denunciado por Patiño, y sin pérdida de momento, á los distinguidos tenientes Sres. Tirun y Cortés, jefes de la subdivisión de la Guardia civil veterana del distrito de Tondo, y al activo, hábil y valeroso capitán D. Olegario Díaz, comandante jefe del Cuerpo. El Cura de Tondo señaló los nombres de muy principales comprometidos en el gran complot de que se trata, y de los cuales, por ser así, podía esperarse gran ampliación de datos: una vez dado este gran paso, el P. Gil tendió á adquirir personalmente los interesantes cuerpos de delito á que antes nos referimos, la piedra litográfica, claves y documentos denunciados, y, en efecto, constituyéndose aquella misma noche en la imprenta del *Diario de Manila*, acompañado del denunciador, allí, en el mismo lugar y sitio marcados, dentro de aquel recinto, que debían los indios todos respelar, pues hace cincuenta años que desde él se predica amor hacia la Patria española, civilización y cultura; allí, escondidas por operarios indigenas que comían el pan en aquella honrada casa, halló el P. Gil las materiales irrecusables pruebas del enorme delito de lesa Patria que se acaba-

ha de descubrir. El Reverendo Cura párroco do Tondo entregó al jefe de la Guardia civil, á quien hemos eilado, aquellas pruebas fehacientes, y humildemente satisfecho, después de tan colosal servicio, retiróse á su convento para continuar, no sólo los trabajos de su propio parroquial ministerio, sino los que interesaba la salud de la Patria, según acababa de apreciar por modo tan cierto el valeroso sacerdote agnoliniau.

Lograba éste la dicha de ser fiel continuador de las tradiciones gloriosas que han hecho de perdurable memoria la secular patriótica gestión de las Corporaciones religiosas en Filipinas.

6.º *Verdadero carácter de la insurrección tagala.* — La formidable conjura que entre tagalos se urdiera contra la dominación española queda en concepto nuestro claramente explicada, á pesar de nuestra poquedad en medios de expresión. Resumiendo, no obstante, lo que hemos dicho respecto á las causas próximas y remotas, determinantes y ocasionales de la grave insurrección de que tratamos, habremos de afirmar y afirmamos no reconocer otras que el concepto de independencia explotado por la á todas luces injusta propaganda sostenida por las sociedades secretas, con firmeza extraña entre aquella raza, contra la dominación española. No creemos sea preciso para juzgar así lograr excepcional desarrollo de las facultades intelectuales reflexivas que constituyen lo que en el hombre se llama *la razón*.

La masonería filipina fusionada con la «Liga filipina» formada por Rizal, y ésta fusionada con el Catipunan de Marcelo H. del Pilar, puesto que no prosperaron otras organizaciones de triángulos propuestas, hé aquí cuanto en nuestro sentir constituye el triste proceso de la revolución en Filipinas.

¿Cuál es su verdadero carácter?

¿Es dubitable para alguien que el carácter de esta insurrección de gran parte de los tagalos es pura y simplemente separatista?

¿Qué fundamento puede tener noción contraria después de lo que siquiera someramente llevamos dicho?

Y además del calificativo de *separatista*, ¿quién que recuerde el procedimiento trazado por los sectarios del Catipunan para lograr la independencia en aquellas islas, dejará de permitirnos la adjetivemos más y digamos que es una *insurrección separatista vandálica*?

¿Qué otros medios para emanciparse de la Metrópoli hubieran podido idear las gentes más incultas, foragidas y salvajes?



CAPÍTULO V

Algunos detalles de la insurrección.

1.º Efecto que produjo entre los españoles peninsulares el descubrimiento de la conjuración tagala. — 2.º Justicia civil y militar. — 3.º Fuerzas del Ejército. — 4.º Abastecimiento en armas. Primeros encuentros. — 5.º Creación del Cuerpo de voluntarios de Manila. — 6.º Combates en San Juan del Monte y lugares vecinos. El General segundo cabo D. Bernardo Echaluze. — 7.º Primeras medidas adoptadas por el Gobierno de la Metrópoli. — 8.º Insurrección en Cavite.

1.º *Efecto que produjo entre los españoles peninsulares el descubrimiento de la conspiración tagala.* — Descubierta la gran conspiración de los tagalos, según acabamos de decir, en la madrugada del 20 de Agosto del año 1896, vertiginosamente se desarrollaron los acontecimientos.

Naturalmente, en la población peninsular, y aun entre los insulares leales, la noticia fija de la conspiración y sus bárbaros fines produjo el sentimiento de indignación que causar debía, y justamente exaltado el del patrio amor ante el peligro que amenazaba á la dominación española en aquellas tierras, todos los peninsulares y muchos leales indígenas exclamaron en unisono entusiasta ¡viva España!

Los españoles peninsulares, acompañados de muchos leales indigenas, ofreciendo el hermoso espectáculo de la más completa identificación de miras para atender á la salud de la Patria, fueron en grandiosa manifestación, presurosos, á ofrecer sus servicios y su más completa adhesión á la Autoridad superior de las islas, Excmo. Sr. Capitán general D. Ramón Blanco. Enfermo en aquellos dias, no le fué posible recibir en colectividad á la numerosa representación de los elementos españoles que á la residencia de Malacañang fueron; mas el distin-

guido general, jefe de Estado Mayor, D. Ernesto de Aguirre, en nombre y representación del Capitán general de las islas, recibió cortésmente aquella manifestación patriótica, la cual, desde allí, se dirigió al Palacio arzobispal, en donde fué entusiasta y santamente bendecida por el ilustre Prelado metropolitano D. Fr. Bernardino Nozaleda. Los manifestantes acudieron después al convento del P. Fr. Mariano Gil, quien humildemente quiso esquivar aquel acto de tan legítima solemne simpatía; pero no pudiendo lograrlo, con brillantes lágrimas lo premió. Allí, en la residencia del Cura de Tondo, se declaró disuella la manifestación hermosa á la cual invitara el *Diario de Manila*.

2.º *Justicia civil y militar.* — Desplegóse admirable actividad por el Juzgado especial nombrado á propuesta de la Audiencia del territorio para la formación del gran sumario correspondiente á tan enorme delito cual el de conjuración tagala que se acababa de descubrir; el inicio de aquel proceso, las actuaciones en el mismo hechas por la justicia civil constituyen una página de gloria para ésta, aunque también baya que rendir todo homenaje de consideración y respeto á la justicia militar que sucedió á aquélla, y de la cual el juzgado militar, á quien correspondía entender en el proceso, obtuvo base muy completa para el esclarecimiento de los hechos.

El Juzgado especial lo constituyeron el Juez de primera instancia Sr. Concellón y el Promotor fiscal Sr. Ruiz de Luna, quien conoció desde luego de la causa, interviniendo en todo ello el Fiscal de la Audiencia, Sr. Castaños. El día anterior al de la publicación del bando declarando el estado de guerra pidió la Fiscalía la inhibición, por tratarse de delitos propios de la jurisdicción militar, y, en efecto, todo lo diligenciado pasó al Tribunal presidido por el señor coronel D. Francisco Olive, quien prestó especial señaladísimo servicio, digno de todo premio y encomio.

En virtud de mandamientos judiciales, y por disposición gubernativa, la Guardia civil veterana y el Cuerpo de vigilancia procedían á llevar á cabo prisiones y detenciones en gran número; faltaban lugares apropiados para tanta reclusión pasajera ó permanente.

3.º *Fuerzas del Ejército.* — La guarnición de Manila era muy escasa: ¡300 soldados peninsulares! Poco más poco menos los mismos elementos de fuerza material con que en Manila se contaba cuando estalló la insurrección de Cavile en 1872. Nuestra raza valerosa no suele tener la previsión como atributo de constitutivo. Lo fía y lo confía todo, y por entero se entrega, á sus heroicos templos, esperando con éstos vencer todos los peligros: ¡craso error!

Ya que después de las tristes experiencias adquiridas con la insurrección también separatista de 1872 en Cavite no se destinaron al Archipiélago filipino 6 u 8.000 soldados españoles, y que no menos de este número se hubieran mantenido siempre allí, habría sido muy conveniente la ida de 500 ó 1.000 frailes misioneros más, y haber traído á servir en las iglesias de la Península los clérigos indígenas, que por su emulación de españoles insulares no hubieran sido desconsiderados por los españoles de aquí, de natural generoso y afectivo.

Aparte de los pocos artilleros que guarnecían la ciudad de Manila, el resto de las tropas en la misma eran indígenas; la confianza en ellas podía ser objeto de hipótesis, era menester que los hechos la inspirasen, y pudieron inspirarla por gran fortuna en aquellos momentos; en aquellos momentos no más: 900 hombres de los batallones 1.º y 2.º del regimiento núm. 70; unos pocos del 73 y 74 y del batallón disciplinario; 600 del Depósito de transeuntes; 200 hombres, aproximadamente, pertenecientes á los regimientos de Legazpi é Iberia, núms. 68 y 69; 250 del batallón de ingenieros y parte del regimiento de caballería era el contingente que en Manila se logró reunir, además de la sección de la Guardia civil veterana y de unos 100 hombres pertenecientes al mismo Instituto de los tercios 20, 21 y 22, el día 25 de Agosto, con alguna fuerza de Infantería de marina y alguna fuerza de la dotación de los enfermos. Con tan escasas tropas, la Capitanía general hizo notables combinaciones para acudir á tanto lugar en que se alteraba el orden, y á ellos acudía.

4.º Alzamiento en armas. Primeros encuentros. -- Por todos los cuarteles de Manila y provincias limítrofes cundía la agitación; se notaba en muchos barrios por las columnas reconocidas que todos los hombres aptos para las armas que en ellos hubiera, habían desaparecido de sus bahays.

En una gran reunión de conjurados, Andrés Bonifacio dió el grito de rebelión, y, en efecto, el día 25 de Agosto, á las doce en punto, gentes de los barrios de Manila, Caloocan y Tambobong, constituyendo una partida armada al mando de un indio llamado Lahón y del capitán de cuadrilleros de Tondo Pedro Nicodemus, se presentaron en armas, pernoctando en Balane, después de recorrer los barrios de Baeza y Talipapan; en aquel lugar, según las versiones autorizadas que tenemos, aquella partida había de recibir órdenes de Manila, y mientras esto acontecía, los jefes de la misma reunieron nuevos atibados al Catipunan, los cuales, después de sufrir la incisión del pacto de sangre, engrosaron la partida, que al amanecer del 26 estaba compuesta de 1.000 hombres aproximadamente.

Escasas fuerzas de la Guardia civil, al mando del teniente comandante de la sección de Tambobong, D. Manuel Ros, salieron á balir lo que, según rumores, era sólo un grupo de Indisanes que habían asaltado casas y secuestrado chinos en Balintauac y Novaliches.

La pequeña columna no halló novedad hasta la mañana del siguiente día 20, en que, diseminados por entre cañaverales espesos de aquella jurisdicción del barrio de Banlac, la vanguardia divisó grupos que contestaron con un disparo al ¡quién vive! que so los dirigió. — Desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde de aquel día duró aquel hecho de armas distinguido, en el que la escasísima fuerza de la Guardia civil de Tambobong hubo de formar el cuadro y descargar hasta el último cartucho, para contener la masa enemiga y abrirse paso por entre la misma, cuando ésta creía iba á apoderarse de la columna, en la cual sólo iban tres peninsulares: el teniente jefe, el sargento y un cabo. Los insurrectos gritaban á los guardias indigenas, diciendo que matasen á los tres castillos mencionados y se uniesen con aquéllos; pero los guardias se portaron cual debían, y despreciando tan infame invitación, lucharon valerosamente, hasta que, después de haber causado á los sediciosos doce ó catorce bajas, entre muertos, prisioneros y heridos, pudo la pequeña columna (30 hombres) del teniente Ros, llegar á Caloocan, retirándose los insurrectos por Pasong-Tamó y por Bago-Rantay, á San Juan del Monte.

Para castigar á los rebeldes autores de las depredaciones de Balintauac y de Caloocan, á aquellos malvados insurrectos que iniciaban su campaña asesinando, y más propiamente dicho *deseuartizando*, cuatro chinos de los 18 que secuestraran en los primeros momentos, y matando 12 chinos más dueños de tiendas de Caloocan, salió otra columna para operar en combinación con los guardias del teniente Ros: aquélla la mandaba el de igual clase Sr. Arroyo, y más tarde, como quiera que aumentaba la presentación de grupos rebeldes por aquellos contornos de Caloocan, acudieron las columnas al mando del comandante Aguirre, compuesta de 160 hombres, y la del coronel Pintos: la escasa fuerza de caballería con que se contaba hacía prodigios de resistencia, y á las dos ó tres horas de haber llegado á Manila, mandada por su Jefe el teniente coronel Togores, se dirigía al sitio de los sucesos de Caloocan, en fines de operar con las citadas fuerzas en aquella zona, un movimiento envolvente: la fuerza de caballería (60 hombres) y una compañía de infantería consiguieron columna al mando del mencionado Jefe Togores: 107 hombres del «Cristina», al mando de su segundo comandante y dos oficiales con el Médico de la dotación, se situaron estratégicamente en aquella línea y ocupaban la estación del tranvía de Malabong. Los insurrectos, que sumaban gran número, juz-

gando la escasez de nuestras fuerzas, pero al propio tiempo la hábil combinación de éstas y arrojo de las mismas, dispersáronse por los montes de San Mateo y en dirección de los de Angat, guareciéndose los de más brutales bríos entre las breñas del Cataptrús, en las inmediaciones de Bosoboso.

Verdadero porleno fué lograr salvar su vida, en la acometida salvaje dada por los rebeldes en Novaliches, el Reverendo Cura párroco de aquel villorrio, que entre bosques de guayabas disemina su pobre caserío, ocupado por muchas gentes de mal vivir, y á 17 kilómetros de Manila situado: doce días cabales llevaba al frente de aquella accidentada parroquia el Rvdo. P. Agustino Er. Agapito Peña cuando sufrió el gran asedio á que aludimos.

Parte de las fuerzas del Ejército, que anduvieron en aquella operación contra los de Balintauac y Caloocan, perseguían á los dispersos, y otras iban á llenar otras exigencias del servicio en distintos puntos conflagrados. En Pineda ocurrió también lo que en Caloocan, Novabebes y Taguig: por todas partes surgían brotes de rebelión.

En estas primeras operaciones de guerra ofreciase, sin embargo, ya, como agradable consoladora esperanza, la de que las tropas indígenas no eslovieran, á pesar de las maquinaciones del laborantismo, tan descompuestas como en un principio se creyó; los soldados indios se baltian con serenidad y bravura; aun cuando hubiera que lamentar y maldecir hechos aislados de deserciones viles, en general merecía aplauso el Ejército indígena, y nosotros se lo enviábamos, desde nuestra pequeñez, muy sincero, á los leales.

Tampoco debemos echar en olvido á las clases indígenas civiles, que por entonces evidenciaban amor y respeto y fidelidad á nuestra madre patria.

En estos primeros hechos de guerra, repelimos, también los indios lilipinos paisanos comenzaron á prestar muy señalados servicios á la causa de la Patria. Bien informado el general Illanco de los relevantes que desempeñó cerca de nuestras primeras columnas de operaciones el teniente del barrio de Balintauac, D. Mariano Amata, inmediatamente otorgó la medalla del Mérito civil á aquel indígena, que en la ocasión citada tanto se distinguió entre los leales.

La zona sublevada quedaba al parecer tranquila; así lo aliruaba sobre el terreno el Sr. Coronel Pintos, en la tarde del 27 de Agosto, en el parte que á la Capitanía general elevaba el distinguido Jefe del 20.º tercio, quien regresó á Manila, aunque para volver á salir inmediatamente después de reforzar su columna, para reconocer otra más extensa comarca.

3.º *Creación del Cuerpo de voluntarios de Manila.* — Entre los elementos peninsulares de Manila experimentábase natural, honda, creciente inquietud; las importantes detenciones de personas principales entre los indígenas, detenciones elevadas á prisión todas ellas; los planes conocidos de los rebeldes para apoderarse de la ciudad; el hecho de haber descubierto entre los criados de los casillas muchos juramentados en el Catipunan; las noticias con frecuencia llegadas de conflagraciones en diferentes lugares producidas: el conocimiento exacto de la escasez de fuerzas militares, ante la enormidad de la conspiración; el conocido hecho de la declaración de guerra, acuerdo tomado en numerosa junta por el Consejo supremo del Calipunan convocada, todo esto, y más de esto, justificaba plenamente la agitación de los ánimos.

No en poco la calmó el decreto dictado por el general Blanco con fecha 30 de Agosto.

Tan acertada disposición autorizaba, en uso de las facultades de que la superior autoridad de las islas hallábase investida, la creación de un Cuerpo de voluntarios, que con gran entusiasmo se iniciara, por espontáneo, vehemente impulso de patrio amor, entre los españoles peninsulares residentes en la ciudad de Legazpi: jóvenes y viejos, frailes y seglares, funcionarios públicos y particulares, comerciantes é industriales, sanos y hasta enfermos, reaccionados vivamente ante el peligro amenazador de la integridad del territorio y de las honradas vidas de los españoles peninsulares que lo poblaban, en hermoso tropel se acumularon en los lugares designados para el dignificador enganche en aquella milicia nacional.

Coincidía con aquel decreto el cumplimiento del mismo, pues un distinguido, valeroso, dignatario de la Administración pública, el Director general de Administración civil, D. Javier Bares y Romero, constituyó un núcleo de fuerza de caballería, baso para un escuadrón, que en cuatro ó cinco horas se presentó en formación correcta ante el palacio de Santa Polenciana, residencia accidental del Capitán general, Sr. Blanco. Esta superior autoridad de las islas, acompañado de todo su estado mayor, saludó afectuosamente á aquella fuerza nacional desde los balcones de aquel palacio, en premio al acto de cordialísima adhesión que aquélla estaba expresando por modo tan elocuente.

Antes de la publicación de aquel decreto, y en espera del mismo, ya el celoso gobernador de Manila, por propios impulsos y por los que vehementemente le expresaran los españoles de la capital, había preparado el alistamiento voluntario, y el reparto de las pocas armas con que dicha autoridad contaba para crear un batallón de fuerza ciudadana también que congregase bajo la gloriosa bandera de la patria á todos los españoles peninsulares y leales insulares, que en bastante

número aspiraban (aunque de estos últimos no todos la merecieran, según muy pronto se comprobó) al disfrute de honra tan insigne cual la de formar parte de aquel Cuerpo de voluntarios.

Además del batallón y escuadrón á que nos referimos, iban á constituirse dos guerrillas: la de San Miguel, que se formó inmediatamente, y la de San Rafael después, las cuales, dotadas de excelente material naval y terrestre, tanto por mar y aguas de los ríos y lagunas navegables cuanto por tierra, prestaron señalados, heroicos servicios, vigilando zonas insurrectas, en las que libraron rudos combates. El Casino creó también una ronda que prestó arriesgadísimos servicios y una guerrilla después.

Si el Ejército regular conquistó en Filipinas, en ésta como en todas ocasiones, páginas de gloria inmarcesible, no sería justo dejar de consignar con caracteres indelebles también el heroico proceder de los voluntarios de Manila, en sublime pugna unos con otros para prestar los servicios que más riesgos acusaran, y en ansias vehementes de compartir con las tropas en todo sitio y lugar los peligros que se presentasen. Solemnísima fué la ceremonia en que se hiciera la bendición de la bandera y estandarte, sagrada enseña de aquellas fuerzas populares: esta ceremonia se llevó á cabo en la Catedral de Manila, oficiando el patriótico virtuoso Arzobispo metropolitano D. Fr. Bernardino Nozaleda, quien en sentida conmovedora plática expresó el valor y significación de aquel acto grandioso, al cual asistió el Capitán general, seguido de su Estado Mayor y comisiones del Ejército. Éste evidenció el espíritu de completa confraternidad en que se inspiraba con las fuerzas ciudadanas que el amor patrio y los acontecimientos crearon. El Capitán general, D. Ramón Illanco, dirigió á los voluntarios notable alocución: fuera de la Capitanía general, es claro, pudimos leerla en las dos cuartillas que originales del puño y letra de aquella autoridad iban á imprimirse y á ser con merecida profusión circulada. El citado documento decía así:

«Voluntarios:

»Acabáis de realizar el acto más grande y más trascendental de cuantos puede llevar á cabo un ciudadano armado: el juramento de su bandera: juramento sagrado y solemne, que imprime sobre el alma del que lo presta una huella que jamás se borra.

»Ciertó que todo español amante de su patria está obligado á defender la bandera nacional, y que siente latir involuntariamente su pecho al contemplarla: pero esa noble sensación se extrema y sube de punto cuando esa bandera es la propia, la que, jurada después de bendecida, se convierte en enseña venerada del Cuerpo á que pertenece,

cu el que instantáneamente se despertaba hacia ella el amor más vehemente que lleva hasta el sacrificio á los que bajo sus pliegues se cobijan, y convierte en héroes hasta morir en su defensa á quienes fueron momentos antes tranquilos y pacíficos ciudadanos.

»Seguro estoy de que todos, presa todavía de emoción tan noble, os sentís llenos de entusiasmo hacia vuestra preciosa enseña, y que deseáis en el fondo de vuestros pechos ocasiones en que combatir y vencer para coronarla con el laurel de la victoria, que no dudo obtendréis si llegara el caso de poner á prueba vuestro valor y firmeza, contando siempre para defender esa bandera y ese estandarte, y morir antes que por nadie sean hollados, con un voluntario más en vuestro General en Jefe, *Ramón Blanco.*»

Repetimos lo que ya hemos dicho: la más grata impresión guardará por siempre todo aquel que presencié en Manila el verdadero acontecimiento que acabamos de sintetizar.

La multitud de hechos parciales de rebelión que rápidamente cundían obligó á la Autoridad superior del Archipiélago, en aquella misma fecha, 30 de Agosto, á declarar en estado de guerra las provincias de Manila, Bulacán, Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, La Laguna, Cavite y Batangas.

6.º *Combates en San Juan del Monte y lagares vecinos. El general segundo cabo D. Bernardo Echaluze.*— Después de lo de Caloocan, se vió el intento de los rebeldes: á todo trance querían caer sobre Manila. La conflagración era general en todos los alrededores, y la tendencia de los insurrectos era reunirse en San Juan del Monte para entrar por Sampaloc: en esta dirección el primer encuentro se verificó en Santamesa.

Habíanse reforzado todos los puestos de la Guardia civil y los destacamentos: al de San Juan del Monte acudió una sección de artillería.

En el cuartel de la Luneta quedaba una fuerza de 100 hombres, no más, que eran los únicos disponibles para relevar la guardia de la cárcel y presidio de Bilibid, que llevaba cuatro días custodiando aquellos edificios. La guarnición de Manila y escasos refuerzos que recibió había sido distribuida sabiamente por el general Echaluze, nombrado jefe de las fuerzas que habían de constituir la defensa de la capital de las islas: era tan completa la línea exterior que para tal fin trazara el veterano general segundo cabo, que aquella línea, arrancando de la Capitanía del puerto, en donde estaban las fuerzas de desembarco al mando del valeroso capitán de navío Sr. Lazaga (D. Joaquín), terminaba en Sampaloc. Todos los técnicos aplaudían los trabajos de defensa hechos por el general Echaluze en exteriores é interiores líneas.

Los 100 hombres del cuartel de la Luneta pertenecían al regimiento núm. 70, é iban mandados por el capitán Avila y los primeros tenientes D. Domingo Muñoz y Bonilla. Al frente de esta tan reducida fuerza se puso el general segundo cabo D. Bernardo Echaluze, cuyas brillantes doles militares y civiles lantos prestigios sólidos hanle creado en Filipinas. Cuando esla fuerza llegó al polvorín situado sobre la margen izquierda de la calzada que conduce á San Juan del Monte, desde Manila, la tropa que custodiaba aquel edificio habíase ya batido con los rebeldes, quienes trataron denodadamente de apoderarse de aquella importante posición. No lo alcanzaron; heroicamente la defendieron 65 hombres entre artilleros peninsulares y soldados indígenas del núm. 70, al mando del bravo capitán Rambao, y la caballería al mando de Togores, con gran oportunidad llegada, dispersó la masa de insurrectos que acosaba á los valientes defensores del polvorín.

Viendo los rebeldes frustrado su plan, al diseminarse por las casas y bosques inmediatos, un gran núcleo de aquéllos se replegó sobre la casa de «Vista alegre», situada en el centro de una gran explanada defendida en toda su extensión por muros sólidos de dos metros de altura: parapetados tras de éstos, los rebeldes descargaban nutridísimo fuego de fusilería á las fuerzas que por allí pasaban y que iban á reunirse en punto conveniente para batirlos á todos: elegido éste por el general Echaluze, tan notable en estrategia cuanto en balística, según testimonios de muchos jefes y oficiales del ejército lo acreditan, el general segundo cabo trazó el plan de combate por completo; y como las operaciones habían de desarrollarse con fuerza tan reducida de leales, dispuso que inmediatamente dos secciones, con un subalterno al frente cada una, reconociesen y batiesen aquel sitio tan inmediato al cila-du polvorín. Los oficiales destinados á tal servicio fueron los dos también nombrados Sres. Bonilla y Muñoz: escaso trecho habían recorrido, reconociendo cinco casas no más de aquel lugar, aquellos dos pequeños pelotones que habían lomado izquierda y derecha de la carretera, cuando la sección del teniente Muñoz, á cuya cabeza iba el bizarro veterano general Echaluze, acompañado del capitán de Estado Mayor Sr. Gueriguet, sufrió nutrida descarga disparada por los rebeldes fuertes en la citada casa de «Vista alegre», ó mejor dicho, desde los muros que la rodeaban: las bajas que la sección experimentó exaltaron el valor de aquel pundonoroso oficial, y á la acometida brutal de que acababa de ser objeto respondió ordenando al puñado de soldados que llevaba, avanzasen hasta los muros de donde procedía el fuego: allí fueron, por entre las malezas y ondulaciones del terreno que determinan muy difícil acceso á la casa por la parte anterior. Ordenó el teniente Muñoz el asalto del muro, y dando heroico ejemplo á los su-

yos, él fué quien, revólver en mano, lo coronó el primero: una vez en él, los rebeldes, que emprendieran descompuesta retirada hacia el interior de aquel terreno extenso y tupido de vegetación, hicieron otras descargas, viniendo un proyectil á herir en el cuello gravísimamente al teniente Muñoz; practicando éste esfuerzos supremos para levantarse del sitio en que había caído herido, un nuevo disparo del mismo insurrecto que á él le hirió mató al soldado que le ayudaba á levantarse: Muñoz, en rápida suprema sacudida, se apoderó del fusil de éste, y consiguió matar á aquel rebelde: momentos después, el valeroso oficial era recogido por el capitán Rambao, que se puso al frente de aquella sección y la de Bonilla: la más completa victoria se logró sobre los insurrectos de «Vista alegre». La pequeña columna siguió reconociendo el resto del caserío hasta el Depósito de las aguas; y como por todos lados se presentaban grupos de insurrectos, la artillería, destacada en aquel edilicio, y la guardia civil veterana, al mando de su capitán D. Olegario Díaz, operaban valerosa y acertadísimamente, ajustándose á las disposiciones del general Echealuce, quien, para batir á los rebeldes de San Juan del Monte con tan escasa fuerza cual la que disponía, no precisaba lijar su atención en las reglas que se establecen para los combates ofensivos de *divisiones* (que es la fuerza cuyo mando á su jerarquía corresponde), y en las reglas que fijan los servicios de seguridad, y en el cómo se han de formar las vanguardias, y el orden de marcha concentrado cuando se espera el ataque, y los reconocimientos preliminares de la acción y las reservas, y quiénes y cómo han de encargarse de la acción demostrativa y de la decisiva con sus ataques de írente y envolventes para el asalto de las posiciones ocupadas por el enemigo cuando los fuegos convergentes lo han descompuesto. La única regla de combate de división que allí tuvo en cuenta el general Echealuce es aquella que sitúa al jefe de la misma en la cabeza de la columna ó en la vanguardia, y, en efecto, sobre el muro de «Vista alegre», á la cabeza de la sección del teniente Muñoz, allí, según hemos dicho, estuvo el general segundo cabo de Filipinas.

Contáronse en este combate, el más violento de los iniciales de la insurrección, 95 muertos de los rebeldes, á los cuales en los primeros momentos se les hicieron 42 prisioneros: rabiosos éstos por evadirse, cuando los de mayor significación cabalmente comenzaron á llevarlo á cabo, los certeros disparos de los fusiles de nuestros soldados dieron á aquéllos muerte. En juicio sumarisimo fueron los cabecillas juzgados, é incontinenti se les fusiló. Hiciéronse después 200 prisioneros más, aún en armas por los alrededores. Nuestras bajas, pocas: Felipe Celia, José Tolosa y Juan B. Barbosa se llamaban los soldados peninsulares muertos en aquel combate, y 15 heridos.

En distintas direcciones, pero la mayor parte hacia Montalbán, corrió el resto de los insurrectos, no en menor número de 2.000, tan completamente batidos por el general segundo cabo.

Unán importante era esta acción, ya se sabía en Manila mientras se libraba; pero el Capitán general, que combinaba, lo repetimos, maravillosamente la pequeñez de los medios de que disponía, no había podido colocar en auxilio del general Echaluce más que 50 hombres en Balic-Italic y otros 50 en Sampaloc.

En el mismo día hubo gran revuelta en Pandacan: milagrosamente salvó su vida, ocullámlose en el quizamo de su convento, el cura de aquel pueblo, P. Arellano, pero mataron los rebeldes infamemente á un artillero peninsular de los tres que custodiaban el polvorin. Al propio tiempo numerosos grupos de rebeldes se presentaban en las sementeras que hay entre Santamesa y Mariquina, y más numerosos aún en Camgan y Maybouga, barrios de Pateros: estos últimos, entre una y tres de la madrugada del mismo día 30, se dirigieron á Pasig, en cuyo pueblo se les agregaron hasta constituir una partida de más de 2.000 hombres, cuyo objetivo fué ocupar el cuartel de la Guardia civil. Debemos recordar que en este pueblo estaba el oficial Sr. Siljar al frente de su sección: aquel primer teniente cuya luminosa denuncia de los primeros días de Julio será siempre título legítimo de gloria. Replegóse el teniente Siljar con los pocos guardias (¡5!) que tenía á sus órdenes en la torre de la iglesia parroquial, logrando dispersar á aquella masa después de dos horas de vivísimo fuego: en cuatro barcas que de antemano tenían preparadas los rebeldes se llevaron éstos los muertos que tuvieron, arrojándolos al agua junto al puente: en el cementerio del pueblo sólo se enterraron cinco, conducidos desde Pateros, en donde el sargento de Taguig con diez guardias, y un cabo con seis de los mismos, enviados por el teniente Siljar, habían sostenido á la entrada del pueblo refriega fuerte con 200 rebeldes.

Los numerosos grupos de insurrectos repartían profusamente proclamas redactadas en tagalo, excitando á los indígenas á lo que ya hemos dicho querían los cabecillas lograr: la toma de Manila: en los arrabales de ésta y en los 24 pueblos que desde cuatro kilómetros de distancia el que menos, hasta veintisiete el que más, constituyen la provincia, en todos ellos y en sus barrios anexos se libraban combates, se tenía algún encuentro ó se notaban trifulcas.

7.ª *Primeras medidas adoptadas por el Gobierno de la Metrópoli.* — No se desconocía tan en absoluto en España el malestar que se experimentaba en Filipinas por la propaganda de las sociedades secretas. Los Go-

bernadores generales lo habían comunicado: las clases peninsulares residentes en el Archipiélago lo informaban particularmente.

Los Gobiernos liberales, y muy singularmente el Sr. Abarzuza, Ministro de Ultramar en el último Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, habían expuesto rotundamente su criterio propio y el del Gobierno de que formaba parte, contrario en absoluto á permitir la masonería en Filipinas. Cuanto al Gobierno de los conservadores, hacemos igual afirmación, y nosotros, que no hemos tenido ni aquí ni allá más medios de inquisitiva que los solicitados lo más discretamente que nos ha sido posible, nunca en altas esferas, hemos logrado saber, por modo cierto, que el Gobierno actual se ocupó y preocupó desde su advenimiento al poder de tal asunto; hizo entender á cuantos jefes de provincia se destinaban á aquellas islas cuánto interesaba impedir el desarrollo de las sociedades secretas en aquel vasto territorio, y, sobre todo, aquella Real orden reservada que hemos podido averiguar se dirigió por el Sr. Castellano, actual Ministro de Ultramar, en 2 de Julio del año próximo pasado, al Gobernador general de Filipinas, contiene un perfecto plan trazado para impedir la constitución de asociaciones secretas en aquellas islas. Ni desde aquí ni desde allá se consentía ninguna.

A pesar de ello, el mal se había producido en grandísima extensión: sus verdaderos incommensurables límites, esto es lo que se ignoraba particularmente en la Península, y por tanto, era natural que la noticia de la vasta conspiración descubierta entre los tagalos causase aquí gran extrañeza y sentimiento, y algo más de éste y menos de aquella entre los peninsulares residentes en Filipinas.

Tan luego se recibió en Madrid el telegrama del Capitán general de Filipinas dando cuenta el 21 de Agosto de la vasta conspiración allí descubierta, el Ministro de Ultramar Sr. Castellano dió lectura de aquel documento primero al Senado y al Congreso después. En ambas Cámaras se produjeron con tal motivo patrióticas declaraciones. Después de detenidas conferencias celebradas entre el Sr. Castellano y el Gobernador civil de Madrid, Sr. Conde de Peña-Ramiro, y entre esta autoridad y el juez de guardia, adoptóse una serie de medidas, entre las cuales fueron desde luego conocidas la clausura del Círculo ilispauo-Filipino y del Gran Oriente, cuyos centros se ballaban instalados en una misma casa habitación de la calle de Relatores; la detención de los individuos que componían la Junta directiva del citado centro masónico; la incautación de cuantos documentos tenía archivados la secretaría del mismo, y los registros que la policía practicaba con toda urgencia en diferentes distritos de Madrid. Siete individuos de aquel círculo de la calle de Relatores fueron conducidos á la cárcel pública: todos negaban se dedicasen á trabajos lilibusteros, y el Sr. Morayta,

haciendo afirmación igual, protestaba de toda suposición contraria respecto á él en telegrama fechado en Puigcerdá: contra dicho señor habíase también dictado auto de prisión.

El Gobierno, después de recibir un telegrama del Gobernador general de Filipinas de fecha 29 de Agosto, en el cual, en previsión de serios acontecimientos, manifestaba lo conveniente que creía reforzar con 1.000 hombres el ejército del Archipiélago, acordó enviar inmediatamente 2.000: un batallón de infantería de Marina y otro de cazadores, armados todos de Maüser y bien municionados, remitiéndose además 6.000 fusiles Remington, modelo reformado del 89. Dispúsose, además, la inmediata salida del crucero *Isla de Cuba* y la del *Isla de Luzón* para cuando esluyese listo.

En el telegrama en que el Sr. Ministro de Ultramar comunicaba al Gobernador tales acuerdos, decía además en texto literal lo que sigue: «Aprobada la formación batallón Voluntarios, y el Gobierno vería con gusto se formen otros, pues espera mucho del patriotismo de los españoles residentes en el Archipiélago.»

El Gobierno estaba dispuesto, bien lo ha demostrado, á enviar á Filipinas inmediatamente cuanto hiciese falta para el restablecimiento de la paz en Filipinas y garantía de la integridad del territorio; la prensa, la opinión de todos los partidos poníase de su lado para facilitarle todos los medios necesarios y defender la causa nacional, sin importar nada los inmensos sacrificios que el país venia haciendo en la guerra de Cuba, sobre la que había que verter hombres y dinero, como por copioso raudal en que arrebatadamente corre el agua.

La decisión de afrontar la nueva desdicha que nos traía la gran insurrección lagala, no podía alcanzar más patrióticas muestras que las hermosas expresadas por esta enfriscada nación, poseedora de tan grandes virtudes.

Admirable espectáculo el ofrecido por esta madre patria, que, habiendo de atender en las enormes proporciones que atendía la guerra de Cuba, como acabamos de decir, hacía zarpar desde los puertos de Barcelona, Cádiz y Carlageua, con destino al de Manila, no barcos que transportasen mil ni dos mil hombres que se considerasen en el primer momento bastantes, sino á los vapores siguientes y la fuerza que se consigna:

CATALUÑA

que salió el 3 de Septiembre, conduciendo un batallón de infantería de Marina, 22 jefes, 13 sargentos, 882 soldados.

MONSERRAT

8 de Septiembre: con 3 jefes, 28 oficiales, 25 sargentos, 1.015 individuos de tropa de infantería de Marina y cazadores.

ANTONIO LÓPEZ

11 de Septiembre: 27 oficiales, 15 sargentos, 770 soldados de infantería de Marina.

ISLA DE LUZÓN

18 de Septiembre: 66 jefes y oficiales, 59 sargentos, 1.936 soldados, cazadores.

COLÓN

6 de Octubre: 55 jefes y oficiales, 40 sargentos, 1.288 soldados, constituyendo una batería de artillería y un escuadrón de caballería.

COVADONGA

18 de Octubre: 6 jefes, 63 oficiales, 57 sargentos, 1.873 soldados, cazadores.

ALFONSO XII

7 de Noviembre: Generales Polavieja, Zappino, Lachambre, Cornell, Galbis; 10 jefes, 16 oficiales, 12 sargentos y 639 cazadores, más 9 oficiales, 10 sargentos, 245 soldados de infantería de Marina.

LEÓN XIII

12 de Noviembre: 4 jefes, 32 oficiales, 52 sargentos, 1.081 soldados de cazadores.

SAN FERNANDO

27 de Noviembre: 3 jefes, 26 oficiales, 21 sargentos, 1.042 soldados de infantería de Marina; 2 jefes, 22 oficiales, 28 sargentos y 900 cazadores.

ISLA DE MINDANAO

9 de Diciembre: 23 oficiales, 24 sargentos, 1.223 soldados, cazadores.

ISLA DE LUZÓN

17 de Diciembre (desde Barcelona): 29 jefes y oficiales, 46 sargentos, 1.686 soldados.

ANTONIO LÓPEZ

17 de Diciembre (desde Barcelona también): 20 jefes y oficiales, 29 sargentos, 1.014 soldados.

MONTEVIDEO

18 de Diciembre (desde Valencia): 35 jefes y oficiales, 61 sargentos, 2.617 soldados.

MAGALLANES

19 de Diciembre (desde Cádiz): 43 jefes y oficiales, 77 sargentos, 2.617 soldados.

COLÓN

20 de Diciembre (desde Barcelona): 38 jefes y oficiales, 56 sargentos, 2.823 soldados.

Hé aquí las expediciones enviadas á Filipinas durante los cuatro meses últimos de 1896, los cuatro primeros de la insurrección tagala:

hemos tenido interés en detallarlas lo posible, y con ello entendemos innecesario aducir más testimonios relativos á la resolución con que la Metrópoli afrontaba, además de la guerra de Cuba, las complicaciones alevés que traía la que en el Archipiélago filipino presentaban contra la dominación española los sectarios del Catipunan tagalo.

Como no pretendemos, según hemos dicho, escribir una crónica lo más metódica y completa que nos fuese posible de los hechos de la insurrección tagala, nos limitaremos á nuestros propósitos y solamente á grandes rasgos sintetizaremos los principales sucesos.

8. *La insurrección en Cavite.* — En Cavite, provincia limitrofe, á la voz y vista de Manila, la insurrección tagala tomó grandes proporciones.

Esta provincia confina por el N. con Manila, así como con la de Italangas por el S. y con La Laguna por el E., limitándola por el O. la bahía y la isla del Corregidor.

La componen 21 pueblos: *Alfonso, Amadeo, Barner, Bailén, Carmona, Cavite* (capital), *Cavite Viejo, Imus, Indán, La Caridad, Magallanes, Maragondón, Méndez Núñez, Naic, Noreleta, Pérez Dasmariñas, Resario, Santa Cruz, San Roque, San Francisco de Malabón, Silán y Ternate*. De estas 21 parroquias, siete son administradas por curas párrocos indios.

En las 120.000 hectáreas de superficie asignadas á esta provincia, hallase terreno llano en todos los pueblos costeros y en algunos del interior: el resto son tierras muy accidentadas, especialmente las que pertenecen á los pueblos que se aproximan al Sungay, cuyas vertientes y laderas son rasi intransitables.

En escasa proporción el abacá, el cacao y el café; algo más de azúcar y mucho arroz: estas son las producciones agrícolas de la provincia, mereciendo también especial mención las hortalizas y las frutas, entre estas singularísimamente la que se obtiene del *Mangifera Indica*, de Linneo, pues, en efecto, la *manga* de Cavite es la preferida en todo el Archipiélago.

Los bosques de esta provincia ofrecen más de 80 especies frutales, entre las cuales privan el *acé*, la *narra*, el *banabí*, el *canele* y el *tiudalo*.

En los términos municipales de Indán, Silán y Maragondón, y aun en los de *Alfonso* y *Imilén*, desarróllanse especies forestales muy abundantes en resinas y gomorresinas de excepcional valor; pero los caviteños no las explotan ni en poco, ni en mucho, ni en nada. En general, sus aficiones industriales no se demuestran allí más que para el lavado de ropas, de las cuales, por cierto, se quedaron con todas las

que en su poder oslaban, portencientes á la mayor parte de los habitantes de Manila, cuando estalló la insurrección.

Serpean por la provincia de Cavile ríos y arroyos que nacen en los montes de Indán y Silán, desembocando unos en el mar y otros en la laguna de Bay.

Las comunicaciones entre todos los pueblos de la costa son bastante buenas.

La provincia tiene zonas muy palúdicas: algunos pueblos son medianamente secos y regularmente sanos.

Hay muchas canteras abiertas, pero de piedra blanda y arenosa, ninguna dura y compacta.

La dominación española prodigó en la provincia de Cavile los medios de civilización y cultura.

Allí creó, entre las ensenadas de Bacoór y de Cañacao, un arsenal, sobre superficie de 2.500 metros, con dependencias anexas que á tantos millares de indios han dado pan y enseñanzas para que los hijos de éstos lo alcanzasen en grandes talleres de ebanistería, pintura, arboladuras, velámenes, armas y herrerías y fundiciones.

Allí, un astillero y dos varaderos para buques de alio y pequeño porte.

Allí, escuelas y hospitales; allí, buenos edificios públicos y una gran fábrica de tabacos, antes del desestanco.

Imposible parece que en la provincia de Cavile se hayan podido congregarse tantos enemigos de la dominación española, y sin embargo, nada más cierto ser esta comarca la más levantisca de las islas: la más manifestamente dispuesta á recibir los daños de las doctrinas insanas. Las que allí se esparcieron por medio de folletos y de algún periódico que mereció las censuras eclesiásticas, coincidieron (si es que no determinaron de por sí) con la insurrección de 20 de Enero de 1872, movimiento de rebeldía tan esencialmente separatista como lo es el actual: «muera el Castila y viva la independencia»: éste y no otro fué el lema de la bandera enarbolada por aquellos insurrectos, como éste y no otro es en realidad, por más que la hipocresía *de la política solapada* haya impedido en muchas ocasiones oírlo, el grito de los indígenas capitaneados por Andrés Bonifacio y sus deleznable compañeros del Catipunan, en el cual pactaron el exterminio de los españoles, conquistadores de aquel territorio, no por la fuerza brutal, sino por la dulce predicación del Evangelio.

Desde que acaccieron los primeros chispazos de la rebelión de que tratamos, los principales jefes de la misma, en la plaza de Cavile, alardeaban de españolismo y se presentaban diariamente al gobernador de la provincia, señor coronel D. Fernando Parga, ofreciéndole *vidas y ha-*

ciendas para la causa de España. Aquellos villanos habían urdido el complot para la malanza de los castillos, que había de ser llevada á cabo por los presos de la cárcel de aquella capital.

Tan grave conjura fué descubierta la víspera de estallar por una ilustre dama, la señora doña Victorina Crespo, esposa del gobernador señor Parga, que supo hábilmente obtener en términos tan precisos la delación de aquel complot, cuanto que el marido mismo de aquella mujer llamada Pania (Epifania), que fué la delatora, intervino directamente en la compra de armas para distribuir á los presos.

Denunciado el hecho al Sr. Parga por su propia esposa, en el acto procedió el gobernador de Cavile á la delación de los comprometidos y sospechosos: se inició el proceso.

El distinguido veterano general Rizzo fué á Cavile como delegado del Capitán general en funciones judiciales, y fueron éstas tan activa, lécnica y provechosamente desempeñadas para la causa de la Patria, que el día 12 de Septiembre, es decir, á los diez del acontecimiento, se ejecutaban las sentencias de pena de muerte por el Consejo de guerra impuestas á 13 individuos, autores de aquel complot y principales comprometidos en la rebelión: los había entre ellos muy acaudalados. Para formar el cuadro ni tropas había en Cavile: desde Manila acudieron las necesarias: de ellas formaban parte dos compañías de voluntarios que iban al mando de su comandante el señor Ilevia.

Todo el elemento español peninsular y los insulares leales de Cavite, con la noción exacta de lo maravillosamente que el descubrimiento de la conjura logrado por la señora de Parga salvó sus vidas, bendicen el nombre de dama tan esclarecida, á la cual seguramente la Patria premiará.

Los individuos pasados por las armas en Cavile eran: Francisco Osorio y Máximo Inocencio, ricos propietarios; Luis Aguado, contralista; Victoriano Luciano, farmacéutico acaudalado; Hugo Pérez, médico; José Lallana, sastre; Antonio San Agustín, comerciante; Agapito Concha, maestro; Eugenio Cabezas, relujero, y los dos alcaldes de la cárcel. A los primeros se les atribuía una fortuna de más de dos millones de pesos.

Desde las primeras horas de aquel día 2 de Septiembre á que nos referíamos, la insurrección en Cavile cundió como meteoro por todos los pueblos, cual reguero de pólvora.

Los Curas párrocos que, arrollados ó advertidos por algún honrado feligrés, pudieron escapar de las alevés manos de los rebeldes, se presentaron en la capital de la provincia y relirieron tristemente el estado de conflagración en que quedaban sus pueblos: aun ignoraban los Padres la suerte de muchos de sus hermanos, asesinados horritamente.

Con tales noticias inici6se y se mantuvo creciente en la cabecera un estado de continua alarma, que afrontaron los espa1oles peninsulares, conduciendo 6 las se1oras y ni1os al Arsenal, para mayor garant6a de las preciosas vidas de estos tiernos seres. Defenderlos con esta medida era exigencia del deber m6s elemental y muy justificada: basta para comprenderlo as6 decir que en aquellos instantes, 6 los rebeldes de la provincia de Cavite no se pod6a oponer en la capital propiamente dicha otra resistencia que la de diez soldados de infanter6a de Marina, mandados por un sargento, y unos 40 espa1oles 6 quienes provey6 de fusiles el general jefe del mencionado Arsenal. Esta escasa fuerza fu6 la que practic6 todo el servicio de vigilancia y custodia, de d6a y de noche, en el interior de aquella capital.

Pero despu6s ya se vi6 reforzada tan peque1a guarnici6n con la llegada de ingenieros al mando del capit6n Angosto, y una compa1a de infanter6a ind6gena al mando del capit6n D. Francisco Cabrera: con ello, y 6 pesar de lo exiguo de los medios de defensa acumulados, se restableci6 la tranquilidad en aquella plaza.

Comenz6 la insurrecci6n de Cavite con el hecho ocurrido en la casa Tribunal de Novelela. Sabiendo que en aquel edificio hab6anse reunido gran masa de ind6genas en visibles muestras de agitaci6n, el capit6n jefe de aquella l6nea, D. Antonio Rebolledo, acudi6 con resoluci6n 6 aquel lugar, acompa1ado de cuatro guardias, y creemos que de un sargento. La denodada actitud del capit6n Rebolledo, penetrando con tan escasa fuerza en el Tribunal, lleno de conjurados, 6 nada generoso indujo 6 6stos, sino que, al rev6s, s6lo vieron en aquel heroico hecho ocasi6n favorable para inaugurar cruenta segura alevos6a, y as6 lo llevaron 6 cabo, asesinando vilmente 6 aquel bravo honrad6simo oficial: la esposa y tiernos hijos de este m6rtir fueron secuestrados y conducidos 6 San Francisco de Malab6n, y en poder de los insurrectos vivieron hasta que la divisi6n Lachambre los redimi6 del cautiverio ocho meses despu6s. Dos de los guardias que acompa1aban al capit6n Rebolledo pas6ronse 6 las filas insurrectas en el Tribunal de Nov6lela, no sabemos si de buen 6 de mal grado.

A los sublevados de Cavite Viejo 6 Imus uni6ronse las fuerzas de la Guardia civil que cubr6an la l6nea, 6 igual funesla suerte que la sufri6a por el capit6n Rebolledo corrieron otros distinguidos oficiales del mismo instituto, 6 cuyas familias asimismo se llevaron cautivas los rebeldes. En horripilante descomposici6n, el cad6ver de alguno de aquellos valientes oficiales, jefes de secci6n de la Guardia civil de Cavite, era recogido d6as despu6s en las aguas del r6o de Imus por la columna al mando del se1or general, jefe de Estado Mayor, D. Ernesto Aguirre, y este bizarro hombre de guerra tribut6 cuidadosa y solem-

nemente á aquel cadáver todos cuantos sagrados homenajes permitieron las circunstancias difíciles en quo se encontrara: aquel cadáver había sido el teniente Sr. Chacón, otro de los primeros mártires de la insurrección tagala.

Y también el teniente, jefe de la sección de Naie, Sr. Pérez Berrero, al dirigirse á Novelela por asuntos del servicio, fué villanamente asesinado, pereciendo en igual forma, y por segura traición de uno de los guardias que le acompañaban, el sargento comandante del puesto de Quintana, cuando iba á San Francisco de Malabón.

Los conventos y las casas-haciendas de los religiosos fueron todas asaltadas y saqueadas desde el primer momento: los rebeldes mataron cruelísimamente á los frailes y legos que allí estaban en sus lugares de paz y de trabajo. No resultaría ciertamente mayor inhumana fiereza, en el martirio sufrido en Nagasaki por nuestros santos misioneros del Japón, que la por los rebeldes de Cavite patentizada en el martirio hecho sufrir á los religiosos de quienes se apoderaron aquellos salvajes sectarios del Calipunn. Bien públicos y notorios son los detalles de aquellos crímenes inauditos.

Los infames procederes de los insurrectos, en la comarca cavileña singularmente, no podrán desaparecer de la memoria de la presente y futuras generaciones en aquel territorio español, y esos procederes son la característica de la rebelión tagala, con todos sus horrores: así la iniciaron, y maucharon para *in æternum* con indeleble tacadura.

En los primeros días de Septiembre, los rebeldes estaban ya apoderados de toda la provincia, excepción de la capital y los dos pueblos inmediatos, que pueden considerarse barrios anexos. Efectuaron los insurrectos alguna correría á pueblos de las limítrofes provincias de La Laguna y Batangas, é insurreccionaron contra la dominación española otros pueblos y barrios; pero al mismo tiempo se irradiaba el mal hacia otras regiones, complicándose gravemente en provincias como Nueva Ecija, y extendiéndose á Batangas, Italaan, Itulacán, Morong y otras, aunque en menor intensidad.

En Cavite, la rebelión podía contar con elementos muy apropiados para producirla: es de abolengo, además de levantisca, criminal: el bandolerismo reclutó allí mucha gente en todo tiempo: Itinaeayán é Imus, especialmente, nutrieron gruesas partidas de tulisanes, que en muchas ocasiones no se limitaban á operar críminosamente dentro de aquella provincia, sino que hacían correrías vandálicas, marítimas y terrestres, por las de Mindoro, Itulacán y Pampanga.

Los principales jefes de la insurrección en Cavite eran, después de Andrés Bonifacio, que ejercía el mando supremo, *Emilio Aguinaldo*, titulado generalísimo, indio puro, joven de veintiocho á treinta años,

que habla medianamente el castellano; natural de Cavile Viejo, y capitán municipal de este pueblo, no llene bienes de fortuna, pero venia disfrutando de gran influencia entre los indígenas; es hijo de Carlos Aguinaldo, hombre que la disfrutó tan extensa en aquella jurisdicción, que, habiendo sido muchas veces gobernadorcillo, cada vez que volvía á tomar la vara solían los indios del pueblo decir: «Nang buhai uliang panguinong dios.» (Ha vuelto á resucitar el Señor.) Antiespañol declarado, ya en 1872 estuvo preso por aquellos sucesos.

Tiene Aguinaldo (Enilio) varios hermanos, ejerciendo todos, desde hace muchos años, los principales cargos de aquel municipio.

Arlstón Villanueva, de cincuenta á sesenta años de edad, también titulado general, natural de Noveleta, de cuyo pueblo también ha sido gobernadorcillo; es otro de los jefes activos de la insurrección: también es pobre y sin instrucción alguna. El padre de éste estuvo en presidio: lo indultaron, y las generosidades de la dominación española, perdonándole los antecedentes que aquel travieso cavileño tenía, lo hizo después gobernadorcillo.

Otro general de los rebeldes de Cavite es Mariano Alvarez, hombre de cincuenta años, poco más ó menos; vecino y natural de Noveleta: propietario. También ha sido varias veces gobernadorcillo de aquel pueblo; un hijo suyo lo era en la actualidad. De éste nada se había oído decir como antiespañol; pero su gestión municipal es lachada de immoralidades extensas.

Estos eran los de más viso; se puede formar concepto del valor y significación de los demás.

Para contener y vencer la rebelión caviteña, el Capitán general nombró al general D. Diego de los Ríos, Comandante General, Gobernador militar de la provincia y plaza de Cavite: este joven General es dignísimo hijo y sucesor de aquel ilustre Teniente general que en tierra de Africa, y memorable guerra de 1800, supo grabar en la historia el ya honroso apellido que llevara, por modo que nadie desde aquellas fechas deja de pronunciarlo sin rendirle el homenaje de respeto que merece.

El general Ríos, en Cavite, no contó ni por un momento fuerzas bastantes para dominar la insurrección acomeliéndola en sus numerosos lugares, cada instante más pertrechados y defendidos por triucherías y por cuantos medios las malas artes sugieren; sólo podía, pues, por entonces aguardar mayores é indispensables recursos, defendiendo la plaza y sus más convenientes líneas esrafégicas para lograrlo.

Contra los rebeldes de Cavite fué el día 3 el muy distinguido Jefe de Estado Mayor general D. Ernesto de Aguirre: asimismo contó con escasísimas tropas; menos aún de las calculadas, pues ni los 100 hom-

bres que del Arsenal había de recibir para reforzar su pequeña columna pudo obtener, por los sucesos que en aquella plaza habían tenido lugar: así y todo, aquella fuerza recorrió la mayor parte de los pueblos de la provincia comprendidos en la región de Parañaque, Hacoor ó Imus, librando rudo combate en los dos últimos, en los cuales hizo numerosas bajas á los enemigos, reunidos á millares y atrincherados. No llevaba el general Aguirre fuerzas para continuar la operación, ni aun para iniciarla, como valientemente la inició; así es que hubo de regresar á Manila cumpliendo órdenes superiores, sin duda alguna emanadas de la prudencia: no debía ésta autorizar sacrificios que no resolvían el caso. Las fuerzas del general Aguirre, avivadas en sus valientes energías por este general, de buen temple para la guerra, se portaron muy bien en aquella jornada, más corta de lo que en su deseo seguramente estaba. En ella resultó contuso el general Aguirre, siendo el fuego tan formidable, que hubo en la columna herido el cual recibió cinco balazos: el sargento D. Victoriano Vecido.



CAPÍTULO VI

Continúan algunos detalles de la insurrección.

1.º Sucesos de Nueva Écija. — 2.º Otros arcaerimientos: una proclama de los insurrectos; servicios de los voluntarios. Esquadra y Capitanía de puerto. Donativos. Medidas para destituir de sus cargos á complicados en la rebelión. Ampliase el decreto de indulto. Combates en Silang y Cavite. — 3.º Decretos del Gobierno general sobre embargo de bienes. — 4.º Refuerzos del interior. Más combates. Bendición y jura de las banderas de los voluntarios. Nuevos documentos referentes al Catipunan. Preparativos para recibir la primera expedición de tropas procedentes de la Península.

1.º *Sucesos de Nueva Écija.* — El 2 de Septiembre tuvo lugar suceso de verdadera excepcional importancia en Nueva Écija, provincia situada al Norte de Manila y que además confina con las de Nueva Vizcaya, Itulacán, Pangasinan y Pampanga y con el mar Pacífico. Es bastante sana y fértil y de extensión superficial capaz para proporcionar la subsistencia á tres veces más población de la que contiene: 21 leguas de N. á S. y 34 de E. á O.; 63,29 kilómetros y 94,93 respectivamente.

En los días 2, 3 y 4 del mes de Septiembre á que nos referimos, la cabecera de esta provincia, San Isidro, á 101 kilómetros de Manila situada, fué objeto de un furioso ataque de los insurrectos, siendo admirable la conducta allí seguida por las Autoridades, colonia peninsular y las reducidísimas fuerzas con que la causa de la Patria podía contar allí. Llanera, uno de los más traviesos cabecillas lagalos, capitán municipal de Cabaio, y Balmonle, que ejercía el mismo cargo en Gapán, intentaron con tesón tomar aquella capital: las fuerzas reunidas para tal fin por estos dos rebeldes sumaban 3.000 hombres. En la tarde del día 2, 500 de éstos, la mayor parte armados de armas blancas, y no menos de 100 con fusiles, en marcha acompasada, precedidos de música y banderas, dirigíanse por la calle de Magallanes hacia el cuartel de la Guardia civil. En turno del gobernador de la provincia, señor

D. Leonardo Vails, habíanse congregado todos los pocos españoles peninsulares que allí había; resuellos estaban éstos á sacrificar sus vidas al grito de ¡viva España!: el espectáculo era conmovedor. Había podido el jefe de la provincia telegrafiar al Capitán general manifestándole con serena exactitud la gravedad de la situación en que se hallaban, y el general Blanco, no teniendo fuerzas disponibles para enviar en socorro de aquella población, amenazada de destrucción completa, según los designios revelados por los insurrectos, inventó una columna de 200 hombres de infantería, del Depósito de transeuntes: dió el mando de esta fuerza á un hombre de condiciones superiores, excepcionales, de indiscutible mérito y valor, al comandante Sr. López Arteaga, quien, con su improvisada fuerza, parlió con toda presteza hacia San Isidro. Mientras tanto, en esta capital, unos cuantos guardias civiles, al mando del capitán Sr. Machorro y del primer teniente Sr. Belloto, reforzados más tarde con otro oficial jefe de la sección del pueblo de San Antonio y cinco guardias, hicieron proezas, justa y entusiastamente por todos encomiadas. El valeroso capitán Machorro pereció en la contienda: en un segundo avance que hizo con el propósito logrado de desalojar á los rebeldes de la casa de un notario, al cual, como á toda su familia, aquéllos habían herido, saqueando después la casa y destruido lo que de ella no se llevaban, una descarga de aquellos foragidos produjo al bravo capitán Machorro herida mortal de necesidad; á poco de recibida murió tan benemérito oficial.

Sucedíole en el mando de aquel puñado de guardias el primer teniente Belloto, ya mencionado, y el cual había quedado custodiando con tres ó cuatro guardias (de los que sólo uno de ellos poseía el fusil reglamentario) los presos que había en el cuartel; mas antes de que el teniente Belloto se encargase de la fuerza reducidísima que perdía á su capitán, el sargento Moreno, que iba con éste, después de recoger á su jefe, herido tan gravemente como acabamos de decir, continuó con sus guardias haciendo nutrido fuego sobre las casas do enfrente á la del citado notario; ésta la ocupaban los nuestros y aquéllas los rebeldes, que aumentaron en gran número aquella noche. No se acercaron éstos de nuevo al cuartel por tan pocos defendido; pero asaltaron las residencias oficiales, menos el Gobierno, saqueando y robando otras particulares é incendiando los Juzgados de primera instancia y el de paz, la Promotoria, y llevándose también los fondos de la Administración de Hacienda pública de la provincia, y los de la casa agencia de la Compañía de Tabacos.

Cuando los valientes peninsulares y las fuerzas de Belloto temían la explosión de un general incendio en la Cabecera, pues se vió que los rebeldes habían preparado dos carros cargados de petróleo para

producir daño tan enorme, en la noche del 3 llegaron los 200 hombres al mando de López Arteaga á San Isidro: la oportunísima salvadora entrada de tal columna fué sorprendente para todos, y bendecida por aquellos bravos defensores que la causa de la Patria tenia en Nueva Écija. Los rebeldes, amedrentados, diéronse á la fuga más desordenada, y en la que, por ser así, experimentaron numerosas bajas.

Para proteger el desembarco de la columna Arteaga, el esforzado gobernador civil de la provincia, Sr. Valls, que rayó á gran altura en aquellos acontecimientos, ordenó al teniente Bellolo acudiese fuerza, y en efecto, tan valiente Bellolo como el malogrado capitán á quien sucedió en el mando, acudió personalmente acompañado de *tres guardias* al desempeño de su cometido. Una hora de retardo en el arribo de la columna Arteaga á San Isidro, y perdida toda esperanza, á pesar de tanta valentía por parte de los nuestros; en el instante mismo en que los rebeldes ocupaban ya la plaza y se disponían á incendiar la casa Gobierno, contra la cual descargaban nutrido fuego de fusilería y en la que estaba ya concentrada toda la colonia peninsular, llegó el comandante López Arteaga, á quien, con general aplauso, se le ha visto en meses llegar á coronel: resultó éste ser para los españoles peninsulares de Nueva Écija lo que Blücher para Wellington: lo que seguramente, á no impedirlo un poco de fango, hubiese sido Grouchy para Napoleón I en Waterloo: el único remedio posible.

2.ª *Otros acaecimientos. Una proclama de los rebeldes. Servicios de los voluntarios. Escuadra y Capitana de puerto.* — Los buques de guerra sin abandonar posiciones: frente á la costa insurrecta unos, otros estaban en continuo movimiento, y éstos (con otros barcos mercantes) transportaban las tropas y vigilaban en todas las aguas del Archipiélago. El día 11 de este mes, traían al veterano general Jaramillo, desde Mindanao, con 500 hombres de aquel ejército, y á poco fondeaba el «Villalobos» conduciendo fuerzas de la Guardia civil de Uolo: junto también llegó el «Uranus», que con más refuerzos traía al general Itios, y algo más tarde el «San Joaquín», con fuerzas de la Guardia civil y algunas compañías sueltas, destacadas en las regiones de los igorroles y apayaos.

Es obvio que por modo alguno bastaban estos refuerzos; mas como todo en el mundo es relativo, la llegada de los mismos era interesante y saludada con general satisfacción.

Las fuerzas de la Escuadra, además de las dichas, operaban sin cesar, teniendo á raya á los insurrectos de todos los pueblos costeros, cañoneando á los que ocupaban líneas de fuego contra nuestros buques, vigilando perfectamente el cumplimiento de las órdenes que cerraban

la navegación de distintas zonas, como la comprendida entre el arsenal de Cavile y Bacoar, y aparte de todos estos servicios, hacían desembarcos para batirse en tierra firme, según muchas veces lo efectuaban, ó impedían el paso que á los rebeldes tanto interesaba tener libre, el del mar de Mindoro, que limita aquella isla extensísima (de 8.000 kilómetros cuadrados), sin comunicaciones interiores que no sean peligrosas y terreno tan accidentado que habría hecho difícilísima la persecución de los rebeldes que allí se guareciesen; los barcos de guerra, además, cruzaban de continuo, no sólo por las extensas costas de Luzón, sino por todas las del Sur del Archipiélago, para impedir el desembarque de los auxilios que pudieran recibir y esperaban los insurrectos.

Sosteniendo éstos, por cuantos medios á su alcance estaban, la propaganda activa que venían haciendo con objeto de generalizar la insurrección en estos mismos días, dirigieron á los soldados indígenas una proclama, en la cual, un ejemplar por los nuestros arrancado de un poste de barricada muy inmediato á Imus, decía lo siguiente:

«Compañeros: ya veis la desgracia que nos amenaza; matad á los jefes casillas, y si no lo hacéis así, á nosotros nos matarán.»

El texto era tagalo, diciendo literalmente:

«Capua lagalog damdaun ang amin linaday. Patain ang pinumuyat cum hindi tagurin ang magea matayan.»

En los mismos primeros días de Septiembre, las fuerzas voluntarias completaban su organización, constituyendo un elemento auxiliar de gran valía para el Ejército. Los voluntarios disputábanse con entusiasmo patriótico admirable los servicios á los que se les suponía más riesgos, y prestaban hasta los que de ellos no se demandaban: practicando un reconocimiento, iban á las Piñas y Parañaque los voluntarios de Caballería á las órdenes de su primer jefe el limo. Sr. D. Javier Bores Romero, y al encontrar un convoy de municiones destinado á las fuerzas del general Aguirre, espontáneamente ofreciéronse aquéllos á auxiliar su custodia, y efectuándolo así, al día siguiente de prestado aquel servicio, el Director general de Administración civil recibía el siguiente documento:

«El intendente militar de las islas Filipinas — ti. L. M. al Ilustrísimo Sr. D. Javier Bores y Romero, y lleno la inmensa satisfacción de expresarle, como jefe del brillante escuadrón de voluntarios que manda, el reconocimiento que lo embarga, así como á todos los jefes y oficiales del Cuerpo de Administración militar, por la decidida é importantísima protección que, tanto en el convoy de municiones que ayer salió para las fuerzas que operan al mando del Excmo. Sr. General Aguirre, como en el de víveres que ha salido esta mañana para

«Bacoor, dan los valientes voluntarios movidos por su inmenso amor á nuestra adorada España», etc.....

Con igual vehemente impulso operaban los voluntarios de infantería y las guerrillas y las rondas de vigilancia que se crearan. La formada por el Casino español, centro que se ha distinguido tanto por sus actitudes patrióticas, acudía á todos los lugares, y con vertiginosa rapidez informaba de lo ocurrido; muy especial fué el servicio que prestó en Santa Rosa en estos días.

Eran importantes los que prestaba la Dirección de las obras del puerto con su copioso material naval: aquella Dirección, á cargo del ingeniero D. Eduardo López Navarro, vivía en constante actividad, por todos reconocida y estimada; con gran encomio citaba los trabajos de ésta el distinguido capitán de navío Sr. D. Joaquin Lazaga, que lo era del puerto de Manila á la vez que comandante de Marina de la provincia: este testimonio era irrecusable. La Capitanía de puerto de la capital de las islas estaba al frente en tal tiempo, como durante toda la campaña viene eszlándolo, de interesantísimos servicios para la causa de la Patria. Con la vigilancia no más á que la obligan 12 ó 13.000 individuos (no serán menos) los indígenas que forman las dotaciones de los buques surtos en las aguas de su jurisdicción, tiene, en circunstancias como las actuales, labor bastante para ocupación provechosa indispensable al orden público. El Sr. Lazaga trabajó allí lo incalculable; es justo declararlo.

Las Corporaciones religiosas, los Cuerpos de voluntarios, el Casino español, los comerciantes, los particulares, todos por propio nobilísimo patriótico impulso, hacían donativos importantes en metálico, víveres, tabacos, uniformes, banderas y estandartes para las fuerzas del Ejército y las voluntarias. Era de notar el interés que tenían de ligurar entre los patriotas donantes, peninsulares é insulares, algunos indígenas mestizos de gran caudal, que también concurren con sus óbolos á aquella explosión de sentimientos de generosidad; pero correspondiendo sin duda los naturales á quienes aludimos á los de la *política so-lapada*, pronto se les vió aprisionados por complicidad en la rebelión.

Por la presidencia de la Audiencia, lo mismo que por la Dirección general de Administración civil, Intendencia general de Hacienda pública y las dependencias provinciales y locales, dictábanse decretos y órdenes de destitución de sus cargos á muchos empleados subalternos indígenas que iban resultando complicados en los sucesos.

Y gran número de éstos, á la vez que otros indígenas adinerados, dueños de establecimientos mercantiles, armadores, industriales y propietarios, eran detenidos y elevadas á prisión sus detenciones. Docenas de docenas de jueces de paz, maestros, escribientes y auxiliares

de las dependencias del Estado, sufrían esta penalidad, que en muchos casos se hiciera mayor por sentencia firme de los Tribunales.

Grave conjura desenhiera en la cabecera de Camarines, Nueva Cáceres, determinaba la detención y conducción á Manila en el vapor *Isarog* de aquel notario tan conocido y acaudalado, D. Manuel Abella, el cual rendía exteriormente todo respeto y homenaje á los castilas, liel á la política solapada, puesto que en privado siempre los injurió. Con éste fué preso su hijo y también conducido á la capital del Archipiélago, acompañado de Tomás Prieto, Florencio Lerma y otros complicados.

Pór compensador cambio, otros indigenas, como D. Mauro Reyes, capitán municipal de Pineda, evidenciaban su lealtad, y se veían en los mismos días condecorados con la cruz del Mérito militar y civil por sus honrados servicios.

La Orden de San Agustín cedió al escuadrón «Voluntarios de Manila», para su instalación en el mismo, el edificio que recientemente había construido, de hermosos diámetros, concordantes con la magnitud de los que hace siglos ostenta el histórico convento de San Agustín, al cual está unido el grandioso local á que nos referimos.

El Sr. General Blanco amplió el plazo de indulto concedido á los rebeldes; y como tal medida corresponde á un sistema que los tiene opuestos, nada tiene de extraño el hecho de que fuese distintamente apreciada por unos y por otros; ihanse conociendo los crueles detalles de los crímenes cometidos en las personas de los Religiosos sorprendidos en las Parroquias y casas-haciendas de Cavile, y la justa exaltación de los ánimos contra tantas infamias, no abonaba gran disposición del juicio para ponderar ventajosamente la eficacia de disposición alguna que expresase lenidades ó blandura muy propias de los magnánimos sentimientos de nuestra raza, por lo esencialmente cristiana, fácilmente olvidadiza de los mayores agravios que recibe, pero obligada á recibir las lecciones de la experiencia.

Continuaban, y en aumento, los hechos de guerra.

Una pequeña columna, al mando del capitán D. Antonio Bernárdez, sostuvo duro combate en Silang. Aquella fuerza, para castigar á los rebeldes del citado pueblo, había ido por Biñan, cuyo capitán municipal, con 20 indigenas leales, acompañó á la columna, y con ésta se batió aquel honrado munícipe, basta que un proyectil de sus rebeldes paisanos de Silang le dejó muerto. Nuestra pequeña columna desalojó de sus posiciones al enemigo, causándole 58 muertos y más de 200 heridos: 9 de los primeros y 20 de los segundos tuvo la columna mandada por el valeroso capitán Bernárdez. Por esta fuerza se supo detalladamente de qué suerte habían los de Silang asesinado al tenien-

to de la Guardia civil de aquella acción, y á los guardias que con él se habían hecho fuertes en la torre de la iglesia.

Llegan á Manila, ingresando en la cárcel de Bilibid, los sediciosos procedentes de la provincia de la Unión.

En la misma fecha, 18 de Septiembre, con resultados muy favorables se practicó un reconocimiento sobre las posiciones de Novleta (Cavile). Llevó á cabo esta operación importante, apoyada por una compañía de ingenieros al mando del capitán Angosto, una comisión compuesta del comandante de artillería D. Joaquin Arespacochaga, el de igual clase de ingenieros Sr. Urbina, y el capitán de Estado Mayor Sr. Zuloaga, con una compañía de ingenieros.

Al rebasar el pueblo de San Roque, hallóse esta reducida columna con 1.200 insurrectos: el choque fué muy duro. Los valientes ingenieros aguerridos en Mindanao lucharon como buenos, y el cañonero *Leyte*, apoyándolos, envió tan certera metralla sobre los rebeldes, que las bajas sufridas por éstos fueron numerosas. Las sensibles experimentadas por los nuestros fueron el comandante Sr. Urbina, gravemente herido de dos balazos, y siete individuos de tropa.

Hízose justicia cabal al mérito contraído en aquel día por el comandante jefe de la comisión, Sr. Arespacochaga, y por los Sres. Urbina, Zuloaga y Angosto, así como á la valerosa conducta de la tropa.

La *Gaceta* del 19 publica el decreto siguiente:

«*Manila 18 de Septiembre de 1896.*

«Resultando hallarse procesado el Sr. D. Francisco L. Roxas, Consejero honorífico de Administración, en uso de las facultades de que me hallo investido, vengo en disponer que cese en el ejercicio de sus funciones, sin perjuicio de la resolución ulterior que adopte el Gobierno de S. M., al que daré cuenta oportunamente de esta medida. — Comuníquese y publíquese. — *Blanco.*»

D. Francisco Roxas estaba ya, con otros muchos principales de Manila, preso en la Fuerza.

Al propio tiempo, indígenas de relativa posición social eran detenidos en varias provincias próximas, y en esta fecha misma, la del decreto anterior, venían á Manila 14 complicados de Balangas.

3.º *Decretos del Gobierno general sobre embargo de bienes.* — Arreciando el mal, procurábase por todo medio curarlo, y la *Gaceta* del 21 contenía el importante decreto que literalmente transcribimos y que dice así:

«El curso de los actuales acontecimientos hace fundadamente suponer que se fomenta la rebelión con medios ó recursos materiales de

personas que directa ó indirectamente cooperan á este delito, y en atención á que es principio esencial de defensa y necesidad urgente impedir que este estado de cosas continúe, en uso de las facultades de que estoy investido, vengo en ordenar lo siguiente:

»Artículo 1.º Se decreta el embargo de los bienes de toda clase pertenecientes á las personas que constase se hallasen incorporadas á los rebeldes y de las que en cualquier concepto sirvan á la causa de la insurrección, ya residan en el extranjero ó en territorio nacional.

»Art. 2.º Los frutos y rentas de los expresados bienes se considerarán aplicados á gastos de guerra, mientras otra cosa no se disponga, y sus dueños sin derecho á reclamación de ninguna clase.

»Art. 3.º No se reputará válida ninguna transmisión de derechos reales relativa á los bienes de los rebeldes, ni contrato alguno que recaiga sobre los productos de los mismos bienes después de la publicación de este decreto.

»Art. 4.º La Autoridad superior militar de estas islas queda facultada para designar las personas en cuyos bienes haya de trabarse el embargo, previos los informes que considere necesarios, y para adoptar las medidas conducentes á dicho fin.

»Art. 5.º Los rebeldes que se acojan y sometan á las Autoridades en el plazo que fije el bando que dictará al efecto la Autoridad militar, quedarán eximidos del embargo de sus bienes.

»Art. 6.º Este Gobierno general dictará las disposiciones oportunas para la ejecución del presente decreto.

» Publíquese y comuníquese.

» Manila, 20 de Septiembre de 1896. — Ramón Blanco. »

Y el día 25 de este mismo mes se publicaba el decreto complementario de aquél, y que literalmente dice así:

«Gobierno general de Filipinas.

»*Manila 25 de Septiembre de 1896.*

» En atención á los motivos de mi decreto de 20 del corriente, sobre embargo de bienes á los rebeldes ó insidentes, y como complemento del mismo, vengo en disponer lo siguiente:

»Art. 1.º En virtud de la facultad concedida al Capitán general de estas Islas por el art. 4.º de mi decreto de 20 del actual, dicha autoridad me propondrá las personas en cuyos bienes haya de trabarse el embargo á que el mismo decreto se refiere.

»Art. 2.º Los gastos á que se contrae el art. 2.º del citado decreto, serán, además de los de guerra, las indemnizaciones de los daños causados en cumplimiento de órdenes de las Autoridades y Jefes militares,

asi como los gastos que motive la ejecución de este y del anterior decreto.

»Art. 3.º Los daños que sean producidos por accidentes de la guerra, inevitables ó fortuitos, y los ocasionados por fuerzas rebeldes, no serán objeto de indemnización por parte del Estado.

»Art. 4.º La anulación á que se refiere el art. 3.º del decreto de 20 del actual comprenderá: las enajenaciones, transmisiones, gravámenes, y los demás contratos ó actos realizados desde la citada fecha sobre los bienes, derechos y acciones que deban ser embargados, en cuanto de cualquier manera puedan dificultar ó hacer ilusorio el embargo.

»Art. 5.º Para llevar á efecto el embargo y administración de bienes de que se trata, se aprueba la adjunta *Instrucción*.

»Art. 6.º Para la ejecución de los decretos y de su Instrucción, se crea en estas Islas una Junta que se titulará «Administradora de los bienes embargados por rebelión é infidencia».

»Art. 7.º La expresada Junta se compondrá de un presidente, que lo será el General segundo Cabo de estas Islas, y de once vocales, que lo serán: el Ilmo. Sr. D. Gaspar Castaños, fiscal de la Audiencia territorial de Manila; el Excmo. Sr. D. José Gregorio Hoeha, propietario; el Ilmo. Sr. D. Venancio Balbás, director del Banco español filipino; el Ilmo. Sr. D. Joaquín Santamarina, industrial; D. Valentín Teus, comerciante; D. Antonio Correa, administrador de la Compañía general de Tabacos de Filipinas; el limo. Sr. D. José Moreno Lacalle, decano del Colegio de Abogados de Manila; el limo. Sr. D. Manuel del Busto, director de la Escuela Agronómica; el limo. Sr. D. Aurelio Ferrer, ordenador general de pagos; el limo. Sr. D. Luis Sein-Echaluce, segundo jefe de la Secretaría de este Gobierno general; D. Luis de la Puente y Obra, letrado consultor de la Intendencia general de Hacienda, y don José Muñoz Repiso, teniente auditor de Guerra.

»Art. 8.º La Junta tendrá dos secretarios, elegidos de entre sus vocales, y el personal auxiliar y subalterno que la misma Junta determinará y nombrará.

»Art. 9.º Et día siguiente al de la publicación de este Decreto se constituirá la Junta, eligiendo los secretarios y organizando la dependencia.

»Publíquese y comuníquese. -- *Ilamón Blanco.*»

Estos decretos y su adjetiva instrucción fueron también objeto, no de controversias ruidosas ni de acaloradas disensiones, porque bueno es no olvidar de qué suerte, á pesar de las impresionabilidades de nuestra raza y de nuestra versatilidad constitutiva, son respetados y

cumplidos por los españoles peninsulares de nuestras provincias de Ultramar cuantos preceptos dieran las superiores autoridades de las mismas: pero en análisis y crítica prudentes alguien consideraba tales disposiciones completamente innecesarias, en atención á que con sólo la aplicación de las contenidas en el Código de Justicia militar, se lograba resultado idéntico al por los transcritos decretos perseguido, con una gran ventaja sobre éstos, cual era la de evitar que gentes desahectas á España pudieran censurarnos por el hecho de aplicar medidas de carácter excepcional, como aparentemente lo son los decretos de que nos ocupamos. — Creemos muy clara esta cuestión, pues, en efecto, previsto está en nuestras leyes penales, tanto ordinarias como militares, aquel fundamental principio de que toda persona responsable criminalmente, también lo es civilmente, sin que se exceptúe clase alguna de delitos, y, por tanto, desde el momento en que la jurisdicción de guerra entró á conocer del delito de rebelión y sometió á la jurisdicción de sus propios jueces instructores á los presuntos responsables, evidente era, en concepto nuestro, que al mismo tiempo que aquellos jueces trataban de depurar los hechos y derivar y consignar la participación de cada procesado en los mismos, habrían de adoptar las precauciones que la ley determina, á fin de que las responsabilidades no resultasen ilusorias, embargando al electo los bienes de los encartados en cada sumaria; esto es ni más ni menos lo que diariamente se hace en los diferentes delitos que se cometen; la diferencia está exclusivamente en que si en un delito de lesiones menos graves, por ejemplo, se da lugar á una responsabilidad civil insignificante que quede asegurada con el embargo de bienes en escasa cuantía, en un delito de rebelión, que impone á la Patria tan cuantiosos sacrificios pecuniarios, debe desde luego procederse de una manera radical al embargo de todos los bienes que se hallen con relación á todos y cada uno de los procesados.

Pero es que, además de esto, el primer decreto de embargo por el Sr. General Blanco dictado resultaba menos eficaz, porque se refería sólo á las rentas, por lo cual se conseguía con su aplicación mucho menos de lo que logrado se hubiera con la aplicación usual y corriente del Código penal, ya que, según las disposiciones de éste, una vez que la sentencia fuera firme, se procedería contra los bienes mismos embargados, realizando su venta é ingresando su importe en las arcas del público Tesoro; así es como éste se hubiera resarcido en algo de los gastos extraordinarios y enormes de la guerra, y además hubiera privado de recursos á los herederos y deudos de los condenados, que probablemente los emplearían en lucha contra la Patria, según sus principales hicieran, en una ó en otra forma.

4.º *Refuerzos del interior. Otras combates. Bendición y jura de las banderas de los voluntarios. La Marina de guerra. Nuevos documentos referentes al Catipuhan. Preparativos para recibir las tropas procedentes de la Península.* — Sucedianse los encuentros, en los que siempre nuestras armas eran las victoriosas; mas no cesaban los insurrectos en sus empeños, ni los laborantes en sus maquinaciones. En la divisoria de Manila y Cavile, diariamente las fuerzas allí destacadas se batían al practicar los reconocimientos; lo mismo acontecía en la línea de Calocan-Tambohong, en donde el destacamento de Ingenieros tenía á raya á los rebeldes de aquella comarca desde Baliutauac á Itaeza; entre éstos se acariciaba de continuo el plan de caer sobre Manila, especialmente sobre Tondo, con el fin de poner en libertad los 1,300 ó 1,500 presos de Ililibid, cuya cárcel y presidio custodiaban fuerzas del Ejército y patrullas de voluntarios.

Tan pronto como llegaron los refuerzos que era posible obtener del interior del Archipiélago, el general Ilanco iba ocupando las provincias centrales para extinguir los focos de rebelión, y comenzaba á acercar fuerzas hacia Cavile, con el fin de localizarla en aquella provincia.

Apenas llegó el general Jaramillo con tropas que venían con él de Mindanao, salía en dirección del Sur de Cavile para tratar de impedir se corrieran los rebeldes en aquel sentido: un batallón se situaba en Saindo Domingo con igual objeto por la parte de Silang: el *Leyte* vigilaba la costa, cañoneando al enemigo y destruyendo las embarcaciones menores de que éste disponía, y el punio de acceso hacia Manila y Bulacáu estaba debidamente custodiado.

Continuaban en los últimos días de este mes haciéndose prisiones de complicados en la insurrección, y se enviaron dos expediciones de deportados á Carolinas y al Sur del Archipiélago.

Fueron fusilados los cabecillas del movimiento de San Juan del Monte, Sancho Valenzuela, Eugenio Silvestre, Modesto Sarmiento y Itanón Peralta.

Las protestas de patriotismo y adhesión que á las autoridades elevaban los pueblos eran muy numerosas, y habrían resultado decididamente compensador consuelo de la amargura que aquel movimiento insurreccional tan extraño causara, si hubiera sido lícito conceder á todas aquellas manifestaciones el valor absoluto de la espontaneidad patriótica; mas hubo precedentes no escasos de decepciones, tanto en Manila cuanto en las demás provincias tagalas, y por ser así, á tales protestas debía asignárseles poco valor.

Forzoso era, aunque asimismo obligado, juzgar con igual criterio de recelo aquellos entusiasmas recibimientos que los indígenas hacían á nuestras columnas, exterioridades agradables con las que no concordaron ulteriores actitudes.

Tres combates importantes, favorables para nuestras armas, libraronse en la provincia de Batangas, en los pueblos de Túy, Lian y Talisay. Si duro fué el que se libró en el primero, el de Lian fué página brillante. Con 70 hombres resistió el capitán Artiñano una fuerte acometida de 2.000 insurrectos de Cavile, que entraban en Balangas á sublevar la provincia. Replegada la fuerza de Artiñano en la casa-hacienda de San José, sufrió tres días de asedio, causando muchas bajas al enemigo. Dos honrados peninsulares, que también replegados en aquella casa-hacienda se batían con denuedo al lado de Artiñano, fueron tan gravemente heridos, que ambos sucumbieron pocos días después de ser conducidos á Manila. Fuerzas al mando del teniente coronel Ripoll levantaron el sitio de Lian, batiendo y dispersando á los rebeldes, que en precipitada fuga corrieron hacia el Sungay.

En Talisay hubo también reñida acción, en la que fué herido el teniente coronel Sr. Heredia, y en la misma zona sucumbió un honrado militar, hijo de aquel país, natural de la Pampanga, el bizarro capitán D. Agustín Blanco Leyson, que perseguía á los rebeldes después de haberlos desalojado del barrio de Magat, correspondiente á Tanauan.

Los rumores cundidos sobre alteración del orden en las Bisayas habían producido gran alarma: pero por fortuna desapareció ésta al conocerse como único fundamento de aquéllos el hecho de haber sido bálida por completo por fuerzas de la Guardia civil gruesa partida de malhechores que habían atacado el pueblo de Passi en Iloilo. Digna de todo encomio era la conducta seguida en esas azarosas circunstancias por los habitantes de aquel territorio, y singularmente los de la capital, creando fuerzas voluntarias, de las cuales un batallón se destinaba á Luzón. La gestión del gobernador P. M. de aquella provincia, señor D. Ricardo Monet, coronel jefe de aquel tercio de la Guardia civil, asimismo era justamente alabada y muy digna de encomio la alocución que dirigió á sus subordinados.

En los últimos días de Septiembre, encuentros y combates en Mariguina, Muntinlupa y otros puntos más ó menos inmediatos á las líneas de Cavile. El día 30 sostúvose por el capitán Durán, de la Guardia civil de la de Manila, uno de importancia con rebeldes de San Mateo y Bosoboso, que se habían puesto bajo la dirección de los de Hinangonan, saqueando el pueblo de Cainta, de cuyo tribunal se llevaron todas las armas.

Apoderábanse los insurrectos que había en estos puntos, así como los que salían de Cavile por la parte de Silang, de cuanto les fuese útil, robando lo que en las haciendas de los particulares había; de la que en el barrio de Mamuit (Calamba) poseía el laborioso industrial don Miguel Amatriain, español peninsular, vecino de Manila, secuestra-

ron los rebeldes al administrador de la misma, Sr. Martínez, habiéndose pasado á los insurrectos los mismos colonos de dicha hacienda, que no eran menos de 300, llevándose á Silang 200 cabezas de ganado vacuno que en aquella línea había: muchos millares de reses robaron los rebeldes por las inmediaciones de la provincia de Cavite, concentrándolas en la zona en que se habían hecho fuertes y de la que creyeron sin duda no ser desalojados jamás.

Verificóse el domingo 27 la solemne ceremonia de la bendición y jura de banderas de los voluntarios de Manila: ya hemos sintetizado el acontecimiento en otras páginas, al hablar de la creación de estas fuerzas nacionales.

Terminado en estas fechas mismas el emplazamiento de la artillería Willworth y Krupp sobre los baluartes de Cavite, Manila percibía diariamente el vivo cañoneo, que tanto desde aquellas baterías, cuanto desde los buques surtos en aquel puerto, se descargaba sobre los pueblos insurrectos de Noveleta, Cavite Viejo y Bacoor.

Los servicios de la marina de guerra en las aguas del Archipiélago son muy señalados en la insurrección tagala: no sólo los grandes barcos, sino todos, hasta las lanchas: la *Otilera*, de 37 toneladas, causaba con los disparos certeros de su pequeña ametralladora Nordmelfk grave, continuo daño á los rebeldes: veintitrés muerlos les hizo en las márgenes del Pasig en la sola noche del 24 al 25 del actual: el teniente mayor de Munlinlupa los recogió.

Los barcos grandes cañoneaban las posiciones del enemigo desde las obligadas líneas de fondeo que ocupaban, y los barcos pequeños se aproximaban hasta abordar las cosías, haciendo destrozos en las viviendas de los insurrectos, á muy corta distancia en muchos lugares instaladas. Memoria quedará muy permanente en Cavite de aquella expedición que con el general Lijos hicieron el *Villulobos* y el *Leyte*, el *Bulusan* con la lancha de vapor del *Cristina* y dos del *Castilla*, dotadas con una pieza Krupp por lo menos cada una, y empleando el fuego de sus ametralladoras por la proximidad á tierra.

Continuaban las prisiones: á pesar de que las asociaciones secretas habían destruido sus archivos en las fechas que hemos indicado, á cargas se recogían documentos de interés por la constante labor de inquisitiva y pesquisa que se practicaba, ya por el Cuerpo de vigilancia, ya por el jefe de la Guardia civil veterana, comandante D. Olegario Díaz, cuyos servicios es difícil apreciar en el justo valor que tienen: se iba dando cuenta de los trabajos revolucionarios que se practicaban: pero si éstos eran activos antes del estallido de la insurrección, después del grillo de hialintauae, rayaron en el frenesí. En el último día de este mes, confidencias recibidas por el Director general de Administración

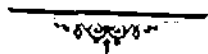
civil, Sr. Boros y Romero, le proporcionaban la ocasión de preslar lan importante servicio, cual el de ocupar documentos de gran interés referentes al Calipunan, en un sitio de Mailubig, en dirección de Malate y la Ermita, capturando, con las fuerzas del escuadrón que le acompañaban, los individuos á quienes se hallaron aquellos interesantes papeles denunciados.

Con tanto testimonio indudable del gran número de indios comprometidos en el Catipunan, no parecía tan arrebatada la resolución de Andrés Bonifacio para dar el grito de guerra en el instante en que se logró el descubrimiento de la trama, pues los elementos indígenas que se precisaban para llevarlo á término, resultaban reunidos con mucha anticipación en gran número.

El alma entristecida iba á experimentar muy pronto gran consuelo con el advenimiento de las primeras tropas procedentes de la madre Patria. Manila discutía los detalles para celebrarlo con solemnidad: todo agasajo propuesto parecía pequeño. El Ayuntamiento, Corporaciones civiles y militares, trazaron sus planes para tributar á las fuerzas españolas que se acercaban un digno entusiasta recibimiento, y, en efecto, comenzaron á construirse arcos grandiosos, extensas grecas de guirnalda tupidas de flores y follajes; armazones para caprichosos juegos de luminaria y escudos con las más significativas inscripciones dedicadas á la Patria y su Ejército de mar y tierra. Habíase señalado la carrera que habían de seguir las tropas después de su desembarco, hasta sus alojamientos, y una vez efectuado aquél en la Capitanía del puerto, pasarían las fuerzas expedicionarias por las calles de San Fernando, Rosario, plaza del P. Moraga y puente de España, entrando en Manila por la puerta del Parian, y siguiendo por las calles Real y Cabildo, atravesando la plaza de Palacio para ser agasajadas en la de Moriones.

Todas estas prevenciones daban vida y animación desconocida á la ciudad de Legazpi, preocupada hacia cuarenta días con la formidable rebelión de los tagalos contra la dominación española, expuesta á hecatombe de perdurable memoria, dada la escasez de recursos con que contara al estallar lan alevosa pérfida conjura.

Con la esperanza próxima á realizarse de obtener medios para sofocar la acción revolucionaria amenazadora, finalizaba el mes de Septiembre, transecurrido en grandes zozobras, concomitantes con actividades sin cuento y con hechos de valor heroico ejecutados para soslenner la causa de la Patria.



CAPÍTULO VII

Principales acaecimientos en el mes de Octubre de 1896.

1.º Llegada del transatlántico *Cataluña*. — 2.º Más protestas de adhesión. — 3.º Nuevas prisiones en Camarines. — 4.º Un tren sumatorio y otros donativos. En la Pampanga. Conducta de Inglaterra. — 5.º Decreto referente al Excmo. Sr. D. Pedro P. Roxas. — 6.º Combates en las inmediaciones de Covile. Sucesos varios. — 7.º Llegada del transatlántico *Montserrat*. Obsequios tributados a los expedicionarios. — 8.º Sigue la propaganda revolucionaria. — 9.º Más incidentes y combates. Nuevos refuerzos peninsulares. — 10. Fiesta del Pilar en Manila. Nuevos acaecimientos. Más fuerzas expedicionarias. Banquete que a las mismas ofreció el escuadrón «Voluntarios de Manila». Combates en Nusugbu, Talisay, Bilog-Hilog y otros lugares. Sucesos en Mindoro. — 11. Política de atracción. Una circular del Gobierno general. — 12. Regreso a España el general Echaluce. Nuevas partidas rebeldes. Sublevación en Mindanao. Conspiración en Joló. — 13. Nombramiento del general Polavieja para el cargo de segundo cabo. Idem de los generales Sres. Zappino, Lachambro, Cornell y Galbis. — 14. Aspecto de la insurrección al terminar el mes de Octubre.

1.º *Llegada del transatlántico Cataluña*. — Sabíase el paso por Singapore del barco que nos traía los primeros refuerzos; y, en efecto, en la mañana del 1.º de Octubre el vigía anunció al vapor *Cataluña*, fondeado a las diez y media en la bahía de Manila. La explosión del entusiasmo público fué hermosa. En seis horas Manila entera se vistió de brillante gala. Cuando la tropa expedicionaria que aquel barco conducía, desembarcó a las tres de la tarde en tres vaporeitos que atracaron al muelle de la Capitanía de puerto, la capital del Archipiélago ofrecía cuadro sorprendente. Las fuerzas que conducía el *Cataluña* eran de infantería de Marina al mando del coronel D. Juan Herrera.

El Capitán general, Sr. Marqués de Peña-Plata, el Arzobispo metropolitano, todos los generales que en Manila había, los altos funcionarios civiles, Comisiones de todas las Ordenes y Corporaciones religio-

sas, el Ayuntamiento bajo mazas, Comisiones de los voluntarios de infantería, caballería y guerrillas, representantes de la Prensa y numerosísimo público, acudieron á los muelles del Pasig para recibir, poseídos del febril entusiasmo que tan gráficamente, por la sinceridad con que se siente, se interpreta en nuestra raza, á aquellas fuerzas expedicionarias.

Fueron éstas al desembarcar patrióticamente arengadas por el Capitán general, quien, al darles la bienvenida, les señalaba ya el sitio y lugar de combate en Cavile. ¡Cuánta falta nos harían, pues ni siquiera veinticuatro horas de descanso les concediera el general Blanco, tan humanitario y tan amante de que los soldados disfruten las comodidades compatibles con la índole de la gloriosa institución á que pertenecen!

Con atronadores aunque sublimes gritos de ¡viva España! recorrieron aquellos soldados la carrera trazada, cubiertos de flores, que las damas desde los balcones les arrojaban, llenándolos de bendiciones al verles pasar. ¿Cómo olvidar el aspecto de la plaza del P. Moraga, en torno de la que formaban las fuerzas de voluntarios, irguiéndose en el centro de la misma aquel grandioso arco levantado por el escuadrón «Voluntarios de Manila» para conmemorar la llegada de las tropas peninsulares?

Recorrido el trayecto, los soldados de infantería de Marina rompieron filas en la Fuerza, y allí, confundidos en fraternal abrazo unos y otros, eran delirantes los coloquios que se sostenían entre los recién llegados y los que en Manila estaban ya, habiendo corrido el grave manifiesto riesgo de perder la vida por el alevoso plan urdido entre los millares de conjurados del Catipunan.

La venida de aquellas tropas, aun no siendo éstas más que las asignadas á un batallón, trocó por completo el natural triste estado de los ánimos entre los peninsulares é insulares leales: á la constricción del espíritu, un movimiento de expansión le sucedió, y basta los más pesimistas creían todo peligro conjurado.

Se obsequió espléndidamente á los expedicionarios. En el Ayuntamiento se sirvió un delicado *lunch* con que los jefes y oficiales de la guarnición y los voluntarios agasajaban á los jefes y oficiales recién llegados. El Capitán general honró con su presencia aquel fraternal banquete. A la tropa se la sirvió también una comida extraordinaria, y se repartieron entre ella muchos millares de tabacos y cajetillas de cigarrillos que se habían reunido por los generosos donativos de los voluntarios, fabricantes, particulares y corporaciones.

Al anochecer del mismo día, y con tan tierna calurosa despedida, cual lo había sido la manifestación por su llegada, el batallón de in-

fanteria de Marina salió para Cavile, en donde con igual entusiasmo fue recibido, y en donde bien pronto comenzó á verter su generosa sangre en aras de la integridad del territorio.

2.ª *Más protestas de adhesión.* — Menudeaban en los primeros días de Octubre las prolestras de adhesión á la causa de la Patria; pero también se acrecentaban los hechos de rebelión, y las noticias que á ellos se referían perlinbalsaban más y más el estado moral hasta de comarcas lejanas de Manila.

Entre las prolestras á que aludimos figuraba una suscrita por los maestros del Distrito P. M. de Benguet, de la cual ofrecemos transcripción literal, porque ella contiene en concepto nuestro demostración palmaria de que los elementos indígenas, no descompuestos por la propaganda funesta de las sociedades secretas, conservaban la noción de lo que á España deben, impidiéndoles, por consiguiente, la ley de la gratitud cometer actos contra la Nación gloriosa que los redimiera de su primitivo desdichadísimo estado. La mencionada protesta dice así:

«limo. Sr. Director general de Administración civil. — limo. Señor: --- La infamia y la ingratitud que con sus indignas acciones están cometiendo algunos de nuestros compañeros, los maestros de la provincia de Cavile y otras, en agradecimiento á los beneficios que nuestra bondadosa España les ha hecho, sacándoles del polvo de la ignorancia y encumbrándolos al honorable puesto que entre las naciones ecultas ocupa con preferencia el Magisterio docente; abusando de esa ciencia santa por el constante trabajo que España se ha impuesto para conducirnos por el camino de la virtud y del progreso, cual hijos pródigos han abandonado tan honroso puesto para volver el cuchillo de la ingratitud contra su propia madre. Compañeros tan indignos desaparecerán para siempre de la lista del alto instituto á que pertenecemos. Nuestros pechos, que jamás ocultaron en su corazón resentimiento alguno contra la Patria, protestan unánimemente ante V. E. contra actos tan repugnantes é impropios del Magisterio filipino. Queremos hacer manifiesto ante V. E. y el pueblo filipino el sentimiento de indignación grandísima que abrigan nuestros pechos contra esos salvajes, dignos únicamente de figurar entre las fieras que habitan los desiertos. A España debemos todo lo que hoy somos: si confiamos con un pedazo de pan para alimentar á nuestros hijos, á ella se lo debemos; por lo tanto, decididos nos ludlamos á defender con calor tan hermoso pabellón y á morir abrazados á él, si preciso fuera. Nuestro Instituto pedagógico, hasta la fecha intachable en absoluto, no podrá ocultar esa mancha ignominiosa que acaban de

»echar en su límpida bandera sus desalmados hijos de Cavilo; pero nosotros, con riesgo de nuestras vidas, haremos que desaparezca de su historia: jamás permiliremos que airenla ían impropia del maestro filipino pueda gravitar por más tiempo sobre nuestras aílvas y honradas frentes. ¡Compañeros, vuestros hermanos los de Benguet os llian para que, unidos en admirable consorcio, unamos nuestras protestas contra el atentado de lesa nación que los maestros de Cavite acababan de patrocinar, y para que juntos demos el grito de ¡Viva España!, ¡Viva Filipinas española!, ¡Viva la Religión Católica!, y podamos con nuestras enseñanzas devolver la tranquilidad al noble pueblo filipino y á nuestra redentora España. — timo. Sr. — El maestro de La Trinidad, Nicolás Camacho; el maestro de Tublay, Benito Zembrano; el maestro de Daclán, Emigdio Oclaviano; el maestro de Cabayán, Andrés Valbuena, y el maestro de Galiano, Rafael Lagazca.»

Con muchos documentos análogos podríamos llenar páginas de este pobre índice, y nada más, que de la insurrección tagala venimos haciendo: las protestas eran muy numerosas y entusiastas.

3.^o *Nuevas prisiones en Camarines.* — La prisión y conducción á Manila de un notario acaudalado de Nueva Cáceres, D. Manuel Abella, había producido el conocimiento exacto de los principales hechos en la gran conjura de Camarines, y los valientes voluntarios de aquella cabecera aprehendieron y condujeron asimismo á la capital de las islas 18 ó 20 indígenas, entre los cuales había tres clérigos, activos propagandistas de la insurrección y que servían en la catedral de aquella diócesis, en la cual más les hubiera valido admirar el ejemplo y virtudes de su esclarecido Prelado el Rvmo. P. Fr. Arsenio Campos. Con aquellos 20 complicados fué preso también el cabecilla Camilo, el cual estaba preparando la partida de rebeldes que había de caer sobre Nueva Cáceres para asesinar á los españoles allí establecidos.

4.^o *Un tren sanitario y otros donativos. En la Pampanga. Conducta de Inglaterra.* — El Casino español, que ofrecía constantes muestras del más acendrado patriotismo, entregó en estas fechas un tren sanitario completo, donativo que fué muy agradecido por el señor general Blanco. Al propio tiempo enviaba á las fuerzas y columnas que mandaban los generales Ríos y Jaramiilo y los coroneles Pintos, Marina, Pazos, Camiñas y demás jefes y oficiales que operaban muy activamente, otros donativos que se colectaban con verliginosa actividad, y con los cuales obsequiábase también á las fuerzas de la Escuadra.

Inglaterra noticiaba al Gobierno de España haber ordenado á los go-

bernadores de sus posesiones en la India y costa de China impidiesen los trabajos de los laborantes filipinos, y realmente las medidas que adoptó entonces dicha nación patentizaban sus buenas relaciones con España.

La *Gaceta* de Singapore del 12 de Septiembre contenía el siguiente decreto, dado por el gobernador de los Estrechos:

«Siendo así que subsiste la paz y amistad entre S. M. la Reina y S. M. Católica el Rey de España; y siendo así que ciertos súbditos del dicho Rey de España en ciertas partes de su dominio llamadas las islas Filipinas se han rebelado contra su autoridad y existen hostilidades entre la dicha Majestad Católica y los dichos súbditos revoltosos, y siendo así que S. M. la Reina desea que ninguna expedición naval ni militar sea organizada dentro de sus dominios para ir en contra de los dominios en Filipinas de S. M. Católica ni en ninguna otra parte. Por lo tanto, yo, sir Charles Rullen Rugh Milchell, por este advierto y severamente prohíbo á toda persona dentro de esta colonia de ninguna manera prepare, organice, pertenezca ó ayude á preparar, organizar ó ser empleado en cualquiera misión, en cualquier expedición naval ó militar para ir en contra de los dominios de S. M. Católica en las Filipinas u otra parte, bajo las penas prescritas contra toda persona que ofenda el acta de 1870 «Foreign Enlistment Act» y todo otro estatuto y ordenanza previstos para estos casos.»

Otro decreto de la misma fecha notifica que la exportación de armas, municiones, pólvora y pertrechos militares y navales de cualquier puerto ó punto de esas colonias, para las islas Filipinas, quedaba prohibido por el término de tres meses, contando desde el 12 de Septiembre próximo pasado.

En San Fernando de la Unión formóse en estos días una compañía de voluntarios, de la que constituían la sección de reserva todos los Reverendos Curas párrocos; de tal fuerza era primer jefe nato el gobernador de la provincia, Sr. Cendreras, y capitán D. Raimundo de Abaroa, honrado español peninsular.

En la Pampanga, provincia que desde el primer momento había ya llevado por la elocuente voz del Cura párroco de Bacolor, el agustino fray Antonio Bravo, hermosa enérgica prolesla contra la insurrección, el celoso gobernador civil Sr. Cánovas Vallesjo dirigió con entusiasmo la creación de un cuerpo de voluntarios; revistiendo en aquella comarca importancia extrema el acto de la bendición de la bandera y entrega de la misma á los de Bacolor. La cabecera de la Pampanga solemnizó también muy cumplidamente tan agradable acto.

5.º *Decreto referente al Excmo. Sr. D. Pedro P. Roxas.* — La *Gaceta de Manila*, correspondiente al 2 del presente mes, publica el decreto siguiente:

« Resultando hallarse procesado en la causa que se signe por rebelión el Excmo. Sr. D. Pedro P. Roxas, Consejero honorífico de Administración, en uso de las facultades de que me habido investido, vengo en disponer que cese en el ejercicio de sus funciones, sin perjuicio de la resolución ulterior que adopte el Gobierno de S. M., al que se dará cuenta oportunamente de esta medida.

» Comuníquese y publíquese. — *Blanco.* »

La calidad de la persona á quien se refiere el preinserto decreto hizo fuese éste muy comentado.

El Sr. Roxas había abandonado Manila en virtud de licencia que para venir á la Península, y ateniéndose á las prevenciones reglamentarias, le había sido concedida por el Gobernador general, quien no tenía fundamento de negativa: naturalmente llamó la atención el procesamiento del Sr. Roxas á los pocos días.

Desconociéndose los autos del gran proceso de la insurrección, é ignorándose, por tanto, el arte ó la parte que en ella pudiera tener el rico propietario D. Pedro P. Roxas; sin saber nadie de quienes no entendíamos en tan célebre proceso si dicho Sr. Roxas era justa ó injustamente acusado, lo que más pábulo dió á los rumores cundidos respecto del acaudalado propietario, activo comerciante y entendido industrial del barrio de San Miguel de Manila, fué sin duda alguna el hecho de abandonar el barco que lo conducía á España en el puerto de Singapoore: con ello alteraba el Sr. Roxas su itinerario al salir de Manila, y es claro que por el solo hecho de haberlo así efectuado, desembarcando en lugar distinto del de su destino, acogándose á extranjera bandera, sobre el Sr. Roxas cayó tal balumba de comentarios, dudas y suposiciones, que ni el tiempo transcurrido, ni siquiera la solemne severa actitud del ilustre hombre público Sr. Romero Robledo, llevando á las Cortes, ocho meses después de la publicación del decreto de que nos ocupamos, brava defensa en favor del Sr. Roxas, pudo proporcionar á éste la satisfacción de que en el orden moral recuperase pronto y por entero su perdido extenso prestigio, sino que el concepto público, receloso aún, aguardaba el fallo de los tribunales de justicia para hacer la que correspondiera al rico vecino de San Miguel de Manila, el cual había sido siempre muy considerado por todo el elemento peninsular.

Los más benévolos para aquel opulento capitalista pensaban acerca de este particular extremo lo que con toda fuerza de lógica expresó

el Sr. Castellano, Ministro de Ultramar, contestando al Sr. Romero Robledo. Después de analizar notablemente el caso del Sr. Roxas, el mencionado Consejero de la Corona decía literalmente:

«Enhorabuena que haya rechazado el indulto por razones de dignidad, como ha dicho el Sr. Romero Robledo, porque el indulto supone siempre delincuencia; pero lo que no se explica es que, sintiéndose inocente y teniendo medios de probarlo, no comparezca ante el juez para que su inocencia sea reconocida y proclamada. De ahí que cuando el Sr. Romero Robledo pedía al Gobierno la honra de D. Pedro Roxas, yo me sentía obligado á contestarle que no es en este sitio donde eso se puede pedir y conceder, porque aquí no se administra justicia ni cabe hacérsela al reo constituido en rebeldía. Aquí lo único que se puede pedir, y á lo único que el Gobierno puede acceder, es á que, si los tribunales no cumplen con su deber, se les haga cumplirlo.»

Así narrábamos en el tomo I de *La insurrección en Filipinas*, que publicamos en 1897, lo relativo al procesamiento del Sr. Roxas; mas ahora, que reimprimimos lo que en el expresado libro decíamos, es justo y obligado añadir que, transcurrido el tiempo, en efecto, el Excmo. Señor D. Pedro P. Roxas obtuvo por Decreto del Excmo. Sr. Gobernador general, Capitão general de las islas, Sr. Primo de Rivera, el sobreseimiento definitivo en la causa que se le seguía. Desvaneciéronse los cargos que se le habían hecho después de una solemne absoluta retractación de las aseveraciones de cargo que contra dicho señor habían vertido filipinos tan conocidos como lo eran Águedo del Rosario Llamas, miembro del Consejo Supremo y Ministro de la Gobernación de los rebeldes; Deodato Arellano, Pedro Serrano Laetao, portador con Moisés Salvador de los estatutos de la Liga Filipina, redactados por Rizal; Briceio Paulas y otros.

6.º *Combates en las inmediaciones de Cavite y sucesos varios.* — En los primeros días de Octubre menudeaban los hechos de armas.

En el reconocimiento practicado el día 4 entre Las Piñas y el pueblo de Racoor, nuestras fuerzas causaron muchas bajas á numerosos grupos rebeldes que intentaban oponérseles: aquellas fuerzas hallaron dos cartas, una de las cuales iba dirigida al capitán municipal de Las Piñas, en la cual un jefe insurrecto reprendía á aquel munícipe, á quien llamaba traidor por no haber cumplido su oferta de incendiar las casas del pueblo en que se alojaban tropas, y quemado otras deshabitadas. La otra carta iba dirigida al capitán de cuadrilleros, quien también estaba en connivencia con los rebeldes.

El general Ríos ocupó en esas fechas mismas el istmo de Noveleta, quedando La Caridad y San Roque definitivamente en nuestro poder: allí, en Dalahican, se hizo para nuestras tropas un campamento fuertemente atrincherado, que los insurrectos se atrevieron á atacar, siendo completamente rechazados.

También en el polvorín de Binacayan se sostuvo viva reiriega, en la que logró sonado nuevo triunfo la infantería de Marina y la Marina de desembarco. El capitán D. Rogelio Vázquez mandaba el destacamento de aquel fuerte, situado á 50 metros de bosque espeso, en el que un activo chapeo ensanchó la zona de instalación. El enemigo, en gran número, lo atacó, sosteniendo dos horas de nutridísimo fuego: más de 150 muertos y de 300 heridos le causó la heroica defensa del capitán Vázquez de Castro.

Iniciase en los primeros días de este mes una suscripción pública en favor de las viudas y huérfanos de los oficiales vilmente asesinados en Cavite.

El día 5 ordenó el capitán de puerto que un remolcador, el *Relámpago*, procurase el salvamento del *General Calvo*, bergantín goleta abandonado por sus tripulantes indígenas para unirse á los sublevados de Cavite. Era aquel buque perteneciente al honrado español peninsular, consejero de Administración, D. Rafael Calvo, cuya vida y hacienda tan á disposición de la causa de la Patria estuvo siempre. El *Relámpago*, que halló el *General Calvo* varado en las playas de Naic, pudo ponerlo á flote y conducirlo al Pasig.

En las mismas fechas y procedentes de Bulacán, Cavite, Batangas, Pasig, Tambobong y otros puntos, entraron en Manila presos de importancia, entre ellos el gran propagandista del Matapangna Matolos, llamado Zamora, puesto inmediatamente á disposición del gobernador militar de la plaza, y por notorios actos de deslealtad se continuaba destituyendo gran número de subalternos indígenas en los distintos ramos de la Administración.

7.º *Llegada del transatlántico Monserrat. Obsequios tributados á los expedicionarios.* — A las ocho de la mañana del día 6 fondeó en Manila el vapor *Montserrat*, trayendo á su bordo un nutrido batallón de cazadores: 1.051 plazas, distribuidas en seis compañías, lo formaban. En iguales términos que el día 1.º del actual, á la llegada de las tropas que condujo el *Cataluña*, se manifestó el regocijo público, y del propio modo se recibió por las autoridades y corporaciones á los valientes cazadores del batallón núm. 1 expedicionario, que desembarcaron á las cinco de la tarde, recorriendo trayecto engalanado más grandiosamente todavía que lo estaba para el recibimiento de la primera expedición; desde la

pinza de Palacio dirigieron las tropas recién llegadas al lugar de su alojamiento: á los cuarteles de Meisie, en donde fueron también agasajados con una comida extraordinaria por los voluntarios de infantería, y con valioso obsequio de 18 jamones de York, 12 cuarterolas de vino, 2.000 tabacos y 1.500 cajetillas, por el escuadrón «Voluntarios de Manila».

Los jefes y oficiales del brillante batallón de Cazadores núm. 1 fueron al día siguiente obsequiados con fraternal espléndido banquete que el batallón de Voluntarios les ofreció en el Ayuntamiento: pronunciáronse allí los más entusiastas brindis que el ardoroso amor patrio inspirar pueda, y suscrito por los Sres. Flores Romero, Pazos, Ilevia y Lecea, en representación de los allí reunidos, se elevó al Trono un telegrama que expresaba en sentidísimas frases el más profundo respeto y la más firme adhesión hacia la Patria y sus instituciones.

La prensa de Manila reseñaba estas solemnes fiestas vertiendo raudales de elocuencia por el corazón dictada, y la brillante pluma de Carlos Peñaranda, cantaba en delicadísima prosa y en inspirados versos las gloriosas tradiciones del Ejército español.

El cablegrama á que nos hemos referido, elevado al Trono por los patriotas comensales del Ayuntamiento, recibió en el acto respuesta, digna ciertamente de quien la dictaba, pues el mismo día 8 recibíase en Manila el siguiente despacho telegráfico:

«El Ministro de la Guerra al Gobernador general. — Sirvase V. E. hacer presente batallón, escuadrón voluntarios, que S. M. y Gobierno han recibido con el mayor júbilo sus manifestaciones de adhesión, y confían que su levantado ejemplo será estímulo poderoso para sostener ahí espíritu nacional. »

Las Ordenes religiosas, la milicia de Cristo, vivía identificada con la del César: al siguiente día del banquete celebrado en el Ayuntamiento, los frailes y legos de San Agustín servían ellos mismos en el cuartel de Meisie una comida espléndida á los soldados españoles que acababan de llegar, y en la cual reinó el más vehemente patriótico entusiasmo. Los padres jesuitas, desde sus severas misélicas sobriedades, allí muy arriesgadas para la salud del cuerpo, ofrecían á las tropas algún suculento *gaudeamus*, y al propio tiempo otras representaciones de los frailes agustinos, recoletos, dominicos y franciscanos, reunían en el amplio comedor del Hotel de Oriente á los jefes y oficiales que mandaban la tropa expedicionaria: en tan hermosos actos, en los que, comiendo del mismo pan y bebiendo del mismo vino, daban los militares y los religiosos la fórmula completa de la estrecha fraternal unanimidad de pareceres y de sentimientos patrios, produjéronse por unos y por otros entusiastas conmovedoras manifestaciones.

El leuonle coronel Sr. Lecea, primer jefe del batallón de Cazadores recién llegado, en elocuente brillante frase, así como el comandante Sr. Navas, expresaron sns sublimes conceptos de Patria y Religión, dedicauulo sentido recuerdo á las víctimas de los crueles sectarios del Calipman.

El esclarecido P. Dominico Fr. Lorenzo Garcia Sempere, vivamente emocionado, trazó gallardamente acabado croquis de cuanto á la religión y á las armas debía el Archipiélago filipino. El Cura párroco de Santa Rosa recitó después del elocuente memento histórico del P. Sempere dos décimas que constituyen una de las más inspiradas poesías que conocemos; y cuando aun résonaban en aquel recinto patriótico los vivas y los aplausos de atronadora efusión, se impuso, por ser de natural más extensa que la que reclama el diapasón normal, la voz de un gran sacerdote, orador insigne y profundo pensador, de un fraile que tanto llora y hace llorar oprimiendo su propio cardias y el de sus oyentes cuando predica acerca de las crueles amarguras sufridas por el Mártir del Gólgota, como cuando cania con incomparable fuerza de convicción nuestras inmarcesibles glorias nacionales: la voz del muy R. P. Fr. Evaristo Arias, que emitió en aquella ocasión solemne á que nos referimos las más agudas armoniosas notas para la causa santa de la Patria.

8.º *Sigue la propaganda revolucionaria.* — La labor del Catipunan no se detenía: continuaba la propaganda á pesar de los fracasos que sufrían los rebeldes y de lo extensos que eran los trabajos de vigilancia por parte de todas las autoridades y fuerzas é institutos á quienes correspondía ejercerla. Diariamente se descubrían nuevos centros de conspiración, practicándose en ellos las incisiones del pacto, y se ocupaban útiles y timbres de nuevas secciones y muchas listas de calipunados. Los conspiradores no se limitaban á exaltar los ánimos contra la dominación española en las tierras de Luzón: enviaban emisarios á todas partes, procurando alterar el orden en ellas para obligar á que se diseminasen las tropas por todo el Archipiélago: quisieron sublevar la fuerza indígena que guarnecía la isla de Mindanao, y al efecto enviaron un delegado del Catipunan de Manila á aquel vasto territorio. El comandante general del mismo, general de división Sr. Cappa, se apoderó de tal comisionado. La Guardia civil iba poniendo á disposición de los gobernadores de las provincias muchos complicados en los sucesos, que procedían de otras provincias que aquellas en las que se aprehendían, y hasla en provincias tan remotas como la Paragua se constituían subalternos indígenas por desleales.

Tanta criminal burda especiola se propalaba por los conspiradores.

que el Gobernador general, Sr. Illanco, en circular á los jefes de provincia y distrito, decía:

«Habiendo llegado á conocimiento de este Gobierno general que los rebeldes, al convenirse de que no rindan con el apoyo del país, excitan los ánimos de los pacíficos indultados de estas islas propagando noticias falsas y aun haciendo circular edictos oficiales apócrifos, en los que se anuncia el aumento de tributos y se asegura que los filipinos todos serán objeto de medidas de extremado rigor, he creído necesario que, en nombre del Gobierno de la nación por mi autoridad representada, se desmientan tan calumniosas especies, y se recuerde que España continuará su noble conducta de tratar con fraternal afecto á sus hijos leales, y que nunca aumentará los gravámenes en concepto de pena, procurando, por el contrario, fomentar las riquezas y el bienestar del país. En este concepto, recomiendo mande V. E. publicar por bandillos en todos los pueblos de las provincias de su mando este telegrama circular, reiterando los conceptos del mismo en castellano y en el dialecto de la localidad.»

U. *Otros incidentes y combates.* — En Morong se produjo gran alarma: 200 insurrectos quisieron asaltar la cabecera; en ella estaban el vicario, el cura párroco de la misma y los de Pililla y Tanay: el valeroso cura de Harás ganó con esfuerzo la casa gobierno, valientemente defendida por el gobernador P. M. Sr. Dujols, rechazando y persiguiendo á los rebeldes una escasa fuerza de la Guardia civil, al mando del teniente Sr. Lafuente, que les causó muchas bajas: encomióse en aquel hecho la conducta de los cuadrilleros de Morong.

Hubo encuentros en Muolinlupa y Las Piñas, y otro de importancia sostenido contra grandes grupos de rebeldes, por el capitán Anrich y teniente Pérez Egido en Itulacán, en el camino de Norzagaray. Los insurrectos intentaron engañar, fingiéndose amigos, á la escasa fuerza mandada por Pérez Egido, el cual acudía al sitio y lugar que para operar en combinación habíale señalado desde el pueblo de Santa María el capitán Anrich.

Los rebeldes sufrieron bastantes bajas, practicando esfuerzos inauditos para copar á los nuestros en número muy inferior. Se les cogieron á aquéllos, provisiones, medicamentos, un pañuelo con las marcas de Mariano Llanera, y un sello con la inscripción «República nang Ealagalunau».

El Capitán general, Sr. Marqués de Peña Plata, salió en estos días de Manila, sin duda para estudiar desde Calamba la línea de aislamiento para los insurrectos de Cavite: regresó pronto á Manila.

El día 12 sostuvo el sárgento Valverde con unos pocos guardias civiles y otros leales vecinos del pueblo de Monlalbán un combate vivísimo con gran grupo de rebeldes del barrio de San Rafael: entre las numerosas bajas que se causaron al onemigo por la escasa fuerza del sárgento Valverde, figuraba muerto el cabecilla Espiridióu Lozano.

10. *Fiesta del Pilar en Manila. Nuevos acaecimientos. Más tropas peninsulares. Banquete y agasajos que á las mismas ofreció el escuadrón «Voluntarios de Manila». Combates en Nasugbú, Talisay, Bilog-Bilog y otros lugares. Sucesos en Mindoro.* — Solemne acontecimiento fué en Manila la celebración de la fiesta del Pilar. Habíanse puesto de común acuerdo para que en este año tuviera el mayor esplendor todos los aragoneses, navarros y riojanos residentes en la capital del Archipiélago, y lo lograron sorprendentemente.

Acordado por los organizadores de aquella solemnidad (de los cuales disfrutamos la honra y dicha de formar parte) que, en atención á la gravedad de las circunstancias, no se diese más carácter que el religioso á tal fiesta, excepción hecha de una gran rondalla, que encantó tanto por lo grande que en si es el popular canto de Aragón, Navarra y Rioja, cuanto por lo nuevo, novísimo, que el espectáculo era en Manila, y una fraternal comida de 150 cubiertos en el convento de Santa Cruz, habitado por el Cura párroco, el virtuoso y patriota religioso recoleto fray Mamerto Lizasoain, no hubo más que la solemnísimá Misa en la que la brillante elocuencia del canónigo magistral Sr. Sánchez de Luna produjo oración sagrada de excepcional valia. Ilizose gran tirada de un número conmemorativo del famoso día que se celebraba: aquella publicación la encabezó sublime pensamiento del Arzobispo metropolitano Excmo. é limo. Sr. D. Fr. Bernardino Nozaleda, y suscribían bellezas literarias y grandezas histórico-filosóficas las plumas mejor templadas de Manila. — Grandioso fué el espectáculo: de él, para que nadie crea que el amor de gremio pudiera hacernos presentar con trazos de exageración lo acontecido en aquella fiesta hermosa, no decimos más por nuestra cuenta: pero transcribimos un fragmento del extenso gallardo relato que hacía el acreditado periódico *El Comercio*, expresándose así:

« Sugestionados, como oslamos, creeráse que, por efecto natural de la viveza y del entusiasmo de que al escribir estas líneas nos sentimos poseídos, hablamos con hipérbole; nada menos cierto: aparte todo sentimiento propio, las fiestas celebradas hoy en el templo parroquial de Santa Cruz han sido magníficas, esplendentes sobre toda ponderación. Sépanlo los aragoneses, navarros y riojanos: en esa magnificencia, en

ese esplendor, en ese imponderable brillantez, han reflejado sus psíquicos sentimientos, su cariño rayano en idolatría hacia la más hermosa de las advocaciones de la Virgen, el Pilar.

«Todos los españoles, aun sin tener la fortuna de haber recibido el nombre cristiano en aquellas regiones santificadas con la excelsitud de Virgen tan bella, de Virgen tan protectora, que en la historia de las patrias glorias desempeña papel importantísimo, siéntense orgullosos en colocar sobre sus pechos preferentemente el recuerdo del Pilar, y esto supuesto é indubitable por los hechos, la fiesta de esta mañana ha sido imponente manifestación del pueblo español en estas porciones que rodea el Océano en sus últimos confines, y que por lo mismo vienen á indicar que España, la Patria de Recaredo, del Monje de Pampliega, de San Fernando, de la Isabel heroica, es tan grande, tan incommensurable, que tiene sus límites en los límites de la terrestre esfera.»

Coincidía con el esplendoroso acontecimiento de que acabamos de ocuparnos otro de significación, cual fué el de entregar la bandera nacional al batallón cazadores expedicionario núm. 1, recién llegado de la Península. Aquella bandera se hendió en el hermoso templo de San Agustín, solemnísimamente, dirigiendo á los soldados de la Patria que la recibían una notable alocución el Revdo. P. Fray Miguel Eon-turbe, cuando terminó la misa oficiada por el Provincial de la Orden, Muy Revdo. P. Fray Juan Zalio.

El 14 de Octubre, por disposición del Gobernador general, embarcaban en el vapor *Manila*, para ser conducidos á Cartagena y transportados desde allí á Fernando Poo, 151 deportados.

En las primeras horas de la mañana del mismo día desembarcaron más fuerzas peninsulares, llegadas en el vapor *Antonio López*, procedente de Cartagena, y habiendo hecho notable travesía: 28 singladuras desde aquel puerto. Tan valioso refuerzo estaba constituido por un batallón de infantería de Marina y 400 artilleros. Con iguales explosiones de patriotismo y con idéntico programa que para el recibimiento de las anteriores fuerzas expedicionarias hemos sintelizado, se conmemoró el arribo de estas tropas, alojadas en la Escuela Normal las primeras, y en el cuartel de España las fuerzas de artillería. Unas y otras fueron agasajadas grandemente con comidas extraordinarias por el escuadrón de voluntarios primero, y después por los PP. Jesuitas, á cuyo servicio estaba el edificio en que se alojaba la infantería de Marina; también aquéllos obsequiaron cumplidamente á esta fuerza.

Pero del banquete dado en la misma noche del 14 por el escuadrón «Voluntarios de Manila» en honor de los jefes y oficiales de la recién llegada fuerza expedicionaria, queda perdurable memoria en Manila.

200 comensales asistieron: el entonces teniente del escuadrón de voluntarios, Magistrado Sr. Martínez Nubla, dirigió notablemente los preparativos de aquel banquete, ofreciendo brillantísimo aspecto el salón de las Casas consistoriales en que se celebró.

Nos duele no disponer de espacio para reseñar tan gran fiesta; precisáramos para lograrlo por modo medinnamente exacto destinar á tal intento 100 páginas de este nuestro pobre *memordndum*; mas no siéndonos esto posible por no traspasar los límites de nuestro propósito, diremos que el derrocho de ingenio, de verbosidad de raza y de patriotismo que allí se hizo, no solamente cautivó á los de dentro de aquella sala grandiosa, sino que conmovió á los de fuera.

Y con razón para que aconteciese así.

Después del discurso elocuente de tonos gubernamentales pronunciado por el Excmo. Sr. D. Vicente Carlos Itoca, comandante general de aquel apostadero y escuadra, malogrado contraalmirante que ya ha desaparecido de entre nosotros para recibir en la eterna gloria el premio de sus virtudes, ¡ah!, los brindis allí pronunciados expresaban la más legítima indignación y los acentos más belicosos contra la fiera ingratitud de los tagalos.

Los Sres. Bore y Romero y Ilevia, comandantes del escuadrón y batallón de voluntarios; los Sres. Comenge, presidente del Casino; Peñaranda, Caro, el P. Mariano Gil, el capitán de infantería de Marina D. José Poch, el Sr. Lazaga, capitán del puerto; el Sr. Valle (D. Gumersindo), el Sr. Peña, auditor general del Ejército; Uria, gobernador civil de Bataan; Lalaux, director de *El Español*, y no recordamos si algún otro, fueron los entusiastas oradores de aquella solemnidad, en la que también usó de su pobre palabra el humilde autor de estas páginas. De aquel banquete se guardará fiel memoria, lo repelimos.

Llegan el 17 más tropas: los batallones de cazadores núms. 2 y 3, al mando de los tenientes coroneles Sres. López Morquecho y Victoria Bebullida: se les tributó también la más calurosa entusiasta recepción.

El día 18 tuvo lugar un brillantísimo hecho de armas en Nasugbú (Batangas). El general Jaramillo, al frente de columna compuesta por Guardia civil, infantería indígena de los regimientos 70 y 73 y del primer batallón de cazadores, y apoyado por los cañoneros *Leyte* y *Balasan*, que contribuyeron eficazmente al éxito con su artillería y dotaciones de desembarco, desalojó de aquel pueblo, en el cual se habían hecho fuertes, á gran masa de insurrectos que ofrecieron tenaz resistencia, sobre todo en tres grandes edificios, propiedad del Sr. D. Pedro P. Roxas; 124 muertos se les hicieron y gran número de heridos, experimentando los nuestros 2 de los primeros y 28 de los segundos: apoderáronse nuestras tropas de muchas armas. El general Jaramillo

rayó á gran allura en tan célebre jornada, en la cual se condujo heroicamente nuestra tropa de mar y tierra.

Aquella zona eslaba en tales días muy movida: en las inmediaciones de Calaca batía victoriosamente el teniente García Casero, jefe de la sección de la Guardia civil de Taal, que había salido en columna por orden del jefe del deslucamento, una partida de rebeldes. Las fuerzas del Bañadero sostenían con fortuna encuentros con los insurrectos de Talisay. En el del 9 fué gravemente herido el teniente coronel señor Beredia y el teniente Pirla.

Con fuerzas de su regimiento 74, con el que tan señaladamente había operado en Mindanao el coronel Pazos, consiguió sonado triunfo en el barrio de Bilog-Bilog contra 1.000 insurrectos, frente á Talaca.

Estas tropas, de la línea Bañadero Tanauan, dirigidas por el general Aguirre, tenían gran cuidado en impedir llegasen á Talisay y Silang los numerosos grupos rebeldes que á toda costa querían, bordeando el Maquilang, acudir á aquellos lugares.

En Mindoro fué asaltado el convenio, robando los rebeldes la caja parroquial. El celoso gobernador de la provincia Sr. billo recorrió con el cañonero *Bulusan* toda la costa, y capturó importantes agitadores, los cuales fueron conducidos á Manila en el citado cañonero y en el *Beatus*.

11. *Política de ntracción. Una circular del Gobierno general.* — De gran importancia por su propia índole; de eficacia segura en otros climas habitados por raza menos supersticiosa; de magnanimidad no tan premiada por el éxito cual debiera haberlo resultado, fué la circular dirigida á los jefes de provincia, distrito y jefes militares de columnas volantes, dictada por el Sr. General Blanco en 11 de Octubre.

El documento tan expresivo á que aludimos dice así:

«Gobierno general de Filipinas. — Secretaría. — Sección de Política. — Circular. — El grave suceso que ha tenido realización en algunas de estas provincias, de haberse levantado en armas contra nuestras instituciones muchedumbres ilusas, puede ya considerarse como dominado, pues el movimiento insurreccional se halla actualmente en muy corta extensión localizado.

»Mientras ese suceso se desarrollaba manifestándose por actos de fuerza de los sediciosos, necesario era extremar las medidas de rigor, sin consultar extensas justificaciones ni otra cosa alguna que pudiera enlorpecer lo rápido y enérgico de la represión; pero desde el punto mismo en que se halla la insurrección totalmente sofocada en casi todas las provincias de Luzón, es de todo punto preciso, por altas conveniencias políticas y de gobierno, cambiar el sistema de corrección, in-

formando el que se adopte en sentido de la mayor templanza y moderación y en espíritu de atracción. Porque sólo por estos rumbos se podrá obtener, de una parte, justificación y ejemplaridad en los castigos que se impongan, y de otra y más importantísima parte, el hacer que renazca en los pueblos la tranquilidad que tienen perdida, además de por otras causas, por temores de castigos desacertados, y el que se inicie un movimiento de regresión hacia la causa de la Patria por parte de aquellos que puedan sentirse inclinados hacia la de la rebelión, por tibiezas ó otros motivos. En tal virtud, cuidará V.... muy especialmente de no disponer prisiones que no se bailen justificadas por una grave complicación en los sucesos actuales, ó no conduzcan á investigar las causas de éstos; de inculcar además en el ánimo del vecindario la seguridad de que no han de dictarse represiones injustificadas, y la de que el propósito del Gobierno es de la mayor indulgencia respecto de todos aquellos que, sin haber intervenido activa y gravemente en la rebelión, muestren arrepentimiento sincero ó una leal adhesión; y, finalmente, pondrá V.... en práctica toda clase de medios adecuados para que esos pueblos vuelvan á la vida normal en todos sus órdenes, y se restablezca por completo en ellos la tranquilidad y la paz moral de que tan necesitados están.

»Dios guarde á V.... muchos años. Manila, 11 de Octubre de 1896.
— Blanco. — A los jefes de provincia y distrito y jefes militares de columnas volantes.»

Con el espíritu y letra de la precedente disposición, seguramente nadie se identificó por modo tan completo como el señor general Aguirre, lealísimo amigo del Capitán general de las islas, además de fiel subordinado; y el paso por todos los pueblos y lugares de la comarca Laguna-Batangas de este general y sus tropas, era celebrado, aun inmediatamente después de hechos de armas importantes, con fiestas de paz, bailes y luminarias. Pero ¿es que tales muestras de adhesión por aquel distinguido soldado recibidas, y en las que la buena fe podía asignarles sinceridad, tenían este carácter? No. Después de las decepciones sufridas no há lugar á pensarlo así: la actual insurrección de Filipinas ha patentizado tan en absoluto lo perfecto que es el indio en el arte del fingimiento, que será difícil bailar quien le iguale en expresar mejor las apariencias de los sentimientos más opuestos á los que posee.

Nosotros, después de tanta decepción, ya no podíamos creer en la sinceridad de aquellos indigenas. Al propio tiempo que acudían los vecinos de pueblos de provincias limítrofes á Manila, que recibían con frecuencia visitas de los naturales de más valimiento y significación,

á adherirse á la causa de la Patria, agasajando ruidosamente á nuestras valientes tropas, publicábase varios decretos como el siguiente:

«Manila 19 de Octubre de 1896.

«En vista de que el profrsor quínico del Laboratorio municipal de esta capital, D. Antonio Luna, aparece complicado en los actuales sucesos, de conformidad con la Dirección general de Administración civil, á propuesta de la Inspección general de Hienelleencia y Sanidad, y en virtud de las facullades de que me hallo investido, vengo en declararle separado del expresado cargo, sin derecho á percibir haber alguno, sin perjuicio de lo que resulte del expediente justificativo á que baya lugar.

«Comuníquese, publíquese y vuelva á la Dirección general de Administración civil á los efectos que procedan. — *Blanco.*»

¿Quién que haya residido algún tiempo en aquellas tierras de la Patria puede ignorar que los interesados en disposiciones cual la que acabamos de transcribir eran los que mayores muestras de respeto daban á la dominación española? Exterioridades mentidas: *política salapada*, eso es lo que únicamente practicaban los enemigos de España en Filipinas.

12. *Regresa á la Península el general Echahuce. Nuevas partidas. Sublevación en Mindanao. Conspiración en Joló.* — El General segundo Cabo, el valeroso, ilustrado general D. Bernardo Echahuce, estaba seriamente enfermo: síntomas evidentes, patognomónicos, de un estado de anemia cerebral produjeron la orden terminante de los distinguidos médicos que le asistían para su regreso á la Península. Y así lo efectuó, embarcándose en el *Antonio López*. Caballeroso por modo excepcional, el ilustre veterano de la gloriosa Artillería española no quiso abandonar aquella tierra de la Patria sin rendir homenaje público de respeto y afecto hacia su general y buen amigo el Sr. Marqués de Peña Plata, y hacia las autoridades de las islas y corporaciones religiosas y sociedad toda, de quienes tan gualo recuerdo se llevaba.

En nota afectiva despedíase desde las columnas de la prensa de todos, esquivando con verdadera humildad toda ocasión de que se le expresase solemnemente las simpatías extensísimas de que gozaba el valiente hábil caudillo de San Juan del Monte. Casi á hurtadillas se embarcó la víspera de su salida; mas no hubo de valerle la treta, porque antes de que zarpase el barco que lo había de conducir á la Madre Patria, desde el Capitán general hasta los más modestos funcionarios y particulares, acudieron á dar el adiós de despedida al esclarecido militar de quien se trata. Aun no hemos visto, á pesar del tiempo transen-

rrido, las interpretaciones prácticas quo á los poderes públicos atañen para el premio del bien obrar respecto al general Echaluze; pero es seguro no ha do resultar olvido para el mismo: si tal aconteciese, sería enorme lesión de los principios más elementales de la justicia distributiva, pues no puede perderse de la memoria la conducta seguida por el General segundo Cabo de Filipinas, el cual durante tres años consecutivos patentizó tan relevantes cualidades de soldado y de hombre de gobierno y administración.

Vecinos de Taal, Lemery, Calaca, barrios do Bayuyungan y otros levantáronse en armas, formando gruesas partidas que intentaron el 23 pasar el Pansipil, vadeándolo por San Nicolás, cuyo deslucamento, con el auxilio del de Taal, que presuroso acudió á prestarlo, batió completamente á los rebeldes. El general Jaramillo desde Balayan y el general Aguirre desde el Bañadero intervinieron provechosamente: el primero aun encontró los grupos á la derecha del Pansipil, acabando de dispersarlos, y el segundo acabó do cubrir la cuenca de la laguna de Bombón.

Los infames soldados indígenas que componían la tercera compañía disciplinaria, defensora del «Fuerte Victoria» en Mindanao, so sublevaron, acuchillando traidoramente á sus jefes militares y al distinguido médico de Sanidad del Ejército D. Felipe Trigo, quienes milagrosamente salvaron sus vidas acibillados sus cuerpos. Cometida tan infame fechoría, los rebeldes huyeron por Piedras hacia los montes de Dengayan; para perseguirlos formáronse dos columnas al mando de los tenientes coroneles Lasala y Sanda: la del primero los batió, dispersándolos en Aguarán; la segunda los castigó do nuevo en Opal, cogiéndoles algunos rezagados. El cañonero *Manileño* cooperó eficazmente. Se desarmó al resto de la fuerza disciplinaria.

Un sargento y un cabo indígenas afiliados al Catipunan de los tagalos al poco tiempo de prestar sus servicios en el regimiento núm. 68, que guarnecía el archipiélago do Joló, alcanzaron hacer prosélitos para producir una sublevación en Joló. El plan ora el do siempre: *matar á todos los castilas*. El valiente general Huertas estuvo oportunísimo en este gravísimo caso: descubierta la conjura, inmediatamente formóse Consejo sumarísimo, y fueron pasados por las armas dos sargentos, cinco cabos, un cornela y un somatén; otros conjurados fueron condenados á cadena perpetua. El general Huertas, gobernador do Joló, prestó un servicio muy encomiado por todos. El Capitán general, Sr. Illanco, aplaudía al dar parle do los hechos la inteligencia y energía do aquel bravo militar.

Terminaba el mes de Octubre con operaciones muy vivas en torno de la comarca más seriamente ocupada por los insurrectos, fuera de la

de Cavile, librándose en todas ellas nuevos virforiosos combates para nuestras armas. Las líneas defensivas dejaban á cubierto de toda irrupción por mar la parte más rica de Batangas, pues los generales Aguirre y Jaramillo la impedían con la situación de sus tropas sobre la izquierda del Pansipit, desde San Nicolás á Lemery, y con la del Bañadero. El general Aguirre cerró esas líneas al ir en apoyo del general Jaramillo, quien batió por completo una partida de 1.600 rebeldes en la orilla derecha del mismo río. Más de 100 murrios les causó.

Al propio tiempo los rebeldes continuaban presentándose por cien lugares distintos, cometiendo toda suerte de depredación é iniquidad. Villanamente asesinaron al valeroso teniente de voluntarios D. Francisco Chofré, de la importante casa industrial Chofré y Compañía, y á un primo de aquél, empicado en la misma casa y soldado de voluntarios, iban ambos á sacar vistas fotográficas de los alrededores del Nangea. Carbonizado, sin poder ser reconocido casi, apareció el cadáver del primero de aquellos jóvenes lemerarios, y horriblemente mutilado el del segundo. Una columna al mando del teniente coronel Olóriz y comandante de Estado Mayor Olaguer, fueron á batir los insurrectos de aquella zona, entre Mariquina y San Mateo.

13. *Nombramiento del general Polavieja para el cargo de segundo cabo de Filipinas.* -- El 21 de Octubre recibióse en Manila un telegrama que decía literalmente: «Se ha firmado hoy el Real decreto por el que se nombra segundo cabo de esa Capitanía general al Teniente general Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja y del Castillo.»

Tan luego se conoció el telegrama referente al nombramiento de segundo cabo en favor del general Polavieja, cundió la especie de que este ilustre general sería quien relevase en el mando superior de las islas al Sr. General Blanco. La antigüedad que en el cargo de teniente general disfrutaba el Marqués de Polavieja, el ilustre soldado voluntario de 1858, cuyo heroico comportamiento en cien victoriosas jornadas que cubrieron de gloria las armas nacionales en tierras de la Patria misma, en las de Africa, en las de Santo Domingo y Cuba; su extensa reputación, mucho menor todavía que su propio valer; el recuerdo de su mando en la isla de Cuba, conteniendo el alzamiento en armas de los insurrectos de aquella gran Antilla en 1890, iniciado para emprender una guerra nueva, todo ello y lo mucho más que de ello hay, hacían creer que el general Polavieja había de suceder en breve al general Blanco en el mando superior del Archipiélago, y se anunció desde luego el pronto regreso á la Península del insigne Marqués de Peña-Plata.

A la vez que se comunicaba á Filipinas el nombramiento del general Polavieja para el cargo de segundo cabo, se daba cuenta de los que

se otorgaban á los generales de división Sres. Zappino y Lachambre y á los de brigada Sres. Galbis y Cornel, los cuales acompañarían al general Polavieja: según el texto del telegrama oficial en que tal asunto se comunicaba, iban destinados al Ejército de Filipinas para que el Capitán general los emplease según creyera conveniente.

14. *Aspecto de la insurrección al terminar el mes de Octubre.* — Terminaba Octubre con el problema planteado en los mismos términos: al aumento de fuerzas peninsulares había correspondido importante aumento de fuerzas insurrectas muy diseminadas. Era menester recibir más refuerzos; pero se continuaba, sin embargo, batiendo á los rebeldes que se presentaban, formando partidas numerosas, en las vecindades de Manila, sin abandonar los rebeldes el manifiesto obstinado propósito de caer sobre ella: era indispensable emprender á la vez el plan de reconquistar la provincia de Cavite, pues ya hemos dicho que casi por entero estaba en poder de los rebeldes. No se conocían con precisión los elementos de guerra con que éstos contaban; pero era cosa clara la importancia de los medios por aquéllos acumulados en toda la zona. Por nuestra parte, además de hombres, se precisaba sumar más recursos de material de campaña; es claro que el Tesoro público acudía con cuanto era posible: consumía en las obligaciones, á cada paso agrandadas, las propias existencias de sus arcas y las sumas que como anticipos de inmediato reembolso arbitraba; pero así y todo, hacíase indispensable prestarle cuanto auxilio el patriotismo lograr pudiera.

El Casino español hizo un urgente llamamiento á tal deber. Si alcanzaban éxito las suscripciones por aquel centro abiertas para procurar obtener recursos metálicos y destinarlos á proveer de material conveniente y aun indispensable al Estado, como el tren sanitario y lanchas de vapor, socorriendo al propio tiempo á viudas y huérfanos de los que morían en la guerra, y para premiar actos como el de los telegrafistas ingenieros de Kalaganán, cuando se conoció el criminal hecho llevado á cabo por la tercera compañía disciplinaria, la remonta voluntaria que se abrió para proporcionar caballos al Ejército dió gran resultado, estableciéndose entre los gobernadores de Luzón verdadero pugilato de estímulo para enviar al Casino de Manila con tal fin el mayor número de caballos que les era posible obtener por donativo de los leales. Todos los gobernadores de las provincias se distinguieron por su celo en este servicio; pero alcanzó en él la mayor altura el Sr. D. Joaquin Oliver, que estaba al frente de la provincia de Pangasinan; él solo ofreció donar, y donó en representación de todos los pueblos de aquélla, los 160 caballos que era preciso reunir para el escuadrón peninsular, próximo á llegar á las islas.

Considerábase preciso disponer de muchos recursos más de los que se contaban en aquellos días, para arrometer las operaciones sobre el grau loco insurrecto de Cavite, aun cuando la opinión se inquietaba por momentos, y no ocultaba su anhelo de alacar aquellas posiciones en que el enemigo cada día se fortificaba más y más. Allí practicaban los rebeldes simulacro ridiculo de una organización que llegaron á soñar definitiva, y laboraban cuanto podían para el levantamiento de todo el país contra la dominación española; que este y no otro, como venimos afirmando, era para nosotros el carácter de la insurrección tagala.

No pudiendo evitar ya la pesadez insoportable de nuestras presentes páginas, la agrandaremos, siempre esperanzados de perdón, transcribiendo literalmente alguno de los muchos testimonios *bona fide* de nuestras afirmaciones.

Una carta enviada por los de Cavite á significado individuo indigena pudiente de Italangas, expresaba, entre las injusticias y embustes que contiene aquel documento, el sentimiento de independencia que infundaba á los rebeldes tagalos, en los términos siguientes :

« Hay un sello marginal formado con una letra H, inserita en el
» centro de un círculo de rayas en forma de greca, y después tres ini-
» ciales: K ; K ; K ; — Z. L. B. — Ministerio de Fomento. — Aunque
» no tienes el gusto de conocer á este tu hermano que te abraza, me
» como la libertad de escribirte, por el gran deseo que tengo de que tú
» y todos los que están á tus órdenes se vean libres del peligro: pues
» siendo tan listos como sois, no os movéis ni hacéis nada por la unión
» que tanto desean los filipinos para desasirse de la esclavitud en que
» hemos nacido por nuestra sangre, y de conseguir la indebida inde-
» pendencia de nuestra raza. Por consiguiente, hermano querido, es-
» fuérzate y entusiasma á todos tus subordinados, que yo creo que
» todos te seguirán, pues, según las noticias que he recibido, todos vos-
» otros estáis dispuestos á hacer frente á nuestros odiosos enemigos:
» y á fin de que no os suceda nada, no creáis los falaces consejos de
» los españoles, pues desde el principio no nos han hecho ningún
» bien; antes al contrario, todos han sido engaños: por lo cual, tan
» pronto como recibas ésta, no tengas miedo, guárdalo dentro de tu
» corazón y esfuérzale en engañar á tus enemigos, á fin de que no
» sean sorprendidos muchos de los complicados, cosa que sería una
» lástima. — Ten entendido, querido hermano, que aquí en nuestro
» campamento estamos completamente tranquilos y reina la paz y la
» alegría, y nos consuela el pensar que ya estamos consiguiendo la
» victoria: ya no quieren balirnos nuestros enemigos, y sólo se con-

» intentan con bombardearnos, no habiendo conseguido matarnos más
» que dos: por eso, teu entendido que este nueslro propósito es una gra-
» cia del cielo para los indios. — No croáis á las mentiras de los perió-
» dicos, pues todos son engaños á los de esa, para atemorizarlos, como
» sucede. — Recibe un abrazo de este lu hermano, que te compadece,
» y á todo trance desea libertaros de las garras de nuestros enemi-
» gos. — *Emiliano N. de Dios.* »

He aquí la fiel versión al castellano del original tagalo á que aludi-
mos, y en él, como en millares de documentos interceptados, se ob-
serva una sola nota: la de querer obtener aquellos pueblos su inde-
pendencia por medio de la matanza de todos los castilas.

El sectario Ag.°. Car.°, de las logias de San Fernando de la Unión,
escribía desde Balabac, á cuyo punto había sido deportado por el se-
ñor general Blanco, lo que sigue:

» Querido Gabino: Me alegraré que esta mi carta le halle bueno de
» salud..... Estando aún en San Fernando no pude escribirte, porque
» estábamos preparándonos para levantarnos degollando á los blan-
» cos. — Tenemos aún esperanza aunque estamos aquí desterrados,
» porque son muchas aún las armas que hay en Naic, y son también
» muchos los que nos siguen; por lo tanto, procurad empezar ya ahí el
» alzamiento, á fin de que se dividan las tropas que vienen de España,
» mayormente porque ellas serán las que nos harán sufrir más á los fili-
» pinos. — Procurad, pues, empezar ahí pronto y que se levante ahí
» toda la gente, pues seguramente hay ahí también armas que llevó
» mi vapor y dicen que son todos maüsser. — Si todavía no hay ar-
» mas, manda preguntar ahí en Banlay al Capitán P., porque él es el
» que las había de recibir para que no se apercibieran. — Nosotros he-
» mos tenido mala suerte, porque estamos ya encerrados; pero ann-
» que sea así, pronto podremos salir libres, porque se han distribuido
» las armas y no faltará quien venga por aquí de los nuestros á librar-
» nos. — Sabré pronto lo que hacéis ahí vosotros. — Esto es lo que te
» avisa tu hermano mayor que te quiere. — *Ag.°. Car.°.* »

Se ve bien que si la insurrección nació en las provincias tagalas,
los conspiradores trabajaron incesantemente con el objeto de genera-
lizarla en todas las islas.



CAPÍTULO VIII

Síntesis de los principales acaecimientos en el mes de Noviembre de 1896.

1.º Breves consideraciones acerca del estado de la opinión pública en los primeros días de Noviembre. — 2.º Más tropas peninsulares. Otra vez Rizal en Manila. — 3.º Los rebeldes de Bulacan. Combates en las margenes del río Nangka y en San Mateo. Más encuentros y otros sucesos y noticias. — 4.º Sale á operaciones sobre Cavite el Capitán general, D. Ramón Blanco. Binacayan y Noveleta. — 5.º Toma de Talisay. Guerrillas de San Miguel y San Rafael. El *Carabanga*. Combates en Santa Cruz de la Laguna, Las Piñas y otros lugares. Idem en Novaliches y en San José de Bulacán. Acción de San Rafael. — 6.º Conspiración en Vigan (Ilocos Sur). La guerrilla del Casino español. Acaecimientos en los últimos días de este mes.

1.º *Breves consideraciones acerca del estado de la opinión pública en los primeros días de Noviembre.* — Finé el mes de Noviembre activísimo período de la campaña promovida en Filipinas por los lagalos contra la dominación española. Libráronse multitud de combates, gloriosos siempre para nuestras armas, mas lográndose en alguna ocasión la victoria á costa de dolorosas, enormes pérdidas, causadas á nuestro ejército por la gran superioridad numérica del enemigo, en fuertes posiciones atrincherado.

Mientras el elemento español en el Archipiélago vivía en tal actividad de guerra y se preparaban los posibles recursos para terminarla, según se creía habría de suceder, tan luego fuese reconquistada la provincia de Cavite, en la madre Patria se tomaban también de continuo disposiciones para enviar más fuerzas y más material de guerra.

Al nombramiento del general Polavieja para el cargo de segundo cabo, seguían, según hemos apuntado, los de los generales de divi-

sión Sres. Zappino y Laehambre, y los de brigada, Sres. Cornell y Galbis.

En virtud de las contradictorias noticias que á Madrid llegaban procedentes del Archipiélago, se entablaba, y con insistencia se sostenía en la Corte, por mueba parte de la prensa y la opinión, viva controversia acerca de la gestión del Capitán general Sr. Marqués de Peña-Plata, quien sólo aguardaba disponer de fuerzas necesarias para emprender las operaciones sobre la comarca cavileña, de que los rebeldes se habían apoderado desde el principio. No podían discutirse con recelos los planes militares del ilustre caudillo que en más de cien combates había logrado inscribir indeleblemente su nombre en la Historia militar: lo que era sólo objeto de divergencia de pareceres entre quienes juzgaban las cosas aquí y allá y allá y aquí, fué la política seguida por el señor general Blanco, política calificada *de atracción*, y contra la cual se argumentaba por quienes creíamos también honradamente que sólo una de represión severísima era la que cuadraba al carácter salvaje impreso por los rebeldes tagalos á la insurrección del Catipunan. No eran la pericia ni el valor los atributos que se analizaban en el general Blanco: no eran su ilustración evidenciada, ni sus talentos reconocidos, lo que marcaba diferencia de criterio para juzgarle: se discutía solamente la magnanimidad de su carácter, quién sabe si producto en estas ocasiones de dos factores que, con ser heterogéneos, podían sumarse para producirla; sus sentimientos humanitarios y su propio cálculo, fundado en la escasez de medios materiales de que dispuso; tal era el tema que condensó alta atmósfera de crítica, elevada más de una vez á acre censura, en torno del Marqués de Peña-Plata. El tiempo es el que falla sobre el valor substancial de unos y otros procedimientos; y aunque antes de que así acontezca, ya pueda consignarse de parte de cuál de los que se emplean está la mayor razón, lo que pide en tan graves asuntos la justicia es no dudar sobre la pureza de las intenciones de quienes los aplican.

Hasta que cruel desengaño vino á aleccionarnos acerca de la ingratitud de los tagalos contra la dominación española, nosotros mismos, informándonos en espíritu de la mayor confianza en aquellos indígenas, nos movíamos en la esfera de nuestras jurisdicciones cultivando esa política de atracción con esmero; mas después de alcanzar noción fija de cómo se interpretaba dicha política entre quienes manejaron sólo la *política solapada*, nuestra propia conciencia nos marcó el deber de mirar con absoluta desconfianza cuanto procediera de nuestros hipócritas enemigos. El mayor ó menor grado de esos recelos era lo que diferenciaba los criterios; y aunque no há lugar á duda de que el del Capitán general Sr. Marqués de Peña-Plata concordase

esencialmente con el que sosteníamos la mayoría de la opinión peninsular en Manila, parecían diferenciarse uno de otro criterio, y creíamos ver lentitudes en los procedimientos para el castigo de los rebeldes, que queríamos nosotros fuese muy rápido. Era explicable el hecho tal vez por la diferencia de responsabilidades.

2.º *Más tropas peninsulares. Otra vez Rizal en Manila.* — La llegada del vapor *Colón* aumentó el día 5 de Noviembre nuestros recursos: traía 1.383 hombres (un batallón de cazadores, un escuadrón de caballería y una batería). La ovación que se tributó á estas fuerzas fué, cual la otorgada á las anteriores, inmensa.

Reclamado por el Juzgado militar, en el mismo vapor *Colón* llegó á Manila el doctor Rizal, que poco antes había sido enviado á España á disposición del Gobierno de la Metrópoli por orden del señor general Blanco, dada en momentos en que, á no dudar, la permanencia en Manila del gran agitador tagalo era un estímulo para los insurrectos; constituía grave riesgo, diariamente anunciado. El acérrimo enemigo de los españoles, á quienes comenzó á injuriar desde la primera página, línea tercera, de su *Noli me tangere*, para terminar organizando la «Liga Filipina», con rojos procedimientos, como con los del Catipunan, debían aquéllos ser todos degollados, bien podía observar, aunque estuviese aprisionado, los horribles efectos de la propaganda que había consumido tantas actividades de su cerebro en congestión crónica. Oyendo, según oía, desde su encarcelamiento el continuo estampido de nuestros cañones y el nutrido fuego de fusilería; observando, aunque á través de las rejas de su prisión, el movimiento de entrada y salida de tropas; la conducción de convoyes de heridos por la grosera metralla de las lautacas rebeldes, las balas explosivas y las lanzas envenenadas de los crueles sectarios por él más que por nadie congregados á millares para destruir la Patria y la Religión y proclamar una salvaje independencia, podía Rizal holgarse de que su consejo dado á Valenzuela no hubiese sido cumplido y de que Andrés Bonifacio, el presidente efectivo del Catipunan, hubiera producido el levantamiento del país, aunque fuese prematuramente.

Rizal aguardaba en la Ezerza el fallo de los tribunales de justicia militar; y aun cuando nadie, conocedor de la constante demoleadora obra ejecutada por agitador tan fanático, pudiese dudar ni dudaba de cuál había de ser la sentencia que aquéllos dictasen, mostrábase el tristemente célebre propagandista tagalo confiado en la influencia que ejerciera en su calidad de jefe de la rebelión: en sus incomparables vanidades, jamás creyó que los rigores de la ley pudieran caer sobre él.

11.º *Los rebeldes de Bulacán. Combates en las márgenes del río Nanyca y en San Mateo. Otros encuentros y diferentes sucesos y noticias.*— La política solapada en Bulacán, no podía alcanzar mayor altura en hipócrita refinamiento: hubo allí capitán municipal que por su conducta durante los dos primeros meses de insurrección, habíase visto condecorado por su lealtad con la medalla del Mérito civil: había ido á Manila para rogar á los Rlt. Curas párrocos de algunos pueblos, que se habían retirado al convento de San Agustín, acudiesen de nuevo á sus parroquias, en donde nada malo habría de acontecerles. Y, en efecto, á las veinticuatro horas aquel taimado municipe alzabase en armas capitaneando de 400 á 500 hombres, y se lanzó al campo, apoderándose de cuantos pertrechos de guerra existían en el Tribunal de su pueblo: casi todos los principales que manifestaban adhesión á la causa de España, con más insistentes exterioridades, resultaban favorecedores de las partidas rebeldes y reclutadores de las mismas. En toda la provincia citada podía observarse y sospecharse el hecho, pero muy especialmente en Polo y en Bocaue, en Agonoy y en Pombón, y en muchos barrios importantes, cual el de Pamarauán, de Malolos: las partidas formadas por allí se comunicaban muy fácilmente cuando merodeaban por la costa; pero también les bastaban cuatro ó cinco horas para reunirse en número no menor á veces de 5.000 ó 6.000 y acudir á los llamamientos que desde la sierra de Angat con frecuencia les dirigían los cabecillas Giráldez y Llanera. Para concentrar aquellas fuerzas insurrectas empleaban los rebeldes dos señales: la más general era la de encender hogueras á 6 ú 8 metros de distancia una de otra, dándose los llamados como advertidos, encendiendo otras en el mismo sentido, mientras con toda presteza procuraban congregarse para acudir al cumplimiento de lo que se les mandaba por tal medio. También usaban para igual fin los globos cautivos, que sólo tenían en suspenso durante media hora. En Cacarón de Sile, refugio de los bandidos de mayor triste fama en las provincias de Manila y Bulacán, y lugar del que volveremos á ocuparnos, hacían los rebeldes mucho uso de estos globos.

Las partidas insurrectas, además de atrincherarse en las posiciones más ventajosas de la comarca, hacían frecuentes vandálicas correrías: ellas descarrilaron los trenes del ferrocarril de Dagupan; ellas asaltaron varias veces el pueblo de Caloocan; ellas eran las que atacaban convoyes de víveres como el que pasaba por Quingua, entre Malinfa y Novaliches; ellas eran las que cayeron sobre Balaan, asaltando Orani, Bermosa y Morón; ellas las que asesinaban y secuestraban y las que se apoderaban de los ganados de la comarca, y ellas eran las que, después de haber cometido tanto crimen, con objeto de exaltar los sentimientos de los indigeas contra los españoles, quienes sólo en buena

lid pleitean, pretenden llamarse y se titulan «bihin ta na satin muñga capalil» (vengadores de sus hermanos). Entre la sarta de embustes y supersticiones que manejaban los conspiradores de Hulacán para inscribir adeptos, era muy empleada la absurda especie de que los indios rebeldes aprehendidos por los españoles eran inmediatamente conducidos á remotas tierras, para destinarlos allí á servir de bestias de carga, y añadiase que mientras esto se efectuaba (el traslado de residencia) se les taladraban las manos para unirlos de dos en dos por medio de grueso alambre que les hiciera más difícil, si no imposible, la fuga: así levantaron pueblos enteros: con calumnias tan infames como inverosímiles. ¿Cuántas almas había en Angat el 20 de Noviembre al entrar en aquel pueblo importante una de nuestras columnas? Cinco personas: el coadjutor de la parroquia, el capitán municipal, otro capitán pasado, el juez de paz, una mujer llamada *Cabeza Ana* y un individuo de la principalia.

V la reconstitución en éste, como en todos los pueblos en que tal acontecía, hacíase muy difícil. Aun con el tino con que procedió en Angat el jefe de la columna á que nos referimos, fuerza destacada para aquel pueblo, á los tres días de permanencia sólo pudo obtener la vuelta al mismo de 32 vecinos, y hasta un mes después, el 8 de Diciembre, no se logró la vuelta á sus hogares de unos 400 habitantes de los que poblaban Angat.

Cuentan los rebeldes de Hulacán recurso poderoso para esquivar con éxito los encuentros con las tropas que les persigan: tal es los montes de San Mateo; cuanto se diga para describir lo abrupto de aquella cordillera es poco: un ciento de hombres, disciplinados no más, sin que lleguen á ser excepcionalmente valerosos, pueden detener un Cuerpo de ejército que se destine á darles caza: en estribaciones de aquella cordillera, el valiente sargento Valverde, del pueblo de Montalbán, se halló con nueve guardias civiles de meseta en meseta, hasta llegar á San Mateo, contra dos ó tres mil hombres de Llanera, entre los cuales lo menos iban 200 soldados indígenas desertores. Valverde operó aquel movimiento importantísimo, causando muchas bajas á los insurrectos, mientras entre los suyos sólo un herido los disparos de aquellos le causaron: sin más lucha pudo llegar á San Mateo, en donde sufrió nueva acometida del enemigo: mas ya allí había otro destacamento, aunque pequeño, de fuerza peninsular, y pudieron resistir el ataque hasta que la columna del teniente coronel Oloriz los salvó, dispersando las tan numerosas fuerzas rebeldes por Llanera capitaneadas. El 2 de Noviembre, y habiendo continuado su marcha la columna Oloriz, vióse la pequeña fuerza destacada en San Mateo sitiada nuevamente por 500 insurrectos allí enviados para impedir el paso obligado

del río Nangca hacia Mariquina: el cabecilla Llanera construyó una trinchera seguramente de 400 metros de circunferencia con dos tambores ó reducios en aquellos lugares, y en la carretera, otro parapeto de dos metros de elevación, construido con piedra sin labrar y con pilones de los que sirven para la limpieza del palay: una trinebera de camino cubierto dominaba la trinchera circular, y por tales medios protegidos quedaban los 500 hombres enviados por Llanera á aquella interesante posición.

Con el fin de auxiliar á Valverde y sus valientes compañeros de armas, salió el capitán Arroyo con una columna compuesta de 60 cazadores del batallón núm. 3 expedicionario y 12 guardias, llegando á las diez de la mañana del día señalado al paso del río Nangca de que se trata: una vez allí, rompió el fuego, que nutridísimo sostuvo durante siete horas, y cuando á las cinco de la tarde se halló sin municiones y con heridos que precisaban cristiana y técnica asistencia, emprendió ordenada retirada á Mariquina, siendo tenazmente hostilizado por el enemigo. El capitán Arroyo pidió refuerzos á Manila; mas antes de que llegaran aun sostuvo el día 4 nuevo victorioso combate contra las mismas posiciones rebeldes, aunque con tan escasa fuerza no las tomase. Con tal problema en aquella zona, el Capitán general ordenó la salida de toda la fuerza disponible del regimiento núm. 70 para que en San Juan del Monte se pusiera á las órdenes del coronel Pintos y de éste recibiera instrucciones. El distinguido coronel, que tanto ha trabajado en la actual campaña, unió á aquella fuerza mandada por el capitán Iñigo y los tenientes Bonilla é Ibañez, compuesta de 85 individuos de tropa, incluso los gastadores, unos 10 ó 12 artilleros de aquel destacamento, y el capitán D. Ramón Dorda, del mismo Cuerpo: más antiguo que el de infantería Sr. Iñigo, tomó Dorda el mando de aquella tropa constituida en columna destinada á procurar á toda costa franquear el paso del Nangca y salvar el destacamento de San Mateo. La pequeña columna marchó inmediatamente á cumplir orden tan apremiante, y reforzada por último con 35 cazadores, 12 guardias y 6 cuadrilleros, después de conferenciar con el capitán Arroyo, quien les informó del número y posiciones del enemigo, marchó de frente contra las mismas. ¡142 hombres iban á batirse contra 6.000!....

Cuando aquellos pocos se aproximaron á estos muchos, fuertes en los afrincheramientos que tenían hechos, nuestro puñado de soldados se dispuso al combale con arreglo á los más sabios preceptos para librarlo. Abrazáronse los dos capitanes al acometer tamaña empresa, y la columna marchó en esta forma: el capitán Iñigo con el teniente Bonilla y 32 hombres formaban la extrema vanguardia; el capitán Dorda

con 90, el centro, y el teniente Ibañez, con 20 hombres, cubría la retaguardia y la impedimenta. A la salida del barrio de Bayambayang (lugar y sitio en que tan infamemente fueron asesinados los jóvenes Chotré y Morris), ya halló esta columna una vanguardia enemiga que comenzó á hostilizarla; pero con tanto denuedo la del capitán Inigo atacó á aquélla, que los rebeldes huyeron á la desbandada, en dirección de sus alincheramientos sobre el Nangea. La columna Dorda llegó al río, venciendo los obstáculos de aquella vegetación que en grandes masas interceptaban el camino; en la terminal del mismo, el fuego de fusilería y lanzas descargado contra la columna fué nutridísimo: á él contestaban briosamente los nuestros, cuyas guerrillas, y asimismo las reservas, estaban lumbadas por no ser posible que nadie estuviera allí de pie; después de dos horas de lucha muy dura, se acordó que el capitán Inigo, el cual, por sus servicios en la Guardia civil, conocía á palmos aquel terreno, desplegase por el ala derecha con el fin de tomar el primer tambor y poder batir de flanco las trincheras y parapetos, mientras Dorda, con el teniente Ibañez, se habían de frente. Cuando Inigo dispusiera avanzar á la bayoneta, el resto de la columna había de hacer lo mismo en el sentido en que venía habiéndose, es decir, de frente. Así se hizo, y el éxito fué completo. La fuerza rebelde se descompuso de tal manera con aquel ataque tan perfectamente calculado, que la columna asaltó todos los parapetos como un solo hombre: no puede decirse quién fué el primero: por igual concurrieron todos al memorable hecho que relatamos. Hubo un instante en que el capitán Dorda creyó muerto á su compañero el capitán Inigo, pues un rebelde se encaró con éste disparándole una escopeta de dos cañones fuego central; pero como al mismo tiempo, con mayor fortuna, el capitán Inigo disparó su rifle contra aquel rebelde, éste fué el que cayó muerto, resultando ser un cabecilla, desertor de la Guardia civil. La columna recogió muchos pertrechos, y para no dar lugar á que el enemigo se rehiciese, á paso ligero le persiguió.

Al aproximarse nuestros soldados al pueblo de San Mateo, llenos de júbilo, victoreando con entusiasmo á la Patria y al Rey, oyeron nutrido fuego; y creyendo procedía de fuerzas insurrectas que atacaban aquella localidad, se destacó una avanzada compuesta de la gente que más podía correr, y á cuyo frente fué el teniente Bonilla: la pequeña fuerza exploradora se detuvo ante un gran incendio que los rebeldes habían producido á la entrada del pueblo de San Mateo, con el fin de obligar á la columna á que tomase la derecha, ocupada por casas de materiales fuertes, llenas de insurrectos, los cuales á quema ropa hubieran fusilado á nuestros soldados si; no advertidos éstos de la infame treta, siguen aquella dirección tan traidoramente indicada.

La trama era completa: cuando por entre las llamas pasó la columna Dorda, apareció al otro lado del incendio un grupo de 200 hombres vistiendo uniformes de infantería y Guardia civil, que gritaban ¡viva España! y llamaban por su propio apellido al teniente Bonilla; pero en los instantes en que, haciendo este oficial cesar el fuego por creer que eran de los nuestros aquellos que tenía al frente, vió sostener vivo fuego desde el Convento y oyó voces del sargento Valverde, que encerrado en el mismo edificio hacia tres días venía defendiéndose heroicamente, conoció el engaño: atacando las fuerzas de Dorda é Iñigo á los rebeldes, los hicieron retirar hasta la tercera calle paralela al Convento, en donde aun quisieron los de Llanera rehacerse, luchando durante algún tiempo con empuje; inútil esfuerzo: vencieron nuestros soldados en toda la línea: abriéronse las puertas del Convento; Valverde y su puñado de guardias estaban en salvo; de las setenta horas que habían sufrido el asedio, treinta las soportaron sin comer y sin agua siquiera: el pozo de que el Convento se surtía hallábase situado á seis metros de una trinchera rebelde. En lo más recio de la pelea se vió que de la mejor casa del pueblo sacaron á Llanera en una camilla, para que no cayese en poder de nuestra tropa. Probablemente este cabecilla, que es de los más listos que tienen los tagalos, había sufrido algún ataque de su padecimiento crónico. Llanera es un hemotico. 237 muertos bien contados causó al enemigo la pequeña columna Dorda: éste regresó á Manila con los cazadores, Guardia civil y artilleros unidos en Mariquina á la infantería de Iñigo, quedando este capitán con la fuerza de su regimiento en San Mateo; Iñigo condujo los heridos de la columna á Mariquina: destruyó los atrincheramientos insurrectos: recogió armas y municiones; quemó los cadáveres en descomposición todos peligrosos, y al día siguiente uníase con la fuerza de su mando á la columna del insigne comandante López Arteaga, quien, persiguiendo al enemigo, despejó rápidamente todas las inmediaciones de San Mateo y provisionó todos los destacamentos.

El cablegrama en que el señor general Blanco daba cuenta al Gobierno del importante combate sobre el Nangca y San Maleo era tan encomiástico cual merecía la conducta de nuestras tropas.

¿Era este bizarro glorioso comportamiento caso insólito ó poco frecuente? No por cierto. Tal conducta ha sido, es y será de seguro por siempre entre soldados españoles la pauta para cumplir los deberes que impone la Patria: la honra y la justicia.

En estas mismas fechas, el Capitán general felicitaba á los generales Aguirre y Jaramillo y fuerzas á sus órdenes, por los triunfos señaladísimos logrados en cuantos combates se libraban en las líneas del Bañadero y Pansipit, así como en el reslo de sus demarcaciones.

Los asaltos y los robos de ganado en casas y haciendas de peninsulares é indígenas pudientes, sobre todo, se sucedían con frecuencia; pero nuestras pequeñas columnas y patrullas castigaban tales crímenes con dureza, sin reparar el número de quienes los cometían, y así tenían á éstos á raya.

En Cabuyan, unos pocos cazadores al mando del teniente Sendra habían, hasta poner en precipitada fuga, grupo rebelde de diez veces más fuerza numérica.

El teniente Salcedo, al frente de su fuerza, un sargento, un cabo, un corneta y 30 soldados, batió por completo á más de 200 rebeldes en las inmediaciones de Malinla. A quema ropa recibió un balazo en el antebrazo izquierdo aquel distinguido oficial. En el mismo día, el teniente coronel Pintos, con 70 hombres, batía, causándoles gran número de bajas, á muchos rebeldes, que en precipitada fuga pasaron el puente Zapote para internarse en Itayanang.

En Itinangonan 10 guardias civiles desertaron con armas y bagajes al enemigo y se unieron á un grupo de unos 250 ó 300 paisanos capitaneados por el ex gobernadoreillo de Cavile, Atilano Santana.

El capitán Durán, que mandaba la Guardia civil de Pasig, á pesar de su mal estado de salud, reunió una sección de la citada fuerza y otra de infantería del 70, y salió en persecución de aquella partida: después de anochecido llegó á Cavile, y recorriendo la calle principal de aquel pueblo, al aproximarse á la terminación de la misma, en donde está instalado el Tribunal, liugiéndose los rebeldes fuerzas nuestras, al grito de ¡viva España! invitaban á Durán á acudir allí: cuando estaban las fuerzas de Durán casi á boca de jarro de los insurrectos, el fuego nutridísimo que éstos hicieron nos causó una porción de bajas; al verse el capitán Durán envuelto por fuerzas tan superiores, atacó á la bayoneta al Tribunal, apoderándose de él, y desde allí respondía con formidable energía al fuego que otros grupos le dirigían desde el Convento y desde el puente; los rebeldes abandonaron estas dos posiciones, dejando gran rastro de sangre; retiraron sus bajas, que fueron numerosas. Por esta acción fué Durán ascendido á comandante y se le formó el juicio contradictorio para la Cruz de San Fernando; mas no pudo disfrutar largo tiempo estos honores justísimos, pues Durán, víctima del calarro intestinal común que sufría, exacerbado con los trabajos de su activa campaña, murió.

Esta partida de A. Santana quiso tomar á Morong y Antipolo. Durán y la guerrilla de Iticoy lo impidieron situándose en el pueblo, por lo cual retiráronse aquéllos á los montes de Bosoboso. El capitán Durán los persiguió después, librando un combate, después del cual los rebeldes dirigieron á Bulacán para unirse á las gentes de Llanera.

Por todas partes mucho mal; pero en todos lados mucha proeza.

Era también caso halagüeño observar en general la conduela de los mestizos *españoles*, no sólo apartándose de la rebelión infame, sino distinguiéndose muchos de ellos por su valeroso comportamiento en lucha abierta por la causa de la Patria. Así como en el levantamiento de Silang el mestizo español Caramanzana, uniéndose á la Guardia civil, se batió contra el pueblo todo sublevado, hasta que heroicamente sucumbió en la lucha, en otras localidades imilaban los mestizos españoles proceder tan leal.

En Santa Rosa, por ejemplo, el mestizo español Pedro Perlas, desde el momento en que la insurrección estalló, organizaba con ahinco á los vecinos de aquel pueblo para la defensa del mismo, y con armas que se procuró, muchas de ellas cogidas á los mismos rebeldes, de tal suerte se dispuso, que aun cuando muchas veces lo intentaron, jamás pudieron los insurrectos entrar en aquel pueblo.

En San Miguel de Maymno, invitado insistentemente por Llanera el mestizo español Gregorio Márquez para que se le uniese, éste le contestó valientemente que «él no se unia á los infames».

José Juan Serapio, mestizo español de más de setenta años, fué el guía más eficazmente auxiliar de la columna Arteaga y contribuyó mucho á que el pueblo de Santa María se mantuviera en la obediencia.

Ceferino de León, también mestizo español, abogado, en la misma provincia de Butacán, tan movida desde el principio, pero sobre todo después de las acciones de Binacayan y Novelela, en la de Cavile, que quisieron los conspiradores explotar, como si por el hecho de sufrir los nuestros muchas bajas el triunfo hubiese sido de aquéllos, se mantuvo siempre en honrada, decidida, patriótica conduela, ayudando al Cura párroco de aquel pueblo, M. R. P. Fr. Joaquín García, quien no quiso abandonar ni un solo día su parroquia, amenazada de continuo por Llanera.

Otros muchos nombres pudiéramos y debiéramos consignar: mas con los ejemplos citados basta para apreciar el hecho en general, de lo diferente que ha sido el proceder de los mestizos españoles del de los otros elementos etnográficos.

La guerrilla de voluntarios do San Miguel, que venía prestando excelentes servicios, recibía estos días una buena compañera: la de San Itiael, por el Sr. Inchausti iniciada, y la cual, con el vapor *Nupindan*, comenzó á prestar los servicios de vigilancia costera que tan provechosos resultaron.

Recibióse en Manila el 8 de Noviembre la noticia de que el día anterior 7 había embarcado en el vapor *León XIII* el general Polavieja

con dirección á estas islas; le acompañaban los generales Lachambre, Zappino, Galbis y Cornel; el mismo barco traía además á bordo cuatro compañías de cazadores y dos de infantería de Marina.

El Catipuman del Norte (según los sellos marginales de las comunicaciones de los rebeldes) trabajaba activamente en Bulacán: conminó por aquellos días á la principalía de San Rafael con asaltar el pueblo si sus vecinos todos no se unían á los rebeldes; la principalía rechazó la propuesta, y unida á su párroco el R. P. Fr. Pedro Quirós, formando una sección de 70 individuos, dispusieron á resistir. Eran tantos los insurrectos por aquellos contornos, que para batirse los leales de San Rafael con más éxito replegaron sobre Baliguag, y desde allí, pasando por Quingua la columna al mando del capitán don Fernando Anrich, los dispersó con gran número de bajas, pero habiendo destrozado los rebeldes, en su retirada tumultuosa, los barrios de Sabung y Buenavista. Grandes plácemes mereciera la conducta de la columna Anrich y la del R. P. Cura párroco y principalía de aquel pueblo.

La columna Arteaga, compuesta de 200 hombres en aquellos momentos en que desde hacía tres días operaba contra las numerosas partidas que pululaban por San Mateo, libró en las vecindades de Montalbán fiero combate contra 3.000 insurrectos á las órdenes de Llanera y Pedro Francisco. Además de los muchos que consiguieron llevarse los rebeldes, 60 cadáveres de éstos dejaron abandonados en el campo de tan reñida acción.

Por complicados en los actuales sucesos, y presentando todos las señales del pacto de sangre, sufraban en Maróla en estos días cientos de cientos de presos; se deslucían médicos titulares indígenas de algunas provincias próximas y lejanas de Manila; era fusilado por delito de traición el senadorista de Puna Santiago, Honorato Onrubia, y se recibían noticias de muchas salvajes tropelías realizadas por los insurrectos tagalos, todas tan alevosas cual la del fuerte Victoria, en que cien tagalos acochillaban á cinco castdas, defendiéndose éstos tan valientemente como lo hicieron: un ojo, una pierna y un brazo perdió allí el capitán Sánchez Arrojo.

4. *Salte á operaciones sobre Cavite el Capitán general D. Ramón Blanco, Binacagan y Naveleta.* - Enormes eran los trabajos que pesaban sobre el Capitán general en Manila; en su residencia accidental de Santa Potenciana se veía en todas horas del día y de la noche, sin excepción, el bullir continuo de los hombres de guerra que iban y venían á dar parte de los hechos acaecidos y á transmitir órdenes; todo era actividad y apreslo.

El Capitán general Sr. Blanco salió para Cavile el día 7. Quería, sin duda, dirigir personalmente las importantes operaciones que era menester llevar á cabo en tal provincia. Ya lo hemos dicho, se trataba de reconquistarla. Pero ¿eran ya bastantes los medios acumulados? ¿Había llegado la hora de que el plan general de ataque formado por el General en jefe de nuestro Ejército en Filipinas se desarrollase en toda su plenitud en aquella zona, toda levantada en armas? ¿Iba el general Blanco á Cavile obedeciendo al trazo de su propio croquis, ó, siendo el Marqués de Peña-Plata hombre de temple tan valeroso como conciliador, era allí llevado algo prematuramente, por nuestras hermosas patrióticas vehemencias, sentidas y expresadas sin consultar las reglas del arte militar? No lo sabemos, ni, cualesquiera que fuesen nuestras relaciones afectivas y burocráticas con el señor general Blanco, hubiéramos podido averiguarlo: á éste, el deber le habría impuesto silencio absoluto; á nosotros, los respetos nos vedaban preguntarle. El hecho fué que al día siguiente de la llegada del señor general Blanco á Cavile se celebró una solemne Misa de campaña, y á las veinticuatro horas se libraron dos formidables combates sobre Binacayan y Novelela.

Fueron simultáneos: al emprenderse la operación sobre Binacayan, se cumplimentaba también la orden de que otra columna atacase las posiciones insurrectas de Novelela.

Binacayan.—Para lograr la loma de las posiciones enemigas de aquel lugar, se formó una columna compuesta de 1.612 hombres entre infantería de Marina, dos compañías indígenas del 73, una de artillería y 60 hombres de ingenieros de la sexta compañía del único batallón que de esta fuerza había en el ejército de Filipinas.

Esta columna iba al mando del coronel D. José Marina Vega, bizarro jefe cuya hoja de servicios correspondientes á la campaña de Filipinas bastaría para su perpetuo enaltecimiento.

La vanguardia se encomendó al teniente coronel Oloriz.

Principió el ataque: los barcos de guerra disparaban sus cañones contra Bacoor, Cavile Viejo y Novelela; la escuadrilla de boles frente á Binacayan rompió sus fuegos contra las trincheras enemigas, defendidas por gran número de rebeldes. La columna, en tanto, aguardaba en los polvorines de Binacayan hasta que la señal de «¡alto el fuego!», dada á las fuerzas navales, permitiese el avance por la playa: iba, al operarse éste, en la extrema vanguardia una sección de tiradores del regimiento 71, al mando del valiente capitán D. Emilio Guarido y Castelló, ya cubierto de gloria antes de cumplir veinticinco años, y á esta fuerza seguía una compañía del 71 y la de ingenieros expresada: millares de rebeldes, ocultos durante el bombardeo inicial de este com-

hale tras de sus trincheras y parapelos, dejáronse ver á la aproximación de la columna; y cuando la vanguardia de ésta no distaba más de 40 metros de los alrincheramientos rebeldes, una horrible cerrada descarga maló al capitán Guarido, malogrndísimo soldado á quien la Historia militar y patria consignará página de honor, cual si hubiera llegado á conquistar las más altas jerarquías: las tenía al frente para obtenerlas, y las habría obtenido según los principios de la más estricta justicia.

Hoto el fuego por el enemigo, inmediatamente la guerrilla de vanguardia extendió el suyo, y con la compañía del 73 desplegó por el ala izquierda, quedando en guerrilla también sobre la playa la primera sección de ingenieros, al mando del teniente D. Luis Blanco. El fuego de fusilería y lanlaca sufrido por esta sección fué tan vivo, que experimentó numerosas bajas, incluso la de su valeroso jefe, el teniente Blanco, el cual cayó gravemente herido de bala en el brazo izquierdo: aun así, este distinguido oficial continuó mandando á sus soldados todo lo que hacer debían hasta que se acabaron las municiones.

La columna disponía de una sola pieza de vieja artillería: un cañón corto de bronce, á cargar por la boca y en mal estado: hubo que reorlar los letones á los proyectiles para que pudieran entrar por la boca de aquel cañón: pero debe advertirse que aun cuando poco pudiera esperarse de aquel instrumento de guerra tan anticuado, el cabo y los artilleros que lo servían no cesaron un instante de hacer fuego: lo que aconteció fué que no abrieron brecha alguna. Mientras se sostenía muy vivo el fuego de fusilería por ambas partes contendientes, el coronel Sr. Marina ordenó al teniente de ingenieros D. Mariano Campos construyese las escalas de asalto, valiéndose para ello de los ponos de cañas que á granel se elevaban en aquellos lugares y que frondosos se erguían entre la colla atacada por la sección Blanco y la trinchera separada de aquélla por el foso, contra la que peleaba la fuerza indígena del 73. Hora y media de duración llevaba el combate, y dispuestas las escalas para el asalto de la colla de Binacayan, se mandó el ataque á la bayoneta; uniése á la vanguardia una compañía de infantería de Marina que hasta entonces no había lomado parte en el fuego, y bajo la protección del de fusilería que produjo la compañía de artilleros peninsulares, desplegada por el ala derecha, se verificó el glorioso asalto y loma de la expresada colla. De los varios juicios contradictorios que se formaron resultó que el primer teniente de infantería de Marina Sr. Sánchez Bateáizlegui fué quien la ganó primero, coronándola al grito de ¡viva España! Y una vez coronada aquella colla, la segunda sección de ingenieros, la mandada por el teniente Sr. Campos, y el resto de la fuerza que había tomado parte en el asalto, rompió el

fuego contra el gran número de casas diseminadas que por allí había y contra los fugitivos que se roplegaban sobre Cavile Viejo, ó sea sobre las trincheras de su retaguardia. En este estado del combale oyó-se el loque de «¡alto el fuego!», y se dió comienzo á la destrucción de la cotta lomada al enemigo, destruyéndose los babais y las embarcaciones menores que había sobre la playa; se demolió también una casa recientemente construida por D. Francisco Boxas. Aquella casa era tan sólida, que constituía verdadero reduelo de seguridad: la defendía de un lado el mar y en las otras direcciones una trinchera en forma de zigzag, siguiendo las sinuosidades de la costa por Binacayan. Unas 150 casas rebeldes serian las destruidas y no menos de 200 las bancas que se inutilizaron, por ser de las que el enemigo se servía. Fueron muchísimas las bajas que éste sufrió: no pudieron contarse, porque demostraban los rebeldes gran interés en recoger sus muertos y heridos; pero las nuestras también fueron muy importantes: además del capitán Guarido y de los tenientes Domínguez y Flores, perdimos hasta 70 más entre oficiales é individuos de tropa. ¡Jornada gloriosísima, pero triste!

Cuando no estaba aún destruida por completo la cotta á que nos hemos referido, tomada tan heroicamente al enemigo, y echándose la noche encima, el coronel Marina consideró prudente, y así lo era, suspender el movimiento de avance hasta nueva orden, rehacer la cotta aludida, invirtiendo los frentes de ataque, con objeto de dejar allí dos compañías que defendieran la posición ganada, y disponer que el resto de la columna se retirase á pernoctar en los polvorines de Binacayan. La columna fué en esta posición grandemente molestada, pues durante toda la noche del 9, y hasta la madrugada del día siguiente, numerosas fuerzas rebeldes de Bacoor, Imus y Cavile Viejo, acompañadas de músicas y cornetas, y produciendo gritería infernal, similar, según lo que hemos leído, á la que los marroquies sostenían durante los combates, y sobre todo al iniciarlos, en nuestra brillante campaña de Africa, hicieron activísimo fuego sobre nuestra columna Marina, en Binacayan acampada; aquel fuego nutrido y tan sostenido, sin embargo, no causó más que dos bajas: un soldado y un chino cargador de la fuerza de ingenieros. Convencidos los rebeldes de lo infructuoso de su acción, y con muchos muertos en sus filas, se retiraron, dirigiéndose contra la cotta perdida por ellos el día anterior. Tampoco lograron su empeño.

La columna Marina precisaba por lo menos, para conlinnar con éxito sus operaciones en aquella zona, disponer de dos piezas de montaña; aunque en el campamento se tenía noticia de que el coronel Marina las había pedido con urgencia y de que iban á llegar, esperándos-

las inútilmente, se retardó la salida de los polvorines para continuar el iniciado avance en el día nterior.

A las siete, poro más ú menos, de la mañana del 10 salió la columna de Binacayan en demanda de la colla horas antes tomada; en ella organizóse la fuerza para avanzar: infantería del 71 y fuerza de infantería de Marina, con la sección de Ingenieros, al mando del teniente coronel D. Marcelino Muñoz, de los capitanes Sevillano y Valderrama y del teniente D. Mariano Campos, constituían la vanguardia de la columna Marina en aquel día glorioso y tremendo para la misma.

En efecto: á las ocho de la mañana empezó el avance por la calzada que conduce á Cavile Viejo y que casi sigue la dirección misma de la playa. Recorridos por la guerrilla de vanguardia exploradora unos cien metros, y viendo el teniente coronel Muñoz, de infantería de Marina, que no se presentaba enemigo alguno, pero que á muy poro trecho se veía una inmensa trinchera y gran número de casas ó bahais convenientemente dispuestos en turno de aquélla, ordenó á la guerrilla citada hiciese unos cuantos disparos para cerciorarse si el enemigo estaba ó no parapetado; sabia medida de previsión que tendía á conocer desde cierta distancia si había que reñir ó no combate antes de situarse en punto en que hubiera de hacerse fuego á boca de jarro sobre los rebeldes que montasen la trinchera de que se trata. Los disparos de la guerrilla exploradora fueron débilmente contestados; mas con ello ya se averiguaba la presencia del enemigo en aquel lugar, y, por consiguiente, se ordenó que una compañía de infantería de Marina se desplegase por el ala derecha, al mismo tiempo que otra del 71 se desplegaba por el ala izquierda. Así fué avanzando aquella fuerza con el cuerpo de la columna, hasta que llegó muy cerca del recodo que forma la calzada de Binacayan á Cavile Viejo é Imus; creyendo entonces el enemigo estar en condiciones ventajosas ya para combale, desde todas las casas amparadas por los atrincheramientos, y desde éstos mismos, rompió en verdadera lluvia de proyectiles contra los nuestros, causándonos numerosas sensibles bajas.

Agrandando su radio de acción, pronto llegó toda la columna al recodo aludido, y á los quince ó veinte minutos de lucha dura, se dispuso un ataque á la bayoneta, cumplimentándose tal toque á la carrera, yendo la sección de ingenieros á la cabeza del cuerpo de la columna y siguiendo con éste por la calzada misma. Este intrépido movimiento de avance hizo que la cabeza de la columna rebasase las guerrillas que á la misma señal de ataque á la bayoneta habíanse desplegado por el bosque y avanzando de igual modo, según orden del malogrado comandante de infantería de Marina D. Norberto Maturone, muerto gloriosamente momentos después.

En aquel avance cayó gravísimamente herido por los proyectiles de una lanlaca enemiga el teniente también de infantería de Marina D. Hermenegildo Linaje, el cual hubo de sufrir la amputación del brazo izquierdo, siendo maravillosa la conservación de su vida, en defensa de la cual con tanto éxito luchó el esclarecido médico militar D. Casto López Brea.

La intensidad del fuego producido por millares de insurrectos que descargaban proyectiles de fusiles Maüser, Remington, de escopetas de caza y hasta de salón, metralla de clavos, de lulo telegráfico y balas explosivas, unida á la del que nuestros soldados producían, convirtió aquel lugar, ameno poco antes, en sitio de desolación y muerte: las empalizadas de cañabojo con que construyeran los rebeldes sus parapetos, los ponos que quedaban erguidos con otras vegetaciones altas, de arbustos y rastreras, todo, todo quedaba allí triturado y desparramado por aquel ensangrentado suelo: ni los unos ni los otros podían recoger con la presleza que el caso requiere las bajas sufridas en tan descomunal pelea, en la cual hubo compañía nuestra que perdió las dos terceras partes de su fuerza. *Todos los jefes y oficiales* de la columna cayeron muertos ó heridos, desde el coronel Marina, ya general, hasta el segundo teniente más moderno de aquella fuerza; oficial que por cierto sólo hacía cuarenta y ocho horas que había experimentado la satisfacción de vestir por vez primera las honrosas insignias de su empleo: llamábase Horrajo.

Allí murió también el comandante Sr. Malurone: ya, al ir en auxilio del capitán D. Andrés Sevillano, herido éste gravemente, recibió aquél tan certera descarga sobre el pecho, que cayó en redondo, subitáneamente muerto. En reducidísimo círculo fueron asimismo heridos por segunda vez el coronel Marina, y además el teniente coronel Muñoz, el capitán de Estado Mayor Gueriguet y el teniente de ingenieros D. Mariano Campos; fué éste el último herido que hubo entre los jefes y oficiales de aquella columna valiente y sufrida; á corta distancia disparáronle al teniente Campos un lanlacazo que apenas le dejó tejido ileso en todo el costado izquierdo.

Allí cayó gravemente herido el teniente Yanguas del 73, y sufrió verdadero destrozo de una mano, por un metrallazo casi amputada, el teniente coronel Oloriz.

Allí fué herido el capitán Salas, de ingenieros, y los tenientes del 73 y de infantería de Marina Sres. Hernández y Valdés. Sentimos no recordar los apellidos de los demás oficiales que con tanta decisión y arrojo lucharon allí; mas ya hemos dicho con amargura, y lo repetimos: todos los jefes y oficiales de la columna quedaron fuera de combate, á excepción del capitán Valderrama, cuyo sombrero resultó la-

ladrado por proyectiles que no le hirieron por fortuna en un solo cabello: fenómenos de las balas, que los ofrecen inverosímiles en sus trayectorias.

Muertos ó heridos todos los jefes de esta fuerza, y continuando la lucha, ¿qué había de acontecer? Lo que necesaria y fatalmente se produjo: y fué que, envuelta la columna por tupidas masas insurrectas y privada de dirección técnica, momentánea é insintivamente retrocedió parte de ella con poco orden hasta llegar á la cotta sobre la playa de Binacayan, tomada el día anterior, y de la que habian salido en el de tan desdichada jornada. Gracias á la severa energia mostrada por el coronel Marina *después de herido por tercera vez*, los soldados librados de la moerle rehiciéronse, y fuertes en aquella cotta pudieron contener el ímpetu feroz de aquellas hordas, que vociferaban, según hemos dicho, furiosas, acometiendo con una superioridad numérica calculada en 20 por 1. Los médicos de la columna, Sres. Peña y Gil, sintiendo no recordar el apellido del tercero, así como el de la dotación del cañonero *Cebu*, y el P. Capellán de aquella columna, distinguieron de modo que para todos ellos se tramitó el expediente para la Cruz de San Fernando. Por su denodado proceder en esta formidable acción obtuvo la Cruz roja de primera clase el redactor de *El Español* D. Antonio Navarro, cuya valerosa conducta tan bien supo imitar más tarde su compañero Juan Caro y Mora en Silang.

Noveleta. Ya hemos dicho que al emprenderse el día 9 las operaciones sobre Binacayan, otra columna habría de dirigirse sobre las posiciones insurrectas de Noveleta. La fuerza que las atacó pertenecía también á infantería de Marina, artillería peninsular, infantería del 73 y una sección de ingenieros, soldados indígenas como es sabido. Esta fuerza tenía por base para operar nuestras trincheras construidas sobre la entrada misma del istmo de Noveleta (500 metros próximamente), sobre los bordes de la laguna de Dalahican. A las seis de la mañana del día 9 se situó la columna en las trincheras mencionadas. También estaba destinada á sufrir tan rudo combate cual la de Binacayan. Dicha fuerza llevaba á su frente al general Ríos y al coronel de infantería de Marina señor Díaz Matoni; se dividió en dos partes; una de estas constituía columna de ataque; la otra, de reserva en las trincheras. La columna de ataque componíala, de cabeza á cola, dos secciones del regimiento núm. 73, pertenecientes á la compañía del capitán D. Eulogio Fernández Latorre, un soldado modestísimo y excepcionalmente afortunado: á 38 acciones y batallas había asistido en Cuba y en la Península cuando entró en la de Noveleta, de que nos ocupamos; en todas ellas su conducta fué encomiada y premiada, aunque no con largueza correspondiente al mérito, cuando es de natural humilde quieco

la coulrac; mas logró en cambio la fortuna singular de que, asistiendo á tanto hecho de guerra, jamás sufriera un solo rasguño.

A la compañía de Fernández Latorre pertenecía también el teniente Sr. Ruiz Dominguez, el cual, estando desempeñando un cargo civil que le valía mucho más dinero que su empleo militar, el de Administrador de Hacienda de La Unión, ahondouó aquél para tomar parte en la campaña en que perdió su vida, sosteniendo heroica lucha en este día. El teniente Valle mandaba otra sección de la misma compañía.

Seguía á esta fuerza la de ingenieros, al mando de su capitán Sr. Angosto y del teniente D. Luis Castañón; después, otra sección de la compañía Fernández Latorre, y por último dos compañías de infantería de Marina, sin que recordemos el nombre de sus jefes.

Así se emprendió la marcha, guiada la fuerza por un gran conocedor del terreno, el Sr. Mier, que pertenece al Cuerpo de Topógrafos, y cuya conducta en aquel día fué calurosamente aplaudida.

La columna Díaz Matoni caminaba en dirección del cuartel de la Guardia civil, edificio tomado por los rebeldes desde los primeros instantes de la insurrección, y en el que, según hemos dicho, había sido villanamente asesinado el capitán Rebolledo, apoderándose los insurrectos de cuantas armas, municiones y pertrechos había allí.

Para completar el plan de ataque, tomaron en aguas de la bahía linea de combate los cañoneros *Bulusan*, *Leyte*, *Villalobos* y *Cebú*; el primero, mandado por el teniente de navio D. Pedro Sauz, era de porte de 202 toneladas, de segunda clase y montaba un cañón Hontoria de 9, uno de 7 y dos ametralladoras Nordenfelt; el *Leyte*, de la misma clase y de 151 toneladas, mandado por D. Manuel Peral, disponía de igual armamento que el anterior; el *Villalobos*, de primera clase y de 300 toneladas de porte, iba mandado por D. José María Estanga, y montaba dos cañones de 42 de tiro rápido y dos cañones revólvers de 37; el *Cebú*, mandado por el teniente de navio D. Miguel Barrera, era de porte de 332 toneladas, montando un Krupp de á 8 y una ametralladora de 23 Nordenfelt.

Estos pequeños barcos, protegiendo la marcha de la columna, hicieron muy certeros disparos, destruyendo muchas casas y edificios de Novélela y de San Francisco de Malabón.

Sobre la importante línea del Súngay había de operar, según lo hizo hábilmente, el general Aguirre, el cual había salido de Calamba el día 8 para dominar la cresta del expresado monte, y después de tener á raya al enemigo en sus posiciones de Amadeo y Méndez Núñez, caer sobre Talisay; tanto la marcha de Aguirre por aquellas intrincadas abruptas montañas, enanto la loma de Talisay, constituyen una hermosa operación militar por todos quienes la conocen ensalzada.

¿Por qué se fué de frente contra las posiciones insurrectas de Novelela? «That is the question.» En arte militar también hay pocos principios absolutos; por eso, sin duda en concepto de muchos, el reconocimiento ofensivo ó la loma de Novelela podía haberse efectuado por otro camino: por la playa. Tenían los atrincheramientos de Novelela por foso de defensa un riachuelo, mejor dicho, un estero fangoso invadible: corlado según lo estaba su puente en aquel sentido, era poco fácil conquistar las posiciones enemigas, mientras que muchos, repetimos, creían más factible el logro de aquel plan de ataque marchando la columna por la mencionada playa: las cenagosas aguas del citado estero se extinguían á sesenta metros sobre la superficie libre de las bajas mareas, y la columna, yendo por allí, habría podido rebasar de flanco el atrincheramiento de los rebeldes, y por consiguiente ser atacados estos por retaguardia.

No podía pensarse siquiera (y sería injusto el cargo que se hiciese por no haberlo efectuado) en construir puente alguno para que, pasando por él, la columna asaltase las posiciones rebeldes de Novelela; porque si efectivamente misión que corresponde á los ingenieros del Ejército es la de construir puentes y ejecutar las obras reclamadas por la táctica de la guerra, la misma ley que establece aquella obligación pide muy sabiamente que las construcciones militares se lleven á cabo con mayor garantía de la que podía obtenerse en el reducidísimo paso del istmo de Novelela por aquel obligado punto. Ni los ingenieros que allí había, ni todos los del Ejército de Filipinas, eran bastantes para tal empresa. ¿Quién hubiese quedado de pie, construyendo una obra á siete metros de distancia de gran número de insurrectos, que sin cesar disparaban á hora de jarro proyectiles de todas clases? La situación para la columna era muy desventajosa: el camino por donde iba era de ocho metros de anchura; la fuerza no podía más que ir formada correctamente de á cuatro, y los manglares de uno y otro lado del camino impedían, es claro, desplegar guerrilla alguna.

De esta suerte marchaba, sin embargo, por aquella reducida pauta nuestra valiente fuerza, cuando recorrido escaso trecho, el malogrado primer teniente Sr. Ituíz Domínguez, que iba de vanguardia exploradora, dió aviso de presentarse en el camino una cortadura de tres metros de ancho por dos de profundidad, que ponía en comunicación los dos manglares de derecha é izquierda. Rápidamente se venció aquel obstáculo: con tierra y ramajes, la tropa rellenó la oquedad aquella, y continuando la marcha por modo tan arriesgado, llegó á distancia de cien metros próximamente de la gran trinchera rebelde, muy oculta por un recodo del camino, cuyos lados están tupidos de aromo, vegetación, además de espesísima, agresiva por el gran número de púas de

que está armada cada planla. Caminando un poco más, la tropa llegó á silió de una expansión del terreno que se presentaba á cuarenta metros del borde del estero aludido; y aunque eran muy reducidas las líneas de aquella superficie, desplegarónse en guerrillas dos secciones del 73; el resto de la fuerza se quedaba sobre el mismo camino sin poder hacer fuego, por tener delante aquellas secciones: era pura y simplemente fuerza de soslén.

Se inició un fuego terrible: por la primera descarga cerrada cayeron muertos ó heridos la mitad cabal de los que constituían las dos secciones del 73; se reforzó la guerrilla inmediatamente con la sección de ingenieros y la otra sección que quedaba del regimiento 73, y así, reemplazando de continuo los muertos y heridos que causaba el enemigo en la extrema vanguardia de nuestra columna, se sostuvo el combate hasta acabarse las municiones de dicha fuerza. Eran las diez de la mañana cuando esto aconteció, y en esta primera parte del combate, en tan malas condiciones para los nuestros empeñado, sufrimos más de 100 bajas. Allí cayó herido el coronel de infantería de Marina Díaz Maloni; allí fueron heridos el capitán Sevillano y el teniente don Manuel Valdés. ¡Qué día tan aciago para la infantería de Marina! Allí murió también el teniente Ruiz Domínguez, y allí fué herido muy gravemente el de ingenieros Sr. Castañón.

La vanguardia se retiró para ser sustituida por cuatro compañías de fuerza peninsular exclusivamente: dos de infantería de Marina y dos de artillería, siendo protegidas por dos piezas de montaña. Cada instante más ruda la lucha, estas piezas de artillería hicieron todos los disparos de su dotación, después de haber perdido cada pieza dos veces todos sus sirvientes, por el horrible fuego graneado que incesantemente hacían los rebeldes y al que los nuestros con tanta valentía contestaban.

A las cuatro de la tarde dióse la orden de retirada, y así se efectuó por escalones, volviendo el resto de la columna á nuestras trincheras de Dalahican, después de dejar en la segunda parte de tan ruda pelea otras 100 bajas; allí cayó muerto el segundo teniente de artillería Fernández; allí cayó gravemente herido el primero de la misma arma D. Luis de la Guardia; allí sufrió también grave lesión el de infantería de Marina Figueroa.

Es justo de todas suertes consignar la valiente conducta de nuestras tropas en esta jornada, aun cuando un completo éxito no premiasse tanto esfuerzo y tanto arranque de valor hasta genial como el que allí se admiró, pues contra aquella posición enemiga, que no era accesible, había soldados de la columna, los cuales, en medio de aquel mortífero fuego, para hacer más ejemplar el que ellos producían con-

Ira el enemigo parapetado, se subían uno á uno á cada extremo del pretil del puente colgado, es decir, á pocos pasos de los rebeldes, y es claro lo que hubiera de aconlecer: verlos caer muertos al minuto que adoplaban aquella heroica lemeraria actitud para batirse.

Derrorhes de abnegación y de valor individual y colectivo; pero tales proezas nos costaron en los combales de Ilinacayan y Novelela *¡ceren de 500 huys!* ; Loor eterno á los héroes, y consuelos de Dios y de la Patria hacia tantos hogares españoles entristecidos para siempre en unas desdichadas horas!

Distraídos, nos apartamos grandemente de nuestro propósito: queriendo narrar en un solo volumen, y de no grandes proporciones, nuestra tesis, en el proemio de estas páginas consignado, de modo alguno podemos detallar, cual en muchas ocasiones lo efectuamos: un muy incompleto índice; no puede ser más nuestro pobre libro.

5. *Toma de Talisay, Guerrillas de San Miguel y San Rafael, El Cova-donga, Combates en Santa Cruz (La Layum) y lugares vecinos, en Las Pinas y San José de Bulacán, Combate en Noralichis, Otros ataques de los rebeldes en Zambales, Baluan y Bulacán, Acción de San Rafael.*—El general Aguirre libró duro, reñidísimo combate el día 12: en un movimiento envolvente, con rapidez y acierto operado, tomó á la bayoneta las fuertes posiciones del enemigo en Talisay (Balangas). Los rebeldes sufrieron muchas bajas, entre ellas tres cabecillas importantes en la comarca; las nuestras fueron 6 soldados muertos y 2 oficiales y 12 individuos de tropa heridos.

Las guerrillas de los voluntarios seguían prestando de continuo excelentes servicios; pero fué de excepcional valor el que en estos días llevaran á cabo en combinación con la columna López Arteaga. La guerrilla de San Miguel dolando las lanchas de vapor *Holfust* y *Couchita*, y la de San Rafael el *Napindan*, llegaron á Pamarauang-Bató, venciendo los obstáculos que el río de Bulacán les presentaba, conduciendo á bordo de las citadas embarcaciones la columna del comandante López Arteaga. Dividióse aquella fuerza: una columna, á las órdenes del capitán Pardell, atacaría aquel barrio insurrecto de Malolos; la otra, con Arteaga, iría á Masacul, á cinco kilómetros de distancia de Paombong. La columna Pardell fué en derecha, recorriendo agua al muslo dos kilómetros de playa, á su lugar de combale; lo emprendió en el acto, y Arteaga, que oyó el fuego cuando ya estaba en camino de Masacul, volvió en auxilio de Pardell y sus 110 hombres. Pamarauang-Bató fué destruido, y ¡con cuánta razón!: cientos de lanzas de punta envenenada tenían allí preparadas los rebeldes, cuando los nuestros tomaron el barrio citado. Se les hicieron 30 muertos.

Se hizo rumbo de nuevo á Masacul: en la guerrilla de San Rafael iban, como oficiales de la misma, los distinguidos magistrados señores Ricafort y Felez; en la de San Miguel, el de igual clase y distinción D. Alberto Ripoll; iban también entro aquel puñado de valientes voluntarios el médico titular de Manila Sr. Rodríguez Berriz, teniente de voluntarios, y los Sres. Farfánlo, Céspedes, Guivelondo, Rueso, Blanco, Escalera, Toral, Ampuero, el ilustrado y activo redactor de *El Comercio* Conde, y otros más, que sentimos no consignar en estas páginas.

En Masacul no había menos de 4.000 insurrectos, que huyeron á la aproximación de la columna, abandonando su campamento de caselas numeradas. Se les apresaron dos cascós, uno de ellos cargado de arroz, que remolcó á Manila la *María Luisa*, del Sr. Domínguez. Se les cogieron muchos documentos y dos banderas y órdenes de titulados generales.

Regresaron las guerrillas á Manila: poco después, la de San Rafael, mandada por Inchausti, su capitán, se batía en Bacoor practicando reconocimiento sobre la costa. Atacáronla los rebeldes, y se defendió aquélla briosamente; los disparos de los guerrilleros con sus fusiles y la ametralladora que montaba el *Napindan* deshicieron una gran trinchera y causaron grandes destrozos en la casa convento, por los insurrectos ocupada.

El día 14 llegó á Manila el vapor *Covadonga*: traía 2.000 hombres de la Madre patria, los cuales fueron recibidos con el natural vehemente entusiasmo que se manifestaba á la llegada de todas las expediciones.

El pueblo de Magdalena (La Laguna) fué en estos días saqueado por los rebeldes; el Cura párroco de aquel pueblo, protegido por sus feligreses, se refugió en un bosque inmediato, salvando así seguramente su vida. No tuvo fortuna igual el juez de paz del vecino pueblo de Majayjay, situado en las hermosas perspectivas que ofrecen las comarcas del Banajao y del Dalituan. Aquel honrado juez peninsular, D. Manuel Suárez, que regresaba de Calamba, fué hallado por los rebeldes que ocuparon Magdalena, y allí, á la entrada del pueblo, lo asesinaron vilmente. Estaba indefenso; pero no importaba: los rebeldes tagalos querían verter sangre de castilas, de frailes ó de legos ó de laicos, les era igual. Aquella partida de insurrectos, compuesta de 250 hombres, se unió á otras hasta formar en junto una como de 1.200: pero cuando cayeron sobre la cabecera de la provincia (Santa Cruz), eran ya más de 2.000 para el primer ataque á la misma.

A las seis y media de la mañana del 12 se presentaron allí: la colonia peninsular, con el gobernador civil de la provincia Sr. Marqués de Sollér al frente, se portó como valiente, muriendo con gloria uno de los que la componían, el heroico oficial almacenero de la Administración de Hacienda de la provincia, el honrado aragonés D. Enrique Vela:

este fiel intérprete de las glorias de su cuna, con serenidad muy propia de la región en que nació, murió peleando contra los rebeldes, recibiendo un balazo montando la barricada que defendía y en la que expiró con la sonrisa en los labios, después de haberlos puesto en máxima expansión para dar dos gritos: ¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Pilar!

Avisado el señor general Aguirre del plan que tenían los rebeldes de La Laguna para atacar la cabecera y Pagsanjan, acudió rápidamente á desbaratarlo y al instigo de los insurrectos, habiendo antes de este hecho tomado valerosamente el pueblo de Talisay, después de cinco días en que la columna del general Aguirre había efectuado penosísima marcha por las estribaciones del Sungay, en las cuales, y línea del Bañadero, quedaba el coronel Pazos y el teniente coronel Benedicto, que había librado también rudos combates en la comarca, cual aquel en que los rebeldes mataron al capitán Ilanco.

Ya con anterioridad á la llegada del general Aguirre habían atacado á Santa Cruz las fuerzas rebeldes, según hemos dicho. Habíanlo efectuado en ocasión en que no había en aquella cabecera más de 200 hombres disponibles para luchar contra los más de 2.000 que divididos en columnas la acometieron. Eos jefes militares de la escasa fuerza allí destacada, y el gobernador civil con los voluntarios, se batieron con denuedo, obteniendo señalado triunfo; y al cojerse los rebeldes por la playa, hacia La Laguna, en aquella dirección empujados por la sección de artillería que había allí, completó la victoria el fuego de las ametralladoras de la *Dimna*, surta en aquellas aguas. Más de 80 muertos se hicieron a los insurrectos aquel día; pero más duro aún fué el castigo que sufrieron, cuando tenaces al siguiente atacaron de nuevo á la misma capital: porque llegadas ya las fuerzas que allí acudían desde Batangas, bajo la acertada dirección del general Aguirre, determinaron nueva sendadísima victoria en toda aquella zona: los insurrectos tuvieron más de 300 muertos. Se reforzaron, y 3.000 hombres contaban cuando comenzaron á alrincherarse en Sambá; mas allí también tal fué la acometida que les dió la columna del teniente coronel Jiménez, que, muy mermados aquéllos, tuvieron que dispersarse. En la refriega perdieron un titulado general Abad, sastre y teniente suplente de Pagsanjan: éste usaba unas tarjetas que expresaban su titulada jerarquía y las prodigaba por toda la zona.

En este pueblo, ex cabecera de la provincia, se titulaba nada menos que rey un capitán pasado, Santiago Crisóstomo. Los insurrectos habían instalado en el local de la escuela del citado pueblo un hospital de sangre, regularmente provisto de material. En Majayjay y Paeto tenían fabricación de armas y municiones. En el de Pila se libró combate, en el que hubo que amotrar el convento en que los insurrectos se hi-

cieron fuertes, después de tomarles á la bayoneta una fuerte trinchera.

Un bando de indulto dictado por el general Aguirre produjo en veinticuatro horas el retorno á Pagsanjan del 40 por 100 de sus vecinos alzados en armas, y de muchos más pertenecientes á otros pueblos. Costábales poco trabajo ampararse ó desampararse á las disposiciones que en su provecho se daban.

Entre estos rebeldes de La Laguna, como entre los de Cavile y Talisay, se notó el empico que hacían de los ornamentos sagrados: las capas pluviales, dalmáticas y estolas, sobre todo, servían de insignias para las más altas categorías civiles ó militares.

Reforzada la columna del teniente coronel Pinios, que tan estratégica posición ocupara, libró en Laspiñas, sitio de Dalig, una nueva importante acción, por espacio de tres horas, contra gran número de rebeldes, que se declararon en precipitada fuga, viendo el movimiento envolvente que sobre ellos hacia la columna Pintos. Toda esta fuerza se portó muy bien; la de caballería operó en tal ocasión brillantemente. Más de 200 bajas se hicieron al enemigo.

Contra el destacamento de 68 hombres del regimiento 73, que había en el pueblo de San José, cayeron furiosos 1.800 rebeldes. Aquella fuerza se defendió heroicamente: en nada le arredró tan enorme desproporción numérica: la mandaba el teniente D. Pedro García Gallego.

En lo más recio del combate, cuando los sitiados habían do practicar mayor esfuerzo, llegó al citado lugar la columna López Arteaga, que destrozó á los insurrectos, causándoles más de 200 muertos á la bayoneta.

En la noche del día 18 atacaron á Novaliches 2.500 rebeldes: 30 cazadores al mando del segundo teniente D. Ignacio Crespo, y 10 guardias civiles al del sargento D. Mariano Pablo, replegados sobre el convento, se defendieron primero valerosamente; mas no se limitaron á esto, sino que, para elevar su conducta á hecho heroico entre los más, el pequeño destacamento, cuando ya estaba mermado por el fuego de los insurrectos, emprendió la ofensiva, apoderándose de importante posición.

Noticiado el jefe de aquella zona militar, teniente coronel Sr. González Alberdi, del hecho que se estaba ventilando en Novaliches, con toda presteza envió en auxilio del destacamento, que ya llevaba doce horas de fuego, tropas al mando del señor comandante González Llanos y del teniente Piqueras.

El teniente Crespo perdió de su escasa fuerza 6 cazadores y 3 guardias civiles, muertos sobre el campo de batalla, y además tuvo 12 soldados heridos. Importante hecho de armas.

La columna Llanos fué durante todo el camino batiendo grupos que la molestaban y causando bastantes bajas al enemigo.

En Subic, y junto **A** la fábrica de ladrillos del futuro Arsenal, fueron nuestras avanzadas de infantería de Marina atacadas por gran número de insurrectos. Dispersáronse éstos después de sufrir grandes pérdidas. Mayores fueron, pues llegaron á 100 muertos bien contados y otros tantos heridos, las que en el pueblo de Orani tuvieron los rebeldes por el embale que recibieron de una columna compuesta de dos compañías del batallón de Cazadores núm. 3, al mando de su comandante Sr. Baquero: desalojados del pueblo, y puestos en precipitada fuga, dejaron en poder de la columna gran número de armas y municiones y 20 prisioneros.

En Calumpit, el deslucameulo y los leales voluntarios reunidos batieron y obtuvieron triunfo sobre gran partida insurrecta. Los rebeldes hicieron en los mismos días descarrilar un tren que, arrastrando convoy, se dirigía desde Manila á Ilulacán.

En San Rafael riñóse una acción formidable por la columna López Arteaga. Cuando los insurrectos se habían fortificado grandemente en aquel pueblo y roto todos los puentes, cargó sobre ellos la columna al mando de López Arteaga, la cual, con el arrojo por todos admirado en tantos y tantos hechos victoriosos, cuales los que registraba aquella fuerza, tomó á la bayoneta, una á una, todas las trincheras, casas-fuertes, convento, iglesia y tribunal por los rebeldes ocupados. Más de 800 muertos se les hicieron allí; nosotros tuvimos herido no gravemente de arma blanca el capitán D. Juan Segovia de la Puente, y hasta 14 heridos más entre clases é individuos de tropa. El Capitán general Sr. Blanco felicitó calurosamente al bizarro López Arteaga y fuerza á sus órdenes. El Gobierno de S. M. hizo lo mismo después y ascendióle á teniente coronel.

6. *Conspiración en Vigan (Ilocos Sur). La guerrilla del Casino español. Arrebatos en los últimos días de este mes.*—Una sección de voluntarios de la capital de la provincia de Ilocos Sur condujo á Manila más de una docena de individuos de los principales de Vigan. Los PP. del Seminario de aquella ciudad habían recibido una denuncia que transmitieron en el acto á las autoridades y que dió lugar á las detenciones elevadas á prisión en Bibid, sufridas por aquellos á quienes aludimos. La circunstancia de figurar entre éstos el alcalde y el síndico de aquel Ayuntamiento, con otros concejales ó indígenas que ostentaban títulos académicos, dió importancia suma á los comentarios que sobre tal hecho se hicieran. Se supo que en aquella comarca había trabajado activamente para la conspiración un atibado al Catipunan, que allí estaba aguardando las armas de que precisaban para el levantamiento. Digna de elogio sincero fué la conducta de todos los elementos penin-

sulares é insulares leales en aquellos días, y muy señalada, para ser siempre agradecida, la del celoso gobernador civil de la provincia, Sr. López Hernando.

Presentáronse 500 rebeldes en Talin y fuerza del batallón cazadores núm. 6 los batió por completo en distintos lugares, pero sobre todo en Bombón y Baynnumban. Los vapores de las obras del puerto prestaron muy buen servicio en aquellas operaciones.

Bien señalado fué el que días después, el 29, prestaba en aquellos mismos lugares la guerrilla de San Miguel, que, dotando el vapor *Orani*, se incorporó en el barrio de Junosa á una columna al mando del capitán López, del batallón cazadores núm. 1. Batiéronse estas fuerzas en las estribaciones del Susun, causando 40 muertos á los insurrectos. El comandante de la guerrilla de San Miguel Sr. D. Alberto Ripoll, magistrado, recibió muy expresivo telegrama de felicitación del comandante general de La Laguna, Batangas, expedido desde Calamba en la misma fecha.

El Casino de Manila, aquel centro español que venía dando tan evidentes pruebas de patriotismo y testimonios tan valiosos de cristiana caridad, prodigando toda suerte de alivios y consuelos, en estos mismos días, y según unánime acuerdo tomado en solemne Junta, á la cual expuso el Sr. Comenge, con las galas y brillanteces de su elocuencia nativa y erudición sin par, el pensamiento, creó una guerrilla titulada del «Casino español», destinada al aumento de vigilancia en la bahía, rios y esteros navegables, á impedir la pesca á los enemigos, á apresar y echar á pique las embarcaciones insurrectas y prestar á la vez sus servicios en tierra firme, combatiendo á los sediciosos.

Gran alarma produjo en Manila en la noche del 26 el estruendoso estampido de una caja de pólvora depositada en el polvorín de Pandacan, y que, además de ocasionar desperfectos en el edificio, determinó graves lesiones en cuatro individuos. La extensa zona de trepidación que aquel explosivo desarrolló comprendía los barrios de San Miguel, Malale, Paco y Sampaloc. La lancha de vapor al servicio del Capitán general, y en la cual por disposición de esta superior autoridad embarcó el señor teniente coronel Tuser, primer ayudante de S. E., salió á reconocimiento y recogió los heridos en tal accidente.

En la misma fecha embarcaba en el vapor *Coradonga*, para regresar á la Península, el contraalmirante Excmo. Sr. D. Vicente Carlos Roca, siendo afectuosísima la despedida que se hizo al preclaro marino, á quien, no sólo los suyos, sino todos los leales, tributaron los homenajes de respeto y afecto que merecía por sus virtudes y carácter.

Las depredaciones cometidas por los rebeldes no tenían tasa; el secuestro, el asesinato, el robo, el pillaje y el destrozo eran las usuales

armas que manejaban para el logro de sus ideales; ¿cuáles serían éstos?

A poco del descarrilamiento del tren en la línea de Dagupan, arrancaban de su iglesia al Cura de Hermosa (Bataan), al P. Varas, tan querido de sus feligreses; secuestraban en La Laguna al ayudante de monjes Sr. Ramirez de Arellano, hijo primogénito de honradísimo español peninsular, cuarenta años dedicado á enseñar á los indios medios dignos de obtener la subsistencia en el comercio y la industria; caían sobre el convento de Majayjay para apoderarse también del Cura párroco, al que la lealtad de algunos de sus feligreses salvó en rural escondite; robaban en Silmi y en toda la campiña los ganados que á su paso hallaban, y en los poblados las casas de todos los pudientes; con la tea incendiaria destruían hasta los hogares en que siempre encontraban los consuelos de la caridad, como la hacienda de Malinla y otras pertenecientes á las corporaciones religiosas y á particulares. Los combates se sucedían unos á otros, y en las proximidades á Cavile, tanto en los puntos avanzados del N. cuanto en el S., había escaramuzas diarias en las descubiertas, aun cuando en todas ellas se castigaba al enemigo.

Así terminaba el mes de Noviembre; tal cortejo de malandanzas no impedía que con espíritu sereno los españoles peninsulares y los insulares leales se aprestasen á celebrar el grandioso conmemorativo del día de San Andrés: del 30 de Noviembre de 1574. El invicto pabellón hispano no podía peligrar en lo más mínimo en la tierra española, en que con tan escasos medios de fuerza se supo desarrollar la que se precisaba contra el formidable cúmulo de elementos con que á Manila acudiera el pirata Li-Ma-Hong, queriendo tomarla á sangre y fuego y sufriendo la más completa destrucción de sus 62 barcos y del ejército que los tripulaba, por el admirable esfuerzo de un puñado de españoles; no eran más los que en trance tan duro contaba Guido de Lazares.

La fiesta de San Andrés celebróse en Manila, á pesar de todo, con solemnidad excepcional. Por iniciativa del virtuoso, querido y respetado Arzobispo metropolitano D. Fray Bernardino Nozaleda, resucitábase la antigua patriótica Asociación cívico-religiosa de San Andrés, y al archiepiscopal palacio acudían en tropel confuso y hermoso los españoles todos, movidos por el afán de ser inscritos en aquella Hermandad de gloriosísimo abolengo.

Admirando el aumamiento que ofrecían los leales hijos de la noble España, bien podía lanzarse á todos vientos el histórico «no importa» á la rebeldía tenaz de los tagalos.



CAPÍTULO IX

Síntesis de los principales acaecimientos en el mes de Diciembre de 1896.

1.º El general Rios al centro de Luzón. Una cartilla sanitaria. Más servicios de los voluntarios. Mas combates. — 2.º Asesinato del reverendo P. Cura párroco de Hermosa. — 3.º Llegada del general Polavieja y del alto personal militar que le acompañaba. Toma de posesión del cargo de segundo Cabo. Hipótesis acerca de la contrariedad que pudo sufrir el Marqués de Peña-Plata. Nombramiento de Capitán general, General en jefe del Ejército de Filipinas, Gobernador general del Archipiélago en favor del Marqués de Polavieja. Su toma de posesión del mando, y alocuciones. — 4.º Nuevos encuentros y combates. Causas elevadas a plenario. Donativo de Pangasinan. Otra conjura en la plaza de Cavite. Acción de Meycauayan. — 5.º Despedida del general Blanco. Su espada de honor. Banquete de la colonia inglesa. A bordo del *León XIII*. — 6.º Decreto del general Polavieja sobre la concentración de barrios. — 7.º Varios combates. — 8.º Nochebuena. — 9.º Una circular del general Polavieja. Su decreto suspendiendo las elecciones municipales.

1. *El general Rios al centro de Luzón. Una cartilla sanitaria. Más servicios de los voluntarios, y otros combates.* — El general D. Diego de los Rios, que por la escasez de medios de guerra no pudo desarrollar en Cavite todas las actividades de su valeroso carácter, fué nombrado comandante general del Centro de Luzón: el 1.º de Diciembre salió para su destino. Aquella extensa zona reclamaba cuidado, sobre todo Itulacán, en cuya provincia la insurrección tomaba vuelos. Mucho podía esperarse del joven general que á los cuarenta y cinco años de edad contaba treinta y siete de servicios efectivos. En Cataluña, en las Vascongadas, en Cuba y en África, había ganado todos sus empleos, vertiendo en dos ocasiones copiosamente su sangre, no defibrinada por excepcional fortuna en los enervadores climas en que la nutría.

Antes de Cavite, el general Rios había prestado ya muy buenos servicios en Filipinas: en Mindanao había sido soldado afortunado en

hechos de armas tan importantes cual el de Tugaya; pero además fué allí habilidoso político.

Formó consejo de guerra, y por sentencia de éste el general Ríos fusiló al datto Warris, el más encarnizado enemigo de España: después de este hecho de justa, provechosa, indispensable energía, Ríos pactó con el sultán Amay la ocupación de la tierra de Garrassi y la pacificación del fondo de la Laguna de Lanao, logrando que el día 4 de Septiembre de este mismo año de 1896, aquel sultán hiciera su presentación oficial en Marahuí, á la llegada del dignísimo general Cappa, comandante general de aquel vasto territorio. Es muy interesante el tratado por Ríos hecho con el príncipe Sibuguey, en virtud de cuyas estipulaciones los moros pobladores de la costa Sur de Mindanao, en los senos de Sibuguey y Dumanquilos, debían ser los primeros que satisficiesen el impuesto de vasallaje, exiguo por su cifra, pero grande por su significación: cuarenta y ocho horas de tiempo les dió Ríos para pagarlo, advirtiéndoles con entereza de qué suerte iría él á cobrarlo si no cumplían su compromiso, como suele suceder entre aquellos mahometanos. En tal ocasión cumplieron lo pactado. Cuando el general Ríos llegó á Manila desde Mindanao, lugar para él de proezas y habilidades, según acabamos de decir, dolíase la opinión pública en la capital de las islas de que el mencionado general hubiera de trasladarse á Ilo-Ilo, gobierno de las Bisayas, para el que desde España viniera nombrado: el señor general Blanco, informado de aquellas palpitaciones de la pública opinión, á la cual por propios temperamentos el Marqués de Peña-Plata siempre observa atentamente, destinó al general Ríos á la comandancia general de las provincias del centro de Luzón, y á ellas fué el nombrado, estableciendo su cuartel general en la Pampanga, comenzando á operar contra los rebeldes, que ya venían siendo perseguidos incesantemente por nuestras tropas.

El día 1.º de este mes publicábase por el ilustrado director-subsanador de Sanidad Militar de aquel Ejército, D. Joaquín Pla Pujolá, un científico humanitario trabajo digno de especialísima mención. Consistía en una completa colección de «Reglas higiénicas prácticas para el uso de las tropas, especialmente europeas, que se encontraban en campaña». Si hubieran podido lograr aplicación completa los preceptos higiénicos dictados por el distinguido jefe de la Sanidad del Ejército en Filipinas, es bien seguro que la acción perniciosa de aquel clima sobre el europeo no se hubiera sentido por tan doloroso modo. Tan digna de estudio como de encomio es la cartilla sanitaria del doctor Pla y Pujolá.

Por todos los alrededores de Manila y por la ciudad misma, pero muy singularmente por los de San Lázaro y Sampaloc, tanto los vo-

luntarios de caballería, con su comandante el Sr. Borez Romero al frente, como los de infantería, á las órdenes del suyo, el pundonoroso jefe de artillería Sr. Hevia, montaban guardias y patrullaban de continuo. Hevia abandonaba las cómodas bien retribuidas funciones civiles de administrador de la Pumpangan por las para él más propias de su carrera militar, aunque en aquellas como en éstas se distinguiera siempre, según se distinguía: los voluntarios, además, practicaban constantes extensos reconocimientos, constituyendo tales actividades, no solamente garantía fija del orden, sino consuelo inmenso para los espíritus preocupados, no dreados, entre los peninsulares é insulares leales: las patrullas, los rehenes y las parejas fijas de estas fuerzas en constante movimiento, auxiliando á las del Ejército, desempeñaban oficios que jamás deben ser olvidados.

Pero ni el tiempo transcurrido, ni los castigos sufridos por los obstinados rebeldes tagalos los amilanaban, sino que éstos agrandaban cada vez más su radio de devastadora acción; y por ser así, el día 2 de Diciembre el señor general Blanco dictaba un bando por el cual se declaraban en estado de guerra otras provincias, cuales Halaan y Zambales, aplicando á las mismas las prevenciones de los bandos anteriores de 30 de Agosto y 23 de Octubre.

Después del incendio de Malinla, los rebeldes asaltaron la casa hacienda de Lolombo, y los menajes de la misma iban á adornar muchas casas de insurrectos del primero de estos lugares y de Polo; de este pueblo y de los de Tinajeros, Meycauayan y Obando, había muchas gentes en armas.

El día 2 el Capitán general Sr. Blanco dirigía al Sr. Ministro de la Guerra el siguiente telegrama: «Elevadas plenario causas principales contra 60 promovedores rebelión, titulados ministros, consejeros y generales: brevísimo plazo serán falladas consejo guerra.»

En esta misma fecha, una columna de 300 hombres á las órdenes del capitán D. Juan Valderrama, tomó, después de rudo combate contra 2.000 insurrectos al mando de los cabecillas Llanera y Torres, el campamento que éstos tenían en Sibul, con gran atrincheramiento en Baling-Cupang.

Al mismo tiempo libraba con igual victorioso resultado el teniente coronel Pintos, en Parañaque, otro combate, con los insurrectos de Cavile, los cuales, á pesar de los continuos reveses que llevaban en aquella línea, no cesaban de molestar diariamente á las tropas que la cubrían.

Y con estos encuentros de Sibul y Parañaque coincidían otros habidos en zonas muy distintas; pero particularmente en las inmediaciones de Santa Cruz, el día 3 de Diciembre se libró uno importantísimo

por la columna al mando del teniente coronel D. Aniceto Jiménez, comandante militar de La Laguna, en donde con tantos éxitos trabajó este distinguido jefe.

La gran parida insurrecta presentada en Sambai, al mando del titulado general Eligio y su lugar teniente Valenlin, fué verdaderamente destrozada por nuestras fuerzas, pereciendo en la refriega aquel renombrado cabecilla.

2.º *Asesinato del cura párroco de Hermosa (Bataan).* — Cuando los rebeldes dieron asalto al citado pueblo de aquella provincia de Bataan, históricamente pacífica, siempre tranquila (á pesar de existir aún en ella, no obstante su proximidad á la capital del Archipiélago, bastantes rancherías de aetas ó balugas, en las crestas de aquellos montes que forman la cordillera de Mariveles), secuestraron al Cura párroco, al virtuoso dominico Fr. David Varas. Al pronto no se supo qué hicieran de él; sólo con la noticia del secuestro regresaron entristecidos á Manila los religiosos de su convento de Santo Domingo, que acudieron á Bataan para prestar auxilio á los párrocos que de él precisasen; pero en estos días se conoció el horrible asesinato, verdadero martirio á que sujetaron en Hermosa los rebeldes á aquel sacerdote ejemplarísimo: después de corlarle las manos, arrastráronle hasla el barrio más lejano de los diez de que aquel pueblo se compone, y allí mutiláronle hasta desmenuzarle, arrojando por último á un estercolero los restos de aquel mártir, que en tal día subió á la gloria. Sus hermanos de hábito dedicáronle solemnes exequias, cual todas las órdenes habían hecho con los religiosos que también habían sucumbido víctimas de la ferocidad de los insurrectos de Cavile.

3.º *Llegada del general Polavieja y del alto personal militar que le acompañaba. Toma posesión del cargo de segundo Cabo. Hipótesis acerca de la contrariedad que pudo sufrir el Marqués de Pena-Plata. Nombramiento de Capitán general, General en jefe del Ejército de Filipinas, Gobernador general del Archipiélago en favor del Marqués de Polavieja. Su toma de posesión del mando. Alocuciones.* — A bordo del trasatlántico *Alfonso XIII*, y después de un viaje efectuado en veinticuatro días y diez y siete horas, es decir, el más rápido que se conoce desde Barcelona á Manila, llegó á esta capital del Archipiélago el inclito general D. Camilo Polavieja y del Castillo, marqués de Polavieja, de justísima reputada fama. Soldado victorioso en cien combates dentro del patrio y en extraño suelo, evidenció las más altas dotes militares, palentizando además como producto de sus talentos reconocidos y de una ilustración sólida, resultado fijo del asiduo estudio, cuando lo practica quien posee buena retentiva, especiales condiciones de hombre de gobierno. Las reveló muy á las claras.

Manila lo recibió solemnemente; no puede darse más espontánea manifestación de pública simpatía y regocijo. En ella tomó parte el Capitán general, Sr. Marqués de Peña-Plata, acudiendo deferente y solícito á recibir y agasajar, con las fórmulas más completas de la cortesía y del afecto, á su preclaro compañero de armas y á los distinguidos generales que le acompañaban. Eran éstos los Sres. Zappino, Lachambre, Cornell y Galbis, todos ellos de historia militar esclarecida.

El general Polavieja se posesionó de su cargo de segundo Cabo, Gobernador militar de Manila, en el mismo día de su desembarque, 3 de Diciembre, cesando en aquel destino el veterano general de ingenieros Sr. Rizo, que interinamente lo desempeñaba. De la subinspección de las armas generales é institutos del Ejército hizo entrega al señor general Polavieja el veterano coronel D. Francisco Olive, hoy general que, en su calidad de secretario encargado del despacho, las tenía á su cargo, sin desposeerse del de juez militar, en el cual tan activamente venía trabajando desde el comienzo de la insurrección, según hemos consignado en otras páginas.

Con la llegada del general Polavieja aumento la expectación pública; la prensa de la Península afirmaba que el Marqués de Polavieja sucedería inmediatamente al Marqués de Peña-Plata en el superior mando de las islas; la opinión en Manila creía lo mismo, pues no era lógico suponer que un teniente general tan antiguo y distinguido en esta alta jerarquía acudiese á Filipinas al desempeño de funciones altas, pero al fin y al cabo subordinadas directamente; se esperaba conocer de uno á otro momento la renuncia del señor general Blanco, y la tardanza en ello extrañaba á todos; aun cuando por la costumbre, no por ley orgánica, transcurridos tres años de mando, podía decirse «el general Blanco está cumplido», lo excepcional de las circunstancias podía muy bien alargar el periodo de su mando. No lo sabemos, pero de nuestra cuenta, por la interpretación que damos á las naturales exigencias del amor propio, cuando bien entendido, nobilísimo, y porque conocemos los altos grados del pundonor en que el Marqués de Peña-Plata vive, pensamos y decimos que el general Blanco no quería abandonar el Archipiélago hasta vencer él mismo *in totum* la insurrección tagala. Habíala resistido maravillosamente sin recursos; venía batiéndola en sus derivaciones parciales, en tanto en cuanto congregaba medios para destruirla en su gran foco, y cuando se aproximaba el instante de poseerlos, el general Blanco no quería marcharse. Es obvio que así acontecía.

Transcurrieron seis ú ocho días; el Gobierno de S. M., felicitando al Capitán general Sr. Blanco por su gestión en el Archipiélago y su conducta ante la insurrección tagala, le autorizaba para regresar á la

Península. Con el enemigo al frente, tal merced debía agradecerse, pero no podía usarse, y el general Blanco de cierto la agradecía, pero no la usaba. Tampoco por la misma causa dimitía.

.....

.....

El día 9, la prensa de Manila publicó el cablegrama siguiente:

«La Reina al general Blanco:

«Acabo de nombrarle jefe de mi Cuarto militar.—MARÍA CRISTINA.»

Y otro cablegrama nombraba al Marqués de Polavieja Capitán general, General en jefe del Ejército de operaciones de Filipinas, Gobernador general del Archipiélago.

Con el solemne ceremonial de rúbrica, el día 13 de Diciembre se posesionó del mando superior de las islas el señor general Polavieja; y terminada la recepción en Corte de todas las Corporaciones y Cuerpo Consular, el nuevo Capitán general abandonó la casa Ayuntamiento, siendo objeto de calurosísima ovación en la gran plaza de Palacio.

Antes de volver al de Santa Potenciana, el Capitán general entrante dirigióse al Palacio arzobispal devolviendo la oficial visita que le hiciera el respetable prelado metropolitano.

El general Polavieja dirigió tres notables alocuciones; resplandecientes de patriotismo, evidenciaban á la vez el cabal concepto que á los pocos días de su permanencia en el país había adquirido el nuevo Capitán general del estado en que se hallaba el territorio de su mando. Contienen tales documentos programa tan completo, aunque sinléptico; expresan con tal claridad el camino que el general Polavieja se proponía seguir, y seguiría, dadas las condiciones de su carácter y firmeza de convicción, que no podemos resistir el deseo de transcribirlas literalmente, á pesar de nuestros propósitos de no agrandar el presente libro. Los solemnes documentos á que aludimos decían así:

«HABITANTES DE FILIPINAS:

»En críticos momentos vengo á encargarme del mando superior de este archipiélago: se unieron la ingratitud y el olvido de los beneficios recibidos con los bajos sentimientos de criminal ambición, para que una insignificante minoría arrastrase á masas ignorantes, que ni saben lo que quieren, ni saben adónde van, sembrando el espanto y la alarma en un país que había sido siempre modelo de tranquilidad y de reposo. Al tomar posesión de este Gobierno general, dirijo un saludo cariñoso

á todos los habitantes de Filipinas que permanecen fieles á los sentimientos de hidalguía y de lealtad que son característicos en el pueblo español.

»Cuando S. M. la Reina Regente (q. D. g.) y el Gobierno me honraron con su confianza, conocían los procedimientos que yo empleo para gobernar. Para los leales no tengo más que sentimientos de afecto y de protección: para los traidores, toda la energía me parece poca, todo el rigor me parece desproporcionado á la magnitud del crimen que han cometido contra su Rey y contra su Patria.

»Pero he de hacer una distinción entre los que son traidores por maldad y por ambición, y aquellos que fueron arrastrados en la corriente criminal solamente por su ignorancia, y que fueron seducidos por el engaño y por la calumnia. A los que se arrepientan, á los que comprendan todo lo malo y torpe de su conducta, les otorgaré el perdón que merezca su sincero arrepentimiento. A los que persistan en su empeño desleal, les aplicaré todo el rigor de la ley.

»No esperéis de mí, habitantes de Filipinas, programas de gobierno. Soy más amigo de demostrar con los hechos mi patriotismo y mi buen deseo, que de anunciar tiempos venturosos con deslumbradoras promesas. Contando con la cooperación de todos vosotros, contando con vuestra lealtad, yo espero poder decir en plazo corto á la Reina y al Gobierno que este pueblo ha entrado en la normalidad de la vida y que se prepara á desarrollar su prosperidad material, cuya base es la honradez y el trabajo; y podré decir también que ya nunca será posible que se repitan en este hermoso país sucesos tan tristes como los actuales, en los que se han desconorido los grandes beneficios recibidos y se han olvidado los constantes desvelos del Rey y de la Patria. — *Vuestro Gobernador general, CAMILO G. DE POLAVIEJA.* »

SOLDADOS DEL EJÉRCITO Y ARMADA :

»El mundo entero proclama vuestras virtudes militares. El valor, la sobriedad, la ahuegación y la disciplina son cualidades reconocidas universalmente en el soldado español. La Patria necesita hoy de vosotros; la Reina tiene su esperanza puesta en sus leales tropas, tanto peninsulares como indígenas; vuestro General en Jefe, contando con vuestra bravura y con vuestra lealtad, tiene seguridad en la victoria.

»No necesito recordaros cuál es vuestro deber. Al soldado español nadie le enseña sus deberes: nace sabiéndolos, los siente; sabe que ha de ser valiente hasta la temeridad; sabe que sin disciplina no hay triunfo posible; sabe que las ofensas se lavan con sangre, y que la vida nada vale cuando se trata de defender la honra de la Patria.

«Ha llegado la hora de luchar: luchemos como buenos, y nos haremos dignos de aquellos que tan alio pusieron en todos tiempos el nombre de la gloriosa bandera española. — *Vuestro General en Jefe.*»

«VOLUNTARIOS:

»Al grito de sedición de los traidores contestaron los leales con un grillo de adhesión y de entusiasmo, ofreciendo vidas y haciendas ante el altar de la Patria. Vuestra arrogancia de los días del peligro me responde de vuestra conducta mientras dure la insurrección.

»Cuento con vuestra ayuda y con vuestro concurso, y espero que en breve plazo podréis convenceros de que no ha sido estéril vuestra abnegación y vuestro patriotismo. — *El General en Jefe, CAMILO G. DE POLAVIEJA.* »

La *Gaceta de Madrid* del 13 publicaba el nombramiento de segundo Cabo de las islas en favor del Excmo. Sr. D. Enrique Zappino y Moreno.

El Capitán general Sr. Marqués de Polavieja organizó en estas mismas fechas las fuerzas en operaciones del modo siguiente:

División de Laguna, Batangas y Tayabas al mando del general de división Excmo. Sr. D. José de Lachambre y Domínguez.

General de la primera brigada de esta división (Laguna), Excelentísimo Sr. D. Pedro Cornel.

Idem de la segunda (Batangas), Excmo. Sr. D. Nicolás Jaramillo.

Brigada de Morong, Pasig y Norte de Manila, Excmo. Sr. D. Francisco Galbis.

Brigada del centro de Luzón, Excmo. Sr. D. Diego de los Ríos.

Jefe de Estado Mayor de la Capitanía general, Excmo. Sr. D. Ernesto de Aguirre.

4.º *Nuevos encuentros y combates. Causas elevadas á plenario. Donativo de Pangasinán. Otrá conjura en Carite. Acción de Meycauayan.* — El comandante general del centro de Luzón, D. Diego de los Ríos, daba cuenta del combate sostenido por la columna del comandante Baquero en las inmediaciones de Orani, á cuyo pueblo, después de catorce horas de marcha, llegó. Los rebeldes sufrieron grandes pérdidas al oponerse al paso de la citada columna por los ríos Bucayog, Briosá y Bayoro. Baquero fué muy expresivamente felicitado por el general Ríos, quien le había encargado la operación de que se trata, y por el Capitán general después.

Elevábanse á plenario en otras fechas mismas muchas causas seguidas por conspiración, rebelión y sedición á los principales autores

de la insurrección, y por el delito de traición y rebeldía eran pasados por las armas en la mañana del 14 los reos que procedían de los fugados de la cárcel de Tarlac.

El *Churruca* conducía presos de Vigan y San Fernando; el *Uranus*, de Pasacao, y el vapor *Ayes* transportaba á Manila en los mismos días á detenidos en Itobol, Samar, Iloilo y Cebu.

Los cuerpos de voluntarios creados en estas dos últimamente expresadas cabeceras bendecían y juraban con entusiasmo las banderas; pocos días después celebraban igual solemne acto los voluntarios de infantería y caballería, creados en la de Batangas y otros pueblos importantes de la provincia.

El día 10 fondeó el vapor *León XIII* con nuevas fuerzas peninsulares. Fueron recibidas con las consiguientes muestras de regocijo, pues la repetición de aquellas expediciones no entibiaba en lo más mínimo el entusiasmo sentido y demostrado por igual desde la primera.

Verdadero agradable acontecimiento fué también la llegada á Manila del gobernador civil de Pangasinán, Sr. D. Joaquín Oliver, celoso iniciador del donativo que la provincia mencionada hacia al Ejército y al escuadrón de voluntarios. Consistía en 170 caballos para la artillería y 10 para el escuadrón citado. El gobernador de Pangasinán venía acompañado de numerosas principalías de la provincia, que tan leal se había mantenido, como tantas otras por fortuna hasta entonces, y el acto de entrega del donativo á que nos referimos resultó agradabilísimo, no sólo por su esencial valor, sino por la forma patriótica en que se llevó á cabo. El gobernador de Pangasinán fué objeto de justas alabanzas, como también lo fueron otros gobernadores: todos, cual más, cual menos, según los recursos con que contaban, hicieron otros donativos de importancia, en representación de las provincias de su mando.

Todos los medios nos hacían falta; el tesón patentizado por los rebeldes tagalos venía á destruir por completo el concepto general que hasta la presente insurrección se tenía de aquellos indígenas.

Nueva conjura se tramó en Cavite, en la cabecera, que era, como hemos dicho, casi lo único que no ocupaban los rebeldes. Los presos de aquella cárcel pública lograron fugarse, con el propósito de degollar á los casidas y unirse á los insurrectos que tenían á la vista de aquella capital. Un escribiente de la cárcel fué, según los presos fugados declaraban, quien los excitó una y otra vez á poner en práctica tal plan. Cuando tumultuariamente abandonaron el lugar de su reclusión, asesinaron al alcaide (peninsular) y la pequeña guardia que los custodiaba. Los fugados fueron en las calles duramente castigados, distinguiéndose los españoles todos de aquella cabecera en rasgos de valor inusitados: 112 de aquellos presos bailaron la muerte en las calles y alrede-

dores de la ciudad; de 12, de los 147 escapados, se ignoró el paradero, y 23 más fueron hechos prisioneros y juzgados en proceso sumarísimo. El 16 tuvo debido cumplimiento la ejecución de las sentencias de pena de muerte dictadas por el Consejo de guerra.

En Manila, en el mismo día, eran fusilados 6 reos condenados por el tribunal militar á tal pena, como autores del delito de rebelión y auxilio á los insurrectos de Bacoor y Cavile.

En las mismas fechas se sostenían combates tanto en la provincia de Bulacán como en las limitrofes de Manila y Cavile, muy frecuentemente.

Del librado en Meycauayan por el general Ríos sobre aquellas canteras y los barrios de Langca, el Gobernador general daba cuenta en los siguientes términos:

«MINISTRO GUERRA.

Manila, 17 Diciembre 1896.

»Sabiendo que canteras Meycauayan eran refugio y reducto más importante partidas Bulacán, dispuse que general Ríos, con 1.500 hombres, marchase sobre ellas. Ayer mañana atacó envolviendo posiciones defendidas con lantacas, de las que se posesionó en parte durante el día, acampando en ellas y terminando desalojar enemigo mañana hoy; destruyó sus trincheras, casas fortificadas y cosechas, dispersándoles. Dejó cuarenta y siete muertos al ver que se le envolvían posiciones; resistencia fué débil, aunque constante, retirando lantacas durante la noche. Quedó en nuestro poder un falconete. Nosotros, dos heridos.

»En Parañaque, después descubierta ayer y hoy, emboscadas preparadas, diez muertos enemigo, apoderándose convoy subsistencias con 149 carabaos. Sin bajas por nuestra parte.

»Hoy han sido fusilados esta capital siete reos sentenciados juicio sumarísimo por espías, y ayer lo fueron en Cavite veinte de los presos que se rebelaron en aquella cárcel asesinando alcaide y centinelas. — *Polavieja.*»

Para librar la importante acción de Meycauayan, el general Ríos formó dos columnas: una á sus propias órdenes; otra á las del coronel de Estado Mayor Sr. Barraquer; la vanguardia de esta última la constituían fuerzas á las órdenes del teniente coronel López Arteaga y del comandante de Estado Mayor Olaguer-Feliu, que tanto también se ha distinguido en esta campaña. La colta que enclavada en las canteras de Langca fué ocupada por los rebeldes, empujados por los soldados del 73, animados por el teniente Barrienlos, fué tomada por la fuerza á cuyo frente iba el coronel Barraquer, el teniente coronel L. Arteaga y

el comandame Olaguer-Fellu; esta fuerza marchó avanzando siempre por alturas que dominaban aquella cotia; y como este movimiento se combinaba con los demás, el cuerpo de la columna que iba al mando inmediato del general Ríos avanzaba al propio tiempo por Licion, en línea recta, pues con presteza, el capitán de ingenieros Angosto había sabido habilitar un puente para ello necesario. Cuando los rebeldes vieron perder en este avance, operado en la madrugada del 17, sus numerosas trincheras y destruidas sus collas y muchas casas, después de haber visto descender hacia la gran cotia y barrio de Langea, las fuerzas de Barraquer, López Arteaga y Olaguer-Fellu con la compañía Pardell y otra de cazadores, no esperaron más, sino que emprendieron fuga desordenada, dejando 47 muertos, como consigna el parte oficial que hemos transcrito, pero Revándose otros muchos, que no podían contarse por la gran extensión de los fuegos, no sólo de la vanguardia y cuerpo de la columna, sino de las líneas de flaqueadores mandadas por Trullens, Badell y Valderrama. Estas guerrillas causaron al enemigo muchas bajas: sólo dos heridos tuvo la fuerza del general Ríos, el cual, terminada aquella operación, por la que fué muy felicitado, dividió convenientemente las fuerzas, y marchó á San Fernando con los oficiales á sus órdenes y ayudantes, entre los cuales iban los Sres. Camus, Ihaz de la Cortina, valeroso teniente ayudante del escuadrón de voluntarios, y el ingeniero de montes Sr. Guillerna, adjunto á la brigada Ríos, con el principal objeto de levantar planos.

El teniente coronel López Arteaga, con el capitán de la Guardia civil Anrich, que se había distinguido mucho en aquella zona, regresó á la cabecera de Bulacán.

También tomaron parte en esta acción, peleando como buenos, los jóvenes oficiales Sres. Martínez Campos y Polavieja, revelando en aquella ocasión, cual seguramente sabrán hacerlo en todas, la noción que tienen del propio deber, agrandado por el lustre de los apellidos que llevan.

El destacamento de San Mateo batió hasta dispersarlos por completo hacia las sierras de Itosoboso numerosos grupos rebeldes que se habían atrincherado en el barrio de Bancal.

Una emboscada, hábilmente dispuesta en Las Piñas, hizo que el teniente Ovide, con unos cuantos guardias civiles y cazadores, pusieran en precipitada fuga grupos de rebeldes de Cavile, matando en la refriega dos cabecillas, uno de los cuales era el incendiario que prendió fuego á aquel pueblo, consiguiendo sólo que ardiese su propia casa y cuatro más.

El día 17, también fuerzas del general Jaramillo, mandadas por el capitán Ceballos, y que no eran más de 100 hombres, batían fuerte

parlida insurrecta en Nasugbú, causando al enemigo 36 muertos, sin tener los nuestros más que un herido y dos muertos. El Capitán general Polavieja felicitaba telegráficamente al capitán Ceballos.

En Malabong, fuerza de la Guardia civil al mando del teniente Bos (30 hombres) tuvo un encuentro con 80 rebeides fuertes en los cañaverales de los islotes de Dampalil y Gasac; 7 muertos se causaron á los insurrectos, sin que los nuestros experimentaran baja alguna.

El 19 sostuvo el leniente coronel Ruiz Capilla, que mandaba entonces la línea de Parañaque y Las Piñas, duro encuentro con una partida de 1.000 insurrectos, á quienes hizo más de 50 muertos en Bayuyunan: batiéronse los rebeldes con fusiles y lanlaças.

El general Lachambre participaba en el mismo día otro encuentro en Buluan, barrio de San Juan de Booboc (Batangas), en el que el teniente Villalla batió y dispersó una partida insurrecta de fuerzas muy superiores.

Quedaron en las mismas fechas completados los servicios de vigilancia en la zona balangueña que corresponde al gran Lago de Bombon, con las lanchas *Amelia* y *Consuelo*, que surcaban aquellas aguas al mando del alférez de navío Sr. Caveda.

El coronel Arizmendi cubría línea en el Bañadero.

El comandante general de La Laguna, Batangas, comunicaba desde Calamba el día 11 quedar establecida una línea telegráfica de campaña de 13 kilómetros, que desde el cuartel frente á Sanio Domingo iba á unirse á la línea general. Hacía grandes elogios del personal técnico, y singularmente de D. Marcial Pérez.

Obsérvanse en estos días bastantes deserciones entre los soldados indígenas. El Capitán general pedía relaciones de ellas y disponíase mezclar siempre la fuerza indígena con la peninsular. El movimiento de las columnas para apoyarse reciprocamente era admirable, y en medio del cúmulo de cosas á que había que atender, no se omitía detalle en los procedimientos: cuanto la ley pedía se cumplimentaba escrupulosamente. El día 13 se celebraba consejo de guerra para el juicio sumarísimo instruído á 7 rebeldes capturados en Bacoor, conduciendo efectos para los insurrectos de Imus, y se hacía acudir al acto al capitán municipal de Parañaque, al teniente de ganados y al juez de paz de Malibay.

La política de la guerra que se seguía era de verdadera templanza: advertíase á los jefes de columnas y destacamentos que por el solo hecho de observarse la incisión del pacto no se aprisionase á los tagalos, sino que se cerciorasen si aquella señal correspondía á algún inocente, que con violencia pudo sufrirla, y se dejase á los tales en libertad, aun cuando sujetos á vigilancia.

Consignamos siquiera á la ligera estos detalles, porque ellos contestan negando con la realidad de los hechos afirmaciones contrarias, dispensables por lo distantes que se han hecho de los lugares á que se refieren.

Notóse en estos días alguna agitación en la importante villa de Lipa, en Bataugas, y el coronel Pazos, que acudió á aquel lugar, regresó á Tanauan, dejando una compañía de guarnición en la citada localidad, que además estaba custodiada por fuerza de voluntarios mandados por el valeroso agustino cura párroco Fr. Domingo Laprieta.

Fuerza de artillería y una compañía de cazadores de la división Lachambre sostuvo combate entre Los Baños y Bay (La Laguna), derrolando al enemigo y apoderándose de tres lantacas cargadas. Los cuadrilleros de Biñan en el harrio Loma rechazaron el mismo día una partida insurrecta.

En estos mismos días 18 y 19 de Diciembre se creó una fuerza de voluntarios en Nueva Vizcaya. Patrullas de las fuerzas del general Rios vigilaban de continuo la línea férrea, y entre Guiguinto y Malolos sorprendieron grupos rebeldes á los que causaron 5 muertos. 1.000 insurrectos entraron en San Ildefonso incendiando la casa tribunal y el convento: el comandante Sarthou, que salió desde Ilaligua, los batió y dispersó: subleváronse en San José indígenas del 68 en número de 28 ó 30; uno de éstos cayó en poder de una columna que los persiguió en dirección de Meycauayan.

Un reconocimiento sobre Talisay, por fuerza del 74, causó al enemigo 12 muertos sin experimentar los nuestros baja alguna.

El comandante Albert batió en Majara grandes grupos rebeldes, causándoles 30 muertos. La columna Albert tuvo dos heridos y varios contusos, continuando su marcha y operando en combinación con otras dos, todas al mando del coronel del 74, sobre los montes de Anlipolo y Mariquina. En el de Baclás, y después de activa persecución, el teniente Maten, de la Guardia civil, batió el único grupo que quedaba de la disuelta partida capitaneada por M. Castillo.

En terrenos de Nasugluí, y á poco de la refriega sostenida por el capitán Ceballos, el de igual clase Tiscar batió al enemigo, causándole 23 muertos y apoderándose de 23 carretones de palay.

Emboscadas preparadas en inmediaciones de San Miguel de Mayumo y en Bocaue, en las que solían albergarse muchos rebeldes, causaron á éstos, en carga á la bayoneta, 14 muertos en el primer punto y 7 en Navaon-tialán, barrio perteneciente al segundo. Los nuestros, sin novedad alguna.

Cerca de Bermosa (Ilalaan), fuerza enviada por el coronel Barra-

quer batió denodadamente grupos rebeldes, á los que causó 17 muertos, cogiéndoles cinco caballos y muchas armas blancas.

La columna de Sania María cargó sobre el barrio del Cristo en la mañana del 24 do esle mes y batió y dispersó gruesa parlida que estaba atrincherándose en aquel lugar. Cuatro columnas se destacaron sobre Longa, en las márgenes del Calumpit, para impedir los movimientos de concentración que los insurrectos operaban en aquella zona. La de Olaguer-Ecliu atacó á los rebeldes en San José, batiéndolos y dispersándolos completamente, causándoles 51 muertos, cogiéndoles armas y municiones y destruyendo varias trincheras. El comandante Olaguer fué muy felicitado.

La columna del teniente coronel de la Guardia civil Oyarzábal, que operaba también muy activamente, alcanzó, batió y dispersó las fuerzas rebeldes que habían entrado en Nueva Écija y á las cuales persiguió desde Tarlac, en donde recibió refuerzo de 150 cazadores.

La columna de Baliuag batió al enemigo en el mismo día en el barrio de San Pedro y Bustos, causándole 7 muertos y destruyendo una fuerte barricada por aquél construída en el paso del puente de aquel lugar. No sufrieron los nuestros baja alguna.

Los destacamentos de Muntinlupa y Santolan rechazaron grandes grupos de rebeldes, causándoles bajas y apoderándose de armas y municiones.

El mismo día 24 prestó señalado servicio el teniente coronel Torres, gobernador de Tayabas, desarmando toda la fuerza de la Guardia civil indígena que allí había. Se comprobó plenamente la denuncia recibida de que dicha fuerza iba á sublevarse. Desde Lipa acudió á Tayabas una compañía, que llegó al día siguiente á Sariaya.

En Santol fué batida una partida insurrecta y diferentes grupos que se presentaron en los barrios próximos á Arayat.

Las columnas de Nueva Écija perseguían las partidas rebeldes con tenacidad hasta disolverlas ó hacerlas volver á Bulacán, continuando hasta la ensenada de Dungakan, por donde se creía podía efectuarse algún desembarco de armas para los insurrectos.

Perlenecientes al regimiento núm. 70, desertaron desde Tarlac algunos soldados de los que el activo coronel Camiñas había dejado enfermos.

En el barrio Balasa, que corresponde á la comandancia general del territorio limítrofe con Manila, libró combale con fuertes partidas reunidas el comandante Albert, causándoles 30 muertos y 7 heridos; 4 de éstos sufrieron los nuestros en tal encuentro, acaecido el día 26. En esta misma fecha se libró otro rudo combale en Dalayap: 2.000 insurrectos fueron balidos y dispersados dejando 98 muertos, mientras

que por nuestra parte tuvimos un oficial contuso y 3 soldados heridos.

Los rebeldes intentaron en este día asaltar el barrio Zapote, en Dinan. Fueron rechazados y perseguidos, cayendo prisionero un tal López Bernardino (a) *Dino*, uno de los autores del asalto al convento de Pagsanjan, en el día del alzamiento.

Soslovose por el destacamento de Calatagan un combate con grupos numerosos de rebeldes que iban mandados por el cabecilla Punsulan, el cual pereció en la refriega, victoriosa para los nuestros, como todas: 32 muertos se les hicieron.

Otra partida de más de 600 insurrectos fué batida y dispersada en las inmediaciones de Anlipolo por las fuerzas de cazadores y del 70, destacadas en Cainta, y el mismo día (22 de Diciembre) columnas del centro de Luzón castigaban á dos partidas más, una de las cuales intentó corlar la vía férrea entre Polo y Meycanayan, y la otra entrar de nuevo en San Miguel de Mayumo.

El capitán Anrich atacó en Bucaue, de la misma provincia de Bulacan, á numerosa partida rebelde que invadiera aquel pueblo y que se había hecho fuerte en el convento. Los rebeldes fueron desalojados de aquella provincia y batidos hasta su completa huida, habiéndoles causado la columna Anrich 80 bajas.

El coronel Marina batió en los días 22 y 23, en las inmediaciones del Nangea, una partida de rebeldes muy numerosa que mandaba Bermógenes Bautista, la cual dejó 27 muertos en el campo, llevándose muchos heridos. Nos pareció curiosa la orden hallada á uno de los rebeldes muertos en aquel combate; y se refiere á la petición de auxilios para librarlo. Dice así:

« General Bermógenes Bautista. En vista del parle dado por el capitán Atilano de que se hallan á nuestra vista fuerzas enemigas nuestras y de nuestro katipunán y que con ellos vienen muchas armas y un capellán contrario á nuestra causa, se servirá usted reunir toda su fuerza en nuestra real herrería. —Herrería, 20 de Diciembre de 1896. —Vuestro, N. C. P. (a) *Acorn*. »

Continuando las mismas fuerzas del coronel Marina la persecución de estos rebeldes, hallaron otra á la cual atacaron á la bayoneta desde el primer instante, haciéndole 43 muertos, en lugar próximo á Cainta.

El comandante Sarthon, en la divisoria de Itulacán y la Pumpanga, batió el día 24, con fuerzas del batallón de cazadores núm. 4, del regimiento núm. 68 y unos cuantos guardias civiles, gruesas partidas reunidas, á las cuales causó 357 bajas. Brillante operación fué esta, ejecutada en Dalayap, barrio de San Luis próximo á Baliuag y á terrenos de la Pampangu, como hemos dicho. En tal refriega sucumbió el

cabecilla Daniel de la Cruz, que no era tagalo, sino natural de Ilocos.

El comandante Albert sostuvo en las mismas fechas varios combates con los rebeldes entre Balara y Cruz Natigas (Mariquina) y en Calocan y Pasong-Tamó.

Se observaba el gran afán que tenían los rebeldes de apoderarse de quienes de entre ellos se presentaban á indulto, y secuestraban en estas fechas á todos cuantos podían, de los que en aquel caso se batían. Un grupo de insurrectos fraccionándose se apoderó de siete ú ocho de aquéllos en las inmediaciones de Malabong. El general Gadbis recorrió la zona, y las fuerzas que á sus órdenes operaban en el Norte de la provincia de Manila causaron en los últimos seis días de Diciembre 108 muertos á aquellos grupos tan criminales.

Los esfuerzos de los rebeldes para generalizar la insurrección eran constantes: lograron en estos días arribar á Marivcles y Bagag partidas insurrectas procedentes de Nasugbu. El coronel Barraquier distribuyó fuerzas para batirlas, y cumplimentando órdenes que recibiera, cubrió toda la parte Sur de Bataan, sin desatender Zambales, encomendada á su vigilancia.

Se comprenderá bien, aun con el tan incompleto extracto que vemos haciendo de las operaciones, la necesidad sentida de echar mano de todo recurso: y en estas mismas fechas, el Capitán general, Sr. Marqués de Polavieja, proponía al Sr. Ministro de la Guerra utilizar los servicios de los retirados en necesidades de las fuerzas voluntarias mientras durare la guerra, volviendo á su situación con los empleos y ventajas que obtuvieren. El Gobierno de S. M. concedió la autorización solicitada.

Las fuerzas del veterano general Jaramillo rechazaron en Balanay fuerte acometida de los rebeldes de Cavile. El mencionado general acudió á salvar aquel pueblo, amenazado de caer sobre él 3.000 insurrectos de Maragondón.

El coronel Pintos daba cuenta de haber librado un combate entre San Juan del Monte y Santolan: fuerzas de este último punto dispersaron gran grupo insurrecto, causándole 13 ó 20 bajas y cogiéndole un falconete y muchas armas blancas y municiones.

En otro reconocimiento practicado en la línea del Bañadero por el capitán de ingenieros Tejón Marín, cargó esto á la bayoneta sobre un grupo alrincherado, al cual le hizo 7 muertos y 12 heridos, apoderándose de la posición que ocupaba.

5.º *Despedida del general Blanco. Su espada de honor. Banquete de la colonia inglesa. Á bordo del León XIII.* — El electo jefe del cuartel militar de S. M. la Reina, el Capitán general D. Ramón Blanco Erenas, iba á

regresar á la Península en el vapor *León XIII*, que zarpaba el día 20 con aquel rumbo.

El general Blanco era en aquellos días muy visitado en su residencia de Malacañang. No fué de las menos solemnes la despedida que le hicieron los cuerpos de voluntarios. Al recibir á la numerosa representación del escuadrón de Manila, su comandante, el Sr. Itores Romero, expresó los sentimientos sinceros de respeto y afecto que la fuerza á sus órdenes guardaba al Sr. Marqués de Peña-Plata, contestando éste verdaderamente emocionado por salutación tan sentida. Iguales conmovedoras manifestaciones produjéronse al recibir á los voluntarios de infantería, á los que formaban las guerrillas y á las demás corporaciones civiles y militares.

Con un banquete que aun sólo llamado familiar (pues así lo deseaba el Marqués de Peña-Plata) resultó de gran tono, la colonia inglesa residente en Manila obsequió la noche antes del día de su embarque al señor general Blanco, asistiendo á tan agradable acto el nuevo Gobernador general, Marqués de Polavieja; el segundo Cabo, Sr. Zappino; el Gobernador civil, los ayudantes de los generales invitados, y numerosos representantes de la distinguida colonia inglesa, la cual debió quedar salisfechísima del resultado de aquella fiesta.

El Ayuntamiento de Manila había regalado al señor general Blanco, como tributo de admiración por sus victorias en Mindanao, una hermosa espada de honor; había ofrecido el Marqués de Peña-Plata al recibirla con agradecimiento rendirla á los pies de la Santa Virgen que se venera en Antipolo; pero surgió por aquellos días la formidable rebelión tagala, y, es claro, no pudo personalmente cumplir su voto el Marqués de Peña-Plata, acudiendo al santuario de Antipolo. Por ello, y con gran solemnidad religiosa, hizo la víspera de su marcha, entrega de aquella espada á los PP. Recoletos, que la depositaron en San Sebastián hasta conducirla á su sagrado destino.

La despedida tributada al señor general Blanco en la mañana del 20 de Diciembre fué afectuosa. Los elementos oficiales, y á la cabeza de ellos el nuevo Gobernador general, acudieron á los muelles de la capitanía del puerto, en donde la reglamentaria fuerza del Ejército con bandera y música y fuerzas de voluntarios hicieron los honores militares que correspondían á la alta jerarquía del ilustre viajero. La lancha de Malacañang, que le conducía á bordo del *León XIII*, fué convocada por las en que iban la comisión del Ayuntamiento y las numerosas representaciones de los voluntarios del escuadrón y batallón de Manila; por la que conducía al señor general de Marina; por las de las guerrillas de San Miguel y San Rafael, y por la *Anita*, que llevaba á su bordo á la principalia del gremio de sangieyes.

Dislingnidas damas do la sociedad de Manila habían acudido al *León XIII*, cuya exleusa cubierla resullaba escasa para contener el gran número de personas que rendían al ex Gobernador general de Filipinas el homenaje debido, no exclusivamente á la alta posición social, sino á los atributos de quien con justicia la ocupa. Así y todo, apreciando el caso con menos fuerza de modestia propia, el general Blanco podía echar de menos, leniendo en cuenta las vehemencias de nuestra raza, lo ruidoso de manifestaciones similares que conducian al frenesí á quienes las produjeran.

El general Blanco podía regresar á la Península con su conciencia tranquila, pero quejoso de la fortuna. ¿Por qué así?

Apuntada queda nuestra opinión en muy próximas anteriores páginas: el caudillo de Peña-Plata y de Marahuí tal vez precisaba ejercer el gran dominio que sobre sí mismo tiene para impedir la vislumbre siquiera de sus tristezas al abandonar aquel territorio de su honrado mando. Su política do prudencia, de templanza, de verdadera atracción, no había logrado evilar la liera ingratitud de los tagalos, cuya conducta ya está visto cuán ladina y solapada fué: la política suave del general Blanco interpretáronla mucho mejor los moros de Mindanao que los tagalos.

Y cuando la suma de medios para luchar situaba al Marqués de Peña-Plata en condiciones de lograr el castigo de los culpables, lo cual le hubiera proporcionado el estruendoso aplauso de aquellos que con más vehemencia (que también hay que considerar patriótica) pedíamos la que juzgábamos saludable mayor dureza, no podía querer el ilustre general abandonar aquel territorio tan perturbado.

Estamos seguros de que al *confort* que le brindaba la zona templada, el general Blanco habría preferido mil veces continuar en los rigores de la tórrida, y do que más atractivos para él tenía seguir ocupando tan frágil vivienda, cual la que le albergó en el campamento de Dalahican, que disfrutar su instalación, si no ampulosa, cómoda, en la calle de Juan de Mena.

6.º *Decreto del general Polavieja referente á la concentración de barrios.* — Respetando los verdaderos intereses del orden material y atendiendo á los del moral, intelectual y de orden público, el general Polavieja dictó á los pocos días de posesionado del mando de las islas un importantísimo decreto. Tal fué el referente á la concentración de los barrios á más de dos kilómetros de sus parroquias y tribunales situados. Abuso intolerable era, en efecto, la diseminación sistemática, generalizadísima, de tantos y tantos habitantes que sin intereses que

cuidar se apartaban de los centros de población con miras manifiestamente bastardas.

Burlar la acción de la justicia que los buscaba para hacer efectiva la responsabilidad criminal á que estaban afectos; burlar la acción administrativa, y librarse por ende del pago de cédulas que les correspondía; evitar las reducidísimas cargas municipales; prescindir del cumplimiento de todo deber religioso; fomentar el atraso, negando á sus hijos la debida instrucción; amparar á quienes iban á explotar la ignorancia de muchos campesinos, iniciándolos en las sectas de enemigos de la Patria y de la Religión; todos estos males producía la especial distribución rural de muchos vecindarios de algunos pueblos, y en plena insurrección sus males se agrandaban con la protección que los rebeldes lograban en los caseríos tan separados de los pueblos á que pertenecían.

La medida adoptada por el general Polavieja sobre tan interesante extremo fué muy bien recibida por la opinión sana, conocedora de las razones que de todo orden había para tomarla, sobre todo en la zona única á que iba á aplicarse, y que comprendía los territorios de las provincias de Bataán, Bulacán, Manila, Cavite, Morong, Laguna y Bataan.

El artículo 1.º del decreto que á la ligera analizamos imponía la obligación de concentrar al vecindario en los términos siguientes:

«1.º En el improrrogable plazo de quince días, contados desde la publicación de este decreto, los capitanes municipales, de acuerdo con los reverendos padres curas párrocos y auxiliados por cuatro delegados de la priuipaba, harán que sean trasladados é incorporados á los pueblos respectivos todos los barrios que en la actualidad se hallan situados á más de dos kilómetros de la iglesia parroquial. Lo mismo harán con todas las chozas y viviendas aisladas, aun cuando se hallen á menor distancia.»

Y el artículo 6.º determinaba las prudentes excepciones que reclama el complejo problema de la agrupación.

Dicho artículo decía literalmente:

«6.º Quedan exceptuados de las anteriores disposiciones: 1.º Los barrios constituidos por agrupaciones de más de cincuenta casas ó que representen intereses de consideración y carácter permanente, ya por contar con edificios de construcción sólida, explotar industrias de importancia ó reunir otras circunstancias para servir de base á la creación de nuevos pueblos ó proseguir las tareas del desmonte ó roturación de bosques. 2.º Los edificios y camarines destinados á contener maquinaria, guardar frutos ó albergar temporalmente á sus dueños y aparceros durante el período de las faenas agrícolas. 3.º Las

viviendas anejas á los vadeos ú otros servicios de utilidad pública.»

Señalábanse en el resto del articulado el modo y forma con que había de procederse á la traslación de las casas y dictaba reglas para instalarlas en los nuevos lugares, trazando los nuevos barrios según piden los sabios preceptos de la higiene especial de las poblaciones.

Este decreto fué, según hemos afirmado, muy aplaudido.

7.º *Varios combates.* — Continuaban los hechos de guerra sin interrupción.

El 23 sostuvo duro combate en el pueblo de San José (Bulacán) la columna al mando del comandante de Estado Mayor Olaguer-Feliu. Habíanse apoderado los rebeldes de Llanera, en número de 4.000, de aquel pueblo, fortificándose en él por medio de tres trincheras y ocupando la iglesia, el convento y todos los edificios sólidos. Olaguer los atacó denodadamente y los desalojó de ellas, dispersándolos por completo, causándoles 51 muertos y muchos heridos: 3 de los primeros y 13 de los segundos fueron las bajas sufridas por nuestra columna. A las órdenes de Olaguer pelearon con bravura aquel día Visiers, Otero, Valderrama, Sánchez Giralt, Fuentes, Barrientos, Lara y otros oficiales distinguidos que no recordamos bien.

Fuerzas de cazadores y del regimiento 70 del destacamento de Cavite batieron por completo 600 insurrectos en las proximidades de Taytay; se acuartelaban los rebeldes en un camarín del monte Majara. Nuestras tropas les causaron muchas bajas y destruyeron aquel alojamiento, que creían permanente, según las obras que hicieron en él.

Fuerza al mando del teniente Benítez persiguió numerosa partida que atacara el cuartel de Santo Domingo, en Calamba, causándole bastantes bajas y poniendo al enemigo en precipitada fuga hacia Silang.

Otro combate reñido se libró el día 23 en Muntinlupa: grandes partidas de insurrectos atacaron nuestro destacamento de aquel lugar: los tabiques todos del edificio de madera en que nuestras fuerzas se alojaban, fueron acribillados por las balas enemigas, una de las cuales mató instantáneamente al teniente de la Guardia civil D. Antonio Esteban. Los insurrectos eran en gran número; el jefe de nuestro destacamento hubo de disponer que los soldados hiciesen fuego, por mejor medio de defensa, desde las banquetas sobre el muro de cerramiento del cuartel; y viendo los rebeldes lo estéril de su empeño en tomar aquella posición, emprendieron retirada hacia San Pedro de Tunasan. El ruido del combate había advertido á los de Biñán (Laguna); y habiendo salido fuerzas del batallón cazadores núm. 1 y voluntarios, batieron al enemigo, á quien más tarde castigó duramente el comandante Carbó con fuerzas de cazadores núm. 7. En el ataque de Muntinlupa sufrieron los

rebeldes muchas bajas; los nuestros, el oficial Sr. Esteban y 6 heridos.

En reconocimiento practicado por el señor coronel Pintos, en la tarde del 24, tuvo un encuentro con los rebeldes entre Santolan y San Juan del Monte, causando al enemigo 5 muertos y 15 heridos, sin que los nuestros experimentaran baja alguna.

8. *Nochebuena.* — Las tropas solían ser agasajadas frecuentemente con patrióticos donativos que con particularidad les hacían el Casino de Manila, el alto comercio, los particulares y corporaciones; pero era menester conmemorar la Nochebuena; y aun cuando el soldado español no siente la nostalgia de su cuna cuando ha de cumplir su deber lejos de ella, bueno era llevar aquella noche á su cuartel ó al campamento un recuerdo de liesla tan expansiva en los hogares de nuestra madre Patria.

La generosa artilud de los peninsulares era tal, que sólo en virtud de unas pocas líneas por nosotros escritas y llevadas á las columnas de *El Comercio* solicitando un *aguinaldo para los soldados*, condujeron á los cuarteles, deslucamientos y columnas, importante refuerzo á las vituallas que por la espontánea iniciativa de los donantes se habían enviado á la capitania general para ser distribuidas entre las tropas. De efectuar el reparto de aquellas que por nuestra cariñosa excitación se reunieron, quedaron encargadas las corporaciones religiosas, las cuales por su parte obsequiaron á nuestro valeroso Ejército muy cumplidamente.

9. *Una circular del general Polavieja. Su decreto suspendiendo las elecciones municipales.* — Es el general Polavieja hombre de gran entendimiento y voluntad, además de valeroso y prudente. Desde su llegada á Manila trabajaba con inconcebible asiduidad: es muy probable que aquel exceso de actividades intelectuales que desdoblaba, y que al pronto no conmovieron su organismo, ya quebrantado por la enervadora acción de los climas cálidos, fuese responsable de los trastornos que más tarde experimentó, relacionados con sus anteriores padeceres.

Ítápido para el concepto y de retentiva excepcional, el general Polavieja pudo en pocos días aquilatar y agrandar la noción que del Archipiélago filipino tenía adquirida. Sus alocuciones al posesionarse del mandu dieron ya fórmula que trazaba la órbita en que había de girar su celosa gestión; pero quiso sin duda el general Polavieja, después de estudiar, meditar y resolver el plan militar que había de llevar á cabo, fijar bien á las claras la conducta á que la administración pública debía atenerse: para ello dictaba importante circular, reflejo fiel de

su pensamiento y de su acción constante y notoria, porque en la honradez del Marqués de Polavieja no puede caber la hipótesis siquiera de una discordancia entre lo que siente y lo que dice, ni entre lo que dice y lo que hace.

En deseos de que nuestros benévolos lectores no se priven de un dato más para juzgar; ofrecemos á continuación el texto literal del documento á que nos referimos, y que dice así:

«GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS.—Las circunstancias extraordinarias en que se encuentran estas islas, hacen necesario que me dirija á V. S. para indicarle someramente las más principales reglas de conducta á que ha de ajustar sus actos como autoridad del territorio que está encomendado á su gestión.

»La perturbación moral que se nota en este Archipiélago desde que en algún punto de su extenso territorio se ha alterado el orden público, es de todo punto necesario que desaparezca inmediatamente, y para conseguirlo no escatimará V. S. ni su consejo amistoso, ni el ejemplo de sus actos, que han de reflejar fielmente la confianza que es necesario inspirar á todas las clases sociales, ni siquiera aquellos otros procedimientos de prudente energía que fueran precisos para conseguir que todos los habitantes se dediquen, no sólo á sus habituales ocupaciones agrícolas, industriales y de comercio, sino á sus tradicionales fiestas y recreaciones; teniendo muy presente que para conseguir aquel objeto con mayor prontitud y eficacia, nada tan á propósito ha de encontrar V. S. como mantener y excitar los sentimientos de respeto y prestigios que se deben á nuestra Religión.

»La causa más honda é importante de esa perturbación que se nota en estos pueblos débese principalmente al desarrollo y arraigo que en algunas regiones han adquirido las asociaciones secretas de todo género, por lo cual este Gobierno general recomienda á V. S. muy especialmente que por todos los medios que su celo y patriotismo le sugieran, persiga y destruya tan funestas sociedades, que por el hecho de ser secretas son ilícitas y penadas por la ley, y por los fines reales ó aparentes que se proponen, contrarias á la Religión y á la Patria. No se le ocultará, por tanto, la imperiosa necesidad que existe de proceder en esta cuestión con la prudente y enérgica rapidez de acción, siempre compatibles con la serenidad de juicio y discreción necesarias para evitar injusticias.

»Nada hay tan eficaz para mantener los prestigios de la autoridad como la práctica constante de purísima moralidad en todos los órdenes de la Administración pública, razón por la cual este Gobierno general está resuelto á ser inexorable con todos los que siquiera vacilen en

asuntos de esta naturaleza, siendo, por tanto, imprescindible que V. S., como representante de mi Autoridad, extreme su vigilancia, aplicando la ley con todos sus rigores y dando cuenta á este Gobierno general de todo lo que se relacione con esta importantísima cuestión.

«Pero no basta á las autoridades y agentes del Gobierno de todos órdenes mantener constantemente la pureza de su gestión pública, sino que es necesario que reflejen además en toda su conducta la serenidad y abnegación que el Rey y la Patria tienen derecho á esperar de todos, sin abandonando jamás sus puestos, aun cuando se presenten circunstancias difíciles, que tienen la obligación de afrontar y resolver con honra personal, de la Patria y del Rey.

«Para las relaciones con sus gobernados ha de inspirarse V. S. en mi alocución dirigida á los habitantes de estas Islas, que refleja mis procedimientos y mi criterio con respecto al afecto y protección que ha de demostrarse á los leales y al rigor y energía que deben emplearse con los traidores de su Rey y de su Patria, distinguiendo los que lo sean por maldad, de aquellos otros que fueron arrastrados por ignorancia y por engaño.

«De la presente circular se servirá V. S. acusar el oportuno recibo.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Manila, 25 de Diciembre de 1896.»

Durante este último mes de 1896 habian de hacerse elecciones municipales, la renovación de una parte de los tribunales de los pueblos, con arreglo á lo preceptuado en el Real decreto de 19 de Mayo de 1823, con arreglo á la ley Maura, según allí generalmente se dice. El art. 1.º de este Real decreto puntualiza bien claramente el procedimiento para verificarse tal renovación electiva ante el tribunal municipal completo, con asistencia del reverendo ó devoto cura párroco, con cuyo visto bueno y el del capitán municipal, el acta de elección se remite al gobernador de la provincia, quien da cuenta al Gobernador general.

Aun estando, según lo está la citada ley, provista de medios de gobierno, en circunstancias tan turbulentas, cuales las que alteraban la paz pública, no podía tener aplicación; y entendiéndolo así, sin duda, el Gobernador general, Sr. Marqués de Polavieja, dictó un decreto suspendiendo las elecciones, ocurriendo á la imperiosa necesidad de que á los tribunales municipales acudiesen indígenas de reconocida fidelidad á la causa de la Patria, aunque fuese sin el voto de las principales, que, influenciadas por los acontecimientos, hacian correr el riesgo de una mala elección.

El decreto interesante á que nos referimos decia literalmente:

«Manila, 24 de Diciembre de 1896.

»En atención á las dificultades que á causa de la insurrección se han ocasionado en algunas provincias de la isla de Luzón para llevar á efecto la renovación de una parte de los tribunales municipales en la forma que preceptúa el art. 10 del Real decreto de 19 de Mayo de 1893, y en uso de las atribuciones que me están conferidas, vengo en decretar lo siguiente:

»Artículo 1.º Se suspenden las elecciones que deben tener lugar durante el presente mes de Diciembre para la renovación de la tercera parte de los cargos que constituyen los tribunales municipales en los pueblos en que no se hayan verificado en esta fecha, pertenecientes á las provincias de Manila, Bulacán, Pampanga, Nueva Écija, La Laguna, Tartac, Cavite, Bataan y Zambales, sobre las cuales existe la declaración de estado de guerra.

»Art. 2.º Los gobernadores de las provincias citadas propondrán á este Gobierno general el cese de los municipales que por cualquier causa no deban continuar formando parte de los tribunales, y al mismo tiempo el nombramiento de los que hayan de sustituirles, interin duren las actuales circunstancias y se puede dar debido cumplimiento á la ley.

»Las propuestas por estos nombramientos, serán acompañadas de los informes de los RR. ó DD. curas párrocos y de todas aquellas entidades que para mayor ilustración juzguen conveniente oír los referidos gobernadores.

»Publíquese y dese cuenta al Ministerio de Ultramar. — *Polavieja.*»

Tanto el preinserto decreto, cuanto la circular que le antecede, sintetizaban por parte del señor general Polavieja un concepto exactamente concordante con el formado por todo el elemento peninsular: no se marcó la más mínima diferencia de criterio entre el uno y el otro; para todos los españoles eran objeto de aplauso las justas, justísimas disposiciones del Gobernador general.



CAPÍTULO X

Continúa la síntesis de los principales acaecimientos en el mes de Diciembre de 1896.

1.º Asesinato de los RR. PP. curas párrocos de Morón y Bagac. Combates en aquellos lugares. — 2.º Consejo de guerra para ver y fallar la causa contra D. José Rizal. Sentencia y ejecución de la pena de muerte que se le impuso. — 3.º Otras sentencias y ejecuciones de la misma pena. Importante resolución dictada por el Capitán general, Sr. Marqués de Polavieja, referente a la administración de justicia. — 4.º Otro importante Consejo de guerra referente a los de Camarines. — 5.º Conspiración en Bulacán. Consejo de guerra de oficiales generales. Caballos de Austroliu. Más tropas expedicionarias. — 6.º El general Polavieja visita Cavite y el campamento de Dalahican.

1. *Asesinato de los RR. PP. curas párrocos de Morón y Bagac. Combates en aquellos lugares.* — Reprehensible crimen y en lugar sagrado se cometió en la madrugada del 23 en Morón, pequeño pueblo habilitado por pescadores, en la costa de Bataan. El bondadoso cura párroco de aquel pueblo, reverendo padre Fr. Domingo Cadurejas, de la Orden de Recoletos, estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, cuando la población fué asaltada por una partida rebelde, que la saqueó totalmente: del mueblaje del convento nada quedó. Fieramente asesinado el R. cura párroco, con salvaje regocijo exhibieron los infames autores de tan enorme crimen el cadáver de aquel mártir, cuya preciosa sangre salpicó los paños sagrados del altar y tiñó su pavimento, bollado por la sacrilega planta de los frenéticos sectarios del Catipunan, los cuales, al prepararse a huir después de cometer tan enorme crimen, debajo de unos maderámenes que había en la misma iglesia colocaron el cadáver fragmentado del virtuoso mencionado padre recoleto. En aquel mismo sitio le reconoció el médico del *Cristina* Sr. Piso, el cual iba acompañado del

contador del mismo barco Sr. Solorzano, voluntario de aquella expedición, que en el vapor *Alerta* destacó sobre el puerto de Morón el distinguido comandante del crucero, Sr. Cadarso. Era éste conocedor del vandálico hecho, por noticia que á Olongapó llevara un capitán pasado. Con las fuerzas de la dotación del *Cristina* al mando del alférez de navío D. Carlos Pineda, uniéronse en el *Alerta* 30 soldados indígenas que, al mando de un capitán, pertenecían á la columna Barraquer y que por éste habían sido enviados.

Navegadas las 14 millas que separan Olongapó de Morón, estas fuerzas sostuvieron combate con los rebeldes, hasta que éstos se dispersaron por completo; mas una y otra vez fueron castigados, porque el coronel Barraquer, fraccionando su columna, con el comandante Baquero y otras al mando de los capitanes Burguele, Alarcón, Estévez y Lassen, operó un movimiento de persecución que desterró á las partidas rebeldes, pues muy mermadas se diseminaron por los inaccesibles picos de Mariveles.

Los crues asesinos, que entraron en Orani y en Hermosa, secuestraron también y mataron al P. San Juan, cura párroco de Bagac, pequeño pueblo que en tiempos perteneciera cu lo civil y eclesiástico al de Morón. En las inmediaciones de aquél los batió el capitán Burguete, obteniendo la victoria de que desde Orani dió cuenta á Manila el coronel Barraquer.

2.º *Consejo de guerra para ver y fallar la causa contra D. José Rizal y Mercado. Sentencia y ejecución de la pena de muerte que se le impuso.* — Para juzgar á Rizal, verificóse el día 26 el Consejo de guerra correspondiente: lo presidió el teniente coronel de caballería D. José Togores.

El espacioso local destinado en el cuartel de España á la celebración del Consejo de guerra de que se trata, resultó escaso para contener el gran número de personas que deseaban presenciar el acto. Acto en realidad solemne, en el cual pudo aprenderse por completo todo lo concerniente á la rebelión de los tagalos generada por la Liga Filipina de Rizal.

No acertamos á explicarnos por qué suerte de consideraciones, del orden técnico y de conveniencia social, deje de estar informada la opinión pública á estas horas, aunque éstas lo sean de guerra todavía, con el conocimiento delallado de la causa seguida por la justicia militar contra el médico indígena D. José Rizal y Mercado.

La publicación de los detalles de tal proceso impediría cu absoluto el menor desacuerdo entre la fantasía (facultad de la imaginación que priva tanto en nuestra raza) y la realidad de los hechos.

Del conocimiento de la verdad, por triste que ésta sea, siempre se

derivan provechosas enseñanzas: jamás pueden tener igual carácter las falsas que resulten del desconocimiento de los hechos.

El Dr. Rizal, que iba á ser juzgado en aquellos días, estaba acusado de los delitos de *rebelión, sedición y asociaciones ilícitas*. Los actos de Rizal habíanse hecho muy públicos: ¿eran tantos y tantos quienes los conocían! Pero las inulagatorias del acusado y las declaraciones de cargo contra el mismo, por el juzgado militar recibidas, vinieron á ofrecer una resultancia tan clara para fallar, que bastara el común sentido para efectuarlo en justicia con arreglo á los preceptos de la ley escrita.

Y al unisono, se aplaudió en aquel entonces por todos la acción de esta, con sus tristes severidades indispensables á la humana sociedad.

El teniente auditor Sr. Alcocer formuló brillante acusación fiscal. Después de bosquejar con mano maestra el triste desolador cuadro de la insurrección filipina, ofrecido por la ingratitud de millares de indígenas contra la dominación española, que tanto los ha enaltecido, dibujó con rara perfección la persona de Rizal, demostrando hasta la evidencia que los constantes trabajos de este agitador del elemento indígena, fueron siempre encaminados á lograr la independencia de las islas por toda clase de medios. El luminoso dictamen acusación á que nos referimos analizaba cuanto Rizal produjera contra la Patria desde que cumplió los 19 años de edad el tan funesto propagandista. Después de la oda con que acudió al certamen de 1879, no cesó el laborante tagalo en su predicación contra la soberanía de España en Filipinas: su novela publicada con pie de imprenta en Berlín, y titulada *Noli me tangere*, es una diatriba constante contra la Religión católica, á la que escarnece, y contra las personas y cosas de la Administración española; al frenesí llega en la expresión del concepto que le merecíamos los españoles, á quienes nos llama *moscas y coludos y canallas*, saludándonos con otros dísticos de no menor audaz injuria y calumnia. En el vertigo de sus odios contra nosotros los españoles, Rizal fué desde Manila en el año de 1888 al Japón, y de allí vino á Madrid, y desde aquí fue á París y después á Londres para volver á la corte de España, en cuyas capitales hizo, en una ó en otra forma, siempre manifiestamente activa propaganda filibustera.

Otra producción literaria de Rizal fué *El Filibusterismo*, libro que no desarrolla otro tema que el de ensalzar la memoria de los tres curas indígenas que sufrieron la pena de muerte por haber tomado tan activa parte en la insurrección de Cavite de 1872. En tal libro amenaza Rizal á la nación española, porque no dejó impune el atentado que contra la soberanía de la misma cometieron aquellos clérigos (que también quisieron degollar á los castillos), y á quienes Rizal apellidaba *máctires*.

En 1892 obtenía por la inconmensurable magnanimidad de nuestros poderes públicos el indulto de su familia, que estaba deportada, y premió tal merced del modo que ya dijimos al hablar de *La Liga Filipina*, es decir, creando ésta, que fué el primer jalón, propiamente dicho, del actual movimiento separatista.

El fiscal discurre por modo convincente acerca de la influencia perniciosa que las logias masónicas ejercieron sobre los indígenas, destruyendo entre ellos las creencias religiosas; para lograrlo venían aquéllas trabajando con gran insistencia, llegando á instalarse cerca de 200 en el Archipiélago.

El elocuente acusador fiscal Sr. Alcocer estudiaba luego la Liga Filipina y señalaba el primordial objeto de la misma, que fué *allegar recursos para los gastos del levantamiento en armas á fin de conseguir la independencia de las islas*.

En la reunión celebrada en la casa de Doroteo Ong-Pingco, y á la cual asistieron tantos indígenas pudientes, Rizal, según propia manifestación que consta en su indagatoria, dijo, entre otras muchas cosas, que *era importantísimo el establecimiento de la Liga Filipina conforme al reglamento de que era autor* (ya desde Hong-Kong había lo remitido á Moisés Salvador, que residía en Manila), *y por este medio levantar las artes y el comercio, porque el pueblo, siendo rico y estando unido, conseguiría su libertad y hasta su independencia*.

Si por la propia confesión de Rizal resulta esto probado en autos, también lo está por muchas declaraciones prestadas, y entre ocho ó diez de las principales destácase la de Martin Constantino puntualizando por completo el plan y afirmando que el objeto de aquella asociación era *matar á los españoles y proclamar la independencia del país*: que Rizal era el jefe supremo, presidente honorario del Calipunan, y que su retrato figuraba en el salón de actos de aquella asociación.

Explica el fiscal, teniente auditor, la organización de la Liga, de la cual ya nosotros en capítulos anteriores hemos dado pobre síntesis, y demuestra la importancia de las explicaciones dadas por Rizal á preguntas que el juez instructor le hiciera respecto á las conferencias que en su destierro de Dapitan tuvo aquel agitador médico tagalo con personas de significación complicadas en estos tristes sucesos. So pretexto de que iban á consultarle supuestas dolencias, á Dapitan acudieron los que más tarde resultaron jefes del movimiento.

Rizal agravó con sus propias declaraciones su situación: dijo á su compañero Valenzuela, cuando fué éste á darle cuenta de que se proyectaba el alzamiento, que éste era premafuro, que debía esperarse *hasta disponer de armas y barcos*. El gran agitador de las pasiones populares contra la madre Patria, el principal culpable de la rebelión, pen-

saba sin duda poder exculparse con aquella manifestación, sin pararse á pensar de qué suerte enseña la historia cuán difícil es detener la marcha de un movimiento de tal naturaleza ya iniciado, y de qué suerte sus promovedores perecieron siempre arrollados por él. Nada podía amenguar las responsabilidades á que Rizal se habia hecho acreedor: aquellas demoras que aconsejó para alzarse en armas no eran parada ó retroceso en sus designios de efectuarlo, *porque Rizal continuó la obra de propaganda filibustera, exprimiendo momento propicio para asegurar el éxito del levantamiento, y ésto se adelantó.*

¿Por el descubrimiento hecho en virtud de las revelaciones de Patiño? ¿Por las ambiciones de Andrés Bonifacio?

De cualquier modo y de todos, Rizal era el promovedor principal del delito de rebelión, y la pena que para tal delito señala el Código era la pena de muerte.

La dirección suprema de la insurrección filipina estuvo siempre vinculada en la persona de Rizal. ¿Quién podría invalidar las declaraciones testimoniadas en la causa, vertidas por Alejandro Reyes, Moisés Salvador, José Dizón, Pedro Serrano, Pío Valenzuela, Martín Constantino y Aguedo del Rosario, Deodalo Arellano y tantos otros?

Rizal, pues, habia de satisfacer á la justicia el tributo de que le era debido. Los dos delitos de que el fiscal le acusaba quedaban en la causa perfectamente comprobados. Asociaciones ilícitas y el de haber promovido e inducido con sus continuos trabajos (muy bien relatados en el dictamen de que nos ocupamos) la rebelión tagala. En ambos delitos tenia el acusado la participación de *autor* (según las declaraciones de sus compatriotas), con circunstancia agravante y sin ninguna atenuante.

En su consecuencia, el fiscal, en nombre del Rey, pidió la pena de muerte para D. José Rizal y Mercado, como autor de los expresados delitos: en el caso de indulto, no podrían remitirse las accesorias de inhabilitación absoluta perpetua y sujeción de aquél á la vigilancia de la autoridad por el tiempo de su vida, debiendo satisfacer en concepto de indemnización la cantidad de veinte mil pesos: todo con arreglo al Código penal vigente en el Archipiélago.

Lo más fielmente que sabemos, venimos sintetizando el notable dictamen del teniente auditor fiscal Sr. Aleocer; pero no podemos resistir al deseo de que nuestros benévolo lectores conozcan lo que, según nuestras notas, constituyó el final del elocuente sentido dictamen á que nos referimos. Decía el párrafo final de éste: «Vais á decidir, desempeñando la augusta misión de jueces, de la suerte futura de don José Rizal; pero tened presente que en esos solemnes momentos os piden justicia las muchas víctimas que, con motivo del actual movimiento insurreccional, duermen el sueño eterno en esta tierra que

» siempre debe ser española; que asimismo os piden justicia esas esposas é hijas de pundonorosos oficiales villanamente ultrajadas por una imbecilidad desenfrenada y cruel; que os piden justicia millares de madres que, con el llanto en los ojos y la angustia en el corazón, siguen paso á paso los accidentes de esta campaña, pensando consolalemente en sus hijos, que con la bravura propia del soldado español, luchan sufriendo los rigores de un clima tropical y las asechanzas de una guerra traidora, por defender el honor y la integridad de la Patria; y, por último, que os pide justicia el fiscal, como representante de la ley.» Así terminaba la notable acusación, por absoluta unanimidad de pareceres encomiada.

Vino después una hábil defensa del reo, hecha por el primer teniente de artillería D. Luis Taviel de Andrade, quien, á pesar de sus esfuerzos, de nada alenuador pudo á nadie convencer; é invitado Rizal á que añadiese cuanto le pareciera, en débiles frases intentó en vano desvirtuar las acusaciones de sus paisanos, evidenciando el principal papel que él tuviera en la rebelión.

Y terminó la vista pública, reuniéndose el Consejo á deliberar secretamente por espacio de hora y media.

Pronto se conoció la sentencia de muerte dictada por el Consejo de guerra y firmada por el Capitán general. El 29 se dispuso en la orden de la plaza lo necesario para que fuese ejecutada á las siete de la mañana del siguiente día 30.

Personalmente jamás tratamos á Rizal: conocíamos sus injustos enconos contra los españoles; aun antes de producir este agitador las fórmulas abominables de su Liga Filipina para alcanzar la independencia de aquellas islas, eran muy sabidas las despreciativas frases que sin recalo en muchas ocasiones vertió contra España y contra los españoles.

Pero acudimos á la Real Fuerza de Santiago, lugar de su prisión, y allí averiguamos de qué modo en las últimas horas de su existencia, y después de sostenida lucha entre las pasiones que desde la juventud se habían apoderado de aquel espíritu ambicioso, y la vislumbre, que ya bastaba, ó el gran rellejo de las verdades opuestas á los enormes errores en que vivió, Rizal dió muestras de arrepentimiento. Tal éxito alcanzó la obra perseverantemente ejecutada por los PP. de la Compañía de Jesús, que nos parece recordar fueron los padres March y Vilaclara, además del P. Roseli, á quien nosotros mismos vimos en tan santa labor ocupadísimo. Rizal escribió de su puño y letra solemne retractación, que decía literalmente así:

«Me declaro católico, y en esta religión en que nací y me eduqué quiero vivir y morir.

«Me retracto de todo corazón de cuanto en mis palabras, escritos, impresos y conducta ha habido contrario á mis cualidades de hijo de la Iglesia Católica. Creo y profeso cuanto ella enseña y me someto á cuanto ella manda. Abomino de la masonería, como enemiga que es de la Iglesia, y como sociedad prohibida por la Iglesia. Puede el prelado diocesano, como autoridad superior eclesiástica, hacer pública esta manifestación espontánea mía, para reparar el escándalo que mis actos hayan podido causar y para que Dios y los hombres me perdonen.

«Manila, 29 de Diciembre de 1896. — *José Rizal*. — El jefe del piquete, *Juan del Fresno*. — El ayudante de plaza, *Eloy Maure*. »

Rizal se confesó, recibió la sagrada comunión, y á presencia del jefe y oficiales de la fuerza contrajo matrimonio con Doña Josefina Bracken.

Conducido al lugar señalado, y sin haberse producido acontecimiento alguno por más que eran de bullo los que se predecían, verificóse la ejecución, siendo este reo fusilado de pie, pues no quiso arrodillarse.

Dios, en su bondad infinita, se habrá apiadado del alma de Rizal, cooperando tal vez á la salvación de la misma el perdón que desde la gloria le hayan otorgado las almas generosas del gran número de españoles, religiosos y seglares, que perdieron sus preciosas vidas por los planes criminosos del desdichado iluso médico tagalo.

3. *Otras ejecuciones de la misma pena. Importante resolución dictada por el Capitán general Sr. Polavirja referente á la administración de justicia.* — Aunque allucivas para el ánimo, relacionadas con la magnitud de los crímenes cometidos por los rebeldes tagalos, no eran muchas las ejecuciones de pena de muerte que se llevaban á cabo; pero como todas estas se efectuaban en el mismo lugar y sitio, Manila venía presenciando el triste espectáculo á que nos referimos con dolorosa frecuencia.

Desde el 3 de Noviembre, en que se fusiló al paisano Honorato Onrubia, el de la gran traición del semáforo en el seno de Balayán, hasta el 30 de Diciembre, en que fué fusilado Rizal, habían sufrido igual pena por delitos también de traición otros individuos: el 14 de este último mes, Procopio Evangelista, Francisco Ismael y Pedro Torres fueron ejecutados en garrote vil por robo en cuadrilla y doble homicidio; el día 16, los reos Gregorio Jacob, Antonio Portucas, Mateo Gasmin y Florentino Jacob; fueron fusilados el 17, por el delito de rebelión, León de los Santos, León Valerio, Gaspar de los Santos, Agatón de la Cruz, Maximino Austria, Nicolás y Vicente Márquez, y por rebelión y espionaje Cuartio Bono Gaspar.

Para evitar en lo posible espectáculo tan triste, debiendo hacer más

efectiva la ejemplaridad de la pena, así como para atender á otros interesantes extremos, el general Polavieja dictó resolución que, por corresponder al grupo de las que marcan verdadera iniciativa y criterio propio, vémonos precisados á reproducir en texto literal, que es el siguiente :

«La concentración en esta capital de cuantos individuos son en provincias detenidos ó presos, en concepto de presuntos complicados en la actual rebelión, es origen de graves dificultades para la ordenada administración de justicia, obstáculo para el buen régimen interior de las prisiones y hasta barrera infranqueable al restablecimiento de la paz moral en esta sociedad harto agitada.

»Necesitado el espíritu público del reposo perdido meses há, no conseguirá recuperarlo interin su atención esté solicitada por el doloroso y horrible espectáculo de continuas ejecuciones de pena capital; cumplido el fallo de la ley á larga distancia del lugar en que su imperio fué desconocido, aménguase la ejemplaridad de la pena, desconociendo uno de sus principales fines; confundidos centenares de procesados en locales fallos de seguridad y de higiene, corre tanto riesgo la salud pública como el éxito feliz de actuaciones que reclaman severa incomunicación y eficaz custodia; distribuidos los preferentes servicios de la administración de justicia entre los jefes y oficiales residentes en Manila, se les recarga con penoso y asiduo trabajo que en creciente aumento retarda la inslanciación y término de procesos importantísimos; y convertida, en fin, la capital en único centro de que irradia la justicia, siéntese en los demás pueblos filipinos débil y tardío el imperio de la ley.

»Tan graves males reclaman pronto y urgente remedio: y con el fin de conseguirlo, he tenido á bien disponer lo siguiente:

»1.º Los comandantes generales de fuerzas en operaciones, y donde éstos no residan, la autoridad militar jefe de cuerpo, ó el de mayor graduación con mando de tropas, ordenarán la instrucción de causa por todo delito de que tuvieren conocimiento, si, con arreglo á las disposiciones del Código de Justicia militar ó á los bandos vigentes, debiese someterse á la jurisdicción de Guerra, nombrando al efecto juez instructor y secretario, sin perjuicio de darme inmediato conocimiento de la prevención de la causa y de dichos nombramientos, para mi aprobación cuando sea procedente.

»2.º Los detenidos como presuntos reos de los delitos á que se refiere el artículo anterior serán puestos sin pérdida de tiempo á disposición de las respectivas autoridades ó jefes militares, cualquiera que sea la autoridad que haya ordenado la detención y el carácter y de-

pendencia de la fuerza pública ó de los agentes que hayan efectuado la aprehensión, ingresando los detenidos en la cárcel ó local destinado á este efecto en la población, si ofreciere las necesarias condiciones de seguridad, ó en la de la cabecera de la provincia en otro caso, ó en el que así lo disponga la autoridad militar.

«3. Los jueces ó instructores podrán detener por sí mismos á los presuntos culpables ó encomendar directamente su captura á todas las autoridades y agentes de las mismas, así como á la Guardia civil, que sin dilación ni excusas llevarán á efecto la aprehensión: en la inteligencia de que si no llegara á realizarse por negligencia ó falta de celo de los encargados de tan importante servicio, les exigirá la más estrecha responsabilidad.

«4. Los mismos jueces instructores procederán por sí mismos, ó darán directamente comisión á otras autoridades ó á sus agentes para que procedan al registro de habitaciones, examen de documentos y demás diligencias judiciales que procedan, con las formalidades que las leyes procesales prescriben y son de observar en tiempo de guerra.

«5. Los expresados jueces sustanciarán con el mayor celo los procesos á que estas prescripciones se refieren, prescindiendo de diligencias inútiles é incoando desde luego la correspondiente pieza de embargo por cada procesado, teniendo presente, para acordar la cuantía de aquel, que el Estado ha de indemnizarse en lo posible de los cuantiosos sacrificios que la rebelión le impone.

«6. Tan pronto como las causas se encuentren en estado de consulta, en los diferentes periodos que ésta procede, se me remitirán sin dilación por conducto del mismo juez instructor, del secretario ó del oficial á quien comisione para este servicio la autoridad militar.

«7. Las causas se instruirán en la localidad en que se hallen los presos, siempre que por mi autoridad no se disponga lo contrario.

«En la misma localidad se celebrarán los correspondientes consejos de guerra y se llevarán á ejecución las sentencias firmes.

«8. Las autoridades y jefes militares á que se refiere el artículo primero solicitarán de mi autoridad, utilizando los medios más rápidos de comunicación, los jueces instructores, fiscales, secretarios, vocales de consejos de guerra, asesores y cuantos elementos necesiten para la más rápida y ordenada administración de justicia, remitiéndome los procesos inmediatamente después de dictada la sentencia, á fin de que no se demore la aprobación de ésta, cuando esté arreglada á las leyes.

«9. Las mismas autoridades y los jefes militares ofrecerán á los moradores pacíficos de las localidades y campos de su respectivo mando la más firme garantía de que no se les causarán molestias innecesarias ni se les inferirá el menor daño en sus bienes, y castigarán con

el mayor rigor cuantos abusos se cometan contra las personas ó la propiedad como infracciones de la severa disciplina que debo mantenerse en las tropas.

» Y 10. Todas las diligencias que se instruyan por hechos relacionados con la actual rebelión tendrán desde el primer momento carácter judicial, y, al efecto, cuando no hubiere disponible jefe ú oficial para ejercer el cargo de juez, practicará las actuaciones el juzgado ordinario, auxiliando en todo caso las demás autoridades á la judicial.

» Manila, 25 de Diciembre de 1896. — Camilo G. de Polacieza. »

Sólo la lectura del documento que acabamos de transcribir da cabal idea de lo conveniente que habla de resultar su estricta aplicación; y así aconteció.

4.º Otro importante Consejo de guerra referente á lo de Camarines. — El día 20 de Diciembre se celebró otro Consejo de guerra para ver y fallar la causa seguida por delito de rebelión contra los clérigos indios Severiano Díaz, cura párroco de la catedral de Nueva Cáceres; Inocencio Herrera, coadjutor, y Gabriel Prieto, párroco de Malinao, del Malinao de Albay, no del pueblo que hoya igual nombro en las Bisayas. Las dos localidades son importantes por su población y riqueza. Respecto del Malinao á que nos referimos, del do Albay, diócesis de Nueva Cáceres, debemos decir que sólo los dos barrios que tiene como anexos, Quinali y Sipit, habrían de satisfacer, si la tributación en Filipinas fuese cual la de la Península, la cantidad que al Tesoro público aporta todo el pueblo, pueblo que con un censo de más de 10.000 almas, con sus 1.020 casas y sus extensas fertilísimas tierras de arroz, y sus industrias de caza y pesca, singularmente esta última, pagaba menos de 2.000 pesos, es decir, menos de una peseta por alma.

Además de los tres curas indios que el Consejo de guerra de este día (29 Diciembre) iba á juzgar, figuraban los paisanos Tomás Prieto, farmacéutico, teniente de alcalde y alcalde interino que fué de Nueva Cáceres; Manuel Abella, notario de la misma capital; Domingo Abella, hijo del anterior, abogado; Camilo Jacob, fotógrafo; Macario Valentín, cabo de serenos; Cornelio Mercado; Mariano N., escribiente de la Administración de Hacienda; Florencio Lorma, músico, y Mariano Melgarrejo, empleado de Obras públicas.

Presidía el Consejo el teniente coronel Moreno Esteller, y se celebraba en el cuartel de artillería de España. Actuó como secretario el juez instructor Sr. Despuiol (D. Hamón), primer teniente de infantería. Por la lectura que este señor hizo de lo diligenciado, se vino en conocimiento de que el celoso gobernador civil de aquella provincia, señor D. Ricardo Lacosta, por consecuencia de una confidencia que le había

hecho saber de qué suerle recibió Tomás Prieto una partida de armas, procedió á la detención de este procesado, el cual espontáneamente declaró el plan vasto de la conspiración de Camarines, trazado de perfecto acuerdo con los de Manila y Cavile. El proyectado crimen, detallado por Prieto, tenía por base la matanza de los castilas residentes en aquella provincia, y había de llevarse á cabo el día 26 de Septiembre.

En Victoriano Luciano, á quien ya señalamos como uno de los conspiradores de más viso en Cavile, fué quien desempeñó el encargo de hacer llegar á los de Camarines un barno cargado de armas, las que serian distribuidas por los comprendidos en la causa objeto del Consejo de guerra á que aludimos. Elorencio Lerma fué designado como jefe activo del movimiento, y Abella (hijo), con Camilo Jacob, lugartenientes de aquel.

Evidenciada de todo punio quedó, merced á lo aetnado por el juez instructor Sr. Despujel, la culpabilidad de 12 procesados, destacándose entre éstos, por los mayores grados que en aquella alcanzara, el cura de Malinao, Gabriel Prieto, que fué quien sedujo á su hermano Tomás, el farmacéutico ex alcalde.

Eslos reos de Camarines produjeron las más graves acusaciones contra D. Francisco L. Itozas y contra el sastre Villarreal.

De tanto valor eran las declaraciones y acusaciones y careos verificados entre estos procesados, que verdadero lujo de legalidad fué el notable trabajo de la acusación fiscal, encomendada al teniente auditor Sr. Vallespinosa: la propia confesión de los procesados los incluía, no simplemente en la conspiración, sino en la rebelión misma, según con brillante elocuencia y vigorosa argumentación probaba el Sr. Vallespinosa, presentando *los actos ejecutados* por aquéllos.

En todos los períodos de su oración modelo, el fiscal convenía: pero en los que destinara á la acusación del crimen cometido por los clérigos Herrera, Díaz y Prieto, arrancó entusiasta ruidosa aprobación, dada por el auditorio á tan claros razonamientos: mas como la ley no tolera tales manifestaciones, las advertencias del presidente del tribunal las contuvieron en el instante mismo en que se iniciaron.

Y descartado alguno de los encausados que resultó inocente, las conclusiones del fiscal fueron:

1.º Que se había cometido el delito de rebelión previsto en el artículo 230 con relación al 229, y en el 232 del Código penal.

2.º Que eran responsables del delito de rebelión previsto en el artículo 230, y por lo tanto deben sufrir la última pena, los individuos mencionados, menos el Mariano, ordenanza, para quien el fiscal reclama veinte años de reclusión.

Honradamente cumplieron su difícil cometido de defensores el capitán de ingenieros Sr. Díaz, que lo era del clérigo Prieto, y los tenientes de artillería, infantería y caballería, Sres. Souza, Taviel de Andrade, Salgado Hivadulla y López Blanco, que defendieron á los demás acusados. Algunas frases de éstos, pronunciadas en son de españolismo, no podían menos de ser consideradas burdo sarcasmo, cruel hipocresía, pues ningún valor podía concederse á los conceptos de quienes supieron, durante una larga vida por entero, fingir cuando estaban entre españoles peninsulares las mayores muestras de respeto y consideración hacia éstos, á los cuales, el prototipo de tal ficción, aquel acaudalado notario Abella que figuraba en el proceso que analizamos, llamaba *carabaos blancos* siempre que, hablando entre sus paisanos, se refería á los españoles de la Península.

Todos los reos comprendidos en esta causa, monos Tomás Prieto, que se satisfizo con lo dicho por su defensor, sin querer añadir nada, presentaron instancias de excusas y protestas de cajón, con todas las apariencias de haber sido confeccionadas por una misma mano.

Y terminó el Consejo, al cual también había acudido gran concurrencia.

Como quiera que la sentencia se dictó y ejecutó en fechas ya correspondientes á 1897, es decir, dentro del año actual, cuando sinteticemos los hechos del día en que ése se efectuara, ofreceremos algún pormenor sobre el mismo.

ii.º *Conspiración en Bulacán. Consejo de guerra de oficiales generales. Más tropas expedicionarias. Caballos de la Australia.* — En Bulacán continuaba la agitación á pesar de lo castigada que venía siendo la rebeldía de los tagalos. En los últimos días del mes de Diciembre hicieronse importantes prisiones de vecinos pudientes, abogados de la cabecera y propietarios en la misma; fueron los principales, entre los detenidos, Aguado Valentín, Ambrosio Delgado y Silvino Catindig. En varios pueblos de la misma provincia se efectuaron otras detenciones. En Malolos, las de Luis Reyes, Gabino Tantoco, Ponciano Tiongson y Pedro Santiago, siendo también aprehendidos los jueces de paz de Barasoain, Paonbong y Ilagonoy, con otros vecinos de Meycanayan, Marilao y Polo principalmente.

La nueva conspiración urdida en la cabecera de la provincia, que dió motivo á las prisiones á que acabamos de aludir, era tan villana, cual en todos los lugares del Archipiélago en que se tramó, y tan traidora y *solapada*, cuanto que los que en ella estaban comprometidos como jefes, acababan de asistir á un banquete dado en honor del señor López Arteaga, ascendido á teniente coronel, y que ejercía tam-

hién en aquellos días el cargo de gobernador civil de la provincia. Desde el lugar del banquete aludido salieron los directores de la tal conjura á celebrar una junta del Catipunan, en el cual ya habían acordado el asesinato del Sr. López Arteaga, del P. Valdés, cura párroco, de los denuis españoles de la cabecera y de todos los de la provincia, que así estaba concertado en el infame plan.

Era ésta la tercera averiguada intentona que fraguaron los conspiradores de Bulacán, los cuales venían auxiliando con todo género de recursos á los rebeldes en armas.

Se nombró para la formación de sumaria al juez instructor don Francisco Piulado, distinguido comandante de ingenieros, quien actuó tan rápida como acertadamente.

Más de 80 prisioneros se hicieron de sujetos de viso y significación, figurando entre ellos dos hijos del capitán municipal y algún telegrafista, con otros principales y propietarios, según hemos dicho, de aquella cabecera, que contaba con un mando civil tan prestigioso y con una administración parroquial á cargo de un fraile, Fr. Francisco Pérez, verdadero dechado de virtudes, entre las que resplandecía la atención, protección y amparo á sus feligreses por modo *que nadie* podrá negar.

En la orden general de la plaza correspondiente al 30 de Diciembre se publicaba la siguiente:

« Pedida por el señor juez instructor comandante de la Guardia civil D. Juan García Aguirre la reunión de Consejo de guerra de oficiales generales que ha de ver y fallar la causa instruida contra el segundo teniente de la escala de reserva de infantería D. Henedieto Nijaga, y paisanos Braulio Itivera, Eauslino Villarruel, Francisco L. Itoxas, Faustino Mañabte, Luis Villarreal, Hamón Padilla, Pto Valenzuela, José Eneo, José Reyes, Antonio Salazar, Aniceto Avelino, José Dizón, Moisés Salvador, Domingo Franco, Numeriano Adriano y Antonio Luna y Novicio, por los delitos de traición y rebelión, el Excmo. Señor Capitán general y en Jefe de este Ejército se ha servido disponer que el referido Consejo tenga lugar el sábado 2 de Enero, á las ocho de la mañana, en el cuartel de España, siendo presidido por el excelentísimo señor general segundo cabo D. Enrique Zappino y Moreno, asistiendo á él como vocales los excelentísimos señores generales de brigada don Francisco Rizzo Ramírez, D. Pedro Martínez Garde, D. Ernesto de Aguirre y Bengoa y D. Francisco Galhis y Abella, más los señores coroneles D. Enrique Pellicer y Pascual de Povill y D. Carlos Beyes Rich, y, en concepto de suplentes, los do igual empleo D. Francisco Itosales Badino y D. León Espiau Mora, asistiendo al acto, como asesor, el teniente auditor de primera clase D. Adolfo Valiespinosa,

»Por la presente quedan invitados al acto todos los señores jefes y oficiales francos de servicio.

»Lo quo de orden de S. E. se publica en la general de este día para su conocimiento y cumplimiento. — El general jefe de E. M. G., *Ernesto de Aguirre*.»

Con sólo la lectura de los nombres y apellidos que consigna la orden de la plaza que antecede, se llega á conocimiento del interés excepcional que tenía este Consejo: iba á juzgar á parte de los principales autores de la propaganda precursora de la rebelión y de los que facilitaron medios materiales para llevarla á cabo.

Al terminar Diciembre llegó el vapor *San Fernando* conduciendo desde Barcelona el 8.º batallón expedicionario. Fueron estas tropas recibidas con el entusiasmo con que se recibían todas, alcanzando éste el máximum de intensidad en la plaza del P. Moraga, en la que los viadores á España, al Ejército y al general Polavieja fueron atronadores. El batallón expedicionario se alojó en el cuartel de Arroceros.

Aguardábanse más refuerzos: más de 5.000 hombres, que ya venían navegando desde la Madre patria, en los vapores *Colón* y *Magallanes*; este último, uno de los muchos barcos que la Compañía Trasatlántica tuvo que adquirir en propiedad ó á flete para prestar con admirable oportunidad los servicios que viene prestando; el *Magallanes* desplaza siete mil toneladas; más de 3.000 hombres podía transportar. La Compañía dió el mando de este buque á uno de sus más expertos capitanes, cual es el Sr. D. Jerónimo Galiana.

Continuaba el aumento de recursos de todo género; necesitábase un ganado de condiciones para el arrastre de las grandes piezas de artillería que componían la batería expedicionaria; y como los caballos de Filipinas, aunque voluntariosos, sólo pueden servir, en buena ley de estética, para la caballería de los liliputienses, el señor general Blanco envió con el objeto de adquirir otros caballos de mayores bríos una comisión á la Australia. El capitán de artillería Sr. Martínez Pisón y el veterinario Sr. Pestana la constituían y la cumplieron admirablemente, pues trajeron á Manila y con muy pequeño coste de adquisición hermosos ejemplares muy apropiados para el servicio á que se les destinaba. Absortos se quedaban los indios contemplando aquellos animales de tan enormes dimensiones.

6.º *El Capitán general, Marqués de Polavieja, visita la plaza de Cavite y el campamento de Dalahican.* — El dignísimo Capitán general de las islas, acompañado de sus ayudantes y de algún jefe del Estado mayor, visitó el día 30 la plaza de Cavite y el campamento de Dalahican, recono-

ciendo minuciosamente todas las posiciones y detalles de lugar y medios. Sabíamos perfectamente que el Marqués de Polavieja había adquirido con el estudio sobre los planos conocimiento cabal, no sólo de la comarca insurrecta, sino de toda la isla de Luzón. Sabíamos lo que el mencionado General yalla como entendimiento, y conocíamos lo prodigioso de su memoria: mas así y todo, hasta extraña impresión causaba oírle describir, puntualizando lo más mínimo, la historia y geografía de la región cuando tan escasos días llevaba en ella. Lo que el general Polavieja callaba eran sus cálculos y plan de campaña que iba desarrollando.

No fué, sin embargo, difícil suponer, á quien algo atentamente observara el movimiento de tropas por el General en jefe señalado, que el primer propósito por éste acariciado era aislar bien por completo á los rebeldes de Cavile para ir contra ellos, en no interrumpida acción, tan pronto hubieran llegado las fuerzas calculadas con gran acierto indispensables para las operaciones. ¿Cuán exactos y previsores eran los cálculos que sobre el número de soldados y medios materiales para vencer la insurrección formara el general Polavieja! El tiempo base encargado ya de evidenciarlo cruelmente; pero ¡quiera Dios que el que transcurra no lo denmestre con más fuerza!

El Capitán general regresó á Manila después de aquella rápida mirada por él tendida á las posiciones nuestras de Cavile y sus vecindades, siendo también fácil suponer que no eran éstas el objetivo del Marqués de Polavieja para iniciar desde ellas la reconquista de la zona caviteña, sino que, al revés, se consideraba seria fundamental en los planes de ataque formados por el Capitán general de las islas efectuarlo por las líneas opuestas.



CAPÍTULO XI

Continúan detalles de la insurrección y se arguye contra supuestas causas.

1.° Breves reflexiones acerca del estado de la rebelión tagala al finalizar el año 1896. — 2.° De la proclama separatista hallada en Parañque. — 3.° Elementales argumentos demostrativos de lo injusto de la proclama anterior. Derechos civiles y políticos. Moralidad administrativa. — 4.° Contra la injusticia de cargos hechos á las órdenes religiosas. — 5.° Más hipótesis acerca de los planes del Capitán general, Sr. Marqués de Polavieja.

1. *Breves reflexiones acerca del estado de la rebelión tagala al finalizar el año de 1896.* — El tiempo transcurrido desde Agosto, en que estalló la rebelión de los tagalos seclarios del Catipunan, venia á constituir ya, al terminar el año, triste irrefutable prueba de que los indios filipinos no son tan generalmente sencillos cual creíamos aun aquellos que desde há mucho tiempo los tratábamos, sino que, por el contrario, hay en ellos perfidia y terquedad inverosímiles. Al terminar el año de 1896, el aspecto general de la insurrección en nada variaba; pues al propio tiempo que acumulábamos medios para combatirla, seguía ésta con insistencia lenaz, tanto en los campos cuanto en los poblados; en los primeros, y aunque siempre fuese para perder, reñían los rebeldes continuos combates; y en los segundos, perseveraban los conspiradores en el ejercicio de su empírica, absurda, inhumana cirugía menor, hiriendo incisamente los músculos braquiales de tantos ignorantes tagalos, cuales los que se afiliaban al Catipunan, horritano adulterino de la Liga Filipina.

Si el brutal asesinato había sido el triste inicio de la rebelión tagala; si el 2 de Septiembre con feroz ensañamiento lo habían cometido los rebeldes de Cavite en las personas de los religiosos que adminis-

traban gran número de parroquias, en las de los beneméritos oficiales de la Guardia civil y en algunos paisanos; si en lechas posteriores y en distintos lugares habíanse manchado con igual crimen, perpetrado contra castilas indefensos, el mismo medio salvaje continuaban empleando al terminar el mes de Diciembre, en cuyo día último asaltaban en el camino que conduce desde Bulacán á Baliguag la carromata en que iba el propietario D. Gabriel Villanueva, y apoderándose los sediciosos del mismo, internáronlo en el bosque, en el que se halló descuartizado su cadáver.

Y eso que no era fraile, como tampoco lo eran tantos y tantos españoles que de igual modo sucumbieron.

No; la insurrección tagala era y siempre fué exclusivamente contra la dominación española; era y siempre fué el producto de la propaganda separatista; era y siempre fué la expresión material de los sentimientos de odio contra España, transmitidos á millares de tagalos por unos cuantos de entre ellos extraviados, que han venido engañándonos infamemente *con su política solapada*.

No se puede dudar acerca del único carácter separatista de la insurrección actual en Filipinas. Los tagalos lo vienen demostrando con gran suma de hechos, de los cuales, cuantos sabemos relatamos, con la escasa fortuna que cuadra á la pequeñez de nuestras aptitudes; pero además, ellos lo han dicho claramente, y á *confesión de parte*.....

2.º *De la proclama separatista hallada en Paranaque.* — Hallóse por nuestros soldados, fijada en algunos árboles de los alrededores de Paranaque, una proclama en la cual, y bajo del epígrafe «*Hibic sa inang España*», decían literalmente en versión española:

«Saltó por fin por el Oriente para los tagalos, ¡oh madre España!,
»el día de la venganza y odio contenido durante tres siglos en el piélagó de penas y desventuras..... No puede hablar Filipinas de otras caricias recibidas de su madre España, sino de sus *onerosos tributos*,
»múltiples gabelas y pesados mandatos que unos sobre otros nos agobian..... Nos tiendes toda clase de lazos, como la contribución del alumbrado. Despidese Filipinas de ti, nosotros á quienes has dejado
»en la miseria, nos despedimos de ti, madre sin entrañas.

»Adiós, adiós, adiós, es nuestra última despedida.»

3.º *Elementales argumentos demostrativos de lo injusto de la proclama anterior. Derechos civiles y políticos. Moralidad administrativa.* — En toda la sarta de ridículas inexactitudes que contiene la proclama á que en el párrafo anterior aludimos y fragmentamos, no se ve otra cosa sino la

injusticia enorme con que se agitan los conspiradores en aquellos pueblos filipino, buscando inutilmente argumentos contra la dominación española.

¿De dónde los pueden obtener? ¿Del régimen político administrativo? Creemos basta y sobra con cuanto hemos apuntado para poder negar en redondo todo pretexto acerca de este punto.

Que se comparen los derechos civiles y políticos de que disfrutaban nuestros indios filipinos con los que tienen los naturales de otras colonias organizadas sólo en favor de los europeos que las poseen, y en las que se aplican al indígena sus leyes históricas y sus primitivos códigos, llenos de durezas, no atenuadas por beneficio alguno de la ley, distinta de la que en aquellas mismas rige para el elemento conquistador.

Que se compare nuestro régimen político vigente en Filipinas aun con aquellos otros que rigen colonias por medio de instituciones representativas *in honore*, ya que en ellas el *reto* del gobierno metropolitico alcanza á todo cuanto en las mismas se legisla, reservándose al propio tiempo el poder central el nombramiento directo del personal *para todo cargo*.

En lo económico, ¿cuál es la conducta de España en Filipinas? Ni un solo producto monopoliza nuestra nación generosa en sus provincias de Ultramar; está muy lejos de destinar los mercados coloniales para la colocación de nuestras producciones peninsulares, tanto las del suelo cuanto las de nuestras artes é industrias. España no niega á sus colonias el derecho de producir artículos similares á los de la Madre patria, ni por modo alguno impone reservas para el comercio. España no percibe en Filipinas tributo alguno especial para los naturales de las islas, sino que, por el contrario, los libera de aquellos que en la península se satisfacen. España da importante participación en todos los empleos de la Administración pública á los indígenas, y, según hemos dicho anteriormente, hasta por mitad distribuye, entre peninsulares é insulares, los destinos de algún ramo de nuestra Administración.

¿En qué colonia prácticamente goza la masa de naturales los derechos de ciudadanía por igual que los conquistadores? ¿En dónde la igualdad de ser regidos unos y otros por el mismo código? ¿Cómo aplica la sabia Inglaterra los preceptos constitutivos del *self government* en la India y en la China, posesiones muy semejantes á las nuestras del Oriente? ¿De qué derechos individuales disfrutaban los malayos de Calcuta y de los Estrechos de Malaca ó los coolies de Hong-Kong?

Y si alguien nos advirtiese que de todos sus derechos gozan los habitantes de la Nueva Gales del Sur, habríamos de rogarle nos permitiera una pregunta que seria la de qué número de representantes de la raza indígena existe allí.

La nación francesa estableció en Cochinchina diferencias tan substanciales de legislación, como las que juzgan al ciudadano francés que allí reside por el Código Napoleón, ó las que figuran en el propio primitivo Código de los cochinchinos para juzgar á éstos.

Todas nuestras leyes para los indios filipinos, desde el descubrimiento y conquista de aquellas tierras, están doladas de un espíritu liberal sin precedente en país alguno; y cuando, caminando siempre en el mismo sentido de avance, generosamente, los hemos llevado á la unificación de derechos, ellos vienen á dar un vergonzoso sallo atrás, revelando lo ineficaz de nuestros esfuerzos en su pro.

Por gran fortuna, la insurrección de gran parte de los tagalos no es la insurrección de Filipinas. El presente movimiento insurreccional es exclusiva obra, producto único de la ambición atojada en una docena de cerebros perturbados por pasión tan deleznable, que si atenta á la tranquilidad individual de quien la sufre, conmueve y tiende á desorganizar por contagio todos los fundamentos sociales.

Grave y gravísima es, en concepto nuestro, la insurrección actual en Filipinas; pero al fin y al cabo, después de un año del perverso ejemplo ofrecido por los rebeldes del Calipunan, la mayor parte de las provincias y distritos del Archipiélago, incluso la mayoría de las de Luzón, viven en paz y tranquilidad. Si algún recelo existe, no es ciertamente por ahora en las provincias distanciadas de la capital del Archipiélago; es decir, en aquellas fuera del radio de acción de los agitadores ambiciosos que generaron el movimiento contra la dominación española, y claro está que tal agradable fenómeno expande el corazón por la esperanza de lo no muy difícil que ha de ser hacer cesar la anormalidad en Filipinas causada por unos cuantos sectarios, que explotan la ignorancia supina en las capas inferiores de aquella sociedad indígena, toda de bajo nivel, mas por ello mismo muy digna, en tanto en cuanto se mantenga fici á la santa causa de la Patria, de ser regida con toda atención y cuidado, ofreciéndole, con la irreprochabilidad de nuestros procedimientos, el saludable práctico ejemplo de que se enaltezca.

Es obvio que habiendo otorgado la dominación española á los indios filipinos todo cuanto pide la moral cristiana, y más de lo que en buenos principios convenia conceder en el orden político y social, para no fomentar causas de desequilibrio perturbador, no puede hallarse, ni se halla, razón alguna ó pretexto para la incomprensible actitud de tan gran número de tagalos contra la Metrópoli: no hay atenuante para los calificativos que tal conducta merece.

También es bien cierto que no basta declarar la vigencia en un territorio de un conjunto de disposiciones suaves, expansivas y justísimas, para que en él se disfrute paz moral, garantía muy fija de la

paz material, aunque no la única, porque es indispensable la exacta concordancia entre aquellas leyes y la conducta de sus aplicadores.

Mucho menor número de las primeras resultarían deficientes, si la buena voluntad de los segundos no ofreciese alguna vez soluciones de continuidad por cualquier linaje de consideraciones jamás merecedoras de disculpa, ni por pereza, ni por malicia, ni por ignorancia.

¿A quién le ocurre negar el importante papel que juega en el estado político-social la moralidad administrativa?

¿Cómo no ha de ejercer influencia la conducta sana ó insana de los funcionarios públicos para el concepto de Patria que han de tener los demás?

Por ser así, cuando alguna vez, en esos luminosos, constantes, provechosísimos trabajos que la prensa periodística realiza analizando todas las cuestiones de interés público, hemos visto afirmar que la *inmoralidad administrativa* era una de las principales causas generadoras del separatismo en Filipinas, nos hemos dolido de nuestra tan escasa perspicacia, ya que en casi treinta años que nos honramos perteneciendo a la administración civil de aquel país, no hemos podido llegar a tan rotunda absoluta afirmación.

No nos arguye la conciencia propia de haber fallado en lo más mínimo a lo que reclama el personal decoro, antes todavía y con tanto imperio cual lo pide la ley moral y la escrita: muchos millares de indios han podido ver y han visto en diferentes comarcas del Archipiélago nuestro proceder sirviendo en la pública Administración: no queremos ni pedimos ningún género de contemplaciones para juzgar la conducta del funcionario del Estado; justicia estricta, la más severa. Decían nuestros antepasados, poniéndole en el alto sagrado lugar que por la índole de sus oficios le corresponde, que todo Médico era un *Minister et interpres naturæ*. Parodiando esa frase definidora, nosotros decimos que cada español peninsular debe ser en las Colonias un *Minister et interpres Hispaniæ*, es decir, un ministro, un fiel intérprete, un representante digno de los verdaderos intereses de la Patria, á la cual glorifica ó mancilla la conducta de sus hijos. Así pensamos y así lo hemos dicho antes de esta ocasión. Alguno de nuestros benévolo-los lectores recordará en qué términos hablamos, sobre este particular extremo, en nuestro pobre libro *Batangas y su provincia*, publicado en 1895.

En un folleto interesantísimo que *sobre las principales cuestiones referentes á nuestras provincias de Ultramar* publicaba 35 años há el esclarecido D. Vicente Vázquez Queipo, autor del primer reglamento por que se rigió la Dirección de Ultramar, centro que aquel honrado funcionario dirigió durante mucho tiempo para gloria de la Administración

española, decía..... «7.ª cuestión. *Aptitud y moralidad de los empleados de Ultramar.* — Esta cuestión es muy delicada para consignarla por escrito respecto de los empleados, no ya de un ramo, sino de todos los de la Administración. Sólo sobre el terreno y previos informes bien autorizados puede decirse lo que conviene hacer con los que no llenan debidamente sus obligaciones. »

A deficiencias de legislación no pueden achacarse ciertamente las que se observaron en la conducta de nuestros funcionarios públicos de Ultramar; pero es que nosotros añadimos, como producto de personal muy sostenida observación, que la inmoralidad administrativa no ha imperado en Filipinas jamás por modo que puedan deducirse cargos genéricamente contra la Administración del Estado.

Si alguna incorrección en ocasiones se produjo allí, fué generalmente castigada con todas las de la ley, y al acusado se le pudo ver durante cuatro ó seis meses de cesante, sin mendigar entre quienes habían sido sus compañeros un poco de pan, del cual carecía en absoluto: no sería, pues, de gran bullo la irregularidad por él cometida, aun cuando esta circunstancia no la exculpase. ¿Qué funcionario público en Filipinas arboló fortuna, para considerar asegurada su subsistencia fuera del servicio del Estado? Un número dígito bastará de seguro para expresar los casos que se hayan presentado de alguna duda desde cincuenta años acá.

Cuando el empleado peninsular en Filipinas apenas puede subvenir á las necesidades más elementales de la vida práctica con los sueldos que disfruta, cada día más mermados por los descuentos, quebrantos por giro y el enorme aumento de los artículos de primera necesidad; cuando el empleado de aquella Administración pública tiene que aceptar en muchas ocasiones, sin posible defensa, hasla la muerte, puesto que mientras no lleva tres años de residencia en el país no tiene derecho á usar licencia fuera del mismo, aun cuando éste, por su acción enervadora y por su sueldo palúdico é infectivo, conmueva el organismo de aquél con fenómenos de una aclimatación que jamás logra; cuando el funcionario del Estado, que alcanza la fortuna de servir tres años su empleo y los detrimentos de salud le aconsejan repararla viñiendo á los benditos climas de la Madre patria, apenas puede optar á tamaño beneficio, porque son pocos los que cuentan con los 506 pesos importe de sus pasajes de ida y vuelta; cuando es menester llegar al natural término de la carrera administrativa y vivir con prudencia que raye en escasez para conseguir economizar el 10 por 100 del sueldo que se disfruta; cuando todo esto y algo más triste que esto es lo que por todos se ve entre los empleados de Ultramar generalmente, no hay gran razón, ni puede hacerse argumento alguno

de la inmoralidad achacada con tanta exageración á la Administración pública española en Filipinas. Mayor extensión tiene este mal en la nativa disposición de los indios auxiliares de aquellas oficinas del Estado al merodeo en torno de los servicios burocráticos de detalle, siendo muy difícil, si no imposible, bailar un medio eficaz para que tales subalternos dejen de cobechar en las mezquinas, ridículas, pero constantes propinrias con que lo efectúan, y siendo así, como lo es, más justo resulte tildar á los mismos indígenas del deshonor que sobre la Administración cae, que dirigir contra los empleados procedentes de la Península cargos, por lo genéricos, desprovistos de todo fundamento.

En nuestro pequeño libro también publicado en el año actual con el título « Colonización de Filipinas. — Inmigración peninsular », creemos resulte bien probado de qué triste suerte el catarro gastro-intestinal, la disenteria crónica y la anemia consecutiva al paludismo, además de las fiebres perniciosas, destruyen allí los vigorosos organismos de los europeos: pero más desconsolador todavía que el riesgo corrido por los empleados españoles en aquellas tierras de la Patria, en las que imperan las citadas causas morbosas, es sufrir la tan generalizada errónea creencia de lo productiva que es allí la inmoralidad administrativa, pues más que las lesiones substanciales del organismo, deben dudarle al hombre que se estima aquellas que la injuria y la calumnia puedan determinar sobre su honrada existencia.

Aconlece también en este asunto lo que en otros muchos: atribúyese á deficiencias de ley lo que exclusivamente consiste en que no se aplique rigurosamente aquello que tan por completo modo preceptuado está.

Ha podido alguna vez observarse, en efecto, que un funcionario público, en más ocasiones perteneciente á ramos de inamovilidad declarada, aun cuando parezca extraño, que á plantillas de libre provisión, se apartase de la línea recta en el cumplimiento de sus deberes, é improbadamente la falla, pero con vehementes indicios de ella, que quebrantaron para siempre el personal prestigio de aquél, hiriendo los de la Administración de que formaba parte, no se vió contrariado con penalidad alguna, ni aun privado de grandes medros en la carrera que debió perder. Estos casos, por fortuna, en la administración filipina son muy pocos: y si bien han debido causar grave daño al individuo, por modo alguno es lícito, generalizando el concepto, descargar sobre toda la Administración pública los denuestos y detracciones que sin conocimiento de los hechos se descargan sobre los funcionarios del Estado, entre los cuales la escasez de sus haberes produce víctimas á cientos.

No. Verdadera noloria injusticia es pensar y decir que la inmoralidad administrativa haya influido ni en poco, ni en mucho, ni en nada, en la actual anormalísima situación de Filipinas.

4.º *Contra la injusticia de cargos hechos á las corporaciones religiosas.* — Al propio tiempo, alguien ha querido señalar como concausa de la insurrección tagala la conduela de los frailes en la administración parroquial y en el ejercicio de las escasísimas funciones político-administrativas que practican; hasse llegado á pedir en este orden reformas que, si se efectuasen, lo cual no esperamos, vendrían á tachar la sociedad española con indeleble faca de ingrata é injusta.

A raza superior cual la nuestra, con razón ostentadora de toda nobleza en los procederes, no ha de ser posible censurarla por el olvido ó menosprecio de los servicios que á la dominación española en Filipinas y á la civilización y cultura del país han prestado las corporaciones religiosas. No nos faltaba más sino que, blasonando de hidalgos, cayéramos en el enorme delito de pagar con mal el bien durante más de trescientos años recibido.

No tememos que tal suceda, lo repetimos; pero importa á nuestra propia conciencia dejar bien sentado, lo que es de tan fácil prueba, aquel concepto por nosotros mantenido y formado sobre el terreno, de que los cargos dirigidos contra los frailes, ni tienen fundamento alguno de razón para hacerlos genéricos, ni los han expuesto los rebeldes tagalos, ni la insurrección de éstos es contra las corporaciones religiosas. Allí están los frailes en sus curatos, por completo privados de todo recurso de fuerza material. Han sido algunos víctimas del asesinato y del cruel martirio, es cierto; pero ¿en cuántos número? En igual que el de seglares víctimas también de iguales crímenes. Allí están los frailes en sus curatos haciendo ¿qué? aquello mismo, y cada día más, que hacían cuando pocos años há el distinguido y severo prolesante doctor Bowring visitaba las islas Filipinas, expresando sus propios conceptos de este modo:

«He encontrado bastantes frailes objeto de especial respeto y afecto, y en realidad lo merecían, como guardianes y restauradores de la paz de las familias y como protectores de los niños en sus estudios, y por otra parte asociando sus esfuerzos al bienestar de sus respectivos pueblos.»

¡Cuán agradable es el hecho de ver la justicia de tales apreciaciones expresada honradamente hasta por testimonios de tanta valía cuales son los de ilustrados históricos adversarios de nuestra religión y de nuestras costumbres! Y ¡cuán aflictivo el de que por contraposición veamos negado ó dudado aquello mismo, reconocido y aplaudido

entrar aquéllos, por elementos propios de nuestra Patria y Religión, de nuestra raza y costumbres! Demócratas ardientes; republicanos de historia accidentada por las persecuciones de que fueron objeto, en consecuencia de la parte negativa que tomaran en movimientos revolucionarios de aun no remotas fechas; liberales acérrimos cual aquel Sr. Vera y López que justamente figuró en la política patria, después de permanecer algunos años en Filipinas, escribía sus conceptos acerca de los frailes de este modo:

A LOS PADRES AGUSTINOS:

«A vosotros, sucesores de aquellos varones ilustres llamados Urdaneta, Ibarra, Rada, Aguirre, Gumboa, y tantos otros que tan altos pusieron sus esclarecidos nombres en la historia sin ejemplo del descubrimiento y posesión de esos ricos archipiélagos: á vosotros os dedico este modesto trabajo.

Fruto de calurosos años de estudios económicos sociales sobre este país, llevados á cabo á impulsos únicamente del amor sano á la Patria, quiero identificarlo con los que, como yo, han sabido amar y aman, ante todo y sobre todo, á nuestra madre común España. — *El Autor.*»

D. Patricio de la Escosura, el predilecto discípulo de Lista y de Lacroix; el desterrado á Olvera; el progresista de 1854, decía en las Cortes en una muy viva discusión política:

Y vuelvo á Filipinas: las comunidades religiosas me recibieron con una preocupación natural, dados mis antecedentes, y en la primera entrevista estuvimos recelosos unos de otros, y sin embargo yo voy á decir ahora que si presumo haber dejado amigos en Filipinas, es precisamente en las comunidades religiosas. En un país casi despoblado, con escasos medios de comunicación marítima, ¿quiénes, sino aquellos hombres que pueden hablar en nombre de Dios, serían capaces de hacer que los indios adoren el nombre de la Cruz como adoran el nombre de Dios?

«El fraile va á distritos donde no hay médico ni botica: el fraile es todo allí; y va con noble virtud á socorrer todas las necesidades del indio: le enseña á labrar la tierra; le pone en comunicación con el Creador; recibe en sus brazos al niño que nace, y deposita en tierra el cadáver de su madre. ¿Qué influencia queréis sustituir á ésta? No es posible encontrar ninguna.»

El consejero demócrata, el liberal acérrimo, honradísimo Ministro tantas veces, el Sr. Becerra, tenía tal concepto de lo provechosa que era la presencia y permanencia de los frailes en Filipinas, que de una sola vez, en virtud de un solo Real decreto por él refrendado, se

crearon 65 parroquias en aquellas islas para que las administrasen las corporaciones religiosas, y hasta fomentó la creación de una diócesis más en el Sur del Archipiélago.

Muchos testimonios de propios y extraños análogos á los que preceden aporlariamos á este tema, al que sólo aludimos porque á esto, y no á más, nos anloriza nuestro plan de ser lo más breves que podamos. No nos sería difícil demostrar, concepto por concepto, la injusticia notoria con que se ha procedido por alguien al atacar genéricamente á las corporaciones religiosas de Filipinas.

A ellas se las acusó de oponerse por sistema á la ilustración de los indígenas, cuando precisamente los frailes la iniciaron por modo más eficaz que el señalado por nuestra magnánima legislación en su espíritu y letra.

«Ordenamos que á los indios se les pongan maestros de lengua castellana, á los que voluntariamente la quisieren aprender como les sea de menos molestia y sin costa.»

Así, de este modo, tan justamente calificado de fantástico é impracticable por el ilustrado escritor D. Vicente Barrantes, disponía la ley de Indias la enseñanza en aquellas islas; y como *«tal manera de mandar autorizaba á desobedecer»*, los frailes de San Agustín tomaron iniciativa en el asunto, y en acuerdo capitular del año 1596 dijeron: «Se encargará á todos los ministros de indios que así como á todos los muchachos de la escuela se enseña á leer y escribir, se enseñe también á hablar nuestra lengua española por la mucha policía y provecho que de esto se sigue.»

¡Qué mayor prueba se quiere para echar abajo el cargo sin fundamento que se ha dirigido á los frailes presentándolos como enemigos de la educación!

Y con tanto cuidado como á la del hombre, han atendido á la educación de la mujer indígena, más inteligente y laboriosa, más dócil y compasiva que el varón de aquella raza, supeditado en el seno de la familia, por punto general, á la influencia que con justísimo título de mayor valía ejerce la mujer, poseedora de las cualidades que la asignamos y que no hay observador en aquella oriental tierra que no reconozca y proclame.

Es injusticia enorme suponer que las corporaciones religiosas no han trabajado activamente para educar el pueblo filipino; pero más duro es todavía que se dirija ó se haya dirigido contra las mismas el cargo de atesorar riquezas.

¡Qué lástima no sea por todos apreciada cual merece la nobilísima actitud de esas corporaciones religiosas, presenciando impávidas con la tranquilidad de su conciencia y la íntima satisfacción del bien obrar,

cuanto produce contra las mismas la fantasía ó la mala fe, la ignorancia ó la malicia!

¿Por qué no presentan los frailes de Filipinas los inventarios de sus supuestas fortunas?

¿Por qué no exhiben las cuentas con los arrendatarios y colonos de las haciendas que poseen?

¿Por qué no muestran en testimonios notariales ó dejan á libre inscripción sus notas de gastos ó ingresos, para que quien y quienes quieran las examinen?

¿Por qué no ofrecen estado demostrativo con las cuentas corrientes en sus Procuraciones, de todos y cada uno de los frailes que han sido vilmente asesinados, para que se sepa las deudas que éstos tenían con aquéllas adquiridas?

Es cosa triste, del grupo de las insuperables, torcer conceptos sobre graves materias, por ignorar el verdadero contenido de éstas.

Sin embargo, ahí están, según acabamos de decir, las corporaciones religiosas de Filipinas soportando injurias de nuestros enemigos, y dudas por algunos de nosotros mismos acerca de extremo como el de que nos ocupamos, cuando tan sencillo les fuera dar á todos el más solemne mentís.

¿Por qué no presentan los frailes los presupuestos de gastos é ingresos de sus haciendas, que sólo resultan asilos de piedad, tanto en Cagayán cuanto en Mindoro, en San Antonio como en San José, tanto en Manila cuanto en Cavile? ¿Qué canon perciben por hectárea en La Laguna? ¿Por qué hanse preferido siempre, buscándolas con anhelo, para su alquiler, las líneas urbanas con que, más ayer que hoy, contaban los frailes?

Y cuando tan fácilmente se puede averiguar todo esto y mayores desprendimientos que éstos se pueden demostrar en rigor aritmético, ¿á quién es lícito decir que hay en Filipinas cuestión agraria ni opresión para el natural desarrollo de los intereses materiales, creado por las corporaciones religiosas, cuyos bienes han estado siempre á disposición del Estado y al servicio de la caridad cristiana?

Ni al uno ni á la otra podrán dentro de poco atender, porque la generosidad, el casi abandono, que preside á la administración de los escasos bienes con que los frailes cuentan, los lleva á la bancarrota. Ensanchan cada vez más sus obligaciones, cuando precisamente ven más mermados sus legítimos haberes.

En nombre, pues, de los principios más elementales de la justicia, rogamos á la opinión pública se lije en este asunto, para basar sus apreciaciones en la realidad del caso, y no tomando en cuenta, según hemos advertido, lo que sólo es producto de la ignorancia de los hechos,

ó de la malicia, que precisa trastocarlos para argumentar aunque sea con falsos visos do fundamento.

Desprovisto en absoluto de tal lo está también el cargo relativo á la intervención del cura párroco en los asuntos que se refieren á la administración general del Estado y á la local. Si la experiencia nos hace ver de qué suerte la una y la otra sienten la merma de aquella intervención, ¿por qué se ha de insistir en que no es altamente ventajosa? Sin ella, no puede por modo alguno marchar con regularidad aquel organismo político-administrativo. ¿En dónde los medios de sustitución? ¿Cuál mayor garantía en aquellos pueblos para los intereses del Tesoro público y los propios de cada localidad?

¿En qué fechas podría contar la Administración pública con elementos para mantener la ordenada, indispensable acción fiscalizadora de la Administración general y local?

¿Cuándo estaría formado un personal idóneo, conocedor de aquella vida y costumbres y de aquellos dialectos, que será muy difícil extinguir, dada la nativa disposición que á *le ne rien faire* tienen aquellos indígenas?

¿De dónde se obtienen los recursos extraordinarios precisos para sufragar los aumentos de gastos que ocasionaría la indispensable intervención laica que le sucediese, tanto para lo político cuanto para lo administrativo, aun cuando esa intervención en todo caso esté regulada por ley especial de carácter expansivo cual el que resplandece en toda nuestra legislación colonial?

No: no creemos factible la continuación del asombroso progreso que Filipinas viene logrando en toda suerte de intereses, si de allí, por rudo golpe de desdicha, desapareciesen un día esas órdenes religiosas que suministran, á cada agrupación indígena, un constante, cristiano, civilizador impulso, un auxilio que aun puede ser más eficaz de lo que lo es ahora á la Administración pública y al Estado, una fuerza moral sustitutiva de la enorme material que se precisara, al desaparecer aquélla, y que sostendría el orden público, si, pero cuidando menos, por su propio carácter, del orden moral principalísimo para el mantenimiento de nuestro dominio con menor esfuerzo y mayor eficacia, aun cuando en la época y circunstancias á que la desventura nos ha traído, y no en modo alguno culpas propias, sea forzoso pensar cuán indispensable es la suma de los dos elementos de fuerza moral y material, para restablecer y mantener la paz pública en aquel Archipiélago.

5.º *Más hipótesis acerca de los planes del Capitán general, Marqués de Polavieja.*— Hemos apuntado poco há, como producto de nuestra propia personal observación, exclusivamente de nuestra cuenta, que el plan

del General en jefe del Ejército de Filipinas, Sr. Marqués de Polavieja, se revelaba con claridad respecto á cuanto á la guerra pertenecía: asegurar más y más el cerco de la provincia de Cavite para atacarla en operaciones continuadas, sin interrupción, que impidiesen al enemigo reacciones, y siguiendo líneas opuestas á las iniciadas en Noviembre; destinar todas las fuerzas que era posible á castigar la rebelión en las provincias limítrofes, singularmente en Bulacán, la de mayor agitación, y guarnecer debidamente el resto de las provincias. Quería el general Polavieja, no sólo recomquistar Cavite, sino lograrlo por modo que no se irradiase hacia ningún ámbito de aquel extenso territorio destello alguno de tal foco de luz tétrica, y mientras tanto reunía los medios apropiados, procuraba extinguir los brotes de rebeldía que surgían por las provincias del contorno de la de Manila. De manera que, dejando para un poco más adelante las operaciones sobre Cavite, cuyo plan de ataque aquilataba cada día, procuraba con vertiginosa actividad vencer la insurrección en los otros lugares, y así, sosteniendo combates y más combates, para nuestras armas victoriosos siempre y tan admirablemente combinados, cual el de Cacarón de Site, que se preparó en las últimas cuarenta y ocho horas del mes de Diciembre, terminaba el año de 1896 en espera de que, en los primeros meses del actual de 1897, quedase definitivamente resuelto el problema entablado por la infame iniciativa de Andrés Bonifacio en Balintawac y sostenido por el tesón de su émulo Aguinaldo, el cual le sobrepujo por modo más terminante que el que Bonifacio usara, para sobreponerse á los Basa y á los Arellano.

No queremos dudar, ni dudamos un instante, que el señor general Blanco, una vez poseedor de los recursos de guerra necesarios, hubie-
ra logrado el fin que los supremos intereses de la Patria reclaman: el restablecimiento de la paz pública en Filipinas; pero al frente ya, en la época á que nos referimos, del gobierno de las islas el general Polavieja, también la confianza en el logro de aquel fin podía ser para todos absoluta.

Del general ilustre que, vencedor en cien combates, acababa de prestar en veintidós meses de mando en la isla de Cuba tan señalados servicios en el orden político y en el económico; del Marqués de Polavieja, que había obtenido tan grandes provechosos resultados contra el bandolerismo complejo de la gran Antilla; del hábil general que había desbaratado en Agosto de 1890 por vez primera, y en Octubre de 1891 por vez segunda, los planes bien conocidos de Maceo, Crombet y Castillo, dueños en aquel entonces de todos los necesarios materiales recursos para alzarse en armas en el departamento Oriental; del valeroso iniciador en Santa Clara y Matanzas de aquel saludable

cambio de opinión que en la isla de Cuba contuvo el movimiento de los económicos, por virtud de lo cual, una diferencia de 36.259.985 pesos 25 centavos, á favor de la exportación, vino el 31 de Diciembre de 1891 á patentizar el grado de prosperidad que alcanzaba aquella grandiosa isla; del esclarecido militar, de toda lucha política apartado, cuidadoso, celosísimo administrador de aquel presupuesto de 1890, cuyo saldo por sí solo revela la pulcritud con que procedió el personal administrativo, tan frecuente y despiadadamente censurado en la Gran Antilla, no podía dudarse jamás, sino que el general Polavieja debía inspirar la más completa fe en su gestión de todo orden.

Muy corta fué, por desgracia para los patrios intereses, la de este general ilustre en el Archipiélago magallánico; pero tan brillante, que nos apena el hecho de que no sea conocida en todos sus interesantes detalles, para que la opinión pública pudiera formar concepto exacto y rindiese á tan admirable labor el tributo que con justicia merece.

Difícil obtener más que cuanto el general Polavieja alcanzó en ciento veintidós días de mando en Filipinas. Si importante era *el Cargo* que recibiera, *la Data* que á su frente estampar puede, deja un gran saldo á su favor: no hay expresión aritmética que lo liquide: sólo la pública estimación puede satisfacer cuánto la Patria debe al esclarecido soldado que con tanto acierto la sirvió.

Nosotros venimos, en estas desperfeñadas páginas, sintetizando la gestión del general Polavieja, y aun haciéndolo tan pobremente cual nos es dado efectuarlo desde nuestra escasez de condiciones, creemos no ha de ser difícil, por lo que hemos escrito, que el lector pueda apreciar de qué suerte el general Polavieja persiguió la insurrección tagala organizando columnas, y trazando á las mismas para operar por grupos ó aisladas los caminos que habían de seguir por las tierras altas y bajas y por las aguas del mar y de los ríos, contra los rebeldes de Bulacán y de Moron, de Bataan y Nueva-Écija, de La Laguna y Bataugas. Por los textos literales de algunas pocas disposiciones que hemos transcrito podrá apreciarse el valor y significación de la paula por el general Polavieja trazada á lo político-administrativo; el impulso que saludablemente imprimió á la justicia militar, á la organización de las fuerzas voluntarias movilizadas, á la instrucción de aquellos valientes soldados que nos enviaba la Madre patria, sin tener tiempo para que en ella aprendiesen el manejo del fusil; creemos que con lo que hemos dicho, podrá apreciarse cuánto provecho resultó para la causa de la Patria de que el general Polavieja enviase preventivamente fuerzas á Cagayán y á Ilocos-Norte, á Mindoro y á Tayabas: de que ampliase en sentido muy práctico lo preceptuado sobre responsabilidad civil en los delitos de infidencia y rebelión; de la eficacia que la admi-

nistración de aquel ejército obtuvo con la creación de tantos depósitos y factorías, de tantas enfermerías y hospitales flotantes y en tierra firme, con que el general Polavieja colocó el remedio al lado mismo de la necesidad.

Sentimos mucho no disponer de más espacio para delallar todos los anteriores conceptos referentes á la gestión del general Polavieja; nos vemos conslreñidos á sintetizar tanto los hechos, que sólo en forma de índice, según hemos afirmado y según se observa, podemos comprender en estas páginas los principales de la época de que nos ocupamos.



CAPÍTULO XII

Principales acaecimientos desde 1.º de Enero de 1897 hasta la terminación del mando del general Polavieja.

1.º Cacarón de Silo. — 2.º Arretra del plan de los rebeldes para el ataque de Manila y Fuerza de Santiago especialmente. — 3.º Operaciones sobre Pasig y Tinguig. — 4.º Muchos encuentros y combates en el mes de Enero. — 5.º Operaciones en Febrero, Marzo y primera quincena de Abril. Preparativos para el ataque de la provincia de Cavite. Nueva organización del ejército de operaciones. — 6.º Instrucciones dadas por el General en jefe. — 7.º El General en jefe sale a operaciones. Inicio de las mismas. Marcha del general Lachambre hacia Silang. Combates en Malequing-ilog y en Mantling-ilog. Toma de Silang. — 8.º Operaciones en otras zonas. Toma de Pampinon. Toma de Dasmariñas. Toma de Salitrán. — 9.º Se licen en Manila. Operaciones en esta y otras líneas. — 10. Continúan las operaciones de la división Lachambre. Combates en el Zapote y en Presa del Molino. Toma de Ibus. Toma de Noveleln. Ocupación de Cavite Viejo, Binacayan, Santa Cruz y Hosario. Toma de San Francisco de Malabón. — 11. Operaciones en las demás zonas. — 12. Enfermedad del General en jefe, Excmo. Sr. Marqués de Polavieja. Nómbrase para sustituirle en el mando de las islas y de su ejército de operaciones al Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella. Nombramiento de Capitán general, Gobernador general del Archipiélago, hasta la llegada del general Primo de Rivera, en favor del excelentísimo Sr. D. José Lachambre Domínguez, teniente general. — 13. Entrega del mando y regreso a la Península del Sr. Marqués de Polavieja. — 14. Breves consideraciones al terminar el presente tomo.

1.º *Cacarón de Silo.* — Los comienzos del año actual no podían ser más gloriosos para nuestras armas. El día 1.º de Enero se libró un combate de grandísima importancia contra el grueso de las partidas insurrectas de Liulacán. El general Polavieja, dirigiendo la campaña con tanta actividad como acierto, imprimía á las fuerzas en operaciones un movimiento incesante, con el fin de pacificar las zonas separadas de Cavite y caer después sobre esta provincia, como es sabido, toda en poder de los rebeldes menos la capital. Ajustándose á este plan, y para cumplimentarlo, el general Rios hizo converger en la ma-

drugada del día 1.º de osle año hacia el lugar y sitio de Cacarón de Sile las fuerzas leales necesarias para balir á las insurrectas que allí acampaban, al amparo de defensas que se habían construido, y de las naturales que aquel terreno les ofrecia. Cacarón de Sile es el punto más céntrico en la provincia de Buiacán que presenta mejores condiciones para refugio de ios que huyen de la persecución de la justicia. Sobre una meseta que domina la costa de la bahía de Manila, en una ramificación de la gran cordillera de los Carabalios orientales, en la parte de ésta que en linea recta va desde Iligáa á Angat, y en jurisdicción de este pueblo, allí, al lado de Cacarón de Huslos, está Cacarón de Sile. Antes de penetrar en los montes vecinos de la Sierra de Angat, abundantes en maderas preciosas, se encuentran por todos lados indicios de la riqueza de aquel subsuelo: sin excavar profundamente se halla el hierro, y entre él la piedra imán, la pizarra y el cobre: sin explotación existen también carbones minerales y grandes canteras de piedra fina y de pedernal; un gran donativo de la naturaleza, del cual el arte y la industria para nada se aprovechan. Cacarón de Sile es un pequeño poblado. Reuníanse allí frecuentemente grandes masas de rebeldes: 3.000 de éslos ocupaban aquel lugar enarenla y ocho horas antes de la brillante acción de guerra que á la ligera relatamos. Se libró contra más de 3.000, porque, desconfiados de si mismos, pudieron escapar unos 2.000, aunque no sin ser balidos por una de las columnas que combinadas operaron.

La distribución de estas columnas, hecha por el general Rios, fué muy hábil. Con el fin de que el enemigo no sospechase el plan de reconcentrar nuestras fuerzas sobre Cacarón, sino que, al revés, pudiera creer por la diseminación de las mismas, la inexistencia de tal plan, dividió en cinco columnas las iuerzas destinadas al movimiento envolvente de que se trata. Estas columnás las mandaban el comandante Olaguer Feliú, que con 250 hombres bahia de operar en los limites de la provincia de Manila con anterioridad durante dos días; el teniente coronel Villalón y el comandante Sarthon con fuerzas casi iguales, en Pinag y San Miguel de Bayumo en dirección opuesta á Cacarón; el teniente coronel L. Arteaga sobre Hagonoy y Paombong también á distancia del verdadero objetivo, y el capitán Cundaro y Girón, que con 150 hombres se situaria en la loma de Santiago. Así las fuerzas, se dispuso que al amanecer del 1.º de Enero emprendieran marcha rápida sobre Cacarón de Sile, y asi se efectuó, acudiendo á tal lugar la columna Arteaga, pasando por Bunsurán y Pandi; la de Olaguer por Macasag-sapa y Pnlang-sapa; la de Sarlhou, por Cupang y Masagana; la de Villalón, por Niegan y Paliquit; la de Cundaro, por Angat: ésta habia de guardar contacto por su izquierda con la de Olaguer Feliú. A las

nueve en punio de la mañana, horn marcada por el general Ríos para el comienzo de la acción, Olaguer Feliú llegó á distancia de dos kilómetros de las posiciones enemigas en Cacarón de Sile; desplegó en orden de combale dos compañías, y poniéndose el jefe de la columna á la enbeza de otra compañía en reserva, marchó esta fuerza sin hacer fuego, y despreciando el inútil que el enemigo le hacia á 800 metros de distancia, hasta que se colocó á 300 metros de una obra cerrada con parapetos de tierra y piedras, y aislada por fosos naturales constituidos por barrancos que la hacían de muy difícil acceso: desde la expresada distancia lo rompió nutrido y avanzando. Además de la obra de defensa que citamos, y dentro de ella, había un reduelo de piedra apilada y un gran camarín: muchas trincheras tupidas de rebeldes y cubiertas con haces de paja para su disimulo, dominaban el terreno inmediato, prestando gran protección á sus defensores: todos estos obstáculos estaban acumulados sobre los frentes de ataque de la columna Olagner Feliú. Más de una hora sostuvo ésta vivísimo fuego, logrando acallar el del enemigo: pero continuándolo los nuestros, se fueron á la bayoneta por los ángulos de izquierda y derecha de aquellas formidables posiciones y se asaltó la gran colla. En aquel instante murió gloriosamente el teniente D. Luis Sanz Huelín, el cual minutos antes había ya sido herido de un balazo. El enemigo se pronunció en buida por el flanco derecho de la columna, pero dos medias compañías le cortaron la retirada. Dueños los nuestros de la expresada colla, en el incendio que se produjo en el camarín que hemos dicho había en el centro de ella perecieron abrasados más de 100 rebeldes: en estos mismos momentos llegó al sitio del combate la columna L. Arleaga, y unidas las fuerzas de éste con las de Olaguer, continuaron persiguiendo al enemigo. Oculto mucha parte de éste en otros varios atrinchamientos, cuando se vió descubierto atacó á nuestras fuerzas con fuego de fusilería y con arma blanca; mas dominando las columnas la expresada loma, pudieron los rebeldes hacernos muy pocas bajas en aquella ocasión, mientras que, terminado el combate, se contaron de 70 á 80 cadáveres de insurrectos en cada una de las trincheras, y sembrado de ellos el campo vecino: 700 bajas hicieron al enemigo en tan memorable jornada las tropas de Olaguer; no menos de 300 las de Arleaga; como quiera que el movimiento envolvente resultó completo, la columna Sarlbou les hizo 200 bajas más, habiendo todavía aumentado el número de ellas con 36 muertos que hicieron á los rebeldes dispersos las columnas del teniente coronel Villalón y del capitán Cuudaro. Nuestras sensibles pérdidas fueron: el teniente Sanz Huelín, del 6.º de cazadores, y 24 individuos de tropa muertos; el teniente Valdealoisa y 73 de tropa heridos. Hecho glorioso: todos los jefes de

columna, todos los oficiales y tropa, fueron entusiastamente recomendados por el general Ríos al General en jefe.

2.º *Acerca del plan de los rebeldes para el ataque de Manila y Fuerza de Santiago especialmente.* — Los rebeldes no abandonaban su manifiesto propósito de caer sobre Manila: era éste su constante *desiderátum* desde que en los antros del Catipunan *el hermano Dimaragasan* había convencido á los asociados de lo útil que les era, al alzarse en armas, entablar lucha simultánea por dentro y por fuera de la capital. Los conspiradores detallaron tan minuciosamente su plan para apoderarse de Manila, que con anticipación al mes de Agosto habían acordado enviar ocho individuos al Japón con el fin de que se instruyesen en el preciso término de un mes en el manejo de los cañones, procurar adquirir algunos de pequeño calibre y conducirlos á los montes de San Mateo, en donde aquellos indios que vinieran del Japón ya instruidos enseñarían á otros. A más llegaba el deseo del Catipunan respecto á poder disponer de personal que pudiera dirigir artillería: en la proposición á que nos referimos, y que en aquel infernal centro se discutió, se advertía, para en el caso de que no fuese fácil, á los filipinos que se designasen, aprender la instrucción de artillería, se procurase contratar japoneses prácticos en la misma, y que éstos acudiesen á las islas para propagar con más tiempo su enseñanza en el lugar mencionado en los montes de San Mateo, en cuyas intrincadas laberínticas espesuras hallaban escondrijo seguro las armas y pertrechos de guerra que acumularan. En la distribución de estos medios había de tenerse gran cuidado en reservar los precisos para la gente de San Juan del Monte, Mandaloyan y Pasig, porque estos pueblos con sus barrios anexos coadyuvaban eficazmente al esfuerzo de los que asaltasen Manila: 300 hombres de los más listos y mandados por cinco jefes irían al generalizarse el movimiento derechamente al ataque de la Fuerza de Santiago, y so designaban los sitios que desde la catedral habían de ocupar los rebeldes como fuerza de sostén para los que acometían la Maestranza. Se dispuso alquilar cuantas casas pudieran en las vecindades de este establecimiento para estar preparados al mejor éxito. En apoyo de los 300 hombres que habían de ir contra la Fuerza de Santiago, otros 300 se situarían *en cascós* frente á Santa Clara; 1.500 rebeldes armados con bolos de los procedentes de San Mateo y 1.000 más de los de San Juan del Monte y Mandaloyan, acudirían á la Maestranza para sacar armas y distribuir las al grueso de las partidas que vendrían desde todos los pueblos limítrofes, *matando á su paso á todos los españoles.*

Tal era, muy ligeramente analizado y sólo en lo relativo á la toma

de Manila, el croquis trazado en la proposición del hermano Dimarayan y aprobado por el Calipunan. Como complemento, se acordaba que en el caso de no poder verificarse la toma de Manila y sus arrabales por el medio propuesto, se lograra aprovechándose de la fiesta de San Andrés ó de la del Corpus *para la matanza de los castilas*. Manila era la aspiración de los calipuanos.

3.º *Opraciones sobre Pasig y Taguig.* — En los comienzos del presente año se notaba mucho movimiento en los pueblos de las márgenes del Pasig y del interior en aquellas zonas. Se ordenó el día 1.º la salida de tres compañías de infantería de Marina hacia el pueblo de Pasig; fuerzas del escuadrón peninsular con su comandante Ugarte á la cabeza sostuvieron dos horas y media de fuego para llegar; el general Gálbis fué en demanda del mismo pueblo con una compañía; á Pasig también acudía el capitán Cabrera con 80 hombres desde Cainta y otras fuerzas; el destacamento de San Pedro Macati recibió refuerzo de 150 soldados al mando del capitán Samaniego; el capitán Ramos cubría el puente Malibay. La fuerza de San Juan del Monte se aumentaba con una compañía del 5.º de cazadores. El coronel Itúiz Sarralde iba desde Malabong á la línea de Guadalupe. La marcha del general Gálbis fué muy accidentada: al llegar al sitio de Bambang por el río Pasig, halló tupidas de rebeldes las dos orillas y obstruido el paso con muchos obstáculos. Vióse allí el general Gálbis obligado á sostener nutrido fuego con grandes grupos; pero á pesar de todo, á las doce de la noche logró pasar y seguir á Muntinlupa, en donde, racionado y aumentando sus fuerzas hasta 190 hombres, volvió á Bocario, desembarcando el día 2 en Napindán, atravesando por entre 4.000 hombres, al mando de Aguinaldo, y tomando á la bayoneta trincheras importantes, pero no defendidas con tenacidad por los rebeldes, porque se vieron amenazados en la retaguardia por el coronel Itúiz Sarralde; el general Gálbis llegó á Pasig, habiendo causado muchas bajas al enemigo, y sufriendo las suyas las bajas de 3 muertos, 11 heridos y 21 contusos. Al llegar á Pasig, el pueblo estaba ardiendo; el destacamento había sufrido en lucha sostenida 6 muertos, 2 heridos y 13 contusos; pero había logrado la dispersión del enemigo. La columna Albert, que desde Bosoboso venia rápidamente á aquel pueblo, batió á los rebeldes en la posición por éstos elegida, frente á los vados de Pateros y de Malapadna-bató (piedra mecha), en donde habían construido trincheras hasta Taguig, y al lado opuesto seguían los atrincheramientos hasta Muntinlupa (pequeña tierra). Los rebeldes allí llegados de Cavite, al verse amenazados por un movimiento envolvente de la columna, huyeron hacia el Sur, continuando Albert su marcha á Pateros y á Pasig. En

Paleros había eslado Emilio Aguinaldo con el fin, según él mismo aseguró, de conferenciar con Llanera. Lo que hubo allí más grave fué un plan urdido, que el Capitán general averiguó mandando prender á sus dos principales autores. Querían cegar el Pasig, y se les frustró una vez más el proyecto.

4.º *Muchos encuentros y combates en el mes de Enero.* — La actividad de nuestras tropas se oponía admirablemente al vertiginoso movimiento que para entorpecer ó evitar las operaciones sobre la provincia de Cavile emprendieron los rebeldes de las demás provincias limítrofes. Las instrucciones del Capitán general á nuestras tropas se cumplimentaban á satisfacción. En la primera quincena de Enero decaía ya visiblemente el ánimo de los insurrectos; en Bulacán, después del gran revés que sufrieron en Cacarón de Sile, se presentaban muchos á indulto, y las partidas que mermadas continuaban en el campo no tenían un instante de reposo.

La que atacó en tales días á Palungubat y Santor fué balida por completo por fuerzas del general Ríos, las cuales destruyeron además los barrios rebeldes de Quingua y de Bigáa, batiendo poco después un grupo importante independiente de las de Llanera, que apareció por Bongabón y Pinageandaba. Las columnas Villalón-Oyarzábal, de la misma brigada Ríos, desalojaron de importantes posiciones en la sierra de Sibul á Llanera, haciéndole muchas bajas. La partida rebelde de Mójica fué también batida por la columna de Paombong, que en bancas cayó al amanecer sobre Hagonoy, muriendo en el combale el cabecilla pampango Manuel Viray. La de Ralignag sorprendió al enemigo en Bonga-mayor y le hizo 47 muertos. Se prendió al general maestro Ensebio Roque, al cual se le formó juicio sumarísimo, siendo fusilado en la cabecera de la provincia (Bulacán). Esta importantísima captura hízola el teniente coronel Villalón, el cual, conocido el hecho en la Península, después de haber sido felicitado por el General en jefe, recibió igual premio de S. M. la Reina y del Ministro de la Guerra.

Atacada la estación de Polo, sufrieron los rebeldes duro castigo, y en un encuentro en la primera zona, entre los muertos que se hicieron al enemigo se halló el cadáver del cabecilla Lucas Namunti. Con la generosa iulervención del cura párroco se admitieron 44 presentados en Bulacán.

Como quiera que después del gran éxito obtenido en las operaciones del Pasig y Taguig era fácil conocer los intentos del enemigo para entrar en La Laguna y por el Oesle de Batangas, las fuerzas de la división Lachambre ejercieron la más provechosa vigilancia sobre aquellas líneas, encomendadas á las columnas de Biñán y del Bañadero,

con las de Lian-Tuy-Balayan-Calaca. El general Jaramillo fortaleció gramlemente la línea del Pansipit.

Amenazado de nuevo el pueblo de Santa Rosa por los insurrectos, el coronel Zabala, de la brigada Cornel, lo salvó, acudiendo desde Biñang, operando en combinación con la columna de Sanio Domingo. Se hicieron al enemigo bastantes bajas: nosotros tuvimos siete heridos. El general Gaibis y el comandante Albert saliendo de Mariguina impidieron la marcha de numerosa fuerza insurrecta, haciéndola repasar el Zapote. Entre Malinla y Novaliches sostuvo encuentro con los rebeldes, á quienes batió y dispersó el comandante Carpio. Baquero les hizo en Magallón 20 bajas, entre ellas un cabecilla. Olaguer, recorriendo Angat, les hizo 47 muertos, arrasando los barrios rebeldes de Taba y Ninga. Fué también destruido por la columna de San Miguel un campamento en estribaciones de la Sierra de Sihul. Baquero, en dos días de operaciones sobre Punsalan, hizo al enemigo 33 muertos.

En estas mismas fechas, el gobernador de Tayabas, teniente coronel Torres, aprehendió 10 cabecillas, entre ellos el de más importancia, Marcelino Tolentino. La partida que entró en Tiaong se disolvió por las columnas perseguida.

En la jurisdicción de San Juan de Balangas, por la columna de aquel lugar, fué batida la partida del cabecilla Castillo, y á poco la partida de Batin fué batida y dispersada por el teniente Polo.

Los presos que se habían conducido á Marianas con los que allí existían se rebelaron, amenazando seriamente el orden público en aquellas tierras españolas tan distantes de Manila. La lucha que para reducirlos se libró fué durísima: 90 muertos y 40 heridos se les hicieron.

En esta primera quincena de Enero se creó una nueva Comandancia general para las provincias de Cagayán ó Isabela, encomendándose al veterano coronel Camiñas.

Todas las provincias del Norte de Luzón enviaron á Manila secciones de voluntarios de infantería y caballería, perfectamente equipados y pertrechados. Al remitir los de Ilocos-Norte, el pundonoroso gobernador civil Sr. La Guardia, teniente coronel de caballería, ofreció sus servicios militares, oferta agradecida por el Capitán general.

Esta autoridad superior de las islas continuaba propulsando las operaciones, que ya no podían ser más activas, y comunicaba singularmente á Bulacán la urgencia en batir por completo á Llanera, para poder efectuar una nueva distribución de fuerzas, y dar comienzo á las operaciones sobre Cavite. Así se ejecutaba, y en la segunda quincena de Enero, todo eran combates y encuentros, acciones y escaramuzas.

El capitán Holuda batía y dispersaba en San Ildefonso la partida de

Mendoza, el cual pereció en el encuentro. Emboscadas de los nuestros en Dnmayal y Pulingao, cerca de Candaba, hicieron muchas bajas al enemigo. Fuerza fraccionada del comandante Albert en reconocimiento sobre los montes Bulao, Pantayarin y en el curso del río Nangea batió y dispersó al enemigo en Mapalasan y en Sapang: 23 muertos causaron á los rebeldes los voluntarios y la Guardia civil de Nueva Écija en Cabanatuan, y 14 la columna de San Miguel en Paliquit.

La columna de Angat y la de Albert en el río de San Mateo batian en sus respectivos lugares grupos rebeldes, causándoles bastantes bajas, y eran rechazados y batidos los insurrectos que se presentaban á la vista de Parañaque y otros que en Batangás amenazaban á Tuy.

La caballería cargó cerca de San Juan del Monte contra grupos que acababa de batir Albert, haciéndoles 21 muertos vistos.

En operación combinada con los voluntarios de Macabebe, el capitán Angosto atacó y tomó unos atrincheramientos que los rebeldes habían hecho entre Angat y Norzagaray. Las operaciones eran tan decisivas por todas partes, que el día 22 de Enero el general Jaramillo comunicaba no verse ya partida alguna en aquella importante zona de Batangas, limitrofe con Cavite. Parraquer había también aniquilado los insurrectos de Balaan y Zambales.

A pesar de que Llanera conminaba con la aplicación de la pena de muerte á los que se acogiesen á indulto, las presentaciones eran numerosas, aunque seguían los hechos de armas. En la última semana de este mes entraron los rebeldes en Manhan (Tayabas) y en La Paz (Tarlac): fueron batidos, dejando esta partida 53 muertos sobre el campo, sin que los nuestros tuvieran más que 4 heridos: querían pasar á Nueva Écija por río Chivo. Los voluntarios de Macabebe batieron á los rebeldes en Tibaguin, haciéndoles 19 muertos; en Batangas, el capitán de Miguel destrozó una partida insurrecta en el barrio Sampio de Balayán; hizole 80 bajas, dejando 23 muertos abandonados en el campo.

El teniente coronel Villalón batió en Bustos y Bulasacáu gran número de insurrectos, apoderándose de su campamento; hecho importante por el cual, el Capitán general primero, y el Ministro de la Guerra después, le felicitaron.

La columna del capitán Cabanna batió á la partida del ex gobernadorcillo Miguel, apoderándose de prisioneros y documentos de importancia. La columna Orozco batió y dispersó 100 rebeldes en Siniloan y Cavinti.

Con ser muchos los hechos de armas que acabamos de citar, no son todos los que se libraron durante el mes de Enero: más enumerarán seguramente quienes se dediquen á escribir la historia de la tan

inloresante campaña contra la insurrección de los tagalos; siendo así que nosotros no hemos podido pretender ni pretendemos tal empresa, esperamos el perdón de nuestros lectores y la resignación de éstos para lo incompleto de nuestros detalles.

5.º *Operaciones en los meses de Febrero, Marzo y primera quincena de Abril. Preparativos para el ataque de las posiciones insurrectas en la provincia de Carite. Nueva organización del ejército de operaciones.* — Las órdenes generales del 22 de Diciembre y su complementaria de 13 de Enero, organizaban el ejército de operaciones en la isla de Luzón del modo y forma que el General en jefe entendía conveniente al mejor servicio; mas antes de dar comienzo á las operaciones de Cavile, que era lo fundamental ya, en el estado de decaimiento en que se hallaba la insurrección en las provincias vecinas, el general Polavieja organizó nuevamente aquel ejército de la manera que vamos á transcribir.

Organización del ejército de operaciones en la isla de Luzón.

DIVISIÓN Y COMANDANCIA GENERAL DE LA LAGUNA, BATANGAS Y TAYABAS

<i>Comandante general..</i>	Excmo. Sr. General de división D. José Lachambre.	
<i>Ayudantes de campo...</i>	Comandante de infantería..	D. Rafael Lachambre.
	Idem de caballería.....	D. José Ochoa.
	Idem de infantería.....	D. Federico Monteverde.
<i>Estado Mayor</i>	Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel..	D. Jenaro Ruiz Jiménez.
	Comandante.....	D. Manuel Quintero.
	Coronel de caballería.....	D. León Espiau.
	Idem de artillería.....	D. Francisco Rosales.
	Idem de ingenieros....	D. Francisco de Castro.
	Teniente coronel de caballería.....	D. Víctor Espada.
	Capitán de ingenieros.....	D. Jmm Tejón.

Primera brigada.

<i>Jefe</i>	Excmo. Sr. General de brigada D. Pedro Cornel.	
<i>Ayudantes de campo...</i>	Teniente coronel de infantería.....	D. José Mora Mur.
	Capitán de Idem.....	D. Mariano Mora Mur.
	Capitán.....	D. Carlos Alonso.
<i>Oficial Estado Mayor..</i>	Capitán de ingenieros.....	D. Pedro de Anca.
<i>Afectos á la brigada ..</i>	Coronel de infantería.....	D. Pedro Zabala, para ser empleado en mando de fuerzas.

FUERZAS

<i>Infantería</i>	Batallón cazadores núms. 1, 2 y 12.....	Completos.
	Regimiento de línea núm. 74, 2.º batallón.	Idem.
	Dos guerrillas montadas.	

Segunda brigada.

<i>Jefe</i>	Sr. General de brigada D. José Marina Vega.	
<i>Ayudantes de campo</i> ...	Primer teniente de caballería	D. Constantino Gesem.
	Idem de infantería.....	D. Eduardo Macías.
<i>Jefe Estado Mayor</i>	Comandante.....	D. Enrique Toral.
<i>Oficial en prácticas</i>	Primer teniente de artillería.	D. Jorge Fernández Heredia.
<i>Afectos para mando en medias brigadas</i>	Coronel de infantería.....	D. Vicente Ruiz Sarralde.
	Idem de artillería.....	D. Vicente Arizmendi.

FUERZAS

<i>Infantería</i>	Batallones de cazadores números 6 y 15.....	Completos.
	Idem núms. 4 y 11.....	4 compañías de cada uno.
	Regimiento de línea núm. 73	Un batallón.
<i>Artillería</i>	Idem de plaza.....	Un batallón.
	Una guerrilla montada.	

Tercera brigada.

<i>Jefe</i>	Excmo. Sr. General de brigada D. Nicolás Jaramillo.	
<i>Ayudantes de campo</i> ...	Capitán de infantería.....	D. Mariano Lecha.
	Segundo teniente de idem..	D. Felipe Blanco.
<i>Jefe Estado Mayor</i>	Comandante.....	D. Felesio Aguilar.
<i>En prácticas</i>	Capitán de ingenieros..	D. Manuel García Morales
<i>Afectos á la brigada</i> ...	Coronel de infantería.....	D. Emilio Galisteo, jefe de la línea de Pansipit.
	Idem id	D. Juan Núñez, para mando de fuerzas.

FUERZAS

Batallón cazadores núm. 2.....	Dos compañías.
Idem id. núm. 13.....	Completo.
Regimiento de línea núm. 74....	Una compañía.
Idem id. núm. 73	Tres compañías.
Artillería.....	Una sección de montaña.
Ingenieros.....	Una idem de 50 hombres; un parque móvil.
	Una guerrilla montada.

Centro para aprovisionamiento, municiones y hospital de esta brigada: Taal.

Fuerzas afectas al Cuartel general de esta división.

<i>Caballería</i>	Regimiento de Filipinas núm. 31.....	Un escuadrón.
	Voluntarios movilizados de Ilocos Norte	Un escuadrón.
	Guerrilla montada de Ilocos Sur.....	25 caballos.

<i>Artillería</i>	Dos obuses b. c. de 15 centímetros. Seis piezas de 9 centímetros, batería montada. Ocho del regimiento de montaña. Cuatro Withworth.
<i>Ingenieros</i>	Una compañía de 150 hombres (para la primera y segunda brigada). Un parque móvil. Voluntarios del Abra.... 200 hombres. Idem de Hocos Sur..... 300 — Idem de Albay..... 500 —

Hospitales de campaña: 100 camas en Taul, 100 en Calamba, 100 en Biñang.

Centros de raciones, municiones y toda clase de recursos: Taal, Calamba, cuartel de Santo Domingo y Biñang.

Medios de transportes: Media brigada, cuantos se puedan reunir en el territorio de su mando y 000 chinos.

Brigada independiente.

<i>Jefe</i>	Excmo. Sr. General de brigada D. Francisco Galbis.
<i>Ayudantes de campo</i> ...	Comandante de infantería... D. José Sánchez Fano.
	Capitán de artillería... D. Francisco Sierra.
<i>Oficial Estado Mayor</i> ..	Capitán..... D. Juan Méndez de Vigo.
	Capitán de ingenieros..... D. Bernardino Cervella.
<i>Afectos al Cuartel general</i>	Coronel de Estado Mayor... D. José Barraquer.
	Idem de caballería..... D. Salvador Arizón.

TROPAS

<i>Infantería</i>	Batallones de cazadores números 3, 7 y 14..... Completos. Idem núms. 5 y 11..... 4 compañías de cada uno.
<i>Caballería</i>	Tres guerrillas montadas.
	Un escuadrón peninsular.
<i>Artillería</i>	Dos morteros Mala, dos piezas b. c. de 12 centímetros, dos ídem id. de ocho centímetros, cuatro ídem de montaña, dos ídem antirreglamentarias, dos ídem Krupp acero de ocho centímetros (antirreglamentarias).
<i>Ingenieros</i>	Una compañía de 100 hombres.
<i>Voluntarios de infantería</i>	Los ilongos, 500 hombres; de La Unión, 110; de Cagayán, 173; de Isabela, 200.

Transportes: Media brigada.

COMANDANCIA GENERAL DEL CENTRO DE LUZÓN

<i>Comandante general</i> ...	Excmo. Sr. General de brigada D. Diego de los Ríos.
<i>Ayudantes de campo</i> ...	Primer teniente de infantería D. Juan Moscoso. Idem id..... D. Manuel Carrillo.
<i>Estado Mayor</i>	Jefe de Estado Mayor: Comandante..... D. José Olaguer. Oficial de ídem: Capitán... D. Fernando O. Zuluaga.
<i>Afecto a la brigada</i> ...	Coronel de infantería..... D. Gregorio Estraña.

FUERZAS

Batallones de cazadores núms. 4, 5 y 9.....	4 compañías de cada uno.
Idem núm. 8.....	6 compañías.
Regimientos de línea núm. 68 y 73.....	1 compañía.
Idem núm. 70 y regimiento infantería de Marina número 2.....	2 ídem.

COMANDANCIA GENERAL DE MANILA Y MORONG

<i>Comandante general</i> ...	Excmo. Sr. General de división D. Enrique Zappino.
<i>Ayudantes de campo</i> ...	Teniente coronel de infantería..... D. Jaime Bosch.
	Capitán de infantería..... D. Calixto Granados.

FUERZAS

<i>Infantería</i>	Batallón cazadores núm. 9.. 4 compañías.
	Idem íd. núm. 10..... Completo.
	Segundo batallón, segundo regimiento infantería de Marina y de línea núm. 70. 3 compañías.
<i>Artillería</i>	Regimiento de plaza..... 2 compañías.
<i>Caballería</i>	Ídem de Filipinas núm. 31.. 1 escuadrón.
<i>Voluntarios</i>	Batallón infantería Voluntarios de Manila.
	(El escuadrón de ídem íd.

Tiene además la Guardia civil veterana, la Guardia civil de las dos provincias, y en Artillería los recursos de la Maestranza.

NOTA. En atención á la escasez de personal de Administración y Sanidad militar, los Comandantes generales y jefes de brigada emplearán en los cuarteles generales correspondientes á los oficiales de dichos cuerpos que tengan destino en sus zonas de operaciones respectivas compatibles con aquellos cargos.

Manila, 7 de Febrero de 1897.

6.ª *Instrucciones dadas por el General en jefe.*—No es absolutamente indispensable disfrutar la honra de perlenecer á la gloriosa carrera de las armas para apreciar cuánto significa y vale la técnica que organiza un ejército y la muchedumbre de cosas que interesa prevenir para el mismo, al hacer la guerra. Además de que esto lo inspira el común sentido, con muy poco que se lea el «Arte militar» se aprende bien. El mariscal de Saxe decía: «La guerra se hace sin dejar nada al acaso, y en esto sobre todo se reconoce la habilidad de un general».

Ahora bien: el general Polavieja organizó el ejército de Luzón y preparó las operaciones de Cavile ajustándose, como en las demás y en todas, á lo promulgado por la ciencia y sancionado por la práctica. Es claro que no podemos conocer ni conocemos todas las órdenes generales y circulares que dictara, ni mucho menos las instrucciones verba-

les que diera para la ejecución de su plan de campaña; pero el gran número de las que á nuestro conocimiento llegaron, por nuestro tesón en buscarlos, nos permilen hacer la anterior afirmación.

Acercábase la fecha que allá en sus cálculos había señalado el general Polavieja para el comienzo de las operaciones sobre la provincia de Cavile: en las respectivas zonas operaban las fuerzas á ellas destinadas; á los lugares designados para depósitos se conducían las municiones, raciones y material sanitario convenientes, todo ello calculado, teniendo en cuenta basta cualquier interrupción temporal en sus líneas de comunicaciones; se detallaba hasta el punto de sustituir las insignias de los diferentes grados de la jerarquía militar con otras menos vistosas, colocadas sobre el hombro, en el arranque de la manga libre, lisa, cual la del soldado, medida interesante para que la condición de jefe ú oficial no sirviese de puntería preferente al enemigo: con análogo objeto, para que no lo fuesen los soldados, se les proveía de fondas de rayadillo, de color sufrido, para ocultar el rojo vivo de las mantas de campaña que en forma de banda cruzaban su pecho: se les proveía de tubos de caña, *bomhouns*, para que cargados de agua no sufriera la tropa atormentadora sed: 20 hombres por compañía llevaban el bolo de trabajo, que es verdadera *herramienta de gastador*, es decir, una de aquellas cinco cosas que, según máxima del gran Napoleón, «es preciso que no se separen nunca del soldado, su fusil, sus cartuchos, su mochila, sus víveres para cuatro días y su herramienta de gastador»: mandaba el general en jefe la más escrupulosa exactitud en la redacción de los partes, sin exagerar el número de enemigos ni sus bajas, para que no redundase el error en desprestigio de nuestras armas: prevenía revistar diariamente el armamento, correaje, equipo y vestuario, singularmente el calzado: disponía los útiles que éstas habían de llevar para la confección de ranchos y transportar camillas: ordenaba extensa y concienzudamente el cumplimiento más exacto de aquellas sabias disposiciones del reglamento de campaña, para impedir el más ligero abuso ó desmán por parte de la tropa, que debe siempre ceñir sus actos á los principios de la más severa disciplina; recomendaba sus instrucciones á los oficiales de Marina, comandantes de las lanchas que habían de operar en la Laguna de Taal asegurando el dominio de aquellas aguas, y vigilar la isla del volcán en el centro de las mismas. Al general Polavieja se le veía en la práctica de aquel otro principio consignado en la máxima napoleónica número 83, de las compiladas y ampliadas por García Camba, y que dice: «Un general en jefe no debe dejar jamás descansar ni á los vencedores ni á los vencidos».

Nosotros pudimos saber con qué corrección y eficacia el general Po-

lavieja armonizaba la acción de las fuerzas del Ejército con las navales, informando al comandante general de aquel apostadero y escuadra, el distinguidísimo contraalmirante Sr. Monlojo, de todos los detalles de las operaciones que habían de ejecutar las fuerzas de tierra, á fin de que la autoridad de Marina pudiera ordenar con acierto cuanto creyese necesario á la escuadra á sus órdenes, á las cuales el general en jefe ponía también las fuerzas de infantería de Marina situadas en Binacayan, Dalahican y plaza de Cavile, con las tropas que la guardaban.

Pudimos averiguar que el día 7 de Febrero, el General en jefe, Marqués de Polavieja, al remitirles la nueva organización del ejército, la cual hemos transcrito poco há, daba á los comandantes generales de Manila y Morong, de La Laguna, Batangas y Tayabas, del centro de Luzón y de la brigada independiente, Sres. Zappino, Lachambre, Ríos y Galbis, extensas, concretas instrucciones, detallando el modo y forma con que habían de concurrir cada uno á la ejecución del plan; pudimos conocer en qué términos se señalaba al general Zappino la misión de conservar *á todo trance* el orden público en Manila y su provincia, y de qué suerte se encomendaba á la inteligencia, celo y probada pericia de este general la vigilancia de la línea Novaliches-San Mateo, así como la protección de la comarca habitada por leales, el norte y centro de Morong, para librarla de los remontados é insurrectos de las otras zonas de la misma.

Supimos de qué manera el general Polavieja encargaba al general Ríos, encomiando la pericia, bizarría y clara inteligencia de éste, acabar de librar de rebeldes la provincia de Bulacán, ya que tanto en ella se había logrado, y extinguir por completo los merodeadores que quedaban en Tarlac y Nueva Écija. No nos fué imposible conocer aquellas detalladas instrucciones dadas por el General en jefe al general Galbis para cuanto éste había de ejecutar en la importante línea de Las Piñas-Almansa-Muntinlupa, los destacamentos que había de cubrir y el oficio que había de desempeñar el resto de fuerzas móviles de la brigada, y que habían de operar impidiendo *á todo trance* cruzasen los rebeldes el río Pasig en demanda de los montes de San Mateo, ordenándole, al propio tiempo que esta misión defensiva, el apoyo de la acción ofensiva del general Lachambre sobre Silang, y también la marcha de aquél sobre Imus, por la izquierda del frente de la brigada cuyo centro había de ser Almansa, para operar batiendo la zona comprendida entre aquel punto y San Pedro de Tunasán y el Zapote hasta su curso medio. La columna que tal hiciera habría de ponerse en contacto con las fuerzas de Lachambre tan luego ésele acudiese á Pali-Parang, con el fin de atacar la casa-hacienda de Salitrán. A la pericia y discreción

del distinguido general Ghibis dejaba el General en jefe la construcción en Almansa, ó en el punto que aquél estimase conveniente, de un fuerte que so artillaría con un cañón Krupp de acero de 8 centímetros, fuerte que sería apoyo central para la caballería. Otra columna de la misma brigada habría de custodiar el curso inferior del Zapote y amagaria sobre Itacoor, haciéndose cargo de la artillería de posición para batir en combinación con los fuegos de la escuadra el mencionado pueblo envuelto por atrincheramientos que, sumados con los de la izquierda del Zapote, constitulan extensa línea de serios obstáculos.

Muy inkompletamente, es obvio, pudimos saber algunas de las instrucciones con que el General en jefe trazara la campaña ofensiva que había de llevar á cabo la división del valeroso general Lachambre, de justo renombre y fama. El general Polavieja dió á éste la mayor suma de recursos para la empresa, reservándose la brigada Galbis, que ya hemos dicho destinaba al aislamiento de Cavile con Manila y á la amenaza de atacar Imus por Itacoor. La artillería, excepto la sección de montaña que tenía el general Jaramillo, y la caballería, quedaban afectas al cuartel general de la división Lachambre, así como los voluntarios indígenas, con recomendación de que se les foguease para prepararlos á la persecución que habrían de emprender después contra los restos de la rebelión. Al mismo cuartel general eran agregados jefes, oficiales y voluntarios españoles de infantería del escuadrón de Manila y de las guerrillas. El comandante honorario de la de San Miguel, magistrado Sr. Ripoll de Castro, quedaba afecto al cuartel general como ayudante de campo agregado á las órdenes del general Lachambre; el de la misma guerrilla de San Miguel, D. Carlos Peñaranda, era también adjunto al cuartel general de la división al frente de 30 individuos de la misma, que tan señalados servicios venia prestando desde 1.º de Septiembre del año anterior, lo mismo que la de San Rafael, que poco después se creara. Los de la primera guerrilla asistieron en las operaciones de Cavile á los combates de Munting-ilog, Malaquing-ilog y á la loma de Silang, siendo su proceder tan distinguido, que algún individuo de ella ha obtenido hasta cinco cruces rojas.

Las fuerzas de Lachambre contaban ya con el parque móvil de ingenieros á cargo del ilustrado coronel D. Francisco Castro; con los hospitales de campaña que se designan en la organización que hemos transcrito; con un depósito de 200.000 raciones, 1.220.000 cartuchos de fusil y 800 disparos de cañón en Calamba; con 100.000 raciones y 1.200.000 cartuchos y 600 disparos de artillería en Biñaug; con 100.000 raciones, 1.000.000 de cartuchos y 200 disparos de artillería en Taal.

El General en jefe detalló las operaciones por modo notable. No valga para nada nuestra afirmación: ¿qué significa ésta teniendo en

cuenta la del general concepto y aquella otra que aún resuena en mi oído propio, y que nos dirigió el general Lachambre al honrarnos aceptando nuestro abrazo de sincera entusiasta felicitación: «El general Polavieja ha dirigido la campaña admirablemente?»

El general Lachambre recibía acabado croquis del camino que había de recorrer en su campaña ofensiva: había de comenzar por las operaciones sobre Silang. Según las instrucciones del general en jefe, para efectuar éstas, el general Lachambre había de reconcentrar las brigadas Cornel y Marina con toda la artillería, parque de ingenieros, caballería, voluntarios y medios de transporte que creyese convenientes, en el cuartel de Santo Domingo, y desde allí marchar sobre Silang, por su frente, envolviendo por la izquierda los atrincheramientos de los rebeldes, y arrollados los obstáculos que á su paso hallase, atacar Silang por Balate, á la izquierda del río Imus y por la derecha de éste y al Norte de Iba, uniéndose ambas fuerzas por un puente sobre dicho río. Vencido Silang, y dejándolo bien guarnecido, emprendería la marcha en dos columnas hacia Imus; la más fuerte por el camino que va á Pérez-Dasmariñas, y la otra, de menos fuerza, por el que conduce á Paliparang: reunidas ó separadas estas columnas, marcharían sobre la casa-hacienda de Salitrán; y guarnecida ésta, á la que creía el general en jefe sería preciso batir con los obuses de 16 centímetros, continuar sobre Imus, en cuyas inmediaciones el General en jefe tomaría el mando de todas las fuerzas para atacar á dicho punto, Bacoor, Cavite Viejo y Noveleta. Para evitar que los rebeldes reconcentrasen sus fuerzas sobre las del mando del general Lachambre, el General en jefe había ordenado al general Jaramillo que la víspera de salir el general Lachambre del cuartel de Santo Domingo hacia Silang rompiese el fuego sobre los atrincheramientos rebeldes de Bayuyugan, amagando al día siguiente forzarlos para simular la subida al Sungay por su vertiente meridional, y no cesando en estos movimientos hasta que el general Lachambre fuese dueño de Silang. Logrado esto, el general Jaramillo continuaría las operaciones sobre Talisay por la laguna de Taal con las lanchas armadas y cubriendo siempre el Pansipit. Para distraer también fuerzas rebeldes, á la vez que cubrir Manila, el mismo día que el general Lachambre marchase hacia Silang, el general Galhis amenazaría á Bacoor é Imus, ocupando la margen derecha del Zapote por el curso inferior, mientras que, por el superior, fuerzas de la misma brigada amenazarían envolverlo y marchar sobre Paliparang, en donde, si se hacía posible, comunicarían con las del general Lachambre primero y después en la casa-hacienda de Salitrán. Aquí recibiría el general Lachambre nuevas instrucciones para atacar Imus.

Las fuerzas navales á las órdenes del Excmo. Sr. Comandante general de Marina habían de apoyar las operaciones sobre Silang y sobre Imus, cañoneando los alrincheramientos rebeldes de la costa desde la desembocadura del Zapote hasta las trincheras de los rebeldes en Licton y simulando también un desembarco en Santa Cruz y en Nair. La infantería de Marina de Dalahican amagaría sobre Novelela, y la de Binacayan tirotearía las trincheras rebeldes mientras el general Lachambre operase según le indicaba el General en jefe, cuyo cuartel general se situaría en Parañaque ó Las Piñas. Encomiando justamente el valor y pericia del general Lachambre, el General en jefe, entre otras que no conocemos, le dió las instrucciones á que aludimos.

La primera quincena de Febrero fué más tranquila que las anteriores. El día 1.º al medio día atacaron los rebeldes Las Piñas, siendo rechazados, dejando cinco muertos y huyendo hacia Bayanan. En Tarlac, la Guardia civil acababa con los restos de la partida Páez. El general Ríos terminó las operaciones importantísimas sobre los esteros de Rulacán, asegurando la navegación del río de Santa Cruz. El día 7 el general Cornel practicó un reconocimiento sobre terreno ocupado por el enemigo en siete kilómetros de extensión, destruyendo un campamento y tres trincheras. En la primera zona de Rulacán se batieron grupos de la partida Maglomo, causándoles siete muertos y cogiéndoles armas y caballos. Algunos grupos de Cavile lograron desembarcar en Zambales, redoblando con tal motivo su vigilancia las fuerzas de la escuadra sobre aquellas costas y las de Bataan. El valeroso capitán de la Guardia civil La Torre batió en Ithaim y monte de Tihagua una partida de 100 hombres, haciéndole siete muertos, sufriendo los nuestros un herido y dos contusos. Hubo otras muchas novedades, de escasísima importancia todas.

7.º *El General en jefe sale á operaciones. Inicio de las mismas. Marcha del general Lachambre hacia Silang. Combates en Malaquing-ilog y en Munting-ilog. Toma de Silang.* -- Encargando el despacho al general segundo cabo Sr. Zappino, el General en jefe, señor Marqués de Polavieja, salió el día 14 de Febrero á operaciones, situando su cuartel general en Parañaque, á 10 kilómetros de Manila, sobre la playa de aquella inmensa bahía y situado en el camino que conduce á la provincia de Cavile: la dominación española fundó este pueblo en 1580, bajo la advocación de San Andrés.

Había dado principio la acción ofensiva que para reconquistar dicha provincia de Cavile trazara el General en jefe: estrictamente ajustado el general Jaramillo al plan y órdenes que recibió de dicha superior autoridad, en la tarde del día 14 atacó bizarramente á la bayoneta

el fuerte Tranquero en las vecindades de Bayuynngan; lo tomó con pocas bajas, causando muchas á los rebeldes.

El general Lachambre, al frente de las brigadas Cornel y Marina, salió de Santo Domingo el día 15 á las once de la mañana en demanda de Silang. Al poco trecho dividiéronse estas fuerzas: Lachambre con Cornel iba por el puente de Carrillo; Marina envolviendo sobre Silang por el mismo vado de Sanio Domingo; ambas brigadas habían de reunirse para la acción común en las proximidades de Silang. Durante la noche del 15 al 16, eslas fuerzas vivaquearon en la milad poco más ó menos del camino entre Santo Domingo y Silang, á siete kilómetros respectivamente. Y amaneció el 16; al loque de diana emprendióse la marcha sin novedad alguna hasta las cuatro de la tarde, en que el batallón cazadores núm. 15, perteneciente á la brigada Marina, que iba fraccionado, halló una fuerte trinchera sobre el barranco y silio de Malaquing-ilog (grande río): el teniente coronel D. Antonio Topete mandó tomarla: defendiéronla tenazmente los rebeldes; dentro de ella cayó muerto por un lancazo, destrozado, el comandante Vidal: un cuarto de hora más tarde llegaba á aquel sitio la brigada Cornel, quien envió sobre aquella trinchera al capitán Villaba: 21 hombres perdió este bravo oficial en aquella empresa, que no pudo terminarse ni después de estas dos valientes acometidas; venia la noche, y se acampó allí, instalando un hospital de sangre. Los generales Lachambre y Cornel se reunieron: Marina debía estar muy cerca; pero no se vela. El general Cornel, á las dos de la madrugada, ordenó al teniente coronel del segundo de cazadores, D. Fortunato López Morquecho, que con una compañía, única que no estaba de servicio, las guerrillas montadas y una sección de tiradores, se situase en el camino que conduce al río de Malaquing-ilog, con el fin de que tan pronto como amaneciese lo vadease á distancia de 500 metros de aquella trinchera y cayese sobre ella. A las cinco de la mañana, y poniéndose á la cabeza de las fuerzas de López Morquecho, el general Cornel practicó un reconocimiento: y avanzando, al llegar al alcance de los insurrectos, hicieron éstos una descarga, cayendo heridos el ayudante del malogrado general Zabala, teniente Taboada, y contuso el capitán de ingenieros D. Pedro de Anca, ayudante del general Cornel, más dos soldados heridos. Los insurrectos sostenían tenazmente su posición; y en vista de esto, el general Cornel dispuso que una sección de cazadores hiciera sostenido fuego oblicuo, mientras tanto el teniente coronel López Morquecho flanquease la trinchera por cualquier modo que fuese: orden terminante, dada con la sobriedad de frase y la admirable energía con que las produce esa incomparable letra de las sabias Ordenanzas vigentes en nuestro Ejército. López Morquecho fué reforzado por una compañía del mismo

batallón y dos piezas de artillería de montaña, al mando del capitán Massat. Marchaba esta fuerza por el flanco derecho, y á un kilómetro de distancia halló un paso del barranco mencionado y otras dos trincheras sobre el mismo. Emplazáronse las piezas, y haciendo fuego también en dirección oblicua, protegidas por una compañía, López Morquecho mandó á otra que avanzase, previniendo al capitán que en el momento de emprender la subida hacia la primera trinchera mencionada mandase locar paso de ataque, y con toda la velocidad posible se echase encima de la misma. Simultáneo con este movimiento lo sería el que á la carrera también practicase López Morquecho sobre las dos trincheras de la izquierda; y así se efectuó con notabilísimo éxito, porque, consternados los rebeldes al verse atacados denodadamente por la retaguardia, abandonaron sus atrincheramientos, dejando muchos cadáveres. Dado el parte correspondiente y arrasados aquellos obstáculos, por disposición del general Cornel, la columna continuó su movimiento de avance sobre Silang. No halló novedad alguna hasta la llegada al río de Munling-ilog (pequeño río) y punto en que se presentaba un puente de caña destrozado, y una gran trinchera al frente en el lado opuesto: á poca distancia otro igual obstáculo. El general Cornel mandó al mismo teniente coronel, Fortunato López Morquecho, tomase aquellas posiciones en igual forma que las anteriores, y á ellas fué el valeroso teniente coronel, del *todo Madrid* tan conocido, cuanto de aquellos lagados, que há más de treinta años habían ya de agradecerle el amparo que á sus vidas y haciendas les prestara en su calidad de jefe de la sección de la Guardia civil de Tambobo.

Para atacar la trinchera de Munting-ilog, López Morquecho llevaba dos compañías y tres secciones de tiradores: lo abrupto de aquel terreno impediéndole llevar fuerzas montadas: haciendo fuego oblicuo, llegó hasta los bordes del barranco: López Morquecho se descolgó por allí con los 300 hombres á quienes mandaba, y con igual rapidez y muy pocas bajas relativamente á las que él causó al enemigo, tomó aquella posición.

La columna siguió su marcha; y apoderándose de un fuerte verdaderamente sólido y de gran capacidad que había á menos de dos kilómetros de Silang situado, nuestras fuerzas se detuvieron, acampando toda la brigada. En los alrededores de Silang, así como dentro del mismo pueblo y al resguardo de muchos atrincheramientos, se veían millares de rebeldes. Continuó el avance. En el horrible fuego que se produjo al iniciarlo, cayó gravísimamente herido de dos balazos el teniente coronel Fortunato López. Condujéronlo al fuerte que acabamos de citar, así como á todos los demás heridos, y en el mismo foso de la fortaleza hicieronle la primera cura: el primer alivio que este bravo jefe sintió fué

con la noticia que treinta horas después le dieron de haber entrado los mjestros en Silang, en aquel pueblo durante tantos meses lugar de las tristes fazañas del rey Víctor.

La brigada Marina, desde que dejó de verse en Binambangan, envolviendo los barrancos y cruzando el río pequeño por Agallac y Pooc, llegó á Iba, á unos 500 metros de Silang. Tomó el barrio de Muntingilog, en donde luego acampó. Avanzando, unióse el general Lachambre á la brigada Marina y continuó la gloriosa accidentadísima marcha. El enemigo, además de los obstáculos que la naturaleza allí ofrece, tenía por defensa innumerables atrincheramientos y reductos casi inexpugnables. Descolgándose con cuerdas por vertientes, flanqueando aquel semillero de defensas, y tomando á la bayoneta las trincheras, se verificó la toma de Silang. El coronel Zabala, en la vanguardia de la brigada Cornel, entró el primero en aquel pueblo, arrollándolo todo después de pasar el río Tibagan, que por dos puntos lo hubo de pasar también el bizarro general Marina para dejar cogida por el flanco aquella formidable posición. Fué tal el pánico que se apoderó de los rebeldes, que mezclándose con nuestras tropas entraban en el pueblo, dejando gran número de armas blancas y de fuego Remington y Maüser, y abandonando más de 500 muertos contados en el primer momento. La batería de montaña, mandada por el capitán Massat, hizo destrozos enormes en las masas.

Los rebeldes nos mataron al capitán Jaén, al teniente Martínez y á seis soldados; hirieron al comandante Rodríguez Navas, al capitán de caballería Maquieira, á los tenientes Escol y Sobrino, resultando contusos el coronel Ruiz Sarralde, el teniente coronel Ortiz, capitán Fernández de Castro y 17 individuos de tropa. El 19 de Febrero, á las 11 y 30 de la mañana, se izó en el convento de Silang el glorioso pabellón español, en medio del frenético entusiasmo de los nuestros, que se extendió á todo el Archipiélago.

El General en jefe estaba satisfechísimo de todos: del general Lachambre, á quien llamaba alma de aquella importante operación, hacía los más cumplidos elogios, así como de los demás generales, jefes, oficiales y tropa. A todos señalaba merecedores de recompensas, dedicando á las fuerzas de la Armada la especial mención que merecían los señalados servicios de ésla.

S. M. la Reina y el Gobierno felicitaban expresivamente al General en jefe y Ejército y Armada; la augusta Madre de D. Alfonso XIII, al conocer la heroica muerte del coronel Albert en el puente de Zapote, declaraba bajo su protección á la familia de tan bizarro jefe.

8.º *Operaciones en otras zonas. Toma de Pamplona. Toma de Dasmariñas*

Toma de Salitrán.—Mientras en la zona de Silang se obtenían tales glorias, en las otras todo iba bien. Las fuerzas de Marina cooperaban admirablemente á la acción ofensiva. El día 16, atacando Binacayan numerosas fuerzas enemigas, que cargaron con furia sobre aquel destacamento con fuego de infantería y artillería, fueron rechazadas con grandes pérdidas. El día 18, un bote armado del crucero *Lezo*, protegido por los fuegos de la escuadra, desalojó al enemigo de sus trincheras, haciéndole más de 100 muertos: de los nuestros fueron heridos los alféreces de navío Sres. Vial y Martínez y 15 individuos de la dotación misma.

Para auxiliar los servicios de mar, disponíase también de medios que merecen especial mención: no fuera justo dejar de agradecerlos y aplaudirlos. Además de las embarcaciones de las guerrillas de San Miguel y San Rafael en continuo servicio, algunas casas navieras y la Compañía Marítima, así como las Obras del puerto, según ya hemos dicho, pusieron gratuitamente á disposición del General en jefe, siendo desde luego aceptado el ofrecimiento, un importante material náutico, que prestaba singularmente en estos días muy buenos oficios. La Compañía Transatlántica, en todas ocasiones ansiosa de servir á la Patria, y portándose en esta ocasión como en todas, cedió seis gabarras armadas con cañones Montoria de 9 centímetros unas, con Krupp de 8 y medio facilitado por Marina otra; para 100 hombres de infantería la cuarta, todas con completo arreglo y con sus costados revestidos por corcho y lona. Otras dos destinaba á la bahía de Manila y el Pasig: todas con capacidad para 100 combatientes y todas de hierro de 2 pies 4 pulgadas de calado y racionadas.

El general Jaramillo, después de apoderarse el 13, según anteriormente hemos dicho, del fuerte Tranquero, asaltó el de Itignay el día 15 después de penosa marcha hacia el Norte, en la que hubo de transportarse á brazo la artillería. El capitán Fila ayudó al soldado indígena Gaudencio Garay para coronar aquella fortificación, en cuyo ataque nos hirieron al comandante Noguera y al teniente Macías. El mismo general Jaramillo, el día 16, tomó Bayuyungan y San Gabriel y Baranlong, muriendo de los nuestros en tal empresa el capitán Tena y 28 individuos de tropa; los rebeldes tuvieron muchas bajas. Barraquer, ano entonces coronel, el 15 de Febrero, después de batirse con 2.000 insurrectos que tanazmente se le oponían, se apoderó de todos los atrincheramientos que defendían Pamplona, á la derecha del río Zapote, y de este mismo pueblo. ¡Qué éxito. Dios eterno! Cuatro horas duró este rudísimo combate y terminó tan brillantemente, que las fuerzas en persecución de los rebeldes rebasaron el Zapote y allí mismo en la orilla izquierda acuchillaron cientos de rebeldes. Estos nos mataron al

teniente Ruiz Solo y 18 soldados más, y nos hirieron á los capitanes Burguete, Torres y Suárez y 43 individuos de tropa. El coronel Barraquer, que había dirigido esta acción, afirmaba desde aquel instante el dominio sobre todo el curso inferior del Zapote por su orilla derecha. Sobre este mismo río tuvimos la desgracia de que muriese gloriosamente el coronel Albert el día 17, excediéndose por su arrojo en el cumplimiento de las órdenes que tenía para amagar, pero no pasar el río después de tomar los atrincheramientos próximos al puente por donde quiso cruzarlo, á pesar de aquéllas, y sin que tampoco moderase los impetus de soldado tan valeroso el recuerdo de seis hijos, á los cuales no podía legar otra cosa sino honor y gloria. En este hecho de armas también nos hirieron al capitán Varela y 27 soldados más. El general Lachambre organizó Silang sin perder momento. Cumplía bien y fielmente las instrucciones del General en jefe, que exactamente concordarian con el propio criterio de su ilustre lugarleniente. El Mariscal de Villars decía: «En la guerra, todo depende de imponer al enemigo, y conseguido esto, de no darle tiempo de volver á tomar aliento.» Y el gran proscrito en Santa Elena sentaba como principio que «una marcha rápida aumenta la moral del Ejército y sus medios de triunfo».

El general Eachambre salió en la mañana del 24 de Febrero de Silang con dos columnas: una en demanda de Paliparaug, la otra sobre Pérez-Dasmariñas. Arizón, envolviendo el curso superior del Zapote, había de batir los bosques vecinos de Paliparang y unirse á la primera. Se fingirían ataques sobre el río Bacoór y sus esteros; se amagaría otra acción por Novelela, todo lo cual y más aún prevenía al General en jefe, con el fin de disminuir las fuerzas rebeldes que hubieran de oponerse á Eachambre. La escuadra seguiría cañoneando á Bacoór y sus innumerables trincheras.

A cuatro kilómetros de Dasmariñas, en el barrio de Sampaloc, empezó resistencia viva contra las fuerzas Lachambre. Acudieron á aquel lugar muchos rebeldes capitaneados por el titulado *generallísimo* Emilio Aguinaldo: concentradas estas fuerzas rebeldes en los atrincheramientos inmediatos á Dasmariñas, la columna principal, con los generales Cornel y Marina, los tomó todos, arrollando al enemigo y desplegando en la marcha, hasta el mismo pueblo balido por la artillería de 9 centímetros.

El general Marina atacó de frente en la vanguardia: no pudo flanquear la izquierda por impedirlo un profundo barranco, y Cornel envolvió la derecha por un terreno todo inundado. Marina, sin esperar la columna Villalón, que venia por Paliparang, en cuyo sitio se había unido con Arizón, y viendo que el día avanzaba, se apoderó de dos trincheras de piedra que defendían la entrada de Dasmariñas, y fué

tomando el pueblo casa por casa, tenazmente defendidas. A 60 metros de distancia fueron batidos por la artillería de montaña la iglesia y el convento. Incendiados aquellos edificios, un grupo de 80 rebeldes pretendió salir de ellos, y en lucha cuerpo á cuerpo perecieron todos. En torno de la iglesia se encontraron once granadas cargadas y de gran calibre. Por calle paralela á la que Marina recorrió ganándola paso á paso, entró Cornel haciendo lo mismo, cañoneando y persiguiendo á los rebeldes en fuga. Agnimbdu huyó en el primer período del combate, dejando encargado del mando á Estrelia, también titulado general. Era éste un ex sargento de la Guardia civil, ascendido á segundo teniente antes de la insurrección; también huyó y le substituyó en el último período de esta acción el caheilla Felipe García, que murió, siendo identificado su cadáver. En Dasmariñas lucharon más de 5.000 rebeldes, de los cuales 1.500 procedían de Imus. Llegó la columna Villalón, la cual en el camino por Paliparang había tomado tres trincheras, causando 15 muertos vistos al enemigo: más de 400 se recogieron en Dasmariñas pertenecientes á los rebeldes: nuestras hajas fueron el capitán Bertós de cazadores y 19 individuos de tropa muertos; heridos, los comandantes Carpio y Sáenz de Tejada, capitanes Iñáñez y Castan, tenientes Carrión, Salafranca, Girall y Monserrat, todos de infantería; teniente de artillería Sendras y el de caballería Velasco; Macías, ayudante del general Marina, y 101 individuos de tropa y 10 contusos.

Para formar concepto exacto de la pericia de nuestros generales en la actual campaña de Filipinas y del valor de aquellos soldados bisoños, de aquellos quintos sin instrucción, sino la somera que en unos pocos días pudieron recibir en el Archipiélago, sería útil conocer los términos en que el general Lachambre encomiaba á los unos y á los otros en cuantos hechos de guerra intervino y dirigió, pero muy singularmente en este de que nos ocupamos, y en el que los rebeldes habían cifrado sus mayores esperanzas. El General en jefe recompensó á todos con arreglo á sus atribuciones, y propuso á los que más se distinguieron para las gracias que él no podía otorgar.

El Capitán general seguía dirigiendo su plan y custodiando con la brigada Galbis la orilla derecha del Zapote.

Lachambre desde Dasmariñas había de ir y fué á Saldrán. Al amanecer del 7 de Marzo salió el general Lachambre hacia aquel pueblo. Llevaba un convoy é impedimenta. Con tres hajas en los maderos se tomaron todos los atrincheramientos que el enemigo tenía en aquella dirección. El coronel Arizón, envolviendo la casa-hacienda, rápidamente se apoderó de ella. Los rebeldes abandonaron otras fuertes posiciones para reconcentrarse en su desordenada retirada sobre una trinchera de 1.000 metros, apoyada en su extrema derecha por un re-

dueto que corlabá por completo el camino de Imus. Después de rudo combate, la media brigada Zabala tomó áquella posición; pero muriendo gloriosamente este general en el asulto de aquella gran trinchera con 10 individuos de Iropa más, y resultando herido el teniente Fariante, ayudante del general malogrado que acababa de perpetuar, muriendo, el apellido que tenía, *Zabala*. También sufrieron allí lesiones más ó menos graves los capitanes Narl y Rubio, los tenientes Fernández y Castro y 25 soldados más. El General en jefe ordenó á Lacbambre que desde Salitrán fuese al Zapole con el fin de operar en combinación con otras fuerzas.

9.º *Sedición en Manila. Operaciones en otras zonas.*—El día 25 de Febrero alcanzaron por producto de su incesante inicua labor los conspiradores de Manila los medios de determinar una algarada que causó alarma general en la ciudad de Legazpi: un grupo de carabineros indígenas se sublevó en el cuartel próximo al Pasig situado; y matando á un sargento europeo, Miguel Lozano, é hiriendo al oficial de guardia, D. José Antonio Rodríguez, se declararon en rebelión, esperando que todos los catipunados de los barrios próximos se les unieran y apoderarse de Manila. La Veterana, fuerzas del mismo inslitulo á que los sediciosos pertenecían, y sobre todo la columna del teniente coronel Jiménez, los castigó, singularmente en San Lázaro, merecida y severamente. En la revuelta, los insurrectos asesinaron al teniente coronel Fierro, que, vestido de paisano y desde un carruaje, los increpó por su fechoría. Los voluntarios de Manila prestaron en esta acción excelentes servicios, batiéndose con éxito en los arrabales y acudiendo todos á la defensa de la capital: 30 individuos, principales autores de aquella infame sedición, fueron objelo de consejo sumarísimo: los 27 carabineros que se alzaron lleváronse 36 fusiles. El complot quedó deshecho, y la energía con que desde el primer momento procedió el general Zappino, encargado del despacho, pues el General en jefe estaba en su cuartel general de Parañaque, devolvió la calma á la capital.

Algunos grupos se presentaron en estas fechas por Ilagonoy, Santol y Santa Rila (Pampanga), que se hicieron desaparecer inmediatamente, siendo por igual batidos los que querían reanudar la insurrección en Bataan, que las fuerzas Barraquer habían dominado por completo.

Continuando las operaciones en Bulacán, se batió á los remonlados en las estribaciones de Sierra Sibul. En Balayán (Balangas), un grupo rebelde que incendió varias casas fué rechazado con grandes pérdidas. En los primeros días de Marzo, la columna del Sur de Bulacán atacó un campamento atrincherado en el sitio Agón, cerca de Novaiichcs; des-

pués de tres horas de combate, lo tomó, dejámo los rebeldes 102 muertos sobre el campo: 20 de ellos vestían uniformes de la Guardia civil y Carabineros; identificóse entre los cadáveres el de Pedro Pacheco, jefe de las partidas de San Mateo. El general Jaramillo halló en los sitios de Dayapan y Sambón las partidas que habían sido desalojadas de Ilayuyungan: les hizo 40 muertos y dos prisioneros, experimentando los nuestros tres heridos. Otros muchos encuentros se producían en los primeros de Marzo en Ilulacán y se descubrieron trabajos para levantar las provincias de La Pampanga, Tarlac, Nueva-Écija y La Laguna: vanos esfuerzos.

El teniente de la Guardia civil de Malabong sorprendió en Tinajeros un grupo de conspiradores encerrados en una casa, desde la cual hicieron al ser descubiertos tenaz resistencia. Siete de ellos murieron en la contienda. En La Laguna, el comandante López Herrero ocupó el día 11 de Marzo un campamento atrincherado en el camino de Siniloan. Dujols sorprendió grupos en Guadalupe haciéndoles 7 bajas. En Bulacán hubo encuentros los días 11, 14 y 15, como siempre favorables á nuestras armas.

10. *Continúan las operaciones de la división Luchambre. Combates en el Zapote y en Presa de Malino. Toma de Imus. Toma de Novéleta. Ocupación de Carite Viejo, Binacayan, Santa Cruz y Rosario. Toma de San Francisco de Malabón.*—El 9 de Marzo salió de Almansa una columna de 9 compañías al mando del teniente coronel Salcedo: cruzó el Zapote, y tomando las trincheras que lo defendían por aquel punto, se posesionó del camino que conduce á la casa-hacienda de San Nicolás: había de aguardar contacto con las fuerzas de Luchambre á dos kilómetros de aquella casa; la columna Salcedo tuvo sus lacoste, es decir, falsos guías, y éstos la condujeron, no á su lugar de destino, sino á sitio en que el enemigo concentró defensas con muchos refuerzos que recibió de Bacoór ó Imus. Quisieron los rebeldes envolver á la fuerza de Salcedo, ocupando aquéllos el frente y el flanco izquierdo, dejando también trincheras á retaguardia; pero el engaño fué hurlado por el valor de los nuestros. El enemigo, rechazado á la bayoneta, fué perseguido, dejando 106 muertos en las trincheras, que fueron tomadas en lucha cuerpo á cuerpo. Nuestras bajas fueron los tenientes Otegui, Zaragoza y Muñños heridos; 2 capitanes conlusos; 8 individuos de tropa muertos y 30 heridos. En este día, la Escuadra casi redujo á cenizas todo Ilacoór y bombardeó con tiros muy certeros Cavile Viejo, Binacayan, Novéleta y Rosario.

En la misma fecha, y en los días 10 y 11, los rebeldes atacaron sus posiciones perdidas de Salitráu y Dasmariñas: inútil tentativa; pere-

cieron mas cuantas docenas de olios más, y nosotros tuvimos 10 heridos, 7 en el primer pueblo y 3 en el segundo.

El general Lachambre salió de Salitrán el día 9 para continuar la marcha trazada por el General en jefe. La retaguardia sostuvo por corto tiempo vivo fuego con los rebeldes, á los que se hicieron bastantes bajas, é hiriéndonos ellos al teniente Giraldo, del 6.º de cazadores, y á 5 de tropa. Después de vivaquear en Pasong sin novedad, y pasando el rio Paliparang, el general Lachambre fué por las lomas de San Nicolás hasta Presa de Molino, obra de solidez, muy bien hecha, como generalmente lo están las construidas por los frailes, autores también de la á que aludimos, situada en una de las dos bocas del Zapote. Presa de Molino estaba muy fortificada: bien supo el general Lachambre utilizarla para las obras de defensa que allí practicó. La valiente brigada Marina acometió á los rebeldes de aquella posición, los cuales, poco tenaces en defenderla, la desalojaron dejando 5 muertos y cogiéndoles muchas armas, municiones y cuatro lantacas. Continuó Lachambre su marcha hasta Pamplona, dominando hasta este punto todo el Zapote: en ambas orillas acampó.

Desde Pamplona, el general Lachambre fué á conferenciar con el General en jefe, quien le recibió con las mayores pruebas de consideración y afecto, ordenándole la toma de Imus. Cuán imposible le fué al General en jefe ponerse al frente de las tropas para ir personalmente al ataque de aquel lugar, ya lo demostraremos al hablar de la gravedad del mal que le aquejaba en tales días.

Antes de que se efectuase la marcha de la división Lachambre á Imus, el General en jefe organizó una brigada más para operar con todo medio posible contra aquel baluarte de los tagalos. La nueva brigada iba mandada por el general Arizón, recién ascendido á tal jerarquía, y se habia constituido con cuatro compañías del batallón 13 de cazadores, perteneciente á la brigada Jaramilio; dos compañías de cada una de las otras brigadas, y algunas fuerzas más de la brigada independiente, de la cual, por enfermedad del general Galbis, que regresaba á España, habia tomado el mando Barraquer, ya general también, ascendido en aquellos días.

Regresando el general Lachambre á su campamento del Zapote, pronto terminó la construcción de los fuertes para asegurar aquel sitio, y en breve también dió fin á los reconocimientos necesarios que practicó. Los cruceros *Castilla* y *Cristina* disparaban sobre Imus con inconcebible acierto, dada la distancia y obstáculos que en ésta se presentaban para impedir el objetivo; el resto de la Escuadra seguía cañoneando y apagaba los fuegos de las trincheras rebeldes de Bacoor y Cavile Viejo. El 22 de Marzo emprendió su marcha la división Lachambre en

demanda de Imus. Salió de su campamento del Zapote, y á las cuarenta y ocho horas cabales se izaba en la torre de la iglesia de aquel pueblo nuestra gloriosa bandera nacional. No se creía generalmente que la maña empresa pudiera lograrse en tiempo tan escaso; en Imus se temía gran lucha: lo que no se dudaba era del éxito. Comenzaron los rebeldes á disputarlo á la división Lachambre en las mismas orillas de Palipurang, y extremaron su defensa en adelante. La primera resistencia la venció pronto y bien el regimiento 74; y continuando su marcha la división con gran convoy de víveres y municiones, llegó sin novedad hasta un kilómetro de Salitrán. Allí pernoctó, siendo hostilizada por continuo tiruleo. El 24 en marcha ofensiva maniobró para atacar una formidable trinchera recientemente construida de dos kilómetros de longitud, que cerraba por completo el camino, apoyando sus extremos en los bosques y barrancos. Por tres puntos distintos se asaltó, sembrando de cadáveres de insurrectos aquel suelo, y sufriendo los nuestros sensibles pérdidas. Allí murieron heroicamente peleando los tenientes D. Constantino Crund, ayudante del general Marina; D. Juan Pérez Igual y D. Miguel García, con cinco individuos de tropa. Fueron en el mismo sitio heridos los capitanes D. Mariano Itoiz y D. Joaquín Sáenz de Gracia; los tenientes D. Serapio Sánchez, D. Atanasio Medina Chueca, D. Ramón Gozávez, el médico D. Aureliano Rodríguez y 100 individuos de tropa. Tomada esta trinchera enorme, la división acampó en Malagasán, entre el río Imus y el camino de Dasmariñas, y continuó el avance envolviendo las posiciones enemigas, que cubrían por entero aquel lugar, que era la Meca de los rebeldes.

Después de la trinchera que acabamos de citar, se presentó otra entre Lumanghayan y Tansaghuman, de 3,000 metros de extensión. Se atacó con un fuego convergente, muy prolongado, de todas las columnas, y el enemigo la desalojó, siendo perseguido en lucha cuerpo á cuerpo. Más de 400 cadáveres dejó allí. En la primera de estas trincheras se recogió mortalmente herido á Crispulo Aguinaldu, titulado *teniente general*, hermano de Emilio, *el generatísimo*. La división Lachambre tuvo allí también bajas muy sensibles: murieron gloriosamente los capitanes Sánchez Minguez y Salgado, el teniente Ortiz y 22 individuos de tropa; fueron heridos el teniente coronel Carsi, los capitanes Hidalgo, López y Comas, los tenientes González, Antolín, Ruiz, Vizecaino, Fernández y Lraguero, con 119 individuos de tropa. A la vista de Imus, la división Lachambre, perdida por el enemigo toda esperanza, cubrió su retirada, produciendo un voraz incendio, en cuya línea, desde la hacienda hasta el pueblo, se produjeron muchas y estruendosas explosiones; dos horas contuvo el avance de nuestras tropas tan criminal

medio; al cabo de tal tiempo entraron apoderándose del pueblo y de aquella hacienda que los PP. Recoletos tenían en él, y que venía secularmente destinada á servir de casa de salud, en la cual, sin gasto alguno, la recuperaban ó defendían muchos españoles peninsulares sin reparar su condición social alta ó baja: todos cuantos querían, sin que jamás estuviese deshabitada; hacienda y casa en la cual no tenían gran interés los frailes en procurarse insecticidas para conservar las especies agrícolas que en ella enlaban, porque en la misma, si no en mayor proporción, volvían éstas á salir en forma de dádivas cristianas: el 50 por 100 de las que de allí salían, aun en concepto de préstamo, no eran reintegradas nunca. ¿Quién lo ignora?

Aun era densa la humareda causada por aquel incendio que los rebeldes produjeron en ímus, cuando nuestras tropas de la división Lachambre enlaron en aquel baluarte de la *tagalia* ingrata, y al huir en horrible confusión sus moradores, dejaron en poder de los nuestros, dueños legítimos del territorio, haces informes de fusiles Remington y Maüsser, y cañones y lantacas, montones de armas blancas, depósitos de pólvora y municiones y fábricas de cañones y fusiles. A una señal que se dió desde el campanario de Imus, la desbandada había sido general, agolpándose en tropel las turbas catipunadas y sus perversos directores sobre el camino de Cavile Viejo, del *Magdalo* de Aguinaldo y sus áulicos consejeros del Sangunian-bayan.

La toma de Imus se conmemoró con entusiasmo delirante en la Manila española: mucho debió padecer en aquel día la pequeña, alevosa, desdichada parte de la Manila del Calipunan. ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva Polavieja! ¡Viva Lachambre! ¡Vivan el Ejército y la Armada! Esos eran los entusiastas gritos que secaron las fauces de todos los españoles del Archipiélago, desde Tawi-Tawi á las Baschins.

Tomado ímus, en nueva conferencia verbal, el general Polavieja ordenó la loma de Novelela, y allí fué el ínclito general Lachambre, antiguo teniente de aquella batería Provedo, que en otra guerra triste, en que eran nuestros también los vencedores y los vencidos, solía cambiar de personal cada treinta días, por quedar fuera de combate todos los que formaban parte de aquella unidad láctica de heroicos artilleros, que con tanta fama lucharon en los inverosímiles accidentes de la tierra vaseongada. Novelela, el pueblo al cual los rebeldes, después del acta de Santa Cruz, en que cambiaron los nombres de todas las localidades de la zona, le llamaban los mismos Magdinan, que quiere decir *vence-dor*, fue fácilmente vencida y atacando Lachambre de revés los fuertes alrincheramienlos que la defendían. Los rebeldes, desde la lucha de Dasmariñas, ya no se batían desde superficies cerradas; querían el campo libre. Lachambre, que desde Manila regresó á Cavile acompa-

ñado del cuartel general y de muchos jefes y oficiales que iban á incorporarse á sus brigadas en el transporte de guerra *Isla de Cuba*, fué á Baconr, abandonado por los reholdes, y de allí á Imus. El 30 salió con su división sobre Novelola, Cavite Viejo y Binacayan: en el mismo día el general Herraquor envió un convoy de 240 heridos á Manila. El calor que se experimentaba era insoportable, presentándose en las tropas muchos casos de congestión, y el general Polavieja ordenó que en los conventos se establecieran enfermerías para los oficiales, y en las iglesias otras para la tropa. En la marcha á Novelela iba á la vanguardia la brigada Arizón, la de Iliz Sarralde en el centro y la de Marina á retaguardia. A las nueve de la mañana, estas tropas comenzaron á ser molestadas por el fuego enemigo: en el barrio de Balimbing, jurisdicción de Imus, allí principiaron los rebeldes á querer impedir el avance de los nuestros: á las cinco de la tarde se sostuvo con ellos fuego muy vivo en el barrio de Bacao.

La división acampó entre los ríos Ilang-ilang y Ladrón, quedando la brigada de retaguardia al otro lado del primero; la de vanguardia al otro lado del Ladrón, y el cuartel general, con la brigada Ruiz Sarralde, entre los dos ríos mencionados. Este es el sitio que se llama Dos Bocas. Desde él salió la división Lachambre en demanda directa de Novelela; y como desde Dos Bocas se amenazaba á tres pueblos distintos, el General en jefe vió cumplido su propósito, puesto que al situar en aquel lugar la división, impidió se concentrase el enemigo en un solo punto, sino que tenía que dividir sus fuerzas. Seguía la división el mismo orden que en el día anterior. La media brigada Arizón ya al amanecer sostuvo nutrido fuego, y éste se generalizó á las siete de la mañana; entonces avanzó el general Lachambre con su cuartel general, rápidamente hasta unirse á aquella brigada de vanguardia, ordenando al general Marina avanzase también, vadeando el Ilang-ilang. Unióse el general Marina al cuartel general y brigada Arizón, sosteniendo nutrido fuego. Pasado el río Ladrón, por otro nombre de las Cañas, iban nuestras fuerzas por entre sementeras que forman parte del llano extenso que allí hay, todo él privado de vegetación alta: en aquella superficie palayera se encuentran el pueblo de Santa Cruz, el convento de Tejeros, Rosario y San Francisco de Malabón á la izquierda; Novelela está á la derecha, oculta por espesos grupos de canaveral. Al amparo de éstos precisamente hacían fuego los rebeldes, y cada instante más nutrido, hasta que llegó la columna Marina. Desenvolviéndose ésta por la izquierda y atacando á la bayoneta, el enemigo so declaró en precipitada huida en dirección de San Francisco de Malabón: sobre aquel flanco situó el general Lachambre artillería que corlabla la retirada á los rebeldes, y á las doce de aquel día entró la divi-

sión, menos la brigada Ruiz Sarralde, en Novelela. Estas últimas fuerzas se incorporaron tres horas después; Ruiz Sarralde se había tenido que detener, batiendo al enemigo que le hostilizaba. Las bajas sufridas por la división en estos dos últimos días 31 de Marzo y 1.º de Abril fueron 6 individuos de tropa muertos, 1 capitán y 39 soldados heridos con 4 contusos en la primera de estas fechas, y en la segunda tuvo la brigada Marina 6 muertos, 50 heridos y 9 confusos; las de Arizón y Ruiz Sarralde 3 heridos. Dentro ya de Novelela, aun se batían los rebeldes desde muchas casas; en este pueblo no se veían, como en los demás, tantos destrozos por los incendios. En él mandaba el dueño de la casa en que se alojó el general Lachambre; había sido juez de paz; usaba el título de coronel jefe militar, hallándose en su domicilio muchos é importantes documentos relativos al Catipunan.

El general Lachambre continuó á Cavile Viejo, no sin dejar debidamente organizado el pueblo de Novelela: allí quedó una comandancia militar á cargo del teniente coronel Velasco, del 1.º de cazadores, con seis compañías, dos de éstas pertenecientes á cada una de las brigadas. Se entró en Cavile Viejo sin resistencia, abandonadas la multitud de trincheras en diseminación por todo el camino, y cerrados los importantes caseríos que hay entre este pueblo y el de Novelela. Los fuegos de la Escuadra habían causado mucho daño; pero además una granada lanzada con gran acierto por el teniente Valera desde la batería de Porla-Vaga, destruyó todas las casas que se hallaban á la derecha de la iglesia y de toda aquella parte del poblado, pues produjo un incendio formidable.

En el Sangunian-bayan, ó sea el Consejo popular de Cavile Viejo, figuraba en primer término Baldomero Aguinaldo; éste era el que llamaban Pangulo sá bayan; era padre de Emilio *el generalísimo* y de aquel Crispulo que hemos dicho murió en la loma de Imus, en las trincheras de Anabo. Ocupado militarmente Cavile Viejo (Magdalo de los rebeldes), cumpliendo las instrucciones que del General en jefe recibió, Lachambre continuó su marcha á Binacayan, sin hallar resistencia tampoco: allí estaba en completo abandono la enorme trinchera contra la cual tan heroicamente luchó y de la que con tanta gloria se apoderara el general Marina el 9 de Noviembre del año anterior, trinchera acasamalada, aspillera y artillada, de extensión y de espesor inverosímiles y flanqueada por una serie de trincheras de menores diámetros, periclitamente construidas todas; desde allí fué el general Lachambre á los polvorines de Binacayan, que eran nuestra línea avanzada y que tan molestados habían sido en todas horas por el fuego del enemigo.

En todas aquellas operaciones, antes de acampar en Dos-Rocas, el general Lachambre había venido arrollando y destruyendo á los rebel-

des, que experimentaron muchas bajas, sufriendo los nuestros la del temiente Adelardo Martín y 9 de tropa muertos, y el teniente Dávila, el médico Prast y 66 de tropa heridos.

Terminadas estas gloriosas jornadas, y antes de emprender el general Lachambre la marcha para recuperar los pueblos de Rosario, San Francisco de Malabón y Santa Cruz, que podían considerarse las definitivas de la reconquista de la provincia de Cavile, el general Lachambre pidió la autorización correspondiente para conferenciar de nuevo con el General en jefe, el cual le manifestó acudiese á Manila, mas dejando preparadas las operaciones pendientes para seguir las sin descanso, aprovechándose de lo maltrecha que estaba la moral entre los rebeldes que quedaban en armas. Y así se efectuó. Después de brevísima estancia del general Lachambre en Manila y de haber conferenciado con el General en jefe, volvió á la comarca de sus brillantísimos triunfos.

Desde Novélela, hostilizado por el enemigo, que en grandes masas reunido en San Francisco de Malabón destacó sobre aquel lugar gran número de rebeldes con intento de rescatarla, siendo rechazados con grandes pérdidas, y sufriendo los nuestros las de 7 muertos y 30 heridos, salió el general Lachambre para recobrar San Francisco de Malabón, pueblo cuyo término municipal confina por el N. con el de Imus, por el S. con el de Silang, por el E. con el de San Pedro de Tunasán, y por el O. con el de Naic. Es un terreno muy fértil. En aquel pueblo habíanse reconcentrado todos los principales elementos. Allí, organizando y dirigiendo la defensa con gran empeño, estaban Andrés Bonifacio y el *generalísimo* Emilio Aguinaldo; allí se reunieron los Mariano Alvarez, presidente del Calipunan de Novélela; *Ariston Villanueva* (Kampupul), titulado *Ministro de la Guerra*; *Diego Mójica*, *Ministro de Hacienda*; *Pascual Alvarez* (Bagumbuhay), *Ministro de la Gobernación*; *Frias*, *Ministro de Gracia y Justicia*; el telefonista *Jacinto Lumbreras* (Bagumbayan), que se había hecho *Ministro de Estado*; *Emiliano R. de Dios*, titulado *Ministro de Fomento*, y muchísimos más, todos ellos ostentando títulos como los que sirven para expresar nuestras más respetables clases y jerarquías. Allí estaba aquel tristemente célebre Nocom, vil instrumento de las torturas que padecieron los religiosos y españoles peninsulares cautivos de los rebeldes, sobre todo después que llegó allí *Paciano Rizal*, acompañando á la viuda de su hermano, el gran agitador tagalo. Todo hacía creer que aun con la ie perdida, ofrecerían allí los rebeldes gran lucha. Era San Francisco de Malabón su último baluarte, y, en efecto, se batieron con vigor, pero por corto tiempo. La división Lachambre fué hostilizada desde poco después de su salida; mas la resistencia efectiva la ofrecieron los rebeldes cuando nuestras fuerzas estaban á

1.500 metros del pueblo. En lugar todo encharcado, con los ilancos apoyados en las orillas de dos ríos; invadeable el Cañas, las tropas avanzaron bajo el fuego de las trincheras enemigas. Media brigada Marina atravesó el Ladrón y la otra media con la do Arizón alacó de frente y con gran denuedo al pueblo. Hubo lucha desesperada, aunque corta, como hemos dicho; y preparado el asalto por la artillería, lo efectuaron nuestras fuerzas, cogiendo 30 prisioneros y dejando los enemigos más de 400 cadáveres sobre el campo. El general Lachambre se apoderó allí de cañones de bronce y hierro y muchas lanlacas y de gran cantidad de fusiles de diferentes sistemas. Muchas bajas se causaron al enemigo, según acabamos de decir; pero también fueron numerosas las nuestras. Allí nos hirieron al capitán Vallés y á los tenientes Vázquez, Aycart y Barrachina, resultando contusos el teniente coronel Carbó y los tenientes García, Sancho y Vizcarra. Las bajas entre los individuos de tropa ascendieron á 120. Con la toma de este pueblo se rescataron la viuda é hijos del capitán Rebolledo, asesinado en Novelela.

Seguidamente se ocuparon Rosario y Santa Cruz; en el primero de estos pueblos fué muy eficaz el auxilio de la Escuadra cañoneándolo con gran acierto, así como á San Francisco de Malabón, causando muchas bajas á los rebeldes, y experimentando nosotros las de dos marineros heridos.

Los vecinos de Santa Cruz se presentaron todos acogiéndose al decreto de indulto, manifestando ser leales; que si no se habian presentado antes era por el temor que les inspiraran las amenazas de los insurrectos. En efecto, eran tales miedos fundados. Acababan de ver de qué suerte los rebeldes quemaban la casa y se apoderaban de 7 ú 8.000 envases de palay que poseia en aquel pueblo el ex gobernadorcillo don Hermenegildo del Rosario, indigena fiel á la Madre patria, que por modo alguno habia querido adherirse al Catipunan cuando conminado fué hasta con el fusilamiento en la sementera de Raiga: acababan de ver de qué suerte se amenazó á indigena tan leal como D. Catalino Abnij, quien abandonó todos sus bienes antes que formar parte entre los catipunados del pueblo de Rosario; indigena amante de España tan firme como aquel capitán de Santa Cruz, Gil Valencia, que salvó denodadamente de las garras de los rebeldes á seis frailes de los de la provincia de Cavite, y á la familia del español peninsular Sr. Mier, que corrió los mismos riesgos que aquellos religiosos. La declaración de los indios de Santa Cruz podía considerarse sincera, no producto de la política solapada.

11. *Operaciones en otras líneas. Sucesos de Calivo.* —Mientras se habian desarrollado las últimas operaciones á que nos hemos referido en

la provincia de Cavile, en otras zonas se producían hechos de armas dignos de mención, aun cuando lo mismo por su conjunto que en sus detalles se viese el decaimiento de los rebeldes. El general Jaramillo hirió en vecindades de Balayan, en San Pedriño, insurrectos á quienes sorprendió acampándose, y causándoles 21 muertos y muchos heridos, experimentando los nuestros las bajas de 3 de los últimos y 2 que desaparecieron. Las presentaciones eran muchas. En Bulacán la efectuó al frente de un gran grupo el capitán municipal de Norzagaray; en Pateros hizo lo mismo un grupo de 719 individuos; en Manila, más de 3.000 familias se acogieron á indulto.

Muy cerca de la divisoria de Manila y Bulacán, en Paso de Blas, la columna Olaguer-Eliu riñó acción con los rebeldes, causándoles 237 bajas y dispersándolos por completo. Allí perdimos al capitán Izquierdo y 6 soldados, resultando también heridos el capitán Bos y el teniente lt. Leopoldo Itejarann.

En reconocimiento por Nasughú, el general Jaramillo, continuando operaciones, destruyó otro campamento atrincherado. El teniente coronel Jiménez atacó el 2 de Abril al enemigo que ocupaba fuerte posición en sitio próximo á Manila, tomándola á la bayoneta y causando al enemigo 64 muertos, cogiéndole muchas armas, municiones y viveres. Allí nos hirieron al capitán Avila y 4 de tropa. En la Laguna de Taal, la lancha *Amalia* echó á piepie dos barcas tripuladas por rebeldes de los contornos, haciéndoles 3 muertos, y 3 de éstos tuvieron los rebeldes en el barrio Marin, batido por patrullas de cazadores.

Acaeció en estos días en tierras de Bisayas una intentona revolucionaria, rápidamente sofocada por el acierto con que se operó. Un fanático, llamado Castillo, levantó gentes en armas en el partido de Aclan: bahía constituido un Calipunan en Malihog, barrio de Calivo, en la provincia de Cápiz. El gobernador político militar de la misma, Sr. Togores, púsose al habla con el comandante general de Panay y Negros; se organizó una expedición para llevarla á cabo en el crucero *Ulloa*, con columna de desembarco compuesta de marinería y Guardia civil, al mando del segundo comandante del citado barco, el teniente de navío de primera D. Francisco Rapallo. Operaron estas fuerzas flanqueando todo el terreno en torno de Calivo, en 30 kilómetros de extensión, y fraccionadas en secciones, pusieron en precipitada fuga á masas sediciosas que, aunque á distancia, quisieron oponerse á los nuestros: cogiéronse varios prisioneros, quo declararon el vasto complot allí urdido en connivencia con los tagalos, ocupándose documentos de importancia á bordo de la balandra *Jolie Trinitiy*, de la propiedad del tal Castillo, nombrado por los del Catipunan jefe militar de aquella zona, en la cual murió. Al llegar el comandante general, dis-

linguido coronel Sr. D. Ricardo Monet, á Calivo, dió bando de guerra, en virtud del cual se presentaron muchos sediciosos, y en lucha abierta con los principales comprometidos que quisieron fugarse de su prisión, perecieron 19 de ellos. La conducta valerosa y prudente del coronel Monet y de las fuerzas de la Marina y Guardia civil que compusieron la expedición á Calivo fué merecidamente encomiada, pues extinguió por completo el germen de grave mal que apuntaba en aquella comarca.

La Guardia iba extinguendo los grupos de malhechores que quedaban en Nueva Écija y otras comarcas. En la de Batangas, durante los días 9, 10 y 11 de Abril, el general Jaramillo destruyó los últimos atrinchamientos que los rebeldes tenían, y persiguiéndolos por las estribaciones del Batulao, hasta la completa dispersión de aquéllos, á quienes causó muchas bajas.

Y aumentaban las presentaciones: se reconstituían de una vez pueblos enteros como Sania Cruz y Novaliches. Hasta el secretario de Llanera se acogió á indulto en Bulacán con un grupo de 542 rebeldes. A millares entraban diariamente las familias en los pueblos reconquistados de la provincia de Cavile. La insurrección estaba militarmente vencida, aun cuando era menester militarmente impedir reaccionase. Sólo después de que los tagalos recapacitasen, y, considerando la magnitud de la injusticia y error por ellos cometida y sufrido, se mostrasen verdaderamente arrepentidos del daño causado, es cuando podría volverse al secular patriarcal régimen político administrativo por la dominación española allí instaurado y practicado sin solución de continuidad *ab initio*.

12. *Enfermedad del General en jefe, Excmo. Sr. Marqués de Polavieja. Nómbrase para sustituirle en el mando de las islas y de su Ejército de operaciones al Excmo. Sr. Capitán general de Ejército D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella. Nombramiento de Capitán general, Gobernador general del Archipiélago hasta la llegada del general Primo de Rivera, en furor del Excmo. Sr. D. José Lachambre y Domínguez, teniente general.*—Por atender á la salud de la Patria, há muchos años que el general Polavieja menosprecia la suya propia. Su prolongada estancia en los climas cálidos le hirió la entraña que más fijamente hiere el constitutivo de los europeos: el hígado. Con exacerbaciones y remisiones en tal padecimiento, el general Polavieja afrontó en Cuba manifiesto riesgo de su vida y en Filipinas de igual modo. A poco de inslalar su cuartel general en Parañaque, el paludismo de la región le acometió en forma franca, pero intensa: una fiebre intermitente diaria de acceso doble alteró profundamente la calma que hasta aquel instante venía disfrutando, en

el organismo de dicho general, la entraña de antiguo lesionada; y aunque la fiebre se dominó pronto, sus secuelas en lo hepático hicieron entender á los médicos la urgente absoluta necesidad de que, en el primer barco, el ilustre general Polavieja regresara á la Península. Así lo expuso al Gobierno de S. M., en cuyo poder existir debe la luminosa consulta celebrada por los distinguidos individuos del Cuerpo de Sanidad militar, que la celebraron presididos por su jefe técnico el Excelentísimo Sr. Inspector D. Joaquín Plá Pujola.

El deber que nos hemos impuesto de expresar nuestro propio concepto acerca de los principales hechos que en estas páginas consignamos, no quedaria bien cumplido si no dijésemos lo que pensamos respecto de la enfermedad que aquejara al señor general Polavieja. Nosotros creemos en la certeza absoluta del diagnóstico hecho sabiamente por los médicos militares y en lo indispensable del regreso del General en jefe á la Península; pero al propio tiempo también pensamos que, si mientras las operaciones más activas, tanto en la provincia de Cavile cuanto en las demás zonas, cualquiera que fuese el estado de salud del general Polavieja, jamás por consideración alguna hubiera éste dejado el territorio de su mando, una vez lograda la reconquista de aquella provincia y casi extinta la rebelión en las demás, el general ilustre de quien nos ocupamos también hubiese enfermado lo bastante para abandonar aquellas islas en el caso de que en la Metrópoli se hubiera dudado respecto al envío de los medios que el general Polavieja creía precisos para asegurar definitivamente la pacificación de aquellas tierras de la Patria.....

El Gobierno de S. M. nombró al Sr. Marqués de Polavieja Presidente de la Junta Consultiva, sin perjuicio de continuar en el mando hasta su embarque, y para sustituirle en el mando de Filipinas se nombró al Excmo. Sr. Capitán general de Ejército D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella.

Por la Presidencia del Consejo de Ministros se expidió otro decreto nombrando para el mismo mando, hasta la llegada del señor general Primo de Rivera, al Excmo. Sr. D. José de Lachambre y Domínguez, ya elevado con general aplauso á la alta jerarquía de teniente general por su gloriosa campaña en la provincia de Cavile.

La *Gaceta* del día 15 de Abril publicaba el siguiente decreto del Gobierno general de las islas:

« Manila 15 de Abril de 1897.

» Habiéndose dignado S. M. admitir la dimisión que por razones de salud he presentado del Gobierno general de estas islas y demás

cargos anexos, con esta fecha hago entrega de ellos al Excmo. Sr. Teniente general D. José de Lachambre y Domínguez, designado por el Gobierno Supremo para ejercerlos inelcrinamente. Comuníquese y publíquese. — *Polavieja.*»

13. *Entrega del mando y regreso á la Peninsula del Sr. Marqués de Polavieja.* — Este insigne general entregó el mando de las islas al bizarro general Lachambre. ¿Cómo quedaba en tal fecha aquel territorio que en tanta extensión estuvo conllagrado? Bien á la vista estaba el estado en que le dejó el ilustre marqués de Polavieja. Se veían pacificadas todas las provincias Norte de Luzón y Balaan, Zambales y Manila; algunos remonlados en Morong formando pequeños grupos lalro-iac-ciosos, los cuales no sumarian en junto 300 hombres; tampoco quedaban partidas en Nueva Écija, y Pampanga y Pangasinán perfectamente tranquilas, excepción hecha de las sierras de Sibul, en donde se mantenían 500 rebeldes, tan desprovistos de armas, que se sabía no llegaba á 50 el número de fusiles con que contaban; en la provincia de Bulacán reinaba la calma cuando tanta intranquilidad había imperado allí y tantas docenas de combales se habían reñido; en Tayabas no había más de 100 tulisanes con armas blancas. En Batangas, pacificada toda la parte oriental; en la occidental, desde el Pansipit hasta la costa de Ternate, comprendida toda la parte de Cavile, quedaban en armas los pueblos de la sierra con partidas diseminadas por ambas vertientes, pueblos que sólo por miedo no se presentaban á indulto, pues los rebeldes los tenían *atemorizados con sus amenazas*. Los pueblos tomados en la provincia de Cavile, rápidamente reconstituyéndose; el 13 de Abril se sumaban más de 24.000 presentados.

Con el fin de consolidar las operaciones ejecutadas; cerradas por completo con la creación de aquella tan estratégica comandancia militar del Desierto de Manila todas las salidas para los pocos rebeldes que quedaban en las proximidades del Sungay, el general Polavieja, para normalizar por entero aquella tierra de España con las poco numerosas fuerzas con que contaba, entregó á su sucesor una nueva notabilísima por todos aplaudida organización militar para Luzón, contenida en la Orden general del Ejército de 12 de Abril, y que, por considerarla obra de estudio, la transcribimos también literalmente:

EJÉRCITO Y CAPITANÍA GENERAL DE FILIPINAS

E. M. G. — SECCIÓN DE CAMPAÑA

Orden general del Ejército del día 12 de Abril de 1897 en Manila.

El Excmo. Sr. General en jefe se ha servido disponer quede disuelta la división y comandancia general de La Laguna, Batangas y Tayabas, y que las tropas en operaciones y de guarnición en esta isla se organicen en la forma siguiente:

Brigada de Taal.

Jefe de la brigada: Excmo. Sr. General D. Nicolás Jaramillo.

Ayudantes de Campo y oficiales de las órdenes: Capitán de infantería D. Mariano Lecha. — Primer teniente reserva infantería D. Felipe Blanco. — Segundo teniente de infantería D. Leopoldo O'Donnell.

Oficial de Estado Mayor: Capitán de ingenieros en prácticas en el Cuerpo, don Manuel García Morales.

Comisario de Guerra: D. Francisco Gómez.

Escolta: Un cabo y cuatro soldados del regimiento caballería núm. 31.

INFANTERÍA

Batallón cazadores núm. 12.

Batallón cazadores núm. 13.

Batallón cazadores núm. 15.

Voluntarios de Albay.

ARTILLERÍA

Una batería del sexto regimiento de montaña.

INGENIEROS

Dos secciones de la tercera compañía del batallón de ingenieros y un pequeño parque.

TROPAS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Una sección de transportes de 20 hombres y los obreros precisos.

En Taal, un hospital para 100 camas.

DEPÓSITO DE VÍVERES, MUNICIONES Y EFECTOS DE UTENSILIO

Los suficientes para las necesidades de la brigada.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: Por el mar.

Estaciones telegráficas: Las de la provincia de Bataugas.

Línea Tanauan-Bañadero.

Jefe de la línea: Teniente coronel del batallón cazadores núm. 11.

FUERZAS

Cuatro compañías del batallón cazadores núm. 11.

Voluntarios de Abra.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: En época de seca por Calamba, y en la de lluvias por la Laguna de Bombón, San Nicolás á Taal, que toma entonces la de la brigada en este punto.

Estaciones telegráficas: Tanauán y Calamba.

Las otras cuatro compañías del batallón cazadores núm. 11 estarán destacadas, dos y media en la provincia de La Laguna y una y media en la de Tayabas, á disposición de los respectivos jefes militares, gobernadores de ellas.

Brigada de Silang.

Jefe de la brigada: Sr. General D. Vicente Ruiz Sarralde.

Ayudantes de Campo y oficiales d las órdenes: Primer teniente de infantería don José García Otermin.—Primer teniente de infantería D. Antonio Dabán.

Oficial de Estado Mayor: Capitán de Estado Mayor D. Víctor Martín.

Comisario de Guerra: D. Francisco Biedma.

Escolla: Un cabo y cuatro soldados del regimiento caballería núm. 31.

INFANTERÍA

Regimiento infantería núm. 74.—Sr. Coronel D. Diego de Pazos.

Batallón cazadores núm. 1, batallón cazadores núm. 2, voluntarios de Ilocos.—Media brigada, Sr. Coronel del regimiento infantería núm. 69, D. Pedro del Real.

ARTILLERÍA

Una batería del sexto regimiento de montaña.

INGENIEROS

Segunda compañía del batallón de ingenieros con un pequeño parque.

TROPAS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Una sección de transportes de 30 hombres y los obreros que se consideran precisos.

A Silang se trasladará el hospital de Calamba, así como las factorías, depósito de municiones, efectos de ingeniero y demás; teniendo existencias suficientes para las necesidades de la brigada.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: Por el camino que conduce por Carmoña á Riñan; en este pueblo permanecerá el hospital y los depósitos de víveres, municiones y demás efectos.

Estaciones telegráficas: Silang, Biñan, Pérez-Dasmariñas en comunicación directa con Imus.

Brigada de San Francisco de Mnlabón.

Jefe de la brigada y gobernador político militar de la provincia de Cavite: Excelentísimo Sr. General D. Rafael Suero y Marcoleta.

Ayudantes de Campo y oficiales d las órdenes: Capitán de infantería D. Rafael Fercández de Castro. — Capitán de caballería D. Fermín Pérez Rodríguez.
Oficial de Estado Mayor: Capitán de Estado Mayor D. Ignacio Despujol.
Comisario de Guerra: D. Pedro Amboade.
Escolla: Un cabo y cuatro soldados del regimiento caballería núm. 31.

INFANTERÍA

Regimiento infantería núm. 73. — Señor coronel D. Francisco Ibaleón.
Batallón cazadores núm. 11, batallón cazadores núm. 14, voluntarios Cagayán. —
Media brigada, señor coronel D. Antonio Montuno.

ARTILLERÍA

Una batería del sexto regimiento de montaña.

INGENIEROS

Una sección de la tercera compañía del batallón de ingenieros y un pequeño parque.

TROPAS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Una sección de transportes de 20 hombres y los obreros que se consideran precisos.

En San Francisco de Malabón, un hospital con 100 camas.

DEPÓSITOS DE VÍVERES, MUNICIONES Y EFECTOS DE UTENSILIO

Los suficientes para las necesidades de la brigada.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: Por tierra hasta Santa Cruz, y fluvial por el río Cñas al mar.

Además se ha instalado una línea Decauville desde Cavite Nuevo á Noveleta.

Estaciones telegráficas: San Francisco, Noveleta, y de este punto con red general y Cavite Nuevo.

Brigada de Imoa.

Jefe de la brigada: Excmo. Sr. General D. José Pastor.

Ayudante de Campo y oficiales d las órdenes: Capitán de infantería D. Luis Castroverde. — Segundo teniente de infantería D. Rafael Pastor.

Oficial de Estado Mayor: Capitán de Estado Mayor P. Gabriel Vismauos.

Comisario de Guerra: D. Enrique Díaz y Fernández Cosío.

Escolla: Un cabo y cuatro soldados del regimiento caballería núm. 31.

INFANTERÍA

Primer batallón del segundo regimiento infantería de Marina. — Señor coronel don Fermín Díaz Matoui.

Batallón cazadores núm. 3.

Batallón cazadores núm. 7.

ARTILLERÍA

Una sección del sexto regimiento de montaña.

INGENIEROS

Una sección de la sexta compañía del batallón de ingenieros y un pequeño parque.

TROPAS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Una sección de transportes de 10 hombres.

En Imus, un hospital con 100 camas.

DEPÓSITOS DE VÍVERES, MUNICIONES Y EFECTOS DE UTENSILIO

Los suñientes para cubrir las necesidades de la brigada.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: Por el río de su nombre al mar.

Estaciones telegráficas: Imus, que enlaza con la red general por Bacoor y Pérez-Dasmariñas y con la brigada de San Francisco de Malabón y Novelela.

Comandancia militar del Desierto de la provincia de Manita.

Comandante militar: Sr. Coronel D. Juan Núñez Lucio.

Oficial secretario.

Oficial de Administración militar: Oficial primero D. Manuel Antón.

FUERZAS

Batallón cazadores núm. 5.

Voluntarios Ilongos.

Voluntarios Unión.

Voluntarios de La Isabela.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: Por Parañaque ó Muntinlupa, donde continuará un pequeño depósito de víveres y municiones.

Estaciones telegráficas: Parañaque, Las Piñas, Almansa y Muntinlupa.

Comandancia general de Manila y Morong.

Comandante general: Excmo. Sr. General, gobernador militar de Manila, D. Enrique Zappino.

Ayudantes de Campo y oficiales á las ordenes: Comandante de infantería D. Calixto Granado.—Capitán de infantería D. Ernesto Zappino.

Oficial de Estado Mayor: Capitán de Estado Mayor D. Luis Roig.

INFANTERÍA

Tres compañías del regimiento núm. 70.

Cuatro compañías del batallón cazadores núm. 9.

Batallón cazadores núm. 10.

Dos compañías del segundo batallón del primer regimiento de infantería de Marina.

Dos compañías del segundo batallón del segundo regimiento de infantería de Marina.

Batallón voluntarios de Manila.

CABALLERÍA

Regimiento núm. 31, á excepción de las escoltas.

Escuadrón peninsular.

Escuadrón de voluntarios de Manila.

ARTILLERÍA

Regimiento de plaza.

Una batería del sexto regimiento de montaña.

Una batería de nueve centímetros.

INGENIEROS

Una sección del batallón de Ingenieros.

TRUPOS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR Y GUARDIA CIVIL

La de las dos provincias y la sección veterana.

Comandante en general de las provincias del centro de Luzón.

Comandante general: Excmo. Sr. General D. Diego de los Ríos.

Ayudantes de Campo y oficiales á las órdenes: Capitán de infantería D. Juan Moscoso. — Teniente de artillería D. Eduardo Ufuer.

Oficial de Estado Mayor: Capitán de Estado Mayor D. Fernando Gómez y Zuñiga.

Escorta: Un cabo y cuatro soldados del regimiento caballería núm. 31.

INFANTERÍA

Una compañía del regimiento núm. 68.

Una compañía del regimiento núm. 70.

Una compañía del primer regimiento de infantería de Marina y otra del segundo.

Batallón cazadores núm. 4.

Batallón cazadores núm. 8.

Cuatro compañías batallón cazadores núm. 9.

Voluntarios Ríos Cónovas.

Voluntarios Pampangos.

INGENIEROS

Una sección del batallón de ingenieros.

GUARDIA CIVIL

La de las provincias del territorio.

Línea de aprovisionamiento y evacuación: El ferrocarril de Manila á Dagupan.

Las fuerzas de caballería en operaciones, una vez concentradas en esta capital, excepción hecha de las escoltas, se dedicarán en primer término á remontarse.

El resto de la artillería que no se cita en esta orden general, que se encuentra en operaciones en la isla de Luzón, se concentrará también en Manila.

La Guardia civil que presta sus servicios en los cuarteles generales se incorporará en primera oportunidad á los tercios á que pertenece para dedicarse al del Instituto.

Las del 22 tercio que se encuentran en esta isla marcharán á las Bisayas, pero será preciso que preceda orden de este cuartel general.

La evacuación de enfermos ó heridos de las fuerzas de Cavite y Manila se efectuará con las tres gabarras hospitales cedidas por la Compañía Transatlántica y Obras del puerto. Diariamente saldrá de esta capital una gabarra remolcada por

una de las lanchas de las guerillas ó de las Obras del puerto, ajustándose al turno establecido, y fondeará sucesivamente en Santa Cruz, Binacayan y Parañaque, donde han de acudir los enfermos y heridos que hayan de evacuarse; las escalas deberán hacerse de modo que á Santa Cruz se llegue con alta marea para facilitar el embarque. Cuando sea preciso en la Laguna de Bay se dará la oportuna orden por este Estado Mayor para que lo preste una de las gabarras.

TERRITORIO QUE COMPRENDE CADA UNO DE LOS ANTERIORES MANDOS

BRIGADA DE TAAL

Toda la provincia de Batangas, menos el territorio que se halla al Norte del arroyo Polo y costas de la Laguna de Taal, siendo ésta de la jurisdicción de la brigada, y la línea imaginaria que tiene la punta de Lipa con el vértice del monte Malarayat.

LÍNEA DE TANAUAN-BAÑADERO

El resto de la provincia de Batangas, más la parte de la provincia de la Laguna comprendida entre los arroyos Siranlupa y Pansol.

BRIGADA DE SILANG

Los límites de la línea Tanauan-Bañadero, la parte de costa de la Laguna de Bay comprendida entre la desembocadura del arroyo Siranlupa y los límites de la provincia de la Laguna con la de Manila, descendiendo por el río Zapote hasta el paso Maledaug, y al Norte desde este punto por el paso Alibambang al barrio de Magasang sobre la carretera de Pérez-Dasmariñas á Imus al vado de Pasong-Castila en el río de San Agustín.

BRIGADA RE SAN FRANCISCO DE MALABÓN

Sus límites son: Este, el río de San Agustín desde Pasoug-Castila hasta su unión con el río Ladrón; el mismo río hasta su desembocadura en la ensenada de Bacoor, y toda la parte de costa de la bahía de Manila al Norte y Oeste de la citada desembocadura.

BRIGADA DE IMLS

Al Norte, la costa de la bahía de Manila entre los ríos Zapote é Imus; al Oeste, este río y el de San Agustín; al Sur, los límites Norte de la brigada de Silaug; y al Este, el río Zapote.

COMANDANCIA DEL DESIERTO DE MANILA

Toda la parte Sur de la provincia de Manila limitada al Norte por la línea de la embocadura del brazo más occidental del río Pasig á Parañaque.

COMANDANCIAS GENERALES DE MANILA Y MORÓN Y DE LAS PROVINCIAS DEL CENTRO DE LUZÓN

Los mismos que hoy tienen señalados.

INSTRUCCIONES

PARA LAS FUERZAS DE LA PROVINCIA DE CAVITE Ó EN CONTACTO CON ELLA

Desde luego al situarse con las fuerzas que se les asigna ocuparán los puntos que hoy se encuentran guarnecidos, si no reciben órdenes en contrario; cuidarán de tener constante enlace sus fuerzas con las limítrofes, bien entendido que éstos no existen cuando se trate de la persecución del enemigo.

Su principal misión será limpiar de rebeldes sus respectivas demarcaciones, para lo cual procurará tener en constante movimiento columnas más ó menos numerosas según el terreno que han de recorrer y noticias que tengan del enemigo.

Atraerán por todos los medios posibles á los que se hallan en el campo insurrecto, para lo cual mantendrán una exquisita vigilancia á fin de que las tropas hagan fuego únicamente á los que se presenten de una manera hostil, favoreciendo la reconstrucción de los poblados en los puntos convenientes con arreglo á lo dispuesto. No se destruirá más que lo absolutamente indispensable para la seguridad de los puestos y vías de comunicación.

Se recomienda el saneamiento de los poblados, caminos y campos, enterrando los cadáveres y quemando los animales muertos que hayan quedado al descubierto.

Los Excmos. Sres. Comandantes generales de artillería é ingenieros, Inspector de Sanidad ó Intendente militar, tendrán muy presente esta orden general, para, dentro de sus atribuciones respectivas, tomar por su parte cuantas medidas fueran necesarias al mejor servicio, y á este fin procurarán tener noticia exacta y frecuente de las existencias de víveres, municiones, estancias de hospital y demás concerniente á sus cometidos, previniendo con su celo las necesidades de las tropas. El Excmo. Sr. Intendente militar pondrá especial cuidado de que en la capitalidad de las brigadas y demás puntos ó puestos donde sea posible se suministre pan.

Como consecuencia á esta nueva organización, los señores jefes y oficiales que no tienen destino en ella volverán á desempeñar sus anteriores cargos. — El Coronel jefe de Estado Mayor general interino, *Apolinar S. de Buruaga*.

Es indiscutible que ni entregar el mando el insigne general Pulavieja á su digno sucesor el general Eachambro, que por breves días lo ejerció, muy prestigiosamente por cierto, la insurrección estaba militarmente vencida y anonadados los elementos que la propulsaron. El general Pulavieja, después de tender su mirada inteligente por el campo de la insurrección, había dicho: «En Cavite es el escándalo, y el peligro en Bulacán.» Ahora bien: en la primera de estas dos provincias quedaba lo que hemos consignado: algunos grupos rebeldes en las proximidades del Sungay, condenados á morir por inanición ó á fácil exterminio dentro del estrecho geométrico círculo en que se les encerró, sin que en él hubiera un solo punto vulnerable, es decir, de acceso fácil para la huida: en Bulacán, desde el hecho de Cacarong de Silo, ó, lo que es igual, desde 1.º de Enero, los rebeldes habían venido

tan á menos, que en Abril ya no contaban los 500 hombres que permanecían alzados en toda la comarca, más de 50 armas de fuego. El escándalo bahia cesado y el peligro había desaparecido.

¿Es que más tarde, en el mismo territorio de la provincia de Cavite, que durante nueve meses había vivido entre desórdenes y crímenes, aun se produjeron hechos de guerra gloriosos para nuestras armas, pero duros y á otra gestión ya encomendados? ¿Es que todavía hubo allí un Maragondón y un Naic? ¿Es que por fuera y más tarde aún se libraron combates, cuales los de Puray, San Rafael y Aliaga? Todo ello fué el soplo del Catipunan sobre los rescoldos del gran incendio allí apagado por el valor de nuestras tropas, incomparablemente dirigidas por el general Polavieja y llevadas peritísima y heroicamente á los lugares de combate por el general Lachambre y por todos los demás generales, jefes y oficiales del Ejército y Armada, cuyos nombres debe consignar en caracteres indelebles la historia patria, para rendirles el tributo que merecen.

¿Estaba previsto por el general Polavieja el caso de que aquel rescoldo, del apagado fuego, en la provincia de Cavite y en las demás se avivase por los vientos y de nuevo amenazara la destrucción de lo que se logró salvar? Nosotros no conocemos lo íntimo de lo que el general Polavieja pudo decir al gobierno de la Metrópoli; pero sabemos pensaba que para consolidar el triunfo y no hacer estéril la sangre derramada, era preciso que la Patria hiciese nuevo esfuerzo y llevase á Filipinas 20 batallones más. Pensar esto, cuando no se había sufrido la menor contrariedad, sino, al revés, cuando todos los hechos de guerra constituían interminable serie de triunfos, aun cuando éstos costasen la vida en aquellos 122 días de mando á 1 general, 3 jefes, 16 oficiales y 270 soldados, y dejasen heridos, más ó menos gravemente, á 7 jefes, 73 oficiales y 1.200 individuos de tropa; pensar esto cuando el general Polavieja, victorioso pero enfermo, veíase obligado á regresar á la Madre patria, y, por consiguiente, desear tal aumento de fuerzas para mayor suma de medios de sus sucesores, era la demostración más evidente de que el general Polavieja comprendió perfectamente la extensión del mal entre los fanáticos tagalos.

Es seguro que lo que el general Polavieja pensaba, por patriótico deber lo expusiera al Gobierno de la Metrópoli; y si así aconteció. ¡ah!, nadie puede dudar que la gestión de este ilustre general, aunque rápida, fué tan gloriosa como completa, pues venció cuanto tenía al frente, y dió fórmula para vencer lo de después.

El 15 de Abril embarcó el general Polavieja para efectuar su viaje de regreso á la Madre patria. El magnífico vapor *León XIII*, de la Transatlántica, le conducía. Si grandioso había sido el recibimiento que la

ciudad de Manila había hecho al Marqués de Polavieja, grandiosas las aclamaciones y sinceras muestras de respeto, admiración y cariño que caudillo tan ilustre recibió al abandonar la capital de las islas, dejando en ellas la más placentera eterna memoria.

En la mañana del citado día, Manila entera acudió á los muelles del Pasig para dar trislo entusiasta adiós de despedida al general esclarecido por tan notorias virtudes. Hiciéronsele los honores de ordenanza, y embarcó en la laucha de Malacañang, convoyada por todas las surtas en las aguas de aquel río, y que condujeron hasta el *León XIII* á todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas: allí iban, entre tan hermoso convoy, la *Felisa*, la *Polavieja*, el *P. Capitán*, la *Cristina*, la *Ilo-ilo*, la *Mariposa*, llevando á su bordo los beneméritos voluntarios del batallón y escuadrón de Manilla y guerrillas de San Miguel, San Rafael y del Casino español, los cuates habían entregado el día antes al general Polavieja una espléndida placa conmemorativa de la adhesión y respeto que profesaban á su insigne General en jefe.

Los barcos extranjeros tomaron parte en tales agasajos, y el de la armada inglesa, que estaba fondeado en la bahía, le saludó con los mismos honores con que nuestra artillería de la plaza le despidiera. A las nueve y media se levaron las anclas del *León XIII*; las turbias procelosas aguas de aquella inmensa bahía de 33 leguas de bojeo y 18 brazas de profundidad estaban tranquilas, sin duda para no impedir lo solemne de aquel desfile de embarcaciones por la proa del gran trasatlántico que conducía al ilustre soldado, á quien nosotros también saludamos con un entusiasta ¡Viva Polavieja!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Principales acaecimientos desde el 15 de Abril de 1897
hasta 1.º de Julio del mismo año.

1.º El general Lachambre se hace cargo del Gobierno general de las Islas. — 2.º Llegada del general Primo de Rivera y su toma de posesión del mando superior del Archipiélago. — 3.º Llega el Marqués de Estella a su gestión político-militar. Los rebeldes en distintas zonas. Nuevo indulto. — 4.º Operaciones en la provincia de Cavite. Algo referente al plan de campaña. — 5.º Toma de Naic. Toma de Anadco. Toma de Indang. Toma de Méndez Núñez. Toma de Albano. Toma de Maragondón, Ternate, Bailén y Magallanes. — 6.º La provincia de Cavite después de pacificada. — 7.º Otro indulto más. — 8.º La insurrección en otras provincias. — 9.º Toma de Talisay.

1. — *El general Lachambre se hace cargo del Gobierno general de las Islas.* — Un Real decreto de fecha 24 de Marzo había nombrado para suceder al Sr. Marqués de Polavieja en el mando superior de estas Islas, al Excmo. Sr. D. Eernando Primo de Rivera, Marqués de Estella; mas habiendu de regresar á la Península el primero de dichos generales, con la urgencia que exigía su quebrantado estado de salud, el Gobierno de S. M. encargó el mando superior del Archipiélago al señor general Lachambre, el cual lo ejerció desde el día 15 de Abril hasta la llegada del Sr. Marques de Estella.

De escasísima duración fué el mando del general Lachambre; mucho más tiempo lo hubiese seguramente ejercido, si las palpitaciones de la opinión pública se ponderasen con más frecuencia y á ellas se atendiese desde las esferas de la gobernación del Estado; cuando esa pública opinión expresa sus aspiraciones por producto de su juicio propio, acierta siempre; cuando la expresa en virtud de las obscuras informaciones ó erróneos datos que muchas veces, sin duda por *resor-*

tes de gobierno recibe, entonces es cuando la pública opinión se equivoca, y en esta contradicción, explicable por lo que acabamos de decir, debe consistir que á la voz de esa opinión se la califique, en efecto, unas veces de *vox Dei* y en otras ocasiones de *vox diaboli*.

Nada ocurrió durante los once días de mando desempeñado por el general Lachambre, cuyas operaciones en la provincia de Cavite, secundando planes del general Polavieja, hemos descrito, aunque muy imperfectamente, en páginas anteriores.

Cuando el general Lachambre regresó á la Madre patria, Barcelona primero, Madrid después, más tarde Córdoba, Granada y Málaga, le tributaron vehementes, entusiastas muestras de la general estimación, muestras que concordaban con las írenéticas aclamaciones de que habia sido objeto en todas partes el Marqués de Polavieja, cuya llegada á la corte de España tanto llegó á preocupar al Gobierno de los conservadores.

El Comercio de Manila expresó su admiración y afecto hacia el general Lachambre regalando á este valeroso general una espada de honor, obsequio digno del que, venciendo obstáculos y penalidades sin cuento, entrara victorioso en Silang y regresara á Manila por Dasmariñas, Salitrán, Imus, Bacoor, Cavite Viejo, Binacayan, Santa Cruz, Rosario y Noveleta, conquistando tantos triunfos como días pasara en el interior de la provincia de Cavite. La espada que se ofreció al general Lachambre tenía incrustados, en los relieves de su empuñadura de oro macizo y de gran gusto artístico, 73 brillantes de gran tamaño la mayor parte.

2.º *Llegada del general Primo de Rivera y su toma de posesión del mando superior del Archipiélago.* — A las dos de la madrugada del día 25 de Abril fondeó en bahía el vapor correo trasatlántico *Montevideo*, trayendo á su bordo al Excmo. Sr. Capitán General de Ejército D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, uno de nuestros Principes de la Milicia, el cual en su honrosa hoja de servicios ya consignaba más de tres años del mando superior de estas islas. En aquella gestión evidenció un carácter grandemente expansivo y conquistador de simpatías generales. El general Primo de Rivera, en la época á que aludimos, leniendo ya lograda fama justa de guerrero insigne, desplegó energías de excepción, en caso de que el valor personal puede flaquear sin desdoro, según de ordinario acontece, en aquellos accidentes que no son consecuencia de las cosas humanas, sino enormes caóticas desgracias que afligen á la humanidad por los designios inexcrutables de la Divina Providencia.

Queremos referirnos con estas anfibologías al hermoso proceder del

general Primo de Rivera ante la formidable epidemia que de cólera-morbo asiático castigó á la capital del Archipiélago filipino en 1882. No debe perderse jamás de la memoria de los pobladores de este territorio el incomparable, humanitario denuedo con que contra aquella plaga combatió el general Primo de Rivera dirigiendo personalmente aquellas operaciones cristianas y de higiene pública que se llevaron á cabo, y que tan arriesgadas, por lo infectivas, eran para quien las practicaba. Sin los esfuerzos de aquel ánimo sereno, posible hubiera sido quedasen insepultos los cadáveres que en número de más de mil durante veinticuatro horas produjo algunos días la terrible epidemia á que nos referimos. El trastorno, confusión y espanto que imperaron en Manila son indescribibles.

No nos arrepentimos de la digresión que acabamos de hacer, aun conociendo lo vicioso de nuestra extraña peculiar sintaxis, porque así civilamos á nuestros bondadosos lectores mayores pesadeces por nuestra parte, para informarles acerca de cuán naturales eran las muestras del público regocijo que en Manila se dieron al recibir al Sr. Marqués de Estella.

Éste no abandonó el *Monterideo* hasta las nueve de la mañana del día 26: pasó la noche á bordo, manteniendo agradables conferencias con la multitud de personas de toda clase y condición social que se habian apresurado á ir al trasatlántico á saludar á la nueva superior autoridad.

Fácil es suponer que con quien más habló aquella noche el general Primo de Rivera fué con el general Lachambre, el cual le hizo conocer metódica y minuciosamente el estado del país.

En la citada hora del indicado día, el Sr. Marqués de Estella abandonó el *Monterideo*, acompañándole el general Lachambre, todo el Estado Mayor, el elemento oficial, los concejales, que según prescribían las ordenanzas debían efectuarlo, é incontable número de amigos particulares. Todas las embarcaciones menores que surcan el Pasig, todas acudieron hasta el fondeadero del *Monterideo*.

Quince cañonazos disparados por la batería de salvas de la plaza, anunciaron el embarque del general Primo de Rivera en la falúa de Malacañang, y á los pocos minutos el Marqués de Estella desembarcaba en el muelle de Magallanes, á los acordes de la Marcha Real. Delúvose en el templete que en aquel lugar levantara el Ayuntamiento, cuya corporación aguardaba allí la llegada del nuevo Gobernador general, y bajo la misma techumbre y con objeto igual se hallaban el General Segundo Cabo, los Subinspectores de las Armas y demás altos funcionarios de todo orden. Después de corteses y afectuosos aunque muy breves saludos, el general Primo de Rivera montó sobre ciegan-

ie carroza, recibiendo atronadores vivas de la muchedumbre en todos aquellos contornos congregada, y siguió el nuevo Gobernador general, con toda su comitiva, por carrera cubierta de tropas; pasando por la puerla de «Parlan» llegó basta otro templete que junto á aquélla había, y en aquel templete el general Sr. Marqués de Estolla recibió con el ritual que las leyes trazan las llaves de la ciudad: después de esta ceremonia, para nosotros respetable, pero que ciertamente es como otras muchas, asonante en el desconsolador, despreocupado modernismo, S. E. continuó la marcha por las calles Real y de Cabildo, hasta la Santa Iglesia Catedral: en la puerta principal del templo hallábase, con cruz y ciriales, todo el alto clero, y á la cabeza de éste el Deán, el cual dió á besar al nuevo Capitán general un crucifijo, después de cuya ceremonia, entrando todos en la iglesia, se cantó en el presbiterio solemne *Tedéum*. Terminado cántico tan grandioso, para el alma cristiana arrobador, trasladóse el Marqués de Estella al gran salón del Ayuntamiento, y allí, ante altar portátil, sobre cuya tabla sacra extendió el general Primo de Rivera su diestra mano, prestó el juramento de su cargo, ya que no había cumplido tan sustancial requisito en la Presidencia del Consejo de Ministros, por la premura con que dispuso el general Primo de Rivera su viaje desde la Madre Patria á estas Islas.

Acto seguido fué la entrega que del mando del Archipiélago hizo al Sr. Marqués de Estella el general Lachambre. Dijo éste en aquel acto, en sentidisima sencilla, literal frase: «Tengo satisfacción de haber»ceros entrega del mando superior de estas Islas, para el que habéis»sido nombrado por el Gobierno de S. M., esperando que en él proporcionaréis á España días de gloria como los que ya habéis obtenido en»otras ocasiones.» Contestóle el general Primo de Rivera, diciéndole: «Es para mi causa de orgullo recibir el mando de estas Islas de ma»nos de un soldado que ha sabido llevar triunfante por todo el territorio de Cavile el glorioso pabellón español, esperando que con la»cooperación vuestra y de todo el Ejército de estas Islas sabré cumplir como bueno.»

Un marcial desfile de nuestros soldados y brillante recepción en Malacañang dieron fin al acto solemne de la toma de posesión del general Primo de Rivera del mando de estas islas, por vez segunda ejercido, y en el cual, salvando siempre la intención sana, no hemos de poder aplaudir en todas ocasiones la conducta de aquella Autoridad, ya que las grandes desgracias de la Patria nos impulsan á no ser fáciles para el aplauso, sino saludablemente severos para juzgar.

3.º *Inicia el Sr. Marqués de Estella su gestión político-militar. Los rebel-*

des en distintas zonas. Nuevo indulto. — Un tanto reaccionados los rebeldes tagaios de los descalabros sufridos en las operaciones que contra ellos dirigió el Sr. Marqués de Polavieja, dispusieron á continuar la lucha en accidentada zona de la provincia de Cavite y en cuantos otros lugares pudieran presentarse en armas. El general Primo de Rivera, aun expresando de continuo su opinión de que el problema de la insurrección no era grave, demostraba con sus hechos lo contrario, pues desde el día siguiente al de su arribo á las islas se ocupaba en muchas horas del día y de la noche en trazar planes y organizar medios para combatir al enemigo, que, á pesar de los golpes sufridos, pululaba, según acabamos de decir, por varias zonas, reanudando sus fechorías.

Bien castigadas fueron en estas fechas las partidas insurrectas de Bulacán, singularmente en Meycauayan y en Talipit, barrio este último muy próximo á la cabecera de la provincia, siendo también batida con numerosas bajas por parte de los rebeldes otra que se presentó en el Arayat, y á la cual habíanse unido gran número de remontados; en la provincia de Tayabas, pueblo de López, se produjo el hecho de verse unos cuantos peninsulares reunidos en el convento con nueve soldados de cazadores al mando del teniente Casado, violentamente agredidos por partida rebelde de 150 hombres, contra la cual se trabó lucha, en la que consiguió señalado triunfo nuestro puñado de valientes, quienes causaron á aquéllos 22 muertos, cogiéndoles además 10 prisioneros.

Antes de iniciar su campaña, quiso el Sr. Marqués de Estella dirigir nuevo llamamiento hacia la legalidad á los que se presentaban apartados de ella, y, guiado por generosos sentimientos, publicó un decreto de indulto. Precedido este documento de patriótico preámbulo, decía en su «Art. 1.º Declaro subsistente el bando de 26 de Marzo último, hasta terminar el 17 de Mayo, día en que se celebra el cumpleaños de S. M. el Rey, concediendo indulto de toda pena á los que, hallándose comprometidos en los actuales sucesos bajo cualquier concepto, y no estando á la disposición de las Autoridades, se presenten á las mismas. — Art. 2.º Pasado el plazo que se señala en el artículo anterior, serán perseguidos con el mayor rigor los comprometidos en los actuales sucesos que no se hubieran acogido á indulto».

4.º *Operaciones en la provincia de Cavite. Algo referente al plan de campaña.* — Quiso personalmente dirigirlas el general Primo de Rivera, y es digna de encomio la vertiginosa rapidez con que las ejecutó: hizo todos los preparativos para las mismas en cinco días, y el 30 de Abril salió el General en Jefe para Cavite con todo su cuartel general, en el que figuraba el general Castilla. Las tropas que le seguían eran: una

compañía de artillería de plaza, dos del 5 de cazadores, una del 70, una del batallón voluntarios de la Unión, una sección del regimiento de montaña y una del de caballería núm. 31.

Las fuerzas que habían de operar en Cavile constituían cuatro brigadas: una al mando del general Suero, situada en San Francisco de Malabón: otra al mando del general Pastor, en Imus; la tercera estaba en Silang al mando del general Ruiz Sarralde, y la cuarta, al mando del general Jaramillo, operaba en tierra de Batangas, límite á Cavile.

La situación de esta última era muy importante, pues desde ella, y moviéndose con un solo día de antelación á las anteriores, podía muy bien impedir que el enemigo en su huida alcanzase los montes abruptos Sungay y Tagaytay, ó, lo que es igual, el general Jaramillo había de evitar el paso de los rebeldes por las líneas del Bañadero y Pansipit.

Si el enemigo, al empezar el movimiento de ataque por parte de nuestras fuerzas, lo cual se efectuaría el día 2 de Mayo, huía en dirección de Quintana ó en otros sentidos, la brigada Suero lo perseguiría moviéndose desde la costa por el camino que aquél tomase: Suero debía amenazar constantemente á Naic, y aun tomarlo si había de hallar resistencia escasa; de otro modo, esperaría hasta saber que las brigadas Pastor y Ruiz Sarralde se habían apoderado de Indang: sabido esto, la brigada Suero atacaría á Naic, sin olvidar que las brigadas Pastor y Ruiz, saliendo de Indang, se dirigían hacia Maragondón una, y la otra paralelamente al camino de Indang, Palangui y Naic.

La brigada Pastor saldría para Silang en el mismo día que la de Ruiz Sarralde, que ocupaba tal pueblo, fuese á Balate y Amadeo, y aun á Indang, si no hallase resistencia; mas si la hubiese esperaría, emprendiendo al día siguiente la marcha hacia Méndez-Núñez, atacándolo si estaba ocupado por el enemigo, y si así no acontecía, seguiría á Indang, para atacarlo en combinación con la brigada Pastor, que como reserva iría directamente desde Silang hacia aquel punto, y verificar el ataque directamente con la de Ruiz Sarralde, que habría de envolver á dicho pueblo por retaguardia.

Tomado Indang, las brigadas Pastor y Ruiz Sarralde irían á Naic por el camino directo la primera y flanqueando la izquierda por Maragondón y Ternate la segunda: en el caso de que Naic estuviese ya tomado por Suero, no tenían aquéllas precisión de ir á aquel punto, sino que quedarían en Maragondón, Indang y Palangui, dispuestas á perseguir al enemigo sin descanso por donde efectuase su huida. Si ésta tenía lugar hacia los montes que dividen Cavile y Batangas, el general Jaramillo perseguiría al enemigo, acudiendo fuerza de las otras briga-

dos á reforzar la de aquel general, y si la fuga se operaba en otra dirección, las brigadas Suero y la de Indang castigarían al enemigo.

Con el movimiento señalado para las fuerzas terrestres, el General en jefe, accediendo á las reiteradas instancias del contraalmirante señor Montojo, jefe del Apostadero y Escuadra, había combinado de común acuerdo con aquél la forma en que habían de cooperar los buques que se designaron, siendo la principal misión de éstos en las operaciones que se calculaban, la conducción de las provisiones de boca y guerra á Naie, en donde las recogerían las brigadas á que iban destinadas. Éstas eran, según cuanto á nuestros oídos llegó, algunas de las instrucciones que el general Primo de Rivera comunicó á las tropas que habían de operar en Cavile y puntos limítrofes, sin que, por la carencia de documentos fehacientes, podamos ni debamos aceptar las responsabilidades que de errores y deficiencias pudieran exigirse á quien contase con medios de informativa que tuvieran carácter oficial.

Según se había ordenado el 30 de Abril, y después de recibir instrucciones verbales del General en jefe, el general Jaramillo tomó las posiciones más apropiadas para el fin que había de llenar, y el 1.º de Mayo, todas las brigadas comenzaron sus movimientos señalados: la Escuadra se retiró frente á Naie y Ternale.

El General en jefe, con su cuartel general y tropas afectas al mismo (unos 1.000 hombres), emprendió su marcha sobre Silang, con la brigada Pastor, la cual se separó en Pérez Dasmariñas: esta brigada llevaba por guías al Sr. Mier y á un mestizo que en el primer período de la insurrección se titulaba general: se llama Cailles: hecho preso por Aristón Villanueva, Aguinaldo le salvó, y Cailles se acogió á indulto, después de la toma de San Francisco de Malabón: al brotar de nuevo la rebelión tagala con la fuerza que á ésta prestó la general creencia de que Emilio Aguinaldo contaba con el auxilio de los americanos, Cailles reingresó en las huestes enemigas de nuestra dominación, mas con sólo las insignias de teniente coronel.

La brigada Pastor se dirigió por la hacienda de Ituenavista al barrio Alalang, que está situado en la calzada de Silang á Indang: flanqueando dicha fuerza aquel formidable barranco que se encuentra dificultando el paso al primer punto, la brigada Pastor aseguró la marcha de las tropas del General en jefe hasta aquel lugar.

Suero, cumplimentando bien y fielmente lo mandado por el general Primo de Rivera, cuyas instrucciones verbales había recibido, además de las escritas, al separarse el día 1.º de aquél en Noveleta, organizó su brigada para el doble objetivo indicado y salió con su columna después de dejar guarnecidas las posiciones de Rosario, Noveleta,

San Francisco y Santa Cruz, con la gente enfermiza y convaleciente de que disponía.

Para conducir su impedimenta, la brigada de Suero contaba solamente con 200 chinos y algunas acémilas, en tan ruinoso estado, que la mayor parte de ellas cayeron exánimes en la jornada del siguiente día. En la fecha misma desertaron 130 de los 200 chinos encargados de conducir víveres y municiones, todo lo cual demoró algo el plan trazado por Suero para congregar sus fuerzas en la casa molino: cruzado el río Cañas por Paso grande, la columna Suero se halló en el barrio Sanlol, sobre el camino de Santa Cruz á Fuerte Quintana, y á éste fué el general Suero después de fatigosa jornada. En su marcha sostuvo tiroteos frecuentes, causando algunas bajas á los rebeldes, que se fogueaban huyendo á vanguardia de la columna. Fuerte Quintana se abandonó por los tagalos, á pesar de tener allí una gran trinchera que por completo cerraba el camino: sin resistencia, pues, se apoderó el general Suero de dicha posición.

Las órdenes que el general Suero dió al jefe del batallón cazadores núm. 14, que disponía en aquel día de más de 600 hombres, fueron las de restablecer en primer término la comunicación con Santa Cruz, cruzando el Timalan y descendiendo por su orilla izquierda hasta la mar, con el fin de envolver la gran trinchera que, según confidencias, á lo largo de aquel río tenían los rebeldes. Pero el mencionado citado jefe del batallón núm. 14 no llegó á tiempo de amagar ataque á Naie ni de concurrir con energía al mismo. La escuadra cañoncó, aunque con muy poco efecto, el citado pueblo. Dejando guarnecido Fuerte Quintana, Suero siguió su marcha penosa siempre, llegando á la vista de Naic. Lo tomó tras rudo combate, pues la resistencia ofrecida por el enemigo, á cuyo frente estaba el mismo Emilio Aguinaldo, fué muy vigorosa.

En la toma de Naic vamos á detenernos un momento, porque esta operación militar fué de gran importancia, y con la de Maragondón, las dos únicas que la tuvieron después de las que se llevaron á cabo en la época del general Polavieja.

5.º *Toma de Naic.* — A las cuatro y media de la madrugada del día 3, y dejando en Fuerte Quintana una compañía del 14 batallón de cazadores y toda la impedimenta gruesa, el general Suero salió en demanda de Naic. La columna mandada por Suero era poco nutrida; el enemigo en aquella posición muy numeroso: nada, pues, tiene de extraño que, variando el primer plan de ataque que formara, emprendiera el general Suero otro camino y marchase, desde el molino de Carmona, por los bosques directamente hacia Naic. La jornada era difícilísima:

el calor propio de este clima, lórrido-termal en Marzo, Abril y Mayo, tales destrozos hizo en la brigada Suero, que en veinlicualtro horas vió esto general mermada su tropa en 100 hombres del batallón núm. 6, que por enfermos fueron á engrosar la impedimenta de la columna.

Allá al medio día de la citada fecha, se divisó el campanario de la iglesia de Naic; dióse un descanso á la tropa con intención de conducirla fresca al combate; mas percibiéndose á poco vivo fuego de fusilería, y juzgando era sostenido entre los rebeldes y la fuerza del batallón núm. 14, cuyo jefe pudiera haberse anticipado en algo á las instrucciones recibidas ó vístese obligado á repeler agresión del enemigo, el general Suero ordenó á la artillería empezase á cañonear á Naic, que estaba á unos 1.200 metros de distancia: de esta suerte se llamaba la atención del enemigo hacia aquel punto, y se impedía, por tanto, que las cinco compañías del batallón 14 tuvieran que resistir solas el fuego de los defensores de Naic. Mandado el avance de la columna, y marchando en correcto orden toda ella, la vanguardia, á cuyo frente iba el coronel D. Salvador Viana Cárdenas, fué recibida en el mismo borde del río de Naic con un nutrido fuego de fusilería y lanlaca. Animadísimos nuestros soldados, siguieron avanzando valientemente; arrojándose al río, vadeáronlo con agua á la cintura, y, guiados por el ejemplo de sus jefes, asaltaron el pueblo, disputando al enemigo palmo á palmo el terreno que pisaba y una á una las casas de que eslababa poseionado, muchas de ellas de materiales fuertes. Reforzadas las tropas asaltantes con todo el centro de la columna, una parte de las de reserva situóse en la playa, y éstas pudieron suplir el cometido encargado á la fuerza del batallón 14, cuya ausencia en aquel momento era inexplicable. Dos días después de la loma de Naic es cuando se supo que la citada fuerza no pudo lograr el avance en aquella dirección, pues á los pocos momentos de caminar desde la balsa de Timalan, en derecha á Naic, se vió acometida por considerable número de insurrectos de aquel pueblo, destacados para impedir su marcha: ni aun protegida por los fuegos de la escuadra pudo seguir su derrotero, sino que allí se estacionó, batiéndose y siéndole preciso el auxilio que Suero le envió para salir del apurado trance en que se hallara.

El combate librado en Naic fué brillante, lo repetimos. Cinco expedientes justísimos para la Cruz de San Fernando se tramitarón por consecuencia de los hechos heroicos allí ejecutados por un sargento, un oficial, dos médicos y un capellán. Duró la acción tres horas cabales, desde las dos y cuarto hasta las cinco y cuarto de la tarde, hora en que se tomó el último baluarte de los rebeldes de Naic: la iglesia, el convento y la casa-hacienda.

En este hecho de armas tuvimos pérdidas muy sensibles: 8 jefes y

oficiales y 91 individuos de Iropa heridos; las bajas que tuvo el enemigo fueron enormes: 400 muertos, gran número de heridos y 200 prisioneros, cogiéndole además gran número de armas, pues el comportamiento de nuestras tropas fué tan denodado, que llegaron á la lucha cuerpo á cuerpo en la mayor parte del combate, singularmente las fuerzas del batallón núm. 6 de Cazadores y las del regimiento 73.

La toma de Naic fué vitoreada con indescriptible entusiasmo en Manila y el Archipiélago. El Capitán General, el general Lachambre, el Comandante general de Marina, todos los Generales y Gobernadores civiles, felicitaron calurosamente al general Suero y tropas de su mando por éxito tan señalado. En la alocución que el General en jefe dirigía después de esta jornada y de la toma de Indang, dijo: «Dos días de gloria, de orgullo y satisfacción habéis dado á la Patria, á los Reyes y al Gobierno. La brigada Suero, escasa en fuerzas, ha tomado después de rudo combate y con numerosas pérdidas á Naic, vosotros á Indang, los baluartes que los rebeldes consideraban inexpugnables».

La defensa del pueblo de Naic fué organizada por el *generalísimo* Emilio Aguinaldo, el cual huyó hacia Maragondón.

Toma de Amadeo. — Mientras Suero lomó Fuerte Quintana, Ruiz Sarralde, atravesando el barrio de Balabac, entró por el flanco derecho de retaguardia en el pueblo de Amadeo, cuyos defensores, después de resistencia escasa, huyeron hacia Indang, y el general Pastor ocupó el barrio de Buenavista lo mismo que el de Alalang, siendo esta posición abandonada por el enemigo.

Toma de Indang. — Desde este último barrio de Alalang, la columna Primo de Rivera siguió á Indang, sosteniendo cuatro combates, á pesar de lo en contrario afirmado por alguno de los periódicos de Madrid de mayor circulación en la Península: el primero y principal de los combates á que nos referimos fué el librado en Limbon y el segundo en Presan-saguin.

Alguna causa imprevista determinó indudablemente el combate que precedió al ataque y toma de Indang, pues el general Ruiz Sarralde, que según instrucciones debía flanquear por el Sur las operaciones, salió con un día de retraso, por no haber recibido á tiempo las órdenes que se le comunicaron para que yendo por el camino de Amadeo, que domina al pueblo de Indang, hubiese hecho más fácil la toma de este pueblo.

Tampoco el general Suero flanqueó por el N., según con mayor facilidad que Ruiz Sarralde habría podido efectuarlo por el S., porque las condiciones del terreno para aquél eran mucho más ventajosas y contaba además con guías excelentes; pero el general Suero, al propio tiempo que recibiera la orden de practicar el aludido flanqueo, se le

autorizaba para la toma de Naic, si hallaba ocasión de lograrla, y á ello preferentemente se dedicó, obteniendo el triunfo insigne de que acabamos de ocuparnos.

De todas suertes, Indang se tomó fácilmente por las tropas del cuartel general, cuya vanguardia, á las ocho de la mañana del día 11, llegó al décimo harranco de los Apóstoles por fuerte trinchera aislado. El general Castilla marchó á las posiciones enemigas, y á las nueve y media el cuartel general llegó á 300 metros de los rebeldes; al sexto cañonazo de nuestra artillería fueron tomadas las trincheras del barranco. A las doce, y después de algunos lantacazos que los rebeldes dispararon contra los nuestros y que por éstos fueron bien contestados con las piezas de 8 centímetros, avanzando el capitán de Artillería señor Perleguer con fuerza de su regimiento, y practicando el mismo movimiento una compañía del 70, el general Castilla atacó de frente, pues el general Primo de Rivera ordenó la pronta toma de aquel pueblo. El General en jefe dispuso un vivísimo fuego de fusilería en el camino alto de Quintana para envolver al enemigo, y á las dos y media de la tarde, un ataque á la bayoneta privó á los insurrectos de las posiciones de Indang, izándose en la torre de su iglesia la bandera española. Las pérdidas del enemigo en este combate fueron de 200 muertos además de los 100 que tuvo el día anterior en el ataque preliminar de los primeros barrancos, en los que también, aunque no fuese con el ardor desesperado con que lo hiciera en el duodécimo, último de aquellos abismos, se batieron bien los rebeldes. En donde no demostraron valor igual fué en las trincheras del río, pues desde ellas huyeron á la desbandada.

Toma de Méndez-Núñez. — Después de haber caído en poder nuestro Indang, la brigada del general Ruiz Sarralde tomó el pueblo de Méndez-Núñez, con tan escasa resistencia, que nuestras fuerzas no experimentaron baja alguna, inaugurándose aquí otra serie de operaciones.

Toma de Alfonso. El general Ruiz Sarralde deslaca una pequeña columna, que rodeando por la cordillera de Tagaytay, amaga atacar el pueblo de Alfonso, mientras que siguiendo en pos del general Primo de Rivera por el camino de Naic, deja su ruta en el barrio Malaning, en donde se raciona, y pasa sin obstáculo el río Balnyungan, llegando á Alfonso por camino carretero y ocupando el pueblo sin más disparos que un cañonazo de señal para avisar á la fuerza que venía por el Tagaytay, evitando el paso de siete barrancos y diez líneas de trincheras, entre las cuales se gurmecian 12,000 almas que se presentaron á indulto en Indang.

Toma de Maragondón. — Después de la toma de Naic y de Indang, las fuerzas de operaciones, en la provincia de Cavile, recibieron nue-

va organización detallada en la orden general del 9 de Mayo, dictada en el cuartel general de Naic. Para operar sobre Maragondón se distribuían las tropas del modo siguiente:

Columna del señor coronel D. Salvador Viana Cárdenas. — Segundo jefe, teniente coronel D. Niceto Mayoral. — Fuerzas: batallón núm. 0; marinería de la escuadra; una sección de Ingenieros.

Columna del general Castilla. — Jefe de Estado Mayor, comandante D. Manuel Quintero. A las órdenes para mandar fuerzas, coronel don Ricardo Contreras, ayudante del general Primo de Rivera. — Fuerzas: cinco compañías del batallón Cazadores núm. 3; dos del regimiento núm. 70; una sección de Ingenieros; dos de Artillería de montaña.

Columna del general Suero. — Una compañía del batallón núm. 14; una del regimiento Artillería de plaza; una del regimiento núm. 73; tres del batallón Cazadores núm. 2; una de voluntarios de Cagayán; una sección de Ingenieros; una batería de artillería.

El cuartel general iría con la columna del general Suero. Las fuerzas marebarían racionadas para dos días. La columna Viana había de cuidar, tan luego llegase al punto que se le designaba, de colocar señales bien visibles para dar á conocer su presencia y evitar el fuego en aquella dirección, y lo mismo habían de hacer las demás columnas. El resto de las instrucciones se reservaban para darlas verbalmente.

Como excelentes conocedores de aquel terreno iban los señores D'Almonte y Mier.

Las fuerzas de la brigada Suero, el cuartel general y 400 hombres de marinería, constituyeron tres columnas de ataque: una, la del coronel Viana Cárdenas, al amanecer del día 11, habría de encontrarse en Punta llestinga; la del general Castilla, á la misma hora, en Malaining; la de Suero en Capalutan, en donde pernoclaría.

La misión de la columna Viana, que era la que mayor trayecto había de recorrer, fué amenazar por retaguardia á Maragondón, persiguiendo al enemigo por su frente y flanco derecho, cuando huyese.

En caso alguno haría fuego á su izquierda ni á Maragondón, aunque estuviese ocupado por el enemigo: si éste hubiera evacuado el pueblo, una pequeña fuerza de aquella columna iría á dar la señal por medio de las campanas para advertirlo. La columna Castilla había de ir por el camino Malaining á Maragondón; cubriendo su flanco izquierdo pasaría el río Agle, no haciendo fuego sino en el caso de que el enemigo emprendiese la fuga hacia Alfonso ó Magallanes, para evitar el daño que, no efectuándolo así, pudiera causar á la columna Viana, que venía por el monte.

La misión aparente de la brigada Suero era el ataque por el frente; mas sólo lo había de ejecutar si debilitase tanto al enemigo con los

fuegos de la artillería desde algún punto de acceso al pueblo, que pudiera apoderarse de él; mas no habla de hacer fuego de fusilería, sino por tiradores aislados y con objetivo determinado, ni aun en el caso de entrar en el pueblo, pues de perseguir al enemigo quedaban encargadas las columnas Castilla y Viana.

El cuartel general, con su brigada adjunta, dirigióse á Maragondón, por el camino real desde Naie, y el mismo camino sigue la columna Castilla, la cual, á la mitad de camino, se subdivide, y continuando por la orilla del río Balayungan, se dispone á atacar Maragondón por el flanco izquierdo: el general Primo de Rivera permanece en la carretera de junto al pueblo.

El día anterior, el coronel Viana y el teniente coronel D. Niceto Mayoral, con el batallón 6 de cazadores, embarcaron en uno de los bampes de guerra para desembarcar en Ternale con 400 hombres de marinería: y, en efecto, en la mañana siguiente se efectuó el desembarco á unos tres kilómetros de Maragondón, en la ensenada de Aplista. Pero aconteció que la operación del desembarco fué muy lenta: es cierto que había de echarse á tierra la impedimenta; mas la idea tal vez de desembarcar en unidades tácticas que en tierra se habrían constituido con mayor rapidez, ocasionó tal trasiego de unos á otros botes, que hasta las ocho de la mañana no pudo terminarse aquella operación, empezada al amanecer. También anduvo algo pesada la organización de las fuerzas en la playa mencionada, siendo lo único que se operó con prontitud digna de aplauso el movimiento para coronar las alturas con el fin de proteger el desembarco. Pónese en marcha la columna Viana-Cárdenas-Mayoral: mandaba éste la vanguardia, é hizo un flanqueo por terrenos tupidos de matorrales espinosos, teniendo que detenerse para esperar el grueso de la columna que iba por camino fácil en casi toda su extensión: un solo estero fangoso, aunque algo profundo, bailaría ésta en su derrotero, mas poco podía contrariar la marcha de la misma. Los ocho kilómetros que separan Aplista del barrio de Ibayong-hayan fueron recorridos por aquella fuerza con poca provechosa lentitud, y en tanto el comandante general de la Escuadra dió señal de haberse efectuado el desembarco cuando éste solamente se iniciaba y creyéndolo más fácil, según era de esperar: pensando el general Primo de Rivera que la llegada de la columna mixta era cuestión de poco tiempo, comenzó el ataque en unión del general Castilla, ataque que hubo de prolongarse por la tardanza en la llegada de aquella columna, la cual ni pudo concurrir al combate, pues llegó con tres horas y media de retraso: entró en Maragondón cuando ya las tropas asaltantes estaban en sus alojamientos muy tranquilas.

Lástima grande fué que aquella fuerza no hubiese podido llegar á tiempo, de lo cual ella misma grandemenle se dolía, porque si no hubiese acontecido así, se hubiera evitado el mortífero fuego preliminar, que siempre suele causar más víctimas que los asaltos: dominando el barrio de Ibayong-bayan al pueblo de Maragondón, según lo domina, siendo invadeable (por lo ancho y profundo) el río que corre entre ambos y sin más comunicación que un puenle-balsa de caña, en el mero hecho que hubiese aparecido la columna Viana allí, quedaba cerrado el único paso, y copados, por consiguiente, Aguinaldo y los suyos.

Este incidente no impidió que Maragondón fuese tomado valientemente por las fuerzas del general Castilla, con eficacísima cooperación de la brigada Suero. Las primeras hubieron de vencer dificultades graves, singularmente para el arrastre de su artillería, porque los rebeldes, en su fuga, soltaban las presas de agua é inundaron todo aquel terreno. La brigada Castilla, que pernoctó en Malaining, á las cinco de la mañana del siguiente día 11 de Mayo operó el movimiento de avance, sosteniendo intenso fuego con el enemigo, con particularidad en las vecindades del barrio de Bucal, incendiado por los insurrectos al huir en demanda de Bailén y Magallanes. Fuerzas del 70 y 73, al mando del teniente coronel Carbó, continuaron decididas hacia el pueblo, sosteniendo duro fuego de descargas cerradas, procedentes de los fuertes atrincheramientos que allí había, sobre todo en la plaza y en la iglesia y convento á ella unido.

La brigada Suero tuvo que vencer también varios obstáculos: el primero lo halló por haber corlado el enemigo un puente á tres kilómetros de Naic, puente que el comandante de ingenieros Pintado habilitó con gran apremio para el paso de la artillería, al propio tiempo que por la izquierda construía otro paso para la infantería: avanzando esta brigada desalojó fácilmente una trinchera situada sobre el camino y llegó á Capatulan, en donde pernoctó. Continuando su marcha, en la madrugada del día siguiente desde muy temprano Suero había ya practicado el reconocimiento necesario para saber el punto de ataque á la iglesia y convento de Maragondón: á cien metros del río llegó el comandante Pintado para elegir la posición á que aludimos.

Coadyuvó la brigada Suero tan directamente á la toma de Maragondón, que parte de ella reforzó la del general Castilla para avanzar unidas y atacar el tribunal de aquel pueblo, consiguiendo apoderarse de dicho edificio después de lucha tenaz.

La artillería de Suero cañoneó también la iglesia y el convento, últimas posiciones de los rebeldes, en las cuales estaban, según ya hemos dicho, muy bien atrincherados. Sobre el camino de Ternate colo-

có Suero otras piezas para batir del modo que el general Primo de Rivera le había ordenado la galería en que los rebeldes estaban más parapetados, y el resto de la columna atacó de frente el convento con las fuerzas del general Castilla, el cual al mismo tiempo batía en primera posición y de la misma manera la iglesia á quinientos metros de distancia, colocándose al avanzar sobre la izquierda á menos de cien metros de la trinchera y tapia que rodeaba aquel santo lugar, en aquel entonces convertido en centro de agresión y muerte. Por la derecha del convento dirigía el general Suero el ataque con escasa fuerza: con menos de tres compañías.

Ordenado por el General en jefe, quien con gran serenidad y acierto dirigió el combate, el ataque á la bayoneta, lanzáronse á él con gran denuedo nuestras tropas, y escalando el convento, arrojaron de él al enemigo. En aquel mismo instante se encontraban en medio de la plaza de Maragondón el general Castilla por el frente, y el general Suero por el flanco derecho. Experimentamos bastantes bajas: 23 muertos, entre ellos los capitanes Comas y Báñez, de los regimientos 73 y 70; tuvimos 115 heridos, entre éstos 5 oficiales, y 11 contusos. Las pérdidas de los rebeldes fueron muy numerosas: más de 200 muertos, 45 de los cuales halláronse en el tribunal escondidos por los rebeldes al emprender éstos precipitada fuga.

Tomado Maragondón, en cuya defensa acompañaban á Emilio Aguinaldo varios cabecillas, entre ellos Emiliano Ilego de Dios y su hijo Mariano, hombres de influencia grande en la comarca, el general Primo de Rivera regresó á Manila.

Tomas de Ternate, Bailén y Magallanes. — Sin dificultad alguna, ó con muy escasa, ocupáronse estos pueblos, que también la rebeldía contaba. Una compañía del batallón 3 de cazadores tomó Ternate sin resistencia. Cuando después de Maragondón, el general Castilla se dirigió á Hailén, ya acababa de ser ocupada esta posición por las tropas de Ruiz Sarraide, el cual, con tal fin, había destacado una columna desde Alfonso. Desde Hailén practicóse hábil operación estratégica sobre Magallanes, siendo digno de toda alabanza, imposible de que nadie la tache de injusta, el paso de nuestra artillería por el barranco Aliang: aquella operación evidencia lo que el esfuerzo del hombre de buena voluntad puede alcanzar: el Aliang es un verdadero abismo, aserrado entre capas de lava volcánica. Estupefacto debió quedar Aguinaldo viéndose acometido en sus posiciones de Hailén por el indicado lugar, y abandonó el pueblo casi sin resistir. Se ocupó Magallanes también sin lucha alguna.

La operación de llanqueo, hecha por la vanguardia, mandada por el teniente coronel Mayoral y guiada por Mier, fué un movimiento de

gran mérito militar, dada la situación de dicho pueblo, éntre enormes barrancos instalado: el acceso más fácil para el mismo estaba defendido por una serie de trincheras que coronaban los grandes accidentes del terreno por la parte que mira á Naic, y de donde arranca el único camino de herradura por donde aquel pueblo se comunica con los demás. Los rebeldes de Aguinaldo, que ocupaban el pueblo de Magallanes, le abandonaron, escapando por una de las vertientes de Pico de Loro.

La brigada Jaramillo, cumplida su misión cuidadosamente sobre la línea Bañadero-Pansipit (en la que tantos hechos de armas victoriosos había llevado á cabo en la primera parte de la campaña), se extendió hasta Calamba, con el fin de oponerse á los movimientos de los insurrectos, que, corriéndose por los montes, llegaron hasta lugar próximo á Santo Domingo.

Tan luego se supo en la Península la toma de las últimas posiciones atrincheradas de los rebeldes de Cavile, el general Primo de Rivera, que ya había recibido en Manila entusiastas felicitaciones, cuando después de la toma de Maragondón dejó el campo de operaciones, tuvo la satisfacción de recibir gran número de cablegramas de plácemes, siendo el primero el de S. M. la Reina Regente, y no de los últimos aquel tan comentado que le dirigió el ilustre hombre público Sr. Romero Robledo, el polilicómano más vehemente que registra nuestro sistema parlamentario.

5.º *La provincia de Cavite después de pacificada.* — Vencida la insurrección activa en la provincia de Cavile, después de las operaciones militares que pesadamente, de seguro, acabamos de describir, á pesar de que todas fueron sencillísimas, desde la toma de Maragondón, era preciso que quedase en aquella provincia, cuna y foco principal de la rebelión tagala, una organización de fuerzas destinadas á la vigilancia más exquisita con el objeto de impedir se avivaran los rescoldos del extinguido incendio y se produjera otro de igual ó mayor intensidad. Así lo entendió sin duda el general Primo de Rivera, y trazó un plan excelente para el indicado objeto. Lo malo que en ello hubo es que no se perseveró en la aplicación del mismo.

Según el plan aludido, la brigada del general Suero protegería el Norte y el Este de la línea de comunicaciones y divisoria de la provincia de Cavile, trazada por los pueblos de Naic, Indang, Silang, llevando á cabo tal servicio, sosteniendo comunicación con ella desde Quintana á Palangin y desde el primero de estos pueblos á Pérez-Dasmariñas, pasando por Buenavista, como también desde Quintana á Indang, Silang y Naic. El jefe de la zona distribuiría discrecionalmente las fuerzas.

La brigada Pastor protegería la línea de comunicaciones Naic, Indang, Silang, residiendo su jefe en Indang como base de operaciones, y situando un batallón distribuido en la forma más conveniente para la defensa de la línea entre Silang é Indang, más otros dos entre Indang y Naic, dada la importancia de Palangin, en donde debía quedar fuerte guarnición. En Indang, además, permanecería alguna fuerza de artillería y otra de ingenieros afectas á esta brigada, custodiando la Guardia civil las barriadas del camino, los puentes y la línea telegráfica, si se estableciera: las fuerzas de aquel instituto comunicarían á los comandantes militares de los puntos más próximos las novedades y desperfectos que ocurrieren. Dos secciones de caballería harían el servicio de conducir los partes. El Sur de la línea Naic, Indang, Silang, estaría custodiado por la brigada Ruiz Sarraide, cubriendo hasta nueva orden los puntos de Amadeo, Méndez Núñez, Alfonso, Bailéu, Maragomlón, Ternate y Panliján, distribuyendo entre todos ellos un solo batallón. En Naic se situaría otro con una sección de artillería de montaña, y con el resto de la fuerza, en una ó en varias columnas dividida, se vigilaría la zona demarcada, para mantenerla limpia de rebeldes.

Pero de esto, que es lo más substancial del plan que el general Primo de Rivera tradujo en instrucciones el día 6 de Mayo desde Iulang, se cumplimentó muy poco. Así que se ocuparon los pequeños pueblos de aquella comarca insurrecta, dióse á la provincia nueva organización, en virtud de la cual, abandonando las tropas sus posiciones sin haber permanecido en ellas el tiempo bastante para ejemplaridad, se destinó á la provincia de Cavite un solo batallón á las órdenes del Gobernador político, y el 18 de Mayo, la mayor parte de las fuerzas efectuaron su reembarco para Manila.

Volvióse sobre el acuerdo respecto de Cavite, pero sin cumplimentar lo del plan que hemos dicho, y otra tercera medida fué á producir complejidades y nada más.

Tampoco alcanzó el éxito presagiado la forma en que el general Primo de Rivera quiso obtener caminos militares que sirvieran para la más fácil comunicación entre todos los deslacements que habían de cubrir los pueblos costeros y del interior de aquella provincia. Desde el primer camino, á cuya construcción se destinaron la fuerza de los regimientos indígenas 73 y 74, en oposición á lo que se les había ofrecido, se tropezó con serias dificultades, porque disgustadísimos los soldados indígenas que constituían aquellos regimientos, á duras penas se pudo lograr trabajasen el que se trazó entre Naic y Silang, construido de tan mala gana, con tal apremio de tiempo por la proximidad de la época de aguas y con tan pocos recursos, que resultó con deficiencias enormes. Aquellos trabajos fueron pretexto en la tropa indígena de

deserciones diarias, mas veces individuales, otras por grupos, según aconteció con aquel de 22 hombres que con armas y pertrechos se fueron al campo enemigo, después de asesinar al sargento que los mandaba. Sabemos bien cuántas desazones causaron estos hechos al Gobernador general y los disgustos que se produjeron entre esta superior Autoridad y las militares de la provincia de Cavile.

Desmoralizada ésta por completo, lan luego la abandonaron las tropas, principiaron á funcionar nuevos calipunan como el que se sorprendió en Salinas ó Rosario. Si bien se había alcanzado la presentación, acogiéndose á los indultos, do casi todos los elementos revolucionarios de aquellos pueblos, no se lograba volvieran á sus antiguas prácticas y costumbres. Los conventos y casas parroquiales, por el mismo clero indígena administradas; las de los capitanes municipales, nombrados por considerarlos afectos á la dominación española; las de los jueces de paz, que por igual razón desempeñaban aquel cargo; todos los lugares en que radicaba algún factor de nuestra Administración pública, todos se hallaban siempre vacíos, y mientras tanto las viviendas de quienes habían tenido puestos señalados en la insurrección, se convirtieron en los únicos centros de consulta para los asuntos de toda especie y cuantía que á los naturales afectaban.

Muchas de las presentaciones de los cabecillas rebeldes se habían efectuado de común acuerdo con Emilio Aguinaldo, el cual comenzó á generalizar su influencia después del fusilamiento de Andrés Bonifacio, aquel indio cruelísimo y astuto que fué tercer presidente ó jefe supremo del Calipunan. La conducta de Andrés Bonifacio desde que entró en la provincia de Cavite fué la de anular á Emilio Aguinaldo, y llegó la envidia de aquél á inspirarle tales odios hacia su rival, que fomentó por todo medio la lucha sostenida entre los partidarios de ambos. Aguinaldo logró prenderle; Bonifacio trató de huir violentando las puertas de su prisión; mas no pudo conseguirlo, y Aguinaldo le formó un consejo de guerra por varios hechos, pero especialmente por el crimen que Andrés Bonifacio había cometido asesinando á los religiosos agustinos y recoletos PP. Piernavieja, Candenás, Ecbegoyen y Matías, á quienes el jefe de la insurrección respetaba y profesaba particular cariño, singularmente al P. Candenás, cura párroco de Talisay. Muerto Andrés Bonifacio, por aquel entonces quedó Aguinaldo sin émulo de cuidado; más tarde, y con más hipocresía ó con franqueza, ya se le han presentado y se le presentarán otros.

7.º *Otro indulto más.* — Considerándose sometida por completo la provincia de Cavile, y á pesar del estado que ofrecían otras comarcas limítrofes, con fecha 17 de Mayo, el señor general Primo de Ri-

vera dieló otro decreto concediendo indulto de toda pena, con raras excepciones, consignadas en el art. 11 de tan generoso documento, cuyo art. 4.º todavía ofrecía á los exceptuados, por el 2.º á que aludimos, el disfrute de los beneficios otorgados á los demás, con sólo la condición de solicitarlo del Gobernador general, protestando bailarse *arrepentidos* de su pasada conduela.

No podía darse mayor muestra de magnanimidad que la aplicada por el Sr. Marqués de Estella á los tagalos revolucionarios. Casi todos los procesados fueron puestos en libertad, volviendo á sus casas también todos los deportados gubernativamente. Bien pronto se recogieron las lógicas consecuencias de gracia tan prodigada á gentes tan ingratas.

8.º *La insurrección en otras provincias.* — Vencido en Cavite, Emilio Aguinaldo se internó en lo más montuoso de los contornos, y preparándose desde luego á correr suerte por otras provincias, se fijó en las de Bulacán y Nueva Écija. Tal vez pensase ya en aquella ocasión buscar el refugio de Biacnabaló que más tarde consiguiera: sitio y lugar poco tiempo después celebrizado por grave error cometido tal vez más en la metrópoli que en la antigua colonia. En momento oportuno discurrirémos algo acerca de ello. En el que nos referimos ahora, es decir, después de considerada en paz la provincia de Cavite, el núcleo principal de los rebeldes que no se presentaron á indulto se refugió en el Sungay, y se atrincheró en las ruinas del pueblo de Talisay.

Otros grupos, faldeando el Maquiling, uniéronse á la partida Ustáriz cerca de San Pablo, y á todos aquellos montes acudieron muchas familias de rebeldes, que andaban verdaderamente hambrientas, alimentándose del lubérculo, tan abundante en aquellas espesuras, llamado apuy-pong, que generalmente sólo las reses de cerda lo comen.

Las derrotas sufridas por los rebeldes de Cavite achicaban, mas no extinguían la rebelión, ni mucho menos. En distintas comarcas limítrofes á aquella provincia y á la de Manila continuaba el movimiento revolucionario en *crescendo*; contra los augurios de incomprensibles optimismos, temíase por la mayor parte de la opinión resultasen estériles los esfuerzos practicados para obtener la paz. En Bulacán particularmente se apreciaba hasta la evidencia un constante complot contra la dominación española, y además había ya bastante gente en armas; eran muy frecuentes los encuentros con los rebeldes que habían establecido varios campamentos en la provincia. Las columnas de aquellas zonas se movían de continuo, y en estos días batieron á los rebeldes en los atrincheramientos de Buhaca, después de haber dispersado

á oíros que buscaban las espesuras del Batulao, una vez cometido por éstos el crimen del asalto á Balintauac.

Había partidas en Zambales y en La Laguna, en Batangas, en Bataan y otras provincias.

Bien á pesar de lanío y tanto hecho como prueba do que estábamos en el mismo, si no peor, estado de guerra que cuando se efectuaban las operaciones sobre las posiciones rebeldes de la provincia de Cavite, en nuestra habitual funesta despreocupación, nos empeñábamnos en que lodo había lerrninado, y que lo único que quedaba en armas era el *lulisanismo*. Como no basta la buena intención para desfigurar los acontecimientos, el vocablo que acabamos de subrayar vivió muy poco en labios de los reflexivos.

En Aglao, en Cabangan, en Sabang, en Bulanguinan de Nacarlan, en Santa Fe, en Abucay y en muchos puntos más, pertenecientes á las provincias últimamente citadas, hubo combates desde el 15 al 30 de Mayo, que causaron más de 200 muertos á los rebeldes.

9.ª *Toma de Talisay*. — Muchos insurrectos de Batangas, Cavite y de Tagnig y Pateros, de la provincia de Manila, capitaneados lodos por Malvar, ex gobernadorcillo del pueblo de Santo Tomás, que pertenece á la primera de las provincias citadas, se apoderaron de las ruinas de Talisay, fortificándose cuanto mejor pudieron en aquel sitio. Aguinaldo acudió muchas veces á tal lugar, y allí estaba el mismo día 30 de Mayo, fecha en que se verificó por nuestras tropas el ataque y loma de aquel pueblo. Talisay fué siempre tranquilísimo é industrioso, aunque pobre: pertenece á la provincia de Batangas. Eu la fecha que acabamos de citar, una columna al mando del teniente coronel Bernard, con el cometido de avanzar por el llanco izquierdo de Talisay para atacarlo, salió de Tanauau, dirigiéndose al Bañadero. El teniente coronel Rodríguez Navas, en combinación, se dirigía á Cale por Sampoz. Avanzando desde Bitog-Bilog, el teniente coronel Mir formaba la columna de vanguardia que había de atacar por el centro. El general Jaramillo detrás de la columna Mir, y 400 hombres del batallón 15 mandados por su comandante Sr. Martínez, amagarían el ataque de Talisay por Bayuyungan. Cooperarían, si preciso se hiciese, las lanchas militares del gran lago de Bombón.

Con esta bien proyectada distribución de fuerzas, y puestas en marcha del modo y forma por el general Jaramillo ordenado, al amanecer del 30 de Mayo se inició el fuego antes de entrar en jurisdicción de Talisay, pues tenían allí ya los rebeldes varios atrincheramientos: las defensas que estaban en el barrio de Mangat fueron lomadas por el teniente coronel Bernard. Las del sitio llamado Longos las destruyó Ro-

dríguez Navas, cañoneando la sección de artillería del teniente García un reducto y varias trincheras que los rebeldes tenían también en la playa barrio de Arga. Ocupadas estas posiciones, con tesón defendidas, singularmente las últimas, bajo la dirección del mismo Aguinaldo, y viendo éste sin duda con claridad la suerte reservada poco después á los de Talisay, abandonó aquellos lugares huyendo hacia el Sungay por Itayuyuugan: la columna Sánchez Ocaña le persiguió. Continuando nuestras tropas la operación sobre Talisay, acometieron las posiciones rebeldes de Siranglupa y las trincheras que cerraban por completo el camino de aquel pueblo. Fueron éstas también tomadas, y millares de insurrectos huyeron en dirección de Silang y Amadeo. Talisay se resecató, costáronos la operación 3 soldados muertos y 3 oficiales y 10 individuos de tropa heridos. Numerosas las bajas que se causaron á los rebeldes. Guarnecido Talisay, á cuyo punto llegó la fuerza de Wite retornando á Amadeo, el general Jaramillo volvió á Tanauan, en donde fué recibido con gran ovación: repique de campanas, luminarias y muchas manifestaciones de las de usanza.





CAPÍTULO II

Principales acontecimientos en los meses de Junio y Julio de 1897.

1. Optimismos inverosímiles. — 2.º Paso de Aguinaldo á la provincia de Bulacán. — 3.º Acción de Puray. — 4.º Aguinaldo desde Bulacán. Más encuentros con los rebeldes. — 5.º Otro combate. — 6.º Operación de crédito por cuenta del Tesoro de Filipinas. — 7.º Síntesis de los principales sucesos en el mes de Julio. Encuentros y más encuentros. Presentaciones. — 8.º Decreto sobre embargo de bienes.

1. *Optimismos inverosímiles.* — Durante el mes de Junio no fueron muchos, pero sí de gran significación, los hechos acaecidos: ni aun por ellos, el señor general Primo de Rivera, desde su valeroso despreocupado carácter, quería dar gran importancia al estado que mantenía la intranquilidad pública. De buena fe, sin duda, creía el Sr. Marqués de Estella que después de la toma de los últimos lugares por los rebeldes ocupados en Cavile, nuestros escasos medios de guerra en Filipinas holgaban, y así afirmaba en documentos que veían la luz pública de qué suerte podía prescindirse de aquéllos. El cablegrama en que comunicaba al Gobierno de la Metrópoli las últimas operaciones militares, decía: «Creo en breve poder licenciar á todos los cumplidos y mandar á la Península los heridos y enfermos, sin solicitar sus reemplazos.»

El general Primo de Rivera se disponía á la aplicación en Filipinas de un *presupuesto de paz*, cuando, sin haber regido jamás ninguno de guerra que hubiera acumulado allí medios necesarios para llevarla á cabo, se hacía más preciso asegurar el territorio. No entendemos nosotros que el Marqués de Estella sufriera tan grave error de concepto; pero sí que se acomodó á los formados por aquellos cerebros superio-

res, que venían queriendo siempre desde la corte de España resolver todos los problemas de las colonias sin haberlas visto jamás de cerca.

2.º *Pase de Aguinaldo á la provincia de Bulacán.* — Diseminados muchos de los tagalos rebeldes vencidos en Cavile y en Batangas por los montes y provincias limítrofes (Tayabas y La Laguna especialmente), en estas fechas uniéronse á gran número de los indultados, y ganando los montes de San Mateo, invadieron Bulacán, en donde engrosaron grandemente las partidas que allí había.

Emilio Aguinaldo logró pasar fácilmente el día 10 de Junio á aquella provincia. Fué por Paliparan; pasó entre Almansa y Muntinlupa, y dirigiéndose al Pasig, logró atravesarlo, acompañado de 300 hombres, por Malapad-na-bató, sitio que se halla entre Guadalupe y el citado río. Aguinaldo, al operar aquel movimiento, no llevaba más fuerza que la indicada; pero un núcleo mayor de ésta hizo su marcha en demanda de los montes de San Mateo por La Laguna. Emilio Aguinaldo, en su paso, cruzó la jurisdicción de San Juan del Monte á la voz y vista de Manila, y por Montalbán se dirigió al Puray para marchar desde allí directamente ya á Biac-na-bató. Los datos fidedignos con que contamos nos permiten asegurar, en contra de lo que generalmente se dijo, que en el combate de Puray los rebeldes no fueron dirigidos por Aguinaldo, que estaba aquel día en Bahay-Panique, ni por Llanera, que se encontraba en igual fecha en Minuyan.

3.º *Acción de Puray.* — La acción de Puray libróse el día 14 de Junio contra gran masa de rebeldes, dirigida por seis cabecillas de los de mayor prestigio, hechos fuertes en las laberínticas gargantas del Puray. Al frente de nuestras columnas, enviadas contra dichas posiciones enemigas, iban el teniente coronel Dnjiols y el comandante Primo de Rivera. Otra columna, mandada por el de igual graduación Caicedo, según órdenes del General en jefe, después de reforzarse con tropa del destacamento de Novaliches, se situaría entre Montalbán y el Puray á las nueve de la mañana del citado día, con el objeto de corlar la retirada de los rebeldes, que, acosados por Primo de Rivera, necesariamente habrían de huir en aquel sentido. Dnjiols llegó á las nueve de la mañana al sitio L'ana-Puray, próximo á la desembocadura de este río en el de San Mateo.

La columna Primo de Rivera debía acudir al combate desde San José. Marchaba la de Dnjiols por lo más estrecho del Puray, flanqueando sólo por su izquierda, operación que con tres compañías ejecutaba el comandame Madroñero; por la derecha no había medio de operar. Avanzando, á poco, la fuerza de Dnjiols comenzó á ser molestada por

el enemigo, en gran número por aquellas espesuras oculto, disparando halas explosivas contra los nuestros: el fuego era cada momento más vivo, y abatulonando Dujiols la tortuosa senda que seguía, decidió marchar por el canee del río hasta llegar después de vueltas y revueltas á la hacienda del P. Zamora ó de Puray. Esta hacienda está sobre una meseta de elevación de cinco ó seis melros, en el fondo de un anfileatro orlado de montes inaccesihles, cuyas faldas lame el Puray. Apenas asomaron las primeras fuerzas de Dujiols por aquel sitio de tan admirable perspeeliva, descargas cerradas de los rebeldes por toda la circunferencia de montañas que rodeaba á nuestra fuerza causaron á ésta bastantes bajas, y, sin embargo, al enemigo no se le veía por punto alguno: para responder á tan nutrido fuego, los soldados de Dujiols no tenían otro objetivo que el humo de los disparos de los insurrectos. La situación era, pues, por todo extremo critica para nuestra tropa, la cual, apreciando el gran peligro que corría, vaciló un momento. El esfuerzo de sus jefes y oficiales la reaccionó sobre la marcha, y salvando rapidisimamente aquel lugar de muerte, desplegaron dos guerrillas por una hendidura del terreno sobre la orilla izquierda del río, protegida por grandes bloques de piedra y por la meseta de la hacienda mencionada. Grandemente eficaz fué esta disposición: aquellas guerrillas lograron apagar los fuegos de muchos grupos; mas siendo preciso ensanchar la linea de acción de nuestra tropa, al intentarlo, colocando tiradores en el paso descubierto, perecieron gloriosamente todos, con el teniente Martín Herreros, que los mandaba. La situación era apuradísima. A las tres horas de tan duro extraño combate no se habían visto más rebeldes que aquellos que caían muertos ó heridos desde los árboles en que se batían.

De pronto, los insurrectos apelaron á una criminal añagaza, y fué la de presentarse al descubierto en grandes grupos, con uniformes de rayadillo y sombrero de paja en todo igual á los que usaban los nuestros, y grilando: «No tiréis, que somos cazadores»: sus cornetas tocaban «alio el fuego». Y cesó éste. Creían los de Dujiols serian en efecto fuerzas de la columna Primo de Rivera, que se esperaban, ó las que Dujiols destinó al flaqueo izquierdo ya citado, por lo que salieron nuestros cazadores de sus abrigos con el fin de saludarse recíprocamente, con esa particular efusión propia de los que sirven en las lilas del Ejército cuando se está en campaña, aunque no se hayan visto en otra ocasión alguna; y en tal momento, los alevos infames, falsos compañeros de nuestros soldados, hicieron con éstos una carnicería. Dujiols colocó una nueva guerrilla en el mismo río al descubierto, y reforzando las otras dos, rompieron todas nutrido fuego sobre los rebeldes que las rodeaban. Cuando algunos grupos de insurrectos comenza-

ron á huir perseguidos por el fuego de aquellas guerrillas, presentáronse las tres compañías do flaqueo á las órdenes del comandante Madroñero, las cuales habían venido también sosteniendo empeñada lucha hasta aquel sitio. El día iba decayendo; avisado Dujiols por la relaguardia de su fuerza que la columna Primo de Rivera había llegado á Lana-Puray, decidió retirarse, y cuando los heridos se hallaban ya bastante lejos, pensó castigar al enemigo tan duramente cual demandaba el alevoso acto cometido; al efecto, ordenó que la retirada fuese muy lenta, previniendo á las tropas estuviesen dispuestas para atacar al machete tan luego oyeran el loque correspondiente. Envalentonados los rebeldes, aprestáronse á caer sobre los nuestros en grupos muy compactos, sobre la meseta de la hacienda más de una vez nombrada. Dióse entonces el toque por Dujiols prevenido, y ansiosos los soldados de vengar las bajas que con tan criminal engaño habían sufrido, cargaron sobre los rebeldes con tal denuedo, que pusieron á muchos fuera de combate. Se continuó la retirada, siempre difícil; pero mucho más lo hubiese sido sin los auxilios que en ella prestó la columna Primo de Rivera, parte de cuyas fuerzas se pusieron en contacto, aunque á última hora, con las de Dujiols: también cooperó la columna Caicedo, así como la de Pardell, persiguiendo al enemigo de Norte á Sur, logrando encajonarlo más entre las fuerzas de Dujiols y la de Primo de Rivera. Los rebeldes emprendieron su fuga por las espesuras, en dirección de Pamitiau y la Infanta. Ya de noche, lloviendo copiosamente y muy fatigados los nuestros, continuaron la retirada á Montalbán y San Mateo. Primo de Rivera quedó en el primer pueblo; Dujiols, á las once de la noche, llegaba al segundo.

Por las confidencias recibidas al siguiente día se supo las muchas bajas sufridas por los rebeldes, pero muy numerosas fueron las nuestras. En combate tan sangriento, fácil es suponer los méritos contraídos. Por juicio de votación fueron premiados varios jefes y oficiales.

Así y todo, el combate del Puray, en nuestro humildísimo concepto, no fué sino un glorioso descalabro. Dujiols era un bravo jefe, que pudo y debió aguardar la llegada del comandante Primo de Rivera para que éste atacase por relaguardia al enemigo. Impaciente por un relardo, justificado si se tiene en cuenta la marcha imposible que desde Santa María de Pandi hubo de hacer Primo de Rivera, Dujiols se fué temerariamente contra los rebeldes hasta colocarse en la crítica situación en que se halló, y de la cual sólo su arrojo reconocido pudo sacarle; de todos modos, no debe ocultarse que la sola presencia de Primo de Rivera á relaguardia del enemigo contuvo mucho á éste para continuar oponiéndose á la retirada de Dujiols.

4.º *Aguinaldo desde Bulacán. Más encuentros con los rebeldes.* — Erigido ya en presidente del llamado gobierno revolucionario Emilio Aguinaldo, el magdalo, que también se adjetivaba generalísimo del ejército libertador, desde los escondrijos que elegía en Bulacán constantemente ejercía a los de autoridad suprema. Depuso de sus cargos a Mariano Alvarez, a Aristón Villanueva y a Diego Mójica. Nombró vicepresidente a su ex secretario de Gracia y Justicia, Mariano Trías, que quedó en Balangas y Cavite al frente de un grupo de rebeldes; nombró secretario de Gracia y Justicia al mestizo sangley Severino Alas. Por aquellos días fué también elegido presidente del Calipunan el elérigo Dandan, obteniendo 200 votos de mayoría sobre el que más de los otros candidatos.

Avivando el movimiento insurreccional, Aguinaldo ordenaba a las partidas rebeldes gran actividad en las operaciones, y en la segunda quincena de Junio fueron atacados muchos pueblos y barrios importantes.

En Nueva Écija (Gapan) y en Balangas, en las vecindades de Taal, se sostuvieron otros encuentros, que fueron otros tantos reveses para los insurrectos; y lo mismo aconteció en los montes de Bataan, sitio denominado Balanero, y en Zambales. Un convoy de enfermos que iba a Santa María desde Norzagaray fué atacado por 400 rebeldes: la escolta los rechazó primeramente, y una columna volante logró poco después alcanzarlos, causándoles bastantes bajas.

5.º *Otro indulto.* — Consideramos conveniente no dejar de dar cuenta a nuestros lectores de los decretos de indulto que tanto se prodigaban, porque de esta suerte se obtiene cabal concepto de las generosidades sin precedente por la Administración española empleadas en todo tiempo en este territorio filipino, y del inconcebible menosprecio que los rebeldes tagalos han descargado sobre tan bienhechoras medidas, rayanas ya con lo que corresponde al género *stultus* por lo repetidas, a pesar de lo mal pagadas.

La *Gaceta* del 18 de Junio publicaba otro indulto, cuyo art. 2.º decía a la letra: «Art. 2.º Las causas no comprendidas en el artículo anterior, que se instruyen a consecuencia de la rebelión, por este delito y por los de traición, espionaje y cualesquiera otros que tengan con ellos íntima conexión, serán desde luego sobreseídas si no se ha dictado sentencia por los correspondientes Consejos de guerra, quedando *indultados de toda pena los culpables procesados en elus*, considerándoseles comprendidos en los artículos 1.º, 3.º y 7.º del citado bando de 17 de Mayo.» El art. 5.º decía: «Los jueces instructores elevarán a mi autoridad, con su parecer, las causas que tramitan por los delitos a que

esie decreto se refiere, *sin practicar en ellas más diligencias desde la publicación del mismo.*»

¿Cuáles fueron los resultados de tamaña gallardía, cual la empleada por el general Primo de Rivera con los tenaces conspiradores de la tagalia? Muy públicos y notorios. Los principales de aquéllos, que ya disfrutaban libertad desde los bandos de indultos anteriores, y los indígenas pertenecientes á los grupos de los más soeces, discurrían por las calles de Manila, entre nosotros los peninsulares y los leales insulares, concediéndonos algún «adiós» con el mayor desdén pronunciado al pasar por nuestro lado, y algunas veces, en lugar de la salutación aquélla, producían algún ademán agraviador que determinaba altercados serios. Todo esto hallaba su origen en que los rebeldes tagalos, aun teniendo al frente los hechos de guerra en que siempre resultaban triunfantes nuestras armas, olvidaban esta circunstancia y formaban un concepto de debilidad de aquello que era sólo producto de nuestra grandeza de ideas y de la incomparable consideración con que los tratábamos.

6.ª *Operaciones de crédito por cuenta del Tesoro de Filipinas.* — En tiempo alguno hizo España al Archipiélago filipino objeto de lucro: la dominación que en estas islas ejercía, siempre fué tan paternal como del propio constitutivo de la raza española se deriva, y además como le imponían la tradición y el respeto á las nunca bastantemente alabadas leyes de Indias, prototipo de las legislaciones más acabadas por sana doctrina.

Las islas Filipinas jamás llevaron al Tesoro público de la Madre patria cosa que valiera el trabajo de consignarla: unos miles de quintales de tabaco en rama á los exiguos precios que por su mediana calidad lograba antes de la ley del desestanco. Ello es todo lo que España recibió, y solamente por tiempo escaso, del Archipiélago filipino.

Atendía éste las obligaciones de su administración general y local con presupuestos nivelados de 5, 7 y 9 millones de pesos hasta 1890; aumentándose gradualmente desde esta fecha todos los servicios públicos, se logró verlos dotados en 1895-96 con cifra próxima á 15.000.000 de pesos, obtenida sin acudir á impuestos nuevos, sino conteniéndose en recaudar cuanto debía recaudarse de los impuestos tradicionales, suavisimos y fundidos en dos solos conceptos. Aun vivía el Tesoro de las islas en completo estado de equilibrio en 1896-97, pues si bien se habían producido gastos nuevos, cómodamente había podido reforzarse el presupuesto aquél. La necesidad de prolongar la campaña abierta contra la insurrección en Agosto de 1890; el envío de tropas de la Península; la natural merma de los ingresos; todo ello fué causa del des-

nivel que se produjo en lo económico, y el Tesoro de estas islas, que no tenía en aquellas fechas otro problema sino el de la Caja de Depósitos, de insignificante cuantía, al agrandar sus obligaciones tuvo que hacer uso del crédito y recibir anticipos de los fondos locales, y préstamos del Banco Español Filipino, el cual había aumentado su capital con tal motivo, y en virtud de lo dispuesto en un Real decreto que reorganizaba dicho establecimiento, siempre fiel cumplidor de sus estatutos, pero siempre también patrióticamente cooperando á la acción de la Hacienda pública española.

Declarados insuficientes los recursos ordinarios, con el fin de subvenir á las nuevas necesidades por tal honda perturbación creadas, liquidar la Caja de Depósitos y amortizar la deuda flotante del Archipiélago, vino el Real decreto de 28 de Junio de 1897 «creando 400.000 Obligaciones hipotecarias del Tesoro de Filipinas al 0 por 100 de interés anual, amortizables á la par en cuarenta años á lo sumo por sorteos trimestrales, con la garantía especial de las Aduanas de Filipinas y la general de la Nación, por virtud de la ley de 10 de Junio de 1897».

Dividiéronse estos valores, amortizables en cuarenta años, en dos series: la serie A, de 250.000 títulos de á 500 pesetas cada uno, y la serie B, de 150.000 títulos de á 100 pesos: cada una de las Obligaciones de ambas series llevarían la fecha de 1.º de Agosto del año actual, y desde ella devengan interés, comenzando á transcurrir el plazo para la amortización.

He aquí el origen de la primera emisión de deuda en Filipinas, pues hasta esta fecha ninguna tenía contraída, siendo de toda justicia aplaudir sin reservas esta operación, muy preferible á cualquier otra y á todas las de Tesorería para el caso. El medio ideado por el laboriosísimo y honrado Ministro de Ultramar Sr. D. Tomás Castellano y Villarroya, que refrenda los Reales decretos creando los valores á que acabamos de aludir, es digno de calurosos aplausos: de éstos hemos de producir nosotros desgraciadamente muy pocos en estas páginas; mas á la obra administrativa y financiera á que nos referimos, los enviamos sinceramente entusiastas.

7.º *Síntesis de las operaciones militares en el mes de Julio.* — Las columnas volantes y los destacamentos de las provincias del centro de Luzón no lograban día de reposo: en estas fechas no se libraron grandes acciones; pero Aguinaldo mantenía el vivo fuego de la rebelión, y nuestras tropas continuaban su agitada vida. Así andaban ellas: los soldados que llegaron durante el mando del general Polavieja parecían ocho meses después facsímiles de reducidísimos diámetros: sus anteriores exuberantes organismos se detrimentaban rápidamente por

el exceso de fatiga y por la acción de este clima palúdico y enervador. Bien se oponían á los destruidores efectos de éste los ilustrados médicos militares, señalando planes higiénicos compensadores, basados en la suficiente alimentación del soldado tanto en campaña cuanto en los servicios de guarnición; mas no siempre podían aplicarse, por casos de fuerza mayor, dichos planes.

Los rebeldes de Bulacán continuaron sus correrías en este mes de Julio, atacando á Marilao el día 1.º, siendo dispersados por dos columnas volantes llegadas de Polo y de Bigaa, cuya fuerza volvió á castigar á aquellos insurrectos en el pueblo de Obando.

Un convoy de la segunda zona fué hostilizado en Cruz-Nandan, y la escolta lo defendió valerosamente, salvándolo.

Diferentes partidas en Nueva Écija atacaban barrios y aun pueblos como los de Santo Tomás, Aliaga, La Fuente y Santa Rosa. En Tagulin, de la jurisdicción de Angat (Bulacán), y en Bancal, de la sexta zona en aquella provincia, hubo también encuentros, causando al enemigo bajas que por sumas parciales alcanzaban importante cifra. El día 7 de este mes se sostenía otro ligero combate en Balisag, de la comprensión de Taal, en Balangas, y de esta índole se tenían encuentros diariamente. Catorce muertos se le hacían á una partida de 50 rebeldes el día 8 en Quingua, y el 9 se batía otra en Zuró, término municipal de Bocaue, de la primera zona de Bulacán; el 10 se batió otro grupo que asaltó Tumasalin de Balinag, y á otra partida en Cabiao de Nueva Écija, corriendo el 11 la misma suerte, antes de lograr su intento, otras fuerzas rebeldes que pensaron apoderarse de Santa Maria de Pandi.

El 12 se registraba intento de mayor cuantía. Un millar de insurrectos quisieron apoderarse de San Rafael y copar al destacamento de cazadores que guarnecía aquel pueblo, custodiando su demarcación. Replegado este puñado de valientes en el convento, hicieron heroica desesperada defensa, y no sólo rechazaron al enemigo, sino que, practicando una arriesgadísima salida, continuaron atacándole, sin que la lucha por éstos sostenida causase á los nuestros más bajas que la de un herido: hasta la artillería ligera (*soi disant*) que los rebeldes llevaban, es decir, unas cuantas hmlacas, cayeron con otros pertrechos y muchas municiones en poder de la fuerza destacada en San Rafael, mandada entonces por el capitán D. Eufasio Sevigñé.

Miguel Malvar, el cabecilla de Talisay y ex capitán municipal de Santo Tomás, fué derrotado al frente de numerosa partida en las vecindades del barrio de San Agustín, causándole los nuestros bastantes bajas, de ellas 33 muertos. Este combate, librado por fuerza de la brigada Jaramillo, que con verdadero éxito venía operando en aquella extensa zona desde el principio de la insurrección, fué muy rudo. La re-

sistencia ofrecida por las gentes de Malvar á las de Jaramillo fué tan tenaz, que el camino hasta San Agustín, desde el sitio de la acción, que se recorre en dos horas, no pudo transitarse en menos de seis, siendo muy intenso el fuego que durante dos se sostuvo. El teniente coronel Sánchez Ocaña mandaba la columna que con tanto éxito luchó en aquella ocasión.

El día 29, el jefe de la tercera zona en Nueva Écija daba parte de un combale librado en Polillo de San Carlos (barrio de Cabiao), lugar en que los rebeldes habían acampado: se les hicieron 22 muertos y se cogieron multitud de efectos; allí murió en la refriega el cabecilla Francisco Macalas.

En la segunda quincena de este mes se registraron muchas presentaciones, aun cuando entre todas ellas no se sumase la cifra de 4.000, que fueron los rebeldes presentados de una sola vez, con antecaras, bolos y escopetas en Nagearlang, á la cabeza de Macario Castillo (a) Baeuca. También al general Jaramillo se le presentó con bastante gente armada el cabecilla Pedro Ituli, de Nasugbú, en la provincia de Balangas.

8. *Alzamiento de bienes embargados.* — Por el relato que venimos haciendo se ve bien claramente cuán vivos estaban, y de qué suerte insistían, los elementos revolucionarios, en estas tierras de Luzón singularmente. Eilo no obstante, los peninsulares continuábamos dando muestras de tan extraordinaria benevolencia cual la que á cada paso se evidenciaba con decretos de indulto tras indulto y con el dictado el 15 del mes de Julio de que nos ocupamos, referente al alzamiento de bienes embargados. En el aludido decreto, el Capitán general, señor Marques de Estella, decía literalmente en uno de los incisos más sustanciales del preámbulo: «Pero esas medidas de rigor no son ni pueden ser de carácter permanente, sino circunstanciales y transitorias, marcando su duración las necesidades de la campaña y desapareciendo el motivo de su existencia cuando al periodo álgido de persecución y lucha sucede el de reconstitución y clemencia. Y habiendo permitido la marcha favorable de los sucesos proclamar y seguir una política benévola, otorgando amplísimos indultos, es imposible conservar en vigor las disposiciones extraordinarias que rigen sobre embargos, sin incurrir en contradicción patente y censurable.»

Bien conformes estamos nosotros con la teoría contenida en tales párrafos, pues desde el concepto elementalísimo que tenemos del derecho común y desde nuestros sentimientos generosos y afectivos, según hemos evidenciado en muchos años de mando en estas provincias filipinas, sólo satisfacción intensa podríamos sentir al leer los bandos

y decretos de perdón que el General en jefe con tanta frecuencia producía, decretos y bandos todos ellos con fuerza de ley, en uso de las facultades extraordinarias de que estaba investido.

Pero nosotros creemos que no había llegado, ni mucho menos, la hora de tales absoluciones para delitos que venían aún cometiéndose en gran extensión del territorio, y cuyos autores, volvemos á decir, creían y proclamaban que nuestra conducta al oírgarlas era trazada por la noción de nuestra propia debilidad; este error crasísimo debiera habernos obligado á meditar más tal proceder, reservándole para la ocasión jnsla, que no podría por modo alguno ofrecerse antes, sino cuando, real y verdaderamente convencidos los enemigos de España en estas provincias, abandonasen las armas con tal fiereza por ellos esgrimidas, y diesen pruebas de sincero arrepentimiento. Nosotros creemos que hasta el decoro nacional y el personal y propio de quienes aquí servíamos la causa de la Patria, obligaba á pensar de esta manera.



CAPÍTULO III

Principales acontecimientos durante los meses de Agosto y Septiembre de 1897.

1.º Reincidencias en Cavite. — 2.º Acción de San Rafael — 3.º Combate de Pantubie. — 4.º Otras refriegas en Bulacán, Batangas y La Laguna — 5.º Mes de Septiembre. Nueva organización militar para el centro de Luzón. Ataque y toma de Aliaga. — 6.º Más hechos de armas en diferentes zonas. — 7.º Operaciones sobre el Camansi. — 8.º Gobierno civil de Manila.

1.º *Reincidencias en Cavite.*—Las fuerzas de la brigada Ruiz Sarralde habían en los primeros días de este mes algunas partidas rebeldes, y en Cavite, reaccionando sobre los insurrectos la impresión que les produjera tanto descalabro, constituyeron nuevas partidas, batidas en Caitinga por las fuerzas del teniente coronel Goyenèchea, oportunamente avisado por el capitán Francia de la reunión de aquéllas: Goyenèchea las destrozó en Calagnan, á cuyo punto fué, pasando por Bailén. En las mismas fechas se batió á la partida mandada por Simplicio Muncal, pereciendo este cabecilla en la refriega.

2.º *Acción de San Rafael.* —La cuarta compañía del batallón cazadores núm. 3 cubría esta posición con fuerte deslucamiento y columna volante: San Rafael pertenece á la provincia de Bulacán; tiene aquel pueblo cinco ó seis kilómetros de terreno llano y despejado, y por ello pudo observarse bien la aproximación de fuerzas rebeldes numerosas en la mañana del día 6 de Agosto. La tropa que guardaba San Rafael la mandaba el primer teniente D. Ricardo Monasterio, joven de armas

y de letras. Advertido Monasterio por el centinela quo mantenía en la torre de la acomelida de que iba á ser objeto, rápidamente organizó la defensa en la casa-convento y el tribunal: en el primero de estos edificios permaneció dicho oficial con su fuerza, y enviando aviso de lo que acontecía á la que estaba en Baliuag, dispuso que el primer teniente D. Adelardo Lacalle, con 00 hombres, saliese á practicar un reconocimiento, efectuado el cual, después de tirotearse con los insurrectos, se replegó sobre el mismo sitio en que estaba el núcleo de la fuerza. Trataron los rebeldes de envolver á nuestra tropa, escasísima en relación á los más de 2.000 hombres de Aguinaldo que atacaron dicho pueblo, yendo bien provistos de Remington, Maüsser y algunos rifles.

El enemigo ocupó las casas, árboles y avenidas del convento, sosteniendo durante todo el día, sitiados y sitiadores, fuego intenso.

La noche, muy oscura, permitió á los rebeldes, sin ser observados, ni molestados por consiguiente, construir un atrincheramiento de piedra á 200 metros del convento, y al amanecer iniciaron un ataque durísimo; fueron rechazados por completo, causándoles 18 muertos, que ni recoger lograron durante todo aquel segundo día.

Economizando municiones, pues de ellas no estaba el destacamento muy sobrado, se mantuvo el fuego metódicamente hasta el anocheecer, y unas horas después los rebeldes intentaron dar asalto al convento.

Apercibidos los nuestros de que 30 rebeldes habían conseguido ganar ya las tapias de la huerta de aquel edificio, huyeron despavoridos al oír la voz que ordenaba á los cazadores ¡fuego y al machete! En la tarde de este segundo día de lucha por el destacamento sostenida tan bravamente, el teniente Monasterio verificó una salida de verdadero éxito.

Desalojó á los rebeldes de la trinchera más inmediata, declarándose éstos en tan precipitada fuga, que los imitaron aquéllos que defendían las demás trincheras de la calzada de Baliuag. El destacamento de San Rafael luchó como bueno; recibió apoyo, y justo es declararlo, en la levantada actitud del reverendo cura párroco de aquel pueblo, Fray Pedro Quirós, estimadísimo de todos sus feligreses, y también contaron los nuestros con el auxilio franco, leal y decidido del capitán municipal D. Fernando Vergel. Los voluntarios de este pueblo cooperaron denodadamente al éxito de tal combate, durante más de sesenta horas sostenido. El destacamento experimentó pocas bajas, gracias á la solidez de la posición que ocupaba: 1 soldado muerto y 8 heridos. Las de los rebeldes no se pudieron precisar bien; pero en el tercero y último día de combate, el capitán municipal Vergel comunicaba haber

recogido de las calles del pueblo los cadáveres de 125 insurrectos, entre éstos estaba el del titulado general Euvigio Ramírez.

3.º *Combate de Pantubir.* — La fuerza de San Rafael salvó por su propio esfuerzo la angustiosa situación en que se encontró; mas no aconteció así por falta de intentos ejecutados para auxiliarla, pues el día 5, con objeto de reforzar aquel destacamento comprometido, salió una columna al mando del teniente coronel D. Segundo Pardo: éste hubo de sostener un rudo y no muy afortunado combate en el puente de Pantubir, posición en la que el enemigo se había atrineberado formidablemente, y en ella, antes de que la columna del comandante González, compuesta de fuerza segregada de la del teniente coronel Pardo, destinada á caer sobre Pantubir por retaguardia de los atrineberamientos, se le uniera, vióse envuelta siquiera pasajeramente por los rebeldes, á los cuales al fin dispersó. Vencidos estos obstáculos, que obligaron á consumir más de 25.000 cartuchos y algunas municiones de artillería, las columnas Pardo y González continuaron al siguiente día su marcha; pero, de todas suertes, llegaron á San Rafael tarde, aconteciendo lo mismo á las otras dos columnas que de Manila salieron los días 6 y 7, al mando la primera del coronel Iboleón y del teniente coronel Olaguer Feliú. Estas dos columnas continuaron su marcha para Angat, bajo la acción de un temporal furioso del Norte.

De las tres columnas, pues, destinadas á prestar auxilio á los de San Rafael, no llegó ninguna, lo cual no obstaba para que, por este convencionalismo de los tiempos modernos, que basta en lo más serio conturba, obscurece y desfigura, el Capitán general publicase una orden general elogiando el proceder de las tres columnas citadas por los éxitos alcanzados en la operación.

4.º *Otras refriegas en Bularán, Batangas y La Laguna.* — Las huestes de Aguinaldo y Llanera, después de derrotadas en San Rafael, refugiáronse en las selváticas espesuras de Angat: descansaron y, pertrechadas nuevamente, volvieron contra San Rafael el día 20: reforzada ya por lo en aquella fecha la guarnición, los rebeldes sufrieron quebranto nuevo, teniendo que huir del mismo modo que el día 7 lo habían efectuado.

Fuerzas de la brigada Jaramillo riñeron en el mismo día duro combate contra los rebeldes que les salieron al encuentro á tres kilómetros de Calacá, entre Taal y Balayán: los insurrectos fueron desalojados de su posición.

En La Laguna hubo otros encuentros, todos tan favorables á nuestras armas como el sostenido el 29 entre Alaminos y Calauang.

Otra numerosa partida insurrecta que, bien provista de Remington y Maüsser, andaba engreída por Biñang y otros pueblos de la misma provincia de La Laguna, saqueando barrios, asaltando haciendas, robando reses y cnanto hallaba aprovechable, fué batida y dispersada en la misma fecha.

La cilada partida quiso entrar al saqueo en el pueblo de Carmona días antes. El capitán municipal de aquel pueblo, un indígena bizarro y leal español, D. Damián Ermitaño, tan pronto supo la proximidad de los rebeldes, reunió á 150 compoblanos y, con sólo unas cuantas armas blancas, únicas que poseía, y 30 cuadrilleros provistos de fusiles de chispa y de pistón, derrotó á la partida rebelde, persiguiéndola hasta los términos de Dasmariñas é Imus, en cuyos bosques se internó aquélla después de sufrir muchas bajas que Ermitaño les causó, teniendo la fuerza de éste que lamentar la muerte de tres cuadrilleros.

3.º *Mes de Septiembre. Nueva organización militar para el centro de Luzón. Ataque y toma de Aliaga.* — En los comienzos de este mes dióse para las provincias del centro de Luzón nueva organización militar, en virtud de la cual fué nombrado comandante general el de división Excelentísimo Sr. D. Francisco Castilla y Parreño. Salió éste para encargarse de su lan extenso mando el día 4, posesionándose del mismo en Tarlac y marchando después á Nueva Écija. A la comandancia general de Luzón fué destinado un contingente de 8.000 hombres, cuya fuerza se dividió en dos brigadas, Norte y Sur, y éstas se subdividían en zonas, según anteriormente se había ya trazado. De esta división se nombró jefe de Estado Mayor al tan distinguido teniente coronel del cuerpo, Olaguer Feliú.

Escasos de víveres, según andaban los rebeldes, quisieron apoderarse de los graneros de Nueva Écija y se dispusieron al ataque del pueblo de Aliaga. Los primeros intentos fueron estériles: el destacamento que allí había y escasa fuerza de la Guardia civil, al mando del malogrado capitán del 0.º de cazadores D. Valeriano García Redondo y del segundo teniente del benemérito instituto D. Martín de Martín, hicieron tan gran proeza, que bien merecedores fueron los que de este valeroso grupo quedaron en pie de los honores que allí, sobre el campo de batalla, se les otorgaron.

En los días anteriores al 4 de este mes, conociendo los rebeldes las condiciones de nuestra valiente tropa, acumularon en los alrededores de Aliaga, de aquel hermoso pueblo cuya excepcional urbanización se debía á la labor constante del cura párroco It. P. Agustino Fr. Carlos Valdés, numerosas fuerzas mandadas por Llanera, Torres y Mamerto.

Natividad. Sitiáronlo y se apoderaron del pueblo, incendiándolo; pero meseras escasas fuerzas, replegadas en el convento, continuaron defendiéndose con heroísmo y ya á las órdenes del segundo teniente Martín, pues el capitán García Itedondo había muerto de un balazo el primer día.

Inióse el ataque de Aliaga por una pequeña columna, la llamada de Bigaa, la cual se dirigia á San Isidro (Nueva Écija), encargada de practicar un reconocimiento que no pudo llevar á cabo eficazmente: la mandaba el capitán Genis; herido otro de igual empleo que allí iba, y después de sufrir algunas bajas más, hubo de retirarse, tenazmente perseguida por enemigo numeroso.

Conocedor el jefe del destacamento de Zaragoza de la apurada situación en que se hallaba el de Aliaga, salió con 25 hombres para prestarle auxilio: pero esta pequeña fuerza, que mandaba el teniente Carrasco, también tuvo que retirarse después de sostener fuego muy nutrido en Malitlit, sitio ya muy próximo al de Aliaga, cercado por millares de rebeldes.

Cosa análoga aconteció á otra pequeña fuerza que se destacó desde Lieab con igual objeto.

El general Núñez, que se encontraba en Nueva Écija, con el fin de concurrir al ataque de Aliaga, salió de Cabanaluan, debiendo estar de diez á doce de la mañana del día 6 en el lugar de la acción, colocándose á la derecha del general Castilla, que atacaría de N. á S. Hasta el momento de salir de San Isidro para Cabanaluan, el general Núñez ignoraba que la columna del coronel Monet se hallaba en Bongabon reconociendo el terreno, y con gran urgencia le previno acudiese á marcha forzada sobre Aliaga, y que, destacando 200 hombres á Tambo para cortar la retirada al enemigo, siguiese hasta situarse á la izquierda de la fuerza por aquel general mandada.

Avanzando el general Núñez sobre el mencionado pueblo con toda precaución, á 200 metros rompió el enemigo un vivo fuego contra la vanguardia de Núñez; la artillería comenzó á cañonear los numerosos fuertes, reductos y trincheras que en torno de Aliaga ocupaban los rebeldes, y generalizándose el combale, se sostenía aún muy duro cuando el general Núñez resultó herido de tres balazos que le obligaron á retirarse á sitio próximo, entregando el mando de la fuerza al comandante Navarro hasta que llegasen las columnas del general Castilla ó del coronel Monet. La columna del general Núñez sostuvo la acción en sus puestos hasta las cinco de la tarde, hora en la que, intentando el enemigo un movimiento envolvente sobre aquélla, emprendió su retirada: la superioridad de fuerzas enemigas, el nutrido fuego que de todas direcciones recibía, la obligaban á ello. En tal movimiento vino en

su ayuda la columna Monet, y en tanto se reorganizaba la de Núñez, y asumiendo el mando de las dos, Monet ordenó al comandante Ceballos que después de contener el avance del enemigo lo envolviese por el flanco izquierdo, y así se efectuó rápidamente, huyendo los rebeldes hacia Aliaga y dejando á Monet dueño del barrio de Ilacot, en donde acampó.

La columna del general Castilla, que con menores obstáculos de los hallados hubiera podido caer sobre Aliaga y entrar antes que nadie allí en el día segundo del ataque, no logró alcanzar el sitio de Toro, á seis kilómetros situado, sino en la misma hora en que Monet llegara ya al de Bacol.

Amaneció el día 7, y la columna Monet, desde Bacot, emprendió el ataque de Aliaga, fuertemente atrincherada por los insurrectos. Dividió su fuerza en tres columnas, logrando por de pronto desalojar al enemigo de dos reductos y trincheras laterales: en poco tiempo de combate, Monet ganó el pueblo atacándolo de frente, á la vez que por los flancos lo efectuaba el comandante Ceballos: esta posición se ocupó con sólo dos descargas de los nuestros. La escasa resistencia en el último momento fué porque, al igual de lo que los rebeldes hicieron en San Rafael y en otras ocasiones, siempre que se veían faltos de municiones, después de haber rechazado al general Núñez, desalojaron durante la noche el pueblo, dejando sólo una fuerza de retaguardia para proteger la retirada del núcleo de la gente revolucionaria que vivía en él.

El coronel Monet lo tomó á las ocho de la mañana del 7, y cuando con sus tropas llegaba á la plaza de Aliaga, entraban también las de la vanguardia del general Castilla.

No debe olvidarse, cuando de este hecho de armas se trata, la mención especial que merece la defensa hecha por el destacamento de aquel pueblo, según ya hemos advertido al iniciar este relato. El enemigo acumuló contra el fuerte construido por el comandante Ceballos, y que recibió de éste el nombre de *Nozaleda*, toda suerte de trincheras y parapetos, y en él se encerraron y desde él lucharon heroicamente el puñado de valientes mandados por el segundo teniente D. Martín de Martín, después de haber muerto en el primer día de lucha, según se ha dicho, el capitán García Redondo. Los bravos defensores del fuerte de Aliaga recibieron el grande y merecido honor de que al desfilar por delante de las tropas llegadas en su auxilio, el general Castilla las arengara, invitándolas á que siguieran el valeroso ejemplo de aquellos héroes, á quienes se les batió marcha y se les presentaron las armas.

Incidente trisísimo del sitio de Aliaga lo fué la horrible suerte sufrida por el médico del 9.º de cazadores D. Primitivo Redondo y seño-

ra, que residían allí. Avisados de la proximidad del enemigo en hordas de 4 á 5.000 hombres, aquel matrimonio anduvo sin duda remiso en replegarse sobre el fuerte: nada volvió á saberse de él, aunque á poco ya enndió el horrible rumor de que al creerse perdidos, es decir, en poder de los ipsurreclos, el marido mismo maló á su mujer, suicidándose él inmediatamente.

El total de bajas que nos costó el ataque y toma de Aliaga entre todas las columnas que en él operaron, fué el de un capitán y 11 de tropa muertos. Un general (Núñez), 2 oficiales y 44 de tropa heridos. No pueden pvecisarse las de los rebeldes. Estos en su huida penetraron entre las espesuras del Araya, dirigiéndose á Biac-na-balú, pasando muchos grupos por Jaén y Concepción.

6. *Otros hechos de armas en distintas zonas.* — No variaba esencialmente el estado de la insurrección: continuaban las partidas presentándose por todas las zonas tenazmente. Durante este mismo mes de Septiembre, y además de la operación que acabamos de relatar, otras importantes por número venían á patentizar que la rebelión no se extinguiría fácilmente.

El día 11, en Angat (Pampanga), una partida rebelde fué dispersada por las fuerzas de nuestro destacamento en aquel pueblo, sufriendo los rebeldes la pérdida de 30 muertos y muchos heridos y salvándose el resto de los insurrectos pasando el río á nado.

Fuerza de cazadores y Guardia civil destacada en Tayabas, á cuya cabecera iba desde Luchan, batieron por completo á la partida de Girano, alriueherada en los montes de San Antonio.

Una rumpañia del batallón núm. 7, al mando de su capitán D. Julián Serrano, marchando desde Calacá al barrio de Vigtain, libró sangrienta refriega con 200 rebeldes que halló en sitio próximo al que aquella se dirigía.

El día 13, el teniente coronel Rodríguez Navas, después de penosísima marcha de diez horas, tomó á la bayoneta, atacando, con agua á la cintura, toda la tropa los fuertes atrincheramientos que los rebeldes defendían en Magalulo, jurisdicción de San Antonio de La Laguna.

El 30 atacaron los rebeldes el pueblo de Santor (Nueva Leija): el destacamento de aquel pueblo, con el auxilio que oportunamente recibió del de Bongabon, logró rechazar al enemigo, haciéndole muchas bajas.

7.ª *Operaciones sobre el Camansi.* — No sería justo omitir en esta incompleta sinlesis que venimos haciendo de los hechos de armas acaecidos durante la época señalada, el reconocimiento practicado el 16 de

este mes sobre la extensa zona del Camansi, punto señalado para la concurrencia de las fuerzas que habían de ejecutar la aludida operación. El Comandante general del centro de Luzón la encomendó á tres columnas: la de Magalang, mandada por el coronel Sr. Milans del Bosch; la del teniente coronel de Estado Mayor D. José María de Olaguer Feliú, y la mandada por el de igual graduación del arma de Infantería D. Fernando Carbó. A pesar del temporal reinante, que anegaba todos los caminos; del gran número de esteros que hubieron de cruzar aquellas tropas, así como los espesos bosques y cogonales que al paso de la misma oponía la tan exuberante naturaleza de la región, las tres columnas se movieron con precisión admirable, y llegaron á los puntos de enlace todas las fuerzas con la artillería adjunta á las mismas, que había tenido que salvar pasos muy dificultosos.

El coronel Milans del Bosch, jefe de toda aquella fuerza destinada á la operación de que nos ocupamos, saliendo de la granja modelo de Magalang, llegó sin dificultades á San Ildefonso, pasando por San Miguel y San Antonio, sosteniendo solamente ligero tiroteo con un grupo rebelde poco antes de la llegada á aquel barrio.

Construyendo con presteza una balsa y una pasarela de caña, para las tropas ésla y para la artillería y sus cargas aquélla, continuó su marcha al través del gran cogonal de Balitucan, llegando después de enlazar con la columna Carbó muy cerca del sitio de Turrú, que era el designado, y al que esta fuerza llegó después de atravesar por sembreras de palay, pues la comarca no contaba con camino ni vereda alguna. A las doce del día de la fecha señalada, el teniente coronel Olaguer Feliú llegó á Turrú; habiendo salido de Magalang, pasando por los barrios de San Miguel, San Antonio, San Bartolomé y San Isidro, y por los sitios de Aminang y Caballón-carúl. Esta columna, continuando el movimiento que tenía trazado, se dirigió en dirección Norte del monte Arayat y, sin novedad alguna, pasó el profundo y ancho estero Macalibusa, por medio de un puentecillo que la misma fuerza construyó en minutos solamente: mientras la columna salvaba aquel obstáculo, y sin perder el enlace con la de Milans del Bosch, una pequeña vanguardia fué destinada por el teniente coronel Olaguer Feliú á la exploración de mayor distancia. Continuando la marcha, se divisaron numerosas fuerzas enemigas fuertemente atrincheradas, con cuyas avanzadas, también al amparo de parapetos situadas, se fogueó Olaguer Feliú, pues la avanzada hora de la tarde, la fatiga de la tropa y la distancia á que ésla se hallaba de poblado, impedía acampar en aquel lugar todo inundado, y empeñar combate temerario en el mismo.

Uniéndose esta columna á las otras dos del coronel Milans del

Bosch y del teniente coronel Carbó, cumplimentando las órdenes del coronel jefe, llegó la retaguardia de aquellas fuerzas al punto de partida, es decir, á Magalang, en la madrugada del 3, después de veinte horas de marcha: fué ésta llena de contrariedades, singularmente por lo imposible que se había hecho el paso por el citado arroyo de San Ildefonso, que las columnas habían vadeado ya difícilmente en la mañana del mismo día.

8. *Gobierno civil de Manila.* Grave era ciertamente el aspecto que ofrecía en estas fechas la vida en la capital del Archipiélago. Las alarmas que desde un año há venían produciéndose con más ó menos fundamento, se interpretaban ya por hechos criminales muy frecuentes. Los secuestros eran diarios en la ciudad y sus contornos: la trama revolucionaria continuaba urdiéndose sin cesar.

El 1. de Septiembre se posesionó del cargo de gobernador civil de Manila el coronel de infantería D. Nicolo Mayoral. Hombre reflexivo y valeroso, reveló excepcionales condiciones para el servicio de vigilancia pública. Javert habríale rendido homenaje: le hubiera erigido una estatua. A los cuatro días cabales de estar el coronel Mayoral al frente del Gobierno de Manila, descubrió el antro en que la partida de secuestradores, terror del vecindario honrado, se congregaba para planear sus delitos, cuyas víctimas rara vez conseguían volver á sus hogares, según el precio que se ponía al rescate de las mismas. Mayoral capturó á los feroces autores de tamaños crímenes y arrasó el barrio que poblaban estos malvados.

Seis días después, ó, lo que es igual, el 10 de Septiembre, Mayoral desbarató completamente vasta conspiración, en la que se trataba de un levantamiento en Manila: 82 individuos congregáronse silenciosamente en una casa de la calle de Camba, en el barrio de Binondo, con tal objeto: iban todos armados de armas blancas y revolvers, de las que hicieron algún uso al verse sorprendidos por la Guardia civil veterana, dirigida por Mayoral, y excepto algunos que lograron fugarse por los tejados, los demás cayeron en poder del hábil gobernador de Manila.

El día 13 del mismo mes de Septiembre, Mayoral capturó todo el personal de heliógrafos con que los insurrectos contaban para comunicarse entre Manila y Bae-na-bató.

La gestión del coronel Mayoral en el Gobierno civil de Manila no podía ser extraña para nadie: fué tan oportuna cual la que desdobló en la isla de Puerto Rico al frente de la jefatura de Orden público, durante el mando del general Ruiz Dana. Pero aparte de las condiciones especiales que el coronel gobernador de Manila Mayoral reveló para

los tan importantes servicios de policía, las evidenciaba por igual para la guerra. Se había distinguido ya como jefe de estudios del Colegio de María Cristina y de la Academia de Infantería más tarde; mas los que en Filipinas le han visto en el mando de la izquierda de las fuerzas que atacaron Indang, en el de la vanguardia de las que tan victoriosamente lucharon en Maragondón y en el de las medias brigadas que dirigió contra Bailén y Magallanes, no dejarán de consignar las singularísimas dotes militares del jefe de nuestro Ejército de quien acabamos de ocuparnos.





CAPÍTULO IV

Principales acontecimientos durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre de 1897.

1.º En el mes de Octubre. Varios hechos de armas en Tarlac, Pangasinán y otras provincias. — 2.º Combate en San Pablo, provincia de La Laguna. Ataque de Norzagnay. Idem de Baber. Idem de Tuy. — 3.º Generalidades. — 4.º Recluta voluntaria. — 5.º En Noviembre. Alto personal militar. Encuentros y combates. — 6.º Acción del Camansi. — 7.º Cambios de política. — 8.º En Diciembre. Nuevas operaciones preliminares. Toma de Minuyan.

1.º *En el mes de Octubre. Varios hechos de armas en Tarlac, Pangasinán y otras provincias.* — Todo lo mismo: en el campo mucha partida rebelde y muchas columnas de nuestro ejército para la persecución de aquéllas: en los pueblos, destacamentos nuestros instalados en los más importantes, sostenían para la defensa de éstos frecuentes combates. Los principales que en este mes se libraron fueron los que á modo de índice mencionaremos á continuación.

En Tarlac, fuerzas de la Concepción tuvieron un encuentro con partida insurrecta, de la cual murieron ahogados muchos al pasar en su huida el río Chico.

De mayor importancia fué el combate librado en el sitio de Masilid contra otra partida rebelde que se dirigía hacia Iminangan (Nueva Ecija): 96 muertos se le hicieron al enemigo en tal encuentro, y otros 28 en el habido en las inmediaciones del río Calanig, en La Laguna, sitio accidentadísimo cerca también de San Antonio: en él habían instalado los rebeldes un campamento bien atrincherado, que el teniente coronel Rodríguez Navas destruyó por completo en aquel día.

En Pangasinán, los insurrectos se forlificaron en el pueblo de San Quinlín, entre las divisorias de aquella provincia y la de Nueva Écija. La columna Génova los alacó, haciéndoles huir en dirección de Tayug: cuando intentaron los rebeldes entrar en esle pueblo y apoderarse de él, un oficial, con 14 guardias civiles hechos fuertes en el convenio, los rechazaron tan por completo, que los rebeldes volvieron á internarse en la provincia de Nueva Écija: no eran menos de 1.500 hombres.

2.ª *Combate de San Pablo. Ataque de Norzagaray. Idem de Baler. Idem de Tay.* — Reconcentráronse por estos días en el monte Maquiling varias partidas procedentes de Cavile, Batangas y La Laguna. Al frente de aquéllas se puso el cabecilla Miguel Malvar. El general Jaramillo dirigió perfectamente la operación para castigarlas, librándose cruento combate en San Pablo, pueblo todo él ocupado por el enemigo, y que hubo que tomarse en lucha cuerpo á cuerpo, casa por casa, lo mismo que las avenidas. La columna de ataque la mandaba el teniente coronel Hernández, cooperando muy oportunamente la del de igual graduación Rodríguez Navas, que, hallándose operando por las vecindades de Nagearlang, acudió á San Pablo, tomando las trincheras que el enemigo defendía en el silio de Luya. A cooperar también en la acción llegó poco después de tomar las citadas trincheras la columna del teniente coronel Alberti. El enemigo tuvo muchas bajas: entre los muertos se contaba el titulado brigadier Juan, de Imus.

Otra partida, en estas mismas fechas, fué derrotada por el comandante Navarro, del regimiento 74, en las cercanías de Carranglan, rescatando muchas reses robadas y huyendo los rebeldes á la desbandada en dirección de Punean (Nueva Écija).

El pueblo de Norzagaray fué el día 15 duramente alacado: desde las primeras horas de la mañana iban reuniéndose en los alrededores del pueblo grupos de rebeldes que llegaron á sumar gran masa. A las ocho iniciaron los rebeldes el ataque rompiendo fuego de fusilería y lanlaca, con muchas balas explosivas. La guarnición del fuerte respondió briosamente á la acometida. El capitán D. Francisco Gabriel, que mandaba el destacamento, dividió su escasa fuerza, emboscando hábilmente parte de ella en puntos vadeables del río. La margen derecha de éste fué bien defendida por fuerza al mando del primer teniente Fariñas, mientras el segundo teniente Eserich se defendió igualmente de los rebeldes que, en mucho número, le atacaban en línea extensa desde Daan-parlula hasta el mismo pueblo de Norzagaray.

Oportunísimos refuerzos enviados á los nuestros desde Angat, y llegados antes de las nueve á Norzagaray, mandados por los segundos tenientes Cavestany y Orellana, tomaron parte en la lucha, declarán-

dose el enemigo en precipitada fuga antes de que llegase al sitio del combate otro refuerzo al mando del capitán D. Luis Berrera, comandante militar del primer pueblo de los dos últimos citados.

El pueblo de Italer, cabecera del distrito del Príncipe, se sublevó el día 3. El destacamento que allí teníamos bizose fuerte en el convento é iglesia. Los refuerzos de marinería del transporte *Manila*, que fueron enviados desde Binangonan, unidos á fuerzas del *Cebú*, atacaron á los rebeldes, apoderados ya del pueblo y alrincherados fuertemente en el mismo, y después de un combate, en el que experimentaron los nuestros las hajas de nueve muertos, incluso el oficial Sr. Mora, y ocho individuos de tropa heridos graves, Baler volvió á la dominación española: ya veremos más tarde con qué heroísmo la defendió.

En los últimos días de este mes de Octubre, también fué atacado por los rebeldes el pueblo de Túy (Batangas): el destacamento rechazó al enemigo, causándole 27 muertos y mucho mayor número de heridos.

3. *Generalidades.*—El día 6 de este mes, el cable trajo á Manila noticia de la entrada en el poder del Sr. Sagasta, presidiendo un Gabinete formado por los Sres. Guílón, Groizard, Correa, Bermejo, Puigcerver, Capdepón, Conde de Xiquena y Moret.

La ocupación de la Cartera de nuestras colonias por el Sr. Moret, hombre tan ilustrado y de elocuencia desbordada por entre las más bellas imágenes de nuestra hermosa dicción, dió mucho que pensar á los españoles peninsulares de estas islas: aguardaban éstos profundas radicales reformas que, por bien que hablasen al llamado espíritu moderno, se temía no viniesen en la práctica á ser interpretadas por estos naturales sino como muestra de una debilidad que ya nos imputaban desde hacía tiempo para desprestigiarnos.

Y no tardó mucho, en efecto, á que aquella opinión de la mayor parte de los peninsulares afirmase sus presentimientos. Vióse pronto y claro de qué suerte nuevos criterios influirían en la política de la guerra, y los rumbos que ésta tomaba obligaban á pensar en la existencia del deseo de terminar la insurrección por otros medios que los de las armas. ¡Pueril intento!

El nuevo Ministro de Ultramar, á quien sólo con gran sacrificio de tiempo lograba algún viejo funcionario de las provincias ultramarinas verle en su departamento, recibía en el mismo con frecuencia, sin demora alguna, á D. Isabelo de los Iteyes y al Sr. Poblete, dos filipinos que mil veces produjeron con la prensa periódica, con el libro y con la palabra detracciones contra la dominación española: á ambos les concedía puestos oficiales con la mejor buena fe, pero con error muy grande en nuestro concepto.

Para la política de atracción era muy tarde, y aun cuando se hubieran podido poner en práctica todas las reformas liberales que el señor Morel idease, no se habría contenido á esta raza en sus propósitos de independencia: las sociedades secretas habían perturbado por completo los cerebros en gran número de los naturales de estas islas.

4.º *Recluta voluntaria.* — Ya hemos dicho cuán rotundamente afirmaba el general Sr. Marqués de Estella, en sus comunicaciones al Gobierno de S. M. dirigidas, no necesitar refuerzos militares. Es natural que al Gobierno de la Metrópoli le halagasen tales asertos, cuando poco há había desechado las peticiones del general Polavieja, el cual creía ser indispensable para la pacificación del territorio el envío desde la Península de veinte batallones más.

Como al general Primo de Rivera, sin incurrir en enorme contradicción, no le era lícito solicitar más soldados, y los asuntos del Archipiélago los pedían á voz en grito, ideó una recluta voluntaria, que se llevó á cabo en las provincias de Luzón, Bisayas y distritos de Zamboanga, Snrigao y Cagayán de Misamis.

Los voluntarios eran movilizados y locales, procedentes de distinto alislamiento para cada una de estas dos clases. La edad señalada era la de diez y ocho años hasta cincuenta. Por el art. 4.º, los voluntarios locales se dedicarían exclusivamente á la defensa de los respectivos pueblos y al servicio de patrullas, que, unidas á las fuerzas del Ejército, podrían prestar siempre dentro del término municipal en que radicaban. Cuando se hallasen de servicio (añadía literalmente el artículo citado), disfrutarán los mismos haberes que las tropas indígenas.

«Arl. 5.º Los voluntarios movilizados serán armados, equipados y sostenidos por el Estado, y se dedicarán á operar en combinación con las fuerzas regulares del Ejército. Estos voluntarios disfrutarán igual haber y plus que las fuerzas indígenas del Ejército, y los que permanezcan en filas más de seis meses, adquirirán derechos á exenciones del servicio militar para si y su hijo primogénito; la de exención á perpetuidad de la prestación personal para si y sus hijos; la de servicios locales, y para el pago de cédulas que corresponde, se les considerará como soldados del Ejército.»

Por el mismo artículo, letra D, se les concedía el derecho á obtener del Estado, gratuitamente, terrenos realengos, cuya propiedad hubiesen solicitado ó solicitasen al ser licenciados, ó un año después, siempre que la extensión de dichos terrenos no excediese de cinco hectáreas: se les otorgaba por el art. 8.º la opción, tanto á los voluntarios locales como á los movilizados, á iguales recompensas que para el Ejército: creándose por el art. 9.º una medalla especial para recordar

los servicios de estos Cuerpos, y se les permitía la asignación á favor de sus familias de la parte del plus de campaña que quisieran dejarle.

Con toda urgencia se cumplimentó este decreto, publicado en la *Gaceta de Manila* correspondiente al 16 de Octubre, y en muy pocos días logró el general Primo de Rivera ver cumplida con gran entusiasmo su obra en todas las comarcas para la recluta voluntaria.

3.º *En Noviembre. Alto personal militar. Encuentros y combates.* — En los comienzos de este mes continuaba el movimiento en el alto personal militar, iniciado en el anterior con el ascenso á general de brigada del coronel Monet, el cual fué nombrado comandante general del centro de Luzón, sustituyendo al general Castilla.

El general de brigada D. Celestino E. Tejeiro dejaba poco después el Gobierno de Cebú, y, ascendido á general de división, obtuvo el nombramiento de jefe de Estado mayor general del Ejército de las islas.

El 4 de Noviembre, admitiendo la renuncia presentada por el general segundo cabo, gobernador militar de Manila, D. Nicolás del Rey, general de división, fué nombrado para sustituirle el de jerarquía igual D. Francisco Castilla.

En estos días, las columnas mandadas por los Sres. Contreras, Primo de Rivera, Carbó y Caicedo, efectuaron un reconocimiento en el Puray, llegando hasta el sitio en que se libró la batalla del 14 de Junio, de que en el lugar correspondiente nos hemos ocupado.

Fuerza mandada por el capitán Arqués sostuvo encuentro con partida rebelde en Nampicuan (Nueva Écija), causándola 60 muertos y dispersándola completamente. En las mismas fechas, el capitán Apezteguía, llevando á sus órdenes fuerza mixta de peninsulares é indígenas, sorprendió un campamento insurrecto en Santo Tomás, sitio perteneciente á la jurisdicción de Jaén, en la misma provincia, logrando también dispersar al enemigo.

El día 20 fué atacado el pueblo de Tanauan por numerosa partida insurrecta, mandada por Miguel Malvar. Tres veces consecutivas atacaron los rebeldes aquel pueblo, y otras tantas fueron rechazados por 37 cazadores que estaban destacados en aquel pueblo á las órdenes del teniente de caballería D. Juan Carnés y por los voluntarios de aquel pueblo, que cooperaron decididamente, dirigidos por el capitán municipal D. Nicolás Conzález.

Otros encuentros y combates so sostuvieron y libraron, todos con éxito para los nuestros, en Santa Ana de la Pampanga, en Bamban, junto al río Parnao, en Eimbubunang de Tarlae, en Camanciule, en donde el comandante Ceballos batió á los huidos del Camansi después

de haber derrotado también á la partida mandada por el chino Pana, titulado comandante de órdenes de Aguinaldo.

Pero el hecho de armas de mayor importancia que tuvo lugar en el mes de Noviembre fué el que relatamos á continuación.

6.º *Acción del Camansi.* — El extenso reconocimiento, aquella operación de tan meritorio tanteo practicada sobre el Camansi por las columnas del coronel Milans del Bosch y de los tenientes coroneles Olaguer Feliú y Carbó en los días 14 y 15 de Septiembre último, no se vió ultimada hasta los días 27 y 28 del corriente por la definitiva acción que era menester desarrollar en aquel sitio grandemente estratégico, situado en una loma estribación N. E. del Arayat y punto de contacto de tres provincias (Pampanga, Nueva Écija y Tarlac).

Todos los terrenos inmediatos al Camansi ó Sinukuan, como los rebeldes lo llamaban, yacen ocultos en bosque impenetrable, y para llegar á la posición enemiga, en donde los insurrectos estaban acampados y como embutidos en fuertes atrincheramientos, había sólo dos medios de comunicación: media exactamente el perímetro de la inc-seta atrincherada 500 metros de longitud, y los dos puntos de acceso á que aludimos son medianamente practicables para ganar la altura aludida; aquellos dos puntos señalan el arranque de los dos caminos que conducen á la cúspide del Arayat y al pueblo del mismo nombre.

Habiendo dispuesto el General en jefe se ejecutase la operación á que nos referimos, el general Monet resolvió realizarla en los días 27 y 28. Se tomó por base á Magalang, y secundando las instrucciones que del general Monet recibiera, el jefe de Estado Mayor y de columna teniente coronel Olaguer Feliú la organizó perfectamente. Ocupáronse los puntos de estrategia en los contornos del Camansi, y una columna volante del Arayat se emboscó para vigilar el camino del Baño.

Se ocuparon los pasos de los rios Grande y Chico á partir de Mayli-butad, y otros sobre el Paruao y Capas. Para cubrir el paso de la sierra de Zambales se formaron tres líneas: una en Concepción; otra en Paniqui, Tarlac y Capas; en Camiling y Moriones la tercera. En una peña del centro de la vertiente occidental del Arayat, cerca de Piedra Blanca, situóse una compañía y 50 voluntarios macabebes. Del resto de las fuerzas se formaron tres columnas. Una de 000 hombres, al mando del comandante D. Angel Fernández; otra de 650, al mando del teniente coronel Olaguer Feliú, de la cual formaba parte el honrado patriota, valeroso comandante del tercio de voluntarios de Macabebe, D. Eugenio Blanco, y la tercera de reserva, compuesta de 350 hombres, á cuyo frente iba el teniente coronel de la Guardia civil D. Eduardo Oyarzábal. Solamente la segunda de estas columnas contaba con

una sección de artillería de montaña al mando del capitán Terraza; la precisaba de todo punto, porque Olaguer Feliú iba á atacar el extremo NO. de la posición, es decir, por el frente y flanco izquierdo de la valiente tropa que aquel bravo jefe mandaba. La columna Fernández estaba encargada de atacar por el flanco derecho de la anterior, siguiendo un alajo que serpea por el bosque y que atraviesa la granja modelo de Magalang. Las columnas mencionadas salieron de este punto al amanecer del 27: al frente de ellas iba el general Monet. A poco se separó la columna Fernámiez para tomar su trazado camino; como éste sumaba menor distancia y menos obstáculos que el que habían de recorrer las otras fuerzas, la citada columna llegó á las diez de la mañana al frente del enemigo. A esta misma hora, la vanguardia de Olaguer Feliú, mandada por el capitán Victory, también alcanzó las avanzadas de los rebeldes y se unió con ellas, obligándolas á replegarse sobre las trincheras más próximas. A las once, Olaguer emplazó su artillería á 300 metros de las defensas rebeldes, y rompió el fuego contra las mismas. La extrema vanguardia se desplegó por el flanco derecho hasta obtener contacto con la columna Fernández: los macabebes de Blanco, que ya hemos dicho formaban parte de aquella vanguardia, desplegaron por el ala izquierda, y Olaguer continuó su avance con el de las alas, hasta emplazar la artillería á 150 metros de las trincheras enemigas. Se generalizó el fuego, y los rebeldes descubrieron por completo su situación. De 1,500 á 2,000 hombres, no había más sobre la meseta del Camansi. Sin saber por qué, el fuego de la columna Fernández se extinguió, averiguándose más tarde que esta fuerza abandonó el campo de la acción, por considerarlo infranqueable sin artillería, y dejando en él las dos secciones de vanguardia que obtuvieron contacto con las de Olaguer Feliú. Fernández regresó á Magalang después de tener 21 bajas y de formar un consejo de capitanes para dar validez á lo ejecutado.

Mientras tanto, el general Monet, que creía á tal columna preparando emboscadas por el flanco derecho, no mandaba, según lo consideró en algún momento necesario, hacer fuego en aquel sentido, para no herir á nuestras propias fuerzas. Olaguer Feliú tanteó el asalto por diferentes puntos estérilmente: era imposible sin previas extensas obras de ingeniería. Procuró flanquear las trincheras del camino de ascensión á la meseta: imposible también lograrlo; y en presencia de tanta dificultad, dispuso el asalto de frente por aquella empinada cuesta de 45° de inclinación, toda ella cubierta de espesa capa de arcilloso fango. Seis asaltos, uno tras otro, se sucedieron sin resultado. Avanzando la tarde sin el logro del frenético *desiderátum* de conquistar la meseta del Camansi, después de haber tenido que descender nueva-

mente los valientes soldados nuestros, que habían ya llegado á seis metros de la primera trinchera, el general Monet dispuso esperar el siguiente día y acampar aquella noche en la misma posición que ocupaban las fuerzas de ataque; es decir, sin retroceder éstas un palmo de terreno.

Y allí, en aquel accidentado sitio, sin resguardo alguno contra las inclemencias atmosféricas, que, con torrencial chubasco, á las siete de la noche habían hecho más muelle el lecho único de fango de que los nuestros disponían, al amparo de un fuerte cordón de vigilancia, durmieron el general, jefes, oficiales y soldados, con mayor tranquilidad de seguro y con mayor reparación en lo orgánico que muchos de los que se acuestan sobre colchones de plumajes de la Arabia extendidos entre esculturas de roble ó palo santo, pues no todos quienes poseen tales obras de arte son tan dignos de disfrutarlas cual lo son aquellos pobres, paupérrimos soldados, ciudadanos que ofrecen á la Patria en todas horas por cambio de un bocado de pan ó un puñado de arroz lo único que en usufructo tienen: la propia vida, que es do Dios.

Dos ó tres veces durante la noche quiso el enemigo salir de su madriguera, pero otras tantas fué rechazado. Un incidente, por el pronto extraño, sobrevino al amanecer cuando ya las fuerzas se aprestaban á nuevo combate, y fué, que hacia el bosque de las laderas se percibía una voz dando fuertes vivas á España. Muy luego apareció un sujeto que, salvando la maleza, iba hacia nuestra tropa insinuándose de aquel modo: era un cautivo de los rebeldes: el capataz de la granja modelo de Magalang, Nemesio Javila y Bravo, que en el fragor de la lucha el día antes sostenida logró escapar de las garras de sus secuestradores.

Poco después de esto, y disponiéndose á reanudar la operación, se prepararon los nuevos asaltos con fuego de artillería. Olaguer y sus oficiales animaron á su gente: á hombros se subió una pieza hasta escasisima distancia, vis á vis de la primera trinchera: se tomó ésta subiendo los nuestros en tropel vertiginosamente, sin dar lugar á la menor vacilación, y á las nueve en punto de la mañana se coronaron las posiciones rebeldes de la cima del Camansi, al séptimo asalto.

La tropa prorrumpió en vivas entusiastas al general Monet y al teniente coronel Olaguer, que éstos contestaban con vivas á España, al Rey, al General en jefe y á los valientes voluntarios, que, soldados bisoños, habían recibido en aquellas fechas tan solemne bautismo de sangre, combatiendo bien en columnas mixtas, y yendo solos con bravura á alguno de los asaltos verificados.

La huida de los rebeldes fué á más no poder desordenada, cayendo, rodando y levantándose por las trincheras, laderas y meseta. Los que en ella sostuvieron el ataque estaban mandados por el cabecilla

Ansena, segundo de Francisco Macahuíos, el cual había abandonado días antes el rampamento en aquel vericuetto instalado, so pretexto de conducir acopios.

Los rebeldes abandonaron al emprender su fuga millares de objetos y pertrechos de guerra, y en el bosque inmediato, muchos caballos y carabaos.

Las fuerzas situadas en los puntos estratégicos que se han indicado aumentaron las bajas causadas al enemigo: 93 cadáveres de rebeldes se hallaron en el extenso reconocimiento que se practicó.

La operación de la toma del Camansi que acabamos de narrar, fué un prodigio de valor, y en ella selló con caracteres indelebles el teniente coronel Olaguer Echú, que ya desde Cacarong de Sile iraiá patente de excepcionales aptitudes para la guerra, la noble ejecutoria de su valor. Muy dignos de mención en tal jornada lo fueron todos los que en ella tomaron parte, aun cuando no tuviesen ocasión de desdoblarse por igual el mismo grado de intrepidez, por las distintas posiciones que custodiaban y por los diferentes oficios que habían de realizar.

Desde el general Monet hasta el último soldado cumplieron bien y fielmente su deber.

Arrancaba frases de elogio á quienes asistieron á tan glorioso hecho de armas la conducta de los voluntarios macabebes, mandados por D. Eugenio Blanco, y la del comandante honorario de voluntarios de Santa María de Pandi D. Juan Caro y Mora, español filipino, escritor de nervio, que ha sufrido por su noble empeño en defender la causa de España mil riesgos creados por la iracundia de sus paisanos contra la levantada conducta de aquél.

7. *Cambio de política.* — El general Primo de Rivera se veía indudablemente muy defraudado en sus optimismos. Creyendo conocer á fondo á los tagalos, pensó y dijo, al abandonar la Península dirigiéndose á estas islas para encargarse del superior mando de ellas, que la insurrección la terminaría con gran facilidad, y bien se ve no había acertado, ni con mucho. Nada tiene de extraño, pues, que el Marqués de Estella, ansioso de servir ante todo á la causa de España terminando la rebelión en Filipinas, deseara por igual contener á la opinión pública peninsular de allá y de aquí y de aquí y de allá, en los poco favorables juicios que ya iba emitiendo respecto á la gestión del Sr. Marqués de Estella: al amor propio de este general interesaba mucho resolver de una vez por completo lo que equivocadamente tan fácil problema le había parecido, y así fué que, cambiando repentinamente de concepto, aunque no hubiera de perseverar por mucho tiempo en ello, decidióse á practicar política nueva.

La de atracción habíale dado durante ocho meses muy malos resultados, y quiso que á ésta sucediese la de energía. Acababa de visitar varias provincias de Luzón; acababa de recibir de muchos naturales la expresión ruidosa, ya que no sincera, de adhesión á la santa causa que representaba; había visto de qué suerte fácil se conseguía el alistamiento de los voluntarios en varias comarcas de las señaladas; mas á pesar de todo esto, y tal vez por dudar de todo ello, creyó necesario el cambio de política á que aludimos, y en vez de una basada sólo en contemplaciones y magnanimidades traducidas injuriosamente por cobardías, aplicar otra más justa y apropiada contra la tenacidad de los rebeldes tagalos.

El general Primo de Rivera comenzó á desarrollar una acción militar dura que pudiese fin á tan prolongada injustísima campaña cual la que los tagalos nos obligaban á sostener, y entre todas las medidas y preparativos que dictaba, ninguno de más valía que el bando que publicó el 28 de Noviembre.

8.º *En Diciembre. Nuevas operaciones preliminares. Toma de Minuyan.* — El general Marqués de Estella imprimió desde estas fechas suma actividad á los movimientos militares: el enemigo se veía acosado por todas direcciones con el objeto de limitarlo á la zona en que la trocha mandada construir por el general Primo de Rivera, y los fuertes y reductos proyectados para completarla, pudiera obligar á los rebeldes á batirse en lucha decisiva. Se limpiaron de partidas numerosas todas las zonas de las provincias limítrofes de Manila, pero singularmente las montuosas de San Mateo, Montalbán y Morong.

Fuerzas del coronel Lasala ocuparon tras corto aunque duro combate el valle del Puray, en donde los rebeldes tenían empeño de permanecer: ocupóse asimismo la cuenca del río San Mateo y Mariquina, levantándose allí un fuerte igual al del Camansi.

Continuando las operaciones y cooperando á la ejecución del plan trazado por el Marqués de Estella, la columna del coronel Contreras logró la toma de Minuyan. Dicha columna venía practicando desde días antes extenso reconocimiento sin hallar al enemigo, pero adquiriendo la certeza de que éste se hallaba en sitios próximos á Pinag de Candaba; y, en efecto, explorando minuciosamente por aquel terreno abrupto, halló los lugares en que se habían hecho fuertes, replegándose las facciones de Bulacán y de la Pampanga después de haber perdido éstas la posición estratégica del Camansi. En el Real, una de las alturas que en forma semicircular y arrancando de Norzagaray siguen la dirección de San José, en aquel sitio, más generalmente conocido con el nombre de Minuyan, habíanse instalado los rebeldes, montan-

do para su defensa bastante número de cañones y lanzacas, además de las armas de fuego portátiles con que contaban.

Muotyan, en donde Aguinaldo permaneció cerca de dos meses, era en estas fechas el lugar destinado para la concentración de los pertrechos y provisiones que se acumulaban en Itiarnaható. El coronel Contreras dispuso el ataque á la posición de que hablamos, formando para operar contra aquella cuatro columnas: mandábanlas los tenientes coronels D. Telésforo Montorio y D. Fernando Carbó y los comandantes D. Ricardo Pardell y D. Antonio Navarro. El primero por el Este, por el Norte el segundo, el tercero por el Sur y por el Oeste el cuarto, debían envolver la posición enemiga.

El acceso á tal altura era difícil: el abupie de trebol, arriesgadísimo; solo la organización dada por Contreras era la apropiada para tomar la citada altura. Las columnas comenzaron á subir al monte á las ocho de la mañana del 9 de Diciembre. Se inició el ataque por la columna del comandante Navarro, la cual, en su avance, recibió muy pronto los fuegos de lanzaca y fusilería que el enemigo le descargó por entre peñascos. Contreras mandó á la columna detener su marcha y hacerse fuerte en la orilla del río Minuyan, que bordea la posición aludida, haciendo más difícil su acceso. La columna Carbó, que por no contar con un solo guía verdaderamente práctico en el terreno no había logrado ponerse aún en línea de combate, dió cuenta de tal contradicción al coronel Contreras, y éste dispuso se le incorporase, y unirse á la columna Navarro. Se ignoraba aún el paradero de las columnas Montorio y Pardell; pero contando Contreras con que acudirían siempre por el flanco y retaguardia del ataque de aquél, ordenó al capitán Monasterio fuese con 100 hombres río arriba á caer sobre las trincheras rebeldes: en vista de las dificultades por la escabrosidad incomparable de aquel terreno, la fuerza de Monasterio se vió reforzada por una sección de cazadores al mando del capitán Herrera López y por otra del regimiento 7.º de Bolo en mano tuvo esta tropa que abrirse paso y descolgarse por enormes peñascos: con toques de corneta señalaba su avance. Pero eran ya las tres de la tarde: llegó la columna Pardell, que, completamente extraviada en su trayecto, había causado 18 bajas al enemigo que en gran grupo halló á su paso, y poco después de haberse incorporado Pardell se supo que Montorio, con rumbos completamente equivocados por la ignorancia de los guías, se había dirigido á Santa María en vez del lugar que tenía señalado; y en esta situación, el coronel Contreras se decidió al ataque, designando al comandante de Estado Mayor Sr. García Alonso el sitio de emplazamiento para la artillería. Rompió ésta el fuego á sesenta metros de distancia de la gran trinchera que obstruía el único camino que se podía seguir por entre

tanta quebradura del terreno. Las guerrillas de vanguardia, en las cuales se hallaban el teniente coronel Carbó y el comandante Navarro, iniciaron con el de la batería que protegían un vivísimo fuego, y quebrantados los rebeldes, próximos á ser rodeados por completo, pues la columna Pardell flanqueaba aquellas posiciones al propio tiempo que servía de reserva á las fuerzas de Carbó y Navarro, se verificó el asalto, trepando á las alluras rebeldes los nuestros y abandonándolas el enemigo con el más completo desorden, dejando multitud de efectos de guerra y mucha correspondencia y documentación, así como los enseres todos de los alojamientos que se habían construido en una planicie incrustada entre peñascos.

Nuestras fuerzas se portaron muy bien.

Tomado Minuyan, el coronel Contreras dispuso la inmediata construcción de un fuerte según el plan que se venía siguiendo.



CAPÍTULO V

Biacnabató.

Pax, pax, et non erat pax.

(ISAÍAS.)

Biac-na-halú, piedra abierta, tajada ó partida, según su etimología tagala, fué, en concepto nuestro, el lugar y sitio en el que se desarroflaron los hechos de mayor significación en la lucha que desde el 20 de Agosto de 1896 venia sosteniendo España con los filipinos rebeldes.

Nosotros opinamos que Biacnabató fué:

- 1.º El periodo agónico de la insurrección filipina.
- 2.º Una hipócrita truhanería de algunos indígenas.
- 3.º Un grave error de los Gobiernos de la Metrópoli.
- 4.º La más evidente demostración de la magnanimidad hispana.
- 5.º El mayor quebranto de la dominación española en el Archipiélago de Legazpi.

I

Biacnabató fué el periodo agónico de la insurrección filipina.

Para nuestras pequeñeces de intelecto es atrevida empresa acometer la explicación de conceptos cuales los que acabamos de expresar, acerca de tan inesperado acontecimiento como aquel que los poderes públicos fueron los primeros en llamar «La paz de Biacnabató». *Pax, pax, et non erat pax.*

Es cosa fuera de duda que las facciones tagalas, perseguidas por

nuestras tropas, se reconcentraban en las abruptas posiciones de Biacnabató: en éstas creían Aguinaldo y sus secuaces hallar su última esperanza de mantener enhiesta su crimiñosa bandera contra la Patria.

¿Habría logrado durante mucho tiempo permanecer entre aquellos cerros aquel símbolo de una rebelión tan ingrata y cruel? No. Seis u ocho días, á partir del 20 de Diciembre, no más tiempo, precisaba el general Primo de Rivera, en su acción militar ideada, y desarrollada ya en muy principal parte, contra el baluarte último de los insurrectos tagalos.

Con el fin de que nuestros bondadosos lectores formen cabal noción de aquel sitio de Biacnabató, desdichadamente celebrizado, ofrecemos á continuación un hábil croquis trazado sobre el terreno mismo por el honrado patriota é insigne cartógrafo Sr. D'Almonte.

La explicación del gráfico es muy sencilla. El núm. 1 señala exactamente el campamento de Emilio Aguinaldo, en las orillas del arroyo Bangleal, al pie del murallón calizo, corlado por la hendedura que da origen á la palabra compuesta de que nos ocupamos, *Biac-na-bató*: aquella hendidura, más comúnmente llamada *Suctib* entre los naturales, presenta la cavidad abierta al Este, y forma un paso tan estrecho que sólo pueden atravesarlo dos hombres en fila y marcha de frente.

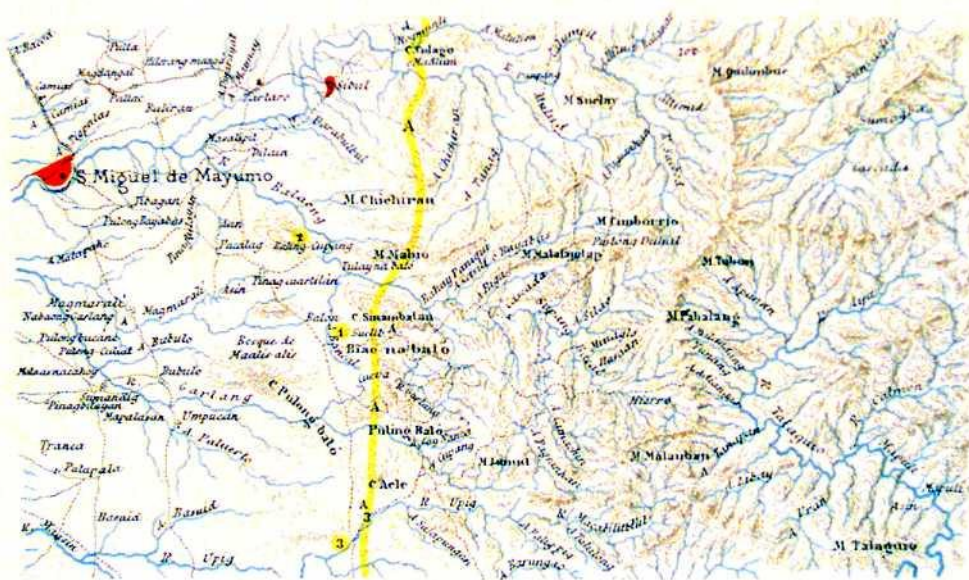
El núm. 2 señala exactamente el sitio que ocupó el campamento de Llanera en Badingcupang.

Y el núm. 3, el campamento ocupado por los rebeldes, que, aun después del celebrado pacto, allí quedaron para continuar sus fechorías, y como cruel sarcasmo para quienes bailaban en Manila y veslián los halcones de las casas en las principales calles de la Corte de España, en las que lucían espléndidas luminarias todos los edificios públicos en celebración de la paz de Biacnabató. *Pax, pax, et non erat pax*.

Las tres A A A de la línea amarilla trazada en el pequeño croquis que explicamos señalan una faja acordillerada de enormes cerros calizos paralelos á las cordilleras más elevadas, de naturaleza eruptiva, que se extienden hacia el interior: y los puntos A A indican los pasos de dicha faja, pasos que se hacen más frecuentes hacia el Norte y al Sur de este bosquejo, lo cual demuestra por sí solo la posibilidad de flanquear las posiciones insurrectas, según las hubiera flanqueado y tomado, copando á todos sus defensores, el general Primo de Rivera, si en vez del convenio, pacto, capitulación ó lo que se quiera fuese lo firmado en Biacnabató, hubiese el Marqués de Estella ultimado su plan militar.

Terminadas las operaciones preliminares que con tanto éxito llevó á cabo el general Primo de Rivera, quiso éste dirigir personalmente la acción decisiva contra Biacnabató. A tal fin lo dispuso todo con la

PLANO DE BIACNABATO



Escala de 1:200,000



pericia que acreditada tiene. Colocó en rededor de aquella posición enemiga todos los elementos que la técnica de la guerra reclamaba: nada se escapó á la previsión del Marqués de Estella para asegurar la obra que iba á ejecutar: hospitales y enfermerías, depósitos de municiones de boca y guerra en San Isidro, en Arayal, en Cabanaluan y en San Miguel de Mayumo.

Hasta el venerable Arzobispo metropolitano Dr. D. Fr. Bernardino Nozaleda, que, vigilante asiduo de los intereses de la Iglesia, no descuidó jamás los de la Patria, vino á cooperar eficazmente al plan seguido para la conquista de aquella posición rebelde, pues valiéndose de su natural influencia en las feligresías de su extensa Archidiócesis, pudo ofrecer al General en jefe del Ejército de operaciones basta 20 ó 25.000 hombres en todo momento dispuestos á conducir los convoyes para nuestras tropas, y cuyos nombres y apellidos consignaban relaciones bien compulsadas.

Contando muy escaso número de fuerzas regulares, el general Primo de Rivera, con objeto de reunir los 8.000 hombres que creía necesitar para dicha operación, sin dejar de cubrir los demás puntos estratégicos, deslinó 30 compañías de voluntarios á suplir en ellos á las fuerzas militares que los guarnecían, con el objeto de que éstas pudieran ir contra Biacnabató, siquiera no se privase por completo á los voluntarios de la gloria que siempre obtiene un cuerpo armado al acometer empresa seria, pues un núcleo importante de aquéllos iría contra las posiciones rebeldes de que se trata.

Desde San Miguel de Mayumo partirían las columnas contra Biacnabató: el General en jefe, mandando 6.000 hombres, marcharla de frente contra las posiciones rebeldes, y por la retaguardia de aquél irían dos columnas de 1.000 hombres cada una, al mando de los tenientes coroneles Olaguer-Feliú y Primo de Rivera (D. Miguel): estas dos columnas partirían en el día y hora que se citase, la una desde Santol ó Peñaranda, la otra desde Angat.

Fuerzas del general Monet, que dió con la brillante acción del Camansi comienzo á las operaciones preliminares contra Biacnabató, corriéronse sobre el Irururut (contracosta de Nueva Écija) para quedar en posiciones, corlando en la Sierra Madre los puntos de retirada de los rebeldes de aquel lugar.

Tal era en incompleta síntesis, y según lo que á nuestro conocimiento llegara, lo relativo á la acción militar que el general Primo de Rivera iba á desarrollar para acabar con los rebeldes de Aguinaldo.

Estaban, pues, éstos condenados á desaparecer muy pronto por sólo la fuerza de las armas.

Sin ser producto de fantasías nobilísimas, sino tendiendo la vista

por los lugares en que acampaba Aguinaldo y su gente, habríase iogrado conocer la situación de verdadero aniquilamiento en que se hallaban aquellos miles de hombres, mujeres y niños refugiados en Biacnabató, sin contar con más medios de subsistencia que un depósito de arroz, del que se habría podido suministrar á cada individuo un solo puñado por espacio de quince ó veinte días: fuera de esto, podían disponer de escasisima cantidad de unos pescadillos azules que vivían en las charcas y arroyuelos que por allí se encuentran, y como último alimento en aquel lugar, empleaban las raíces de algunos árboles resinosos, más propias para la nutrición de los roedores que para la del *homo sapiens*.

Aparte, pues, de la acción militar directa, decidida y rápida sobre Biacnabató, con sólo sitiar esta posición, es seguro que el hambre habría hecho rendir á los sitiados, los cuales no hubiesen podido resistir por más tiempo que el representado por las dos semanas más que faltaban para acabar con los pocos cavañes de arroz de que disponían, según hemos dicho.

La insurrección filipina estaba, pues, en Biacnabató en su periodo agónico.

II

Biacnabató fué la hipócrita truhanería de algunos indígenas.

Desde Biacnabató, el Gobierno revolucionario dictaba órdenes y más órdenes para proporcionarse recursos que no alcanzaban, á pesar de las enérgicas conminaciones empleadas para obtenerlos.

Como quiera que en aquel campamento habían reunido los rebeldes todos los factores de un organismo soñado y deforme, pero con apariencias de toda legalidad para los ilusos, desde Biacnabató se venían explotando las credulidades de la ignorancia y las crueldades de la malicia. En las fechas á que nos referimos venía ejerciendo en aquel lugar funciones de gobernador interino el cabecilla llamado Francisco M. Solimán Macabulos: entre otras muchas disposiciones adoptó éste la de mandar por medio de los jefes que constituían la llamada Junta consultiva que todos los cabezas de barangay, después de distribuir y recaudar las cédulas personales, obligasen á sus tributantes ó sáco-pes á recoger los enseres y efectos de sus casas y á remontarse, con el objeto de evitar lo que Solimán llamaba vejaciones de los enemigos: aspiraban los revolucionarios á despoblar las localidades de aquella región: pero la citada orden de Solimán se vió incumplida, y el gobernador revolucionario de Biacnabató dictó entonces otra disposición,

ordenando que los naturales que no se conformasen con aquélla podían pagar sus tributos á los que en cada pueblo estaban nombrados jefes de los que habían de defender la causa de la revolución: tan enormes eran las coacciones que se ejercían con los trinitantes, que las disposiciones de Macabulos desde su gobierno de Biacnabaló declaraban traidor y reo de muerte al natural de estas islas que pagase el tributo á los españoles.

Era para los rebeldes de Biacnabaló honesto entretenimiento parodiarse, en forma que no dejaba de tener *ris rómica*, los sistemas de gobierno que rigen los pueblos con propio nombre consignados en el nomenclátor de los cultos, y así, discutían, aprobaban y publicaban desde su Asamblea una Constitución provisional es decir, que sólo rigiese interim se establecía la República filipina como forma definitiva de gobierno para estas islas. La aludida Constitución interina partía del principio establecido en un acuerdo tomado en junta celebrada por los revolucionarios en 1.º de Noviembre de 1896, y consistía en establecer un sistema de gobierno sobre las bases siguientes: 1.º La alta República ó Gobierno supremo (decían literalmente) se establecerá en un Consejo supremo, que será regido ó representado por un Presidente, un Vicepresidente y cuatro Secretarios de Estado, á cuyo Consejo pertenecerán las relaciones exteriores, asuntos de guerra, de gobierno interior y de los intereses (Hacienda) de la República ó Gobierno supremo. 2.º Será de la atención del Gobierno supremo: primero, mirar por los intereses propios de la vida de la nación, y dar disposiciones políticas á la misma (vida civil y política de la nación); segundo, establecer y cobrar tributos; abrir empréstitos, ya en el interior, ya en el exterior, cuando fuese necesario; emitir papel moneda; acuñar moneda, y distribuir la riqueza entre las necesidades del pueblo; tercero, dar patentes de corso; castigar á los que no cumplan los convenios; levantar ejércitos; apoyar á las naciones amigas; armonizar con España á fin de conseguir la tranquilidad de estas islas; fortalecer las Juntas ó Asamblea de representantes de los pueblos; cuarto, llevar al juez competente, si así conviniese, al Presidente ú otro cualquier miembro del Consejo, siempre que sea en asuntos que correspondan al poder judicial, y atender las súplicas de cualquier habitante, especialmente las pertenecientes á los jueces de sala; quinto, intervenir y dar recursos útiles á fin de llegar á un acuerdo en los litigios; fortalecer ó alterar las órdenes y bandos del ejército publicados por el Presidente; poder recompensar convenientemente, según el servicio, desde el empleo de primer teniente.

Esto era lo más substancial de la Constitución aludida.

Ahora bien: esforzábanse algunos elementos del país en procurar se

concediese gran importancia á cuanto de Biacnabaló dimanase ó se decía que dimanaba de allí.

Vivían entre nosotros algunos tagalos identificados al parecer con la causa de España en estas islas, bullendo siempre en torno de las autoridades, demostrando verdadero prurito de figurar en todos los actos de homenaje á nuestra bandera nacional: los naturales á quienes aludimos ostentaban títulos de doctores de nuestra Universidad central y á la madre España debíanle toda suerte de protección: cargos honoríficos y retribuidos; comisiones bien pagadas; encomiendas, graudes cruces: todo honor y toda merced España les otorgó.

Cuando la insurrección filipina venía manteniendo la inquietud pública en gran extensión del territorio luzónico, mas sin constituir seria amenaza contra la dominación española, los tagalos á quienes nos referimos fingían bien su personal apartamiento de toda intervención moral, intelectual ó material en la rebelión tagala. Se llamaban progresistas ó reformistas: no habían suscrito, es cierto, las últimas exposiciones al Gobierno de la Metrópoli dirigidas en solicitud de mayores ó menores cambios en el gobierno y administración de estas provincias; pero alguno de ellos, cual el Excmo. Sr. D. Pedro A. Paterno, podía ser considerado el óvulo productor del reformismo filipino. Paterno había logrado, merced á bastantes miles de duros gastados á la buena fortuna de su padre, darse á conocer en la Madre patria: vivió buena casa en Madrid, y en ella daba tes y veladas político-literarias, á las que en ocasiones acudían altas figuras del Parlamento y de nuestra Administración. Se carleaba con ministros y ex ministros de la Corona de los que pertenecen al grupo de los más ilustrados y elocuentes, pero impresionables y en absoluto desconocedores de estas tierras y de la raza que las puebla, por lo cual con paradisiaca buena fe creían sinceras las manifestaciones que les hacia el Dr. Paterno, cuya borla, el mismísimo Castelar honró una vez sola y no más, acudiendo al oriental salón de la vivienda que en la calle del Barquillo disfrutaba el *Maguinó* de los tagalos.

Paterno y algunos otros ambiciosos naturales filipinos que, cual él, deseaban llegar á la cúspide del valer y representación social, andaban en aquel tiempo empeñados en contradecir una sentencia evangélica: la del *nemo potest duobus Domini servire*: querían á la vez servir á dos señores, ó, lo que es igual, á la causa defendida por la insurrección tagala y á la causa española: á la que en definitiva hubiera de vencer.

Agitándose entre las tormentosas pasiones de la envidia y de la ambición, los desdichados individuos á que aludimos de la principal tagala vieron en la época y circunstancias que narramos mucho más fácil el logro de sus cálculos cayendo del lado de la Madre patria que

del de Emilio Aguinaldo, así como poco más tarde cayeron del lado de este para asestar contra España una parricida puñalada con la más evidente felonía.

Quisieron presentarse en tales fechas como cooperadores en la obra de pacificación del territorio: nun más, como los únicos obtenedores de la paz que tan naturalmente anhelábamos todos los españoles, y con singularidad el general Primo de Rivera, interesado en alcanzarla, no solo por su natural patriótico alán, cual el que á todos nos inspiraba la terminación de la guerra, sino hasta por amor propio, ya que el Marqués de Estella había afirmado tan rotundamente la lograría.

Dando á entender los individuos de la principalia tagala á que nos referimos el disfrute de una influencia decisiva entre los rebeldes, visitaron (según el común decir, pues nosotros no poseemos dato ni antecedente alguno de carácter oficial) al Sr. Marqués de Estella, gobernador general: y queriendo persuadirle del valimiento de que disfrutaban en las masas insurrectas, como entre todos los naturales, ofrecieronle un tratado de paz que se firmaría en Biacuabató.

Con el fin de inclinar el ánimo del Capitán general de las islas hacia la paz por el convenio anunciado, acudieron al ardid de ocultarle cuidadosamente la precaria horrible situación en que se bailaban las gentes de Aguinaldo, y, al revés de esto, pérfidamente exponían los falsos medios que para continuar la guerra sumaba el ex capitán municipal de Cavite Viejo.

Aun cuando el general Primo de Rivera diese valor real y efectivo á tan alevosas interesadas noticias, porque las creyese fiel expresión de la verdad, en nada habría modificado su propósito de llevar á cabo el ataque á las posiciones de Biacuabató; pero la índole de la cuestión, el hecho de haberle llevado aquellos hipócritas mantenedores de la causa de España proposiciones de paz, simulando andar bebiendo los vientos por realizarla; las responsabilidades difíciles de eludir en que el Sr. Marqués de Estella creería caer si no daba de ello cuenta al Gobierno de S. M.; la concordancia que resultaba entre los deseos, quizá ya anteriormente expresados por los Ministros de la Corona, de terminar la insurrección *á todo trance*, y las seguridades que ofrecían quienes se erigieron en árbitros para lograrlo, impusieron seguramente al general Primo de Rivera el deber de transmitir al Gobierno de la Metrópoli las proposiciones de los rebeldes para entregar las armas, y así lo ejecutó.

Dió su respuesta el Gobierno de la Nación, y aunque ignoremos nosotros los términos en que la produjo, nos atrevemos á afirmar que fueron órdenes para la celebración de aquel tratado de paz, que no vino á ser otra cosa para los rebeldes en su anonadamiento, sino el

logro de sus aspiraciones, ó, lo que es lo mismo, una tregua de reparación: los medios para hacerla más eficaz, y una patente de beligerancia. Todo esto pudo alcanzar la astucia y truhanería de los filipinos que intervinieron en aquellas negociaciones.

III

Biacnabató fué un grave error de los Gobiernos de la Metrópoli.

El pacto de Biacnabató fué una verdadera imposición al general Primo de Rivera hecha por el Gobierno de la Metrópoli, incurriendo en grave error de cálculo: esla deducción no puede ser más legítima de lo que resulta, conociendo algún hecho bastante por si solo para explicarla.

Cuando se esperaba al general Primo de Rivera en el lugar señalado para dirigir personalmente la acción contra Biacnabató; cuando las fuerzas de la brigada Monet estaban ya todas aprestadas en sus posiciones para ejecutar lo que según el bien meditado plan del Marqués de Estella les competía, el general Monet fué llamado por el General en jefe con toda urgencia con el objeto de comunicarle nuevas importantísimas instrucciones: fueron éstas totalmente opuestas y contradictorias á las anteriores. El Marqués de Estella hizo saber al comandante general del Norte y centro de Luzón, Sr. Monet, la resolución del Gobierno de la Metrópoli de que *á toda costa se hiciese la paz*.

La pena que embargaba el ánimo del general Primo de Rivera, viéndose en el apurado trance en que tal resolución le situó, manifestóse por modo imposible de fingir. El general Primo de Rivera llegó al extremo de verter copiosas candentes lágrimas al transmitir al general Monet las nuevas órdenes que echaban por tierra todo el pensamiento militar que se venia realizando desde la toma del Camansi, para dar en Biacnabató el golpe decisivo contra la rebelión tagala. A buen seguro que si la opinión pública, cuerda y noblemente pensadora siempre que no está por equivocados informes extraviada, hubiera visto al viejo soldado de Estella derramar aquellas lágrimas que en la ocasión á que aludimos vertió, y dicha opinión hubiese podido apreciar la aliección de aquel espíritu por mil dudas atormentado, no habría arremetido contra el general Primo de Rivera con el tropel de injurias y calumnias que le descargó después de firmado el tratado de paz de que nos ocupamos.

También nosotros desde nuestro libre albedrío, por impulsos de nuestra propia conciencia, conocedores en algo de los hechos que criticamos, y al amparo de la Constitución del Estado, que permite emitir

nuestro pensamiento, dirigimos fuertes censuras al señor general Primo de Rivera; pero creemos que respecto de las negociaciones de paz que relatamos sólo es justo acusar al Sr. Marqués de Estella por su falta de resolución en dejar de cumplir las órdenes que del Gobierno de la Metrópoli recibió. Pudo éste darlas sin conocimiento hastante del caso, y siendo más poseedor de él quien venía ejerciendo el mando superior de las islas y de su Ejército de operaciones, debió, al recibir las órdenes aludidas, responder: «las aralo, pero no las cumplo». ¿Era esto sedicioso, á pesar de lo usado de tal fórmula en otros tiempos de mayores enterezas, entre quienes ejercían jurisdicción y mandos? Pues en tal caso, el general Primo de Rivera habría procedido de modo más provechoso á los intereses patrios, y en forma más concordante con su propia militar historia, pidiendo al Gobierno de la Nación ser relevado inmediatamente de su cargo, y que viniese á la celebración del pacto de Biacnabaló otro general que no hubiese sido el autor del plan técnico trazado para la terminación de la guerra con la guerra.

Ante la ilagante contradicción en que íbamos á incurrir para mal resolver con la pluma lo que habría quedado perfectamente resuelto en ocho días más con nuestros fusiles, aunque no eran muchos, se ve bien á las claras el desprestigio que para nosotros mismos labramos y la vilipendiosa hurla de que íbamos á ser objeto.

Craso error, más principalmente cometido por el Gobierno de la Metrópoli que por nadie, fué el convenio de Biacnabaló.

IV

Biacnabaló fué la más evidente demostración de la magnanimidad hispana.

Todo el mundo conoce, pues se ha vertido á los principales idiomas y hasta dialectos, singularmente malayos, el convenio de Biacnabaló.

Lo fundamental de este pacto, poco después tan alterado en su substancia por los rebeldes, ávidos de explotar pretextos que no podían existir, ajustábase á las bases siguientes:

1.º Se obligaban á deponer las armas todos los que seguían las órdenes de Aguinaldo, declarando traidores á quienes no lo efectuasen así. Acerca de esta base primera surgió gran controversia, y costó esfuerzo vencer la resistencia de los representantes de Aguinaldo: aspiraban éstos á que los insurrectos que no obedeciesen las órdenes de aquél fuesen sencillamente declarados reos de delitos comunes, añagaza urdida para poder reclamar la totalidad de la indemnización, aunque quedase gente en armas, violando el pacto.

2.º Se ofrecía á los rebeldes un indulto equivalente á verdadera am-

nistía, consignando que los militares habrían de servir en disciplinario el tiempo que de su compromiso les faltare.

3.º Se les ofreció alendur á la subsistencia de los que habían quedado arruinados por consecuencia de la guerra, motivando esto el señalamiento de la indemnización que por separado se acordó, y que iué de pesos fuertes 400.000, de una vez, á la vista, y de pesos fuertes 200.000 lan luego se declarase pacificada toda la isla.

En otra base se estipulaba que si no se conseguía la pacificación, lo pactado quedaba sin efecto.

Y al final se añadía que el Sr. Paterno, en nombre y representación de los firmantes de las proposiciones de paz (que eran Emilio Aguinaldo, su primo Baldomero y Llanera), esperaba de la magnanimidad del Gobierno de la Metrópoli atendiese las aspiraciones del país.

¿Fué esencialmente el pacto de Biacnabató lo que acabamos de sintetizar? Creemos que si, aun cuando bueno es recordemos que nosotros no contamos con texto oficial alguno.

Pues siendo exacto cuanto hemos dicho respecto á semejante tratado, lícito nos es preguntar: ¿en qué ocasión y en qué país se ha ofrecido muestra de magnanimidad cual la dispensada por el Gobierno de la Metrópoli á la rebelión tagala? ¿Quién que tuviere reunidos en su propia mano los medios de destruir al encarnizado enemigo que al frente tiene enlabia con éste tratos y contratos tan generosos como el de Biacnabató?

Podíamos haber concedido á los reformistas tagalos cuantas reformas politico-administrativas reclamaban: el ridiculo en que hubiesen caído al ir á las jefaturas de Administración, á las Cortes, á los mismos curatos y prebendas, salvo excepciones que con un número dígito se expresan para ocho millones de habitantes, habriales hecho retroceder en el camino de aspiraciones insensatas, para las que la naturaleza misma ha establecido impedimentos impiedientes. Algunas reformas de las de tal indole ya se les habían ofrecido y dado, siendo probable que la buena fe de nuestos gobernantes, muy apartados en general del oportunismo y realidad de las cosas en Ultramar, les hubiera otorgado todas las demás, asi que al periodo revolucionario sucediese el de tranquilidad pública. Pero llegar, según llegamos, á conceder una indemnización de guerra á los mismos rebeldes, que no nos devolvían más armas útiles sino la parte más exigua de las que nos habían robado los desertores de nuestros regimientos indígenas, y á los mismos que habian descuartizado á los prisioneros que en Cavile nos hicieran, esto era el *punctum remotum* de la magnanimidad hispana: era lo incompatible con el gobierno y administración de los pueblos habitados por razas inferiores.

V

**Biacnabaló fué el mayor quebranto de la dominación española
en el archipiélago de Legazpi.**

Apenas firmado el convenio de Biacnabaló, resonando todavía los vítores estruendosos, las frenéticas arlamariones producidas por el entusiasmo de algunos buenos creyentes, aun se publicaban notables artículos en los periódicos de la capital de las islas y de la de Bisayas, escritos que sólo removían las fibras cardíacas de sus vehementes autores; aun venían verificándose las presentaciones pactadas de las partidas rebeldes; apenas había llegado á Hong-Kong con todo honor el jefe de la revolución tagala, acompañado de los rabecillas que designó; aun se recibían en Manila por docenas de docenas los telegramas de felicitación al general Primo de Rivera, á cuyo palacio de Malacañang acudía lo más florido de la sociedad manileña con objeto de dirigir a la superior autoridad plácemes que tal vez solamente con resignación cristiana recibía, cuando con el mayor descaro regresaban á sus pueblos los indios de la rebeldía, diciendo: «traemos seis meses de licencia; este tiempo y no más nos ha concedido nuestro general *el capitán Emilio* para que descansemos»; muchas mujeres indígenas, que periódicamente acudían á alguna santa casa para recibir en ella el caritativo óbolo que las proporcionaba la morisqueta durante un mes para sí propias y para sus hijos, solían decir: «mallo, señor, haber dado dinero á los insurrectos, porque el corazón del indio con esto se ha ensanchado y pronto volverá á la pelea». Muchos hechos posteriores, pero ya iniciados á los pocos días de la celebración de la paz de Biacnabató, vinieron á comprobar el concepto general que de ella se había adquirido, y á revelar claramente todo el daño que á la causa de la Patria produjo error tan funesto, mucho más de allende que de aquende.

Si la causa de Aguinaldo, que estaba expirante, según creemos haber demostrarlo, hubiese recibido en aquellas breñas de Bulacán el último golpe, no le habría sido tan fácil al tenaz perturbador filipino andar en cábalas y componendas con esos formidables enemigos de España que nos acaban de destruir de un solo afortunado, inverosímil tajo, todo nuestro extenso imperio colonial de cuatro siglos.

Si Emilio Aguinaldo, en vez de salir de los riscos de Suctib para ir con todo honor á la vecina colonia inglesa, en donde siempre hubo filipinos que laboraban contra la Madre patria, y en donde desde el 96 funcionaba el comité ejecutivo revolucionario de los tagalos, hubiera sido copado con los suyos en aquella su última fuerte posición, no ha-

bria solicitado los apoyos que para derrocar la soberanía de España solicitó, viéndose en Singapoore y en Hong-Kong favorecido por elementos muy superiores á los que jamás pudo soñar.

Sin el pacto de Biacnabaló, Aguinaldo no hubiera pasado de la categoría de uno de esos guerrilleros de origen humildísimo que sólo acometen empresas de guerra cuando traviesamente creen ganarlas, pero resultando constantemente vencidos. La resonancia que tuvo el convenio de Biacnabató, eso es lo que hizo llegar al capitán Emilio á la funesta celebridad que sufre.

Todo cuanto el prestigio de los españoles perdía con aquel malhadado pacto, lo ganó Aguinaldo dentro y fuera del territorio filipino: por ello consideramos que el expresado convenio fué lo que ya hemos dicho y repelimos, el mayor quebranto de la dominación española en Filipinas.

VI

Algunos detalles relativos á la sumisión de los rebeldes de Biacnabató.

Las condiciones del pacto habíanse firmado ya, si mal no recordamos, hacia el 18 de Diciembre. El general Primo de Rivera quiso ratificarlas por si acaso Aguinaldo y los suyos, poco consistentes, según lo son todos los naturales de estas islas, se mantenían firmes en sus propósitos. Al efecto, el General en jefe envió al campamento de Aguinaldo al teniente coronel D. Miguel Primo de Rivera. Este joven jefe cumplió su cometido con ánimo sereno: iba solo, y nada habría tenido de extraño se preocupase algo del riesgo que corría al notar la admiración extraña que á los rebeldes causó la presencia de aquél en tales lugares, por lanío tiempo vedados á los castilas.

El teniente coronel Primo de Rivera fué tratado con gran consideración por Aguinaldo y los individuos que constituían el gobierno filipino, en el cual, presididos por el jefe de la rebelión tagala, figuraban Mariano Trías, Isabelo Artacho, Antonio Montenegro y Emiliano Riego de Dios. Por allí pululaban muchos otros principales de Luzón y 43 cabecillas de los más conocidos.

Después de la ratificación del pacto hecha por la asamblea de representantes, una vez emitido ya dictamen favorable por el consejo de gobierno, cundió por todas direcciones la noticia de la paz (*par, par, et non erat par*), y el teniente coronel Primo de Rivera regresó á Manila por San Miguel de Mayumo.

Al general Monet, que aun no había reaccionado de la estupefacción en que le dejara la última entrevista con el Sr. Marqués de Este-

lia, en la que, según hemos dicho, órdenes tan contradictorias á las anteriores recibió, se le comunicó el día 18 la de que acudiese acompañando al general E. Tejeiro, jefe de Estado Mayor general, representando ambos al General en jefe del Ejército, al campamento de Biacnabató, con el objeto de presidir el solemne acto de sumisión de los rebeldes y la entrega que se había estipulado de todas las armas y pertrechos de guerra.

El tiempo era malísimo: después de mil contrariedades sufridas bajo la acción de un destructor baguío, los mencionados generales F. Tejeiro y Monet llegaron á San Miguel de Mayumo, habiéndose visto obligados á recorrer gran parte del camino á pie: descansando unas horas en el citado pueblo y todavía sin ceder el temporal, continuaron su marcha hacia Biacnabató, empleando todo un día para llegar á tal lugar, distante solamente seis kilómetros de San Miguel de Mayumo.

En la mitad del trayecto fueron ya recibidos por unos cuantos emisarios de Aguinaldo, que eran de los principales cabecillas á quienes hemos aludido, y continuando todos la marcha, por fin llegaron á la herradura que daba acceso al campamento de Aguinaldo, es decir, á *bahay-panique*, sitio probablemente llamado así por las miríadas de murciélagos que por allí anidan. En tal sitio hallaron nuestros generales las fuerzas rebeldes en correcta formación, pero muy deterioradas en salud y en ropa: presentaron las armas, y abriendo sus filas, por entre las mismas pasaron los generales F. Tejeiro y Monet, acompañados de un solo ayudante cada uno. Caminando de tal suerte, llegaron á la casa-palacio que ocupaba Emilio Aguinaldo. El jefe de la insurrección tagala recibió á nuestros generales con grandes muestras de consideración y respeto, pasando inmediatamente á conferenciar con aquellos que, además de las propias altas jerarquías, traían la representación y la superior delegada autoridad del General en jefe, Capitán general de las islas.

La conferencia fué muy detenida y recíprocamente atenta, versando principalmente acerca de los detalles y formalidades con que había de procederse á la salida de Aguinaldo y sus lugartenientes ó cabecillas más significados que con él habían de embarcarse para Bong-Fong. De los demás pormenores, de seguro habría que hablar muy poco, pues la escasez de medios de subsistencia que había en Biacnabató graduaba la de los de guerra que se habían supuesto acumulados allí. Acordóse que la marcha de Aguinaldo y los suyos se llevase á efecto al día siguiente, y que se hiciera lo más rápida posible hasta el puerto de Sual, aunque deteniéndose un poco en los pueblos del tránsito, con objeto de no dejar boquiabiertos sin articular palabra á quienes reglamentariamente habían de festejar el paso de la comitiva

con esos gritos y fuertes vítores, á los que podría concedérseles valor y significación si conmoviesen el corazón de quienes los producen, del propio modo que conmueven el aparato laringo faríngeo de los mismos. En efecto, se emprendió la marcha de Aguinaldo y de 25 ó 30 cabezillas más, dirigiéndola el teniente coronel Primo de Rivera hasta Hong-Kong, pues una inconcebible ofensiva suspicacia de los rebeldes les habia inducido á pedir les acompañase dicho jefe durante el viaje hasta la citada colonia inglesa. Y se les concedió, así como tampoco se les negara el ruego, por su índole y modo de formularlo muy parecido á exigencia, de que los generales F. Tejeiro y Monet quedasen en Biacnabató hasta que hubiese noticias de la llegada de Aguinaldo y sus acompañantes á Hong-Kong. Más claro: quisieron los rebeldes guardar á nuestros dos generales en rehenes, y así se efectuó, permaneciendo éstos once días en aquel sitio tan escondido, en el que habrían existido atractivos para ambos generales mientras siendo Biacnabató una posición fuerte, ocupada por el enemigo, en ella hubiesen permanecido después de conquistarla con el esfuerzo de su propio brazo; pero desde el instante en que, sin lance alguno de guerra que ventilar allí, no corrían más riesgo sino el de que las bandadas de murciélagos les causasen alguna alteración fisiognomónica, ¿qué otra cosa sino contrariedad y tedio les podía causar?

No anduvieron, sin embargo, del todo ociosos nuestros generales Sres. F. Tejeiro y Monet: el primero ocupábase de la parte dispositiva con que se regulaba la entrega de armas y los inventarios de éstas, con los demás fuertes y pertrechos; el segundo recibía todo ello, disponiendo la fiel custodia hasta de aquella artillería de los rebeldes, que por cierto tenia poco que ver.

Además de las lantacas, ya muy conocidas en la más vieja balística del archipiélago, singularmente en Mindanao y Joló, disponían los rebeldes de Biacnabató de unas cosas llamadas cañones, que no eran sino unos tubos de gruesa tosca madera reforzada por burdos anillos de hierro de trecho en trecho; los tales tubos estaban cubiertos en su tercio posterior por una funda de cuero de carabao, piel sin curtir, que presentaba al trunfar un pliegue retorcido á modo de rabo ó apéndice caudal: aquellas piezas de artillería prehistórica, más que cañones, parecían indudablemente seres extraños, desaparecidos de la escala zoológica, fósiles no descritos por naturalista alguno. En más de una ocasión, los tales artefactos es cierto disparaban metrallazos de clavos de herrar y de estrellado alambre telegráfico, que producían á nuestros soldados raras complicadas heridas por la infinitesimal fragmentación de tales proyectiles; pero otras muchas veces, los rebeldes sólo empleaban dichas piezas de artillería en busca del efecto moral que

causan los ruidos estruendosos, y para este caso, los cargaban usando taecos de palay: este oficio debió ser siempre el único asignado á los aludidos cañones, en evitación del serio peligro que sus sirvientes corrían con otras cargas.

No nos importa discutir aritméticamente el número de insurrectos acogidos á indulto después de lo de Biacnabaló: unis valor práctico tendría para nuestros argumentos alcanzar el exacto conocimiento de cuántas fueron efectivamente las armas recogidas al enemigo con quien acabábamos de pactar: mas esto jamás pudimos averiguarlo con certeza, á pesar del formal empeño que en ello pusimos. Quién sabe si alguna patriótica ficción anduvo de por medio, para no dar pábulo con la expresión pública del número de armas que se recibieron á que la crítica se cebase más y más en el engaño vil de que en Biacnabatú habíamos sido víctimas.

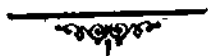
El cable transmilió la noticia de que D. Miguel Primo de Hivera y los principales cabecillas de la insurrección tagala habían llegado sin novedad á Hong-Kong: ya podían restituirse á sus respectivos hogares los generales F. Tejeiro y Monel: recobraban su libertad, al propio tiempo que la alcanzaba el joven teniente coronel Primo de Hivera, á quien también era lícito desde Hong-Kong volver á Manila.

Los generales que habían estado en rehenes fueron muy saludados al salir de Biacnabató por los rebeldes redimidos según el convenio, y á los cuales el general E. Tejeiro les dirigió una orden general breve, pero muy sentida.

Por todos los pueblos que dichos generales cruzaron hasta llegar á Manila fueron grandemente agasajados.

Es lógico suponer, puesto que el deber lo traza, se presentasen inmediatamente al General en jefe y le dieran cuenta minuciosa de cuanto en Biacnabató habían observado, lo que seguramente distaría mucho de las falsas interesadas informaciones recibidas por medio de aquellos naturales de quienes en muy inmediatas anteriores páginas nos hemos ocupado mucho más de lo que merecen, aunque mucho menos de lo que la aviesa conduela de los mismos reclamaba.

Ignoramos cuanto de Biacnabaló pensaran y dijeran los delegados del General en jefe Sres. F. Tejeiro y Monel: nosotros, causando molestia grande á nuestros lectores, nos hemos detenido en este punto más de lo calculado, exponiendo honradamente nuestra opinión acerca del pacto celebrado allí, y del cual, mientras Dios nos conserve un aliento de vida, diremos, recordando hermosa frase de los libros santos: ¿la paz de Biacnabató? *Pax, pax, et non erat pax.*



CAPÍTULO VI

Principales acontecimientos en los meses de Enero y Febrero de 1898.

1.º En el mes de Enero. Primeros efectos de la paz de Biacnabató y otros hechos relacionados con la misma. Entrega de armas. -- 2.º Festejos públicos. Homenaje de gratitud. Batallón mixto. -- 3.º En Febrero. Obsequio al regimiento núm. 73. Gran incendio en el arrabal de Binando. -- 4.º *Los tulisanos* cortan la vía férrea de Ongupan. Creación del batallón de Guías rurales. -- 5.º Manifiesto-programa de los filipinos reformistas residentes en Madrid.

1.º *En el mes de Enero. Primeros efectos de la paz de Biacnabató y otros hechos relacionados con la misma. Entrega de armas.* — La vuelta de los rebeldes á sus hogares señaló los primeros efectos de la gallarda capitulación por aquéllos lograda; la consideraron tan absoluta prueba de debilidad por nuestra parte, que al instalarse de nuevo en sus pueblos, con aires de arrogancia inaudita, «hemos hecho correr á los casillas», decían, mintiendo conceptos á más no poder separados de la realidad. Ninguno de los naturales que procedían del campo de la rebelión practicaba ya las costumbres de la cristiana vida que en su infancia, para bien de su espíritu, ejecutaba; ya no iban á misa, pero se entretenían hablando pestes de los ministros de la Religión, de quienes se hizo gran moda hablar mal; los cabezallas se erigieron en consultores y árbitros de los vecinos que seían y expresaban odios hacia España, y en los pueblos, mientras se veían vacías las casas parroquiales, mansiones tranquilas en las que los indios venían secularmente recibiendo los consuelos de la caridad y los consejos de la inteligencia, y mientras se observaba el más completo aislamiento en las viviendas de los capitanes municipales y en los juzgados de paz, desempeñados por

quienes habían hasta entonces sido fieles á la causa de España, los domicilios de dichos cabecillas, procedentes del convenio de Biacnabató, veíanse repletos de continuo por las familias de naturales que allí acudían en consulla de si habían de dar ó negar cumplimiento á las órdenes que recibían de las autoridades.

No hay que esforzarse mucho para apreciar cuán vilipendiosa resultaba para la causa española la interpretación dada por los rebeldes á la paz de Biacnabató: los millares de españoles peninsulares residentes en las islas á la sazón pueden confirmar nuestro aserto. Como á tal estado de cosas no se oponían correctivos, pues era preciso mantener un medio ambiente que llamábamos de paz, ios insurrectos, creciéndose cu sus osadías, iban instaurando en muchos pueblos un organismo revolucionario enfrente del que allí tenia la Administración española, y los cabecillas nombraban de su propia cuenta capitanes municipales y jueces de paz para administrar justicia á sus adictos.

No se vió ni pudo verse la prueba plena de lo perniciosa que fué la influencia de la aludida organización revolucionaria dada por los cabecillas á los pueblos después del pacto de Biacnabaló, hasta la llegada de Emilio Aguinaldo, después del descalabro sufrido por nuestra escuadra en Cavite, pues el rápido levantamiento de los tagalos, producido en la fecha que aquel desastre vino á señalar, no se debió á otra particularidad.

En los días cuyos acontecimientos narramos no se mostraban dispuestos todos los cabecillas de la insurrección filipina á la aceptación del pacto firmado por Aguinaldo y el gobierno que presidia: quedaban varios de aquéllos sin someterse, y para vencer el tesón de éstos y obligarles al obediencia de lo estipulado en Biacnabaló, Emilio Aguinaldo hubo de designar á otros jefes de la rebeldía: destinó con el indicado objeto al titulado general Ricarte á la provincia de Cavite; á Pariano Rizal, á La Laguna; á Miguel Malvar, á Balangas, y á José Natividad, á Nueva Écija: encargando al chino Ignacio Pana procurase la sumisión y entrega de armas de las partidas que merodeaban por otras comarcas.

Los generales Sres. F. Tejeiro y Monet fueron comisionados por el General en jefe para ir á las provincias de La Laguna y Cavite, con el objeto de presidir también la entrega de armas que habían de hacer los rebeldes de las dos citadas provincias. En Silang y en Maragondón recibió el general Tejeiro las protestas de sumisión y las armas pertenecientes á los insurrectos que mandaban los cabecillas Riego de Dios y Guillermo Rayán: en Indang presentóse al mencionado general Tejeiro la fuerza rebelde que venia capitaneando Diego Mójica. En el mismo pueblo recibió de manos de Baldomero Aguinaldo el decreto

ando por el Hlulado gobierno revolucionario para el cumplimiento de aquella condición del pacto de Biaenabató, relativa á la declaración de traidores de todos los que, habiendo formado parte de la rebelión, no depusieran en el acto las armas y prestasen incondicional adhesión á España. El ex presidente del gobierno revolucionario rogaba al Capitán general tratase con todo rigor á cualquier individuo ó facción que se mantuviese en armas en la provincia de Cavile.

Al mismo tiempo, el general Monet recibía en La Laguna iguales muestras de adhesión y homenaje á la causa de España, y declaraba que el espíritu público en aquella zona era excelente. En el pueblo de Pagsanjan, antigua cabecera de la provincia, recibió las armas de los insurrectos que mandaba Paciano Ilizal y las pertenecientes á la partida de Taiño, en unión de la cual se somería este cabecilla, así como Luciano Ealcón con su gente.

Miguel Malvar, según habia anunciado Ricarle en Cavile, se presentó al general Monet con 500 hombres, pero con sólo cien fusiles y dos cañones del modelo que hemos descrito en el capítulo anterior.

Desde el 1.º de Enero hasta el 19 del mismo mes, las presentaciones fueron muy numerosas: aparte de las que acabamos de enunciar solamente, por no detenernos en detalles insoportables, en el centro de Luzón somelianse en tales fechas muchos rebeldes.

En lo más escabroso de la sierra O'Donnell, lugar de un campamento enemigo situado á treinta kilómetros de Capas (Tarlac), se presentó al teniente coronel Primo de Rivera el cabecilla Francisco Macabulos, y en Nueva Écija, Tilo Lanoria, Rubo presentaciones de rebeldes en Baliuag y en Arayat, en Magalang y en San Miguel de Mayumo, en Mabalacal, Aliaga, Santo Domingo y Gapan, sometándose en Zaragoza el cabecilla Vicente Castillo, Siñoroso de la Cruz en Norzagaray, y en Sanlol, Cahxlo Villacosta.

2.º *Festejos públicos. Homenaje de gratitud. Intullón misto.* — La vivacidad de nuestro carácter y el alegre temple que por atribulo de raza poseemos nos conducía á manifiesto estado de desasosiego si prontamente no traducíamos á lo exterior cuanto siquiera equivocadamente en nuestro interior se agitaba, ó, lo que es un poco más grave, cuanto el cálculo aconsejaba efectuar para dar validez mayor, no á lo que era, sino á lo que queríamos que fuese. Era menester, por tanto, en estas fechas celebrar la paz de Biaenabaló, y todas las clases sociales moviéronse en estas islas, singularmente en la capital, para ejecutarlo por modo cumplido y resonante.

Entre los muchos festejos realizados en conmemoración de haber terminado la guerra con la paz de Biaenabató (*par, par, et non erat*

par), merecen especial mención los que llevó á cabo el Ayuntamiento de Manila. Si esa corporación no derrochó el dinero de las arcas municipales, el Alcalde dilapidó buena suma de su particular peculio, pues para atender al gaslo principal, desde luego hizo donación de cuanto le correspondía percibir por gastos de representación del cargo que desempeñaba, y que ascendía á pesos 6.000, según los vigentes presupuestos municipales.

Regatas, carreras de caballos, funciones de teatro al aire libre y de gala en honor al Ejército en el teatro Zorrilla; fuegos artificiales que extasían siempre á los naturales filipinos, nativamente aficionados á la pirotecnia, ya que, desde *los versos* que se disparan en celebración del bautismo de todos los recién nacidos pertenecientes á familias medio acomodadas, no dejan de oír hasta que mueren tan esrepilosas manifestaciones de regocijo, aplicadas á todo conmemorativo que les interese, aun siendo éste muy opuesto en ocasiones á las legítimas alegrías.

Continuando el extracto que hacemos del programa extenso de los festejos públicos en celebración de la paz, añadiremos que hubo también carreras de bicicletas, de ese *sport* modernísimo, sobre cuya utilidad aun no sabemos haya pronunciado su última palabra la higiene; hubo funciones de circo, á las que todavía asisten, presenciando sin espanto las torturas de una gimnasia desorganizadora de todas las relaciones anatómicas que existen en el cuerpo humano, muchas personas que lienen á justa gala ser cumplidores fieles de los estatutos que rigen las sociedades de protección á los animales y plantas.

La Cámara de Comercio de Manila ofrecía premios para las iluminaciones más espléndidas que se presentasen, tanto en las fachadas de las casas cuanto en los botes, bancas y canoas que acudiesen á la fiesta marítima.

Pero lo que llamó más la atención, entre las fiestas que se celebraron, fué el brillante baile de etiqueta dado en las Casas Consistoriales. Tal vez no exageremos diciendo que la litografía en Manila no ha reproducido grabados mejores hasta la fecha, cuales los eslampados en el notable opúsculo publicado por el Ayuntamiento con el título de *La Paz*, destinado á la reseña ilustrada de los festejos realizados en la capital de las islas, y singularmente á la del baile á que aludimos. Todas las dependencias del Ayuntamiento resultaban en la noche indicada magnificas: el gran salón, la sala de sesiones, la de descanso, el fumador, el tocador, los patios, los comedores, todo, todo revelaba delicado gusto de decorado y riqueza para obtenerlo.

Los distinguidos jóvenes periodistas de Manila derrocharon su ingenio describiendo por testimonio de presencia las bellezas de natura-

leza y arte congregadas en aquel esplendido palacio municipal. Aunque nosotros disimulásemos de iguales dotes de ilustración que las tan evidenciadas por los escritores públicos á que aludimos, no nos hubiera sido posible llegar á la justa obligada galantería de aquellos, pues sustentando la opinión que hemos dejado claramente expresada respecto á la paz de Biacnabató, no debíamos acudir, y no acudimos, á aquella gran fiesta que la conmemoraba. La presencia en tan suntuosa mansión aquella noche requería, ó identificación de concepto entre los asistentes, ó condiciones de aptitud para la extraña gimnástica de Terpsíenre; y distando nosotros por igual de ambos extremos, permanecimos en nuestro triste hogar rellexionando cuán grande es en verdad el valor práctico de los llamados «resortes de gobierno», y la inlinita variedad de estos medios para dirigir en cualquier sentido la opinión. No: no podíamos nosotros acudir al baile del Ayuntamiento, ni aun sólo atraídos por nuestra afición á la música, que nos lleva hasta la melomanía, y que nos hubiera proporcionado en tal velada el gusto de oír ejecutar á la orquesta, tan hábilmente dirigida por el maestro Estrella, los más preciosos alegres vales de los mediatubundos compositores alemanes y los rigodones, elegante variación del minué, trazado por la escuela francesa.

En la nobilísima patriótica fantasía de los españoles que aquí residíamos, nos parecían estrechos todos los moldes para festejar el fausto acontecimiento de la paz de Biacnabató: no se había acallado nuestro entusiasmo con todas las manifestaciones que se habían efectuado del público jolgorio que á la ligera venimos relatando. Era menester dar salida á mayor cantidad de fluido acumulado en nuestros centros nerviosos, y discurriendo para lograrlo cosas y más cosas, con el objeto de hacer de perdurable memoria el pacto de Biacnabató, llegóse al acuerdo de promover un «homenaje de gratitud» al general Primo de Rivera. Ya se había hecho otra suscripción entre funcionarios civiles para obsequiar á dicha superior autoridad con las valiosas relumbrantes insignias de la gran cruz de San Fernando que el Gobierno de S. M. le concediera; pero la del homenaje de gratitud á que aludimos fué suscripción tan entusiasta, que produjo la suma de 60.000 pesos, recaudada en muy pocos días. Los grandes acontecimientos que más tarde se desarrollaron, hasta dar al traste con la dominación española en estas islas, hicieron que la expresada importante suma no fuese á manos de aquel á cuyo favor se deslinó, porque habiendo sido la citada suscripción grandemente discutida y censurada por parte de la prensa sensacional, el general Primo de Rivera hizo por delicadeza expresa renuncia de aquel homenaje de gratitud: aprovechando los dominantes el desprendimiento del Marqués de Estella, fué distribuida en-

tre los mismos dicha suscripción, en mucho menor número de días de los que se habían empleado para recaudarla.

El Ayuntamiento, en sesión extraordinaria celebrada para solemnizar la paz de Biaenabaló, hizo constar en acia la fecha del 23 de Enero como gloriosa, por ser el día en que se hizo la declaración oficial de aquélla: colocó en el gran salón de sesiones el retrato del Sr. Marqués de Estella, y dió el nombre de este veterano Capifán general de las islas á una de las principales calles de la ciudad.

En estos mismos días, el general Primo de Rivera decretó la formación de un batallón mixto que fuese á España en representación de todas las fuerzas del Ejército y voluntarios que aquí habían peleado con lanía gloria; y como quiera que el Sr. Ministro de la Guerra aprobó la idea del Gobernador general del Archipiélago, éste ordenó estuviera lista la mencionada fuerza el día 8 de Mayo para emprender su viaje á la Madre patria.

¡Qué decepción! Cincuenta días antes del que se acaba de indicar como señalado para la marcha del batallón mixto, que debía ser agasajado en la Península en premio del éxito alcanzado en las operaciones militares ejecutadas en un bienio de guerra, el Gobierno de la Metrópoli no podía comunicar directamente más que con el cabo de cazadores jefe del destacamento de Bolinao.

El plan de enviar á la Península al batallón mixto no fué de previsión: nos restaba fuerzas cuando más necesitábamos de ellas.

3.^a *En Febrero. Obsequio al regimiento núm. 73. Gran incendio en el arrabal de Binondo.* — Por el moderno convencionalismo es muy fácil apartarse esencialmente á gran distancia de la realidad de los hechos, siempre con buena fe y con la mejor intención por supuesto: lo que hay de malo son las secuelas de la tergiversación de esos hechos, por el convencionalismo aludido.

Parecía que con el suntuoso baile en el Ayuntamiento y con la sonada fiesta celebrada por la Sociedad del Tiro, en la que se distribuyeron premios valiosos, terminaba el período activo de los festejos públicos por la paz de Biaenabaló; mas como es tan difícil poner punto final á nuestra impresionabilidad, á poco se inventaron otras manifestaciones de alegría, respecto de las que debieron aquilatarse con mayor reflexión los principios de justicia en que se fundaban. El Casino Español de Manda acordó entregar al regimiento de infantería núm. 73 una bandera: los jefes y oficiales, y aun casi todas las clases, eran españoles peninsulares, pero la tropa toda indígena. La bandera á que nos referimos fué obra primorosamente bordada por las educandas del Colegio de Santa Isabel, y la entrega de aquélla dió motivo para una gran

fiesta celebrada en el cuartel de La Luneta, alojamiento de la fuerza expresada: allí acudió también todo lo más florido de la sociedad manileña. Una comisión del Casino, con su presidente á la cabeza, el cual llevaba la preciosa bandera de que hablamos, fué recibida en el cuartel del 73 con la marcha real, saludo solemne á nuestra gloriosa, hoy tan entristecida, insignia nacional. La bendijo el ilustre prelado metropolitano, después de celebrado el santo sacrificio de la Misa, oída ciertamente con respetuoso silencio, mas no con aquella alegría puramente espiritual que arrobaba y conducía hasta los éxtasis más sublimes á Santa Teresa de Jesús, porque, cual sucede en todas partes, y más hoy en lo creciente de las libiezas religiosas, la devoción no logra sino los grados más inferiores de aquellos en que, según Santo Tomás, dicha devoción se divide.

Terminada la ceremonia religiosa, el Sr. Comenge, orador de justa fama, pronunció encomiástico discurso, en el que relató galanamente los señalados servicios que en la por algunos llamada *pasada campaña* prestara el regimiento 73. Aquella fiesta tuvo que disolverse á toda prisa, porque cuando estaba la numerosísima concurrencia disfrutando el *confort* de un gran almuerzo, estalló un formidable incendio en Binondo, siniestro que, empezando por la calle del Rosario con asombrosa furia, se propagó al pasaje de Norzagaray y las calles Nueva, de Dasmariñas y Olivares: las casas, tiendas y almacenes que devoró tan grueso accidente valían seis millones de pesos.

Todas las Autoridades y la mayor parte de los caballeros congregados en el cuartel de La Luneta corrieron al lugar de siniestro tan enorme, y por ello disolviósese súbitamente la brillante conmemoración del hecho de entregar la bandera aludida al regimiento de infantería (tropa indígena) núm. 73.

Somos amantes del Ejército; hemos sentido las deliciosas sensaciones del honor ceñiendo en nuestro cinto la espada de cuerpos, fuerzas auxiliares de aquél; más de una vez, siendo paisano á secas, hase enronquecido nuestra voz cantando las glorias de memoria eterna que corresponden á nuestros institutos armados; pero consideramos al propio tiempo cuán conveniente es, en este más que en otros organismos sociales, ponderar con la balanza de la justicia la previsión y oportunidad con que deben otorgarse los premios debidos al buen comportamiento.

En el caso concreto á que nos referimos, afirmamos, sin reserva alguna, lo muy merecedores que eran de toda gracia los dignísimos jefes, oficiales y clases del citado regimiento; pero tratándose de un acto que enaltecía á toda la fuerza indígena al propio tiempo que á aquéllos, séanos permitido expresar nuestra opinión contraria á lo

oportuno del agasajo de que se trata. ¿Cuántas deserciones de soldados (indígenas) tuvieron la amargura de registrar los jefes y oficiales de aquel regimiento en el mismo campo de operaciones? ¿Contáronse por cientos? Pues si así aconteció, no podía parecernos bien la fiesta del cuartel de La Luneta, genéricamente aplicada á la unidad táctica alojada allí: hubiérase limitado tal fiesta al olorgamiento de un honor ó gracia á quienes individualmente la merecían, y se hubiera estado en lo justo.

4.º *Los tulisanos corlan la vía férrea de Dagupan. Creación del batallón de Gutas rurales.* — No eran muchos los encuentros y combates con los rebeldes en estos días del mes de Febrero, pero se mantenía el estado de pública inquietud con lo que llamábamos *tulisanismo*. Este llegó á la audacia de corlar en gran extensión el ferrocarril de Dagupan, y las partidas que semejante fechoría cometieron fueron perseguidas y dispersadas por las fuerzas destacadas en Apalit en combinación con las de Guardia civil de la provincia, cooperando muy eficazmente al hecho los voluntarios de Macabebe al mando de los Sres. Blanco (padre é hijo). El primero de éstos púsose á la cabeza de los convalecientes de las fiebres que habían adquirido en el Camansi, y el segundo, con los voluntarios que contaba en San Fernando.

No podía retrocederse fácilmente en los conceptos emitidos respecto de la paz pública; mas siendo al propio tiempo absolutamente indispensable esforzarse en que no continuara imperando en los campos y en muchos poblados el desorden y los crímenes frecuentes que se cometían, el general Primo de Rivera ideó y llevó á cabo la creación de un nutrido batallón de *Gutas y policía rural*, fuerza que, según el Capitán general expresaba en el decreto de institución de la misma, había de ser «incansable perseguidora del bandolerismo; defensora, en unión de la Guardia civil, de la propiedad rural; escuela práctica de guías; conocedora íntima de los habitantes de los pueblos y de las sementeras, y garantía segura para las personas honradas en la defensa de sus intereses». Se destinaba también dicha fuerza á la ocupación de los hlockhaus establecidos en las cordilleras, y por medio de las secciones topográficas de que el nuevo batallón constaba, se procedería al levantamiento de planos y croquis, que, rectificadas constantemente, llegarían á presentar garantía de exactitud.

La creación de la fuerza á que aludimos fué grandemente aplaudida; pero aconteció que las complicaciones ulteriores apenas habían dado tiempo para distribuir dicha fuerza en sus zonas demarcadas, y tuvo que acudir á servicios más urgentes que los señalados. La fuerza de *Gutas y policía rural* la mandaba el coronel D. Fernando Carbó.

Los plácemes que el Marqués de Estella recibiera por la medida que antecede, trocáronse en censuras por su disposición puesta en práctica de enviar tropas á la Península: cuando todo inculcía á sentir fuesen tan escasas las fuerzas con que contábamos y todos expresábamos deseo de que vinieran nuevas más, no podíamos menos de ver con gran pena el embarque para la Península de aquella infantería de marina que con su coronel el Sr. Díaz Maloni había de regresar á la Madre patria en la expedición extraordinaria que con tal objeto iba á hacer el vapor *San Francisco*.

Se embarcaban también, según era muy justo, todos los enfermos y además muchos soldados cumplidos, pero sin solicitar viniese con urgencia contingente alguno para suplirlos. El general Primo de Rivera veíase en la precisión de disminuir el presupuesto de guerra, dadas las instrucciones que del Gobierno de la Metrópoli recibía, y á éstas el Sr. Marqués de Estella sabía ajustarse con exagerada escrupulosidad. El más vivo ejemplo de ese espíritu de subordinación en que el general Primo de Rivera se informaba ya lo habrán hallado nuestros lectores en el capítulo anterior.

3. *Manifiesto-programa de los filipinos residentes en Madrid.* — La colonia filipina reformista residente en la corte de España publicó el día 10 del mes de Febrero, de que en este capítulo nos ocupamos, un manifiesto-programa dirigido á la Nación. Lo suscribían trece naturales de estas islas; mas cuatro de aquéllos, tan luego vieron sus firmas y rúbricas al pie del documento aludido, protestaron del contenido.

Por los más vehementes indicios podría haberse fallado en conciencia que el tal escrito no era producto de sus firmantes sólo: ni aun sumándose entre ellos los Sres. Poblete é Isabelo de los Reyes, á quienes no puede considerarse desprovistos de condiciones literarias, pues las han demostrado bien, no puede admitirse que la redacción del manifiesto-programa aludido perteneciese á quienes lo suscribían: jamás han logrado los naturales filipinos manejar el castellano con soltura cual la que en el citado documento se luce. Algo importa pararse en esta observación, pues de ella surgen las más tristes reflexiones referentes á la intervención que en los planes de los reformistas filipinos debieron tener algunos, aunque por fortuna muy contados, españoles de la Península, fomentadores, seguramente inconscientes, de ideas políticas que perturbaron los cerebros de estos naturales.

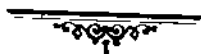
Si fueron, cual creemos, españoles peninsulares quienes pusieron mano para dar forma al manifiesto-programa de que nos ocupamos, de seguro vivían aquéllos en el erróneo concepto de que el partido reformista tagalo sólo se componía de naturales que «ante todo y sobre

todo» se agitaban en la propaganda de sus ideas por amor á España. Con hechos y no con meras palabras es como se da á conocer, cuando las ocasiones llegan, el sentimiento de amor patrio, y los acontecimientos en Filipinas desarrollados venían á dar mentís solemne á las afirmaciones base del manifiesto-programa de los reformistas filipinos que vivían en Madrid.

No nos hacemos fuertes en afirmar si los insurrectos de Balinlauac dijeron ó no, al iniciar en Agosto de 1896 la rebelión tagala, ¡vivan las Filipinas libres!; pero en cambio afirmamos rotundamente que al propio tiempo se gritó en muchos lugares «¡mueran los españoles!» «¡Castila patay!» ¿Cuándo, en dónde y en qué forma protestaron los reformistas de tal sentido y dirección dada por los de Balinlauac al movimiento revolucionario que éstos iniciaban? Si no gritaron ¡vivan las Filipinas libres!, vociferaron un sucedáneo que era exactamente igual, según evidenciaron los acontecimientos.

Nada, absolutamente nada, ponía en peligro la insurrección tagala sino la existencia de las Ordenes religiosas: esto afirmaban los reformistas filipinos firmantes del manifiesto «A la Nación». Pues bien; los que en Manila eran el verbo del reformismo, gritaron en la capital primero, y en Barasoain y en Malolos después, «independencia ó muerte». No disponemos de lugar para detenida refutación de los juicios emitidos en el programa reformista á que aludimos; por otra parte, ya hemos dicho en páginas que preceden cuántos y cuántos beneficios debe á España la tierra filipina, incluso los de conducir á ésta al modernismo político á que aspiraban unos pocos tagalos y no más. ¿Discurría el Gobierno de la Metrópoli lentamente por el camino de las reformas en Filipinas, cuando á los cinco años de instaurar en Luzón y las Bisayas el régimen comunal del decreto Maura, dando nueva lozana vida á la Administración y Hacienda del pueblo y la provincia, se llegaba á la creación de la Asamblea Consultiva en la capital del Archipiélago? Y ¿qué aconteció? Que el cacique del pueblo quiso mandar en la provincia, y el de la provincia aspiró á mandar en Manila, y el que conseguía jurisdicción en la capital del Archipiélago, soñó en ejercerla en todas las islas.

Desde la Asamblea Consultiva salieron en derechura al campo de la rebelión los reformistas tagalos; no todos: hubo dos *prudentes*, que se fueron á su casa, y sólo quedó allí como figura ejemplar, vertiendo en todo momento amorosas lágrimas radiantes de amor hacia la patria española, un indio esclarecido, cuyo honrado nombre consignará la historia: D. Isaac Fernando de los Ríos.





CAPÍTULO VII

Principales acontecimientos en el mes de Marzo de 1898.

1.ª Sublevación en la provincia de Zambales. Alzamiento de los pueblos del Norte de la misma. — 2.ª Operaciones militares. Combates y ocupación de los pueblos de Balincaguin, Abninos, San Isidro, Alós, Bani y Bolinao. Combate de Alimbunyan. — 3.ª Nuevas conspiraciones en Manila. Malestar de las demás provincias de Luzón. Gobernadores civiles de ellos. — 4.ª La insurrección en Ilocos.

I.ª *Sublevación en la provincia de Zambales. Alzamiento de los pueblos del Norte de la misma.* — El día 24 de Febrero, á las once de la mañana, se celebró en la capilla del Real Palacio de Madrid el solemne *Tedéum* dispuesto por S. M. la Reina para dar gracias al Todopoderoso por la terminación de la guerra en el Archipiélago filipino. Al día siguiente se cantó en la iglesia de San Francisco el Graule el mismo grandioso salmo.

Aun conservaban los asistentes á los mencionados solemnes actos religiosos los acentos sublimes de aquel cántico laudatorio, destinado en tal ocasión á dar gracias á Dios por la paz de estas islas Filipinas, cuando un nuevo brote revolucionario vino á sembrar el espanto entre nuestros hermanos de la Península, y á producir entre nosotros los españoles que aquí residíamos pura y simplemente una triste sonrisa, confirmativa de nuestros augurios.

Sin duda en España existían muchos que considerahan formales á los naturales del Archipiélago, y no so hallaba en la Península clara explicación al hecho aludido. A nadie de entre nosotros sorprendió que á los once días de haberse entonado en Madrid el *Tedéum* por la

paz de Biacnabaló, se alzase en armas una provincia entera (Zambales) y muchos pueblos de otras limitrofes.

El hecho fué ruidosísimo, y para atenuar su importancia y significación, con la mejor buena fe muchos entendieron ó propalaron la especie de que la rebelión de la provincia de Zambales, con todo su cortejo de crueldades cometidas por los insurrectos en distintos poblados, fué sólo producto de una superstición, de uno de tantos y tantos actos de fanatismo como los que registra la historia de Filipinas.

Se achacó el levantamiento al hecho de haberse fusilado en el pueblo de Apalit un reo que durante mucho tiempo había estado recluso en las cárceles de Manila, y el cual, por locura ó por listeza, quiso formarse un partido que lo reconociese como jefe. Llegó á titularse el *rey Gabina*. Para la predicación de extravagante doctrina, ya explotada en diversas épocas por otros fanáticos ó vividores, Gabino envió en efecto á las provincias de Zambales y Pangasinán algunos *apóstoles*. Conocedoras las autoridades del hecho, ciertamente hicieron algunas prisiones de *gabinistas* en las dos provincias citadas; y cuando una patrulla de Guardia civil y cazadores conducía los presos á la capital, una numerosa partida rebelde cerca de Alaminos, después de lucha muy empeñada, recobró la libertad de aquellos fanáticos.

Dicha facción, por momentos engrosada, alacó y saqueó varios pueblos, copando y asesinando además algunos destacamentos nuestros, compuestos de fuerza escasa.

El levantamiento de Zambales no fué el supersticioso gabinismo ni el lulisauismo: fué el mismo movimiento revolucionario iniciado en Balintauac, y lo produjeron los jefes rebeldes desavenidos con lo de Biacnabaló. Estos quisieron con empeño que figurasen á la cabeza de aquella rebelión marcados aguinaldistas, y así trabajaron activamente cerca de Ilocson, el cual contaba con verdadera influencia entre los rebeldes de la comarca, y le instaron á levantarse de nuevo en armas y que fuese él quien iniciase el movimiento en Zambales. Ilocson se negó á ello en tanto en cuanto no recibiese órdenes de Aguinaldo. Macabulos, jefe de la extensa zona de Tarlac, Pampanga y Bulacán, se agitó mucho por aquellos días, retirándose al barrio de Matayunlayun (Paz), adonde solían concurrir también los cabecillas Isidoro Torres, de Malulos, y el ilocano Casimiro Pagarigan.

Tomó parte muy activa en el alzamiento de Zambales un sujeto apellidado Madrid, tagalo procedente de Tondo, de donde había tenido que escapar hacia veinte años lo menos, huyendo la persecución de la justicia. Creemos que el jefe de la rebelión de Zambales fué aquel cabecilla que usaba por nombre de guerra el de Manalan-Bagong-Silang.

El día 7 de Marzo, los sediciosos atacaron el pequeño destacamento de Balineaguin. Esta fuerza se defendía valerosamente, pero se veía muy comprometida ante la superioridad numérica del enemigo. Para auxiliarla, salió de San Isidro un teniente de infantería al mando de seis cazadores, y los siete fueron asesinados por los insurrectos, que se apoderaron del citado pueblo. Las turbas aquéllas, armadas de algunos fusiles, palos y hachas, atacaron después San Isidro: marcharon de allí a Agno, en donde fueron dispersados por el destacamento hecho fuerte en la casa Iribunal. La escasa fuerza que guarnecía el pueblo de Bani marchó a Agno, y en aquel lugar, reunidos unos cuantos cazadores con otros pocos guardias civiles y los dos curas párrocos de Agno y de Bani, todos al mando de un segundo teniente de infantería, de diez y ocho años de edad, D. José Gómez, sostuvieron duro combate contra gran número de rebeldes empeñados en asaltar el citado pueblo. Pero los nuestros no podían permanecer en él por la falta de víveres, y acometieron la empresa difícil de retirarse a Sual. Emprendieron la marcha, peleando denodadamente con los insurrectos durante todo el trayecto desde Agno hasta el pueblo de Alós, y después de doce horas mas de fatigosa arriesgada jornada, llegó aquella pequeña columna á Sual, reforzando el destacamento de 50 cazadores que allí había.

En la misma fecha 7 de Marzo se sublevó el pueblo de Anda, único que existe en la isla de Cabarnyan. Poblaba dicho islote próximamente 4.000 almas, y administraba la parroquia de aquel lugar en la indicada fecha un Padre Recoleta, Fr. Marcelo Calvo, que no hacia mas de un mes cumplia en el citado pueblo su sagrada misión. Condujéronlo al pueblo de Alaminos, mandando el cabecilla Cavada á los rebeldes que custodiaban al atribulado cura que matasen á éste tan pronto como avistasen alguna fuerza española.

Alaminos se alzó también el mismo día, cometiendo los rebeldes la infame fechoría de asesinar villanamente á todo nuestro destacamento en aquel pueblo, á 32 soldados de infantería al mando de un teniente, que con ellos pereció.

También Balineaguin presencié escena horrible. Los rebeldes prendieron fuego al cuartel de la Guardia civil, en donde se alojaban once cazadores al mando de un oficial, que pernoctaba en el convento. Los cazadores, que ocupaban el piso alto del cuartel mencionado, para no perecer abrasados arrojáronse por las ventanas á la calle, emprendiendo con los rebeldes tenaz lucha cuerpo á cuerpo: intentaban los nuestros ganar el convento, mas no pudieron lograrlo: cinco de ellos murieron en la refriega, y los otros seis huyeron hacia San Isidro. Los guardias civiles, que se defendían bravamente desde el piso bajo de la casa cuartel, vieronso asimismo obligados á abandonar el edificio aco-

sados ya por las llamas, pero con suerte peor que los cazadores, pues los guardias fueron todos muertos ó cautivados. En el convento lucharon heroicamente el teniente Rodríguez, el asistente de éste y el Padre Cura del pueblo, Fr. Epifanio Vergara: los tres perecieron también en la refriega.

San Isidro se alzó á poco de insurreccionarse Balincaguin. Un cabo llamado Fuentes, el cual mandaba once cazadores, reforzado con los seis que habían conseguido llegar allí desde Balincaguin, inició, parapetándose en el convento, defensa valerosa; pero siendo el citado edificio de materiales ligeros, trasladóse á un blockhaus muy próximo, cuya construcción no se había terminado. El citado cabo sostuvo con la escasa fuerza de su mando tres días de lucha desesperada, teniendo que rendirse por fin y siendo conducido por los rebeldes á la sierra.

En la misma fecha se alzó Bani, y en la noche del 6 al 7, Bolinao. Una hora antes de la en que gran masa de rebeldes invadió el citado pueblo, recibió el Cura párroco del mismo el aviso de la proximidad de los insurrectos. El mencionado sacerdote, acompañado de su coadjutor y de una familia peninsular, la del Sr. Domenech, intentaron ponerse en salvo, ganando una banquilla que los condujo á la isla de Santiago, en donde al día siguiente fueron todos ellos hechos cautivos por los rebeldes, excepción hecha del citado peninsular Domenech: éste se separó de su familia para recoger un rille que dejara en su casa, y cuando volvió al sitio en que dejó á los suyos con el cura y el coadjutor del pueblo, ya no pudo alcanzarlos, en virtud de lo cual embarcó en un barotillo, yendo al pueblo de Santa Cruz.

La desdichada familia de Domenech, con el cura y el coadjutor de Bolinao, fueron conducidos contra su propia voluntad por los hombres que tripulaban la banca á cuyo bordo iban, no á la casa del cable, que era el objetivo de los que atribulados huían de Bolinao, sino á la isla de Santiago, en la que al día siguiente fueron hechos presos por los rebeldes y llevados cautivos al mismo pueblo de que habían salido. Una orden emitida por el Kalipunán de Alaminos, mandando comparecer al cura y coadjutor de Bolinao y á la dicha familia Domenech, determinó que estos prisioneros fuesen conducidos sin demora al expresado pueblo; pero habiendo tenido los insurrectos noticia antes de llegar á él de que la columna Olaguer-Feliú estaba á la vista, súbitamente cambiaron de derrotero, y en vez de dirigirse á Alaminos con los prisioneros de Bolinao, marcharon á Zaragoza, barrio de Dolores. Abandonados los prisioneros en este lugar, vieron muy luego una banquilla que hacía rumbo al punto en que aquéllos se hallaban: antes de desembarcar los tripulantes de aquella banquilla, nuestros prisioneros experimentaron la impresión agradable de ver que en la tal han-

quilla iba hacia ellos con aires de mando un joven indigena llamado Pascual do Perio, hijo de una de las familias más principales y apreciadas de Bolinao y sus contornos. La familia Domenech, que conocia á aquel jovenzuelo como amigo señalado de los españoles, acarició el pensamiento de que en él hallarian su salvación; mas poco tiempo transcurrió sin que los caulivos de quienes nos ocupamos dejasen de tener prueba contraria: así que llegó Perio al pequeño grupo de españoles peninsulares á que nos referimos, encarándose con el anciano religioso recoleto que dirigia la iglesia de Bolinao, dijole: «Prepárate, Padre, porque vas á dar ruenta á Dios.» Inspirado en la cristiana fe que siempre ofrece granleza de resoluciones á quien por favor del cielo en ella vive, el enra caulivo se arrodilló sin producir gesto alguno de contradicción ante la brutal injuncción de que acababa de ser objeto por parte de uno de los feligreses á quien con más distinción tratara: oró breves instantes, y con tranquilo acento contestóle al joven y desalmado Perio: «Estoy á su disposición.»

Es posible que la serena sublime actitud del anciano sacerdote fray Manuel Azagra conmoviese por un momento algunas fibras cardíacas de aquel homúnculo cruel tagalo, pues al fin y al cabo, entre chanzonetas de mal gusto, Perio dijole al P. Azagra: «Si usted tiene prisa de morir, nosotros no tenemos tanta para matarle.»

Regodeábase aquel jeferillo de la revolución zambaleña considerándose señor y dueño del cura de Bolinao; pero tal vez experimentaba fruición mayor erigiéndose en árbitro de la suerte de la honradísima familia Domenech: ausente el jefe de ella, la constituían sólo su esposa y dos preciosas niñas; éstas, con todos los atractivos de la belleza en su adolescencia. Perio invitó á esta desgraciada familia á comer en una casa del citado barrio; y como hubiera en el conjunto abigarrado del menaje de aquella vivienda algún espejo que con mayor ó menor precisión reflejase los objetivos, cual si éstos, refiriéndose á la señora y señorilas de Domenech en tal instante, pudieran contemplarse como no fuese con los matices del terror, el chicuelo, dueño de la vida de aquellos seres desdichados, dedicóles frases que, si siempre fueran de mal gusto por lo natural que resulta en una mujer mirarse á un espejo, resultaban en la ocasión á que aludimos gravísimo insulto á la insólita cruel desgracia.

En tanto duró la comida dada por Perio á la familia Domenech, la cual apenas probó bocado, siendo maravilloso que el que probó no se convirtiese en trombus gástrico que por lo irreductible acabase con los agobios experimentados por aquellas tres virtuosas mujeres, el pobre viejo cura de Bolinao ocupaba un rincón que se le señaló en la escalera que daba acceso á lo que servía de comedor en la citada casa

Al darse por terminada la comida, desapareció el respetable cura de Bolinao; mas no para escapar de las ya ensangrenadas manos de sus secuestradores, sino para que en lugar algo apartado se cumpliese vijianamente la sentencia de muerte. El virtuoso P. Azagra fué cruelmente asesinado por los de Perio.

El coadjutor desapareció también de aquella escena, mas no para continuar en las penalidades del cautiverio, ni para ser sacrificado como el P. Azagra, sino que el aludido presbítero indígena fué á desempeñar la cura de almas de la parroquia que el crimen á que acabamos de referirnos había dejado vacante.

Días después, este coadjutor presentóse al general Monet, entregándole en efecto algo de lo mucho que los rebeldes habían robado en la iglesia y convento de aquel pueblo; mas á pesar de este hecho, el cura indígena á quien aludimos no ha logrado inspirar las simpatías que sin esfuerzo alguno se suelen obtener del bien obrar.

La familia Domenech, traída y llevada por los tan escabrosos andurriales de la comarca, logró al fin y al cabo la libertad; y recogida por el Comandante general del centro de Luzón cuando desde Zambales regresaba á Manila en el *Don Juan de Austria*, fué conducida á la capital de las islas, inspirando á toda alma noble los sentimientos de afecto que merecen quienes sufren accidentes tan graves cual el que la citada familia experimentó.

Tenían los que se alzaron en armas en Bolinao, unidos á los rebeldes que á aquel pueblo acudieron, interés muy principal en posesionarse de la casa aislada que en la cúspide de un moncecillo próximo al citado pueblo ocupaba la compañía del cable. A esta importante oficina acudió un destacamento compuesto de siete cazadores y tres guardias civiles, mandados por un cabo que se celebrizó, pues en las capas inferiores del organismo social también suele la ocasión descubrir hombres de vaia: lo que hay es que cuando estos hechos los ejecutan hombres perlenecientes á esas capas, difícilmente se reconocen y proclaman, y menos aún se premian.

El aludido cabo llamábase José Ruiz Gómez, y era natural de la ciudad de Córdoba: viendo este valeroso soldado claramente lo inútil de su resistencia en Bolinao y lo funesta que seria la ocupación de la casa del cable por los insurrectos, resolvió acudir inmediatamente con las expresadas escasas fuerzas á la mencionada estación, distante sólo menos de un kilómetro del pueblo. Momentos después de llegar aquella escasa tropa á la casa del cable, vióse ésta sitiada por gran número de rebeldes; pero el cabo Ruiz Gómez, como si estuviera en posesión de cuanto el arte de la guerra podía dictar para la defensa del sitio en que se encontraba, dió comienzo á resistir á todo trance: *grosso modo*,

pern con vertiginosa rapidez, construyéronse sólidas barricadas, utilizando para esto mucha parte del material que allí había: dividió Ituíz Gómez su fuerza en grupos de dos ó tres individuos para la defensa á todo trance de aquel edificio, en el que también á la sazón se hallaban los jefes de la estación telegráfica Sres. Palhe y Grani, ingleses, con el Sr. Toledano y el personal subalterno, todos los cuales experimentaron satisfacción inmensa al recibir al cabo Ituíz Gómez y los pocos soldados que le acompañaban: habían aquéllos admirado el hecho de ver de qué suerte á tiro limpio aquel grupo de valientes se había abierto camino hasta llegar al citado establecimiento, y quienes lo ocupaban se consideraron en salvo.

Los sitiadores de la casa del cable, al segundo día que no lograban su empeño, dirigieron á los sitiados una intimación para que se rindieran, en cuyo caso se les tributaria todo honor para sus armas, y además se les prometia el abono de pasaje para España. Véase cómo basta por pruebas tan pequeñas cual la de aquella ridícula intimación puede venirse á conocimiento de que en la insurrección de Zambales no podía jugar en nada la especie poco seria de que tal movimiento revolucionario sólo era el *gabinismo* ó el *tulisanismo*. El jefe insurrecto que escribió la carta conminatoria dirigida al jefe de la casa del cable, Mr. Palhe, con el encargo de darla á conocer al cabo Gómez y á su fuerza, decía que la ciudad de Manila había ya caído en poder de los revolucionarios, que todos los barcos de guerra pertenecían ya á aquéllos y que la revolución dominaba por completo todo el país.

Continuaban en sus respectivas posiciones tanto los sitiadores como los sitiados, y al cuarto día, que era el definitivamente señalado por los rebeldes para atacar la casa del cable si no la abandonaban los soldados españoles, llegó á las aguas de Bolinao uno de nuestros transportes de guerra, el *Cebú*, cuya presencia anonadó á los insurrectos. Previo algún fuego de su artillería, procedió el *Cebú* al desembarco de la fuerza que á su bordo llevaba, y que la constituía una compañía al mando del capitán Otero: dividida en secciones, entró á tiros en Bolinao, pueblo que las turbas rebeldes abandonaron inmediatamente. Desde aquel instante quedaban salvados los funcionarios de la Compañía y del Gobierno que allí vivían, y que demostraron también conducta valerosa, cooperando á la defensa que supo organizar tan hábilmente el cabo Ituíz Gómez, el cual fué el único representante del Ejército español en Filipinas que durante casi una semana pudo comunicar con el Ministro de la Guerra.

2.ª Operaciones militares. Combates y ocupación de los pueblos de Itatincaguín, Alaminos, San Isidro, Alós, Bani y Bolinao. Combate de Alimburu-

yan. — El movimiento separatista de Zambales aconsejó al general Primo de Rivera llamar de nuevo al general Monel, y enviarle á aquella región, dándole notas de verdadera energía para aplicarlas al sofoco de aquel movimiento revolucionario: las aludidas órdenes fueron cumplidas bien y fielmente.

Destináronse para ello cuatro columnas al mando de los coroneles Iboicón y del Real y de los tenientes coroneles Olaguer-Feliú y Hernández. Algunos cañoneros de nuestra Armada cooperarían á la acción militar sobre el N. de Zambales, surcando las aguas de aquella costa y las correspondientes á la de Pangasinán.

Por movimientos combinados, las fuerzas terrestres operaron en la citada comarca con éxito logrado rapidísimamente. Hubo pocos combates, pero decisivos: en uno de los primeros fué herido gravemente el coronel del Real. Saliendo de Lingayen el general Monel con la columna Iboicón, vadeó el Dumalandan, y pasando por San Isidro, pueblo que halló abandonado, llegó á Sual, habiendo encontrado en el trayecto muchos cadáveres, resultado de los combates poco tiempo hacía allí librados por las fuerzas del coronel del Real y las del capitán Gil Palacios, las cuales habían impedido el asalto de Lingayen, por los rebeldes intentado.

La columna de Olaguer-Feliú, saliendo de Dagupan el día 10, pernoctó también en Sual, continuando al siguiente día su marcha por el camino de Alaminos. Numerosas fuerzas insurrectas quisieron oponerse al paso de Olaguer-Feliú del río Lanag; mas no pudieron lograrlo, siendo el ulterior plan de aquéllos conducir á la columna á otras posiciones por el enemigo preparadas. La columna Olaguer continuaba su marcha, viéndose continuamente hostilizada y provocada con banderas rojas que de trecho en trecho colocaban los rebeldes en dirección de los barrancos más sinuosos de la comarca. Olaguer llegó con su fuerza al río Cabatuan, hallando allí gran número de insurrectos fuertemente atrincherados. Libróse en tal lugar rudo combate, en el que, con otras bajas en la tropa, sufrieron los nuestros la que causó gloriosa muerte al teniente D. José Angueira.

Vencido el enemigo en dichas posiciones y sin lograr rehacerse en otra alguna, la columna Olaguer continuó su marcha en demanda de Alaminos. Llegando hasta las puertas de aquel pueblo: una vez allí, para evitar un ataque de frente siguió el camino que va desde el citado pueblo á Balineaguin. Comprendiendo los rebeldes el movimiento estratégico que Olaguer ejecutaba, fraccionaron aquéllos sus fuerzas numerosas en dos grupos: uno de éstos fué decididamente al ataque al descubierto y de frente contra Olaguer-Feliú, y el otro quedó hecho fuerte en el mismo pueblo.

La lucha entablada por el primero de estos grupos con nuestra columna fué durísima, viéndose Olaguer obligado á disponer de su reserva, cuya retaguardia venía custodiando los muertos y heridos en el paso del Cabatuan; sin embargo, los rebeldes fueron dispersados, y perdida con ello la moral entre los defensores del pueblo, todos le abandonaron, incendiando todo el bosque que le rodea y haciendo contra los nuestros una sola descarga cerrada; 130 cadáveres de insurrectos recogió en aquel lugar la columna Olaguer, ascendiendo indudablemente á mayor número los que el enemigo se llevó. Nuestra fuerza tuvo un oficial y un soldado muertos y otro oficial y 17 individuos de tropa heridos. Al enemigo ocupáronsele muchas armas blancas, una hantaca y algunas otras armas de fuego portátiles.

La toma de Alaminos causó honda sensación en toda la provincia alzada en armas; mas lo que fué verdaderamente decisivo, pues ya no tuvo lugar hecho de armas posterior en la citada zona, es el que se libró por la misma columna Olaguer-Feliú en el sitio de Alimburuyan, situado á cinco horas de distancia del pueblo de Balineaguin. En Alimburuyan se hallaba al amparo de grandes atrincheramientos la masa rebelde que mandaba Bagong-Silang. Las avanzadas de éste fueron atrayendo á la columna Olaguer hasta las posiciones en que á Bagong-Silang le convenia empeñar combate. Por aquella zona, todo son barrancos y frondosos cañaverales y bosque espesísimo; grandes troncos de seculares árboles constitubian fortines á manera de blockhaus al rededor de una altura que estaba además protegida por una zanja-trinchera de forma cuadrangular y de unos treinta metros por lado. Otras dos zanjas faldeaban la colina, formando como un camino cubierto á retaguardia de dicha posición.

Hacia ella iba Olaguer sin vacilación alguna, dispuesto á envolverla aun cuando tratase cuidadosamente de que el enemigo no comprendiese tal propósito. Llegaba la columna Olaguer-Feliú á unos cuatrocientos metros de aquel endiablado promontorio, cuando el enemigo comenzó á dirigir contra nuestra fuerza fuego vivísimo. El grueso de la columna trabó desde luego el combate de frente y por el flanco derecho, destinándose además dos compañías al ataque de la retaguardia y del flanco izquierdo. El movimiento no pudo alcanzar éxito mayor: los insurrectos se declararon en retirada, protegiendo ésta los defensores de la trinchera cuadrangular, que á su vez fué pronto desalojada en combate á machete y bayoneta. Declarado el enemigo en dispersión, persiguió Olaguer por espacio de dos horas más, no sin recoger en las posiciones rebeldes varias familias que allí había cautivas desde el día del levantamiento de Italineaguin. En el combate de Alimburuyan tuvimos que lamentar las bajas de un oficial gravemente herido y

27 individuos de tropa, contándose 145 muertos cansados al enemigo, 38 en la misma trinchera y en campo abierto los demás: ocupáronsele varios fusiles y pertrechos, cogiéndole además seis prisioneros.

Contra Bolinao fué el general Monet con la columna Iboleón, haciendo muy provechosa marcha desde Balincagnin y al propio tiempo que Olagner-Feliú marchaba por San Isidro y Donsol. Los soldados de la columna Iboleón, venciendo animosos las alturas y los valles de aquel laberínico sistema orográfico de Zambales, fué pasando por los pueblos conflagrados, normalizándolos de nuevo tan rápidamente como era posible, pues había algunos, como Bani, en el que ni una sola casa (de materiales ligeros casi todas) había quedado en pie.

Los treinta y tres kilómetros que separan este último pueblo del de Bolinao los recorrió la columna Iboleón por lo más escabroso del terreno, habiendo de sostener un combate en el paso de Anda que los rebeldes quisieron defender, y dispersándose por entre las espesuras de Tinaitayay: nuestra columna siguió su marcha en dos fracciones hasta llegar á Bolinao, en que con pocas horas de diferencia volvieron á reunirse.

En honor del general Monet y de los jefes y oficiales de la columna Iboleón, celebróse un banquete en la casa del cable, agasajo debido á la cortesía exquisita de Mr. Pafhe, admirador de nuestro Ejército, y muy singularmente después de haber observado tan de cerca la valerosa conduela del cabo Gómez y de los siete soldados que á las órdenes de éste habían defendido el citado establecimiento, después de haber muerto en la lucha sostenida durante el trayecto tres soldados de aquel distinguido pelotón.

Después del banquete á que hemos aludido, el general Monet hizo formar al citado cabo y soldados á sus órdenes, y en presencia de las muchas personas allí reunidas les dirigió sentida conmovedora arenga.

Por el pronto, la obra revolucionaria en Zambales quedó desbaratada: los pueblos se reconstituían; en los puntos más estratégicos se instaban pequeños destacamentos; el distinguido capitán de ingenieros Sr. Caslañón procedía activamente á reconstruir la línea telegráfica; los naturales parecían eslar influídos por saludable atmósfera de arrepentimiento, tal vez más que por impulso de su propia conciencia, por la ejemplaridad determinada por lo duro del castigo que nuestras armas impusieron al delito de lesa patria perpetrado en aquella extensa zona.

El general Monet regresó á Manila, siendo felicitado por su acertada campaña, y después de haber puesto como punto final á la misma el señalado acto de salvar una caja de caudales públicos en el pueblo.

de Zaragoza y de haber rescatado en el mismo pueblo á la familia Domenech.

3. *Nuevas conspiraciones en Manila. Malestar en las demás provincias de Luzón. Gobernadores civiles electos.* — Alguna confluencia, sin duda honradamente producida por alguno de los pocos agradecidos al beneficio del indulto, hizo desenhir en los primeros días de Marzo una vasta conspiración, cuyo centro residía en una casa de la calle de Camba, barrio más populoso de los que rodean Manila.

Desde el citado lugar dirigíase el movimiento que había de estallar veinticuatro horas después de haberse desconcertado los planes de los conspiradores.

De ochenta á ciento de éstos solían congregarse en el mencionado antro, y desde el mismo enviaban sus órdenes á los que estaban en el complot y vivían en las provincias limítrofes, de donde habrían de caer sobre Manila en la hora señalada las masas encargadas del saqueo y toma de la ciudad. En virtud de la aludida confidencia, el Gobernador civil de Manila, coronel D. Niceto Mayoral, de cuyas dotes singulares para la vigilancia ya nos hemos ocupado en otro lugar, acudió á la citada casa de la calle de Camba con fuerzas de la Guardia civil veterana, distribuidas por grupos que, siguiendo distintas direcciones, concurren al lugar indicado. Los conspiradores congregados en aquel sitio se contaban en número de setenta, todos ellos armados de revolvers, bolos y puñales, que se distribuían inmediatamente que entraban en la mencionada guarida. En la refriega sostenida por Mayoral y su fuerza veterana murieron ocho de aquellos conspiradores en el acto, doble número cayeron heridos dentro de la casa y en la calle, apoderándose además el Gobernador de 27 prisioneros. El escándalo que tal hecho produjo en Manila fué verdaderamente grande, y en efecto, ¡á los sesenta y ocho días! de firmado ó publicado el pacto de Biacnabaló, era de admirar prueba tan palmaria de la verdadera actitud de los rebeldes tagalos.

Si el estado de perturbación del orden público causaba tan justas inquietudes en la capital del Archipiélago en estas fechas, en todas las demás provincias de Luzón acontecía lo propio. Por ello se explica la medida adoptada por el general Primo de Rivera de que ni siquiera fuesen á posesionarse de sus cargos los gobernadores civiles llegados en el vapor *León XIII*, funcionarios hechura del Gobierno presidido por el Sr. Sagasta. ¡Cuál sería el desasosiego que en las provincias aludidas se notaba! Los citados gobernadores venían con gran retardo, lo cual resultaba extraño, pues en los tiempos modernos la política patria ha dado las más elocuentes muestras de su prodigiosa actividad

para la renovación del personal político, y, lo que es peor, del puramente administrativo, sin distinguir ni clase ni jerarquía. Los empleados de todo orden en nuestra Administración colonial han solido siempre caer precipitadamente de sus puestos con el cambio de Gobierno ó de Ministerio del ramo de que aquéllos dependían: jamás se ha preocupado el Poder central de adquirir antecedentes personales aquilantando aptitudes y cotejando servicios personales en más ó en menos proclamados, según los temperamentos de quienes los ejecutaban: grave mal que, además de ofrecer campo á las pasiones humanas para proporcionar triunfos fáciles á la ambición, ha conducido al descreimiento y despecho de muchos de aquéllos, quienes por su bien obrar debían aguardar consideraciones mayores por parte de los que rigen la Administración pública. Varios de los gobernadores civiles que el Gobierno del Sr. Sagasta envió á estas islas hubieron de permanecer en Manila, aunque considerados en posesión de sus cargos desde la fecha en que llegaron á dicha capital y percibieron sus haberes casi durante un año, al cabo de cuyo tiempo regresaron á España sin haber podido conocer ni de vista el territorio de su honorario mando, y los que fueron á las provincias á que estaban destinados, casi todos cayeron prisioneros de los tagalos.

4.ª *Insurrección en Ilocos.* — Los esfuerzos que los rebeldes de las provincias tagalas venían practicando con el objeto de que en el movimiento revolucionario les secundasen las provincias del Norte de Luzón eran muy conocidos. Los naturales de aquella comarca, por su propia iniciativa, es posible que nunca se hubiesen movido en armas contra España. Poseen la virtud del trabajo en contra de la indolencia que caracteriza á los naturales de otras regiones de estas islas; pero hacia los fines del mes de Marzo, cuyos principales acontecimientos venimos relatando, fueron grandemente instigados y hasta amedrentados por los que se sublevaron en algunos pueblos de la Unión, yendo en derechura á levantar en armas á los ilocanos.

Existían, si, en varios de los principales pueblos de la provincia de Ilocos Sur algunos filibusteros, mas no se les conocieron hasta estas fechas disposiciones á tomar parte activa en la revolución filipina. Sólo cuando recibieron éstos la conminación de los tagalos, decidieron su alzamiento en armas, constituyondo por de pronto una facción de unos 1.000 hombres, á cuyo frente se pusieron los conocidos con los nombres de Aballa, Guirnalda, Darío y algún otro. Inicióse la sublevación de Ilocos Sur el día 25 de Marzo en el pueblo de Candón: un redoble muy sostenido de tambor congregó en la plaza del pueblo, y sobre todo en torno del convento, una muchedumbre en actitud hos-

til contra los escasos elementos de fuerza española que sumaba aquel lugar.

El principal objeto de los sublevados fué en los primeros momentos apoderarse de los tres religiosos que estaban en la iglesia al iniciarse la sublevación. Los religiosos á que aludimos eran el anciano agustino Fe. Rafael Itedondo, cura párroco del pueblo, y sus compañeros los dos misioneros que predicaban la cristiana fe por las comarcas ignorantes de Daclan y de Capangan. Los insurrectos ilocanos se apoderaron del P. Itedondo estando éste en oración al pie del altar mayor, y al ver este hecho los otros dos misioneros, procuraron hallar lugar de refugio detrás de la imagen que aquel altar advocaba. Como quiera que para secuestrar á los tres sacerdotes citados acudieron no menos de 300 rebeldes profanando la iglesia, fácil les fué á éstos, mirando y rebuscando, bailar á los dos misioneros en el indicado lugar de su escondite, y así que tuvieron á los tres religiosos maniatados, condujéronlos en marcha como de triunfo á la casa tribunal. No fué éste, sin embargo, el lugar destinado á su sacrificio.

Los rebeldes alojáronse en el convento, que quedó en minutos transformado en casa presidencial, con rótulos que como tal lo señalaban, colocando banderas y montando inmediatamente unas oficinas.

Trasladados los religiosos mencionados desde la casa tribunal á la de un mestizo sangley que se llamaba Lignote, fueron aquellos á los tres días conducidos hacia el pueblo de San Esteban; pero habiendo llegado á noticia de los insurrectos que los conducían la proximidad de una pequeña columna de fuerzas de la Guardia civil que al mando del comandante de aquel distrito los perseguía, retrocedieron, y al pasar entre la divisoria de Camión y de Santiago, en sitio en que los rebeldes habían construido grandes trincheras, sacando á aquellos tres sacerdotes del carruaje que ocupaban, los internaron entre las espesuras de los montes próximos. Ocho días después fueron hallados los cadáveres de los tres religiosos horriblemente macheteados: tres nuirirés más y nuevo horrible crimen que añadir á los innumerables que determinan baldón eterno para la insurrección tagala.

En el pueblo de Santiago, la columna á que hemos aludido alcanzó á los rebeldes, causándoles 34 muertos, sin que los nuestros tuvieran más que uno por arma blanca.

Los insurrectos de Camión, según daba á conocer uno de los documentos que dejaron al abandonar presurosamente aquel pueblo, dividieron la fuerza de que disponían de modo que fuese ésta por grupos á revolver el resto de la provincia. Las órdenes que dichos grupos llevaban para dar á conocer su misión iban estampadas en papel de oficio con el timbre de *Parroquia de Candón*: no se habían cuidado los re-

beldes ni siquiera de anular aquel timbre, expresión de oficios tan en pugna con los que los revolucionarios le asignaban. La operación principal que acometieron los insurrectos ifocanos, cuya instalación en el citado pueblo de Candón había sido tan poco duradera, fué marchar hacia las rancherías próximas á Cervantes y á las misiones de Cabacán y Singay, en el distrito de Amburayan. Saquearon lo poco que en las casas-conventos hallaron, apoderándose de otro misionero, al cual condujeron hasta Salcedo, sufriendo en el trayecto un verdadero martirio, y gracias á que, habiendo llegado con vida á tal pueblo, el padre del gobernadorcillo del mismo se erigió en defensor acérrimo del mencionado religioso, llegando en obra tan caritativa á correr el riesgo de perder aquel anciano humanitario su propia vida por salvar la del sacerdote cautivo.

La sublevación de llocos se sofocó; pero aquella habitualmente tan tranquila provincia quedaba ya esencialmente constituida en provincia revolucionaria.



CAPÍTULO VIII

Principales acontecimientos del mes de Abril de 1898.

1.º Continúa la insurrección de los tagalos. Grave estado de la provincia de Bulacán. Secuestros y asesinatos cometidos en las personas de religiosos y seglares. — 2.º El movimiento revolucionario aumenta. Varios hechos de armas. Combates en los montes de Mangatarem. Asesinatos en la Pampanga. — 3.º Graves sucesos de Cebú. Expedición del general Emilio Aguinaldo, nombrado Comandante general de operaciones en Bisayas. Sublevación de los pueblos de las mismas islas. — 4.º Patriótica manifestación de las Órdenes religiosas.

1.º *Continúa la insurrección de los tagalos. Grave estado de la provincia de Bulacán. Secuestros y asesinatos cometidos en las personas de religiosos y seglares.* — Sin solución de continuidad venían produciéndose los hechos de la rebeldía: á las partidas que habían entregado las armas en virtud del pacto de Hinenahalo sucedían otras que se decía eran producto de nuevos reclutamientos, pero que en realidad sólo representaban el reenganche de muchos de los convenidos.

En vez de los cabecillas que con Aguinaldo estaban en Hong-Kong, poníanse al frente de las nuevas partidas otros tagalos, émulos de aquéllos.

Desde Bulacán, provincia tan próxima á Manila, venían noticias cada momento más alarmantes: en los pueblos dominaba efectivamente la insurrección, cometiendo ésta asesinatos y secuestros que, con el nombre de *actos de justicia*, como decían los revolucionarios, eran exclusivamente abominables crímenes, de los que solían ser víctimas los indios leales que tenían el valor todavía de declarar sus simpatías hacia la causa española: se llegó al extremo de que tuvieran que ocultar

éslos por completo sus sentimientos, pues cundió entre ellos el terror de las crueles venganzas de que habían sido objeto otros indígenas del mismo modo de pensar.

Los cabecillas de Bulacán, que estaban con Aguinaldo en Hong-Kong, habían nombrado delegados suyos en dicha provincia, y venían éstos ejerciendo una jurisdicción tiránica. Toda la provincia de Bulacán estaba calipunada; de modo tal aparecía la superioridad numérica que tenían los insurrectos en ella, que nuestros destacamentos estaban casi todos acuartelados, dispuestos, sí, á perder la vida defendiéndose, mas sin poder tomar la ofensiva, y por ello, los crímenes á que hemos aludido quedaban generalmente impunes. Era bien sabido que en aquella zona tenían los rebeldes dos grandes campamentos, uno en Pamarauan (término municipal de Malolos) y otro en Baluarte, barrio perteneciente á la misma capital de la provincia y situado á vista de ella, en la playa misma. Al primero de estos dos campamentos condujeron los rebeldes, entre otros varios secuestrados, al cura párroco de Santa Isabel, Fr. Hipólito Tejedor, del cual nadie ha vuelto á dar noticia alguna.

Una cuadrilla de soldados (indígenas) desertores, á quienes se sumaron otros muchos naturales, constituían un gran núcleo que tenía afligida toda aquella región, elegida para campo de sus correrías criminales: dicha comarca consternada comprendía principalmente los barrios de Cut-cut y Pulong-guhat, en Guiguinto; Manata y Burul, en Bigaa; Burijan y Bintog, de Quingua, y todos los poblados existentes entre Angat y Bustos. La facción de que nos ocupamos robaba en las casas de los leales indígenas todos los viveres que contenían, siendo éstos transportados á las escabrosidades del lado opuesto del río Angat para avituallar los campamentos rebeldes durante la estación de las lluvias que se aproximaba. Es bueno advertir que en los poblados acabados de citar había en esas fechas muchos indios cosecheros de dos y tres mil sacos de arroz, que no pudieron lograr ni la conservación de un solo saco para atender las necesidades de su propia casa. Con esto se cernía la ruina para todos, puesto que no se podían verificar nuevas siembras.

Era jefe principal de los rebeldes de la provincia de Bulacán en aquel entonces Isidoro Torres, nacido en Malolos, de natural travieso y sin bienes de fortuna. El nombramiento otorgado por el gobierno revolucionario para el cargo de gobernador de la provincia lo exhibía un maestrillo de obras que se llamaba Manuel Lázaro, el cual muy tranquilamente paseaba en estas mismas fechas por las calles de la capital. Pugo, cuyo solo nombre consternaba á los indios fieles á la causa de España, también ejercía mando importante en la comarca.

La provincia de Bulacán quedó organizada para la revolución inmediatamente después del pacto de Biacnabató mucho mejor que lo había estado antes. En cada pueblo ó barrio había un capitán ó pang-ulo, y para este cargo solían designarse los hombres de peores antecedentes, porque, según decían los principales jefes, era menester haber probado bien su valor personal aquel que había de conducir á los vecinos á la guerra, y ya se sabe cómo la hacían los tagalos.

Bulacán estaba ya en la época á que nos referimos completamente perdido. El día 1.º de Marzo cometiéndose en Malolos el crimen nefando de asesinar al ejemplar sacerdote cura párroco de aquel pueblo, hombre de virtudes reconocidas por todos, caritativo hasta el extremo de que jamás poseía nada. En ocasión de acudir dicho cura párroco, ilustrado definidor de la Orden de San Agustín, á la estación de Cafumpit, fué villanamente acometido por tres foragidos, que acribillaron el cuerpo del venerable religioso á puñaladas.

Vivió sólo el tiempo necesario para declarar que perdonaba á sus asesinos, y el cadáver fué conducido á Manila acompañado, hasta darle cristiana sepultura, por gran concurrencia conocedora de las cualidades relevantes de tan esclarecido sacerdote.

2. *El movimiento revolucionario aumenta. Varios hechos de armas. Combates en los montes de Mangatarem. Asesinatos en La Pampanga.* — Extendiéndose el mal, llegó en estos días á intentar un golpe (por fortuna infructuoso) sobre la cabecera de la que había sido provincia de Camarines Norte, unida desde hacia poco tiempo por la más lógica medida de gobierno á su limitrofe la de Camarines Sur, para formar entre ambas una provincia sola. Dael, la ex cabecera á que nos referimos, fué atacada por una fuerza insurrecta, cuyos individuos sólo contaban por excepción alguno que fuese natural de aquella región. La lucha sostenida por la fuerza de la Guardia civil allí destacada, á la cual se unieron los españoles peninsulares que allí había, hizo una defensa briosa, y los rebeldes sufrieron duro castigo.

En Pangasinán, provincia que desde la gran revuelta de Zambales venia infundiendo grandes temores, presentáronse numerosas partidas, que se reconcentraron en un monte con el objeto de apoderarse de Sual tan pronto supiesen la venida á Manila de las fuerzas que guardaban aquel puerto.

Nos quedaba, sin embargo, en aquella comarca algún indio leal: el valeroso capitán municipal de Malasiqui, que batió al frente de setenta y cinco cuadrilleros al cabecilla Vicon, cuya partida se dispersó por el monte Carmanla después de haber sufrido muchas bajas. El general Monet hubo de operar sobre los montes de Malasiqui, en donde des-

truyó un gran campamento rebelde. En las mismas fechas se veían partidas de 1.500 hombres, como la que pasó el día 6 por San Juan de Gnimba, y se constituían nuevos campamentos rebeldes como el de San Nicolás de Panganiran, en Nueva Écija.

El domingo de Ramos fué atacado el pueblo de Quingua, y los barrios de San José, Muñoz y Baal eran el centro de un extenso círculo en que operaban combinadas las fuerzas rebeldes que mandaban Macabulos y Calixto Villacosla.

Con gran urgencia fué preciso al Capitán general enviar alguna fuerza á la provincia de Tayabas, en la que se habían presentado varias partidas hacia el E. y O. de la cabecera.

El día 21 de Marzo, el teniente coronel Dujols libró duro combate con los rebeldes hechos fuertes en los montes de Mangatarem, y ocupó las fuertes posiciones de Macalan y Palali, causando al enemigo más de 100 muertos y ocupándole muchas armas blancas y bastantes provisiones.

En Gnagua entró una partida rebelde, la cual asesinó villanamente al Dr. Sanja Maria, distinguido médico titular, y á su esposa. Igual crimen intentaron los rebeldes cometer, atacando después la casa de la familia Bravo, del mismo pueblo: no lograron aquéllos sus propósitos.

Terminaba el mes de Marzo con muestras evidentes del desarrollo mayor que cada día contaba la idea revolucionaria en Filipinas; es decir, se presentaba el mal interior más grave, en las fechas más cercanas á la funesta del mes de Abril, en que la complicación con una guerra extranjera reclamaba la mayor adhesión de los naturales filipinos á la causa de la patria que tanto les enalteció.

3.º *Graves sucesos de Cebú. Expedición del general Fernández Tejeiro, nombrado Comandante general de operaciones en Bisayas. Sublevación en otros pueblos de las mismas islas.* — La revolución tagala extendió al fin sus raíces al gran grupo de las islas Bisayas, y allí brotó la insurrección filipina en el mismo lugar precisamente en que Legazpi inició la conquista y dominación de las islas. En el primer Cebú, es decir, en el Subu de Legazpi, fué en donde concertaron la revolución los conspiradores bisayos, y el día 3 de Abril, poco después de celebrados los Oficios de Ineves Santo, se alzaron en armas. El movimiento fué advertido á las autoridades y colonia española por un honrado patriota, el Sr. Royo.

A la carrera, el general Montero, gobernador político-militar de Cebú, dispuso la concentración de todos los españoles, y aun mejor dicho de todos los europeos, en la colla, fortaleza vieja y único lugar en que con las escasas fuerzas de que disponía (40 soldados) podía resis-

lir: á la desesperada habría lenido quo hacerlo si el enemigo que lo rodeó, y que constaba de siete á ocho mil hombres nada menos, hubiera lenido más conocimientos estratégicos ó más tesón. No se congregaron en la colla citada todos los españoles peninsulares que residían en Cebú; hubo uno que por exceso de confianza fué asesinado por los rebeldes cruelmente: llamábase Carralalá, el cual, por estar casado en el país, pensó ser respetado por aquellas turbas ávidas de verter la sangre roja de la raza blanca, y, en efecto, aquel hombre honrado y amante de la tierra filipina á más no poder, pereció con toda su familia, llegando sus viles asesinos á arrojar por las ventanas los cadáveres fragmentados de la citada familia: asesinaron también á la de Iiallonga y al sargento de la Guardia civil Sr. Moreno, secuestrando además los insurrectos á un distinguido profesor de música italiano, cuyo apellido no recordamos en este instante.

El general Montero lomó alguna medida, cuantas pudo, dada la escasez de medios con que contaba; redujo á prisión á algunos de los que se hallaban á la cabeza del movimiento; destacó á Iligan y á Iloilo los vapores *Tirso de Lizárraga* y *Ceferino Llorente*, para comunicar con Manila pidiendo tropas y víveres: de acuerdo con el comandante de marina Sr. León Escobar, reforzó la fuerza escasa de la colla con 15 marineros del *Paragua*; destinó 16 soldados, al mando del capitán de la Guardia civil, á la práctica de un reconocimiento por los pueblos limítrofes, en cuya operación se inició el fuego, porque el citado pelotón hubo de sostenerlo vigoroso con grupos rebeldes que pretendieron coparlo, pudiendo salvarse con gran riesgo replegándose sobre la mencionada colla.

En ella se defendía muy bien el puñado de españoles allí reunidos, entre los cuales se encontraba el venerable obispo de la diócesis, el P. Alcocer, poseedor de extensas reconocidas virtudes. Sólo alguien que, por estar muy apartado de las mismas, sentía la tortura de haber de admirarlas en aquel buen sacerdote, podría oscurecerlas ó negarlas.

Cooperaba á la defensa de aquel fuerte, llamémosle así, del propio modo que á la del edificio en que estaba instalado el Gobierno de la provincia, un bote artillado del cañonero *Paragua*, que prestó muy señalados oficios, siendo el objetivo por lo tanto de los rebeldes, los cuales dispararon contra el barco cientos de cientos de tiros durante el día y la noche, basta la del 5, en que, marchando frente al convento y tribunal de San Nicolás, lugar foco del movimiento, cañoneó el *Paragua* aquella posición: los insurrectos la abandonaron por completo.

Informados en Iloilo de cuanto en Cebú acontecía, enviáronse dos compañías de auxilio, á cuyo desembarco se opuso por el enemigo bastante resistencia: la citada fuerza ganó la colla, y aumentada la guar-

nición de ésta, aun cuando no se pudiese emprender movimiento ofensivo, era ya dado á la colonia y fuerza del general Montero aguardar con mayores garantías los refuerzos que desde Manila se enviasen. Durante los días del 3 al 6 de Abril, en que los nuestros no pudieron lograr más de lo que habían obtenido, los rebeldes, extendiendo su radio de acción, atacaron la isla de Mactán, matando al cura párroco del pueblo de Córdoba, en donde hay una de las dos iglesias de la isla: el religioso que ejercía la cura de almas en la otra parroquia, llamada de Opon, pudo salvarse, llegando á Cebú. Y continuando los rebeldes la sarta de sus fechorías mostrándose en ello infatigables, asesinaron también al agustino Fr. Tomás Jiménez, cogiendo prisioneros á los de la misma orden Fr. Manuel Fernández y Fr. Urbano Alvarez, que con Fr. Ubaldo García dirigían las parroquias de Carcas y Minglanilla. Secuestraron á un anciano recoleto y á los curas de Naga, Sibugan y San Fernando.

Otro crimen cometido por los rebeldes cebuanos fué el del incendio de la Escolta ó Lutao, como también se llama, saqueando todas las casas de comercio y particulares, así como las instalaciones de la Tabacalera, y los conventos de Recoletos y del Santo Niño. Los rebeldes de Cebú sólo respetaron en esta santa casa la sagrada imagen hallada en aquel lugar por el marinero Juan de Camus, quien gozoso la presentó á Legazpi, y éste á los frailes Agustinos que le acompañaban. los cuales desde aquel entonces han venido tribulando á dicha santa imagen el culto debido.

No satisfecha la cruel saña de los rebeldes, siguieron haciendo víctimas, matando cruelmente al ayudante de Obras públicas Sr. Cueto.

Tan luego se supo en Manila el movimiento de Cebú, el Capitán general Sr. Primo de Rivera dispuso una expedición al mando del general Fernández Tejeiro, gran conocedor de la zona, pues hasta hacia poco la había mandado: este general embarcó con gran premura en el vapor *Churrua*, á cuyo bordo iban asimismo parte de las fuerzas de la columna á sus órdenes: una sección de artillería, una compañía de cazadores, otra de guías rurales y otra de aquel batallón mixto que había de marchar á la Península en las mismas fechas á que nos referimos, pero que tuvo que quedarse aquí con más motivo que nunca. En el crucero *Don Juan de Austria* embarcó el resto de las fuerzas: en total, 2 jefes, 29 oficiales y 754 individuos de tropa.

Casi al mismo tiempo llegaron los dos barcos que componían esta expedición al canal que da acceso al puerto de Cebú. Entraron en apresto de combate, y aunque hicieron repetidamente las señales reglamentarias pidiendo práctico, éste no se presentaba. Observaron como abandonada la isla de Mactán, singularmente por el lado de Opon, que

se domina muy bien desde la entrada del citado canal, y al acercarse nuestros barcos al fondeadero, vieron la bandera española en la cotta, y al cañonero *Paragua* en aguas próximas al mismo silio.

Muchos insurrectos retiráronse más que de prisa desde la playa á Cebú, parapetándose en la Escolla; y cuando en la madrugada del 7 se verificaba el desembarco de la tropa expedicionaria, enfilaron aquéllos sus fusiles hacia el pautalan, produciendo contra los nuestros intensísimo fuego, obligándoles á desplegarse en guerrilla tan pronto saltaban en tierra. Ya desembarcada nuestra tropa, intentó una gran masa de insurrectos oponerse al avance de la columna F. Tejeiro; mas protegida ésta por el fuego de cañón del *Paragua* y por el nutrido de fusilería procedente de la sección de marinería y del destacamento de la casa-gobierno, pudo seguir adelante.

El general E. Tejeiro conferenció con el General gobernador de Cebú, y encargados el jefe de Estado Mayor Sr. García Morales y el ayudante de campo D. Joaquín Perteguer de señalar á las tropas los sitios de combate, dió comienzo al que en diez y ocho ó veinte horas libero á la ciudad de Cebú de la irrupción que por poco tiempo la dominara, excepción hecha de la colla Iteina Itegente y los edificios que desde ésta se podían defender, ó sea aquellos que limitan la plaza de María Cristina.

Calle por calle, casa por casa de las construídas con materiales inertes, hubo que tomar al enemigo en lucha desesperada. El crucero *Don Juan de Austria* y el cañonero *Paragua* cooperaron muy acertadamente á la operación.

No podemos ocuparnos tanto como debiéramos detallando este notable hecho de armas, pero continuaremos narrándolo, si nos es factible, á la ligera.

El ataque se desarrolló en un principio lentamente. Los rebeldes defendían con tenacidad sus posiciones, y hasta tanto no experimentaron enormes pérdidas en la defensa de su primera línea, no la abandonaron. La primera parte del combate duró dos horas. Para la segunda, el general Fernández Tejeiro fraccionó sus fuerzas en cuatro columnas, á las que dió trazo para operar en combinación. La primera de éstas la componía fuerza de desembarco del *Don Juan de Austria*, destinada á tomar el convento é iglesia de San Nicolás; la segunda, de infantería, había de ocupar la margen derecha del Fagina; la tercera ocuparía el tribunal de mestizos, la calle de Alfonso Xtri; y la cuarta columna habría de tomar el barrio de Tinabo y la cárcel pública. Estas columnas se movieron con precisión cronométrica, y, en efecto, ocuparon las posiciones señaladas tras de lucha sangrienta. A las cinco y media de la tarde del día 7 de Abril, Cebú estaba en poder de nuestras tropas.

Cuando se preparaba la columna F. Tejeiro á descansar con el espíritu gozoso por el bien producido á la santa causa de la Patria, después de monlar fuertes destacamentos en los lugares más estratégicos de aquella linea extensa de operación, estalló un formidable incendio, que nuestros soldados, con la acertada dirección del capitán de ingenieros Sr. Ochoa, pudieron extinguir.

Vencida la gran revuelta de Cebú, el general F. Tejeiro no podia decir, y no lo dijo, *finis coronat opus*: sabia bien que aquella provincia de 000.000 almas estaba toda en conilagración, y formó el propósito de pacificarla por entero, á pesar de las escasas fuerzas que contaba, y así aconteció: el general F. Tejeiro, después de un descanso de veinticuatro horas, dió comienzo á las operaciones para pacificar el resto de la provincia. Envió aule todo á Argao fuerza que salvó nuestro destacamento, grandemente comprometido en tal lugar; deslinó una compañía á Bobol, que contuvo la inminencia de un levantamiento, distribuyendo en cuatro columnas también la fuerza que tenia á sus órdenes, con el objeto de operar rápidamente en toda la provincia. De esas cuatro columnas, la primera y más fuerte, mandada por el general gobernador de Cebú Sr. Montero, en combinación con el *Don Juan de Austria*, redujo los pueblos de Argao, Sibonga y Carear, San Fernando, Naga y Minglanilla; la segunda, al mando del coronel Iboleón, salió por los montes de Cuadalupe hasta Talamban; la tercera, al mando del comanulante Suárez, batió el Sur de aquellos montes hasta el Pardo; y la cuarta, que la constituía el cuartel general de F. Tejeiro, fué á coincidir en Maulaue con Iboleón: engrosada esta última fuerza con la segunda y tercera columna, atacaron la posición de Talisay, en donde los rebeldes tuvieron 70 muertos.

Desde Cebú, á cuya ciudad después de este combate regresó el general F. Tejeiro, conlimió su plan para la pacificación del territorio más accidentado de la región. Trazó al coronel Balduque el camino que había de seguir con la columna á su mando por la cordillera central hasta Danao, y por la misma cordillera había de operar la columna Suárez hacia el Sur hasta Carear. La tercera, al mando del capitán Baria, iría por el Norte. La cuarta, al mando del malogrado capitán Gazque, navegando en el *Bais*, haria desembarcos en Carmen, Caduron, Sogó, Borbón, Tabogón y Logó, yendo á San Remigio y reconociendo la isla de Balayan, embarcando de nuevo para caer por último sobre Tuburan y Asturias.

Por lo indicado nada más, y con cualquier plano de la zona al frente, se ve bien que el plan trazado por el general F. Tejeiro contra los rebeldes de la provincia de Cebú fué constreñir á éstos hacia la contracosta en su zona central, lo cual consiguió, aunque no sin librar aque-

lias pequeñas columnas combales tan duros cual el de Tuburan, en el que la escasa fuerza mondada por el capitán Gazque tuvo que sufrir la gloriosa muerte de su mencionado capitán, otro oficial, dos clases de tropa y 14 ó 15 soldados entre muertos y heridos. Los rebeldes habían sufrido centenares de bajas en todas las líneas, y con gran quebrantamiento además de su moral, si es que este óllimo vocablo en alguna de sus acepciones puede aplicarse á esta gente ingrafa. La que quedó de tan maltrechas partidas vino á concentrarse sobre los pueblos de la contracosta conocidos por los nombres de Asturias y Toledo. ¿Es que al verse los rebeldes de Cebú perdidos, asustadamente pensaron en el ejemplo de Itacnabaló al reconcentrarse en sitios tan accidentados? No lo sabemos de cierto; mas algo dijo acerca de ello el público rumor, y lo que por nosotros mismos pudimos apreciar fué que, si á tales aspiraciones habían llegado los rebeldes, no habían podido alcanzar eco alguno.

La columna Snárez pasó de Carear á Barili, á través de la cordillera, con refuerzos que en el segundo pueblo recibió del *Pelayo* y vituallas que transportó el *Moaserrat*, continuando aquella columna su camino batiendo al enemigo hasta Bogó. El coronel Balduque, en tanto, iba desde Danao á Carmen y á Asturias después de reforzar también su columna con tropa que conducía el *Bais*, y racionado y pertrechado por el *Paragua*, limpió de enemigos la parte de la contracosta que le estaba señalada.

Triunfantes nuestras fuerzas con estas marchas, en que geométricamente estaba comprendida toda la zona rebelde y descalabrada la insurrección por igual en los puntos en que se había presentado, la provincia de Cebú se declaró pacificada. No menospreció sin embargo el general F. Tejeiro el hecho de que en lo más accidentado de aquellos montes quedasen algunos pocos pelotones de gente armada, y antes de disponer dicho general su vuelta á Manila, dejó una pequeña columna vidante en cada una de las cuatro zonas en que había dividido el territorio de Cebú.

Grandemente complacido el general F. Tejeiro por el éxito de las operaciones, y elogiando la conducta de las fuerzas de mar y tierra que bajo su dirección operaron en aquella isla, regresó á Manila el 22 de Abril, llamado por el General en jefe con urgencia, para encargarle de nuevo la jefatura de Estado Mayor general de este Ejército.

Es posible que sobre la satisfacción que en su propio espíritu sintiera ante el éxito por él obtenido en Cebú, gravitase sobre el mencionado general algún triste presentimiento que le impidiera manifestar sus alegrías; bien es verdad que estaban á la vista los densos nubarrones que, oscureciendo y cerrando por completo nuestros horizontes, se

rasgaron pronto, produciendo sobre los intereses de España en estas islas ciclón devastador, que si pudo en unas horas acabar con la vida física de algunos peninsulares, en la vida del espíritu nos hirió de muerte á todos.

En distintos pueblos de otras zonas bisayas alzóse en estas mismas techas la rebelión. Muy conveniente por el pronto resultó el envío de algunas tropas á Iloilo, dispuesto por el general Fernández Tejeiro antes de abandonar la tierra de Cebú; pero algo más tarde ya no bastó tal medida.

Singularmente en la provincia de Cápiiz y Antique, el estado de perturbación en el orden público era manifiesto, y poco tardó en generalizarse, hasta el punto de que los rebeldes se apoderasen en su segunda acometida de las cabeceras de las provincias citadas.

Fué también asaltado el pueblo de Panay, y lograron asimismo los rebeldes apoderarse del pueblo de Loctugan, cometiendo en todas partes las mismas depredaciones y crímenes análogos. En tal situación, dictóse la muy oportuna medida de concentrar en la capital á los curas párrocos y demás elementos peninsulares: peligraban las vidas de todos ellos.

4.ª *Patriótica manifestación de las Órdenes religiosas.* — En los comienzos de la primera parte de este libro cumplimos, en la forma que nos es posible, el deber de recordar, siquiera con la rapidez con que lo efectuamos, muchos de los señaladísimos servicios debidos en estas islas á las Órdenes religiosas: ellas por sí solas conservaron para España durante cientos de años toda esta tierra por ellas cristianizada. El concepto que acabamos de expresar con la firmeza de nuestra honrada convicción es incontrovertible, pues la cuestión es clarísima.

Hasta el año 1873, ó lo que es igual, durante trescientos cincuenta y tres años ó trescientos ocho, según quiera contarse desde Magallanes ó Legazpi, ni uno solo de los representantes del Rey de España en estas islas contó con 1.000 soldados españoles. ¿Qué le hubiese importado, disponiendo de esta fuerza, al general Izquierdo, de perdurable memoria en el Archipiélago, un levantamiento cual el de Cavile en 1872? Con menos de 100 hombres peninsulares, en sólo instantes lo sofocó.

Pero como hubo en otras cien ocasiones anteriores más próximas ó remotas mayores movimientos contra la dominación española, que no pudieron ser dominados exclusivamente por la escasa fuerza de las armas españolas que los Capitanes generales de las islas sumaban, los frailes son quienes, al frente de masas de indios leales por ellos reclutadas, y por ellos pertrechadas y sostenidas durante todo el tiempo que

preciso fué, sostuvieron la causa de España y vencieron aquellas revueltas á las que la acción militar no podía ayudar por absoluta carencia de medios, según hemos dicho.

Si las aludidas revoluciones, que todas ellas tendían á anular la obra de civilización y cultura que venía desarrollándose en este territorio, fueron vencidas por los frailes, perseverando éstos en su obra de patria y religión, no puede ser lícito á nadie, ni de allá ni de aquí, si no es apartándose de los principios más rudimentarios de justicia, menospreciar, injuriar y calumniar á esas corporaciones religiosas, que acabaron con la barbarie y felichismo de estos pueblos, y que supieron además conservarlos para la gloriosa nación que los descubriera, que Inmanilariamente los conquistó y que con desprendimiento incomparable los ha administrado.

Las injurias y calumnias contra las corporaciones religiosas descargadas por algunos extraviados naturales de estas islas, que en su frenesí de mostrarse *ilustrados* y en su neolilismo de libres pensadores comenzaron á vociferar, pidiendo por lo menos la exclaustación de los frailes, produjeron falsa atmósfera, que por todos los ámbitos se expansionó. Como para la inquisitiva de causas deja poco tiempo el vorligo de la vida moderna, y resulta mucho más cómodo y más dentro de la moda considerar desde luego seguras las que en nombre del progreso se enuncian, sin elevarse á prueba, los iniciadores de la campaña contra los frailes consiguieron su principal fin: desconceptuarlos hasta en las mismas alturas político-administrativas y sociales, en las que no siempre la reflexión es lo que exclusivamente priva.

No queremos con esto dar á entender, ni siquiera dar fundamento á la sospecha, de que hubiese disposición á emprender desde las altas regiones del Poder ejecutivo tan radicales reformas contra el clero regular de estas islas, cuales las que se decía por los separatistas se habían pactado, porque esto lo tenemos como incierto en absoluto. Acerca de lo convenido en Hienabató no había más sino lo que hemos dicho en el capítulo correspondiente.

Mas á nadie podía ocultarse que desde la fecha en que estalló la insurrección de los tagalos, la situación de los religiosos que administraban las parroquias era, además de arriesgada, desairadísima. No existía en sus respectivos pueblos fuerza militar, garantía para el orden material, y en el moral se veían los curas párrocos en algunas épocas ó periodos desde la fecha aludida completamente anulados, porque en frente de los prestigios que á ellos y á las Autoridades locales, indígenas leales, correspondían, se levantaron ya públicamente otros organismos revolucionarios, sin oponerse á ello nadie. Estábamos dentro de una política de atracción que á muchos nos parecía de

ahandono, pues no de otro modo podía juzgarse el hecho notorio de dirigir y mandar en las poblaciones, según ya hemos dicho en otra ocasión, aquellos que precisamente habían causado mayor daño á la causa de la patria, resultando humiliados quienes mejor la servían.

Tal estado de cosas, en vez de inspirar á las corporaciones religiosas notas agnias de amargas quejas, las propulsó á una manifestación gallarda de patriotismo. Y fué ésta: primero, la oferta hecha al Gobierno de S. M. por los procuradores generales de las Ordenes de entregar todo cuanto poseían para las atenciones de la guerra que nos amenazaba, y después, aquel hermoso cablegrama, cuyo texto es posible que por alguien se enmendase, pero que, de todas suertes, contenía la expresión de lo resueltas que estaban las citadas Ordenes á no servir de entorpecimiento para las soluciones de gobierno, si es que el de la Metrópoli secundaba los proyectos de quienes pedían la secularización y desamortización eclesiástica: los frailes manifestaban lo dispuestos que estaban, contando previamente con la Santa Sede, á abandonar, aunque con sumo dolor, estas islas por ellos cristianizadas.

¿Qué prueba más fehaciente de españolismo y de desinterés puede pedir nadie á las corporaciones religiosas de Filipinas? ¿Qué corporaciones seglares han rebasado ni siquiera llegado al punto de ofrecer espontáneamente la totalidad de cuanto se posee?

No vale apreciar los hechos por la sugestión del apasionamiento: es menester ponderarlos en balanza honrada; es decir, sin que traviesamente aclúe la fuerza extraña de un dedo para inclinarla del lado del deseo más ó menos fundado y legítimo, ó del cálculo en pro del personal interés.



CAPÍTULO IX.

Continúan los gravísimos acontecimientos del mes de Abril
de 1898.

1.° *Inaugúrase el tan accidentado mando del general Agustín*. — 2.° *Regresa á la Península el Marqués de Estella*. — 3.° *Conócese la ruptura de relaciones con los Estados Unidos de América y la inmediata declaración de guerra*. — 4.° *Primeros efectos en estas islas de tan extraordinario acontecimiento*. — 5.° *Medidas adoptadas para la defensa del territorio*. — 6.° *Orden general del día 27 de Abril de 1898*. — 7.° *Preparativos para la defensa de la plaza de Cavite, Arsenal y bahía de Manila*. — 8.° *Paréntesis oportuno. Planes de defensa proyectados*.

1.° *Inaugúrase el tan ardentado mando del general Agustín*. — El día 9 de Abril llegó á Manila el vapor correo transatlántico *Isla de Panay*, conduciéndu al Excmo. Sr. Teniente general D. Basilio Agustín, electo para el mando superior de estas islas y de su Ejército de operaciones. El buque fondeó á las ocho de la noche: el general no desembarcó, pues no era de rubrica efectuarlo en tales horas: recibió la visita del Sr. Marqués de Estella, á quien venia á relevar, la del alcalde y algunos concejales de la capital, y al día siguiente saltó á tierra, posesionándose del mando con la solemnidad y formalismo del caso. El principio de este pobre libro describe dichas ceremonias: no hay que volver sobre ellas; pero si nos detenemos un instante solo para decir que allá, en el gran salón de actos que el Municipio tenia como de costumbre decorado, y durante el esplendoroso período de la recepción, más de un español peninsular experimentó decepción triste. El texto del discurso del señor general Primo de Rivera, á trueque de galardonar á los naturales filipinos, vertió conceptos en algo depresivos para los españoles peninsulares que en las islas vivíamos, y á tanto, jamás de-

bió inducir al Marqués de Estella el cruel desengaño que experimentaba, causado por la informalidad de los tagalos. Fuórale más lícito condenarla francamente que zaherir á los castilas, aferrándose el expresado general á su vano empeño de ganar la voluntad de quienes ni definirla saben, y en los cuales es tan movediza tal potencia del alma.

El señor general Augustin tendria, es claro, historia militar; pero careciendo de historia política, aquellos quienes no disfrutamos la honra de pertenecer al Ejército, no le conocíamos. Venía desde la Península acompañado de su virtuosa familia, circunstancia que por sí sola prohábala el concepto equivocado que traía respecto al estado en que se hallaba el territorio que venía á mandar. Si el general Augustin hubiese podido presumir siquiera que á los cuarenta días de su arribo al mismo habían de verse sitiados, cañoneados y casi copados su esposa é hijos, ¿cómo se hubiera resuelto aquel soldado distinguido á navegar con tan santa cariñosa impedimenta?

Desconocedor del país el señor general Augustin, venía á regirlo, sin más antecedentes que los que por referencias hubiese podido adquirir; éstas jamás ofrecen cuanto se precisa para la formación de un juicio exacto, así se posean las más cabales condiciones para formarlo. En lo complejo, es indispensable la propia personal observación, que siempre resulta conveniente, hasta para lo más sencillo.

Si es que no eran de simple cortesía hacia su antecesor aquellas frases pronunciadas por el señor general Augustin, «vengo á consolidar la obra de pacificación llevada á cabo por el Sr. Marqués de Estella», constituían irrecusable prueba de la errónea opinión sustentada por el nuevo Capitán general de Filipinas. Aquellas palabras, que en seguida de emitidas la voz pública las corrió para ensalzarlas mucho, á nosotros nos impresionaron hondamente: nos hubiese agradado más que el general Augustin hubiese dicho, por ejemplo: «Vengo conocedor del engaño vil cometido contra la buena fe del Sr. Marqués de Estella, y procederé en justicia.»

¡Ah! Tiene para nuestro pobre entendimiento mucho de misterioso observar, pretendiéndolo en vano, los límites del moderno convencionalismo. ¿Por qué siendo general, universal creencia, la de que los españoles poseemos duro, noble, indomable carácter, hemos de impedir por fuerzas extrañas al mismo, de cualquier linaje que éstas sean, la franca expresión de nuestros conceptos? Y aún más: ¿por qué en ocasiones esa expresión ha de ser lo más opuesta que cabe de lo que pensamos? No queremos continuar arpegiando á base de esta nota, sino basta decir cuán cierto es que por este convencionalismo moderno resulta muy difícil apreciar los hechos, y, puntualizando más, añadiremos que las frases del señor general Augustin, ó fueron acto de

mera cortesía caído dentro de ese particular que censuramos, ó muestra inequívoca de lo erróneamente que le habían informado en la Península. Si de este modo fué, ¡cuál sería su sorpresa!

Aunque el general Augustín sea hombre de sentimientos generosos y haya perdonado á los autores de la inexacta informativa que le hicieron, ¡eminto los habrá condenado!

La letra de las alocuciones que el general Augustín dirigió al Ejército y á los habitantes de estas islas expresaba su identificación con el espíritu reformista: si bien esta circunstancia en épocas menos azarosas hubiérase creado aquí desde luego grande enemiga, en el estado de tristeza y expectación en que vivíamos no asomó protesta alguna, ni pública ni privada, contra tal modo de pensar.

¡Con qué tremendas desdichas para la Patria recogía el mando de estas islas el general Augustín! Todo cuanto fué para el Sr. Marqués de Estella fortuna grande abandonarlas en las fechas en que lo efectuó, fue desgracia inmensa para el señor general Augustín permanecer en ellas. Los resultados de la incalificable villanía cometida contra la gallana gestión del general Primo de Rivera vino á sufrirlos por entero el nuevo Capitán general, y además la complicación de una guerra extranjera, para la que estábamos aquí *tamquam tabula rasa*, ó, lo es igual, sin la menor preparación. Será difícil hallar en la vida militar de general alguno mayores ni aun iguales obstáculos que los interpuestos por la cruel desgracia á la gestión del general Augustín: no es de extrañar, pues, que ésta resultase en conjunto un gran desastre.

Cuál era la situación de estas islas al inaugurar su mando dicho general, lo expresaba elocuentemente un sencillo párrafo de acreditado periódico de la capital del Archipiélago. *La Oceanía Española* estampaba en sus columnas el día 16 de Abril las frases siguientes: «Seis días van transcurridos sin que circule por Manila noticia alarmante y sensacional ni del interior ni del exterior.» Horas no más después de esta triste admiración recibíamos noticia estupenda que conmovía nuestros corazones, exallando nuestro patrio amor: la guerra con los Estados Unidos.

2.ª *Regresa á la Península el Sr. Marqués de Estella.* — A las cuarenta y ocho horas de haberse encargado del mando el general Augustín, embarcó en viaje de regreso á la Madre patria el Sr. Marqués de Estella. Habíanse cruzado algunos cablegramas entre el Gobierno de Su Majestad y los Capitanes generales entrante y saliente: éste se ofreció á continuar en Filipinas, dado el caso de que se declarase la guerra con los Estados Unidos; mas coincidiendo estas fechas con aquellas en que por pocos días se creyó resuelto el conflicto hispano-americano

sin llegar á las armas, el Gobierno autorizó al general Primo de Rivera para el viaje que emprendía. ¡Con qué oportunidad marchó! ¡Hasta qué punto hubiera llegado su amarga decepción viendo regresar al Archipiélago á las cinco ó seis semanas á Emilio Aguinaldo, ya precedido de otros de los cabecillas de Biacnabató!

La despedida que Manila hizo al general Primo de Rivera fué solemne manifestación de simpatía: ya hemos dicho que su carácter expansivo le conquistan el verdadero afecto y respeto de cuantos le tratan: en el natural valeroso del general Primo de Rivera podía confiarse siempre que, según aconteció en lo de Biacnabató, no se interpusieran elementos superiores por función, á los cuales no debió el Marqués de Estella presentarse tan sumiso en bien de la Patria misma. Nos dolíamos de su regreso á la Península; pero de haber sabido lo que nueve días después de su embarque sucedió, es decir, la declaración de guerra entre España y los Estados Unidos de América, al general Primo de Rivera no le hubiésemos permitido marchar: á nuestros ruegos de que se quedase entre nosotros habría accedido, y tal vez su presencia y dirección civil ó militar, según los oficios que hubiese desempeñado desde el Gobierno general ó desde la jefatura del Ejército de operaciones, nos habría infundido mayores consuelos de los que tuvimos para resistir la catástrofe que experimentamos después de ciento cinco días de amarguras sin cuento y de probado é infructuoso valor.

3.ª *Conócese la ruptura de relaciones con los Estados Unidos de América y la inmediata declaración de guerra.* — Por algún cablegrama de origen oficial que acusaba la inminencia del conflicto; por noticias particulares que llegaban de Hong-Kong, estábamos advertidos de los planes contra nosotros trazados por los norteamericanos, y de la proximidad del desarrollo de aquéllos. Los Estados Unidos, esa hoy pletórica república, que cuando estaba en fuerzas formatrices recibió nuestro apoyo para el logro de su independencia; esa populosa república, que, cual todos los pueblos de América, en buena ley debiera durante todos los días de todos los siglos que viviere honrar la bandera española, saludándola en las horas de cada crepúsculo y en la meridiana, para eterna recordación de los justos títulos que España tiene á la gratitud de aquellos pueblos, títulos de cuyo valor moral jamás habrá progreso de balística que despojarla pueda; esa república norteamericana, que por cruel injusticia venia prestando con desenfado, decidido apoyo á los separatistas cubanos, los cuales, si no con las balas de los rifles y fusiles yanquis, por la acción del caótico tifus de los trópicos occidentales nos mataron 200.000 hombres en doce años, y nos obligaron á gastar 400 millones de duros, como extra de los 36 millones que

para «gastos» consignaban nuestros presupuestos ordinarios en aquella gran Anílla; esa república americana, á la que dimos el beneficio de nuestra bandera nacional, irrogando nosotros mismos para ésta los perjuicios más graves: esa república, con la que algo más tarde negociamos un tratado de comercio, por el que, en consideración á los intereses de aquella, vinimos á malbar de golpe y porrazo la importante industria harinera de España, hiriendo á la vez gravemente nuestra producción de cereales, la más apropiada para nuestro suelo y base, la más sólida, si no la única de nuestra subsistencia: esa república americana, que todavía después recibió el nuevo agasajo nuestro de otorgarle una ley de relaciones conteniendo lo más ventajoso para toda procedencia de aquel vasto territorio norleamericano: esa república, á la que tan continuadas pruebas de consideración y amistad venia España concediéndole, no quiso aceptar un arbitraje que viniera á resolver lo de la catástrofe del *Maine*, con arreglo á lo informado por la comisión técnica española, que era lo único cierto, y esa república nos condujo á la guerra más injusta y desigual que los siglos han presenciado.

Hasta el día 27 de este mes de Abril no recibió Mr. Bonnville Vildman, cónsul general de los Estados Unidos en Hong-Kong, el literal texto telegráfico de la proclamación de guerra hecha por el presidente Mac-Kinley, y por éste firmada para su publicación con fecha 26, después de ser aprobada dicha declaración de guerra por el Congreso norleamericano, según acta del 23 de Abril de 1898.

Esto no obstante, el día 22 del corriente ya se supo en Manila que desde la fecha anterior, es decir, desde el 21 de Abril, existía la declaración de guerra entre España y los Estados Unidos de América: esta república consignaba á la vez no adoptar la implantación del corso y si adherirse «á las reglas de la declaración de París».

4. *Primeras efectos en estas islas de tan extraordinario acontecimiento.*— Es de estricta justicia advertir la gratitud que todo buen español debe hacia la prensa periódica del Archipiélago filipino. Toda, sin excepción, toda la que en aquel entonces se publicaba, dirigió á la opinión pública de las islas grandiosas excitaciones para acudir con ánimo sereno á sacrificar en pro de la causa de la Patria las vidas y haciendas.

La Oreada Española, el periódico más conseqüentemente sustentador de las doctrinas liberales para este Archipiélago aplicables dentro de la soberanía de España, decia á los naturales: «No olvidéis, filipinos, que el mundo entero está en estos momentos con la mirada fija en vosotros para juzgar de vuestro comportamiento; la Madre patria va á necesitar una vez más del sacrificio de sus hijos.»

» No olvidéis, filipinos, que de vuestra conduela depende el fallo
» universal, que juzgará vuestros actos en la historia, y que para vos-
» otros serán los plácemes y las alabanzas de todo el mundo, ó las mal-
» diciones y el desprecio de todo el orbe, según procedáis honrada ó
» villanamente.»

La Voz Española, periódico de consuetudinarias vehemencias patrióticas, para expresar sus cerrados conceptos respecto del régimen por que debían gobernarse estos pueblos, inició una manifestación popular, coincidiendo con la que iba á realizar el Ayuntamiento, y presidida por éste se verificó al siguiente día, acudiendo á la residencia del general Augustin multitud inmensa, compuesta de todas las clases sociales.

No tardó en adherirse al entusiasmo sentido y por modo admirable expresado en Manila el de la colonia peninsular residente en las provincias y el de leales insulares, queriendo también en tal ocasión ofrecer sus servicios para la defensa de la causa de España cabecillas tan importantes como Mójica, Trias, Pío del Pilar, Riego de Dios, Ricarte y otros que no habian ido á Hong-Kong con Aguinaldo. Mas lo que podía considerarse como la demostración más evidente de que los naturales filipinos disponianse á verter entonces su sangre con la nuestra defendiendo la bandera de España, era el hecho de que muchas de las partidas que venian luchando después de Biacnabató con igual tenacidad que la demostrada antes de aquel pacto, depusieron inmediatamente su actitud facciosa. ¡Cuán poco duró este consolador espectáculo! Sin embargo, no sólo el nuevo Capitán general, Sr. Augustin, sino muchos elementos peninsulares, llegaron á confiar en la actitud de estos pueblos y á fundar en ésta los cálculos más halagüeños para la defensa de este territorio.

Con el país filipino á nuestro lado nada temíamos: el conocimiento exacto de nuestros escasos medios para una guerra inferior; el verdadero inconcebible abandono en que vivíamos para sostener una del exterior, ninguna de estas dos circunstancias mermaban en lo más mínimo la legítima esperanza que hubiéramos podido abrigar de obtener éxito favorable en la contienda, siempre y cuando los naturales filipinos nos fuesen fieles.

3.ª *Medidas adoptadas para la defensa del territorio.* — No bastando la *Gaceta* ordinaria publicada el 23 de Abril para contener las disposiciones que en cada hora venía dictando el Capitán general, publicóse en la misma fecha un número extraordinario dando á conocer la ruptura de las hostilidades entre España y América. Dicha *Gaceta* contenia, además de la noticia aludida y del decreto declarando en estado de

guerra todas las islas, una alocución dirigida á los españoles, redactada con términos de gran dureza, aunque tuviesen insondable fondo de inslucia. ¿Qué frases era ilícito emplear hablando de Nación cual los Estados, cuyo jingoísmo, á ciencia y paciencia del Gobierno de aquella república, nos descargaba continuamente á la faz del mundo los calificativos más degradantes é injuriosos, tanto respecto de nuestra vida pública cuanto de la privada? Es muy natural que semejantes insultos no se perdonen fácilmente, sino que se ejerza siempre la *vendetta* en la forma que se puede. De esto no se sustrajo el señor general Augustin al redactar el documento á que nos referimos, y dicha alocución, que fué verdadera diatriba contra los americanos, se explotó grandemente más tarde por los mismos, pues el almirante Dewey, reprodujo, en una arenga dirigida á las dotaciones de su escuadra triunfante, con el fin de excitar más y más entre los suyos los sentimientos de hostilidad hacia los españoles, los párrafos más principales de la alocución del general Augustin.

La misma *Gaceta* oficial á que nos referimos decretaba el servicio de las armas obligatorio á todos los funcionarios públicos dependientes del Estado, de la Provincia ó Municipio que no contasen la edad de cincuenta años: obligaba asimismo á tomar las armas, alistándose en los gobiernos civiles y político-militares, á todo español peninsular y los hijos de éstos, siempre que hubieren cumplido veinte años de edad: se autorizaba el alistamiento voluntario de todos los demás españoles naturales de estas islas á quienes no se imponía el servicio obligatorio, y á los mayores de cincuenta años y menores de veinte que disfrutasen salud para soportar las fatigas del servicio militar: podían también filiarse como voluntarios los extranjeros residentes en las islas, excepción hecha de los norteamericanos. Se prohibía terminantemente desde la citada fecha ausentarse del territorio que comprendía la Capitanía general de las islas á cuantos se declaraba obligados á tomar las armas.

En virtud de otro decreto el mismo día publicado, se constituían los Consejos de guerra para juzgar en juicio sumarisimo los delitos de traición, condenando á la pena de muerte á todo reo de tal delito que estuviera comprendido en cualquiera de los nueve incisos que componían el art. 1.º

Por el segundo, debían ser también juzgados en forma igual aquellos que vertiesen noticias ó especies que tendiesen á desalentar á los defensores de la Patria.

Todo esto, en lo apurado del caso, era muy conveniente prevenirlo, pues por excepcional que fuese, según lo era, el valor de los defensores de la Patria, conociendo lo difícil de nuestra situación y viendo

que no recibíamos ninguno de los auxilios que nuestra patriótica fantasía esperaba, no era extraño oír alguna frase de desaliento y muchos tristes augurios.

Otro decreto también del 23 de Abril suspendía la reorganización del batallón de leales voluntarios de Manila, del escuadrón y de las guerrillas del casino San Rafael y San Miguel, poniéndose estas fuerzas voluntarias inmediatamente sobre las armas, y constituyendo la unidad ó unidades que correspondieren al número de individuos que se alistasen nuevamente.

Asimismo en igual fecha se decretó apagar todo el alumbrado marítimo, excepto el del faro de cabo Melville, con el objeto de dificultar la navegación de los barcos enemigos.

Todo lo poco disponible que contábamos para organizar la defensa se ejecutaba rápidamente. La misma *Gaceta* de 23 de Abril recordaba el decreto de creación de la Comisión civil de defensa, dictado en 29 de Marzo, presidida por el señor arzobispo metropolitano, D. Fr. Bernardino Nozaleda, siendo vocales de la misma el alcalde de la ciudad, señor del Saz Orozco; el Sr. García Aguirre, gobernador civil, y el secretario del Gobierno general, Sr. Sein Echaluze: la secretaría de aquella junta se encomendó á un honrado distinguido escritor de los que más realce supieron dar á la prensa periodística en Filipinas, á D. Manuel María Rincón. Esta Comisión tropezó con otro organismo administrativo de los permanentes, y las trabas que por trámites puso éste para la marcha de aquélla hicieron completamente deslucida la gestión que con toda buena voluntad aquella Comisión iniciara.

6.º *Orden general del día 27 de Abril de 1898.* — El General en jefe dictó en la indicada fecha una extensa orden general, señalando las zonas de defensa y las fuerzas que habían de custodiarlas. Comenzaba dicha orden dando á conocer la residencia oficial del Capitán general, que era la casa Ayuntamiento, en donde también residía el General jefe de Estado Mayor. Allí tenían que acudir los jefes de las zonas para los detalles del servicio. A renglón seguido trazaba los oficios asignados al General segundo cabo, Gobernador militar de la plaza, el cual tendría á su cargo la ciudad murada y además la vigilancia de la costa desde el malecón hasta el fortín de San Antonio, como principal cometido, debiendo también mandar y vigilar todas las fuerzas de las distintas zonas. Una compañía del batallón núm. 11 y otra del 73, con dos piezas de montaña, se situaban en el punto de amarre del cable. La guardia de las puertas de la ciudad y el servicio interior se confiaba á los voluntarios del batallón de las Guerrillas, excepto la de San Miguel; las secciones de marina y de infantería que componían la

misma, con dos piezas de montaña, habían de situarse en la isla de la Convalecencia, subiendo ni puente de Ayala. El servicio de las ocho baterías de la plaza se cubría por el regimiento de artillería de la misma, y para su custodia se destinaban dos compañías, también una del 11 y otra del 7.º. El general Arizmendi quedaba á las órdenes del general Jáudenes.

En la zona del general Palacios, nombrado comandante general de voluntarios, una compañía de éstos vigilaría el mar y la costa hasta la bocana de Vitás. La guerrilla del Casino prestaría igual servicio desde el puente de Ilanco hasta la plaza de Santa Cruz. La vigilancia en el resto de este barrio, la de Trozo y Dulumbayan, la haría una compañía de voluntarios, manteniendo un retén en el teatro de Zorrilla. San Sebastián y Quiapo serían vigilados por voluntarios de este barrio, y los de Sampaloc cuidarían de éste y del de San Miguel. A cargo de los de Paco quedaba la vigilancia de éste y los de Malate y Ermita. En la zona del coronel Pintos, una compañía de voluntarios destacaría una sección para la estación de tranvías de Maiabón y puente Pretil, y se colocarían dos piezas en la bocana de Vitás con 30 carabineros y una compañía del 6.º. Los incisos 13, 14 y 15 de la orden general, que casi á la letra transcribimos para informar mejor á nuestros lectores, conllevaban el mando expresado y el general de todas las zonas al segundo cabo, gobernador militar de la plaza. Al general Palacios, el de los barrios de Tondo, Binondo, Trozo, Dulumbayan, Santa Cruz, Quiapo, San Sebastián, San Miguel y Sampaloc, situados á la margen derecha del Pasig, teniendo también á sus órdenes al coronel Pintos, y al general Rizzo se le confería el mando de todas las fuerzas que cubrían la margen derecha del mismo río, teniendo á sus órdenes al coronel de artillería D. Efraim Rosales.

Añadíanse á las disposiciones anteriores las de que la fuerza del cuartel de Arroceros cubriese el puente colgante, y las del fortín el puente de España. El escuadrón de voluntarios distribuiría su fuerza entre los fortines y barrios, para su enlace. El regimiento de caballería á las inmediatas órdenes del gobernador de la plaza daría el servicio de escolta y vigilancia del trayecto comprendido entre el muelle de Amia y el fortín de San Antonio Abad, corriéndose hasta Laspiñas. Las ocho piezas restantes de montaña permanecían en su cuartel, listas para acudir adonde fuese necesario, así como las fuerzas que no se mencionan. El intendente militar y el inspector de Sanidad del Ejército quedaban al frente de los servicios que les están encomendados, con todo el personal á sus órdenes; el auditor general iba á las inmediatas del General en jefe. Todos los jefes y oficiales que no tenían destino especial se ponían á las órdenes de sus respectivos superiores.

Los servicios todos que se señalaban en esta orden habían de montarse desde la noche del mismo día 27, con el fin de que las fuerzas mixtas que habían de desempeñarlos adquiriesen noción cabal de la misión que se les confiaba.

Tal era la importante orden dada en la indicada fecha á las fuerzas de la plaza de Manila.

7.° *Preparativos para la defensa de Cavile, arsenal y bahía de Manila.*— En perfecta relación con los pobres medios que sumábamos en la capital de las islas para la defensa de la plaza, estaban los que disponíamos en la de Cavile, su arsenal y demás posiciones adjuntas. Contra las viejas irrupciones piráticas de los joloos y mindanaos; contra Lima-Hong y Siocco; contra los mismos Cornix y Drapper, sin más que los recursos de primera intención por ellos traídos; contra los holandeses en expediciones navales cual la que hicieron; contra los indios sectarios del Norte y del Sur del Archipiélago, que, según hizo Apolinario en 1848, cuidaban más de la custodia de aquellas *vestales* que le acompañaban en el *Banajao* que de fortificar y defender los derrumbaderos por donde acosado se precipitó; contra las maquinaciones de los del Catipunan tagalo, lo mismo antes que después de Biacnabató, la causa de la Patria tenía en Filipinas, con las pocas fuerzas materiales que presentaba, garantía fija: bien probado eslá. Pero contra una Nación poderosa, que durante más de dos años venía acumulando medios para guerrear por mar y tierra, y que además podía indirectamente sumar contra nosotros la conflagración del país, muy agrandada por los alientos que á los rebeldes de Aguinaldo les infundieron los representantes de aquella Nación en Hong-Kong y en Singapoore, y poco más tarde en el mismo territorio filipino, ¡ah!, contra todo eso no era posible bastasen las tropas que con el general Polavieja vinieran, y que estaban ya muy mermadas por la acción del clima, por las fatigas y privaciones y por la inoportuna repatriación.

En la plaza de Cavile se ejecutaron también las racionales posibles medidas de defensa. El general gobernador Sr. Peña, de acuerdo con las demás Autoridades, utilizó los escasos medios con que contaba para preparar la defensa: reorganizáronse las fuerzas de voluntarios: se surtieron los almacenes de víveres; se crearon secciones de bomberos; se estableció un servicio sanitario; se dispusieron las bóvedas de la real fortaleza de San Felipe para que se instalasen allí los enfermos, señoras, viejos y niños mientras durase el bombardeo: esta fortaleza era un franco objetivo, un verdadero blanco, pues se presenta al descubierto lo mismo por la ensenada de Cañacao que por la de Bacoor y por el arsenal: además, por lo viejo y débil de su construcción, re-

sultaba inútil para la moderna artillería; pero como no se disponía de lugar más seguro, aquél se eligió para el objeto indicado.

La artillería de la plaza de Cavile no podía ser más pobre. Dos cañones Whithworth, de 13 centímetros de avancarga, emplazados desde que estallo la rebelión tagala en 1896, montaba el baluarte de Porta-Vaga, que mira á la ensenada de Bacuor, y dos Palliser, de 16 centímetros, que el arsenal había cedido á la plaza en las mismas fechas. Este era el artillado.

Para las nuevas defensas que á toda prisa había que organizar, el mismo arsenal cedió dos cañones Palliser, que con gran trabajo se emplazaron en el baluarte de Santa Bárbara, mirando á la ensenada de Cañacao, y el día 14 de Abril se consiguió quedasen constituyendo batería en Punta Sangley, avanzada de la plaza de Cavile, dos cañones de 15 centímetros de retrocarga sistema Ordóñez: esta batería debiera haber estado dotada de otras dos piezas de 30 centímetros y de dos obuses: pero de las primeras, ni siquiera una existía en todo el Archipiélago.

A cuatro cañones Erupp, de 8 centímetros, se les improvisaron los avantrenes correspondientes para su fácil arrastre, oíreciendo los tiros de caballos necesarios unos cuantos vecinos leales de San Roque, así como los mismos dieron también las carromatas precisas para transportar las municiones de esta extraña batería. En Cavile no pudo hacerse más. El gobernador político-militar, general Peña, es indudablemente hombre de honradas, activas é inteligentes iniciativas, pero grandemente desgraciado. No recordamos de qué suerte vinimos á saber que, habiéndole escrito este general al Sr. Marqués de Estella detallándole cuanto para la defensa de la plaza de Cavile disponía, el general Primo de Rivera le contestó aplaudiéndole, pero expresando al propio tiempo el concepto de que en Manila estábamos mucho peor que en Cavile en el caso de estallar la guerra con los americanos, y es probable que en el mismo escrito en que el general Primo de Rivera manifestaba al general Peña lo que acabamos de exponer, le añadiese que no podía proporcionarle otro auxilio sino el envío de los dos cañones que constituyeron la avanzada de Punta Sangley á que hemos aludido.

En el arsenal ejecutáronse también á última hora algunos trabajos de defensa; pero resultaron, como era natural, completamente inútiles, y lo mismo resultó con cuanto á la carrera se hizo para defender la bahía de Manila.

Acerca de esto último discurriremos brevemente, por la inmensa pena que nos causa el hecho triste del abandono en que teníamos asunto tan importante para el mantenimiento de la integridad del territorio.

Nadie mejor que el personal de nuestra Armada en Filipinas podía saber que la bahía de Manila estaba indefensa en absoluto; que si llegaba la escuadra americana del Pacífico contra la nuestra, la suerte de ésta necesariamente habría de ser funesta. El contraalmirante Montojo, jefe del apostadero y escuadra de las islas, desde hacía mucho tiempo pedía refuerzos al departamento de Marina, y con grandísima urgencia, desde los meses de Enero y Febrero últimos, reclamaba el personal bastante para cubrir las dotaciones de sus barcos.

Hacia mediados de Marzo, si la memoria no nos es infiel, los jefes de la Armada, el comandante del *Lezo* D. Rafael Benavente y el coronel de artillería D. Maximino Garcés, expusieron un proyecto de defensa provisional: consistía en colocar seis baterías en la entrada de la bahía, emplazándose tres de ellas en Boca-grande, y las otras tres en Boca-chica: las tres primeras serían emplazadas en Pulo-caballo, en el islote del Fraile y en la ensenadita de Punta Beslinga; las tres últimas en Punta Gorda, cerca de Mariveles, en Punta Alasisí y en Punta Talisay del Corregidor: esto constituía la primera línea, y una segunda vendría á defender la bahía desde Punta Amó hasta los bajos de San Nicolás, y estaría constituida por una línea de torpedos, apoyada por dos baterías en sus extremos. De esta línea nada pudo hacerse, y sin ella, la primera resultaba completamente inútil.

Venciendo dificultades enormes, se pudo en veinticuatro días cabales montar algunos Palliser, Armstrong y Hontoria en los sitios indicados: mas no se pudo colocar una línea de torpedos que defendiese la entrada de la bahía. ¡Torpedos! Publicamos estas páginas dos años después de la catástrofe que puso fin á nuestra dominación en Filipinas: ya no es indiscreto señalar las verdades, por amargas que sean; procediendo así, tal vez contribuyamos en algo á previsiones para lo futuro, y desde luego á no tergiversar fundamentalmente conceptos sobre lo pasado. Para defender las posiciones del Corregidor, no sabemos se dispusiera de más de 14 ó 16 torpedos mecánicos: poco más ó menos, ese mismo número expresa los que teníamos para la defensa de Subic; mas debemos añadir que ni cargas ni espoletas para los mismos teníamos.

S." *Paréntesis oportuno.* — Aun cuando no encaje en lo modesto el epigrafe del presente párrafo, lo mantenemos confiados en el valor de las pruebas que nuestros lectores tienen de no ser ciertamente la vanidad el defecto que en nosotros se destaque.

Consideramos en efecto este paréntesis oportuno, pues por lo dicho basta ahora, y por lo que más tarde nos será forzoso aún añadir, respecto al abandono en que tocante á medios de guerra aquí vivíamos,

pudiera condensarse en torno de todas las autoridades que han dirigido este país filipino letal atmósfera, y esto resultaría en muchos casos injusticia notoria. Tampoco quoremos ni debemos enviar automático homenaje de aplauso y admiración á todas y á cada una de las gestiones superiores de estas islas, pues entre óslas hallamos algunas dignas de todo encomio, otras que nos merecen concepto más atenuado y las hallamos también grandemente censurables y desdichadas.

Mas es lo cierto que comúnmente los generales que han ejercido el mando superior de Filipinas han cumplido sus deberes respecto á la defensa del territorio. Informaron al Gobierno de la Nación, y pidieron el armamento necesario. ¿Quién puede negar este aserto? Quien á ello se sienta dispuesto, consulte antes los archivos de los departamentos ministeriales. Allí verá seguramente de qué suerte ocurrieron los Capitanes generales de estas islas á la necesidad sentida de reforzar los medios de defensa, aquí siempre escasísimos.

Antes del año 1861 ya se habían remitido á Madrid estudios importantes sobre la materia; pero á partir del año que acabamos de citar, y en el que el coronel de ingenieros Córdoba ejecutó en estas islas uno digno de alabanza, que fué remitido á la Metrópoli, han sido muchos los planes de defensa que se han elevado al Gobierno de S. M. ¿Cuán distinto hubiera sido el derrotero por nosotros seguido en la guerra con los norteamericanos, y aun en la del interior, si uno cualquiera de aquellos planes oportunamente se hubiese hecho efectivo!

Calcado en aquellos proyectos, y con particularidad en el que desarrollaba una Memoria-ponencia de la Comisión de artillería, firmada en 25 de Diciembre de 1880 y aprobada en 23 de Mayo de 1881 por la junta de defensa que en tal fecha presidía también el general Primo de Rivera, como Capitán general de las islas, en el mes de Marzo último, el jefe de Estado Mayor, general F. Tejeiro, presentó un proyecto de «Defensa de Manila, supuesta atacada por la escuadra americana». Comprendía este plan, que volvemos á decir era derivado de lo expuesto claramente en la Memoria del general Primo de Rivera en 1881, la defensa de la bahía de Manila y la de Subic.

Declarando la Memoria F. Tejeiro lo imposible de defender con éxito las dos bocas de entrada á la bahía de Manila, por la falla de material indispensable (artillería, cúpulas, torres blindadas, etc.), material que ya se pedía en 1881, trataba de obtener el cierre de Boca-grande, entrada que mide 7 millas próximamente de extensión: es decir, 10.000 metros, lo cual permitiría á los buques enemigos que trataran de forzar el paso navegar solamente unos minutos expuestos á nuestros fuegos, y aun eso á distancia de 4 ó 5.000 metros.

En el caso en que las defensas acumuladas en Boca-grande fuesen

destruidas por la escuadra enemiga, la bahía venia á caer toda en poder de aquélla, y Manila expuesta á un bombardeo funestísimo para la plaza, toda vez que la escuadra del enemigo podia efectuarlo desde línea de combate en la que sus buques nada sufriesen por el corto alcance de nuestra escasa artillería.

Cerrar Boca-grande para poder defender en mejores condiciones Boca-chica: tal era el pensamiento desarrollado en la Memoria de que nos ocupamos.

Una línea avanzada y otra decisiva se constituirían respectivamente en la primera y segunda parte en que se consideraba dividida la bahía. La primera línea supuesta partiría del extremo más lejano de la ensenada Balnngan é iria hasta el Corregidor, apoyándose en Agnanan, costa de Mariveles. La segunda partiría de la costa de Ternale para apoyarse en Punta Alasisi, de la de Mariveles también, pasando por Pulo-caballo y tocando en el Corregidor.

El cierre de Boca-grande podria lograrse colocando una serie de torpedos fijos y otra detrás al tresbolillo, constituyendo éstos con los primeros la defensa ofensiva de la primera línea. Claro está que no podia pensarse, dado el gran fondo de aquellas aguas, en obstruir la entrada por la sumersión de obstáculos: pero éstos podrian utilizarse en la segunda línea, echando á pique cascos y buques viejos con torpedos flotantes de automática explosión. Dos baterías rasantes, del menor relieve posible, una en Pulo-caballo y otra en el Fraile, constituirían los medios ofensivos de esta supuesta segunda línea.

Por lo que respecta á la entrada de Boca-chica, era preciso emplazar dos baterías: una en Corregidor y otra en el puerto de Agnanan, que montasen piezas de las de mayor alcance, en número de seis por lo menos para cada batería, y empleando obuses ó cañones cuyos montajes permitiesen gran ángulo de elevación y el tiro curvo, muy eficaz contra los barcos modernos. En la segunda línea para la defensa de Boca-chica se colocarían otras dos baterías de seis piezas cada una, y como reserva de esta segunda posición, ocultos y protegidos contra los fuegos del enemigo, se encontrarían los buques de nuestra escuadra, los que, en el caso de ser forzada la segunda línea, saldrían á combatir sumando sus fuegos con el resto de la artillería disponible, emplazada en grupo de baterías á lo largo de la costa del Corregidor hasta casi Punta Buri.

Subic: la defensa de este puerto debia basarse en el cierre de la entrada de su bahía, por delante de la isla Grande, valiéndose de la combinación de torpedos con obstáculos sumergidos; de una batería de las piezas de gran calibre emplazada en la citada isla, y apoyada por otra batería en Punta Camagan.

El día 10 de Marzo se presentó este nuevo proyecto, reformando el de 1881; pero ¿qué se pudo realizar? Nada.

Un solo libro, por voluminoso que fuera, no nos bastaría para dar á conocer detalladamente los datos y antecedentes relativos á los planes de defensa dirigidos desde estas islas al Gobierno de la Metrópoli: los autores de aquellos trabajos no habrán podido dolerse de la preferencia que hayan tenido unos ú otros: corrieron igual suerte casi todos los proyectos aludidos: un *Visto*.



CAPÍTULO X

Continúan los acontecimientos del mes de **Abril** de 1898.

1.º La escuadra española abandona las aguas de Cavite y bahía de Manila, marchando á Subic. Retorno de la misma, para librar en el primer puerto citado el combate de 1.º de Mayo. — 2.º La escuadra americana al mando de Dewey abandona la bahía de Mirs y viene contra Filipinas. — 3.º Cuadro comparativo entre las escuadras española y americana.

1. *La escuadra española abandona las aguas de Cavite y bahía de Manila, marchando á Subic. Retorno de la misma, para librar en el primer puerto citado el combate de 1.º de Mayo.* — En una junta celebrada el día 16 de Marzo en la Comandancia general del apostadero y escuadra, se acordó por mayoría de votos ó pareceres ocupar el puerto de Subic para su defensa: la aludida junta la presidió el Capitán general de las islas, señor Primo de Rivera, y á ella asistieron todos los jefes de Marina, los comandantes de nuestros barcos de guerra y el del puerto de Subic. Se decidió fortificarlo y que se resguardase allí, no sólo nuestra escuadra, sino también los buques mercantes, así que se conociese la declaración de guerra de España con los Estados Unidos. Es indudable que tal pensamiento era muy tardío, y así lo declaraban en privado aquellos jefes de Marina más caracterizados, en cuyas condiciones podía tenerse la mayor confianza. Sobrevinieron los acontecimientos sin que se hubiese podido efectuar en Subic obra alguna de fortificación, cuando hacia treinta y ocho años nada menos que se habían propuesto las necesarias para que en aquella posición marítima se constituyese un puerto militar.

Luchando con grandes dificultades, como para todo se presentaban dada la falta de recursos para la guerra, condujose al puerto de Subic

cuanto se pudo: cuatro cañones y catorce torpedos; *¡catorce torpedos, pero sin espoletas ni cargas!* Tan desprovistos andábamos, que á un vapor de la Compañía del cable de Hong-Kong, por casualidad fondeado en la bahía de Manila, fué preciso comprarle los servicios de su planta de luz eléctrica, con objeto de utilizarlos como cables, pues los existentes en nuestro arsenal estaban completamente inútiles. Siendo insuperables los obstáculos presentados para la construcción de porta-espoletas y demás accesorios, aun se pensó en hacer solamente torpedos mecánicos; pero cuanto con tal apremio había de lograrse, resultaba imposible de obtener.

En la noche del 25 de Abril, nuestra escuadra salió para Subic. Al día siguiente, los ingenieros militares informaron al contraalmirante Montojo, asegurándole que los cuatro cañones á que hemos aludido no podrían ser emplazados en las baterías de tierra propuestas en menos de veinte días. ¡Veinte días! Precisamente al quinto del en que esto se afirmaba, todos nuestros barcos, por sus bandas taladrados ó consumidos por las llamas, apoyaban sus quillas en el arenoso fondo de las aguas de Cavile.

Con grandes dudas de si surtirían algún efecto, y trabajando mucho, pudieron colocarse hasta cinco torpedos en las aguas de Subic.

Pensando, sin duda, el general Montojo en lo imposible de improvisar en dicho puerto defensa alguna, y que, en el caso de ser allí atacada nuestra escuadra, era inevitable la pérdida total de los barcos y de los hombres que los tripulaban, por ser el de Subic un mar de gran fondo, reunió una junta de comandantes, y en ella se acordó lo procedente del retorno á Manila, y librar el combate en aguas de Cavile hasta último extremo, al amparo de las baterías del arsenal y Punta Sangley. Efectuándolo así, cuando menos podrían salvar sus vidas quienes sobrevivieran á la sin igual desproporcionada batalla naval que se aguardaba: la proximidad del arsenal haría posible el transbordo de los heridos y el personal, para no caer unos y otros prisioneros.

Así se efectuó, y si no la censuramos, nos dolemos de que en vez de dicha resolución no se hubiese puesto en práctica el plan de un distinguido capitán de navio que había formado parte de la junta de jefes á que nos hemos referido.

Adoptándolo, muy posible hubiera sido que la escuadra enemiga, cuando menos, no resultase ilesa según aconteció, y hasta cabía fundar alguna esperanza de victoria si la fortuna ablandaba sus rigores contra nosotros, y contando siempre con que se cruzasen los fuegos de las baterías de Mandaian luego el enemigo ocupase el centro del canal. La opinión á que hacemos referencia consistía en que, en tales apremios, el Ejército dotase la batería de Punta Sangley con los seis cañones de

15 centímetros que tenía la maestranza; que en el cementerio chino de Cavile se montase una batería compuesta de los cañones de 12 centímetros del *Leza* y los cuatro del *Ulloa*, formada con grandes masas de tierra y arena para su defensa. Desde Punia Sangfey al fuerte de Guadalupe, una línea de gánguiles y lanchones, que en número de 50 ó 60 proporcionarían las *Obras del puerto*, abarrotados de sacos de arena, entorpecerían los movimientos del enemigo, y dentro de esta línea habrían de siluarse para combale la *Cristina*, la *Castilla*, el *Marqués del Duero*, el *Don Juan de Austrin*, el *Isin de Cubu* y el *Luzón*.

En el fuerte de Guadalupe se colocarían ocho cañones de los que existían en el arsenal.

Íb' aquí muy sintéticamente expresado el plan que, volvemos á decir, por alguien se propuso, y que después, por todos se declaraba ser el que podía ofrecer un rayo de esperanza siquiera.

Sin conlar con los auxilios pedidos á la Metrópoli por el general Montojo, con gran urgencia reclamados en los primeros días del mes de Febrero, singularmente por lo que al personal se refería: sin haber podido lograr la aplicación del sistema propuesto para la defensa del puerto de Subie; necesitados nuestros barcos, todos ellos, de las carenas que ya en otra junta de jefes de la Armada mucho tiempo antes, en Mayo del año anterior 1897, no sólo se habían declarado indispensables, sino que se pidió fuesen aquellas reparaciones ejecutadas en los arsenales extranjeros próximos á estas islas, ya que en el nuestro, tan escaso de medios, no se hubieran empleado menos de seis años en practicarlas; sin haber sido posible obtener más reparaciones de las aludidas que la del *Don Juan de Austrin*; teniendo en composición el *Velasco*, que sucedió al anterior en el varadero de Cañacao; siendo preciso amarrar el *Ulloa* para que pudiera tomar parte en el combate, ¿quién era capaz de predecir otro resultado sino el sufrido por nuestra débil y mal pertrechada y mal llamada escuadra de Filipinas? En el justo afán que sentimos de informar cuanto más cumplidamente podamos á nuestros lectores, pronto compararemos las escuadras de Montojo y Dewey.

2.ª *La escuadra americana ni mando del comodoro George Dewey abandona la habla de Mirs y viene contra Filipinas.* — Desde los primeros días de Febrero, es decir, desde las mismas fechas en que el contraalmirante Montojo, jefe del apostadero y escuadra de Filipinas, solicitaba con gran apremio, según hemos dicho, los refuerzos necesarios de personal y material para los buques de su mando, refuerzos que jamás ni en poco ni en mucho llegaron, surcaba los mares de China una escuadra americana al mando del comodoro Dewey. Esta escuadra, en los

últimos días de Abril estaba fondeada en el vecino puerto de Hong-Kong, y á las veinticuatro horas de saberse en la citada colonia inglesa la declaración de guerra entre España y los Estados Unidos de América, abandonó su fondeo, trasladándose á la bahía de Mirs, muy inmediata al mismo.

El 28 de Abril, y fechado en Hong-Kong en este mismo día, á las nueve horas cuarenta y cinco minutos de la mañana, recibióse en Manila un cablegrama del texto literal siguiente:

«La escuadra americana del Pacífico salió ayer tarde de la bahía de Mirs, donde se hallaba fondeada.»

En todo tiempo hanse reconocido y ensalzado virtudes peculiares en los españoles: pero en todas épocas, desde las más remotas, se nos han señalado también evidentes defectos. No es el menor de éstos esa vibrátil constantemente exaltada función de nuestra imaginativa, por la cual agrandamos hasta que se nos pierden de vista los verdaderos límites de todo lo que es para nosotros afortunado y de todo lo adverso que nos allige.

Con defecto semejante, se explican muchas de nuestras desgracias, á pesar de que con él coincide el *valor* que con justicia se asigna á nuestra raza como atributo esencial de nuestro constitutivo; y así, intentando sumar dos factores que no son homogéneos, obtenemos un producto que no es expresión absoluta de lo que deseamos puntualizar.

Esta condición tenía el que en estas fechas alojábamos en nuestra mente respecto á la escuadra norteamericana del Pacífico. Alguna noticia desde Hong-Kong, tal vez con travesura ideada y solamente publicada para que la glosásemos aquí según nuestra brillante fantasía, consiguió despistarnos tan por completo de la verdadera fuerza de la expedición naval que contra nosotros se dirigía, que casi llegábamos muchos á dolernos de la triste fortuna que en estas aguas aguardaba á los barcos americanos.

Decíase que la escuadra de Dewey había experimentado tan gran número de deserciones en el personal de la escuadra toda, que apenas montaba alguno de los buques el indispensable para la maniobra.

¡Siempre soñando! Eternamente «fugados de la realidad», como diría el Sr. Silvela, ese hombre de Estado cuyo finísimo bien templado bisturí no precisa la aplicación de método alguno de anestesia para la más importante operación de la más alta cirugía, ciencia que cultivó tanto desde la Presidencia del Consejo de Ministros cuanto para constituir su partido: lo que hay es que, por lo errónea que suele resultar la *selección* que practica, no logró dicho hombre de Estado éxito definitivo, sino muy pasajero, en sus procedimientos operatorios.

3 ° Cuadro comparativo entre las *escuadras española y americana*. — El cuadro que vamos á exponer proporcionará á nuestros lectores los medios más sencillos para por si solos juzgar enán natural y lógico fué el descalabro que sufrimos en el combate naval del 1 ° de Mayo de 1898, y aun hallaremos mayores argumentos en pro de tal afirmación cuando detallemos en el capítulo siguiente la situación ruínosa en que se hallaban en estas islas los barcos de la escuadra española que figuraban con mayor tonelaje y armamento.

BUQUES

Tonelaje

Máqui-
nas.
—
Fuerza
caballos.

ARTILLERÍA

Escuadra española.

Cañones
grandes.

Cañones
peque-
ños.

Veloci-
dad
media.
—
Millas.

Dotación
—
Hombres

Crucero no protegido *Reina Cristina*.

3.500

3.900

6 Hontoria 16 c/m, 3 tiro rápido 57 m/m, 6 revólver 37 m/m, 2 revólver 42 m/m, 2 ametralladoras 11 m/m.

6

15

10

331

Idem id. *Don Juan de Austria*

1.150

1.500

4 Hontoria 12 c/m, 2 tiro rápido 42 m/m, 4 Hontoria 37 m/m, 2 Hontoria 7 c/m, 2 ametralladoras 11 m/m.

4

11

12

159

Crucero protegido *Isla de Cuba*

1.110

1.600

4 Hontoria 12 c/m, 2 tiro rápido 57 m/m, 2 revólver 37 m/m, 1 cañón 37 m/m, 1 ametralladora 11 m/m.

4

0

10

147

Idem id. *Isla de Luzón*

1.110

1.600

4 Hontoria 12 c/m, 2 tiro rápido 57 m/m, 2 revólver 37 m/m, 1 cañón 37 m/m, 1 ametralladora 11 m/m.

4

6

10

147

Crucero no protegido, de madora, on
mol eslado y sin movimiento, *Cas-
tilla*

3.240

2.600

4 Krupp 15 c/m, 2 Krupp 12 c/m, 4 revólver 37 m/m, 4 revólver 42 m/m, 2 revólver 11 m/m, 2 Krupp 8 c/m, 2 Krupp 7 1/2...

6

14

»

291

TOTALES..... 5 buques.

10.110

11.200

Escuadra de los E. U. de N. América.

24

52

»

1.075

Crucero protegido *Olimpia*

5.800

17.360

4 do 8 pulgadas, 10 do 5 tiro rápido, 14 de 6 libras, 6 de 1 libra, 4 ametralladoras.

14

24

21

350

Idem id. *Baltimore*

4.600

10.750

4 do 8 pulgadas, 6 de 6 pulgadas, 4 de 6 libras, 2 de 3 libras, 2 de 1 libra, 6 ametralladoras.

10

14

20

330

Idem id. *Boston*

3.180

3.780

2 de 8 pulgadas, 6 do 6 pulgadas, 2 de 6 libras, 2 de 3 libras, 6 de 1 libra, 2 ametralladoras.

8

12

15

260

Idem id. *Raleigh*

3.180

10.000

1 de 6 pulgadas, 10 de 5 de tiro rápido, 8 de 6 libras, 4 de 1 libra, 2 ametralladoras.

11

14

19

250

Cañonero protegido *Concord*

1.700

3.500

6 de 6 pulgadas, 2 de 6 libras, 2 de 3 libras, 1 de 1 libra, 4 ametralladoras.

6

9

17

170

Idem id. *Petrel*

890

1.500

4 de 6 pulgadas, 2 de 3 libras tiro rápido, 1 de 1 libra, 4 ametralladoras.

4

7

13

100

Idem *Me. Culloch*

1.000

1.500

4 de 6 pulgadas, 4 de 3 libras, 4 ametralladoras.

4

8

»

140

TOTALES..... 7 buques.

20.350

48.390

57

88

»

1.600

NOTA 1.ª — Los buques *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*, que figuran en el Estado general de la Armada como cruceros, no son realmente más que cañoneros de primera clase.

NOTA 2.ª — Los datos acerca de la dotación de los buques americanos son aproximados, así como los referentes al *Me. Culloch*.

CAPÍTULO XI

Principales acontecimientos del mes de Mayo de 1898.

- 1.º Entrada de la escuadra americana en la bahía de Manila. Reconocimiento practicado por aquella. Su formación en línea de combate frente á Manila y Cavite. — 2.º Triste expectación y últimos preparativos en la plaza. — 3.º Línea de combate de la escuadra española. — 4.º Combate naval. — 5.º Batería de Punta Sangley. — 6.º Nuevo ataque de la escuadra americana á los restos informes de la española. — 7.º Destrucción del *Isla de Mindanao*. — 8.º Consideraciones generales. — 9.º ¿Quién comotió torpezas?

1. *Entrada de la escuadra americana en la bahía de Manila. Reconocimiento practicado por aquella.* Su formación en línea de combate frente á Manila y Cavite. — A las ocho de la noche del 30 de Abril, el semáforo del Corregidor divisó por el ONO, una luz, que desapareció muy pronto. A la de los vivos relámpagos que con tanta frecuencia se producen en las nubes de esta atmósfera electrizadísima, se creyó ver poco después la silueta de algunos buques sin luz alguna y navegando al SE. A las once, nuestro cañonero *Arayat*, que se hallaba cruzando por fuera del Corregidor, hizo señal de enemigo á la vista, y vino retirándose hacia dentro por Itocahica. Observando atentamente, pronto los del semáforo vieron varios barcos grandes que, en correcta fila, navegaban en dirección del islote El Carabao, y no debemos omitir manifestar que desde hacia tres noches se notaba en la costa de aquel islote la luz de hogueras, que, por lo extensas, podían hacer olvidar de un buen faro. Hacia una de aquellas hogueras pusieron directamente su proa los buques observados: pareció se detuvieran allí escasos minutos, y continuando su marcha, y cambiando su dirección pegándose á la costa, de pronto y á toda máquina pasaron por detrás

del islote El Fraile entre éste y Pulo-caballo. El Fraile disparó á 6.000 melros contra aquellos barcos: un proyectil miesro pasó á cuatro traveses de dedo sobre la cabeza del comandante del *Raleigh*. Los buques enemigos contestaron con seis ú ocho cañonazos sin detenerse un instante: mientras esto aconteció, por Punia Restinga y El Fraile pasaron dos barcos, el *Nanshen* y el *Záfiro*, que traía de convoy la escuadra americana. Punia Restinga hizo fuego, que quedó incontestado, sin causar daño alguno ni enemigo, el cual siempre á toda máquina se dirigió hacia el N. flanqueando las baterías, lo mismo que el sitio en el que suponía existir una línea de torpedos. A la una y treinta y siete minutos de la madrugada había roto el fuego Boca-chica, y á la una y cincuenta y tres, Boca-grande. Por la primera hizo su entrada la escuadra enemiga, moviéndose con libertad, como guiada por alguien (y así sucedía) que conociese de antiguo y con perfección cuanto se refiriera á las aguas de esta bahía inmensa y á las tierras que la limitan. Para examinar las defensas, valíase la escuadra americana de sus grandes foros eléctricos, con precisión dirigidos á los pocos lugares en que siquiera débiles las teníamos. La escuadra americana, ya en el centro de la bahía, formó su línea de combate frente á Manila; nuestra batería de La Luneta le hizo fuego, y los buques enemigos, después de enviar contra aquélla unos cuantos grandes proyectiles, operó un movimiento con el fin de situarse frente á Cavile y atacar nuestra escuadra.

2.^o *Triste expectación y últimos preparativos en la plaza.* — Cuantos elementos existían en Cavile y posiciones anexas estaban en tales horas melódicamente dispuestos: tan pronto se oyó el toque de alarma dado en la playa, como movidos por resorte eléctrico cuantos factores de defensa allí sumábamos pusiéronse en movimiento: los combatientes, con rapidez de vértigo, ocuparon los sitios que tenían señalados; los no combatientes, las señoras y los niños, esos delicadísimos seres á quienes la humanidad siempre debe considerar cual si fueran coros de ángeles por Dios enviados á la tierra con el fin de entrever desde ella las dulzuras del cielo; esos seres que, por lo distanciados que están de los conceptos y fuerzas de agresión, debieran imponer á éstas el más sagrado respeto, fueron apresuradamente conducidos sobre el regazo de sus madres, ó engarzados en las manos de éstas y de los viejos, á refugiarse en las palúdicas bóvedas de la real Fuerza y del arsenal.

El General gobernador de la plaza y provincia de Cavite inspeccionaba todos los puestos militares, y, junto al pie del heliógrafo en la muralla situado, observaba atentamente cuanto por Fuera y por dentro acontecía.

Si siempre con mirada triste y recelosa podía recorrerse la pequeñez de nuestras defensas interiores y exteriores, ¡ah!, cuando la escuadra Dewey apareció y se vieron agrandadas por los fenómenos de refracción las siluetas de aquellos nueve barcos, siete de ellos de combate, cuyas condiciones para la guerra han podido ser apreciadas en cuadro que precede, ni el ánimo más sereno, ni el más agitado por tristes impresiones, podían deducir otra consecuencia sino la del gran descalabro que inmediatamente íbamos á sufrir. No hay que achacar en tales instantes ni á optimismos, alegres, irreflexivos, ni á constrictores pesimismo de los cuales la mayor ó menor normalidad en las funciones del hígado puede ser más responsable que las de la allisima función cerebral, la noción que se adquirió al ver ocupar las líneas estratégicas que para la lucha adoptara la escuadra americana. El juicio formado por todos cuantos esto vieron fué igual: un desastre al canto. Hasta aquel momento, tal vez la opinión pública, de haberlos conocido en toda su extensión, hubiera censurado con nuestras nativas vehemencias los claros pronósticos que el jefe de nuestra escuadra, general Monlojo, venía haciendo desde luego que supo la declaración de guerra: aun antes de ésta, desde que tuvo noticia de la presencia en las aguas de China de la escuadra Dewey: de aquí la insistencia con que, singularmente desde el 3 de Febrero, pedía refuerzos á la Metrópoli con toda urgencia.

3.ª *Línea de combate de la escuadra española.* — La escuadra americana halló á la nuestra colocada á la defensiva (¿de qué otra suerte podía estar!); nuestros barcos formaban una línea curva de combate que empezaba desde la playa de Punta Sangley, al SE. de la batería de este nombre, y terminaba próximamente al NE. del arsenal.

El punto más avanzado de la línea lo ocupaba, en la proximidad de Punta Sangley, el *Don Juan de Austria*, constituyendo la cabeza de línea al N., y seguíente el *Ulloa*, el *Castilla*, el *Cristina* y los dos protegidos *Isla de Luzón* é *Isla de Cuba*. Desde su cabeza de línea, el *Don Juan de Austria* dominaba con sus fuegos por encima de aquella batería el paso de los buques hasta Malale, y á popa del *Austria*, y para reforzar la posición de éste, estaba el *Ulloa* sin movimiento, pues precisamente en tales lechas estaba carenándose; sin embargo, ocupó su puesto de combate, empleando los dos cañones que en la banda de estribor le habían dejado. El *Castilla*, sin poder usar su máquina por tener una gran vía de agua, fondeado en poco más de ocho metros de fondo, ocupaba el centro de la línea y, acoderado, presentaba sus fuegos al N. Por la proa de este buque se siluó, apoyada por los cruceros *Isla de Cuba* y

Luzón, la *Cristina*, que era el barco insignia. En la mura de babor de éste se siluó el aviso *Marqués del Duero*.

A 500 metros íntera de esta línea, una fila de gánguiles y gabarras llenas de arena podían entorpecer el movimiento de los barcos enemigos al avanzar sobre los nuestros, que en las condiciones dichas (inútiles para navegar), despojados de todas sus vergas, masteleros y maderas de respeto con objeto de disminuir los riesgos del incendio, allí aguardaban el triste fin previsto y que no se hizo esperar.

4.° *El combate naval.* — La escuadra americana desfiló lentamente frente a los buques smtos en la bahía; viró, y acelerando su marcha, se fué resueltamente contra nuestra escuadra. Advertido el teniente comandante de la pequeña batería de Punta Sangley, el bravo aragonés D. Valentín Valera, y cerciorado, por la respuesta que recibió a la pregunta que le hizo al comandante del *Don Juan de Austria*, de que en efecto la escuadra americana era la que tenían al frente, con el único cañón que aquella batería contaba de los dos que en ella había emplazados para hacer fuego en dirección al enemigo, dió comienzo al combate con cuatro disparos, apreciando distancias y corrigiendo tiro, pues habían resultado cortos. Un instante más tarde rompió el fuego una batería de Manila, la de La Lumela, y a las cinco y cuarto lo inició nuestro buque insignia *Cristina*, siguiéndole el resto de la escuadra. Uno de los primeros proyectiles de nuestros barcos hirió al *Baltimore*, dejando fuera de combate cinco individuos. La escuadra Dewey formó después primero en línea de marcación NOSE., é inmediatamente en círculo frente a la batería de Punta Sangley, desfilando uno por uno los barcos enemigos al frente de los nuestros; es decir, batiéndose según lo que se llama por contramarcha.

El gráfico que acompañamos podrá dar a nuestros bondadosos lectores cabal conocimiento de la forma en que la escuadra americana se batió.

Verdaderamente fué horrible el fuego que los barcos de Dewey produjeron contra los nuestros: más de doscientos proyectiles por minuto: sólo con la artillería gruesa dispararon mil ochocientas granadas.

Aun cuando ciertamente la proporción de los blancos que lucieran fué muy escasa, no llegó al 3 por 100, los resultados habían de ser, como lo fueron, desastrosos.

Uno de los primeros proyectiles enemigos atravesó la *Cristina*, y produjo espantoso incendio a bordo.

Objeto principal de la escuadra americana se conoció que era destruir el citado buque insignia, pues fueron incontables los disparos que contra él hicieron.

A poco de empezar el fuego, otra granada del enemigo puso fuera de combate en el mismo buque todos los sirvientes de los cuatro cañones de tiro rápido que el barco montaba: hizo astillas su palo trinquete, quedando heridos los timoneles que gobernaban en el puente, habiendo de encargarse por tal causa de tan importante servicio personalmente el oficial del Estado Mayor, teniente de navío D. José Núñez, quien con la mayor serenidad dirigió el barco hasta la terminación del combate. Muy reconocidos de toda justicia son los encomios que de este marino distinguido hacía el general Sr. Monlojo en el parte que diera de la catástrofe naval de Cavite.

A la media hora de estar librándose la batalla de que nos ocupamos, cuantos la presenciábamos y desde más cerca ó más lejos seguíamos anhelosos los incidentes de la misma, sufrimos la tristísima impresión de ver de qué suerte las llamas de colosal incendio invadían ya la *Cristina*, y cómo se incendiaban también la *Castilla* y el *Don Juan de Austria*.

La *Cristina*, después de haber largado sus amarras, según lo hicieron los demás barcos, para no separarse de la línea SO. ni del apoyo del *Isla de Cuba* y del *Isla de Luzón*, avanzó temerariamente sobre el *Olympus*: pero había sido aquel buque objeto de tan frenético ataque con los cañones de tiro rápido de los americanos, que no pudo continuar su movimiento. Los proyectiles eran ya lanzados por el enemigo afinando la puntería y muy reducidas las distancias, pues á la media hora pasada del principio del combate, ya veían los americanos clara su victoria, y por consiguiente, con tranquilidad podían enderezar bien sus proyectiles á los averiados barcos que tenían á su alcance.

Testigos serios presenciales del combate naval de que nos ocupamos declaran ser imposible relatar el cuadro que ofrecía la *Cristina* á las dos horas de lucha, es decir, á las siete de la mañana de aquel día nefasto. En la última hora señalada, el buque insignia incendiado recibió una granada de cañón grande que le destruyó el servomotor, y el barco quedó sin gobierno. Mientras á toda prisa se procuraba engranar la rueda de mano, otro proyectil enemigo vino á explotar en la popa de la *Cristina*, cuya batería de tiro rápido, montando cuatro cañones en la toldilla, llegó á cubrirse por cuarta vez: la explosión de la granada de popa á que aludimos puso fuera de combate nueve hombres, y continuando la larga serie de averías y de muertes en el barco producidas por las granadas americanas, dice el parte á que nos referimos: «Otro proyectil destruyó el calces y pico de mesana, arrastrando la bandera y la insignia, que se ordenó reponer inmediatamente; otra granada explotó en la cámara de oficiales, convertida en hospital de sangre, y mutiló los heridos que allí había; otra granada reventó en el

pañol de municiones y mixlos de popa, llenando de humo las cámaras. Siendo imposible dominar el incendio, túvose gran cuidado en inundar el pañol cuando ya empezaba á explotar la cartuchería. En el centro del buque, varias granadas atravesaron las chimeneas y los guardacalores, dejando fuera de combate un condestable y doce sirvientes de la artillería; otro proyectil inutilizó en la proa el cañón de estribor, cuando el fuego de popa amenazaba devorar ya todo el alcázar; otra granada, atravesando el costado, fué á reventar en el sollado. Aun continuaba la *Cristina* disparando los cañones no averiados; un solo cabo de aquéllos, con otro de mar, llegaron á ser los únicos que quedaron de pie para ir descargando las piezas que dejaba cargadas la gente de maniobra, que repetidas veces hubo de sustituir á la de artillería».

La *Cristina* estaba inútil, como se ve, para continuar el combate: el barco, sin gobierno; con más de la mitad de bajas en su dotación; con 80 heridos graves, entre ellos un teniente de navio, el Sr. D. Manuel Isbert, el cual recibió extensas crueles quemaduras de segundo grado en la cara y en las manos; dos alféreces de navio, el contador y el capellán, quien ya veremos pronto como acabó: no había más remedio que abandonar el barco, y así lo dispuso, antes de que ocurriese la explosión de los pañoles de pólvora, el general Montojo: con el auxilio del *Isla de Cuba* y del *Isla de Luzón* se procedió al salvamento: el general Montojo mandó trasladar su insignia al *Isla de Cuba*, y cuando se estaba en esfa operación, recogiendo en los botes y lanchas de aquellos dos cruceros con las del arsenal á los heridos, una granada vino á destrozár por completo al comandante de la *Cristina*, al inolvidable y malogrado D. Luis Cadarso, tipo de honradez, y por ende de pundonor. Minutos después de abandonar dicho barco, ó, mejor dicho, los restos flotantes de aquel barco, vino la explosión de los pañoles que se temía, y la *Cristina* desapareció de la superficie de las aguas.

Hecho muy digno de mención entre los de valor heroico lo es aquel que á bordo del *Cristina* llevó á cabo el capellán Sr. Novo: fracturado de ambas extremidades inferiores el sin par valeroso sacerdote, iba arrastrándose por la cubierta de la *Cristina*, administrando los óleos santos á los moribundos, hasta que en tan santo oficio, ejercido por modo tan sublime, una granada del enemigo vino á seccionar el cuerpo de aquel sacerdote, cual acababa de ser seccionado por otra bala americana el del comandante del buque Sr. Cadarso.

Otro hecho distinguidísimo fué el ejecutado por un joven teniente de infantería de Marina de guarnición en la *Cristina*, por el Sr. Ristori, que, casi niño, recibió en esta fecha su bautismo de sangre, y unas semanas después, en otro señaladísimo combate terrestre, le destruían

las balas de los rebeldes lagulos un brazo, que le amputaron los mismos médicos de la escuadra americana. El Sr. Ristori, herido como acabamos de decir á bordo de la *Cristina*, se arrojó al agua con el fin de salvar á nado la distancia que le separaba del crucero *Isla de Cuba*; halló en su camino dos tripulantes de su mismo barco próximos á perecer por la extenuación, y asiéndolos á sí mismo, con tan humanitario remolque llegó al barco que se proponía, siendo salvados los tres por el cabo que con toda presteza desde á bordo se les arrojó.

Otro hecho, señaladisimo también, realizó un cabo de mar llamado Marim: este valiente soldado habíase quedado solo á bordo de la *Cristina* para disparar los últimos cañones, acudiendo verliginosamente á todos ellos: cuando los supervivientes de esle barco lograron ganar tierra, el jefe de Estado Mayor, distinguido capitán de navio Sr. Boado, sintió el deber de buscar con insistencia á aquel bravo hombre de mar, y al encontrarlo entre filas para pasar lista, lo hizo salir al frente para presentarlo ante el comandante general y todas las fuerzas de Marina que allí había congregadas después de la catástrofe, diciendo sencillamente: *he aquí un héroe*. Por cierto que pocos días después del funesto 1. de Mayo á que nos referimos, el cabo de mar citado volvía á luchar durante cuarenta y ocho horas en Ilinacayan, formando parte del deslucamiento de dicho punto, en el que la fuerza que lo guarnecía resistió el tiempo que humanamente pudo, hasta que, careciendo de todo alimento y municiones, vino á caer prisionera de los rebeldes tagalos.

Mas volviendo á nuestro pobre relato, y ya muy cerca de la terminación del combate naval tan desgraciado, diremos que el *Illou*, después de haber combatido con bravura; después de contar fuera de combate más de la mitad de su dotación, incluso su comandante; cuando ya sólo con dos cañones de pequeño calibre podía disparar, se anegó totalmente por los rumbos de agua que le habían abierto los proyectiles americanos en su línea de flotación.

Asimismo la *Castilla*, acribillada á balazos y en ocasión en que sólo podía emplear un cañón de los más pequeños que montaba, se incendió totalmente, habiendo de abandonarla. Probablemente se efectuó así en virtud de orden expresa del comandante general de la escuadra, pues el de la *Castilla* no quiso sin tal requisito transbordarse, á pesar de las advertencias que para ello le dirigian los jefes de los buques más próximos, calculando de qué modo subitáneo iba á desaparecer el expresado barco. La *Castilla* tuvo en el combate 25 muertos, 42 heridos graves, 18 menos graves y 20 heridos leves.

El *Don Juan de Austria* quedó inútil por completo, y varó cuando el incendio que había partido de sus carboneras tomaba las proporciones

de voraz: este barco experimentó también muchas bajas, contando entre los heridos el teniente de navio Sr. Zuazo y el médico Sr. Ballesteros, ambos muy distinguidos ciertamente días antes en los graves sucesos de Cebú que relatados quedan en próximas anteriores páginas.

Solamente dos barcos de la escuadra española en aguas do Cavile quedaron después del combate poco menos que incólumes, el *Isla de Cuba* y el *Isla de Luzón*: bien es verdad que ambos eran protegidos, pero el segundo tenía desmontada su mejor artillería: tres cañones de 12 centímetros.

Las pérdidas en hombres fueron mucho más dolorosas: á 356 ascendió el número de bajas entre los tripulantes de nuestra perdida escuadra de Filipinas. Las almas generosas de los muertos que en ella tuvimos sabrán pedir á Dios inspire mayor calma en sus juicios á aquellos detractores de quienes á sabiendas entregan su vida á la causa do la Patria y al honor militar.

El general Montojo ordenó que el resto de los barcos que nos quedaban flotando fuesen echados á pique dentro del arsenal para evitar cayesen en poder del enemigo.

A las ocho y cuarto de la mañana de aquel día tan cruel para la causa de España cesó el fuego do los barcos de Dewey, cuando ya los de Montojo constituían un *Spoliarium* para el que no hay humano pincel.

5.° *La batería de Punta Sangley.* — En la mitad del combate que acabamos de reseñar vióse al buque enemigo *Baltimore* salir remolcado hacia el centro de la bahía: y, en efecto, este barco, por su importancia el segundo de la escuadra Dewey, había sido averiado por una granada disparada probablemente desde la citada batería: el proyectil hirió gravemente la proa del *Baltimore*, porque así lo demostraba el gran aproamiento en que cayó y el marcado cabeceo que sufría. Al ver en el *Don Juan de Austria* el denuedo y la acertada puntería de los artilleros de Punta Sangley, los cuales, según ya hemos dicho, sólo podían sostener el fuego con un solo cañón, los tripulantes del citado barco prorrumpieron en entusiastas vivas dedicados á aquel puñado de hombres mandados por el primer teniente Valera y por el segundo de la misma arma D. Mariano Eenés. No debe olvidarse nunca el buen comportamiento del personal de aquella batería, protegida por una sección de infantería del regimiento núm. 74, mandada por el teniente Cil.

6.° *Nuevo ataque de la escuadra americana en los restos informes de la española.* — Terminado el combate naval propiamente dicho, la escua-

dra Dewey hizo libre movimiento, atravesando la bahía y situándose en ngnas próximas á la costa de la Pampanga.

Afligido nuestro espíritu hasla sentir el dolor más acerbo que se puede imaginar por el desastre que acabábamos de sufrir á la vista, con los párpados immedecidos y latidos tumultuosos del corazón, aguardábamos anhelantes conocer los hechos que la escuadra enemiga practicase después de su victoria y de nuestra desgracia tremenda y prevista.

Así que los buques yankees, en el lugar indicado y á las once de aquella para nosotros funebre mañana, se repostaron de sus barcos-convoy, pusieron de nuevo en marcha, excepción hecha del *Baltimore* y del *Boston*, que permanecieron en las aguas de nuestro flanco izquierdo.

Los barcos americanos hicieron rumbo á Mariveles: viraron de pronto, y en marcha de frente, de nuevo fueron contra Cavite. Aquellos cinco buques quisieron y lograron en esta segunda empresa desmontar por completo la batería de Punta Sangley, y acabaron de destruir los restos de nuestra escuadra, de la que se recordará hemos dicho quedaban sólo casi ilesos el *Isla de Cuba* y el *Isla de Luzón*. Con averías, pero flotando aún, hallaron los barcos americanos el *Velasco*, el *Manila* y el *Marqués del Puerto*, colocados dentro de la ensenada de Bacoor. Los barcos americanos, á distancia de 2.000 metros de la batería de Punta Sangley, dispararon como desde el principio lo habían hecho, es decir, con rapidez loca sobre aquella posición, y muy principalmente contra el arsenal. En el mismo momento en que la escuadra americana inutilizaba el único cañón que ya se sabe podía disparar contra aquélla la batería de Punta Sangley, el jefe de ésta, teniente Valera, recibía órdenes del Gobernador de la plaza para que se relinase hacia ésta, y así lo efectuó, llevándose los cierres de las dos piezas que montaba la memorable batería.

7. *Destrucción del Isla de Mindanao.* -- De la línea que ocupaba la escuadra Dewey, é inmediatamente de haberse apagado los fuegos de la batería de Punta Sangley, se separó el *Pretel*, yendo á realizar la obra, bien inhumana por cierto, de destruir un buque mercante, el *Isla de Mindanao*.

Este hermoso barco de la Compañía Transatlántica llegó á Manila en la noche del 22 de Abril. Desde Singapore, puerto en que se informó de lo inminente de la guerra de España con los Estados Unidos, el pasaje y la tripulación traían la zozobra correspondiente al caso. El *Isla de Mindanao* lo mandaba un experto veterano marino, el Sr. D. Antonio Holdos. Las autoridades dispusieron, de común acuerdo con los consignatarios, que este barco fuese á Subic, amparándose á nuestra

escuadra: permaneció, en efecto, durante dos días en aquel puerlo; pero horas antes de que la escuadra emprendiese su retorno á la bahía de Manila para fondear en Cavile, el *Isla de Mindanao* operó igual movimiento. El día 30, después de conferenciar brevemente el capitán Roídos con el general Monlojo, el *Isla de Mindanao* abandonó el radio de acción de la escuadra española y se fué frente á Laspiñas: fondeó allí en tres brazas de agua, y anegó todas las bodegas con objeto de impedir que el enemigo se utilizase del barco si caía en su poder.

Durante la primera parte del combate, la escuadra americana disparó doce cañonazos sobre el *Isla de Mindanao*, resultando largos; sólo uno de los proyectiles vino á causar ligera avería en el palo trinquete: pero cuando en los momentos á que aludimos fué el *Pretel* contra nuestro transatlántico, lo acribilló materialmente á balazos: y eso que desde el segundo tiro, el proyectil que atravesó el *Isla de Mindanao* por el costado de babor y sitio donde estaba instalada la enfermería del barco, se produjo en éste un violento incendio. Siéndole imposible á Roídos y á la valerosa tripulación de su barco ejecutar maniobra alguna para dominar el incendio, que en minutos había invadido todas las cámaras, el cuarto de derrota y la camareta del capitán; no existiendo medio alguno para salvar el barco, que continuaba furiosamente cañoneado por el *Pretel*, Roídos dispuso el transbordo á los botes, ya preparados de antemano, de toda la tripulación, la cual se vió tan apurada para librar sus propias vidas, que ni un solo efecto de sus equipajes pudo desembarcar.

Nota tristísima para el historial del *Pretel* ha de ser siempre la inconcebible saña con que cañoneó á los náufragos del *Isla de Mindanao*, tanto cuando navegaban para ganar la playa como ya desembarcados en ella, en que aun recibían cinco metrallazos del buque americano, siquiera á pesar de ellos resultasen ilesos todos los desgraciados individuos que dolaban el buque que nuestra Marina mercante acababa de perder.

8.ª *Consideraciones generales.* — En el combate naval que hemos relatado, combate de perdurable memoria, aconteció lo que necesaria y fatalmente había de suceder: aquello mismo que el general Montojo presagiaba y decía antes de marchar á Subic: aquello mismo que mucha parte de la opinión, aunque no técnica, bien enterada, había calculado. Un desastre y no sin ejemplo entre nosotros para que tuviese menos justificación. La escuadra española de Filipinas sabía perfectamente cuanto le iba á acontecer, pues no estando Subic fortificado, ante la escuadra Dewey no tenía salvación. Creemos haberlo demostrado evidentemente con lo que hemos dicho; aunque lo hayamos expues-

to mal y con desconcierto acerca de cuanto puede servir de fundamento para juzgar rectamente, no cabe controversia. Lo que hay es que el personal de nuestra escuadra en Filipinas, dados los templos de nuestra raza, no tenía más remedio que ir al combale para dejarse malar, puesto que no podía decir iba á batirse.

¿Qué marino procedente de esta escuadra hubiera osado arribar á las lierras de la Madre patria en el caso de que nuestros barcos no hubieran aceptado desde luego el tan desigual combale que libraron contra los americanos? Pues qué, ¿no se ha visto á hombres de la mayor aitura en nuestra polilica militante pedir con incomprensibles altisonancias se mandase á cuatro barcos levar anclas para ir á sostener duelo á muerte con cuarenta?

De nuestras vehemencias morbosas, aunque por maravilla en muchas ocasiones admiradas, hay que esperar lo todo. ¿Qué dolor! Si nuestros marinos no se hubieran batido con los americanos en estas aguas, a pesar de la enorme diferencia de medios para la lucha, ¿quién ó quiénes de aquellos jefes y oficiales hubiera logrado volver á pisar las lierras de España sin que, en vez de hallar en ellas la conmiseración debida a la mala suerte, dejase de sufrir la injuria y el riesgo de una pedrada?

A nuestros marinos de la escuadra de Filipinas se les hizo indispensable morir aquí, y no tuvieron la suerte de lograrlo todos.

Ya hemos visto que casi toda la numerosa artillería de la escuadra enemiga era de 20; la nuestra sumaba seis cañones de 16, cuatro de 15, los demás de 12, y en corto número y de muy pequeño calibre los de tiro rápido.

Para ponerse en movimiento y combalir en esta forma, no teníamos más buques que la *Cristina*, el *Don Juan de Austria*, el *Isla de Luzón*, el *Isla de Cuba* y el *Marqués del Duero*. Estos barcos sostuvieron la lucha en las peores condiciones que buque alguno llamado de guerra ha peleado jamás: ¿qué apoyos tenían? Ya lo hemos dicho: un cañón, el de Punta Saogley. La *Custilla* era un barco de madera que estaba en pudrición; al *Ullan* le sorprendió el combate cuando precisamente estaba recibiendo una gran carena en su máquina y calderas, cuando sólo estaba armado de dos cañones y cuando sólo tenía diez y ocho hombres de dotación y no más; el *Marqués del Duero*, pequeño y de escasa artillería, resultaba en tal jornada inútil por completo. ¿Cuál era, pues, en puridad de verdad nuestra fuerza naval en Filipinas? Una insignificancia en todo caso; mas para el de una lucha con el *Olimpia*, el *Baltimore*, el *Raleigh*, el *Boston*, el *Concord*, el *Preble* y el *Moe-Culloch*, una nadería. Un caso de honor hispano, conducido hasta un acceso de la más sublime y patriótica demencia. Eslo creemos nosotros fué el combale naval entre las escuadras de Moulojo y Dewey.

Durante el combate de que nos hemos ocupado, y en cuyas incidencias y reflexiones aun venimos discurrendo, nuestros barcos ni un momento tuvieron sus máquinas apagadas, según alguien ha dicho en el Parlamento español. ¿Qué barcos eran esos? ¡Ah! Tal vez á estas horas, ni siquiera el número ni los nombres de los barcos que libraron tal batalla sabe quien tan absoluta inexacta afirmación hiciera al amparo de lo mucho que permite decir, sin pruebas, la inmunidad parlamentaria.

Todos nuestros pobres barcos tenían durante el combate sus calderas encendidas, y aun añadimos que todos sus fuegos estaban avivados; porque si todos necesitaban vapor para moverse, la mayor parte lo precisaba además para achicar el agua que amenazaba hundir aquellos averiados inútiles bajeles antes de que sufrieran tan grueso accidente por los taladros que en sus cascos hacían las granadas del enemigo.

9.ª *¿Quién cometió torpezas? — ¿Qué torpezas hubo en el combate de Cavite?*

Las hubo, sí, y grandes; pero las cometieron, en primer término, los presupuestos de la paz, que mantenían en el deplorable estado que hemos visto nuestros barcos. Las cometieron, en primer término, las tan recomendadas economías, que venían á privarlos del personal correspondiente y del material indispensable. ¿Por qué la mayor parte de las granadas disparadas por los cañones de nuestros barcos en su mayoría no reventaban? ¿Es que estos proyectiles habían venido ya cargados desde España? Puntualícese la fecha, porque así podrá apreciarse la elicacia que las espoletas correspondientes podían tener, y mientras no se señale la fecha á que aludimos, no nos ha de ser ilícito á nosotros pensar que dichas espoletas, por lo viejas, resultaban inútiles, según aconteció.

¿Se cometió alguna torpeza por disparar contra el enemigo balas-granadas en vez de la granada ordinaria? Es probable que algún daño más se hubiera podido causar á los buques enemigos; mas de todas suertes, sería pueril considerar que ello hubiera cambiado el resultado.

En el combate de Cavite hubo torpezas, y grandes, sí; pero fueron. es preciso decirlo, más de allende que de aquende. Las cometieron todos los Gobiernos de la Metrópoli, todos los que no aportaron al Archipiélago elementos de guerra, cada día más necesarios para prevenirse contra las concupiscencias de los pueblos extranjeros, anhelosos por igual de expansiones territoriales, que son mucho más apetecibles en las zonas estratégicas y por su naturaleza fértiles y ricas. Si cada Gobierno de España, singularmente aquellos que han regido los desti-

nos de esta Nación gloriosa en lo que va de sistema representativo, hubieran montado una sola batería de un solo cañón en torno de esta bahía de Manila, que tiene 27 leguas de bojeo, ¿qué escuadra del mundo ni qué escuadras aliadas hubieran podido entrar en estas aguas y operar en ellas con la firmeza escuela con que operó la de Dowey?

Torpezas, sí, y muy graves: pero principalmente las cometieron aquellos Gobiernos de la Madre patria que ni siquiera acusaban recibo de la entrada en los departamentos ministeriales de muchos de los planes de defensa que se enviaron desde aquí.

Las cometieron singularmente aquellos ministros de la Corona, quienes desde las alturas del silial que ocupaban no alcanzaron á ver, á pesar de cuanto se había acortado la distancia con la apertura del canal de Suez, la nueva fase que venía tomando este pueblo filipino, el cual, cabalmente por debernos todo lo que le enaltecíó, se disponía por ley fatal, que perturba el moral sentido, á negarnos hasta el más pequeño albergue en el edificio inmenso que nosotros los españoles solamente, con todos nuestros defectos, para aquel pueblo supimos construir.

Se cometieron, si, torpezas grandes en estas tierras, para nosotros por siempre perdidas: pero las cometieron sobre todo aquellos Gobiernos que, menospreciando las voces de la experiencia, adoptaron la política de un inverosímil *statu quo*; que ni fueron al vado ni á la puente: que no acumularon elementos de guerra en estas islas para sostenerla cuando, como y contra quien la presentase, ni tampoco quisieron llevar á las Cortes y al Rey proyecto alguno de cesión poco costosa de territorios nuestros adyacentes, que en estos mares orientales siempre nos han sobrado, y con lo que hubiésemos podido obtener garantía sólida para la posesión de aquellos con que nos hubiéramos quedado.

Todo, todo, todo grandemente preferible á perderlos del modo insólito con que se han escapado de nuestras manos.

No está mal que los altos Tribunales de Guerra y Marina juzguen á los jefes de nuestros ejércitos en su conducta seguida en tan amargas derrotas cuales las sufridas por las armas españolas en estas tierras; pero, ¡ah!, la historia es la que ha de fallar en definitiva después de aquilatar bien los hechos, y ella sabrá puntualizar el lugar en que se hallan las mayores responsabilidades.

Dentro y fuera de España tiene el concepto que acabamos de expresar muchos adeptos. No nos es posible, dadas las proporciones de este pobre libro, sintetizar siquiera las opiniones que conocemos, idénticas á las que sustentamos; pero nos parece conveniente aducir á nuestra argumentación la expresión de un juicio de gran sensatez, aunque para nosotros resulte muy duro.

El *The Navy and Army Illustrated*, de Londres, no há mucho tiempo, el 16 de Julio del presente año, al lerminar un estudio critico relalivo á la destrucción de la escuadra del almirante Cervera, dice lileralmente estas palabras: «La conclusión de este asunto es que la (aquí hay vocablo procaz que no queremos reproducir) negligencia y egoísmo de los políticos es abominablemente cruel. Si el Gobierno español hubiese expuesto francamente la situación sin llevar la guerra, desde el punto de visla de persuadir al público madrileño de que había probabilidad de éxito, la horrible carniceria jamás hubiese tenido lugar. Pero el Gobierno español es francamente imprevisor, como lo fué en el siglo xvn. El desdichado almirante Cervera ha repetido más gallardamente lo de D. Antonio de Oquendo cuando fué destruido por Tromp en el estrecho de Dower en 1639. Oquendo fué enviado con una escuadra insuficiente para socorrer á los tercios españoles que habían sido incomunicados en los Países Bajos, mucho más de lo que lo eslá ahora el general Blanco en la isla de Cuba. Oquendo era un hombre de un carácter extraordinario y de valor probado en varios combates contra los holandeses, pero se le mandó á realizar una empresa imposible. Su escuadra fué vencida por la de Tromp en el Canal, y hubo de refugiarse en Deal: el Gobierno de Carlos I se condujo con Oquendo de un modo indigno, según se lee en la historia escrita por Mr. Gardiner, y, finalmente, los españoles fueron alacados cuando se apresuraban á embarcar pólvora de cañón que nosotros habíamos convenido en venderles; lanzados á la mar, fueron casi totalmente destruidos. La historia casi nunca se repite, y sólo hay ligeras diferencias entre la suerte que cupo á estos dos oficiales infortunados.»

No queremos, según ya hemos dicho, aportar más datos en fines de definir responsabilidades: no nos atreveremos á estampar el aserto de que aquí se haya procedido en *todo y por todos bien*: lo que si diremos, después de nuestras propias amargas observaciones, es que de las deficiencias que aquí se señalen, el primero, si no el único responsable, es esa fatal censurable política patria, que no ha tenido el tiempo disponible necesario para fomentar otro orden de intereses, sino los mezquinos que atañen á la vida de los partidos y al logro y permanencia de éstos en el poder.



CAPÍTULO XII

Continúa la síntesis de los principales acontecimientos en el mes
de Mayo de 1898.

1. Entrega del arsenal. Saqueo en el mismo llevado á cabo por las turbas tagalas. — 2. Evacuación de la plaza de Cavite. — 3. Otro saqueo ejecutado por las mismas turbas filipinas en la plaza de Cavite. — 4. Primeros efectos de la honda impresión general causada por el desastre de Cavite. — 5. Excepcional servicio de los leales voluntarios. — 6. Falsa reacción. — 7. Junta de Autoridades. — 8. Asamblea consultiva. — 9. Milicias filipinas. — 10. Comienzan á sentirse los efectos del bloqueo. — 11. La ciudad murada se despuebla. Barcos extranjeros y nacionales.

1.ª *Entrega del arsenal. Saqueo en el mismo llevado á cabo por las turbas tagalas.* — Lo mismo el arsenal que la plaza de Cavite habían sufrido mucho con el bombardeo del 1.º de Mayo, y singularmente en el que contra dichos puntos se llevó á cabo en la segunda parte del combate, es decir, en el ataque que los barcos americanos produjeron contra aquellas posiciones desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde del citado día. En la furia del cañoneo de los americanos, ni los hospitales garantizaban la vida de los que por sus heridas y enfermedades ya la tenían comprometida seriamente.

La situación era muy crítica, y el Comandante general del arsenal, Sr. Sostoa, solicitó parlamento. ¿Qué habla de hacer? Ya hemos visto que, así el arsenal como la plaza de Cavite, estaban indefensos. Tampoco cabía allí más que esperar la muerte, sin vengarla causando daño al enemigo.

Al parlamento pedido por el general Sostoa no acudió Mr. Dewey; pero con toda presteza envió uno de los jefes de su escuadra, el cual,

en nombre del comodoro americano, manifestó que, habiendo lenido por único objetivo la escuadra americana la destrucción de la nuestra y del arsenal, renunciaria á ocupar ése y la plaza de Cavile, siempre y cuando fuesen destruidos por el incendio los restos de los buques españoles, y si no se hostilizaba á ninguno de los americanos al salir de la bahía por Boca-grande ó Boca-chica. Accedióse á la petición de Dewey, durando el parlamento hasta las seis de la tarde, y en la noche del 1.º al 2 de Mayo, mes de las flores y para nosotros de tantos abrojos, el incendio acabó de poner trágico fin á los restos que aun flotaban de la escuadra española.

Todos los habitantes de Cavile y del arsenal sufrieron, con la inmensa aflicción de ver totalmente perdida nuestra pobre flota, violentos trastornos del sistema nervioso por el estado deprimente del ánimo, y por aquellas frecuentes estruendosas tétricas detonaciones producidas durante muchas horas después por la explosión de los paños de municiones que quedaban en nuestros destrozados barcos: formidable fué el ruido que causó la del de dinamita del *Velasco* á las ocho y media de la noche correspondiente á aquel día tan cruel.

A la hora aun no habían terminado las negociaciones entabladas en las primeras de la tarde, porque tal vez alguna nueva exigencia por parte de los americanos hizo indispensable continuar las conferencias hasta el día siguiente, pues corrió, en efecto, el rumor de que, reclinando Mr. Dewey sus primeras demandas, reclamó posteriormente la entrega del arsenal.

Y el establecimiento militar de que nos ocupamos fué evacuado por su jefe, el general Sostoa, con el gran número de familias de marinos que allí se albergaban y con todas las tripulaciones de los barcos que acabábamos de perder.

No anduvieron muy listos los americanos para ocupar el arsenal, ya abandonado por los nuestros, y las turbas tagalas que pululaban en torno de aquel establecimiento naval, no ocultando sus criminales propósitos de ejecutar el pillaje y saqueo en momento oportuno, lo invadieron en el instante á que nos referimos.

Se apoderaron los tagalos á mansalva de todo cuanto pudieron fácilmente transportar, siendo objeto preferente de su rapiña los maússers, los remingtons, sables de combate y hachas; todo el armamento que existia allí.

2.º *Evacuación de la plaza de Cavile.* — Después del saqueo del arsenal, los americanos lo ocuparon con fuerza de la marinería de sus barcos; y así que aseguraron cuanto les fué posible aquella posición, enderezaron sus negociaciones á obtener la rendición de la plaza de Ca-

vite. Como la distancia que separa dicho arsenal de la mencionada plaza es tan corta, iniciaron su nueva demanda alegando como pretexto inverosímil el hecho de que, desde el instante mismo en que el arsenal había izado bandera blanca, la plaza de Cavite se consideraba rendida.

El general gobernador Sr. Peña negóse terminantemente á la petición de la escuadra americana, y ésta, á las diez de la mañana, notificó que á las doce de la misma efectuaría el bombardeo.

La población indígena abandonó inmediatamente la ciudad, así como los pueblos adjuntos de la Caridad y San Roque, emigración que determinó el grave problema de que las familias españolas de la plaza pudieran abandonarla, pues carecían en absoluto de medio de transporte.

Se comisionó al señor coronel Pazos, primer jefe del regimiento núm. 70, para que llevase al comodoro Dewey la negativa del general Peña á la intimación recibida, y, en su virtud, el citado jefe se trasladó al arsenal para cumplir su cometido.

El coronel Pazos logró ganar algún tiempo; pero el último plazo concedido por Dewey para la rendición de la plaza no era más que hasta las cinco de la tarde, hora en la que, en efecto, los barcos americanos se aprestaron para el bombardeo, adoptando una línea que no sólo tendía á envolver la plaza, sino á cortar la única retirada posible de la guarnición de Cavite, puesto que lanchas cañoneras fueron á dominar el paso del istmo de Dalahicau, del propio modo que otras fueron enviadas á la ensenada de Bacoor, además de situarse el *Petrel* dentro del arsenal mismo.

El gobernador de Cavite, llenando todos los formalismos de ley, á pesar de lo crítico de la situación en que se hallaba, decidió, antes que rendir la plaza, evacuarla, y el coronel Pazos, que aun continuaba á bordo del buque insignia americano, sólo cinco minutos antes de procederse á efectuarlo así, es cuando consiguió que la escuadra enemiga no hostilizase á nuestras fuerzas al abandonar éstas la plaza de Cavite.

El general Peña, al frente de las mismas y acompañado del elemento oficial, trasladóse al pueblo de San Francisco de Malabón, constituyendo en éste la nueva capital de la provincia.

3.º *Otro saqueo ejecutado por las mismas turbas filipinas en la plaza de Cavite.* — Los americanos tampoco ocuparon Cavite inmediatamente de evacuar la plaza nuestras tropas; al contrario, negáronse á prestar por el pronto fuerza alguna de sus barcos para mantener el orden en dicha ciudad.

En el intervalo de hora y media, dos veces acudió al arsenal el pa-

dre recolelo Fr. Francisco Mayendia, cura párroco de Cavile, con objeto de informar al jefe americano que allí se instaló acerca del peligro que se corría con no desembarcar fuerzas en la plaza: no pudo lograr dicho reverendo padre su propósito en la primera visita, porque á la sazón aun continuaban las conferencias con el parlamentario nuestro; en la segunda visita que para advertir lo mismo intentó el mencionado religioso, tampoco pudo alcanzar el fin que perseguía, pues las verjas del arsenal estaban ya cerradas, y nadie de los de dentro quiso volver á abrirlas.

Pocas horas más tarde, 500 ó 600 tagalos, armados de fusiles, cayeron sobre la plaza abandonada para cometer en ella los mismos criminosos actos que acababan de ejecutar en el arsenal.

No quedaban en Cavile más de una docena de familias, que creyeron, por su condición de indígenas ó por parentesco y afinidades con los naturales filipinos, estar en condiciones para ser respetadas en sus vidas y haciendas. ¡Cruel decepción! Descalzos tuvieron que abandonar sus viviendas, con sus esposas ó hijos, los españoles peninsulares casados en el país.

No opusieron las turbas obstáculo alguno á la salida del cura párroco de aquella cabecera; pero sí corrieron riesgo grave otros religiosos que con su prior estaban en Cavile. Éstos resolvieron en el primer momento abandonar la plaza; mas cuando estaban ya en San Roque, sintiéronse obligados á entrar de nuevo en la misma, con el objeto de salvar cuanto pudiesen de lo que en su iglesia y convento dejaban: pusieron en práctica su honrado propósito, y por poco perecieron todos, pues desde el instante que pisaron Cavile, vieron la actitud de los saqueadores contra ellos. Acudieron para evitar el peligro que corrían á una ingeniosa treta que los libró de todo mal; se refugiaron en el hospital, y fingiéndose enfermos, tan á maravilla supieron desempeñar el papel, que cuando los criminales en gran número penetraron en aquel establecimiento, todos los religiosos aludidos estaban cubiertos con grandes vendajes teñidos de sangre, ocupando camas ó tendidos en el suelo, y diseminados entre los muchos heridos de verdad que allí se encontraban, y con los cuales salieron sin riesgo alguno para el hospital de Cañacao. Cuando poco después el director de aquel establecimiento parlamenló con los americanos, pidiendo auxilio con objeto de trasladar los enfermos á Manila, Dewey dispuso que, en efecto, se les auxiliase para ello en todo cuanto precisasen, y se destinó al vapor *Mariposa*, que acababan de apresarnos, para conducir hasta Manila todos los enfermos y heridos que existían en Cañacao. Así lograron los religiosos de Cavile escapar de la muerte cierta que hubieran recibido de los lulisanes que saquearon la ciudad, muerte que no hubiese sido

menos cruel que la sufrida por otros sacerdotes regulares en aquella misma provincia, dentro del primer período de la revolución tagala.

Con igual objeto que persiguieron los dichos religiosos de Cavite, volvieron á la ciudad algunas familias peninsulares y de insulares leales: pero del propio modo tuvieron que escapar con gran presteza, abandonando en definitiva sus intereses, caídos todos en manos de las turbas criminales. Apoderáronse éstas también de todos los víveres que había en los almacenes de Cavite, vendiéndolos á las tiendas y *tiendajanes* de los contornos, á los módicos precios en que suele vender un artienlo aquel que nada ha tenido que pagar por su adquisición, con lo cual celebraron los indios cavileños grandes francachelas.

En el cuadro triste que venimos bosquejando se destaca algún matiz consolador: tal fué, por ejemplo, el esfuerzo coronado por el éxito que practicaron los empleados de Hacienda de la provincia, los cuales, secundando la iniciativa del administrador D. Manuel Laguna, honrado aragonés, pudieron salvar los valores existentes en dicha Administración, sin cuidarse para nada de recoger lo que particularmente les pertenecía, y que les fué robado al propio tiempo que las turbas asaltarán la Administración, apoderándose de los efectos timbrados que, por falta de fuerzas físicas, no pudieron trasladar sobre sus hombros aquellos empleados dignos de alabanza.

4.º *Primeros efectos de la honda impresión general causada por el desastre de Cavite.* — A la indescriptible angustia que todos los españoles experimentaron con la natural prevista derrota que nuestra escuadra sufrió el 1.º de Mayo, vino á sustituir otro sentimiento deprimente, cual era el temor al bombardeo que se creía efectuarían de uno á otro momento los americanos sobre Manila. Al solo anuncio de la salida de la escuadra Dewey de la bahía de Mirs, gran número de familias habían abandonado la capital de las islas; pero en los últimos cuatro días que precedieron al 1.º de Mayo, de fatal perdurable memoria, más de 4.000 pasajeros emigraron por la línea del ferrocarril de Dagupan, y después del combate naval, Manila quedó casi en su totalidad deshabitada. Hasta la familia del capitán general Sr. Augustin, instalada ya en la residencia que en el edificio del Ayuntamiento ocupaba la citada primera Autoridad, accediendo á las reiteradas afectuosas invitaciones de la familia Blanco, de Macabebe y principales elementos de la Pampanga, trasladóse á esta provincia, para no poder regresar sino mucho tiempo después, habiendo corrido peligros serios y sufrido grandes aflicciones.

Los habitantes de Manila que no emprendieron viaje largo, trasladáronse á los extensos arrabales de la ciudad de Legazpi, siendo obje-

to preferente para instalarse aquéllos, las calles y casas que consideraban (aunque muchas veces sólo por manifiesta ilusión) fuera del alcance de los proyectiles enemigos. Era lo principal huir de Manila, cuya construcción urbana es ligerísima, aunque se llame de materiales fuertes, y cuya superficie murada de 70 hectáreas no podía ofrecer á nadie la menor esperanza de dejarle ileso en un caso de bombardeo por muy poco tiempo sostenido.

Como por aquellos días aun no se sabía existiesen partidas rebeldes que hicieran peligrosa la permanencia fuera de la ciudad propiamente dicha, la abandonaron todos cuantos pudieron hallar alojamiento. llevándose á sus nuevas viviendas sólo lo más indispensable, y dejando en los conventos el grueso de sus equipajes y menajes de las casas, objetos que caritativamente sabían los frailes custodiar. A ennegrecer el cuadro siniestro que Manila presentaba en tales techas vino el hecho de que todos los establecimientos mercantiles é industriales cerrasen sus puertas.

3.º *Excepcional servicio de los leales voluntarios.* — Dentro de poco habremos de relatar el enorme servicio prestado durante ciento cinco días por las escasas fuerzas del Ejército con que en Manila contábamos, pues que no fué posible alcanzar que á dicha capital llegase el resto de las fuerzas militares subdivididas infinitesimalmente en desíacamentos que fueron todos copados, rendidos ó capitulados, aunque en tal triste suerte se registrasen hechos de valor tan meritorios como la capitulación de Tayahas y la gloriosa resistencia de los de Baler, hechos de los que nos ocuparemos más adelante.

Lo que ahora cumple á nuestro deber y propósito, y sólo sintetizando, según á ello nos obliga lo abundoso de la materia, es manifestar cuán admirable fué la conducta de los voluntarios de Manila. De estos cuerpos formaban parte sin excepción todos los funcionarios públicos. Los voluntarios cubrían sus numerosísimas guardias, sin que en muchas ocasiones pudiesen ser relevados sino á las cuarenta y ocho ó sesenta horas de servicio: increíble parece pudieran las fuerzas de que nos ocupamos, sin estar educadas militarmente, aguantar lo penoso de aquel servicio que, sin exhalar la más mínima queja, prestaban.

El batallón de Manila, que desde que se creó venia mandándolo un comandante de artillería, el Sr. Ilevia, llegó á adquirir un grado de instrucción técnica, que eran de ver sus prácticas en las grandes explanadas que en torno de Manila existen, y más aún de admirar el entusiasmo ni por un instante entibiado de aquellos voluntarios. ¡Qué decepción tan amarga habrán sufrido al volver á la Patria y verse según se ven la mayor parte, si no todos!

¡Cuán digna de admiración fué aquella inverosímil actividad desarrollada por el escuadrón creado por el joven Director general de Administración civil, D. Javier Ilores y Romero! Aquella fuerza, destinada al servicio de escollas, patrullas y vigilancia de forlines y arrabales, tenía en todas horas la mayor parte de sus individuos á caballo, y á la escasa que residaba veíase siempre al pie del estribo, lista para acudir á cualquiera novedad que se ofreciera: en los últimos días que el escuadrón do que nos ocupamos prestó tan señalados servicios al mando del Sr. Martínez Nubla, quien suslituyó al Sr. Bores en el mando del citado escuadrón, casi todos los caballos quedaron extenuados é inútiles por completo.

Lo más doloroso fué que se perdió la vida de algún voluntario, víctima del cumplimiento de su deber, pues el paludismo que lo mató habíalo adquirido seguramente en los lugares pantanosos é infectivos que vigilaba.

6. *Falsa reacción.* — Transcurrían los días, y la escuadra americana no bombardeaba á Manila á pesar de lo que se temía, pero no disminuía el temor de que así lo ejecutase; al revés: cuanto más tiempo pasaba sin sufrir tan grave riesgo, más próximo se creía el momento en que se iba á hacer efectivo.

Se sabía bien que al día siguiente de la catástrofe de Cavite, el comodoro Dewey, dueño y señor de la bahía de Manila, había intimado al general Augustin la rendición de la plaza; se sabía que el Capitán general había contestado al comodoro americano con una negativa. Los Cónsules no dejaban de frecuentar la residencia de nuestro Gobernador general, y todos ellos dejaban entrever las tristes dudas que les asaltaban respecto á los planes que tenía el jefe de la escuadra americana, Mr. Dewey, el cual, por cablegrama del Gobierno de Wáshington, fué ascendido á los cuatro días del combate de Cavite al grado de almirante.

Este afortunado marino americano ponía especial empeño en que la opinión pública no se desimpresionase de la idea de que Manila iba á ser por él bombardeada, y como muestra de lo firme de sus resoluciones para ello, más de una vez advirtió á todos los Cónsules extranjeros ordenasen á sus compatriotas se dispusiesen á ponerse en salvo, embarcando en los buques de sus naciones respectivas; si la flota internacional fondeada en la bahía de Manila no era bastante para tener á su bordo todos los extranjeros, en los barcos americanos podrían cobijarse los que en aquélla no cupiesen.

La realidad de los propósitos anunciados por el almirante Dewey se ballaba en que éste, viendo sin duda clara la posibilidad de ocupar Ma-

nila, quiso aguardar: primero, á que se produjese el anunciado levantamiento general del país contra la dominación española; y segundo, la llegada de fuerzas del ejército americano, es decir, tropas para el desembarco.

Es el hecho que el paréntesis observado en las operaciones de la escuadra Dewey iba alentando los ánimos, y adquirieron éstos mayores bríos entre nosotros, singularmente entre los optimistas, por la actitud que señaló gran parte del elemento revolucionario, deponiendo sus injustos odios contra la causa española y mostrándose adherido á la misma. En un solo día, ocho cabecillas de los de mayor prestigio acudieron á ofrecer sus servicios al general Augustin; los principales jefes de la rebelión en Cavile ofrecieron castigar ellos mismos á las turbas de lulisanes que habían saqueado el arsenal y la plaza, ocupada muchos días por los saqueadores desde el momento en que había sido evacuada por nuestras tropas, y sin que los americanos tomaran medida alguna para evitarlo. La adhesión de los revolucionarios filipinos á la causa de España en las fechas á que nos referimos no se limitaba á expresarse por los más conocidos de Manila y Cavile, sino que en las demás provincias de Luzón presentáronse á indulto con iguales protestas de arrepentimiento los cabecillas más significados: bien enérgicas eran las manifestaciones que en defensa de la patria española contra los americanos elevaron al Capitán general los cabecillas Torres, Galmaitan, Villavicencio y otros muchos.

7.º *Junta de Autoridades.* — La Junta de Autoridades celebraba en estas fechas de expectación y zozobra frecuentes sesiones, siempre presididas por el Capitán general de las islas, al cual, dada la complejidad de las circunstancias, habríale sido menester la posesión en el más alto grado de condiciones militares y políticas.

Hacíasele indispensable improvisar aquí un ejército con tal urgencia, cuanto que estábamos ya bajo los cañones del enemigo, y además contar con el resto de los elementos del país para acometer una guerra defensiva.

La sesión celebrada por la citada Junta de Autoridades el 24 ó el 25 de Abril fué de importancia excepcional, porque en ella se trazaron líneas generales para crear las milicias filipinas y una Asamblea consultiva.

Estas dos grandes reformas tendían al logro de los medios para llenar las dos grandes necesidades señaladas: constituían, según familiarmente expresaban algunos individuos de la citada Junta, «el juego de nuestra última carta», y, en efecto, la perdimos, porque si pudo resultar, según aconteció, verdaderamente inofensiva la creación de la

Asamblea dicha, la formación de las milicias filipinas no pudo ser de más funestas consecuencias.

Sin detenernos mucho, cual cumple á nuestro obligado propósito, creemos conveniente extractar lo que en tan importante Junta se acordó.

La oportunidad de crear las milicias filipinas la señaló como principal tesis para la discusión el Hmo. Arzobispo metropolitano D. Fray Bernardino Nozaleda: este respetable prelado, inspirándose en el más acendrado patriolismo y en el tierno cariño que á la tierra filipina profesaba, entendia deber entregar armas á aquellos naturales conocidos por su acrisolada lealtad. La discusión que tuvo lugar con motivo de tan interesante lema fué muy viva, siendo objeto de enérgica impugnación por parte del Sr. Vidal y Gómez, fiscal de S. M., magistrado de larga residencia en el país y en él extensamente emparentado; á este digno funcionario de la Magistratura española no le parecía por modo alguno conveniente conceder armas á los tagalos, de quienes vivía grandemente desengañado después de las últimas experiencias: dicho magistrado expresó, por el contrario, su opinión de que á toda prisa se concentrasen las tropas peninsulares en Manila, y reorganizando las fuerzas voluntarias en términos de que todos los españoles de la capital resultasen armados y perbrechados para la guerra, se preparase una valerosa defensa en la ciudad.

En contra de esta opinión abogó vehementemente por la creación de milicias filipinas el auditor general de este Ejército, Sr. Peña, defendiendo esta misma idea, aunque más tíbiamente, el alcalde de Manila, señor del Saz Orozco. El intendente general de Hacienda, Sr. Domínguez Alfonso, defendió la creación de dichas milicias con verdadero entusiasmo, oponiendo solamente ligeros reparos los generales Sres. Jáudenes y Tejeiro, y emitió á su vez parecer contrario al proyecto el director de Administración civil, Sr. Moneada. Por último, el presidente de la Audiencia territorial, Sr. Hernández Victorio, se declaró partidario de la entrega de armas á los filipinos, si bien aquilatándose cuidadosamente el concepto que disfrutasen las personas á quienes se iban á entregar.

Se tomó el acuerdo de crear las milicias filipinas por votación, que sólo tuvo en contra dos votos: el del fiscal de S. M. y el del director de Administración civil.

No había duda para el observador: la fuerza de los acontecimientos presentes y la tétrica vislumbre de los que se avecinaban sugestionó los entendimientos de todos, y así pudo verse en la ocasión á que nos referimos converger al mismo punto de vista aquellos que más diametralmente juzgaban sobre el régimen político más aplicable á estas provincias de Ultramar.

En esla Junta se habló también de la creación de la Asamblea filipina.

Muy pocos días transcurrieron hasta que sobrevino la catástrofe de Cavite, y bajo el peso abrumador de tamaña desgracia, se reunió nuevamente la Junta de Autoridades el día 2 de Mayo.

Como quiera que desde la última reunión no se habían puesto en práctica los acuerdos de la misma, en ésta se suscitó de nuevo el tema de las reformas. Habiéndose agravado tanto la situación, no era de extrañar que en esta sesión se defendiese con más ahinco que en la anterior la idea de entregar armas á los filipinos, porque tan apartados cual lo estábamos de la Metrópoli, y siendo tan dudosa la fecha de poder recibir los auxilios de la misma, el país filipino verdaderamente era el principal factor para decidir en definitiva. Por eso los partidarios de la creación de estas milicias extremaron sus argumentos, destinados á identificar cuanto se pudiera á los naturales con la causa de la Patria.

Los vocales de esta Junta que más se habían distinguido en la defensa de la idea de dar armas á los indígenas esforzáronse de nuevo en hacer desaparecer todo motivo de recelo, y en busca de los efectos de una influencia moral, expresaron el deseo de atraer desde luego á los consejos del Gobierno y llevar á otros altos cargos de la Administración pública elementos de la principaba tagala. Se llegó basta pedir se concediesen títulos de Castilla á fin de que resultase con toda la fuerza y vigor de los hechos el argumento. No hubo, sin embargo, en esta segunda sesión, celebrada el 2 de Mayo, unanimidad de pareceres: los mismos dos vocales que se opusieron en la junta del 24 de Abril á la aplicación de las reformas aludidas, continuaron manteniendo la misma oposición á las mismas, y aun puede decirse que en esta segunda junta sumaron un voto más: el del secretario del Gobierno general. Sr. Sein Echaluze.

Es de advertir que á estas reuniones de la Junta llamada de Autoridades, además de los vocales fijos, fueron convocados también, para mayor ilustración de los asuntos que se hubieran de tratar, los provinciales de las Ordenes religiosas, el gobernador civil de Manila, el alcalde de la ciudad, el asesor del Ejército de las islas y el capitán del puerto: de los demás organismos político-administrativos, nadie se acordó.

Al día siguiente de celebrada esta segunda sesión, reunióse la ponencia designada para dar forma al pensamiento indicado, y se aprobaron las bases para la creación de las milicias filipinas por reglamentación análoga á las de Canarias é isla de Cuba. Señaláronse también los nombres de algunos individuos de los que habían de

constituir la Asamblea consultiva; pero no se llegó á redactar proyecto alguno en definitiva, ni se volvió ya á reunir la Junta de Autoridades y principales, ni volvió á congregarse la citada comisión ponencia, ni se procedió á nuevas consultas para nada ni con nadie.

Bien es cierto que el tiempo apremiaba con espanto, y así, el Gobernador general se resolvió á dictar por sí solo los decretos derivados de lo que se había discutido en las dos sesiones de la Junta de Autoridades á que hemos hecho referencia.

8.ª *Asamblea consultiva.* — A las cuarenta y ocho horas de celebrada la segunda de las dos sesiones de que nos hemos ocupado, la *Gaceta* publicó dos decretos dictados por el Gobierno general. Uno se refería á la creación de las milicias filipinas; el otro, á la de la Asamblea consultiva.

Por lo que á ésta se refiere, fácilmente se vió el verdadero esfuerzo practicado por el Capitán general, ya que, por la circunstancia de llevar tan poco tiempo en el país, lo era imposible designar por su propia iniciativa con acierto á los naturales que tuviesen más condiciones para representar el país.

Como caballero gran cruz, el Capitán general nombró para formar parte de la asamblea creada al Excmo. Sr. D. Pedro A. Paterno, y por decreto de 9 de Mayo completó aquel cuerpo consultivo, nombrando consejeros de la misma, con todas las consideraciones y preeminencias que se declaraban anexas al cargo, á los Sres. D. Cayetano Arellano, D. Isaac Fernando de los Ríos, D. Joaquin González, D. Maximino Paterno, D. Antonio Hanzares Bautista, D. F. H. Pardo de Tavera, don Manuel Genalo, D. Gregorio Aranela, D. Juan Rodríguez, D. Bonifacio Arévalo, D. Aristón Bautista, D. José Luna Novicio, Dr. D. José Lozada, D. Ricardo Esteban Barretto, D. Teodoro González, D. Paula-león García y D. Pedro Serrano.

Todos los que acabamos de citar son filipinos, y aun pensaba el Gobernador general ampliar el número de consejeros con veinte más, dando entrada en la Asamblea consultiva á los naturales de mayor viso en las provincias y asignándoles dictas, así como las habrían de disfrutar también aquellos consejeros de la de Manila que no desempeñasen cargo oficial.

9.ª *Milicias filipinas.* — Para organizar las milicias filipinas que por decreto de igual fecha al de la Asamblea consultiva se creaban, el general Augustin dictó también en los primeros días de Mayo un reglamento provisional.

Constaba de once capítulos: el primero trataba de la organización

de estas fuerzas, considerándolas cuerpos auxiliares del Ejército, constituyendo un inslituto que, dependiendo del Capitán general, estaba subordinado más inmediatamente á un General subinspector, con las mismas atribuciones que las Ordenanzas del Ejército señalan para los Inspectores de las armas.

Cada sección se componía de 30 á 50 hombres, y la reunión de tres secciones formaban una compañía. El conjunto de compañías ó secciones en cada porción de territorio que se señalaba constituía la zona militar, y era jefe de esta zona el de las compañías ó secciones que en la misma hubiere.

A los jefes de la zona les correspondía la admisión y filiación de los voluntarios, cuya edad, según el capítulo 2.º, no podía bajar de diez y ocho años ni exceder de veinte.

El capítulo 3.º detallaba la forma con que debía precederse al nombramiento de jefes, oficiales y clases; el artículo 4.º se refería á la concesión de honores, sueldos, recompensas en campaña y demás ventajas, que eran ciertamente muy considerables; y el resto de los capítulos referíase á la regulación del vestuario, divisas, armamento, á la instrucción, que debía ajustarse en un todo á la táctica de infantería, á la sucesión de mando y concurrencia de fuerzas, á la administración y su contabilidad, y á las licencias y obligaciones en general.

La creación de estas fuerzas fué, en efecto, nuestra última carta jugada y perdida; fué cruel desdicha para la causa española; fué error disculpable, por haberlo inspirado el más puro patriotismo á quienes lo aconsejaron. Por tal error vinimos á parar en el hecho de que nosotros mismos suministramos los principales medios para que el enemigo nos cercase y nos aislara del resto del territorio, en el que tal vez habríamos hallado elementos indígenas dispuestos á sostener la causa de la Patria con mayor tesón que el demostrado por aquellos filipinos á quienes en Manila y provincias limítrofes dimos las armas. Salvo rarísima excepción, sólo cinco días duró la lealtad con que brindaban á España los jefes de las milicias expresadas.

10.º *Comienzan á sentirse los efectos del bloqueo.* — Manteníase entre el vecindario de Manila el penoso estado de incertidumbre respecto del momento en que había de iniciarse el bombardeo de la capital. Los cónsules extranjeros que con más frecuencia visitaban al almirante Dewey durante las dos primeras semanas de Mayo, nada absolutamente afirmaban con precisión, según hemos dicho; pero habían circulado entre sus compatriotas la autorización que éstos tenían para refugiarse en los barcos de sus respectivas naciones. La natural pública ansiedad aumentaba por la falta de comunicación para cuantos en Manila

vivíamos: apoderados los americanos del cable, hecha imposible la navegación directa, sólo en virtud de la llegada de cualquier barco que locase en Hong-Kong y quisiera recoger la correspondencia pública y de oficio que con destino á estas islas iba quedando depositada en la vecina colonia inglesa, podíamos tener la esperanza de recibir alguna noticia de lo que aconteciera en el resto del mundo, y sobre todo, en el seno de las familias de nuestros parientes, deudos y amigos de España. Generalmente tal esperanza la veíamos defraudada, porque toda la correspondencia privada y de oficio era conducida para su inspección á bordo de los buques americanos, y las fechas, el estado de deterioro de las cartas y pliegos, además de las faltas que notábamos, venían á revelar el poco caso que los americanos hacían del servicio postal para los españoles.

La importantísima navegación interinsular, muy desarrollada aquí, singularmente en la última década de la dominación española, proporcionaba diariamente á la ciudad de Manila víveres frescos en abundancia y procedentes de todas las provincias del Archipiélago; pero á los ocho ó diez días de establecido el bloqueo comenzamos á experimentar contrariedades para la vida, adquiriendo por horas los artículos de primera necesidad un aumento de precio que semanas más tarde hubiera estado bien explicado, no ciertamente cuando se inició.

Así que se supo la declaración de guerra con los Estados Unidos, el Ayuntamiento de Manila adquirió las reses que le fué posible: todavía no había variado en un solo centavo el precio de adquisición de carnes para la industria privada, y ya ésta llegó á quintuplicar los precios de las carnes de la citada procedencia. En virtud de ello, la Corporación municipal acordó el establecimiento de tabajerías por cuenta del mismo Ayuntamiento, y así se logró se expendiese dicho artículo á precios que pudiesen soportar el gran número de familias que poblaban Manila y sus arrabales. Por de pronto, la obra del Ayuntamiento resultó muy beneficiosa; andando los días, no se pudo evitar el aumento en el costo de todos los artículos, resultando insuficientes las previsiones municipales.

Después del combate naval, Manila fué bloqueada con arreglo á la primera de las tres formas de notificación que los tratadistas distinguen, á saber, la que se hace por el almirante de la escuadra que establece el bloqueo á las autoridades de la plaza bloqueada: pero como este hecho lo ignoraban en los demás puertos, uno de los primeros efectos también de dicho estado de bloqueo fué el apresamiento hecho por los americanos de varios buques de los que hacían la navegación interinsular. También sufrimos el apresamiento de un barco de guerra, el *Callao*: era este barco un cañonero de acero de 208 toneladas, que mon-

taba un cañón Hontoria de 9 centímetros y una ametralladora de 25; mandábalo el teniente de navío D. Francisco Pon, y componían la dotación del buque de que nos ocupamos 35 hombres. Procedía el *Callao* de la isla de la Paragua, y al entrar en bahía, sin conocer el nuevo estado de cosas, vióse envuelto por dos barcos americanos, á los que hubo de rendirse. Muy de notar fué que en la tarde del mismo día en que esta presa se hiciera, el enemigo que la logró ya utilizaba los servicios de aquel buque, que, por su poco calado, los prestó excelentes.

II." *La ciudad murada se despuebla. Barcos extranjeros y nacionales.* — Uno de los hechos que mayor influencia desarrollaron para mantener y aumentar el pánico indescriptible por el temor al bombardeo de la capital de estas islas, fué el traslado de las oficinas militares y centros civiles, que, abandonando la ciudad murada, fueron á instalarse en los arrabales. Al propio tiempo cundió la noticia de que el cuartel general iba á establecerse en Santa Mesa. Vióse también al respetable Prelado de esta Archidiócesis trasladarse al inmediato pueblo de Santa Ana, aunque á los tres ó cuatro días hubiera de volver á la ciudad. Todo esto acabó de impresionar de tal suerte á las familias que habitaban la población murada, que Manila durante muchas semanas quedó, especialmente de noche, completamente desierta; sólo los artilleros al pie de las pobres baterías que podíamos oponer á la potente artillería americana, y los leales voluntarios de guardia perenne en las puertas y de retén constante en los conventos con orden de ocupar los puntos que les fueran señalados al primer cañonazo, eran los elementos encargados de la custodia de la ciudad.

Las tropas quedaban en los cuarteles de extramuros y en las posiciones más avanzadas.

Millares de señoras y niños acudieron en estas fechas á buscar refugio en los buques extranjeros y nacionales. Los barcos pertenecientes á la marina inglesa recibieron exclusivamente á bordo á sus nacionales: pero los demás buques extranjeros, y muy especialmente los alemanes y los franceses, llenaron el total de sus capacidades con familias españolas, las cuales fueron objeto de toda atención y cuidado. La actitud de los alemanes y de los franceses para con los españoles de Manila no fué sólo cortés y humanitaria, sino verdaderamente amistosa. Buena prueba de los sentimientos de gratitud que guardábamos los españoles de Manila, aun aquellos que por nuestros deberes no podíamos recibir los agasajos ni el refugio que en aquellos barcos podíamos encontrar, hacia las dotaciones de los barcos extranjeros y de los nacionales surtos en estas aguas, era ver cómo acudíamos á ofrecer nuestros afectos á los individuos que pertenecían al citado personal.

Cuando el almirante del Imperio alemán, Von Driederich, desembarcaba, permaneciendo algunas horas del día en el edificio ocupado por el distinguidísimo cónsul de su nación, Sr. Krugger, acudían á visitarle cientos de españoles para ofrecerle sus respetos y para darle las gracias efusivamente por su levantada conducta y por su manifiesta simpatía hacia nuestras desgracias.

Igual proceder que los alemanes seguían con nosotros los franceses. No debemos dejar de cumplir el deber de declarar cuán discreta y afectuosa para los españoles fué la conducta del canciller Sr. Monant, que interinamente desempeñó el consulado de Francia en Manila; mas cuando en aquel periodo crítico y abrumador para nosotros vino á ocupar su puesto el cónsul en propiedad Mr. Berard, tan conocido y estimado por nosotros, recibimos del distinguido representante de la gran República francesa pruebas tan continuas y fehacientes del interés decidido en pro de España y de los españoles que en Filipinas nos hallábamos, que no nos explicamos cómo dicho funcionario de la Administración francesa no haya sido objeto de alguna insigne distinción por parte de nuestro Gobierno, obligado á conocer los señalados servicios que debimos á Mr. Berard; tal vez el Gobierno de que depende los tenga más en cuenta.

Fáciles, según somos para la fantasía; viéndonos además en un aislamiento abrumador, llegamos á creer que aquella protección y deferencia que recibíamos de los cónsules francés y alemán singularmente, aun otorgada de modo que compaginasen sus autores perfectamente tal deber de cortesía y humanidad con el ajuste más perfecto á lo que las leyes de neutralidad exigen, podían significar que el *Bruix*, el buque francés que aquí teníamos, aquel que cabalmente era el buque que acompañó al presidente de la República francesa, Mr. Faure, en su visita á San Petersburgo, y los hermosos buques alemanes *Kaiserin Augusta*, *Kaiser*, *Cormoran* é *Irene*, constituían una escuadra genuinamente española, y hasta ya esperábamos el momento en que inlimasen al almirante Dewey el abandono de las aguas de las que el 1.º de Mayo se enseñoreó.

De todas suertes, los barcos alemanes hicieron en provecho nuestro cuanto les fué posible: ellos salvaron á gran número de españoles, reuniéndolos en el islote Maquilin, en las aguas de Olongapó, sitio en el que se refugiaron los nuestros acosados por las turbas rebeldes tagalas: los barcos alemanes trajeron á Manila desde Dagupan y otros puntos de la costa familias españolas, á las que libraron de caer en poder de los insurrectos: cuando ya no teníamos en el curso del largo sitio que padecimos pan, á los buques alemanes debimos la harina, que nos la proporcionó muchos días, más de los que hubiéramos po-

dido comerlo, y cuando vino el día 13 de Agosto á proporcionarnos la tremenda amargura de nuestra capitulación, un barco alemán recogió á su bordo al general Augustin y lo condujo inmediatamente al puerto de Hong-Kong. El barco francés *Bruix* cobijó en su bordo, tralándolas con el mayor afecto y distinción, á todas las señoras y niños de las familias españolas que podía contener: ya lo hemos insinuado.

¿Qué extraño es, pues, que cuando teníamos ocasiones de evidenciar nuestro obligado reconocimiento á quienes de tal suerte debíamos consuelo los agasajásemos en la incompleta forma que podíamos hacerlo?

Los nombres del cónsul francés Mr. Berard y el del Imperio alemán Sr. Krugger y del secretario del consulado, así como el del almirante Von Driederich, el de los distinguidos oficiales del *Irene* Von Schromberg y Von Jepfer, que nos visitaron con algún detenimiento en esta capital, aceptando con mucho agrado el almuerzo con que se les obsequió después de recorrer nuestra linea de defensa, no desaparecerán fácilmente de la memoria de los españoles peninsulares á quienes la cruel fortuna nos destinó sufrir en Manila la impresión dolorosa de ver perdida nuestra secular dominación en el Oriente.



CAPÍTULO XIII

Continúan los acontecimientos de Mayo de 1898.

1. Emilio Aguinaldo cambia radicalmente su itinerario, y en vez de ir á Europa, emprende desde Singapoore su vuelta á la tierra filipina. — 2.º Sus proclamas desde Cavite. Erigese en dictador. — 3.º Sus primeros decretos. — 4.º Crítica situación de las fuerzas españolas en Cavite. — Alzamiento general de los tagalos, cayendo aquéllas en poder del enemigo.

1. *Emilio Aguinaldo cambia radicalmente su itinerario, y en vez de ir á Europa, emprende desde Singapoore su vuelta á la tierra filipina.* — El jefe de la rebelión tagala, capitulado en Biacuabaló, venía experimentando en su residencia de Hong-Kong serios disgustos. Depositada por él en los Bancos de la citada colonia inglesa la principal de las sumas pactadas como indemnización, pública y notoria fué la imperiosa demanda que su compañero Artacho le hizo para la inmediata distribución de aquel dinero. Aguinaldo fué citado á comparecer ante los tribunales ingleses, y, además, pública y privadamente amenazado por su mencionado amigo.

Para evitar tanto sinsabor, Aguinaldo salió de Hong-Kong y, con nombre supuesto para despistar á la policía inglesa, se fué á Saigón. Instalado allí, y reflexionando con más calma de la que su espíritu podía disfrutar en Hong-Kong, pensó en trasladarse á Europa; mas como tal vez anduviese desconfiado de lo que tuviera para él de eficaz y conveniente tal propósito, desde luego ideó madurarlo, resolviendo detenerse en Singapoore.

Fácil es comprender el estado de corrosiva incertidumbre en que en aquella época y circunstancias Aguinaldo se hallaba. Llegó á Singapoore, creemos recordar que el 21 de Abril; dióle cómodo aloja-

mienio su paisano el conocido Dr. Santos, residente en aquella capital de la península de Malaca, y en cuya ciudad se habían reunido próximamente 40 filipinos de la principalia tagala con el objeto de rehuir los riesgos de la lucha armada, pero con tenaz decisión de laborar cuanto les fuese posible en pro de la independencia de Filipinas.

El Dr. Santos y sus paisanos mantenían amistad íntima con un inglés que había residido largo tiempo en Manila, y al cual ciertamente sus compatriotas no le concedían los beneficios de un trato afectuoso. El aludido sujeto de nacionalidad inglesa fué presentado á Emilio Aguinaldo; y como hacía tiempo que aquel individuo venía ingeriéndose cuando podía en las cosas de la rebelión tagala, tan pronto conoció la idea de Aguinaldo de trasladarse á Europa, comenzó á practicar los mayores esfuerzos para disuadirle de ello; hizole, por el contrario, entender el ancho y franco campo que á sus aspiraciones, para el logro de hacer de Filipinas un pueblo independiente, le ofrecía la ruptura de relaciones entre España y los Estados Unidos de América: quiso persuadir á Emilio Aguinaldo de que por modo alguno debía continuar su proyectado viaje al viejo continente, sino, por el contrario, indújole á borrar de su memoria tan desacertado plan y á que, en vez de éste, se decidiera á volver á Filipinas y levantar el país contra España, cooperando con los americanos al derribo de nuestra secular dominación. Hizole comprender á Aguinaldo lo indubitable que era recibiese, en cambio de la actitud que le aconsejaba adoptase, el premio que los Estados Unidos concederían á las islas Filipinas declarándolas desde luego independientes. El aludido sujeto inglés, según se decía en Singapoore, ofrecía á Aguinaldo como argumento de incontrastable fuerza el supuesto de que la citada República americana no deseaba poseer colonias, sino que vivía siempre aferrada á la doctrina de Monroe.

El jefe de la rebelión tagala, el cual por algo llegó al puesto que en ella ocupara, y que después de la muerte de Andrés Bonifacio no tuvo rival franco y decidido (pues por otros procederes si los ha tenido y tiene) para disputarle la jefatura, no se entregó de golpe y porrazo á las teorías del tantas veces repetido sujeto inglés, sino que le contestó la obligación que tenía en el sostenimiento del pacto de Biacnabaló, y hasta lo personalmente que se había comprometido á ello con el Capitán general Sr. Primo de Rivera.

Con estas consideraciones, Aguinaldo se defendió de la primera acometida que recibió contra sus determinaciones adoptadas, según se ha dicho, bajo la impresión de sus disgustos en Hong-Kong.

Bien pronto el inglés á que aludimos logró acudieran en apoyo de sus planes trazados al jefe de la rebelión tagala los amigos de éste residentes en Singapoore, procurando todos que Aguinaldo hiciese lo

aconsejado por el inglés, logrando destruir el argumento que Aguinaldo ofrecía, fundado en el deber de ser formal con lo pactado en Biacnabaló y lo ofrecido al Marqués de Esclla.

Agilábanse los unos y los otros, y todos ellos para demostrar al jefe tagalo que los compromisos del pacto de Biacnabaló no existían, porque no se había podido obtener la pacificación de Luzón ni se había hecho entrega del resto de la suma por España ofrecida tan luego dicha pacificación se alcanzase.

Aguinaldo comenzó á ceder, y la primera muestra que de esto diera bien clara y manifiesta fué: por lo pronto, accedió á tener una entrevista con Mr. Spencer Prat, cónsul americano en Singapoore: la aludida entrevista no se celebró del modo que se dijo cuando en los primeros momentos se comentara, es decir, rodeada de todo misterio y en las alias horas de la noche, sino que tuvo lugar cerca del medio día en la mansión «llanse».

Ni el cónsul americano hablaba el español, ni Aguinaldo hablaba el inglés: la conferencia, pues, á que aludimos fué menester efectuarla por medio de intérprete: Aguinaldo llevó á ella un ayudante suyo, de apellido Leyva, que si chapurreaba alguna frase inglesa, no tenía de este idioma bastante conocimiento para sostener una conversación, sobre todo cuando en ella había que estar muy atento á puntualizar con exactitud los conceptos, y aun las frases; pero en cambio, el cónsul americano tenía en dicha conferencia á su lado al sujeto inglés á quien tantas veces venimos en estas líneas aludiendo, y éste podía si interpretar y glosar todo cuanto Mr. Spencer Prat dijese á Aguinaldo, y todo cuando Aguinaldo manifestase al cónsul. Mucho se habló y muy variadamente acerca de las declaraciones hechas en la conferencia á que nos referimos entre el cónsul americano y el jefe tagalo capitulado en Biacnabaló: lo que es de difícil explicativa, sin llegar á la rotunda afirmación de que en tal entrevista hubiera de una y otra parte manifestaciones que sufrieron gran quebranto en su significación y valor práctico, al ser vertidas del inglés al español y del español al inglés, consiste en que, tanto Aguinaldo como el cónsul Spencer Prat, quedaron al terminar su conferencia perfectamente satisfechos: este último, porque creyó que Aguinaldo simplemente cooperaría á la acción de las armas americanas para poner fin á la soberanía de España en las islas Filipinas; y el primero, porque quedó convencido de que el premio de su cooperación sería no otra cosa que el logro de la independencia para su tierra.

El cónsul americano, según los informes que nosotros adquirimos personalmente en el propio lugar en donde estos hechos se desarrollaron, no fué tan allá como se ha supuesto y afirmado con error: pero

de todas suertes, Emilio Aguinaldo resolvióse á rectificar su itinerario, según decimos en el epígrafe de este capítulo, y decidió adoptar la nueva actitud á que con tanta insistencia se le había invitado.

Mientras tanto Aguinaldo reflexionaba en torno de la nueva fase que iban á lomar los acontecimientos en que acababa de resolverse á intervenir, el cable entre Singapoore y Hong-Kong funcionaba con frecuencia. Mr. Spencer Prat comprendía que no estando autorizado para decidir por sí propio y en definitiva sobre el asunto, debía telegrafiar pidiendo instrucciones una y otra vez al comodoro Dewey, basta que recibió de éste un cablegrama que tal vez literalmente dijese: «Send my the man»: envíeseme el hombre.

Este telegrama se recibió en Singapoore hacia el 23 de Abril, ó, lo que es igual, cuatro días antes de que la escuadra Dewey abandonase la bahía de Mirs para venir contra Manila, y cuarenta y ocho horas antes también de la en que los buques americanos abandonaron el puerto de Hong-Kong para fondear en las citadas aguas de China.

El almirante Dewey no pudo, pues, por modo alguno hablar con Aguinaldo en Hong-Kong ni poco, ni mucho, ni nada; pero el jefe de la rebelión tagala, que, una vez recibido el telegrama que acabamos de transcribir, aprovechó la salida del primer barco para volver desde Singapoore á Hong-Kong, permaneció en este puerto hasta que fué transportado á Manila en el *Mac-Culloch*, perteneciente á la escuadra americana, veintitrés días después de haber destruido el comodoro americano la nuestra.

Relatado queda lo que en concepto nuestro trazó nuevo camino á Emilio Aguinaldo desde Singapoore: creemos en la voracidad de nuestros informes, y creemos que éstos pueden hallar su demostración evidente en documentos de valor oficial, aun cuando una vez más declaramos que no hemos pretendido obtenerlos de ningún funcionario público.

Al recoger de procedencia privada lo que acabamos de exponer, también supimos que la presencia de Aguinaldo en Singapoore había preocupado justamente al digno representante de España en aquella colonia inglesa; que éste vino vigilando escrupulosamente todos los pasos de Aguinaldo; que con oportunidad, dicho representante, cónsul de España, D. Luis Marinas, protestó ante el Gobierno de la colonia inglesa sobre el hecho que constituía flagrante violación de la ley de reclutamiento británico, la cual prohíbe en un país neutral se contraten soldados para ir á engrosar las filas de un ejército beligerante, y creyendo nuestro cónsul que esta ley resultaba incumplida en virtud del pacto Spencer Prat-Aguinaldo; sabemos que el mencionado Sr. Marinas denunció al cónsul americano por haber faltado á los deberes de

hospitalidad y violado al propio tiempo el bando de neutralidad ya publicado por el Gobierno inglés dentro de las veinticuatro horas en que se ultimó el aludido arreglo entre Spencer Prat y el jefe de la rebelión tagala. No otra cosa, pues, en justicia estricta y en el deber de relatar con veracidad los hechos, sino encomio y aplauso merece, según nuestro pensar, el honrado patriótico proceder del cónsul de España en Singapoore en las fechas á que nos referimos; así como tampoco dejamos de agradecerle los excelentes servicios que desde la misma colonia inglesa prestó á los españoles con las grandes cantidades de víveres que fué enviando al Gobierno general de Bisayas durante los meses posteriores á la catástrofe de Cavite.

Acabamos de ver cuán eficazmente los americanos se valieron de Emilio Aguinaldo para que los auxiliase.

2.ª *Sus proclamas desde Cavite. Erígese dictador.* — El público rumor señaló el 23 de Mayo como fecha de la llegada de Emilio Aguinaldo á Cavite: pero basta el día 27 no se comprobó tan desagradable noticia para nosotros: había tenido el jefe de la rebelión tagala especialísimo interés en ocultar durante los primeros días su llegada, sin duda para preparar las primeras proclamas y decretos.

Ya se sabe que Aguinaldo no es hombre de letras, y en las fechas á que aludimos no contaba á su lado con hombres que fuesen de muy superior ilustración á la suya, y por ende capaces de producir escritos de alguna forma literaria, y menos de profundidades en conceptos.

Por ser así, tal vez á las pocas horas de su arribo á Cavite acudió ya á ponerse á sus órdenes el abogado A. Riansares Bautista, en aquellas circunstancias el más caracterizado de todos los tagalos que rodeaban á Emilio Aguinaldo; pero Riansares aun no estaba preparado para el servicio urgente que había de ejecutar, y que cuadraba al cargo de asesor con que Aguinaldo le distinguió tan luego se le presentara. Riansares pidió con toda prisa á Manila «libros de derecho político é internacional, y cuantos tratasen de la forma en que otros pueblos habían proclamado su independencia». Añadía el consejero de Aguinaldo que «no podían diferir por más tiempo la proclamación de aquélla».

El primer documento público de Aguinaldo después de su desembarque en Cavite fué la proclama en que disponía el alzamiento general del país contra la dominación española. El texto de esta proclama es el siguiente:

«Á los jefes revolucionarios de Filipinas.

»Queridos hermanos: Por la gracia del Creador, los participo que
»hemos llegado aquí, en Cavite, hoy á las doce del día, y hemos saltado

«en tierra á su vez, después de nuestra conferencia con el almirante
«americano, á eso de las cuatro de la tarde, referenlo á lo que todos as-
«piramos para conseguir nuestra libertad. Re de terminar aquí, por-
«que he de ser muy extenso. No tiene por objeto ésta más que mani-
«festarlo que usted y demás correligionarios nuestros se reúnan para
«determinar la forma como se puede copar á nuestros enemigos, em-
«picando la astucia para realizar el fin: procurar lo que ha de ser para
«el provecho de todos, pues hoy se acerca ya el día. Ruego, por tanto, á
«todos los hermanos que se unan, desechen de sí la traición, no ocurra
«lo que ha ocurrido en los días pasados respecto de otros hermanos.
«Asimismo deben los que se precian defensores de su patria respetar
«á los extranjeros y sus propiedades, y más aún, guardar toda clase de
«consideraciones á los enemigos; además de esto, deberán tener en
«cuenta que he prometido, no sólo al almirante americano, sino tam-
«bién á los representantes de otras naciones con quienes he conieren-
«ciado, que la guerra que aquí verán será de la que se estila entre las
«naciones más civilizadas, con el fin de que nosotros, los hijos de Fi-
«lipinas, seamos la admiración de las potencias civilizadas y ennce-
«dernos la independencia de nuestro Archipiélago. Pero como no se
«vea en nosotros una buena dirección de gobierno de nuestro territo-
«rio, no conseguiremos nuestra libertad; antes al contrario, será entre-
«gado á otras manos nuestro propio suelo. Por eso, hermanos míos.
«les recomiendo que procuremos unir nuestros esfuerzos é inculque-
«mos en nuestros corazones la defensa de nuestra patria. Muchas na-
«ciones están de nuestra parte. Para el último día del presente mes, y
«á horas de las doce del día, podréis levantaros á la vez, y caso de que
«nuestros enemigos se aperciban, procurar hacerlo de veras ya: mas
«cuando oyereis que bombardeamos algunos de los pueblos de Salinas,
«Novelela, Naic, Tansa, Cautit, Racoór, Las Piñas y Parañaque, podréis
«principiar el movimiento y perseguir á nuestros enemigos que tomen
«la retirada: esto no obstante, si pudierais adelantaros, sería mejor, á
«fin de que no se esparzan las armas. Tened presente también que
«como sepan los españoles que estamos aquí, ordenarán la aprehen-
«sión de todos nuestros compañeros. Quizás no encontraremos ocasión
«tan propicia como ésta; por eso es que debemos aprovecharla, porque
«de no, sería una gran lástima. Procurar también que la guerra se ter-
«mine cuanto antes. Seducir á la fuerza de infantería indígena, em-
«pleando el medio que estiméis conveniente. — Dios guarde á usted
«muchos años. — E. AG. MAGDALO. »

Este documento está fechado en la Comandancia general del arsenal de Cavile á 20 de Mayo de 1898.

No debemos molestar la atención de nuestros lectores con la copia literal de muchos de los documentos de la revolución filipina que á nuestras manos llegaron, y que sólo hemos querido conservar mientras escribíamos estas páginas. Si hubiéramos de transcribirlos todos, resultaríamos verdaderamente insoportables, y ya basta con que resultemos pesados. Mas nos parece, sin embargo, conveniente para demostrar la correlación de hechos ofrecer la copia de las primeras proclamas y decretos por Emilio Aguinaldo dictados para llegar al fin que se proponía y logró: el levantamiento general de todas las provincias de Luzón, y en breve plazo también el de Bisayas.

3.ª *Sus primeros decretos.* — Erigiéndose Emilio Aguinaldo en dictador y continuando su labor revolucionaria, sus primeros decretos dictatoriales venían á recalcar los conceptos emitidos en la proclama que hemos dado á conocer, y dedicándose á cantar las excelencias de lo que llamaba gran nación norteamericana, consignaba muy claramente los pactos ó promesas que hubiese realizado ó que se le habían hecho.

En el primer decreto que con el membrete de «Gobierno dictatorial de Filipinas» produjo el jefe de la rebelión filipina, después de intentar Emilio Aguinaldo demostrar el incumplimiento del pacto de Biacnabató por parte de los españoles, cuando hemos visto ya de qué suerte lo violaron continuando en armas los lagalos; después de acusar al Gobierno de España porque en cinco meses no había implantado reformas, cuando ya se ha visto las radicales que se instauraron; excitando Aguinaldo á sus páisanos á un general levantamiento, para por consecuencia de él lograr la independencia y hacer de Filipinas un pueblo como el Japón, cuyos adelantos eran dignos de envidiarse, según había evidenciado la guerra sostenida por aquel imperio con China, el jefe de la revolución filipina, declarando por último la protección *desinteresada* que le había ofrecido la nación norteamericana para conseguir la libertad de las islas Filipinas, terminaba el preámbulo de su decreto, con la parte dispositiva nombrándose dictador, en los términos siguientes:

«Vuelvo á asumir el mando de todas las huestes para el logro de
» nuestras levantadas aspiraciones, estableciendo un régimen dictatorial que se traducirá en decretos bajo mi sola responsabilidad, y mediante consejo de personas ilustradas, hasta que, dominadas completamente estas islas, puedan formar una Asamblea constituyente republicana y nombrar un presidente con su Gabinete, en cuyas manos
» resignaré el mando de las mismas.

» Dado en Cavile á 24 de Mayo de 1898.»

La disposición dictatorial que siguió á la que antecede, decía literalmente lo que copiamos á continuación:

« FILIPINOS: La gran nación norteamericana, cuna de la verdadera
» libertad y amante, por tanto, de la de nuestro pueblo, oprimido y
» subyugado por la tiranía y el despotismo de sus gobernantes, ha ve-
» nido demostrando hasta aquí una prolección decidida, al par que
» desinteresada, hacia los habitantes de él, considerándonos con la su-
» ficiente civilización y aptitud para gobernar por nosotros mismos
» este nuestro desdichado suelo; y para mantener este tan alto con-
» cepto que merecemos de la nunca bien ponderada nación norteamer-
» ricana, debemos abominar todos aquellos actos que desdicen del
» mismo concepto, cuales son: el pillaje, el robo y toda clase de alro-
» pellos, así en las personas como en las cosas: con el fin de evitar
» conflictos internacionales durante el período de nuestra campaña.
» dispongo lo siguiente:

» Artículo 1.º Se respetarán las vidas y propiedades de todos los
» extranjeros, incluso en esta denominación los chinos, así como de lo-
» dos los españoles que ni directa ni indirectamente han contribuido á
» tomar las armas contra nosotros.

» Art. 2.º Igualmente se respetarán también las de los enemigos
» que depusieron las armas.

» Art. 3.º Se respetarán asimismo todos los establecimientos y am-
» bulancias de sanidad, como también las personas y efectos que se
» encuentren en unos y otros, con inclusión de los agregados á su ser-
» vicio, á menos que demuestren hostilidad.

» Art. 4.º Los que desobedecieren lo prescrito en los tres artículos
» anteriores, serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las
» armas, si por tal desobediencia causaren asesinatos, incendios, robos
» y violaciones.

» Dado en Cavile á 24 de Mayo de 1898. »

El tercer decreto dictado por Aguinaldo decía lo que copiamos:

« FILIPINOS: Debiendo de empezar dentro de muy breves días nues-
» tras operaciones militares, y enterado este «Gobierno dictatorial» de
» mi cargo que el español se propone enviarnos una comisión parla-
» mentaria al objeto de entablar negociaciones para su sostenimiento.
» y propuesto ya á no admitir ninguna clase de ellas, en vista del fra-
» caso de la anterior *por incumplimiento del mismo Gobierno español*, te-
» niendo además en cuenta que en esta plaza circulan varias personas
» que ejercen el espionaje del propio Gobierno español, como General
» en jefe de este territorio, dispongo lo siguiente:

» Artículo 1.º Los particulares ó militares que con comisión pariamen-
» taria entrasen en este territorio sin presentar la bandera de par-
» lamento que para éstos casos dispone el Derecho internacional, y
» que, cuando lo hagan, careciesen de credencial y demás documentos
» que justifiquen debidamente su carácter y personalidad, serán consi-
» derados como reos de espionaje y pasados por las armas.

» Art. 2.º El filipino que desempeñare la comisión que se refiere en
» el artículo anterior, será considerado como traidor á su patria, y le
» será impuesta la pena de ser colgado del cuello en una plaza por es-
» pacio de dos horas, y una labia pendiente del mismo en que esté es-
» crito ser él traidor á su patria.

» Art. 3.º El militar ó particular que, encontrándose en nuestro te-
» rritorio, pasare al ejército enemigo, descubriendo los secretos de la
» guerra ó facilitando planos de nuestras fortificaciones, serán repula-
» dos también como traidores y pasados por las armas.

» Dado en Cavite á 24 de Mayo de 1898. »

He aquí lo más sustancial de las medidas dictadas por Emilio Aguinaldo en los comienzos de su campaña, tan útil, por las compli-
caciones de fuera para acabar con la dominación española en el Ar-
chipiélago filipino, como estéril para que los tagalos alcanzasen su so-
ñada independencia.

No conocemos bastante el espíritu en que se informaba el dictador
de los tagalos respecto á la magnanimidad con que la letra de sus de-
cretos prescribía la forma de hacer la guerra á los españoles; lo que si
podemos afirmar es que dicha letra resultó muerta. Zambales, Cama-
rines, Cebú, Ilocos Sur y muchos otros lugares vinieron á comprobar
cuán ineficaces fueron las órdenes de Aguinaldo, no solamente en el
primer período de la nueva revolución, sino en todo tiempo durante
la misma.

¡Magnanimidad de sentimientos cuando cabalmente al escribir nos-
otros estas páginas hacía ya diez y nueve meses que Aguinaldo dió
las órdenes que acabamos de transcribir, y continuando éste siendo
jefe del gobierno filipino y nuevamente dictador, aun mantenía en su
poder 3.000 espectros de españoles cautivos, cuando ya nada tenía que
pensar España respecto de estas islas, sino era para pedir á Dios perdo-
nase al gran Magallanes el hecho de haberlas descubierto, y al inclito
Legazpi el de haberlas conquistado para nosotros!

4.º *Crítica situación de las fuerzas españolas en Cavite. Alzamiento gene-
ral de los tagalos, cayendo aquéllas en poder del enemigo.* — Ya hemos dicho
en qué términos parecía haberse conseguido, con la declaración de

guerra hecha por los Estados Unidos á España, una reacción favorable hacia nuestra Patria en el espíritu revolucionario de los filipinos. En tales días, el estado de relaciones éntre los españoles peninsulares y los naturales de estas islas, por parte nuestra, se asemejaba á esos altercados, en ocasiones duros, que se producen en el interior de las familias, y en virtud de los que individuos que la componen se separan por de pronto en absoluto, aunque deseando recíprocamente, desde las veinticuatro horas de la pelea sostenida, hallar la ocasión de reanudar el cariñoso trato: esta ocasión se presenta, lo más tarde, cuando un incidente de desgracia viene á sumir en la aflicción á alguno de aquellos individuos que se separaron, y entonces se alcanza por el indicado motivo una reconciliación que, no sólo pone término á las diferencias que existían, sino que suele sellar con caracteres más fijos el mutuo afecto para en adelante de los individuos á que aludimos.

Pero el modo de sentir de los tagalos no se ajustaba á la reciprocidad de sentimientos que debieran, dada la sincera prontitud con que los españoles perdonaban la conducta de aquéllos contra la causa de España. Siendo estos naturales filipinos seres de poca firmeza en sus creencias, cuanto más arreciaban en manifestar de nuevo su adhesión á la causa de la Patria, cuando más estentóreamente gritaban *¡Viva España!*, se aproximaban más á evidenciar lo opuesto.

¿Cuánto tiempo duró aquella explosión de amor hacia la Madre patria que los principales tagalos produjeron al vernos en el comienzo de la guerra con los Estados Unidos de América? Duró el tiempo que tardara Emilio Aguinaldo en volver á la tierra filipina.

Mantuviéronse los ecos de aquellas protestas que los tagalos prodigaban en tales fechas hasta el instante en que desembarcó del *Mac-Culloch* el jefe de la rebelión tagala.

Las proclamas, pues, dadas por Aguinaldo, en las que trazaba el modo y forma con que había de efectuarse el levantamiento general contra la dominación española, determinaron rápidamente todos los efectos que podían apetecer los filipinos rebeldes, y además todo cuanto podían desear los americanos, puesto que, si dueños éstos de la bahía de Manila y de todas las costas del Archipiélago podían contar con que las masas filipinas se apoderasen del interior, resultaría mucho más fácil el ulterior trabajo de aquéllos para enseñorearse de todo el territorio.

Ya reseñaremos, aunque sea muy brevemente, cómo se fueron perdiendo las provincias del Archipiélago para la causa de España.

Bloqueada Manila por los americanos y cercada por los filipinos, las noticias relativas al modo y forma con que los tagalos se apodera-

ron del territorio no llegaron para quienes residíamos en Manila hasta meses después del combate naval del 1.º de Mayo: no las tuvimos hasta después de efectuada la trágica capitulación de Manila, y describirla ésta, será cuando nos ocupemos de tan triste importante punto.

Volviendo al relato de los hechos á que nuestra vista y oído alcanzaban, diremos que el levantamiento de los tagalos en las provincias de Cavite y Manila fué efectivamente como un meteoro. Evacuada la primera de estas plazas y el arsenal, el general Peña, con las fuerzas de que disponía, retiróse á los pueblos costeros de la provincia, ocupando Noveleta, Cavite Viejo y Bacoar por el flanco izquierdo, y Naic, y principalmente Rosario, por el derecho. Las fuerzas de marinería del arsenal y la de infantería de marina fueron á Binacayan y Parañaque, aunque las destacadas en este último sitio pronto fueron destinadas á reforzar los primeros puntos indicados, que tenían por apoyo San Francisco de Malabón é Imus.

La situación de nuestras tropas al mando del general Peña en la provincia de Cavite no podía ser más comprometida, aun antes del alzamiento por Aguinaldo señalado para el día 30 del mes de Mayo.

Si fuesen ciertos los extensos rumores que recogimos, el Capitán general Sr. Augustin lo comprendía así, cuando autorizaba en los últimos días de Mayo la conferencia que por iniciativa de D. Felipe Buencamino iba á celebrar éste con Aguinaldo, entrevista que dió por resultado que Buencamino abandonase el puesto de honor que ocupaba en la línea de Bacoar-Zapote y se quedase ya al servicio de la revolución filipina.

Los mismos rumores nos hacían saber que Trias y Ricarte habían sido encargados de informar acerca de la gran conmoción que en todos los pueblos de la provincia de Cavite se notaba, y que Valencia, aquel excelente capitán municipal indígena que salvó la vida á muchos peninsulares, había recibido igual encargo después de haber sido nombrado comandante de la zona de Santa Cruz.

El general Peña hallaba obstáculos insuperables para llenar su cometido: precisaba operarios para atrincherar las posiciones que sus fuerzas ocupaban: pagaba puntualmente á todo el que se presentase, y á ningún precio encontraba gentes que quisieran trabajar en tales obras: ni un solo jornalero pudo lograr en Cavite Viejo y en Bacoar, aconteciendo lo propio en los demás puntos ocupados por nuestros destacamentos. Eran éstos en gran número, y el total de las fuerzas muy escaso.

Dicho general, en situación tan apurada, pedía refuerzos á Manila; reclamaba con toda urgencia 200 hombres para guardar la estratégica posición de Binacayan, de la que las fuerzas de marina se habían reti-

rado; mas los refuerzos no pudieron ir, y el mal arreciaba por momentos.

Se sabía bien que, inmediatamente de haberse efectuado el combate del 1.º de Mayo, en las playas de Cavile habíanse desembarcado 16.000 fusiles, que fueron distribuidos á los rebeldes, y tampoco se ignoraba que el día 27 se habían entregado á los mismos 5.000 fusiles más.

Tal era el estado de los pueblos de Cavile, que en la misma fecha los provinciales de las Ordenes religiosas ordenaron ya la retirada á Manila de todos los curas párrocos de la provincia.

Desde el día 25 del mes que acabamos de citar, y cuyos principales sucesos venimos relatando, los hechos de guerra menudeaban. El 28, una palrulla nuestra, compuesta de 18 hombres, fué atacada por una partida insurrecta en el barrio de Malagasan, en el camino de Imus á Dasmariñas; de aquel grupo se salvó el sargento que lo mandaba y un solo soldado.

Presentábanse por todas direcciones partidas muy numerosas. Una de 500 hombres cayó sobre Imus, siendo valientemente rechazada por fuerzas de la Guardia civil y de infantería de marina destacadas en aquel pueblo.

Gran número de rebeldes intentaron el 20 apoderarse de Baeoor y caer de nuevo sobre Imus, sin lograr aquéllos su propósito, por haber acudido al primero de estos pueblos una compañía de artillería, que volvió después á Imus, conociendo el plan de los rebeldes de atacar de nuevo esta posición en la noche del mismo día.

Las deserciones de la tropa indígena que contábamos en la provincia de Cavile eran muy frecuentes: los rebeldes nos coparon algunas columnas, como la del comandante Pazos, quien pereció en la refriega.

Como si no bastasen á los revolucionarios de Cavile sus propias fuerzas, acudieron grandes núcleos de insurrectos procedentes de las provincias de Luzón que se habían concentrado en Paliparan: los ataques contra Cavile Viejo, Bacoor y Binacayan fueron muy duros, y el único camino que unía aquellos pueblos estaba interceptado por los insurrectos: por la ensenada del primer punto de los últimos tres citados continuamente desembarcaban fuerzas rebeldes bien armadas. Los jefes filipinos Bicarte, Trías, Riego de Dios y Valencia, que aun permanecían fieles á nuestra causa, ni siquiera se alrevieron á repartir los fusiles que les entregábamos, por la fundadísima desconfianza que tenían respecto del uso que de ellos se había de hacer.

Entre Bacoor y Las Pifias se libró sangriento combale, y se hizo imposible comunicar órdenes á destacamento alguno. El comandante militar de Santa Rosa, D. Pedro Ferrer, recibió órdenes del Capitán ge-

ñeral para comunicarlas directamente á los destacamentos de Silang, Julang y Naic, con el fin de que se reconcentrasen en el primero de estos puntos, disponiendo á la vez que por todo medio se procurase adquirir noticias de lo que pudiera ocurrirle al general Peña en San Francisco de Malabón: no pudo llevarse á cabo tal servicio.

Perlas, otro filipino que también estaba aún á nuestro lado, prometió desempeñar esta última misión; pero reiteraba lo indispensable que le era recibir los cien fusiles que había solicitado, y, en efecto, al intentar, dentro de las cuarenta y ocho horas en que se le había ofrecido se le entregarían, cumplir la oferta, no pudo llevarse á efecto, pues el comandante del Estado Mayor de nuestro Ejército, Sr. Toral, encargado de conducir el expresado armamento, halló todas las márgenes de la Laguna de Bay tan tupidas de rebeldes, que no le fué posible por modo alguno comunicar con Perlas, regresando á Manila después de haber corrido serio peligro de caer en poder de los insurrectos.

Intentó el Capitán general enviar como auxilio al pueblo de Imus, objetivo de los revolucionarios, una columna de 500 hombres al mando del valeroso teniente coronel Soro; mas éste no pudo llegar tampoco á aquel pueblo, por haber sido totalmente destruido el puente que lo comunicaba con San Nicolás.

¿Es que antes de estos acontecimientos había llegado la hora de concentrar el general Peña las fuerzas de su mando y retirarse de la provincia de Cavile? ¿Contaba con la autorización precisa para tal movimiento? Caso de haberle sido transmitida la autorización aludida, ¿llegó á su destino, ó es que las comunicaciones por todas partes cortadas lo impidieron? Seguramente no otra cosa que lo últimamente indicado aconteció, puesto que ni un solo destacamento pudo replegarse sobre nuestras líneas avanzadas de Manila.

Si la situación del general Peña y tropas de su mando era difícil antes del día 30 de Mayo, fecha que se recordará fué la señalada por Aguinaldo para el alzamiento general en armas, cuando llegó el indicado día y, en efecto, la hora señalada para producirse el movimiento, dió á conocer el instante en que éste debía efectuarse: los 2.800 hombres que teníamos en la provincia de Cavile necesariamente habían de sufrir la tristísima suerte que sufrieron. Los destacamentos se defendieron allí bríosamente en sus posiciones durante uno, dos, cuatro y hasta siete días; es decir, en vano en cuanto tuvieron algún elemento de boca y guerra de que disponer; pero al verse privados de todo humano recurso, hubieron de rendirse, y se rindieron.



CAPÍTULO XIV

Continúan los acontecimientos de Mayo de 1898.

1.° Modo y forma con que los rebeldes tagalos trataron á los primeros prisioneros de nuestro Ejército. — 2.° Últimas esperanzas y postreras decepciones. — 3.° Inauguración de la Asamblea consultiva. — 4.° Manifiesto Paterno. — 5.° Los insurrectos de Cavite se apoderan de nuestra línea del Zapoto-Bacoor.

1.° *Modo y forma con que los rebeldes tagalos trataron á los primeros prisioneros de nuestro Ejército.* — Hechos prisioneros por las fuerzas de Aguinaldo el general Peña y todos sus soldados, las noticias que comenzamos á tener referentes al buen trato que recibían de los tagalos, todas eran falsas: las cundió el propio terror que sentía quien las suministraba, por si acaso se llegaba á descubrir la verdad por el mismo transmitida. Las escaseces, miserias y rigores que nuestros prisioneros recibían de las tropas de Aguinaldo fueron tanto mayores cuanto más apartados de la capital de la provincia estaban los puntos á que fueron destinados aquéllos, y aun podemos afirmar que los mismos españoles que quedaron cautivos en Cavite lo pasaron tan mal como todos los demás.

La ración que para alimentarse recibían consistía en un poco de arroz condimentado en forma de morisqueta; es decir, cocido en agua sin sal, y un pequeñísimo trozo de carne, mejor dicho, una piltrafa: de este rancho se les servía una pequeña porción por la mañana y otra por la tarde.

Queriendo los jefes filipinos, según éstos dijeron, racionar á nuestros prisioneros más convenientemente, subdividieron el número de

éstos en grupos de cinco: á los formados por jefes y oficiales de nuestro Ejército proporcionábanles tres pequeños panecillos, y para los cinco, también un polio de los que antiguamente se pasaban por el aro de cuatro cuartos. Los pobres soldados y clases no disfrutaban más que la ración de arroz: y como esto no podía bastar para mulrir un organismo de europeo, singularmente aquellos prisioneros que no querían resignarse á servir de asistentes ó criados á las familias tagalas, viéronse obligados á pedir limosna por las calles: afirmamos que más de uno cayó en ellas muerto de inanición.

La alegría experimentada por los rebeldes de la provincia de Cavite cuando tenían á su servicio algún *castila*, es decir, algún español peninsular, era tan grande, que no ponían término á las expresiones de la satisfacción que en ello experimentaban: había muchas jóvenes y muchos niños pertenecientes á familias indígenas que por exhibir al nuevo sirviente peninsular paseaban todo el día por las calles acompañados de aquél: á nuestros soldados prisioneros en la capital de la provincia se les destinó á los más groseros trabajos, limpieza pública, arrastre de carretones, etc., etc.; servicios mecánicos los más duros de que eran testigos, sin articular protesta, las fuerzas americanas que allí por fin destacó el almirante Dewey.

Si cruel era el trato que en Cavite recibían los prisioneros españoles en estado de salud, mucho más doloroso es para nosotros haber de consignar el modo con que se asistía á los enfermos en el hospital de dicha ciudad, llamado de San Juan de Dios, de cuyo establecimiento habíanse apoderado también las fuerzas tagalas: refiérense profundas tristezas de lo que en tal asilo acontecía.

No sabemos si son del todo exactos los rumores que á nosotros llegaron: pero lo que si decimos y sostenemos, sin temor alguno á que nadie lo niegue, es que hubo médico americano de los que estaban al servicio de la escuadra Dewey que aconsejó á alguno de los enfermos nuestros no lomase ningún medicamento de cuantos se le propinasen allí. «Prennez garde, monsieur; prenez garde, monsieur», decía el aludido doctor á un nuestro buen amigo prisionero que se hallaba enfermo en aquella casa: muchas veces el citado médico llevóle al enfermo á quien nos referimos los medicamentos que entendía serle necesarios. Todos los médicos americanos mostrábanse en Cavite grandemente celosos por el cumplimiento de su humanitario deber, y practicaron, tanto á españoles peninsulares como á los tagalos, múltiples operaciones, dispensando todo género de atenciones y cuidados á aquellos enfermos. No solamente los profesores aludidos eran los que acudían á la citada santa casa con el objeto de prestar los auxilios de la ciencia y de la caridad, sino que los jefes de los buques americanos también la visi-

taban, y suministraban lo más selecto de los vinos de que disponían (Jerez y Champagne) y galletas finísimas en grandes cantidades. En este tan humanitario proceder distinguíase mucho el comandante del *Raleigh*, Mr. Coghländ. Gracias á lo que acabamos de indicar, pudieron continuar en el citado hospital de Cavile, soportando los males que sufrían, los pobres enfermos que allí fueron concentrados, hasta que fueron conducidos á Manila todos los que eran peninsulares.

Juzgando el Gobierno dictatorial de Aguinaldo excesivo el número de prisioneros que tenía que custodiar en Cavile, resolvió trasladar gran parte de ellos á la provincia de Bulacán, limítrofe de la de Manila, y en la que se había desarrollado con mayor rapidez el movimiento revolucionario. El traslado de dichos prisioneros lo hizo uno de los pequeños barcos que tenían los insurrectos á su servicio, barcos que anduvieron por algún tiempo por la misma bahía de Manila arbolando una bandera no reconocida por nadie.

El trato que en la provincia de Bulacán sufrieron los prisioneros españoles fué mucho peor que el que habían padecido en Cavile, y horrible en todas partes, singularmente en el primer semestre de su cautiverio.

2. *Últimas esperanzas y postreras decepciones.* — Terminaba el mes de Mayo con la gravísima complicación del levantamiento general, que venía á cunstreñirnos por tierra cual por mar lo estábamos por la escuadra Dewey.

Es cierto que veíamos los inminentes gravísimos peligros á que nos exponía la en cada hora creciente insurrección tagala; pero aun nos ofrecían defender, hasta morir, la causa de España aquellos naturales á quienes se les dió el mando de las milicias filipinas, los Trias y los Tirona, Riearte, Pio del Pilar, Diego de Dios y algún otro.

La actitud de éstos nos infundía alguna esperanza, y fáciles, según por temperamento somos, para soñar, adquirió la esperanza á que aludimos mayores vuelos, cuando un cablegrama vino á proporcionarnos noticia consoladora de tal magnitud, que ésta sólo tuvo por análoga la triste realidad.

El cable á que nos referimos, y cuyo texto de casa en casa vertiginosamente corrió, decía que nuestra Madre patria enviaba en nuestro auxilio una expedición, compuesta de un barco acorazado, siete cruceros, dos cañoneros-torpederos, un caza-torpedos y 11.000 hombres. Se calculaba que esta expedición no podría llegar á Manila hasta fines de Junio; pero esta circunstancia no impedía que hasta los más pesimistas de entre nosotros se regocijasen de nuestro porvenir próximo. Aun tuvieron pocos días después, óslas que eran en realidad nuestras últi-

mas esperanzas, un nuevo factor que las agregó gran fuerza, y fué, la noticia cuya procedencia Dios sólo sabe, que también por el cable de Hong-Kong se nos comunicó, dando á conocer una brillante operación ejecutada por nuestra escuadra en aguas de las Tortugas, adonde había ido desde la Martinica. Se decía que en el supuesto combate habíamos perdido totalmente el *Oquendo* y que había quedado maltrecho el *Marta Teresa*, pero que los americanos habían perdido cuatro acorazados y tres cruceros. Se añadía haberse logrado la reunión de nuestras dos escuadras en la Habana, dando cuenta el telegrama de referencia de haberse frustrado los intentos de desembarco de los americanos en Cienfuegos y en Cárdenas después de tres horas de lucha desesperada en el último punto, en el que una sola granada española, estallando sobre el *Wislow*, hizo perecer toda la dotación, menos tres individuos de la misma.

Bien pronto la fortuna cruel y despiadada se encargó de destruir por completo las ilusiones que con todo esto acariciábamos.

No había expirado la fecha del 31 de Mayo, en la que aun trabajaba incesantemente la Capitanía general para la organización de zonas encomendadas á las milicias filipinas: todavía el Gobierno general de las islas continuaba dictando decretos otorgando las reformas más liberales que se pueden otorgar á los pueblos más cultos, y en contra de estos hechos, que eran el cumplimiento fiel de promesas otorgadas, vinimos á experimentar el más amargo desengaño y á recoger las últimas evidentes palmarias demostraciones de la vaguedad de criterio en estas razas orientales.

Uno de los revolucionarios que con más entusiastas frases había-se ofrecido ocho días antes al general Augustin para defender la causa de España, fué Haldomero Aguinaldo, y, en efecto, éste se entregó incondicionalmente á su primo Emilio tan luego se proclamó en Cavile dictador.

D. Felipe Buencamino, aquel abogado filipino que tantas mercedes recibió de la Administración española, aquel que había sido por ésta elevado á los altos cargos de la Magistratura y á registros de la propiedad, en que además de honor lograba emolumentos arancelarios que reponían grandemente su quebrantada fortuna: aquel vehemente patriota, cuya úvula ó campanilla corría el riesgo de desprenderse del lugar anatómico de su inserción por los gritos estruendosos con que en cien ocasiones anteriores, muy próximas al 26 de Mayo, producía vivas á España y á las instituciones que la rigen; aquel principal de los tagalos que vestía nuestro uniforme de teniente coronel de voluntarios para ocupar con los de Apalit sitio de honor en la extrema vanguardia de las fuerzas españolas en las llanuras de Bacoar, frente á Ca-

vile, de la noche á la mañana, sin graduales tibiezas, sino por salto mortal, cambió de posición, y abandonando el sitio militar cuya defensa se le había encomendado para que lo custodiase, ateniéndose á aquellas letras sublimes de nuestras sabias Ordenanzas militares, cuando dicen espartanamente: «el oficial á quien se le confía la defensa de un sitio á toda cosía la hará», se pasó al enemigo.

Mas no se limitaban las trisles decepciones que sufríamos á ver cómo nos volvían la espalda individualidades tan conocidas, sino que llegamos á la dura prueba de que al mandar desde Manila el armamento necesario para las unidades tácticas que constituían las nuevas milicias provinciales, no pudieron ser entregados á las mismas nuestros fusiles, porque todos los voluntarios habían acudido ya al campo de la insurrección. ¿Quién quedaba como elemento indígena armado al lado de España el 15 de Junio? Licerio Jerónimo, con su segundo D. Enrique B. Flores. Éstos fueron los que permanecieron fieles á la causa de España hasta la capitulación de Manila, luchando de continuo en nuestras avanzadas, en frente de Pio del Pilar, de quien el primero había sido compañero durante toda la primera campaña de la revolución, en la que Licerio se titulaba teniente general: en este último periodo de la guerra no vaciló un instante en venir á nuestro lado con sólo el nombramiento de capitán.

En el transecurso de diez días perdimos el apoyo de todos los jefes de las milicias filipinas que habían jurado la bandera de España.

En la Pampanga, y cubriendo posiciones de Pangasinán, Zambales é Ilocos Sur, podíamos contar, si, con aquel batallón de macabebes mandado por D. Engenio Blanco, verdadero patriota que ha prestado á la causa de España servicios señalados, así como su anciano y respetable padre. Esta familia lloraba ya la pérdida de uno de sus individuos, el capitán D. Agustín Blanco, que halló gloriosa muerte en la acción de Talisay, librada en la primera época revolucionaria.

Las partidas que no hacía una semana habían depuesto las armas, volvieron á esgrimir las en pro de la causa revolucionaria, reanudando los hechos, más que de guerra, de salvajismo, como el que llevaron á cabo en la estación de Guiguinlo, macheciendo los rebeldes á la voz y vista de la capital de la provincia de Bulacán un grupo de pasajeros españoles, entre los que se contaban algunas señoras y niños y varios religiosos agustinos, curas párrocos del citado pueblo y de los de Angal, Paombong y Bigaa: la mayor parte de los individuos que componían el grupo expresado fueron muertos ó gravemente heridos, y aun habría sido la matanza más cruel á no haber ejecutado el cura de Guiguinlo un hecho de valor heroico: apoderándose de un cris de grandes dimensiones y bien templado, el mencionado valeroso sacerdote co-

menzó á repartir á diestro y siniestro vertiginosamente tales tajos, que en un instante puso fuera de combate ocho ó nueve de aquellos foragidos.

En los mismos dias, los de Dagupan asesinaban villanamente al electo comandante de las milicias de La Unión, acaudalado propietario D. Francisco Lete, y á un hijo de menor edad del mismo; igual suerte trágica sufrió el Sr. Cros, empleado civil destinado á la citada provincia, y el cura de Aringay, Fr. Mariano García.

Registrábanse en estas mismas fechas cien hechos iguales á los que consignamos, irrecusable testimonio de que el alzamiento de los rebeldes en esta época traía el mismo carácter criminoso de la primera etapa revolucionaria, y, por consiguiente, eran casi simultáneas nuestras últimas esperanzas y nuestras postreras decepciones.

3.º *Inauguración de la Asamblea consultiva.* — El decreto por el general Augustin dictado, y publicado en la *Gaceta de Manila* correspondiente al día 4 de Mayo, definía bien concretamente en sus artículos 1.º y 11 el alcance y fin de la intervención que se daba al pueblo filipino en los asuntos públicos.

Dichos artículos decían lo siguiente:

«Artículo 1.º Con la denominación de Asamblea consultiva de Filipinas se establece en la capital del Archipiélago un Cuerpo consultivo, que deliberará é informará al Gobernador general sobre los asuntos de carácter político, gubernativo ó administrativo que dicha superior autoridad eslime oportuno consultarle.»

«Art. 2.º Esta Asamblea podrá exponer al Gobernador general la conveniencia de resoluciones que afecten á los intereses de los pueblos, siempre que no invada las funciones de otros organismos ni infrinja las leyes.»

Presidida por el Gobernador general, ó quien legítimamente le sustituyera, los miembros de la misma, según tetra del art. 3.º, se denominaban consejeros, y tendrían las mismas categorías y preeminencias que los consejeros de Administración, dividiéndose en consejeros natos y de libre elección.

Nos hace falta dar á conocer estos detalles, para que nuestros lectores puedan formar juicio exacto acerca del franco espíritu que distinguía los propósitos del Gobierno y la honrada aplicación que aquí iba á darse á lo que se había ofrecido.

La Asamblea consultiva inauguróse á las cinco de la tarde del día 28 de Mayo en el gran salón de sesiones de la Casa Ayuntamiento: acudieron todos los nombrados, excepto el abogado Rianzares Bautis-

ta, quien ya estaba al lado de Emilio Aguinaldo. Leyóse un mensaje del Capitán general, presidente del alto Cuerpo creado, y era dicho mensaje, sencilla, franca manifestación de los verdaderos deseos que el Gobierno de la Metrópoli tenía en pro de que se llenasen las aspiraciones reformistas de los filipinos, los cuales, si el Gobierno de la nación creía que eran muchos, nosotros sabíamos que eran muy pocos. A tal mensaje contestó en un discurso, con buena enonación leído, el Sr. D. Pedro A. Paterno, documento que no fué otra cosa sino el manifiesto que tres ó cuatro días después dirigió dicho señor al pueblo filipino. Antes de terminar la Asamblea su sesión inaugural, nombráronse dos comisiones, una que redactase el reglamento por que hubiera de regirse la Asamblea consultiva, y otra que propusiera el manifiesto que había de dirigirse al país.

Podemos prescindir de ocuparnos detenidamente del reglamento á que hacemos referencia: era una colección de reglas entresacadas todas, ó casi todas, al pie de la letra, de los reglamentos que rigen las Cámaras en nuestro sistema parlamentario vigente.

El proyecto de reglamento á que aludimos no tuvo verbal impugnación: pero sabemos que por escrito sí la presentó el secretario del Gobierno general de las islas, Sr. Sein Echaluze, calificándolo de ser un proyecto que venía á determinar «claramente la implantación de la autonomía, lo que en opinión del funcionario á quien acabamos de citar no cabía dentro de las facultades concedidas por el Gobierno de la nación». Creía además, y lo expresaba en su informe, que el reglamento presentado por el Sr. Domínguez Alfonso, presidente de la Comisión que lo había redactado, era inaceptable por su espíritu y letra, y porque se apartaba completamente de lo dispuesto en el superior decreto de 4 de Mayo, procediendo en su caso que la referida Comisión lo modificase en el sentido y forma que se lo encomendó.

En el proyecto de reglamento de que nos ocupamos, además de estar suscrito, como hemos dicho, por el Sr. Domínguez Alfonso, también constaban las firmas y rúbricas de los Sres. D. Nicolás de la Peña, D. Aristón Banlista, D. Pedro A. Paterno, D. T. H. Pardo de Tavera y D. Isaac Fernando de los Ríos.

4.º *Manifiesto Paterno.* — De qué suerte se agitaban las pasiones reformistas en el espíritu del que ya hemos dicho en muy anteriores páginas podía ser considerado jefe del reformismo en Filipinas, es decir, del Sr. Paterno, lo prueba irrecusablemente su manifiesto del 31 de Mayo.

Suyo era exclusivamente el aludido documento; sólo él lo suscribía; sólo él podía, desde el momento mismo en que recibía una singu-

larísima nueva merced, debula á las magnanimidades continuas que para él tuvo la Administración española, ser capaz de producir un escrito en el que con un ¡viva España!, que resultó en tales labios cruel sarcasmo, quería concordar párrafos en los que afirmaba haber pasado ya los malos tiempos de la colonización española á fuerza de experiencia y de sangre derramada, y otros, en los que aconsejaba á los filipinos unirse todos para ayudar á España, *¡su antigua aliada!*

¡Un consejero de la Asamblea inaugurada el 28 de Mayo, es decir, tres días después de aquella solemnidad, hablaba al país en los términos que acabamos de reproducir!

Pero no comentemos: el lector podrá apreciar por si mismo cuál era la actitud del jefe de los reformistas tagalos respecto de España con sólo pasar la vista por el párrafo 3.º del manifiesto de que hablamos, párrafo cuyo texto literal es el siguiente: «Mas por grandes esfuerzos que hagamos de nosotros mismos, necesitaremos de una aliada. Imitemos el ejemplo de las grandes potencias del mundo; no se bastan á si mismas: por fuertes y grandes que sean, buscan auxilios y ayuda, sumandos de fuerzas, aumentos de poder. Rusia busca á la Francia, Alemania á la Italia y la Austria. ¡Infeliz de la que se aísla! ¿Y qué mejor aliado para nosotros que España, nación con quien nos unen cerca de cuatrocientos años vínculos de relaciones, de religión, de derecho, de moral, de usos y costumbres, conociendo á diario sus virtudes y sus defectos?»

Fácilmente se comprende la indignación sentida en el ánimo de los españoles cuando se leyó el manifiesto á que nos referimos, y del que, como muestra, creemos bastan los párrafos y frases transcritos. La agobiadora situación en que el general Augustín se hallaba causábase la amargura de oír censuras más ó menos acres y vehementes: pero las más duras que contra dicha autoridad en estas fechas se vertieron fundábanse en el hecho de que hubiese permitido la publicación del manifiesto Paterno.

3.º *Los insurrectos de Cavile se apoderan de nuestra línea del Zapote-Bacoor.* — Las órdenes de concentración de nuestras tropas diseminadas en la provincia de Cavile que dictara el general Augustín para el caso en que se luciese imposible la defensa de los lugares que aquéllas ocupaban, no pudieron llevarse á efecto; fueron dichas órdenes muy tardías. Sólo se reforzaron los destacamentos de la línea del Zapote-Bacoor, que era por donde amenazaba el mayor peligro de que nuestros enemigos nos atacasen por las líneas terrestres. Serio combate se libró en ellas el día último de Mayo: la columna Soro luchó denodadamente contra el enemigo, experimentándose entre ambas partes gran míme-

ro de bajas; mas después de aquel brillante comprometido hecho, el teniente coronel Soro hubo de dejar la línea de Zapote-Bacoor para acudir hacia La Laguna, en cuya provincia, Paciano Rizal había levantado muchas fuerzas insurrectas, haciéndose preciso oponerse á todo trance á que pudiera dicho jefe revolucionario atravesar el Pasig, y acudiese á reforzar los insurrectos de Gavite: en realidad, éstos no precisaban ya refuerzo alguno, pues se habían hecho dueños de todas las posiciones principales de la provincia.

El mismo día, 31 de Mayo, se cortaron las comunicaciones con aquella comarca, y hechos prisioneros todos nuestros soldados en los lugares de sus destacamentos, que ya hemos dicho eran muchos. Las fuerzas indígenas se pasaron al enemigo, el cual por todas direcciones engrosaba sus filas.

Retiradas nuestras tropas de la línea del Zapote-Bacoor, hubimos de perder hasta la más leve esperanza: además de lo estratégico de la cihua posición, estaba ésta rodeada de un valor moral muy superior al que su propia topografía le proporcionaba: era en este sentido la línea de que hablamos lo que el antiguo Rubicón: Aguinaldo podía decir, después de pasar el puente del Zapote, lo mismo que César cuando pasó el famoso riachuelo que separaba Italia de la Galia Cisalpina: «*Alea jacta est.*»

La línea del Zapote-Bacoor estuvo mandada por el señor coronel Pintos, y momentáneamente por los jefes de milicias, Pío del Pilar las unas, y de Felipe Buencamino las otras, las que constituían el tercio de «*Anda Salazar*».

El señor general Augustin ordenó que las milicias de Pío del Pilar ocupasen Malibay y Pineda; todavía destinó á última hora una columna al mando del también valeroso teniente coronel Hernández para defender la línea de que nos ocupamos; pero el 31 de Mayo, atacada en toda su extensión por las fuerzas rebeldes, todo fué inútil. Las tres cuartas partes del tercio «*Anda Salazar*», que habían estado al mando de Buencamino defendiendo la parte de Bacoor, pasáronse al enemigo, y Pío del Pilar, que durante varios días había combatido con denuedo por nuestra causa, de la noche á la mañana se pasó á la del dictador Emilio Aguinaldo y Eamy. Las tropas que teníamos en aquellos lugares al mando del coronel Pintos y de los tenientes coroneles Soro y Hernández retiráronse para acudir á otros puntos grandemente amenazados, y la línea del Zapote-Bacoor, y ésta fué rota, apoderándose Aguinaldo de toda ella. Aun fué, dentro de lo desgraciado para nosotros de este hecho, gran fortuna que nuestras fuerzas al retirarse no hubiesen caído asimismo en poder de los tagalos, como las del general Peña lo fueron desde la línea Zapote-Bacoor para allá. La

pérdida de esta línea fuó, repetimos, gravísimo accidente, al que contribuyó más que nada la nueva actitud de Pío del Pilar. Este filipino, de temples verdaderamente belicosos, disfrutaba extensa reconocida influencia en la zona que defendía, y más allá, en los pueblos de Santa Ana, San Pedro Macati, Pasig y Taguig, del propio modo que mandaba también gran fuerza en la opinión de los de Pineda y Malibay: sólo en el de Parañaque es en el que su influencia podía ser disputada por un *pañulo* de la localidad, por el estudiante llamado Mariano López.

No discutimos si las órdenes en virtud de las que se operó la retirada de nuestras tropas de la línea del Zapote Bacoor fueron ó no oportunas: lo que debemos decir es que, pasado al enemigo Pío del Pilar, quedaron aquéllas comprometidas seriamente.

Desde el instante en que la línea del Zapote Bacoor se rompió, no era ya problema alguno para los tagalos cercar la ciudad de Manila, aislándonos de todas las provincias por tierra; y como á la vez la escuadra americana mantenía el bloqueo que después del combate de Cavite estableció, dicho bloqueo se elevó á sitio por la cooperación de los tagalos: de ello nos ocuparemos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XV

Principales acontecimientos durante el mes de Junio de 1898.

SITIO DE MANILA

1.º El bloqueo de Manila se convierte en sitio. — 2.º Línea exterior de defensa. — 3.º Líneas interiores. — 4.º Artillado de la plaza. — 5.º Ataques de los sitiadores á nuestra línea exterior. Fundada alarma del 5 de Junio — 6.º Sublevación de la Pampanga. La familia Augustin. Malograda expedición de la brigada Monet.

1.º *El bloqueo de Manila se convierte en sitio.* — En el infausto día 1.º de Mayo, diez horas después de la pérdida de nuestra escuadra en las aguas de Cavite, el cónsul de Inglaterra, que asumió el carácter de representante de los Estados Unidos de América en Manila desde la retirada del cónsul Mr. Williams (el cual regresó con la escuadra americana), comunicó al señor general Augustin tres cartas del comodoro Dewey. Éste exigía en las dos primeras la entrega de todas las embarcaciones de guerra que no hubiesen sido apresadas por la escuadra americana, y que no se hiciese desde nuestras baterías disparo alguno contra aquélla; la tercera carta invitaba al Capitán general de estas islas á parlamentar.

La respuesta del general Augustin fué dada verbalmente al cónsul inglés, negándose á tales pretensiones, añadiendo que no estaba dispuesto á sostener parlamento alguno, y que la plaza de Manila se defendería desde el momento mismo en que la escuadra americana hiciera contra ella el primer disparo.

Probablemente no retardó mucho el cónsul inglés llevar al almirante Dewey la respuesta del general Augustin. Al citado cónsul no

le era fácil disimular los sentimientos poco amistosos que hacia los españoles guardaba. Desde que nuestra situación se hizo difícil, pudimos apreciarlo así: pero lo vimos mucho más claro después de haber tenido el mencionado cónsul la desgracia de morir, pues le sustituyó el vicecónsul Sr. Ramsden, al cual debimos otras consideraciones, bien que este señor tuviera grandes afinidades de raza con los españoles, lo cual puede explicar el hecho.

Comunicado el bloqueo, el almirante Dewey lo estableció inmediatamente, y la escuadra americana lo efectuaba ejerciendo vigilancia incesante. Durante muchos días no se vió uno de sus buques sin las calderas encendidas surcando la inmensa bahía de Manila en todas direcciones; durante la noche no cesaban de enfocar sus grandes reflectores sobre nuestra ciudad murada y nuestras líneas de defensa: frente á la desembocadura del río Pasig solía situarse de guardia uno de aquellos buques de los de menor calado, y extendiendo el barco aludido su servicio por frente á la playa de Vitás, navegaba también hacia las costas de la Pampanga, custodiando muy particularmente la desembocadura del río grande de dicha provincia, así como la boca del Pasig.

Era muy de extrañar que pasasen días y días sin que estos barcos enemigos, que se situaban tan al alcance de nuestros viejos cañones de la plaza, no recibiesen disparo alguno de ésta ni aquéllos lo produjesen contra la misma. Mas pronto pudo explicarse relativamente el caso: los buques americanos aguardaban la llegada de tropas de desembarco para el ataque á Manila combinado con líneas terrestres; nosotros los bloqueados nada podíamos ya esperar fundadamente.

Ya hemos dicho que la forma en que el almirante Dewey comunicó el bloqueo no era muy técnica, pero resultó muy efectivo.

Como quiera que desde el 1.º de Junio los rebeldes tagalos nos cercaron por completo, por medio de masas armadas con fusiles, las cuales tenían á su retaguardia y en disposición siempre de tomar parte en el bolín otras de indios, provistos de armas blancas, formando un tupido semicírculo que rodeaban en toda su extensión nuestra línea exterior de defensa, el bloqueo de Manila se convirtió en sitio: los infortunados sitiados comenzamos á sufrir el cruel martirio de la incertidumbre, la grave contrariedad de las escaseces y los riesgos consiguientes á quienes con fuerzas escasísimas tienen que resistir el empuje de un doble enemigo formidable, parte de él por número, y por calidad de armamento el resto.

Sólo de cuando en cuando recibíamos alguna vaga, muchas veces absurda, noticia relativa á los acontecimientos que se desarrollaban en las numerosas provincias de este Archipiélago; mas como hasta mu-

cho después de aquellos ciento cinco días en que sufrimos las amarguras de los sitiados no pudimos ir recibiendo las especies ciertas de cuanto en las citadas provincias aconteció hasta la pérdida en ellas de la soberanía española, dejamos para otro lugar, ya no muy distante de éste, el cumplimiento del deber que tenemos de reseñar, siquiera sea brevemente, lo que en dichas provincias ocurrió.

2.ª *Línea exterior de defensa.* — Una orden general del Ejército dada á la plaza de Manila el 29 de Mayo vino á reorganizar, con arreglo á la circunstancias, la defensa de Manila, en cada instante más amenazada del ataque por tierra y por mar.

El enemigo no tenía que temer se le hostilizase por su retaguardia: diseminadas como ya se sabe estaban nuestras fuerzas por las provincias, y subdivididas en múltiples destacamentos, no podían aquéllas molestarle en lo más mínimo. Al comenzar á formar los rebeldes el cerco de Manila, las mismas tropas que al mando del coronel Lasala estaban muy próximas á la ciudad, anduvieron en gran peligro el día 3 para retirarse sobre Taguig, y, por último, sobre Santa Ana. Grave riesgo asimismo corrieron las que al mando del coronel Carbó se retiraron desde Caloocun, para ocupar su sitio señalado en la línea de fortines y blockhaus que valerosamente supieron defender hasta el último momento.

La orden de la plaza á que nos referimos se cumplimentó tan rápidamente, que en la gran alarma experimentada en Manila á las dos de la tarde del día 30 ya estaban nuestros soldados y voluntarios cubriendo la línea de defensa exterior. Esta línea, según el estado de fuerzas y mandos que acompañaba á la citada orden del 29 de Mayo, quedó constituida en la forma que sigue:

Partiendo de la ciudad murada y de derecha á izquierda del Pasig, se cubría por la primera línea todo el espacio comprendido entre San Antonio Abad y el malecón del Sur. Este sector derecho estaba mandado por el general de artillería Sr. Arizmendi y los jefes subordinados pertenecientes á la misma arma, tenientes coroneles Sres. Golobardas y Bonel, y el comandante de infantería del batallón de cazadores núm. 4, poco después sustituido por el teniente coronel Hernández. Esta línea la ocupaban en junto 1.500 hombres, y apenas constituida se enmendó, quedando el sector derecho limitado desde la ermita hasta San Antonio Abad por la playa, y desde este viejo fortín hasta el Pasig por la línea de blockhaus.

La línea central de éstos mandábala el general de división del cuerpo de ingenieros Sr. Rizzo, y eran sus jefes subordinados el coronel Rosales y los tenientes coroneles Calderón y Manzanares: esta línea la

defendían 000 hombres. La línea del malecón del Norte á Vitás (sector izquierdo) estaba á cargo del general Palacios primeramente y el coronel Carbó después, siendo jefe subordinado el teniente coronel Marín, contándose en ella 500 hombres entre carabineros, voluntarios pampangos, marinería y artillería de plaza.

La línea de Muntinlupa á Las Piñas mandábala el coronel D. Victoriano Pintos, teniendo por jefes subordinados al teniente coronel Martínez Alcobendas y á Buencamino, que ostentaba igual graduación en el tercio de voluntarios «Anda Salazar». Constaba de 930 hombres; pero sólo 280 de éstos pertenecían al Ejército regular.

La línea de Muntinlupa á Taguig la mandaba el coronel Lasala, y como jefe subordinado, el teniente coronel Pérez Rosetti: la componían 500 hombres, de los cuales sólo 100 pertenecían al Ejército peninsular.

La línea de Tambobong, Montalbán y Mariquina la mandaba el coronel Carbó, y como jefes subordinados; los comandantes Prieto, García y Caicedo: tenía un total de 450 hombres, indígenas la mayor parte.

La línea de enlace entre Santa-Misa y San Juan del Monte estaba á cargo del coronel Alberdi, con fuerza del batallón de ingenieros, tropa indígena, menos la mayoría de las clases.

La zona de San Juan del Monte estaba á cargo del teniente coronel Colorado, con 200 hombres peninsulares.

Tres columnas volantes constituía además la orden general de que venimos ocupándonos, formando aquéllas un total de 1.600 hombres peninsulares é indígenas: mandábanlas los tenientes coroneles Soro, Hernández é iglesias, y se alojaban en La Luneta, Meisic y Matate. Más tarde se formó otra columna, al mando del teniente coronel Dujols, como sostén de la línea avanzada.

Para la vigilancia de los arrabales de Manila se formó una columna al mando del coronel D. Francisco Pintos y los jefes subordinados tenientes coroneles Ripoll y Victoria, el capitán de fragata D. Juan de la Concha y el comandante Hevia: se componía de 400 hombres del Ejército regular, de los voluntarios de las guerrillas de San Miguel y del Casino, de cinco compañías del batallón de voluntarios y de tres del provisional.

Esta línea de los arrabales era extensísima: custodiaba el puente de Paco, el de España, el paseo de Magallanes, los puentes colgante y Ayala, la casa de Correos, calle del Rosario, plaza de Calderón, Santa Cruz, Quiapo, Tondo, Sampaloc, presidio y cárcel y matadero.

El regimiento de artillería de montaña quedaba para fraccionarse entre las columnas de ataque si se juzgaba conveniente, para establecer servicio de comunicación y para guarnición de los cuarteles, que-

dando de reserva unos 2.000 hombres (la mayor parte indígenas).

Todas estas fuerzas, sumadas con los 750 hombres que constituían la Guardia civil velerana, la cual seguiría prestando los servicios de su instituto, formaban la primera línea, ó sea nuestra defensa exterior.

El General en jefe, además de los generales, jefes y oficiales que se acababan de indicar, y de los naturales de cada unidad orgánica, dispuso fuesen empleados en los servicios que los generales jefes de los sectores estimasen convenientes los jefes de Estado Mayor Sres. Aguilar, Huelle y Heredia.

Las clases é individuos de tropa que cubrían dicha línea exterior daban un total de 318 sargentos, 594 cabos y 5.818 soldados, ó, lo que es igual, 6.730 hombres.

3.ª *Línea de defensa interior.* — Además de la defensa exterior, esto es, de la línea de fortines y blockhaus, con sus trincheras intermedias á toda prisa construidas, de que acabamos de hablar, era indispensable reunir el resto de los medios que podíamos contar, aunque resultasen exiguos, y constituir una segunda línea de defensa.

Ya se sabe que la plaza de Manila no tenía baterías eficaces que oponer á los cañones de los barcos americanos: lo más peligroso y conducente á la rendición de la misma era encerrar en intramuros las 80 ó 100.000 almas que allí se congregaron en más de una ocasión, en cuyo número se contaban muchas señoras y niños, y siete hospitales repletos de enfermos: era, pues, cuestión vital la de sostener á toda costa el recinto exterior; y aun llegado el caso de que el enemigo rompiese la primera línea señalada, disputarle palmo á palmo el terreno sobre que intentase avanzar. Partiendo indudablemente de estas reflexiones, habíanse proyectado distintos planes para establecer una segunda línea de defensa. Entre todo lo ideado, resultó como más práctico y completo el proyecto debido al Sr. Las Lleras, distinguido ingeniero militar puesto al servicio del Ayuntamiento de Manila. Según el plan del citado ingeniero, en el caso de que nuestros sitiadores rompiesen la línea de atrineberamientos que leníamos á la derecha del río Pasig, que era la más débil, se hacía preciso intentar sostenerla y hasta recuperarla, deteniendo nuestras fuerzas entre la calle de Moriones y el fortín número 7, Santa Mesa, apoyadas por la iglesia de Tondo, estación del ferrocarril, cárcel de Bilibid é iglesia de Sampaloc, y más á retaguardia por el cuartel de Meisic y la iglesia de San Sebastián, en donde estarían situadas las reservas. Mil hombres podrían bastar para cubrir esta línea, establecida la mayor parte de ella en terreno anegadizo: enlazaría con la de San Juan del Monte, asegurando de este modo el abastecimiento de agua para Manila. Discurriendo el autor del plan

que sintetizamos sobre la hipótesis en que se hiciera absolutamente imposible el sostenimiento de esta línea, marcaba la retirada á la orilla izquierda del río, iniciando tal movimiento la fuerza de Santolán, la cual pasaría á reforzar la de La Concordia ó Malale. Después de retirarse los destacamentos de Santa Ana, no tendría aquella fuerza más lugares probables de ataque que el camino de Paco y el de Pineda, pues entre ellos estaba el blockhaus 14, punto poco fuerte; mas éste podía ser reforzado por una trinchera que desde el número 13 fuese hasta las marismas de Malate, cubriendo el camino llamado de Ligeros ó del Ejido. Con unas cabezas de puente sobre el estero «Tripa de gallina» y sobre el de Paco, se enlazaría con trincheras el último fortín indicado, y con esto se aseguraría una superficie bastante extensa para que la plaza sufriese un bombardeo sin más que quedar en su recinto los combatientes. Añadía el proyecto del Sr. Las fieras un apoyo eficaz á esta segunda línea ocupando la iglesia de Malate, la escuela de Agustinas y las fábricas de la Compañía general de tabaco.

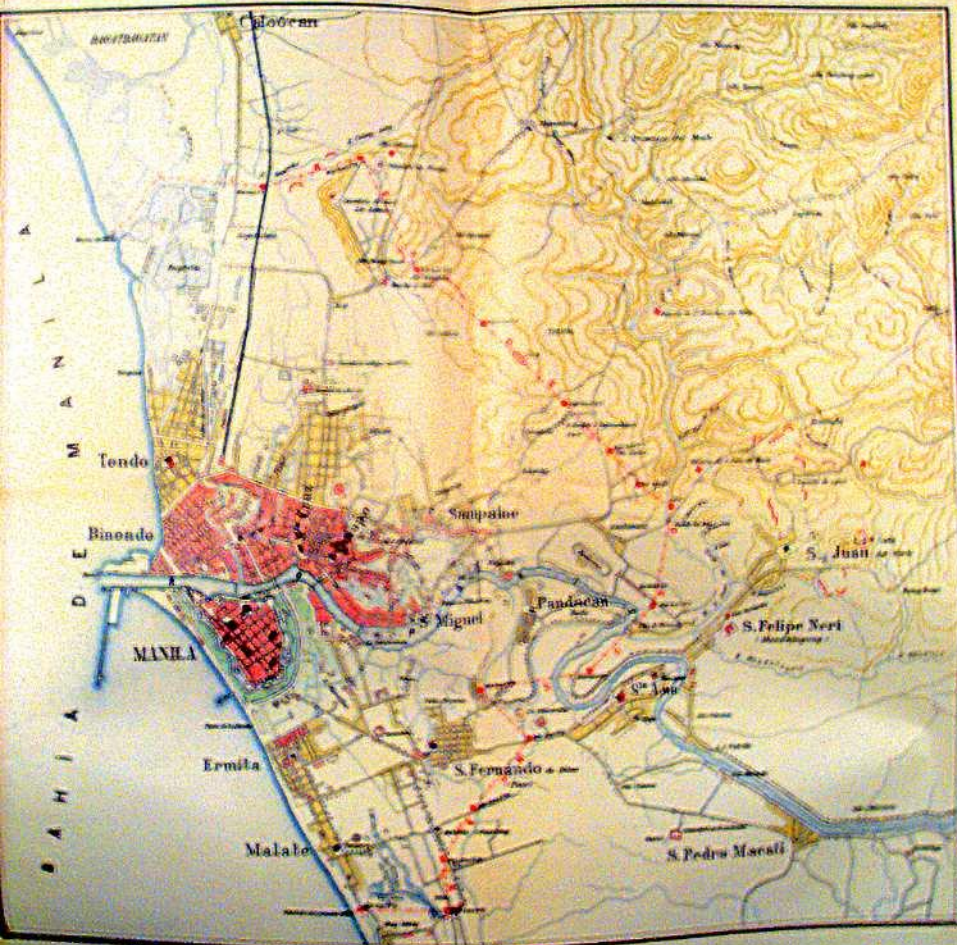
No se realizó el plan que acabamos de extractar, y que repetimos fué muy encomiado: pero sí diremos que en la mayor parte de los sitios señalados se constituyeron fuerzas del Ejército ó voluntarios.

4.^o *Artillado de la plaza.* — Rindiendo culto á la verdad, amantes siempre de la justicia, venimos persiguiendo con ahinco llegar al conocimiento más exacto que pudiéramos lograr del artillado de la plaza de Manila. Careciendo de toda noción de arte militar, sin conocer siquiera los elementos de que un ejército debe estar compuesto, sería ridículo y absurdo pretender, echándonosla de estratógrafos, relatar nuestro estado militar en estas islas de modo y forma que, por lo que llevamos dicho y aun digamos, puedan entablarse discusiones técnicas. Pero viendo de qué suerte hanse apreciado los hechos aquí acaecidos por quienes han vivido muy apartados de estas tórridas playas, nos sentimos obligados á exponer, aunque sea tan deficientemente cual lo hacemos, los medios de que aquí disponíamos en artillería de plaza, ya que de artillería de costa carecíamos en absoluto, y nada de ello se puede hablar.

La escuadra Dewey, ni sola, ni á algunas otras aliada, habría podido entonar fáciles «burras» de triunfo frente á nuestros fuertes en el litoral de España: frente á Santander y frente al Ferrol, con su rada orlada de potentes baterías; ni sola ni acompañada hubiera la escuadra americana resultado tan ilesa operando contra nuestras costas frente á Cádiz, defendido por sus baterías de la Cortadura, San Fernando, Torregorda. San Sebastián, Bonetillo y Soledad. Dewey habría sufrido detrimentos frente á Cartagena, con sus fuertes avanzados en la más

PLANO DE MANILA Y SU ZONA DE DEFENSA

GUERRA HISPANO-AMERICANA 1898.



estratégica orientación, y frente á Barcelona, que también los posee de importancia; pero contra Manila, en el estado de defensa que la Administración española la mantuvo, Dewey podía afirmar lo que antes de llegar á las aguas de Filipinas afirmó: «El día que entable combate con la escuadra española en Filipinas, habré triunfado antes de almorzar»: esto dijo en el banquete de despedida, y esto aconteció.

En el artillado de esta plaza no teníamos ni un solo cañón de costa que alcanzase 5.000 metros. Los cuatro cañones de 24 centímetros que sumábamos, dos en la batería de La Luneta, uno en la de San Pedro y uno en la Compuerta, por las condiciones especiales de sus montajes, tenían un alcance máximo de 4.500 metros. El ilustrado teniente coronel de artillería D. Miguel Bonet ideó y comenzó á ejecutar con presteza importante modificación en las explanadas de las baterías á que nos referimos; mas como veníamos tan apremiados por las circunstancias, no pudo terminarse dicha modificación y las de los montajes de los cañones que hemos señalado: obtúvose, si, un aumento en el ángulo de tiro de 10 á 20 grados, permitiendo que, previo el aumento de la carga de proyección en debida proporcionalidad, llegasen las citadas piezas á un alcance de próximamente 7.000 metros, aunque haciéndose la puntería y carga en malas condiciones, por la razón expresada, es decir, por la falta de tiempo para la enmienda proyectada.

En Manila, como hemos dicho y repetimos, aunque parezca inverosímil, no teníamos artillería alguna de costa: daremos á continuación el cuadro que exprese con severa exactitud el artillado de la misma.

Plaza de Manila.

BATERÍAS QUE DEFENDÍAN EL FRENTE QUE DA AL MAR

BATERÍAS	Número y clase de piezas.	Situación.	Comandantes de las baterías.	Jefes de grupo.
Luneta. ...	2 cañones H. R., 24 centímetros, C. o. (Md. 1881).	Fuera del recinto de la plaza ...	Capitán de artillería D. Juan Garrido Carvajal..	Comandante don Antonino Díez de la Llana.
Pastel	4 obuses H. R. S., 21 centímetros (de avancarga).	Extremo Sur del camino cubierto.....	Idem id. D. Ramón Sáinz Denis.	
San Diego..	9 cañones C. B. B., 16 centímetros..	Beluarte del mismo nombre ...	Idem id. D. Antonio Grau	Comandante don Manuel Gómez Escalante.
San Pedro..	1 C. H. B., 24 centímetros C. c (Modelo 1881)..	Camino cubierto.	Primer teniente de idem D. Esteban Rovira y Pita ..	

BATERÍAS	Número y clase de piezas.	Situación.	Comandantes de las baterías.	Jefes de grupo.
Santa Lucía	2 obuses B. C. R., 15 centímetros, C. c. 4 cañones B. R., 14 centímetros, C. c. (cierre de cuña)	Camino cubierto..	Capitán de artillería D. Juan Itamiréz de Cortagena.....	Comandante don León Urzau.
Pluno.....	5 obuses H. H. S., 21 centímetros, (de avancarga).	Rebellín.	Capitán de idem D. Francisco León Garabito ..	
Compuerta	1 cañón H. R., 24 centímetros, C. c. (Md. 1881):.....	Camino cubierto.	Primer teniente de idem D. Ricardo Gómez Acebo...	Comandante don Manuel Osset y Rovira.
Fuerza de Santiago.	5 cañones B. R., 16 centímetros (de avancarga).....	Baluarto de Santo Bárbara... ..	Segundo teniente D. Juan del Fresno	
Malecón del Sur.....	2 cañones B. C., 12 centímetros, C. c. 1 cañón B. H., 16 centímetros (avancarga) .. 1 mortero Corino, 32 centímetros .	Extremo de dicho malecón	Capitán de idem D. Juan Osuna.	Comandante don Manuel Osset y Rovira.

Comandante de artillería de la plaza, el teniente coronel D. Miguel Bonet.

OBSERVACIONES

Dentro de la Fuerza de Sanliago, además del jefe de grupo de baterías, era jefe de toda la guarnición el castellano, teniente coronel de artillería, D. Federico Sardiña.

La última batería que figura en el estado que precede, es decir, la del malecón del Sur, tenía además tres cañones B. 15 centímetros L., destinados á batir con metralla la costa, llanqueándola.

Aparte de los cuatro cañones de 24, distribuidos según hemos dicho, todas las demás piezas no podían considerarse ni siquiera como auxiliares, pues siendo su alcance máximo el de 4.200 metros, el enemigo desde mucha mayor distancia podía impunemente destrozarlas.

Ese, y no olro, era el artillado de la plaza de Manila dentro y fuera de la misma: ¡37 piezas de artillería, de las que por de pronto había que restar 33 inútiles en absoluto para un combate á distancia! Vean nuestros lectores la diferencia que existe entre nuestras afirmacio-

nes, que son las exactas, y aquellas otras que hicieron en Madrid atribuyéndonos 200 cañones para luchar contra la escuadra americana. ¡200 cañones! Ni entre lisos y rayados de todos los sistemas y calibres más anticuados nunca se han sumado en la capital de estas islas durante la dominación española.

Contra los millares de tagalos que nos cercaron podíamos considerar suficiente el artillado de esta plaza; pero contra un contubernio ó cooperación de aquéllos con la escuadra Dewey, además del gran número de soldados americanos que desde San Francisco de California iban viniendo, sólo á espíritus irreflexivos ó exaltados por nervosismo agitador, les era lícito soñar victorias para nosotros, que jamás hubieran podido explicarse por las leyes de la mecánica racional. La desproporción de elementos que aquí teníamos para la guerra era demasiado grande, y lo prodigioso fué que pudiésemos prolongar por tanto tiempo nuestra resistencia.

5.º *Ataques de los sitiadores á nuestra línea exterior. Fundada alarma del 5 de Junio.* — Desde el 1.º de Junio, en realidad dió comienzo el sitio de Manila; desde la fecha citada no transcurrió un solo día, hasta el para nosotros infausto 13 de Agosto, sin que dejásemos de percibir el fuego de fusilería ó de cañón, y ambos á la vez: mas la primera fundada alarma que determinó un movimiento inusitado en nuestras fuerzas fué la sufrida en la noche del 5 de Junio. Cundió rápidamente la noticia de que una gran masa de insurrectos venían desde Taguig hacia Manila, y el aspecto de esla ciudad y de sus extensos arrabales no podia ser más imponente por efecto de tal rumor. Todas las familias que poblaban dichos arrabales aspiraron á concentrarse en la ciudad murada, con vehemencia en tal deseo igual á la que hasta entonces, por temor á las bombas americanas, habían tenido para abandonarla: casi todas las que habitaban la Manila murada se trasladaron á los barrios. Esta alarma tuvo en realidad fundamento, porque aconteció que una columna de 4 ó 5.000 rebeldes atacó las posiciones que defendía el tercio de Bayambang, tropa indígena que aun nos era fiel: la mandaba el capitán Acevedo, ayudante que había sido del general segundo cabo Sr. Jáudenes: aquella fuerza no podía resistir, pues sólo estaba compuesta de 200 hombres, el empuje de los 5.000 insurrectos que la atacaron, y operó una retirada hábil hacia Taguig, punto que era el centro de que dependía, y en el que hallábase el coronel Lasala, jefe de la línea, con otros 300 hombres.

Se ordenó á Lasala y á los tercios Dayambang, que llegaban hasta Muntinlupa, se replegasen sobre Guadalupe; y con el fin de que el enemigo no pudiera impedir este movimiento, el general Agustín dispu-

so que el capitán de fragata D. Juan de la Concha, con fuerza de marinería y dos compañías indígenas del regimiento núm. 70, saliesen á toda prisa para proteger dicha retirada. Esta pudo hacerse en la forma proyectada, y Taguig fué consiguientemente ocupado por los rebeldes. Súpose al propio tiempo el levantamiento en masa del pueblo de Tambobong, de gran vecindario, la mayor parte del cual contaba con recientísimo desembarco de armas de fuego; y si esto ocurría por nuestro llanco izquierdo y hacia el centro lo que anteriormente hemos expresado, por el sector derecho era el peligro mayor, puesto que los rebeldes atacaron denodadamente nuestro viejísimo fortín de San Antonio Abad, y desde posiciones tan próximas, que los proyectiles de la fusilería llegaban á casas de Malate: el fuego más vivo de los rebeldes procedía en la fecha de que nos ocupamos de Maytubig: al verse los rebeldes valerosamente rechazados en aquel lugar, súbitamente variaron de plan y se dirigieron á la línea de San Pedro Macati y Santa Ana, en donde hasta la una de la madrugada desde el anochecer sostuvieron nutrido fuego de fusilería, disparando también alguna pieza de artillería ligera.

Vióse además en la misma noche gran número de *vintas* llenas de hombres hacia las playas de Tondo, lo que también daba á entender el intento de avance sobre la capital.

Pero un importante extraño incidente vino á impresionar hasta los ánimos más serenos entre los nuestros.

Dos distinguidos jefes de nuestro Ejército, tenientes coroneles, el uno de un arma especial y de una de las generales el otro, entraron anhelosos, jadeantes, en Manila, y penetrando en los lugares en que había mayor número de hombres disponibles para el manejo de las armas, y principalmente en los conventos, dieron la voz de alarma, excitando á que los mismos frailes se despojasen de sus hábitos talarés y corrieran inmediatamente á ocupar puesto en las murallas, en donde los aludidos jefes se encargarían de suministrarles el armamento preciso para defenderlas, si llegaba el caso. Después de estas vehementes instrucciones por ellos mismos dictadas, con toda presteza iban á reunir otras fuerzas para tomar desde luego la ofensiva: querían á todo trance que no quedase en la ciudad murada un solo español que no ocupase su sitio de honor y de combate.

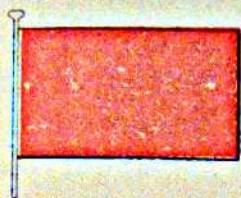
Creían poder disponer de las armas custodiadas en la Maestranza, y nadie quedaría sin ellas.

Los jefes á que nos referimos estaban poseídos en grado igual del inminente peligro que aquella noche nos amenazaba; pero uno de ellos, de temperamento más nervioso que su compañero, en la exaltación de que era presa, apenas podía articular palabra.

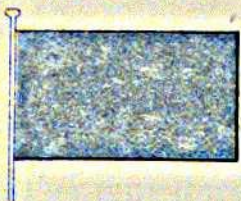
BANDERAS

FAROL

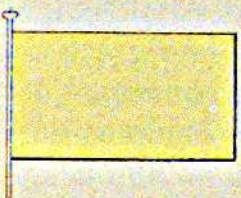
SIGNIFICADO



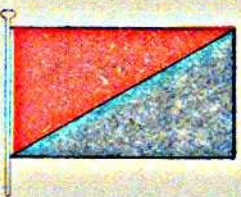
Nos ataca el enemigo



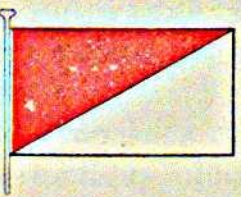
Necesito auxilio



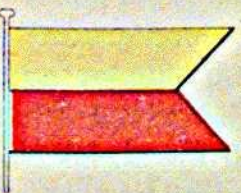
Necesito municiones



Se presentan masas de gente sospechosa



El enemigo ha rebasado la linea de fuertes



Sin novedad

¿Qué sucedía para que éstos, indudablemente dignos jefes de nuestro Ejército, adoptasen tan grave, al parecer, sediciosa actitud? ¿Estaba ésta relacionada con alguna orden dictada con objeto de que se retirasen fuerzas de algún punto avanzado para replegarse sobre Manila y perder ya nuestra defensa exterior? Lo sospechamos; mas no debemos insistir sobre un punto oscuro, respecto del que los protagonistas habrán podido ya hacer las aclaraciones necesarias, las cuales no dejarán sombra de duda respecto á lo fundado de la patriótica admirable conduela, aparentemente facciosa, que en el memorable 3 de Junio tomaron aquellos jefes del Ejército á quienes acabamos de aludir, ocultando por prudencia, pero con pesar, los apellidos que llevan.

Frustrado el manifiesto propósito de los rebeldes en la noche del 3 de Junio, y después de tres ó cuatro días de calma relativa, reanudaron los insurrectos tagalos sus ataques á nuestra linea de defensa exterior. Fué muy duro el que el enemigo sostuvo entre los blockhaus 14 y 15 del primer sector el día 10, y en la mañana del mismo día hostilizó á los ingenieros que se hallaban trabajando cerca del blockhaus número 8: dos piezas de artillería montadas en la casa Macleod lo rechazaron, causándole grandes pérdidas.

Dieron comienzo en estos días las numerosas deserciones de la tropa indígena que teníamos en las líneas, con las cuales, y con las bajas que experimentábamos por las privaciones, fatigas y las halas del enemigo, venía nuestra tropa mermándose, sin que pudiéramos reforzarla por concepto alguno.

En los días del 12 al 15 de Junio, los rebeldes hicieron grandes esfuerzos con el intento de romper nuestra primera linea de defensa. Denodadamente nos atacaron por San Juan del Monte y Santa Ana, acometiéndonos también con grandes bríos por el sector derecho contra las trincheras dependientes del fortín núm. 15, y todavía con más fuerza contra la de la playa, á distancia de la que los rebeldes estuvieron diez metros, habiendo de retirarse, por último, con gran número de bajas.

Las avanzadas del coronel Carbó viéronse á la vez grandemente comprometidas, obligando á dicho jefe á pedir con toda urgencia artillería de montaña, con lo que consiguió rechazar al enemigo, causándole muchas pérdidas.

Un destacamento de voluntarios pampangos se sublevó, pasándose al campo rebelde desde el mismo sector del malogrado general Palacios.

A las veinticuatro horas de este hecho triste, es decir, el día 14, cuando ya registrábamos muchos similares, se declaró en rebeldía

también la fuerza de carabineros destinada al tercer sector: los sublevados hirieron gravemente al oficial que los mandaba, asesinando á los dos sargentos y un cabo peninsulares que servían en aquella sección. Esta traición no quedó impune: el jefe del batallón de cazadores número 1 persiguió á los sublevados, causándoles cinco muertos y varios heridos en el camino de Caloocan, atacando también á los carabineros rebeldes fuerzas voluntarias pertenecientes al batallón y escuadrón de leales voluntarios de Manila. Durante toda la mañana del 14 no cesó el ataque de los revolucionarios contra el sector izquierdo, reanudándose el fuego durante la noche y con gran intensidad contra el blockhaus 2 y camino de Balintauac. Otra compañía, la primera de los voluntarios pampangos, se pasó al enemigo, salvándose por maravilla el capitán de Ejército Bertrán de Lis, que la mandaba, y los oficiales á sus órdenes. El 16 se generalizó el fuego en toda la extensión de nuestra primera línea, incluso en la zona de San Juan del Monte y Santa Ana.

En la segunda quincena de Junio, nuestra situación empeoró grandemente; el enemigo, emboscándose, construía trincheras en todas direcciones, teniendo que jugar con mucha frecuencia nuestra artillería escasísima para defender tan extensa superficie. Hubo en los días citados varios ataques de los rebeldes, decididos á forzar el paso de nuestros alrincheramientos.

Experimentamos bastantes pérdidas, singularmente desde Maypaho hasta el blockhaus 3. El 18, el coronel Carbó, cañoneando las defensas que el enemigo había construido en la gallera próxima al blockhaus núm. 1, las destruyó totalmente, causando gran número de bajas á los rebeldes. Contándose éstos á millares, se relevaban para procurarse el descanso necesario, con el objeto de impedirlo á nuestros valerosos soldados y voluntarios.

En las mismas avanzadas del sector izquierdo y en el derecho, contra los insurrectos parapetados en la casa Roxas, el día 21 se sostuvieron ataques durísimos: con gran ímpetu avanzó una gran masa enemiga el día 24 por frente al blockhaus 9, corriéndose hacia el 8, cargando los rebeldes singularmente desde sus posiciones de Mandaloyan y San Felipe contra nuestro depósito de aguas y el Santuario: nos causaron en estos ataques muchas bajas, pero mucho mayores las experimentaron los tagalos: uno de los puntos que éstos preferían para la lucha en estos días era la zona de San Juan del Monte, queriendo con gran empeño apoderarse del depósito que surte de aguas á Manila: contra éste, los rebeldes ocuparon posiciones verdaderamente estratégicas, hostilizando de continuo todos los puntos de la zona: al parecer, habían acumulado contra ella toda la gente disponible de Mari-

quina y Pasig. Cada día engrosaba sus filas el enemigo contra el sector derecho, y avanzando en sus fuegos llegó á causarnos bajas hasta en deslacements de Manila, ó, lo que es lo mismo, en las principales calles de Malalc. Sin embargo, terminó el mes de Junio, y á pesar de la vida imposible que hacian nuestros pobres soldados peninsulares, sostuvieron sus posiciones sin un instante de vacilación en ninguna de ellas.

Mientras nosotros restábamos fuerzas y los tagalos las sumaban incesantemente, los americanos recibían sus refuerzos: el 30 de Junio tenían acumulados en Cavile los que condujeron las dos primeras expediciones, pero aun esperaban más para intentar el golpe decisivo.

6.º *Sublevación de la Pampanga. Malograda expedición de la brigada Monet.* — Es cierto que el Capitán general Sr. Augustin había comunicado al Comandante general del Centro y Norte de Luzón, Sr. Monet, la orden de incorporarse á Manila; pero ¿cuándo dictó la aludida orden? ¿Fué en las fechas del 3 y 7 de Junio? Pues hay que decir que entonces era tarde, porque la Pampanga se sublevó el día 1.º de este mes, y en los primeros ocho días del mismo, toda la provincia se levantó en armas, secundando el movimiento iniciado allí por el pueblo de México. Entre todos los que constituyen la provincia dicha, no hubo más que una excepción, y aun ésta sólo duró treinta y tres días: el pueblo de Macabebe, que pudo resistir contra los rebeldes hasta el 3 ó el 4 de Julio.

En el Sur de la Pampanga, la revolución no causó destrozos, respetó personas y cosas; pero en el Norte ya no aconteció lo mismo.

El primer crimen cometido por los sublevados en México fué el asesinato del cura de aquel lugar, Fr. Juan Carrero, religioso agustino, y de su mayordomo. Los rebeldes secundaron en seguida el grito de rebelión en los pueblos de Lubao, Santa Rita, Porac, Magalang, Santa Ana y San Luis también, y secuestraron á los respectivos párrocos de dichos pueblos.

La sublevación de la Pampanga nos afligió grandemente: la historia de estas islas ha destinado muchas páginas á cantar la lealtad de los naturales de aquella comarca hacia la Corona de España: parecía que el espíritu de aquel célebre patricio D. Simón de Anda Salazar inspiraba allí el mantenimiento de la santa causa de España, tan valerosamente defendida en otros tiempos por los pampangos, dirigidos por la patriótica figura del mencionado magistrado, de perdurable memoria.

Poco consistentes las cosas humanas, y menos aún entre razas

orientales, si los promovedores de la sublevación en aquella provincia durante la primera etapa revolucionaria vieron estériles todos sus intentos, en esta segunda etapa fueron más afortunados. Regresaron á la citada provincia algunos tagalos que desde hacía muchos años estaban avecindados allí y que habían sido recientemente deportados: unidos éstos á Maximino Ison, natural de México, nombrado por Aguinaldo comandante general de Luzón, formaron inmediatamente partidas que, por el terror que inspiraron á los habitantes de la provincia, lograron se generalizase allí el movimiento revolucionario. Al producirse éste, la esposa é hijos del general Augustin se hallaban en Macabebe, alojándose en la casa que ocupaba la honrada familia Blanco.

El pueblo de Macabebe, con su colateral Masantol, constituía una agrupación de 24.000 almas bien educadas en el temor de Dios y en el amor á la patria, en virtud de lo que se disfrutaba allí un bienestar social del que carecían muchos pueblos del Archipiélago, en los que ya se habían entibiado aquellas sublimes creencias por la activa propaganda de nuevas insanas doctrinas, las cuales se ha visto bien cuán demoleadoras fueron para estas fierras.

La familia del Capitán general de las islas no pudo regresar á Manila por el pronto, y en Macabebe sufrió las tristezas y los peligros de un sitio, valerosamente sostenido por los sitiados, hasta que el general Monet, después de azarosa marcha, que duró cuarenta y ocho horas, la condujo á Manila.

¡Caprichos de la cruel fortuna! El general Monet, que había venido prestando desde hacía mucho tiempo excepcionales servicios, pero desde el 31 de Mayo tan envidiables que no los consignaba iguales hasta tales fechas su hoja militar, por el hecho de considerar principalísimo deber conducir á Manila la esposa é hijos del Capitán general, en evitación de que cayesen en poder del enemigo, lo cual creía hubiera sido de efecto moral desastrosísimo, vino á sufrir las amarguras de la crítica más apasionada y una sumaria cuyas consecuencias todavía sufre.

No nos es á nosotros lícito apreciar los hechos con apasionamiento alguno: es de inexcusable deber los ofrezcamos en su valor real y efectivo: de esta suerte, nuestros lectores podrán juzgar con acierto los acontecimientos que narramos.

Vamos á ocuparnos brevemente de las operaciones que la fuerza de aquella brigada ejecutó desde la fecha que hemos señalado, hasta la venida á Manila de dicho general, y la forma en que sus tropas cayeron en poder de los rebeldes tagalos.

La orden comunicada al general Monet por el Capitán general, se-

ñor Augustin, en la que se le mandaba sostenerse en sus posiciones hasta tanto que los rebeldes atacasen á Caloocan, con lo cual lo sería más fácil incorporarse, rompiendo el cerco por su relaguardia, jamás llegó á manos del general Monet; de modo que éste no tenía otro deber sino el cumplimiento de las disposiciones anteriores dictadas por el general Augustin mandándole venir á Manila.

El día 27 de Mayo, con el fin de cumplimentarla, el general Monet puso en marcha la fuerza de su brigada, que estaba en San Fernando, en dirección á Manila. Esta columna vióse asediada y cortada en su camino por numerosas fuerzas rebeldes: el general Monet, al saberlo, resolvió acudir en auxilio de aquélla, y no todos los jefes y hombres civiles que con dicho general quedaban en San Fernando pensaban igual: entendían estos últimos que se arriesgaba con la subdivisión hecha la suerte de todas las fuerzas; las unas, porque serían copadas por el enemigo, y las que quedasen en San Fernando, porque resultarían débiles para la defensa de la ciudad. El general Monet salió, sin embargo, de ella al frente de 300 hombres; salvó, en efecto, la fuerza comprometida, y castigando duramente á los rebeldes, regresó, no sin contrariedades, á San Fernando, encontrándolo ya todo atrincherado: envió una columna, al mando del teniente coronel Dujols, contra el pueblo de Angeles, que después de rudo combale fué tomado, cayendo en seguida esta misma fuerza sobre Bacolor, y sufriendo este pueblo la misma suerte, asallando los nuestros siete grandes trincheras que se contaban entre los sitios denominados Palahín y Potrero.

La colonia española que había en Bacolor habíase replegado sobre San Fernando; el mismo movimiento operaron los 90 voluntarios macabebes que allí quedaron custodiando los principales edificios de la cabecera; en virtud de lo que, habiéndose apoderado de ella los insurrectos, Dujols resolvió arrasarla, y así lo efectuó: una sola casa quedó ilesa en aquel pueblo: la farmacia; circunstancia favorable que permitió dispusieran nuestros soldados de los medicamentos de que precisaban, y que con 50 hombres á caballo fué á sacar de la misma el comandante Wile. Cuando después de estos hechos la fuerza Dujols llegó á San Fernando, es cuando recibió el general Monet la orden para acudir en auxilio de Manila á toda costa.

Tan difícil, y aun mejor dicho imposible, como fué al general Augustin concentrar las fuerzas diseminadas por todas las provincias de Luzón, por lo tardíamente que se habían dado las órdenes para efectuarlo, fué al general Monet concentrar en San Fernando las de su brigada: como en toda aquella provincia y las limítrofes, el levantamiento había sido general, el jefe de la brigada de que nos ocupamos sólo pudo lograr tener noticias de la fuerza que al mando del teniente coro-

nel Ceballos se había vislo envuelta por los insurrectos, y que había conseguido refugiarse con 250 hombres en Dagupan, en lugar de acudir á la concentración que se había ordenado.

El general Monet no disponía de más de 700 hombres al emprender su marcha en dirección á Macabebe, con el objeto de salvar á la esposa é hijos del general Augustín y continuar su marcha á Manila. Hacía mucho más arriesgada esta operación el hecho de contar el general Monet una gran impedimenta, cual era la conducción de 30 heridos, muchos de ellos graves, y bastante número de familias españolas peninsulares. No podía contar con el auxilio de los indios pampangos: es verdad que ofrecieron éstos en una comunicación á dicho general respetar la marcha de la columna; mas tal manifestación, si no fué una añagaza, fué algo que á tal se pareció, pues, en efecto, á la media hora escasa de camino, la columna Monet halló gran resistencia por parte de los rebeldes, los cuales operaban tan metódicamente en combinación, que desde todas direcciones se opusieron al paso de los nuestros con vivísimo fuego; sobre todo desde los atrincheramientos que para cortar el camino que éstos seguían, los rebeldes habían construido hasta la estación del ferrocarril en Santo Tomás; los insurrectos pretendieron un movimiento envolvente contra la columna, mas no lo alcanzaron, por la brava defensa que se hizo sobre el flanco en que dicho movimiento iniciaron. A pesar de las defensas á prueba de cañón construidas por los rebeldes con gran cantidad de traviesas del ferrocarril, el general Monet se apoderó de la estación dicha y de la ermita de aquel barrio, y el enemigo, que corriéndose á retaguardia de nuestra columna había reanudado el combate, arreció en éste, hasta el punto de que, formando los insurrectos un círculo latero-posterior, hubo quo cargar sobre ellos en lucha cuerpo á cuerpo; la fuerza Monet resultó victoriosa. Había de continuar nuestra columna su marcha al pueblo de Santo Tomás: Monet conminó al cabecilla que ocupaba aquella posición con arrasar el citado pueblo si por fin no se le cumplía la oferta á que antes hemos aludido, es decir, la de respetar la marcha de la columna. El cabecilla que mandaba en Santo Tomás le contestó que los obstáculos hallados por él en su camino los creaba la actitud de los rebeldes de Apalit y de Calumpit, con los cuales no tenía el cabecilla mencionado influencia alguna; pero de todas suertes, las amenazas del general Monet surtieron excelente efecto, porque la columna entró en Santo Tomás y salió del mismo pueblo sin ser hostilizada. No duró, sin embargo, mucho tiempo la tranquilidad entre nuestras fuerzas; pero llegaron con ella hasta el embarcadero de Minalin, barrio de San Francisco, en donde pernoctó la columna, y en donde esperaban los cañoneros *Leyte*, *Arayat* y *España*, que, con el vapor mer-

caule *Méndez Núñez*, habían de conducir á Macabebe la columna Monet y su importante impedimenta.

En dos horas se recorre fácilmente la distancia que separa la ciudad de San Fernando del barrio que hemos citado: nuestros lectores podrán estimar las dificultades halladas por la fuerza que mandaba el general Monet en tal marcha, cuando emplearon en ella desde las cinco de la mañana del día 14 hasta la una de la madrugada del 15. Milagrosamente pudo verificarse el embarque de la columna de que nos ocupamos: diez horas mortales duró el instalar á bordo de los cilados barcos á los heridos, señoras y niños que iban con aquélla. El teniente coronel Dujols, con 300 hombres, protegió esta operación, y tuvo que apelar al incendio de todas las casas que constituían los barrios de San Francisco y de Santa Catalina de Minalin: sólo por la densidad de las columnas de humo de aquel incendio pudo terminarse el embarque de nuestra fuerza sin la pérdida de un solo hombre.

La fuerza Monet llegó por fin á Macabebe, único pueblo de la Pam-panga que permanecía fiel á la causa de España en tales fechas.

Los tagalos, así que vieron el refuerzo que los de Macabebe recibían con la llegada de la columna Monet, reforzaron también las huestes que cercaban el pueblo, emplazando hasta cinco piezas de artillería y bombardeándolo formalmente: en una sola mañana consiguieron hacer caer cinco granadas en la misma casa de los Blanco, es decir, en el alojamiento que ocupaban la señora é hijos del general Augustin.

El problema de que la familia del general Augustin y la columna Monet llegasen á Manila se presentó muy complejo: si imposible de todo punto era la marcha por tierra, atravesar la bahía, dada la exquisita vigilancia con que los buques americanos la custodiaban, era grandemente peligroso: hasta lo duro de la monzón reinante complicaba esta solución: sin embargo, á ella se acudió. Embarcáronse en el vapor mercante *Méndez Núñez* los heridos, señoras y niños, y aun creemos que en el mismo buque se cobijasen algunos religiosos, haciendo oficios de practicantes ó de maquinistas ó camareros: y arbolando bandera de la Cruz Roja, el *Méndez Núñez* llegó á Manila sin sufrir el menor contratiempo, pues, á merced del oslado brumoso de la atmósfera, el enemigo no le descubrió, logrando aquel barco ganar el río Pasig sin ser visto por nadie.

El general Monet dispuso el embarque de la tropa á sus órdenes en otros cascos que había de remolcar el cañonero *Leyte*, el que también condujo á su bordo la mayor parte de los jefes y oficiales de la columna: encomendando el mando de la expedición al coronel Francia, que

reglamentariamente le sucedía en el mando, resolvió acompañar personalmente, con los oficiales de su Estado Mayor, á la señora ó hijos del Capitán general, y, en efecto, así lo realizó, sin contar seguramente con la balumba de censuras que después de este hecho le agobiaron, y que hubieron de descargar sobre él hasta la pesadumbre de un proceso militar, según hemos apuntado.

La banca que conducía el pasaje que acabamos de citar navegó sin accidente, á pesar de la mar gruesa que en la bahía de Manila hallara, viéndose obligada aquella pequeña embarcación á buscar el socaire de los muchos barcos extranjeros, mercantes y de guerra, que en ella había fondeados; así ganó la playa de Manila.

Al día siguiente de este tan comenlado acontecimiento, el cañonero *Leyte*, en el que, según hemos dicho, venían los jefes y oficiales de la columna Monet, exceptuando el teniente coronel Dujols, que quedaba con el mando de la tropa en las embarcaciones mencionadas, se presentó en la bahía izando bandera blanca, la española y gallardete, es decir, con todo requisito para parlamentar: destacóse inmediatamente á su encuentro uno de los buques americanos, el *Concord*, y obligando al *Leyte* á navegar á su costado, lo custodió hasta llegar á Cavile, declarándose apresado al *Leyte* y cayendo prisioneros de los americanos todos los jefes y oficiales de la brigada Monet que iban á bordo de aquél. Se afirmaba que este barco, por el fuerte temporal reinante, se vió obligado á soltar las amarras de sus remolques, y que fué á parlamento con los americanos, con el fin de proporcionar auxilio á las fuerzas que quedaban seriamente comprometidas en las embarcaciones menores que hemos dicho.

Transcurrido con exceso el plazo de siete horas que se había señalado para recibir los auxilios que el *Leyte* iba á solicitar, haciéndose cada hora más difícil por el estado de la mar, la permanencia en la bahía de aquellas embarcaciones abiertas, sin quilla y romas de popa y proa, en que estaban los soldados de Monet, mandados por el teniente coronel Dujols, con el objeto de obtener dichos auxilios desde Manila, el citado jefe resolvió embarcarse en una banquilla con el comandante del *Arayat*, Sr. Sosloa, y en la tarde del 30 de Junio llegaron éstos á las playas de Tondo, en las que desembarcaron.

Advertido el general Augustin del aflictivo estado en que quedaban los soldados del general Monet, dispuso con toda urgencia enviar un vaporcillo mercante con los víveres y socorros de que podía disponer: mas tampoco llegaron á tiempo: el vendaval y las fortísimas corrientes por éste avivadas habían arrastrado las débiles embarcaciones tripuladas por nuestros soldados, y las llevaron á los esteros de Bulacán y de Hagonoy, en donde todos ellos cayeron en poder de los insurrectos.

Malogradisima expedición ciertamente: es posible que el general Monet, así como los jefes y oficiales que llegaron á Manila, y los que con el *Leyte* fueron á Cavile, hubieran preferido cien veces sufrir la suerte de los pobres soldados que en la bahía quedaron solos, expuestos á las inclemencias atmosféricas y á mayores tribulaciones que las que pasaron en la mar, después que cayeron en poder de los rebeldes de Hagonoy.



CAPÍTULO XVI

Continúa el sitio de Manila. — Principales acontecimientos en el mismo mes de Junio de 1898.

1.º Emilio Aguinaldo proclama la independencia de Filipinas. — Carta de Buencamino al general Augustin. — 2.º Decretos dictatoriales estableciendo el régimen político-administrativo. — 3.º El dictador decreta la Constitución del Gobierno revolucionario. — 4.º Últimas demandas de los reformistas. — 5.º Zona neutral. Señalado humanitario servicio prestado por el buque alemán *Kaiser*. — 6.º Fuerzas americanas desembarcan por Maytubig y acampan frente á nuestras posiciones de San Antonio Abad.

1.º *Emilio Aguinaldo proclama la independencia de Filipinas.* — En un decreto dictatorial, después de extraño corto preámbulo, Aguinaldo decía: «Se señala el día 12 de este mes para la proclamación de la independencia de este nuestro querido país en el pueblo de Cavile viejo, á cuyo acto, para su debida solemnidad, deben concurrir los jefes de los puestos de nuestras fuerzas ó sus representantes, á quienes se trasladará este decreto, pudiendo asistir cuantos quieran de los notables que figuran en nuestra comunión política, como el señor almirante de la escuadra norteamericana, los señores comandantes y oficiales á sus órdenes, á quienes se pasará atenta comunicación de invitación, y suscribiendo todos el acta que se levantará por el funcionario que tengo á bien comisionar. Dado en Cavile á 9 de Junio de 1898. — El dictador, *Emilio Aguinaldo*.»

Y, en efecto, el día fijado se llevó á cabo lo prescrito en el anterior decreto, sin asistir al acto ni el almirante Dewey ni los comandantes de la escuadra americana, pero sí alguno de sus oficiales.

Aguinaldo se esforzaba en tales días por demostrar una completa

identificación con los americanos: quería amedrentar á los españoles, persuadiéndolos de que contaba con la protección decidida de Dewey para alcanzar la independencia de Filipinas, añadiendo que esta aspiración iba á verse muy pronto realizada. En cuantas órdenes dictaba el jefe de la rebelión tagala, en cuantas visitas recibía, siempre daba como principal nota la de que constase bien el perfecto acuerdo con que procedían el almirante americano y él.

¿Estaba Aguinaldo seguro del apoyo de los americanos? ¿Lo estaban asimismo los adláteres del dictador filipino? Es probable que no; pero, de cualquier modo que fuera, el uno y los otros explotaron el concepto de que existía completa identificación entre Aguinaldo y Dewey.

Prueba concluyente de lo que hemos dicho respecto á la alianza que con los americanos quería Aguinaldo y los que estaban á su lado apareciese, fué aquella arrogante carta que al general Augustin dirigió Felipe Buencamino, aquel que pocos días antes aun formaba en nuestras filas, habiéndosele encomendado puestos de la mayor confianza.

La carta aludida era substancial transcripción de un manifiesto al pueblo filipino que en las mismas fechas publicaba el citado abogado tagalo, y en dicho escrito, entre otras muchas cosas, decía literalmente:

«Acorralada Manila por mar y tierra, sin esperanza de auxilio de
»ninguna parte, y dispuesto el Sr. Aguinaldo á *hacer uso de la escuadra*
»*para bombardear*, yo no sé, francamente, otro término más que el de
»sucumbir muriendo, pues V. E. sabe que la entrada de 100.000 in-
»dios encarnizados con la lucha, ebrios de triunfo y de sangre, produ-
»ciría una hecatombe de la que no se librarian ni señoras, ni niños,
»ni sacerdotes, especialmente los frailes.»

En posdata tan extensa y vanidosa como el texto entero de la misma carta, el citado Buencamino añadía al general Augustin:

.....
«Tenemos, pues, á estas fechas siete provincias con varios puertos
»marítimos, que son Taal, Batangas, Balayán, Cavile, Subic y Marive-
»les. y contamos con tres vapores y varias lanchas con muchos botes
»para comunicarnos, *aparte de disponer cuando se quiera de la escuadra*
»*norleamericana.*»

Por último, el citado Buencamino instaba al general Augustin á que capitulase antes de tener que rendirse á los tagalos que cercaban por completo la plaza de Manila.

2.^o *Decretos dictatoriales estableciendo el régimen político-administrati-
ro.* — Aguinaldo dictó varios decretos referentes á la organización de los pueblos y capitales de provincias: como no sería soportable siquie-

ra para el lector que nos enlretuviésemos en tanto detalle, mas deseando al propio tiempo dar idea siquiera aproximada de los acontecimientos, sintetizaremos las disposiciones á que acabamos de aludir.

En el artículo 1.º del decreto llamado á establecer el régimen municipal, Emilio Aguinaldo mandaba proceder con ahinco á combatir y *aniquilar* todas las fuerzas del Gobierno español.

Este era el primer deber señalado á los naturales filipinos.

Una junta magna elegía en cada pueblo el jefe local y un *cabeza* para cada barrio; por igual procedimiento se nombraban tres delegados: uno de policía y orden interior, otro de justicia y registro civil, y uno de rentas y de la propiedad.

El jefe de cada pueblo recibía el nombre de presidente, y con los cabezas y delegados dichos se constituía la junta popular.

Reunidos los jefes de pueblo, elegían el jefe de provincia ó presidente provincial, y además tres consejeros.

El jefe de provincia, el jefe del pueblo capital de la misma y los tres consejeros citados, constituían el Consejo provincial.

Este Consejo elegía tres representantes por cada una de las provincias de Manila y Cavite, dos por cada una de las demás del Archipiélago, y uno por cada distrito ó comandancia político-militar de las islas.

Con estos representantes se constituía el llamado Congreso revolucionario.

La parte dispositiva de este decreto, que Emilio Aguinaldo publicó el 18 de Junio en Cavite, terminaba con la declaración de que los jefes militares no intervendrían en el gobierno y administración de las provincias, excepto cuando éstas se hallasen en circunstancias excepcionales de guerra.

El Gobierno dictatorial, después de este decreto, publicó otro que contenía «instrucciones sobre el régimen de las provincias y pueblos», subdividiendo este epígrafe en reglas, que se referían: 1.º Al modo de celebrar las sesiones de las juntas locales. 2.º A la formación y carácter de las fuerzas de policía. 3.º A la formación de los juicios, Registro civil y Censo. 4.º A las contribuciones y Registro de la propiedad. No presentaban estos decretos más que alguna que otra novedad extraña é inaplicable, que era el producto de la inexperiencia de tan improvisados legisladores, pues lo sustantivo de las disposiciones á que aludimos estaba todo tomado de nuestra misma legislación.

A ésta acudieron los revolucionarios para procurar presentar como cosa propia un completo organismo con que demostrar sin duda á los americanos las especiales aptitudes que entre los naturales de las islas se revelaban para el gobierno del país.

El único decreto que como dictador publicó Aguinaldo, declarando

con franqueza la procedencia de lo que mandaba, fué el en que instilua el procedimiento sumarisimo, disponiendo que la jurisdicción de guerra fuese la única competente por aquel entonces para conocer de todo género de delitos y juzgar toda clase de personas. Decía el dictador: «Precisa de todo punto en el estado de guerra y especiales circunstancias por que atraviesa, tanto este Gobierno como el territorio de su jurisdicción, reprimir todo desorden y castigar con mano fuerte los delitos que se cometan, especialmente los de traición y espionaje: vistas las prescripciones del Código español de Justicia militar *que se declara vigente, etc.*»

3.º *El dictador decreta la Constitución del Gobierno revolucionario.* — El día 23 de Junio, Aguinaldo dictó un decreto, en virtud del que el Gobierno por él presidido habría de llamarse en lo sucesivo *Gobierno revolucionario*. Declaraba que dicho Gobierno lucharía por la independencia de Filipinas hasta que las naciones libres, *incluso la española*, la reconociesen expresamente, y «el país estuviese preparado para implantar en él una verdadera república». En este decreto aun dedicaba el dictador frases encomiásticas á la nación norteamericana por el apoyo que prestaba al pueblo filipino. A partir de este decreto, ya no conocemos disposición alguna en que Aguinaldo volviese á hablar de la protección de los Estados Unidos.

El Gobierno revolucionario fué constituido con cuatro Secretarías: una de Relaciones exteriores, Marina y Comercio; otra de Guerra y Obras públicas; la tercera de Policía, Orden interior, Justicia, Instrucción é Higiene, y la cuarta de Hacienda, Agricultura é Industria fabril. Dichas Secretarías subdividíanse en secciones, según la importancia é índole de los trabajos.

El presidente del Gobierno revolucionario nombraba libremente los secretarios, y de acuerdo con éstos, el personal subalterno. El capítulo 2.º de este decreto, que convertía el Gobierno dictatorial en Gobierno revolucionario, señalaba el modo de constituirse el Congreso, y regulaba las facultades del mismo.

El capítulo 3.º se refería al enjuiciamiento militar, y en cláusulas adicionales creaba el mismo decreto un Comité revolucionario en el extranjero, con tres Delegaciones de Diplomacia, Marina y Ejército. Éstas tenían por objeto gestionar respectivamente el reconocimiento de la beligerancia y de la independencia filipina, preparar las expediciones que se hicieren precisas y estudiar la táctica militar y la mejor forma de organizar los Cuerpos especiales.

Los últimos decretos dictados por Aguinaldo antes de abandonar, y no de buen grado ciertamente, su residencia de Cavile para trasladarse

á Bacoor primero y á Malolos después, referíanse á la organización de las oficinas centrales, provinciales y populares, regulando la tramitación de los expedientes por modo que aspiraba á ser más rápido y ejecutivo que el vigente en nuestra Administración.

4.ª *Últimas demandas de los reformistas.* — De las autorizaciones que el Gobierno de la Metrópoli concediera al general Augustín para el planteamiento de algunas reformas, la dicha autoridad había ya implantado en estas fechas, según hemos visto, dos importantísimas, la Asamblea consultiva y las milicias. Pero el partido reformista filipino no se satisfizo con tan prácticas pruebas de la buena fe en que se inspiraban las ofertas del Gobierno de la Metrópoli, y el día 13 del mes cuyos principales acontecimientos venimos relatando, una Comisión de filipinos de los más principales presentáronse en el Palacio del Ayuntamiento, residencia del general Augustín, con el objeto de solicitar la inmediata aplicación de todas las reformas políticas y administrativas que constituían el programa de los reformistas filipinos. No se detallaban; mas como la citada Comisión iba presidida por D. Pedro A. Paterno y por D. José Loyzaga, figurando en la misma los nombres de personas muy conocidas por sus ideas radicales, aun cuando en aquella conferencia, á la que asistía también el señor cónsul de Bélgica, Mr. Andréé, no se pidiese cíaramente la autonomía, todo Manila supo que no con menos se satisfacían los comisionados. Así lo entendió sin duda el general Augustín, cuando, á pesar de la crisis gravísima en que la causa de España estaba ya en el Archipiélago, el Gobernador general sólo se resolvió á la afirmación de que decretaría cuanto se le demandaba, siempre que dichos comisionados lograsen que los rebeldes tagalos depusiesen las armas.

Ya no era tiempo para obtenerlo: Aguinaldo había logrado rápidos triunfos, y cuando los comisionados de los reformistas le llevaron las proposiciones de arreglo á base de concesión de la por ellos tan deseada autonomía, las desechó por completo, y según manifestación del mismo jefe de la revolución filipina, en la fecha á que nos referimos, aun dictador, algunos de los comisionados, de quienes tal oferta rechazara, lucieron constar que habiendo cumplido el encargo de transmitirle las proposiciones dichas, sólo les restaba hacer constar su adhesión á la causa filipina.

4.ª *Conducción de heridos y enfermos á Manila.* — El día 18 de Junio, Aguinaldo dirigió una carta al Capitán general, Sr. Augustín, ofreciéndole la entrega de los heridos y enfermos que existían en el hospital

de Cavile, en el que ya hemos visto en el capítulo anterior de qué suerte cruel eran asistidos.

El Capitán general nada contestó por escrito al jefe revolucionario: pero debidamente pasaportados todos los individuos que la componían, al día siguiente marchó á Cavile en dos remolcadores y dos gabarras, material prestado por la Compañía general de tabacos de Filipinas, una Comisión de médicos militares presidida por el mayor señor Domínguez: después que esta Comisión se presentó al almirante Dewey, á bordo del *Olimpia*, visitó al jefe de la revolución filipina. Se le exhibieron los pasaportes correspondientes, quedándose Aguinaldo con ellos, y mostrándose muy sentido de que el Capitán general no contestase á la carta que le escribiera. Aguinaldo, sin embargo, trató atentamente á la citada Comisión, no poniendo el menor reparo en la entrega ofrecida, en virtud de lo que nuestros médicos pudieron recoger 185 enfermos y heridos, y conducirlos á Manila con toda facilidad por los medios que los americanos suministraron.

El hospital de Marina de Cañacao había sido ya, por gestiones del jefe de este apostadero, Sr. Montojo, evacuado por los nuestros. Las fuerzas de marinería del almirante Dewey habían resuelto por fin defender aquel hospital, ocupado por nuestros enfermos cuando las turbas tagalas saquearon Cavile y el arsenal.

Precisándose el establecimiento de otro hospital para el personal de Marina que sustituyese al de Cañacao, se creó uno en el convento de Guadalupe. Este lugar custodiábalo una sección de infantería, y al poco tiempo fué atacado por fuerte columna revolucionaria procedente de las fuerzas que mandaba Pío del Pilar. La pequeña guarnición de Guadalupe cumplió su deber; luchó con denuedo contra la citada fuerza rebelde, pero cedió al número, y se rindió. El hospital de Guadalupe cayó, pues, en poder de los insurrectos tagalos.

Cuando esto tuvo lugar, no solamente venían recibiendo hospitalidad en aquel establecimiento los enfermos de Marina, á los cuales se atendía con el esmero que acreditado tienen los individuos que forman parte del Cuerpo de Sanidad del Ejército y de la Armada, sino que el médico mayor D. Tomás del Valle y los segundos Sres. Perille y Vega trataban en aquella santa casa además todos los heridos procedentes de los combates sostenidos en aquellos días en Calamba y otros puntos.

Por gestión del cónsul inglés, Aguinaldo permitió la evacuación de aquel hospital: pero cuando el mismo citado cónsul de Inglaterra llevó la orden para que así se efectuase, suscitóse la cuestión por el jefe revolucionario que se había apoderado de Guadalupe respecto á la entrega de los heridos que no procedían de Marina, ó, lo que es igual, el

mencionado jefe se opuso á que se entregasen los soldados heridos de La Laguna.

El director de aquel establecimiento ejecutó el acto dignísimo de considerarse desde aquel instante nuevamente prisionero, pues pudiendo haber emprendido el camino de Manila en el acto con los heridos procedentes de la Armada, envió á éstos á la capital al cuidado de los otros médicos, y se quedó atendiendo á la curación de los que quedaban en poder de los insurrectos, no sin haber tenido que sostener viva discusión con el señor cónsul citado.

Dos días después, el mismo médico mayor Sr. Domínguez, que dirigió, según hemos dicho, la evacuación del hospital de Cavite, fué conduciendo las órdenes oportunas para evacuar totalmente el de Guadalupe. Con ello quedaban concentrados en Manila los heridos que teníamos en los alrededores de la capital del Archipiélago, pues los del hospital de San Pedro Macati habían logrado fugarse el día 3.

Todo venía disponiéndolo la fatalidad para hacer más difícil en su día la defensa de la población murada, en la que llegaron á instalarse dentro de su superficie reducidísima más de 3.000 enfermos.

5.ª *Zona neutral. Humanitario servicio prestado por el buque alemán Kaiser.* — En los últimos días de este mes se temía la llegada de fuerzas americanas que se considerasen bastantes para el ataque de la ciudad. Ignorándose por todos los que en ella residían los planes que el enemigo forjase para el ataque, muchos de los nuestros pensaban en los últimos aludidos días de Junio que muchos soldados americanos habían desembarcado ya en la costa Norte con el propósito de hacer de Bolinao, lugar verdaderamente estratégico, un centro de operaciones para la acometida por tierra en movimiento combinado con las fuerzas también americanas que se habían reunido ya en Cavite. En esos mismos días, pues, considerándose muy próximo el ataque á Manila por mar y tierra, se pensó en constituir una zona central con el objeto de instalar en ella las mujeres y niños que á millares contenía la población murada y los mismos arrabales de Manila. El día 24 reuniéronse los cónsules bajo la presidencia del Capitán general, con objeto de tratar acerca de la declaración de la mencionada zona: se acordó, en efecto, que la superficie limitada por los esteros de Binondo, á partir del de Santa Cruz, se destinaría al fin indicado; mas pasaron días y días sin que se llevase á efecto la medida á que acabamos de referirnos.

Entre las tristezas que nos agobiaban por lo de actualidad, y el presagio de las mayores que nos esperaban muy pronto, registramos distintos hechos consoladores, practicados por buques extranjeros, de

los que ya hemos dicho veníamos recibiendo pruebas de humanitarismo y de amistad, singularmente de los alemanes y franceses. No hay que hablar de los pertenecientes al comercio español surtos en el Pasig, pues éstos estaban á disposición de todas las familias que querían también ocuparlos.

El 29 de este mes, el *Kaiser*, crucero alemán, condujo á Manila señoras, niños y enfermos que había ido á recoger á Dagupan, en donde estaban refugiados 400 ó 500 de los nuestros, acosados por los rebeldes de aquella comarca: el servicio prestado por el citado buque alemán fué apreciadísimo; y como no fué el único que debimos á la escuadra de Von Driederichs, sino que practicó ésta otros muchos de igual índole en favor de los españoles, nada tiene de extraño el justo afán que teníamos de demostrar nuestra profunda gratitud hacia los alemanes y los franceses.

Aparte de esto, muy digno del agradecimiento que le tributábamos, triste es observar que en estas fechas habíamos podido adquirir ya el convencimiento amargo de que ninguna nación ejercitaría acción decidida en favor nuestro: aquella actitud supuesta ó soñada por parte de la prensa europea, en la que se leyó lo que más de una vez nos pudo conducir á pensar que las potencias de Europa, singularmente, no llevarían su neutralidad al extremo de que España se viese despojada en absoluto de lo que con tan justos títulos poseía, era sólo una utopía: el sentimiento, como fenómeno afectivo, se interpreta por el individuo en toda su pureza; pero en el gobierno de los pueblos no acontece así: lo que suele verse aun en los que rigen las naciones más cultas ó que por más poderosas se consideran, son sólo manifestaciones teóricas de sentimentalismo.

6.° *Las fuerzas americanas desembarcan por Maytubig y acampan frente á nuestras posiciones de San Antonio Abad.* — Los esperados refuerzos que tan apremiantemente necesitábamos no venían: las noticias que el cable nos comunicara hasta el 19 de este mes de Junio, relativas á la próxima llegada de la escuadra que al mando del almirante Cámara había salido ya de Cádiz convoyando seis transatlánticos conduciendo las tropas expedicionarias que con la citada escuadra venían en nuestro auxilio, resultaron para nosotros solamente una esperanza amargamente defraudada; en cambio los refuerzos americanos por Dewey aguardados para el ataque de Manila llegaban con exactitud en las fechas calculadas, conocida la en que estas expediciones salían desde San Francisco de California.

A mediados de Junio, las fuerzas americanas que habían llegado á

Cavile iniciaron el plan para el ataque de Manila, tomando las primeras posiciones en tierra firme.

La brigada Anderson desembarcó en Maytubig y acampó, atrincherándose en aquel lugar para operar contra nuestras posiciones de San Antonio Abad.

Thomas M. Anderson, brigadier general de voluntarios, ejerció el mando de las fuerzas americanas reunidas en Cavile hasta la llegada del general Wesley Merritt; pero aun no había llegado ése cuando aquél ocupó la posición que acabamos de indicar.

Las fuerzas de Anderson se subdividieron del modo siguiente: un batallón del regimiento Oregón quedó con fuerzas de artillería de California y dos batallones más de infantería en la ciudad de Cavile; con el resto de aquéllas, el brigadier general J. V. Greene ocupó con tropas de artillería, infantería é ingenieros, una línea de cinco millas de extensión por la costa, llegando hasta Parañaque. La superficie en que acamparon estas fuerzas recibió de los americanos el nombre de campamento Dewey, y allí permanecieron hasta los primeros días de Agosto, aunque destacando en algunas ocasiones fuerzas para hacer fuego contra nuestras líneas exteriores, sin interesarlas en sostenidos formales combates: al parecer, sólo era su objeto aleccionarlas para el ataque decisivo que en su día habían de librar contra Manila.



CAPÍTULO XVII

Continúa el sitio de Manila. — Principales acontecimientos del mes de Julio de 1898.

1.º Comienza la escasez de víveres en la plaza. Privación de las aguas de Carriedo. — 2.º El *Compañía de Filipinas*, con buclera insurrecta, se presenta en la bahía de Manila y se pone al amparo de la escuadra americana. — 3.º Ataques á nuestras líneas de defensa exterior durante el mes de Julio. — 4.º Explicables y funestos desalientos.

1.º *Comienza la escasez de víveres en la plaza. Privación de las aguas de Carriedo.* — Los americanos y los tagalos que estrechamente nos tenían cercados por mar y tierra impedían la entrada de víveres en la plaza, y en los primeros días de este mes fuè cuando se inició con gran subida de precios la escasez en los artículos de primera necesidad.

El comercio en general operó dicho movimiento, siquiera no fuese todavía en proporción tan exagerada que por el *salus populi* hubiera de intervenir la autoridad; al contrario, ésta aceptó como legítimo el valor á cada artículo señalado por los dueños de los establecimientos en las notas de precios que tuvieron aquéllos que dirigir á la Junta civil de defensa encargada de esta fiscalización.

El Ayuntamiento de Manila, por su parte, venía sosteniendo de su propia cuenta tablajerías, en que se expendían las carnes á precios módicos relativamente; pero viéndose apurado para proveerse de reses vacunas, y no contando con ganado lanar ni cabrío, la Corporación municipal tuvo que acudir á suministrar al vecindario la carne rojo escafiata de fibra burda de los carabaos, reses tan útiles para el trabajo como repugnantes á la vista. No bastando este último medio, hi-

zose en los primeros días la vista gorda al expendio de la carne de caballo, para autorizar abiertamente poco después su venta. Apenas quedaba harina para un mes más de sitio, y el vino, que si para los climas de las zonas fría y templada resulta en prudentes dosis conveniente á todos, indispensable á muchos, esta última condición tiene para el europeo en el clima enervador de los trópicos, hubo de ser entregado por disposición de la Junta civil de defensa á la Administración militar con objeto de distribuirlo entre los soldados que sostenían nuestras líneas de defensa exterior.

Muy honradamente respondió el comercio de Manila á la demanda de entregar las existencias que tuviera del caldo á que nos referimos, pues hubo almacenista que al entregar á la Administración militar 15.000 litros de vino, guardó dos botellas sólo para su propio consumo. Sin el vino común, los infelices sitiados tenían que acudir á los vinos altos, caros en Europa y de muy subidos precios aquí aun en circunstancias normales, pero de costo enorme en las que nos bailábamos.

En los días últimos de este mes ya eran insoportables los precios que alcanzaron los artículos de primera necesidad; llegó á costar una gallina cuatro pesos, y el pan, muchos días elaborado con mezcla de harina de arroz con la de trigo á partes iguales, cuadruplicó su valor.

Para mayor agobio, vino la ocupación por los rebeldes de la casa de Santolán, en que funcionaban las máquinas elevadoras del agua que surte á Manila por las cañerías que parten de los depósitos de San Juan del Monte.

Habiase notado ya que desde el 27 del mes anterior no llegaba agua á dichos depósitos: el destacamento que guarnecía Santolán veíase de continuo acosado por fuerza rebelde no menor de 500 hombres.

Una operación militar para salvar dicho destacamento fué llevada á cabo por una columna al mando del teniente coronel Colorado, jefe de la zona, y el comandante de ingenieros Las Heras, director á la vez del servicio del abastecimiento de aguas: nuestra fuerza, que iba apoyada por artillería, tomó las grandes trincheras que los rebeldes habían construido en la margen derecha del barranco del Ermitaño. El enemigo, desde las crestas que rodean la casa de máquinas, se batió desesperadamente, empleando también el fuego de cañón desde las orillas del río de San Mateo. El destacamento de Santolán pudo lograr, en virtud de la operación á que aludimos, replegarse sobre San Juan del Monte después del combate, en el que experimentamos las bajas de cuatro muertos y doce heridos. El enemigo las sufrió grandes, pues sólo en Pasig fueron enterrados 65 cadáveres de los insurrectos que combatieron allí.

No quedaba más agua para el abastecimiento de Manila que la contenida en los depósitos de San Juan. En esta apurada situación, el celoso alcalde de Manila, señor del Saz Orozco, dirigió una carta con fecha 7 de este mes al jefe insurrecto Montenegro, pidiéndole en nombre de los deberes de humanidad no impidiese dicho abastecimiento del agua de Carriedo. Montenegro se negó á tal demanda, diciéndole al alcalde literalmente, entre otras consideraciones, lo que sigue: «Obedeciendo á un plan de guerra, no me es posible dejar de atacar San Juan del Monte; por lo tanto, está usted en el deber de demostrar á su jefe, ó á quien corresponda, las grandísimas ventajas de la rendición de esa plaza de Manila, y así, una vez más cumplirá usted con el deber que la humanidad le exige, y evitaríamos mucho derramamiento de sangre por una y otra parte.....»

Se distribuyeron tan metódicamente las aguas del depósito de San Juan, que con la limitación establecida para que no corriesen sino tres horas al día, y con la gran cantidad de lluvia que Dios nos envió por medio de la monzón del SO., con lo cual se nutrieron los viejos aljibes de Manila, pudimos soportar sin gran quebranto el accidente de Santolán.

2.º *El Compañía de Filipinas, con bandera insurrecta, se presenta en la bahía de Manila y se pone al amparo de la escuadra americana.* — No existe en las cosas humanas dicha completa. Aunque la obra de destrucción de la escuadra española en las aguas de Cavile fuese más digna de realce, porque el combate librado el 1.º de Mayo hubiese tenido lugar entre fuerzas navales más proporcionadas para la batalla; aun cuando el hecho de que el almirante americano no se decidiese á bombardear y arrasar la ciudad de Manila por consideraciones de humanitarismo, ó después que recibiera el necesario refuerzo de las municiones que tanto prodigó en la citada fecha; siquiera no fuese cierto lo que por el jefe de la revolución filipina se había afirmado respecto al eficaz auxilio que del almirante americano recibió para levantar el país en armas y derrocar la soberanía española en Filipinas; por más que, atendiendo sólo al hecho inicial de la loma de Manila, quisiera alguien cantar las excelsifudes del almirante Dewey y proclamarlo como conquistador insigne, jamás podrán obscurecerse tres hechos por el almirante americano ejecutados, bastantes cada uno de por sí para marchitar los laureles que logró en el día, para nosotros tan aciago, 1.º de Mayo de 1898.

Ya hemos dicho, al relatar algo de lo que en tan desesperadora fecha aconteció, de qué suerte el cañonero americano *Petrel*, destacado del núcleo de la escuadra Dewey, se dirigió á la ensenada de Bacoar,

en donde se hallaba el *Isla de Mindanao*, vapor correo de la Trasatlántica. Este buque mercante, que no tenía en su bordo contrabando alguno de guerra; que no podía resistirse á someterse á visita; que no podía resultar culpable de servicios prestados á nuestra escuadra, y que no había tomado participación alguna en actos de hostilidad contra la de los Estados Unidos; que sólo pudo el beligerante vencedor apresarle para que por sentencia del Tribunal internacional hubiera tenido que ser devuelto, no sólo fué cañoneado hasta su total destrucción, sino que, como so recordará, se ametralló á la tripulación naufraga. A este hecho, que señalamos con el núm. 1 de los tres á que aludimos, siguió el del apresamiento del *Leyte*, negándose á recoger los soldados de la columna Monel, que habían quedado en la bahía de Manila expuestos también al naufragio, que, si no sufrieron, fué para caer en igual riesgo al ser arrojados por los vendavales del SO. á la ingrata costa de Ilagonoy. Estos dos hechos fueron concordantes con el tercero, y la gravedad de los tres, apreciada por la moral que también rige, ó debe regir, para la guerra y por las prescripciones con que se regula el modo de llevarla á cabo, constituirá siempre densa sombra en el cuadro de las victorias en que brillen las del almirante americano.

El tercer hecho aludido es aquel en virtud del que el almirante Dewey amparó por de pronto, para utilizar después, un barco tripulado por tagalos que cometieron á bordo del mismo un crimen inaudito, crimen de aquellos que las sabias ordenanzas vigentes en nuestra Armada, sin contemplación alguna, imponen la pena de muerte á los malvados que lo cometen.

El día 7 de Julio, el *Compañía de Filipinas* presentóse en bahía, amparándose á la escuadra americana. El citado barco, no solamente fué respetado teniendo izada su bandera insurrecta, sino que fué artillado con cañones de los que había en el arsenal de Cavile. Aguinaldo ordenó que dicho barco fuese con fuerzas revolucionarias á Olongapó, así como más tarde hizo otras expediciones, conduciendo insurrectos tagalos para que tomasen todo el valle de Cagayán, y llevasen á cabo también la expedición á Batanes, en donde, después de asesinar al Gobernador político militar de las mismas, asentaron el poder de los revolucionarios en aquella región del extremo Norte del Archipiélago.

La tragedia desarrollada á bordo del *Compañía de Filipinas* antes de presentarse en la bahía de Manila fué horrible: la Compañía armadora de dicho buque, con el fin de evitar que el barco fuese apresado, dispuso que desde Cagayán, en donde el citado buque se hallaba, fuese á Formosa, á unas 300 millas de distancia del primer punto mencionado.

A las dos horas de salir el barco de Aparri, estalló á bordo la rebe-

lión de los tripulantes, capitaneados por el segundo maquinista, que era un cubano, acórrimo enemigo de los españoles, á pesar de su origen peninsular. Proclamóse desde luego jefe del barco, y aun comenzó en seguida á llamarse almirante de la escuadra filipina, que ya estaba en aquellos días compuesta de unos barquitos de vapor que se llamaban *Taaleño*, *Balayán*, *Taal*, *Bulusan* y *Purísima Concepción*, á cuyos barquitos se les había artillado con una ó dos piezas de siete y ocho centímetros que se habían sacado de los destruidos buques españoles.

El *Compañía de Filipinas*, cuando fué á Olongapó, halló ya á nuestras fuerzas de marina, que habían estado allí destacadas al mando del distinguido capitán de marina D. Julio del Río, replegadas sobre la isla Malaquit, así como por disposición del mismo jefe de marina habíanse congregado también en dicho islote la colonia española y muchos religiosos párrocos, sumando en junto 6 ó 700 hombres, todos los acosados en Olongapó por la revolución, por horas creciente en la provincia de Zambales como en todo Luzón.

Así que llegó el *Compañía de Filipinas* frente á Malaquit, intimó la rendición de los españoles allí refugiados. Obtuvo el titulado almirante de la escuadrilla filipina rotunda negativa; y cuando se disponía éste á cañonear á los refugiados en el citado islote, presentóse el buque alemán *Irene* en aquellas aguas de Subic.

Al observar el comandante de este buque la bandera insurrecta que tremolaba en la popa del *Compañía de Filipinas*, le conminó inmediatamente á arriarla; pero, sin dar lugar á explicación alguna, el barco robado á la Compañía general de tabacos abandonó las aguas de Subic, volviendo á Manila.

Mientras tanto el *Irene*, dando una prueba más de la consideración, respeto y simpatía que ya hemos dicho merecíamos á los alemanes, comunicó con nuestros refugiados en Malaquit, y después de agasajarles cuanto al citado barco le fué posible, lomó á su bordo las señoras y niños que allí había, trayéndolos á Manila humanitariamente.

Cuarenta y ocho horas después, dos barcos de la escuadra americana presentáronse en Subic. Estos dos buques comenzaron inmediatamente después de intimada la rendición á cañonear el islote: no tenían los nuestros medio humano de defensa, y comprendiéndolo así, á los veintidós disparos de los cañones de Dewey izaron la bandera de parlamento; éste se celebró, resultando la capitulación pactada con las fuerzas navales de los Estados Unidos. ¿Cuál sería la sorpresa de los nuestros después de este hecho y al verse entregados á los insurrectos, en vez de ser conducidos á Cavile á disposición del almirante de los Estados Unidos?

Al siguiente día, continuando allí los dos barcos aludidos, se dispuso el embarque de los capitulados de la isla Malaquit en el *Compañía de Filipinas*, que había vuelto á aquel lugar, así que el buque alemán lo abandonara, y en vez de seguir el rumbo que había de llevar el barco insurrecto para conducirlos á Cavile, según creían, vieronse nuestros prisioneros con terror conducidos á las playas de Olongapó, ocupadas lupidamente por los mismos rebeldes tagalos de quienes días antes habían logrado librarse: á estos tagalos fueron entregados los españoles capitulados con los americanos, y allí fueron declarados prisioneros de los revolucionarios, y allí comenzaron á sufrir las inenarrables torturas que han tacado con tacadura indeleble la insurrección filipina.

El jefe rebelde de aquella zona, después de internar á la mayor parte de aquellos desdichados españoles que le habían sido entregados por los americanos, dejó un grupo de 52 en Olongapó, en cuyo número estaban incluidos los religiosos que existían entre los refugiados de Malaquit.

Estos religiosos fueron inmediatamente destinados al oficio de los carabaos, arrastrando los carretones á que se les uncía para el transporte de la gran cantidad de arroz que el *Compañía de Filipinas* había lomado en la citada isla, y que constituía las provisiones con que los nuestros contaban en tan difícil afflictivo estado: obligábase á los españoles que no eran sacerdotes á fustigar á éstos, siendo aquéllos castigados si no avivaban á los curas que arrastraban los expresados carretones. El grupo de los 52 prisioneros de Malaquit, que quedó en Olongapó, recibía como ración en los primeros días 52 chupas de arroz; pero no al estado libre, sino después de haber sufrido la alteración que produce en dicha gramínea el agua de la mar, con la que se mojaban todas las raciones antes de distribuirse.

Hé aquí verídicamente relatado el hecho inexplicable cometido por las fuerzas de la escuadra americana con los prisioneros españoles de Olongapó que con ella capitularon.

Las manifestaciones más tarde bochas por el comandante del *Raleigh*, Mr. Coghlan, relativas á que no se había llevado á cabo acto alguno de compromiso con los 635 españoles refugiados en isla Grande, por modo alguno pueden servir de atenuante á la gravedad del caso á que nos referimos. La guarnición española, después de izar la bandera blanca cuando hemos dicho, esto es, después de haberse disparado veintidós cañonazos, se rindió á Mr. Coghlan ó á su enviado: el comandante del *Raleigh* dispuso que aquellos prisioneros, por toda ley correspondientes á los americanos, fuesen conducidos por la marinería americana, y en los mismos botes del buque á quien dichos españoles

se habían rendido, á bordo del *Compañía de Filipinas*, y este buque fué el que los entregó en las playas de Olongapó á sufrir on poder de los revolucionarios filipinos los tormentos que hemos expresado.

Véase, pues, con cuánta razón podemos mantener lo que hemos afirmado, á saber: la densa sombra que oscurecerá siempre la aureola de gloria en que quiera inscribirse el nombre del almirante Dewey.

3.º *Ataques á nuestras líneas de defensa durante el mes de Julio.* — En el mes cuyos principales acontecimientos venimos relatando, los ataques á nuestras líneas exteriores fueron continuos, aunque con grandes alternativas respecto de su intensidad: el cerco enemigo continuaba en su totalidad formado por las fuerzas filipinas, siquiera desde mediados de este mes ya las tropas americanas habían ensanchado sus posiciones contra nuestro flanco derecho, y tomado otras contra nuestro flanco izquierdo.

Los ataques que en la primera quincenada Julio sufrimos en toda la línea fueron continuados, singularmente contra el sector izquierdo, en el que el enemigo había emplazado varias piezas de artillería. Montó una de éstas, de calibre de 8 centímetros, y una lanlaca, frente á Vitás y reductos del río de Malabón; una pieza de 16 centímetros, en lugar próximo á la gallería del camino de Caloocan; otra de igual calibre, en la vía férrea, á 200 metros de nuestro blockhaus núm. 1; otra igual en la estación de Caloocan, y algunos cañones pequeños delante del camino que conduce desde este pueblo al barrio de Balintauac.

El nutrido fuego que el enemigo allí producía constantemente dió á conocer muy á las claras su propósito de abrir brecha en nuestras fortificaciones de aquel sector.

Tres cañones nuestros fueron desmontados por la artillería rebelde, mas el enemigo no logró su intento. indudablemente, según opinaba el malogrado general Palacios, el cual, si no perdió su vida en aquellas posiciones que tan valerosamente defendió, por la enfermedad en ellas adquirida dejó de existir, las líneas de invasión que el enemigo proyectaba por dicho flanco izquierdo eran los esteros y playas de Vitás, la carretera de Caloocan y el camino de Balintauac al hospital de chinos.

En esta primera quincena de Julio también sufrieron rudísimos ataques los defensores del sector del centro y del derecho, así como los de San Juan del Monte y zona de Santa Ana. En el primero de los sectores que acábamos de mencionar, los rebeldes de los barrios de Mandaloyan atacaron briosamente nuestras posiciones, defendidas por el general Rizzo, habiendo corrido más de una vez en aque-

lios días el riesgo de que los rebeldes rompiesen la línea sobre el blockhaus 9.

A diario también luchaba el enemigo contra el sector derecho, singularmente contra los blockhaus 13, 14 y 16, con sus trincheras intermedias.

En la zona de San Juan, y á partir del día 7, engrosado el número de rebeldes en grandes grupos que procedían de San Felipe Neri y Mariquina, puso formal empeño en forzar la línea por tres puntos distintos del depósito de las aguas.

En la segunda quincena arreciaron los tagalos en la pelea, sosteniendo en todos los sectores y zonas combates duros, sumando nuestras fuerzas bastantes bajas, pero sufriendolas aquéllos mayores. El día 20 de Julio, el sector izquierdo fué objetivo de los insurrectos, que quisieron forzar la línea entre nuestro fuerte núm. 2 y la carretera de Caloocan, siendo enérgicamente rechazados.

Igual castigo tuvo el enemigo de Mandaloyan y Tatalong en el sector central, aconteciéndole lo mismo en el ataque duro que sostuvo contra nuestro sector derecho. A las ocho y á las once de la noche del citado día, los rebeldes quisieron decididamente apoderarse de nuestras posiciones, defendidas por la columna de Santa Ana, y en los dos rudos ataques que libraron fueron valerosamente rechazados.

Tres veces en la misma noche salió de sus posiciones el enemigo para operar movimiento ofensivo contra las nuestras de San Juan del Monte, y en las tres ocasiones fué obligado á retirarse.

El día 22 fué en el que por vez primera notóse la presencia de soldados americanos próximos á las líneas tagalas, ó en ellas mismas: pertenecían aquéllos seguramente á las fuerzas que acampaban entre Parañaque y Maytubig, con el objeto ya indicado; es decir, se destinaban á foguearse para acostumbrarlas al ataque decisivo contra Manila, que pronto habría de operarse. En la noche de este día, el enemigo, dos veces consecutivas, atacó por el frente de nuestra línea que miraba á San Pedro Macati, é intentó después cortar nuestros atrincheramientos por el punto más débil que teníamos entre Santa Ana y la Concordia, cuyo punto era la parte comprendida entre el camino de San Pedro Macati y el blockhaus núm. 11. En esta refriega nos hirieron al jefe de artillería de montaña, el cual mandaba dos piezas lisas de 7 centímetros, que causaron gran destrozo en las filas rebeldes. Vigorosos fueron los ataques del enemigo en la total extensión de nuestras líneas durante todos los días de este mes: los rebeldes trabajaban incesantemente, reforzando sus trincheras y construyendo otras nuevas: aprovechándose de la oscuridad de la noche, y al amparo de la espesa vegetación existente entre sus posiciones y las nuestras, acercábanse

muchas veces con la intención de sorprender á los españoles: jamás pudieron lograrlo.

El día 30 no cesaron los rebeldes de atacar nuestras posiciones con gran vigor, especialmente por el sector izquierdo, contra nuestro blockhaus núm. 1, y por el intervalo del 3 al 4, por donde nos atacaron grandes masas, rechazadas por completo.

El sector del centro sostuvo tan vivo fuego de fusil y de cañón contra el enemigo de Mandaloyan, que éste se vió obligado á retirar las piezas emplazadas frente á aquella posición.

En el sector derecho, el mismo día atacó el enemigo desesperadamente, desde las nueve hasta las once de la mañana, la parte comprendida entre los blockhaus 13 y 16, consiguiendo emplazar una batería de 5 centímetros frente á nuestras posiciones del segundo grupo; pero se le obligó á desalojar la suya, muy á retaguardia, por dos veces consecutivas. Los proyectiles del enemigo ya llegaban á los sostenes de aquel punto, así como la artillería rebelde causó en esta fecha desperfectos de consideración en la casa iglesia de nuestras posiciones en Santa Ana. Igualmente era atacado San Juan del Monte.

El día 31 alcanzaron varias granadas enemigas la Manila murada, cayendo en las calles de la Solana y de Palacio. en el colegio de Santa Isabel y sobre algún otro edificio varios proyectiles, sin causar desgracias personales.

No aconteció lo mismo fuera de las murallas: la granada que á las doce de la noche cayó en el dormitorio ocupado por una compañía provisional del regimiento de línea núm. 73, nos mató un cabo y dos soldados, hiriendo más ó menos gravemente á ocho individuos más de la clase de tropa.

Se reforzaron en la misma noche nuestras trincheras de la zona que constituía el sector central, pues se presentaron grandes masas enemigas en Mandaloyan y en San Juan del Monte. Las dos piezas de artillería de la casa Macleod tuvieron que hacer disparos continuos contra los rebeldes de San Felipe Neri.

En los combates sostenidos contra los rebeldes durante la segunda quincena de Julio experimentamos las bajas de 9 ó 10 jefes y oficiales y de 50 á 60 individuos de tropa.

En los mismos dias vióse grandemente comprometido el batallón cazadores núm. 4, que guarnecía la trinchera comprendida entre San Antonio Abad y estero inmediato al blockhaus 14: auxiliada dicha fuerza por otra también de cazadores y voluntarios «Anda Salazar», de la columna Dujols, el enemigo se declaró en retirada al amanecer del 27, después de rudo ataque sostenido desde las once de la noche anterior.

Así terminaba el mes de Julio: el enemigo siempre sumando mayores elementos de combate; nosotros, constantemente disminuyéndolos.

Para hacer más difícil nuestra crítica situación, el 31 de Julio los americanos habían reunido ya en Cavile y posiciones anexas el número de fuerzas, con la organización de las mismas, que daremos á conocer en el siguiente capítulo.

4.º *Explicables y funestos desalientos.* — Acabamos de ver de qué suerte nuestros medios de defensa se mermaban, y de qué modo nuestro doble enemigo, los tagalos y los americanos, acumulaban cada día mayores medios para apoderarse de la ciudad de Manila. No hemos podido detenernos en todos los detalles concernientes á nuestra apurada situación; mas con lo dicho, el lector habrá logrado formar concepto de la misma. A desvanecer nuestra más remota esperanza vino la noticia de que la escuadra y tropas expedicionarias que venían en nuestro auxilio repasaron el Canal de Suez el 23 de Julio; conocíamos ya la desgraciada suerte de nuestras armas en Cuba, y todo triste pensamiento affligía el ánimo de los que estábamos sitiados en Manila. A los quebrantos de nuestro espíritu no se sustrajo el de la Autoridad superior del Archipiélago, la cual, desde el mismo instante de su llegada, vióse bajo la pesadumbre del gravísimo problema planteado contra la soberanía de España en estas islas.

Se recordará hemos dicho que el general Augustin llegó á Manila el mismo día en que el Gobierno de la República americana declaró la guerra á España: hallábase en aquel tiempo la nueva Autoridad de estas islas con gran parte del país alzado en armas, y en disposición de conflagrarse por entero, según poco después aconteció. Sin recibir auxilios tan poderosos como los que se precisaban para contrarrestar las guerras del exterior y del interior, era menester poseer cualidades muy excepcionales para no impresionarse y dejar de hacer declaraciones que pudieran eximir de tan graves responsabilidades como aquellas que gravitaban sobre el general Augustin.

Esta superior autoridad, en concepto nuestro, aparte de que, según lo crítico y angustioso de su gestión, no podía importarle mucho la pérdida de su propia existencia, tan combatida por las crueldades de la fortuna, cayó en el mismo grado de desaliento que affligía á la generalidad, y de esto consideramos constituye prueba plena el telegrama que el 23 de Julio, según el rumor público, dirigió al Gobierno de S. M. Si el común decir no era inexacto, en dicho documento el Capitán general de estas islas trazaba al Gobierno de la Metrópoli el fiel bosquejo del estado de Manila: se dolía de que el Gobierno no le comunicase la cer-

teza ó inexactitud de nuestros desastres en Cuba, y los fundamos de los rumores que corrían acerca de negociaciones de paz: el silencio guardado por el Gobierno lo consideraba el general Augustin grandemente depresivo para su autoridad; exponía cuán digna de admiración era la resistencia de esta plaza, que continuaba sosteniéndose después de tres meses de bloqueo estrecho y dos de sitio; afirmaba de qué suerte por el consumo diario iban escaseando las municiones de fusil, y de qué suerte comenzaban á escasear las de artillería de plaza; aludía á la triste proporción en que disminuía nuestra tropa, consignando, sin embargo, el valor y el buen espíritu de la misma para soportar los sufrimientos; añadía que no bastaba en tan crítica situación tener en cuenta el valor probado de nuestros soldados, porqué las fuerzas físicas tienen su límite; exponía su creencia firme de que si hubiese llegado la escuadra con los refuerzos de tropas anunciadas, habría podido prolongar la resistencia; pero que así como la noticia de que tales medios ya no acudían en nuestro auxilio había producido fatal efecto en el elemento español, él también creía no haber posibilidad de resistir sin la llegada de dicho socorro.

El telegrama á que aludimos, de cuyo texto no podemos hacernos responsables, aunque sí nos lo declaramos respecto de su sustancia en los términos que acabamos de exponerla, debió causar en el Gobierno de la Metrópoli penosísima impresión, pues en realidad de verdad el aludido documento no ofrecía á los Ministros de la Corona resortes de gobierno, ó, lo que es lo mismo, consideración alguna que alenar en algo pudiese la agitación y tristezas que en la Madre patria, sin duda en fechas tales, estaban prontas á conducir á la desesperación á la opinión pública, y aquel Gobierno, que en los noventa y ocho días de sitio que llevábamos sufriendo en Manila, en la fecha en que el general Augustin le comunicó tan tristes impresiones, no había podido enviar en nuestro auxilio ni un solo hombre, ni un barco, ni un proyectil, ni un cañón, ni un duro, ni un bocoy de harina, ni un bocado de pan, entendió, al parecer, llenar su alto cometido destituyendo al general Augustin, soldado infeliz que resultó elegido por su hado cruel para servir de veredicto de inculpabilidad que eximiese de responsabilidades á todos los hombres de gobierno de allende y de aquende, mucho más los primeros que los segundos, á los cuales jamás podrá perdonar nuestra historia la negligencia incomprensible con que miraron los intereses patrios en este Archipiélago.

Ciertamente, las frases por el general Augustin dirigidas al Gobierno de la Madre patria en el documento á que aludimos no contenían concepto parecido á aquel con que Leonidas invitaba á su enemigo á que le desposeyese de las armas con que aquél contaba en las Termó-

pilas; pero los 300 espartanos habíanse hecho fuertes en un desfiladero, en el que podían vender caras sus vidas, y el general Augustin ocupaba una planicie reducida, en la que, contra el doble enemigo que nos sitiaba, sólo cabía imitásemos á los de Numancia, y no llegamos ni mucho menos á efectuarlo. La patria, agradeciendo nuestros sufrimientos efectivos y grandes, porque así fueron, y aun los hechos de valor que llevamos á cabo, no nos premiará grabando indeleblemente nuestros nombres para servir de ejemplo á la posteridad, pues á tanto no llegan los méritos adquiridos por nosotros como defensores de una plaza sitiada.



CAPÍTULO XVIII

Los americanos y los tagalos se disponen al ataque decisivo para la toma de la ciudad de Manila.

1.º Continúan los infructuosos ataques del enemigo á nuestras líneas de defensa. — 2.º Manifiesta disidencia entre las fuerzas aliadas contra España. — 3.º Releva del general Agustín. Bando del general Jáudenes. — 4.º Orden general del Ejército americano, organizando las dos brigadas destinadas al ataque de la ciudad de Manila. — 5.º El general Merritt y el almirante Dewey intiman la rendición de la plaza. Respuesta negativa. Petición humanitaria desechada por los jefes del Ejército de los Estados Unidos. — 6.º Bando del general Jáudenes. Tristísimo aspecto de la ciudad sitiada. — 7.º Los tagalos refuerzan su cerco contra Manila. — 8.º La escuadra americana y las tropas de Merritt toman posiciones para el inmediato ataque á la ciudad. Órdenes transmitidas por el general Anderson al jefe de las fuerzas filipinas para que no entrasen en la ciudad sitiada.

1.º *Continúan los infructuosos ataques del enemigo á nuestras líneas de defensa.* — Inauguraban los sitiadores el mes de Agosto acometiendo el día 1.º con mayor resolución aún que la que venían demostrando desde meses anteriores nuestras líneas; el fuego de artillería y de fusil fué formidable, sobre todo desde las once hasta las doce y media de la noche del citado día. La alarma de los que vivían en los barrios de la Ermita y Malate fué muy grande, y aun en la ciudad murada, á cuyo recinto también llegaron cinco ó seis granadas enemigas, no más, sin causar desgracias personales; nuestros combatientes ocuparon todos sus puestos señalados, y en la madrugada cesó el fuego.

En este ataque combatieron contra nuestras posiciones de San Antonio Abad los americanos, sosteniéndolo con insistencia los regimientos de infantería de los Estados Unidos Oregon y Pensilvania; experi-

menlaron 25 ó 30 bajas, contando entre sus muertos un capitán del primero y un teniente del segundo de los regimientos mencionados.

Tan infructuosos como habían resultado los ataques de los rebeldes tagalos contra nuestro fuerte de San Antonio Abad, con sus dos baluartes de doscientos años bá construidos, lo fueron también los esfuerzos de los americanos en el combate á que nos referimos.

No contábamos en aquel fuerte más que dos piezas de bronce comprimido de calibre de 8 centímetros, y otras dos de acero cortas l'husencia, ó sean las usadas en montaña. Sin embargo, estos cuatro cañones lograron en la citada noche apagar los fuegos de una batería de tiro rápido americana, compuesta de seis piezas, emplazada cerca de la casa de capuchinos, y los de otras cuatro piezas que un poco más hacia dentro los rebeldes habían emplazado días antes, y que también jugaron muy activamente en dicho ataque.

El historial del viejo fortín de San Antonio Abad es glorioso. Solamente contra los tagalos, y contra éstos y los americanos últimamente, sostuvo más de cien combates.

En los demás sectores, también en el citado día generalizaron los tagalos sus ataques, cooperando asimismo algunas fuerzas americanas en el sector izquierdo, sin causarnos grave daño.

2.º *Manifiesta disidencia entre las fuerzas aliadas contra España.* --- En los primeros días de Agosto, precursores de aquel en que íbamos á perder la secular soberanía de España en estas islas, pudimos apreciar ya muy claramente el verdadero plan que los Estados Unidos tenían formado respecto de Filipinas.

¿Es ó no cierto que Aguinaldo recibió la oferta en Hong-Kong de ser ayudado por las fuerzas de los Estados Unidos para reanudar la guerra de la independencia contra los españoles?

¿Es ó no es exacto lo que Aguinaldo ha afirmado, diciendo que los Estados Unidos por lo menos reconocerían la independencia de Filipinas, bajo un protectorado naval, *sin que hubiera necesidad de documentar este convenio, porque las palabras del almirante americano eran sagradas y se cumplirían?*

Si bien es cierto que cuando Aguinaldo volvió á Hong-Kong en el *Malaca* no logró ver á Dewey, porque ya había éste abandonado la bahía de Mirs, ¿lo es también que el día 15 de Mayo fué á Hong-Kong el *Mac-Culloch*, de la escuadra Dewey, con orden de conducir á Manila á Aguinaldo, orden que le fué á éste transcrita por el cónsul Wildman?

¿Embarcó Aguinaldo, cumplimentando dicha orden, el día 16 de Mayo en el pantalán *City Hall*, de Hong-Kong?

Cuando Aguinaldo llegó á Cavile, ¿no fué á recibirle y conducirle á

bordo del *Olimpia* la lancha del almirante Dewey, y en el buque insignia fué Aguinaldo recibido con honores de general, acompañado de su ayudante Leyva?

¿Es exacta ó inexacta la aseveración que Aguinaldo hace de que el almirante Dewey le dijo que « América era rica en terrenos y dinero y que no necesitaba colonias, concluyendo por asegurarle no tuviera duda alguna sobre el reconocimiento de la independencia filipina por parte de los Estados Unidos? »

¿Es cierto que el almirante Dewey preguntóle á Aguinaldo si podía levantar el pueblo contra los españoles y hacer una rápida campaña?

¿Es cierto que después de contestar Aguinaldo afirmativamente, Dewey reiteró al jefe de la rebelión tagala que la honrada palabra de los americanos era de mayor eficacia que los documentos, pues éstos pueden quedar incumplidos cuando se quiere fallar á ellos?

¿Es cierto que Dewey aconsejó á Aguinaldo formase en seguida la bandera nacional filipina, ofreciendo en su virtud reconocerla y protegerla ante las demás naciones?

¿Negóse por acaso el almirante americano á que Aguinaldo se instalase en la Comandancia de Marina del arsenal de Cavite, primero, en donde recibió armas y municiones de los barcos americanos?

Pocos días después, ¿se trasladó Aguinaldo á la casa que fué Gobierno P. M. de Cavite, y recibió allí 1.999 rifles y 200.000 cartuchos con otros armamentos portátiles?

¿Es inexacto que la flotilla que formó Aguinaldo con los barquitos que en próximas anteriores páginas hemos enumerado, fué armada con cañones de 8 centímetros, extraídos de los buques españoles por Dewey destrizados?

¿Saludaban los barcos de Aguinaldo (incluso el *Compañía de Filipinas*, después de haberse cometido á bordo de éste el horrible crimen que hemos narrado) al *Olimpia*, cuyo buque insignia devolvía el saludo á los barcos de la flotilla revolucionaria?

A la invitación que el Gobierno dictatorial de Aguinaldo dirigió al almirante americano para que asistiese al acto de la proclamación de la independencia de Filipinas, ¿respondió Dewey excusando su falta de asistencia por ocupaciones, pero enviando á su secretario?

¿A quién entregó el almirante americano los prisioneros y las armas á bordo del cañonero *Leyte*?

Las promesas del almirante americano al jefe de la revolución tagala, ¿fueron ratificadas por el general Anderson el 4 ó 5 de Julio?

Las primeras posiciones ocupadas por las tropas americanas en Tambó y en Maytubig, de las jurisdicciones de Parañaque y Pasay, ¿las cedió Aguinaldo de buen grado cuando el general Dewey lo solicitó?

En los primeros ataques de los americanos á nuestro fortín de San Antonio Abad, ¿los filipinos se batieron en unión de aquéllos?

Cuando en los últimos días de Julio llegó el total de fuerzas de los Estados Unidos que se creían precisas para el ataque á la ciudad sitiada, ¿ocuparon los americanos nuevos atrincheramientos de los filipinos, que Aguinaldo también les otorgó, accediendo á las peticiones de Dewey?

No podemos asegurar que todos los interrogantes que acabamos de estampar, y que, según declaraciones públicas del jefe de la rebelión tagala, son afirmaciones absolutas, tengan valor de tales. Pero como es de pública notoriedad la exactitud de muchas de ellas, nos sobra la razón para explicar de qué suerte hasta el día de la capitulación de Manila nadie podía dejar de considerar á los filipinos aliados de los americanos, y que reconocida por éstos, no sólo la beligerancia contra los españoles, sino el Gobierno dictatorial de Aguinaldo, la guerra hispano-americana debía denominarse, con más propiedad de técnica, desde el 1.º de Mayo hasta el 13 de Agosto guerra hispano-americano-tagala.

Mas á pesar de esto, el fiel relato de los hechos exige manifestemos que antes de la fecha de nuestra capitulación ya existían otros síntomas evidentes de que los tagalos abrigaban graves sospechas respecto de los fines que los americanos perseguían. Entre otros datos, que omitimos en obsequio de la brevedad, podemos ofrecer el que suministra una carta auténtica de Pio del Pilar, general insurrecto que se recordará había ocupado en nuestras filas puesto de confianza. El documento á que aludimos, dirigido al valeroso capitán de nuestro Ejército señor Acevedo, comandante de un puesto avanzado, contra el que Pio del Pilar se batía casi diariamente, decia en copia literal lo que sigue:

«Sr. D. E. Acevedo. — Macati, 30 de Julio de 1898. — Mi carísimo
» amigo: Participo á usted que ayer fui á conferenciar con mi jefe don
» Emilio Aguinaldo, y me dijo que el lunes 2 entrante mes de Agosto
» empezarán los ataques contra ustedes de los americanos sin falta; por
» este motivo, encarga mi referido jefe le entere á usted y á todos los
» que se cobijan bajo la bandera española, de que no tengan miedo y
» no se desanimen, sino que, al contrario, fortalezcan vuestros corazones
» en vuestra pelea y háganse fuertes bien y no retrocedan ante sus
» cañones. Asimismo, si, por ejemplo, concentran ustedes todas las
» fuerzas en Manila y abandonan Santa Ana, y sea posible cederlo á mí,
» yo me estableceré allí con mi Ejército. — *Pío del Pilar.*»

Por la traducción, Santa Ana 2 de Agosto. — *F. Acevedo.*

Se ve, pues, cuán recelosos andaban ya los tagalos de la conducta

de los americanos con anterioridad al 13 de Agosto, fecha en la que pronto veremos de qué suerte se impusieron éstos á los primeros, demostrando sus verdaderos propósitos.

3.º *Relevo del general Augustin. Bando del general Jáudenes.* — En la mañana del día 5 de Agosto, cuando los sitiados acabábamos de saber el desembarco en Parañaquo de más tropas de los Estados Unidos; cuando supimos que con éstas se desembarcaban también 23 cañones más, destinados á operar contra nuestros sectores derecho y central; cuando teníamos á nuestra vista los aprestos de guerra que los americanos concentraban contra nuestro sector izquierdo en las playas de Tondo; cuando los cónsules particularmente nos informaban á los españoles de la inminencia del bombardeo y ataque á Manila; cuando veíamos á todos los buques americanos, tanto á los de vigilancia en la habia como á los fondeados en Cavile, con vapor hecho para moverse en cualquier instante; cuando observábamos que todos aquellos buques habían ya colgado sus botes; cuando se esperaba de un momento á otro la intimación á que se rindiese la plaza, según horas después se recibió, vino á sorprendernos la noticia de que el Capitán general señor Augustin acababa de entregar el mando superior de las islas al señor general Segundó cabo D. Fermín Jáudenes. Un telegrama del Gobierno de S. M. disponía el relevo del general Augustin inmediatamente que dicha orden cablegráfica se recibiese.

No se preocupó mucho ciertamente la opinión entre los sitiados por tal acontecimiento. Al general Augustin se le había visto poco en la vía pública y en las líneas militares.

El agobio que el mencionado general sufría por la pesadumbre de tanta amargura y de tanto trabajo de gabinete le había impedido ponerse en contacto con nuestros elementos combatientes, á los que en circunstancias tan críticas como las que atravesábamos habría sido muy conveniente mirar con más detenimiento, cuidando de infundir mayores alientos que los precisos para sostener el honor de las armas, pues la fuerza de aquellas circunstancias, no sólo reclamaba llevar á cabo lo que el pundonor pide, sino lo que el heroísmo de la temeridad más de una vez ha producido entre nosotros.

El general Augustin sintióse hondamente sorprendido por el relevo ó destitución que acababa de sufrir, y así lo expresó, según el rumor público, al Gobierno de S. M. Verdaderamente, desposeer de un mando militar frente al enemigo, cuando la persona que lo ejerce no puede abandonar el lugar mismo de su residencia, constituye para el personal decoro lesión enorme, y hasta este extremo la fortuna se mostró despiada con el general desdichado, que ni pudo siquiera conocer el

territorio de su mando; con aquel general que no tuvo más tiempo sino el necesario para apreciar lo hondo de la fosa en que tantos cavarón, y en la que iba á ser sepultada la soberanía de España en estas islas.

Hecho cargo el general Jáudenes del mando superior de un territorio que de hecho ya no poseíamos, se limitó, sin duda por estas cosas del convencionalismo moderno, á dar una sencilla alocución á los sitiados, en la que declaraba la gratitud que España debía á la conducta de los peninsulares é insulares sitiados en Manila; á decir de qué suerte confiaba en nuestra abnegación demostrada para cumplir su difficilísimo cargo, y á expresar su confianza en el restablecimiento del orden público y de la paz exterior.

No; no era, en concepto nuestro, el momento oportuno para producir una alocución tan suave: el problema del general Jáudenes exigía imperiosamente mover en aquel momento hasta la última fibra del poderoso músculo, principal órgano del constitutivo humano: era menester que el general Jáudenes nos hubiese arengado con el coraje de aquellos esclarecidos guerreros al verse en los más duros trances comprometidos, aunque hubiese llegado, al recibir de parte del enemigo el formidable vocablo de «rendición», á contestar, vertiéndola al castellano, la sublime palabra de Cambrone en Waterloo, ó, si quería tomar el ejemplo de las arengas producidas por la exaltación de los paisanos que en nuestra Patria historia han dirigido también mil señalados hechos de armas, podía el general Jáudenes haber inscrito en la arenga que correspondía á las circunstancias aquella frase, ciertamente no muy culta, pero también sublime de toda sublimidad cuando la produjo el alcalde de Lugo, al exigir de sus compoblanos le siguiesen é imitasen en lo que iba á hacer contra los franceses que se dirigian al ataque de aquella ciudad.

Pero el general Jáudenes fué mucho más desdichado todavía que el general Augustin. Le deparó su mala fortuna la desgracia de firmar una capitulación, que en próximo oportuno momento juzgaremos, sin poder incluirla entre las que nuestra antigua y gloriosa historia enalteció.

El general Augustin, al fin y al cabo, con su relevo se libró, por horas puede decirse, de la sumaria que se siguió á su sucesor.

Y, sin embargo, ¿qué hubiera hecho el general Augustin continuando en el mando de la plaza sitiada durante ocho días más? ¡Ah!, no lo afirmaremos; mas preciso es recordar que el general relevado había dicho por el cable el día 25 de Julio al Gobierno de S. M. la frase literal siguiente: «No hay posibilidad de resistir sin auxilios.» Y los auxilios no llegaron.

4.º *Orden general del Ejército americano, organizando las dos brigadas destinadas al ataque de la ciudad de Manila.* — El día 1.º de Agosto, los americanos creían estar ya en condiciones para el ataque á Manila, *asalto*, según el vocablo que el general Merritt empleaba. Este general, que asumió á su llegada el 27 de Julio el mando superior de las fuerzas terrestres americanas, á partir del 30 de dicho mes contaba 8.500 hombres, más de la mitad de éstos en Cavile, y el resto de dichas fuerzas en el campamento Dewey y á bordo de los mismos transportes en que habían venido; se constituyó con todas ellas una división al mando del general Anderson, compuesta de dos brigadas. El mando de la primera se confió al brigadier general Arthur Mac-Arthur de voluntarios, y se componía de:

Dos batallones del 23 de infantería; un batallón del 14; de los voluntarios de Minesota; de dos batallones del N. de Dakota: dos batallones del de Idaho; un batallón del de Wyoming, todos éstos de voluntarios, y la batería Astor.

La segunda brigada, al mando del brigadier general de voluntarios F. V. Greene, se componía, según la orden general de que nos ocupamos, de dos batallones del 18 de infantería; un batallón de artillería; una compañía *A* de ingenieros y de las fuerzas de voluntarios de los regimientos de California, Colorado, Nebraska, Pensilvania, y las baterías *A* y *B* de Utah.

El regimiento de voluntarios de infantería de Oregon y un destacamento de artillería de plaza de voluntarios de California quedaban en Cavile también en expectación de las órdenes que recibiesen del Comandante general de la División que la orden de que nos ocupamos creaba. Y asimismo quedaba en Cavile el cuerpo de señales, que iba adjunto al cuartel general.

La orden citada, y señalada con el núm. 2, suscribíanla, por el Mayor general Merritt, el jefe de su Estado mayor, J. B. Bacock, y el ayudante S. D. Sturgis.

5.º *El general Merritt y el almirante Dewey intiman la rendición de la plaza. Respuesta negativa. Petición humanitaria desechada por los jefes del Ejército de los Estados Unidos.* — El día 7 de Agosto los americanos intimaron la rendición de la ciudad sitiada. En las primeras horas de la tarde del citado día, el Capitán general Sr. Jáudmes recibió la comunicación del texto literal siguiente:

«Cuartel general de los Ejércitos de mar y tierra de los Estados Unidos. — 7 de Agosto de 1898. — Al general en jefe Comandante de las fuerzas españolas en Manila. — Señor: Tenemos el honor de mani-

festar á V. E. que las operaciones de las fuerzas marítimas y terrestres de los Estados Unidos contra las defensas de Manila podrán empezar en cualquier hora después de la expiración del plazo de cuarenta y ocho horas, contadas desde la en que V. E. reciba esta comunicación, ó antes, si fuese necesario, por motivo de cualquier ataque de vuestra parte. — Esta notificación se da para que V. E. tenga una oportunidad de mandar salir de la plaza al elemento no combatiente. — Firmado, *Wortey Merritt*, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos. — *George Dewey*, contraalmirante de la Marina de los Estados Unidos, comandante de las fuerzas marítimas de los Estados Unidos en la estación asiática».

La prolongada admirable resistencia de nuestros soldados y voluntarios, que venía sirviendo á la causa de la humanidad durante más de cien días, impidiendo el estrago de una invasión de los tagalos, que hubiera producido en la ciudad sitiada la horrible carnicería á que hacía alusión aquella carta que en otro lugar hemos extractado, y por don Felipe Buencamino dirigida al general Augustin, iba á resultar una resistencia estéril para la causa de la Patria.

A pesar del grave quebranto que sufrimos con la pérdida de nuestra mal llamada escuadra de Filipinas el día 1.º de Mayo, esta fecha tan triste, aun no había de ser considerada como el principio del fin de nuestra dominación en este Archipiélago. Mas como transcurrieron tres meses y medio, tiempo que los americanos supieron aprovechar bien para reunir contra nosotros todos los elementos necesarios de combate y destrucción, mientras que la Madre patria en nada pudo socorrernos, la fecha del 7 de Agosto, en que ya perdimos hasta la más remota esperanza, si debía ser considerada como el principio de nuestra próxima total ruina.

La intimación que en tal fecha dirigieron los americanos para que la ciudad de Manila se rindiese fué contestada en los términos ciertamente no espartanos que á la letra transcribimos:

«El Gobernador general y Capitán general de Filipinas. — Manila, 7 de Agosto de 1898. — Al Mayor general del Ejército y al contraalmirante de la Armada, comandantes respectivamente de las fuerzas de tierra y mar de los Estados Unidos. — Señores: Tengo el honor de participar á SS. EE. que á las doce y media del día de hoy he recibido la notificación que se sirven hacerme de que, pasado el plazo de cuarenta y ocho horas, pueden comenzar las operaciones contra esta plaza, ó más pronto si las fuerzas de su mando fuesen atacadas por las mías. — Como su aviso es dado con objeto de poner en salvo las personas no

combatientes, doy á SS. EE. las gracias por los sentimientos humanitarios que han demostrado y que no puedo utilizar, porque, hallándome cercado por fuerzas insurrectas, carezco de puntos de evacuación adonde refugiar el crecido número de heridos, enfermos, mujeres y niños que se hallan albergados dentro de murallas. — Muy respetuosamente B. L. M. á SS. EE., *Fermin Jáudenes*, Gobernador general y Capitán general de Filipinas.»

El precedente documento obtuvo de parte del general Merritt y del contraalmirante Dewey la siguiente literal respuesta:

«Cuartel general de las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos. — Bahía de Manila, 9 de Agosto de 1898. — Señor Gobernador general y Capitán general de Filipinas. — Señor: Los sufrimientos inevitables que resultarán á los heridos, enfermos, mujeres y niños en caso de que fuese menester destruir las defensas de la plaza murada, dentro de la cual están refugiados, apelarán con éxito á las simpatías de un general capaz de hacer la resistencia determinada y prolongada llevada á cabo por V. E. después de la pérdida de vuestras fuerzas marítimas y sin esperanza de auxilio. Por consiguiente, creemos, sin perjuicio de los altos sentimientos de honor y deber que V. E. abriga, que, rodeado como se halla por todos lados por una fuerza que diariamente se aumenta, con una poderosa escuadra enfrente y privado de toda esperanza de refuerzos y auxilio, resultaría un sacrificio inútil de vidas en caso de un asalto, y, por lo tanto, toda consideración de humanidad impera que usted no someta vuestra ciudad á los horrores de un bombardeo: por ello demandamos la rendición de la ciudad de Manila y las fuerzas españolas á vuestro mando. — Firmado: *W. Merritt*, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos L. P. — *George Dewey*, contraalmirante de la Armada de los Estados Unidos, etc., etc.»

El general Jáudenes, contestando la comunicación que acabamos de reproducir, dijo lo siguiente:

«El Gobernador general y Capitán general de Filipinas. — Manila, 9 de Agosto de 1898. — Al Mayor general del Ejército y al contraalmirante de la Armada, comandantes respectivamente de las fuerzas de tierra y mar de los Estados Unidos. — Señores: Recibida intimación de SS. EE. para que, obedeciendo á sentimientos humanitarios que invocan y de los que yo participo, rinda esta plaza y las fuerzas á mis órdenes, he reunido la Junta de defensa, la que manifiesta no puede acceder á su petición: pero, teniendo en cuenta las circunstancias excepcionalísimas que en esta plaza concurren, SS. EE. exponen, y yo, por desgracia, tengo que reconocer, podría consultar á mi Gobierno

si SS. EE. otorgasen el plazo estrietamente necesario para hacerlo por la vía Hong-Kong. — Muy respetuosamente B. L. M. á SS. EE., *Fermín Jáudenes*, Gobernador general y Capitán general de Filipinas.»

La respuesta de los generales americanos á la súplica que el general Jáudenes les dirigió fué negativa también, y expresada en los siguientes términos:

«Cuartel general de las fuerzas terrestres y navales de los Estados Unidos. — Bahía de Manila, 10 de Agosto de 1898. — Al Gobernador general y Capitán general de las islas Filipinas. — Señor: Nos cabe el honor de acusar recibo de la comunicación de V. E. del 8 de los corrientes, en la cual expone su deseo de consultar con vuestro Gobierno en cuanto á las circunstancias excepcionales que rigen en vuestra ciudad, caso de que el tiempo necesario para hacerlo sea concedido por nosotros. En contestación, respetuosamente manifestamos á V. E. que no concedemos el tiempo pedido. — *Wesley Merritt*, Mayor general y comandante de las fuerzas de los Estados Unidos. — *George Dewey*, contraalmirante de la Armada de los Estados Unidos.»

El lector apreciará el valor real que pueden tener esas frases con tanta frecuencia leídas en solemnes declaraciones que suelen hacer por medio de sus hombres de gobierno, los pueblos que se consideran grandes, y sin duda por las esplendidas teorías de Chamberlain inluidos, para disponer de la suerte de los más pequeños. El Ejército americano, con sobra de elementos para apoderarse de la ciudad de Manila, no quiso conceder ni unas cuantas horas de tiempo con el objeto de que el general jefe de la plaza sitiada consultase al Gobierno de su Metrópoli la conducta que había de seguir en la gravísima situación en que se encontraba.

La creencia que tenemos de que, aun cuando hubiese sido inútil toda resistencia, pudimos elevarla á mucho más de lo que lo fué, no nos aparta ni una línea del concepto adquirido respecto de lo injusta y cruel que fué la negativa dada por los jefes de las fuerzas americanas á la humanitaria demanda del general Jáudenes. Las decepciones amargas que hemos experimentado nos han hecho perder, para siempre tal vez, las esperanzas que fundábamos en la noción que los pueblos cultos debían tener del derecho natural, más sano y más completo que todo derecho escrito.

En lo que tenemos fe es en la Providencia, para la cual no hay balística ni fuerza que resista, ni hecho punible que quede sin expiación.

6.º *Bando del general Jáudenes. Tristísimo aspecto de la ciudad sitiada.* — Ya hemos visto lo azaroso de la vida entre los sitiados: aparte de los

elementos combalientes, jamás apartados de los lugares que se les señalaron, era de ver el continuo trajín, nerviosamente sostenido por el gran número de familias que poblaban Manila y sus arrabales. Cuando éstas creían correr el riesgo de una invasión de los enemigos por las líneas terrestres, refugiábanse en la ciudad murada, en la que, sin área superficial para más de 10.000 almas, concentráronse 70.000; cuando creían aquellas atribuladas familias inminente el bombardeo, abandonaban el recinto de la ciudad sitiada y se diseminaban por los arrabales; mas llegó el momento en que se creyó la proximidad del ataque combinado por mar y tierra; el estado de penosa incertidumbre en que vivían tantos millares de personas se elevó á la desesperación, y á cada paso se oía la frase «estamos perdidos».

Era tristísimo, en realidad, el cuadro último que presentaba la ciudad murada. Las principales iglesias abrieron sus puertas de par en par; en cada capilla de las mismas alojábanse una ó dos ó más familias: pedazos de pan ó cazuelas de arroz se depositaban sobre las tablas de los altares, y sobre las piedras sacras de aquéllas solían colocarse las luces de petróleo que se usaban en las casas, alumbrando de tal modo aquel sagrado recinto, que resultaba manifiestamente, basta para los más descreídos, el *Domus Dei* por el consuelo que suministraba á los tan necesitados de él. Dentro de aquellos santos lugares de refugio nadie oyó jamás un vocablo feo ni frase irreverente, ni la expresión de concepto alguno de los que produce la ausencia de la cristiana fe: bien que este mismo hecho, que nada de extraño tiene cuando hay que consignarlo respecto de las personas bien educadas, del propio modo se observó cuando, después de la capitulación de Manila, se alojaron en las mismas iglesias millares de soldados nuestros, habituados á la tan costumbre de proferir blasfemias, siquiera sean mecánicas, pues no queremos suponer las vieran conscientemente. Si las iglesias mismas de Manila estaban tupidas de millares de seres angustiados, lo mismo acontecía con los claustros de los principales conventos, sin que nadie se atreviera por motivo alguno á variar su alojamiento desde el día en que se recibió la intimación de los americanos para que nos rindiésemos.

Allí, en las dichas capillas de las iglesias, en los claustros y patios de los conventos, se veían también muchos enfermos particulares, y apenas leer los volantes de afligidos padres de familia, llamando con urgencia á los médicos para que asistiesen á sus mujeres ó á sus hijos, dándoles por señas de sus domicilios accidentales la iglesia de tal ó cual advocación, «al pie del presbiterio y lado de la Epístola ó del Evangelio».

En los días precedentes al del ataque combinado contra la plaza,

exacerbóse el mal tiempo que suele reinar en el período álgido de la monzón del SE., con lo que hasla el medio ambiente parecía conjurarse contra nosotros los sitiados.

A ennegrecer más el siniestro bosquejo de lo que venimos relatando, sintiendo no disponer de mejor pincel para trazarlo con exactitud, vino el bando que con la misma fecha 7 de Agosto produjo el Gobernador y Capitán general D. Fermín Jáudenes.

Según el ordeno y mando de la disposición á que aludimos, la ciudad murada quedaba dividida en cuatro zonas; señalábanse los lugares en que podrían guarecerse los ancianos, enfermos, mujeres y niños habitantes en las distintas zonas: dichos lugares eran los sótanos, poternas y lienzos de las murallas, además de las ruinas del antiguo Palacio de la Capitanía general y del convento é iglesia de San Agustín, lugares estos últimos que ya estaban ocupados, en los términos que hemos expresado, antes de dictarse el bando á que nos referimos.

Desde las ocho de la mañana del martes 9 de Agosto quedaba prohibido en absoluto el tránsito de toda clase de carruajes por el interior de la ciudad murada, y se limitaba grandemente dicho tránsito por los arrabales. Señalábanse sólo dos puertas para la entrada en la ciudad: la del Parián y la puerta Real; se mandaba tener abiertas todas las iglesias y conventos de intra y extramuros; se disponía de qué suerte habían de ser recogidos los heridos, conduciéndolos primero á los puestos de socorro, y al hospital más próximo después; se recomendaba, considerándolo la autoridad militar el medio más seguro para evitar los efectos del bombardeo, en el caso que éste tuviese lugar, que los habitantes no combatientes de la ciudad se refugiasen en los barrios extremos, bajo la protección de las fuerzas que guarnecían nuestras líneas exteriores, pudiendo volver á sus viviendas cuando hubiere terminado el bombardeo ó cuando dichas fuerzas recibiesen orden de concentración.

El mismo movimiento contradictorio que se había venido notando en las personas, según las impresiones referentes á la mayor ó menor proximidad del ataque, se aplicaba á las cosas, puesto que por el bando que citamos se mandaba se evacuasen en el término de veinticuatro horas, sin excusa ni pretexto, todos los efectos, muebles, cajas, documentaciones pertenecientes á dependencias y cuerpos militares, civiles ó particulares, que se habían conducido á las bóvedas y poternas de la plaza ó á los conventos, y se volvía á trasladar dichos objetos cuando aun no se había terminado la instalación de los mismos en el sitio que se señalara; obligóse en el bando que citamos á que todos los vecinos de la ciudad murada colocasen desde las nueve de la no-

che luces en los frentes de sus casas, á la altura de los pisos bajos, en previsión de que pudiese faltar otro alumbrado público.

Seguramente, aunque no en grado igual, los habitantes de la ciudad sitiada vivíamos influidos por todo cuanto en lo interior observábamos y por cuanto en lo exterior podíamos presagiar, ofreciendo, por tanto, la ciudad de Manila en los tristes días de que nos ocupamos el cuadro siniestro que consigna el epígrafe del párrafo que acabamos de escribir.

7.° *Los tagalos refuerzan su cerco contra Manila.* — Es bien sabido el deseo que Aguinaldo tenía de que fuesen sus fuerzas las que, siquiera como vanguardia de las americanas, entrasen en la ciudad de Manila. Aguinaldo formaba en esto empeño decidido; y aun cuando los generales americanos no le habían hecho conocer los detalles ni el conjunto de los planes que ellos formarían para el ataque de la ciudad, el Ejército revolucionario vióse importantemente reforzado en los inmediatos días precedentes al 13 de Agosto. Pío del Pilar, Gregorio II. del Pilar, Noriel, Montenegro, Pana y otros, en primer término, y en líneas secundarias otros jefes filipinos, engrosaron sus filas, disponiéndose á intentar resueltamente la toma de Manila; éste era el objetivo por Aguinaldo acariciado desde que sus fuerzas habían cercado por completo la ciudad y sus arrabales; la tenacidad de los tagalos durante ochenta días, demostrada en combates continuos contra nuestras valerosas líneas exteriores, sufriendo aquéllos millares de bajas, hacía entender al jefe del Ejército revolucionario el mejor derecho á que los americanos no le disputasen la gloria de ser el primero que penetrase en la ciudad de Manila. Los americanos, seguramente, jamás pensaron en concederle tal primacía; pero, hábiles éstos en sus cálculos, ocultáronle hasta el último oportuno momento sus propósitos. No eran éstos ciertamente otros sino los de que las fuerzas americanas exclusivamente fuesen las que ocupasen la ciudad sitiada. De este modo los Estados Unidos recababan los derechos del beligerante que efectúa la ocupación militar con sus consecuencias jurídicas.

Después de dejar consignado que, en concepto nuestro, sólo lo dicho era lo fundamental del plan de los jefes del Ejército americano, claro está que ni como secundaria podemos admitir la especie vertida de que los americanos impidiesen en absoluto la entrada de las fuerzas de Aguinaldo en Manila, en evitación de la hecatombe anunciada por Buencamino al general Augustin.

Fortuna grande, en efecto, fué que las fuerzas filipinas no lograsen su empeño, sino que, aun después de rotas nuestras líneas de defensa, hubieran de permanecer aquéllas á la vista de Manila sin ocuparla, á

no ser muy pasajero en algún punió de los arrabales; mas como muy poco después se vió que de allí mismo fueron desalojadas por los americanos, que las obligaron á retirarse á lineas más apartadas, y que hasla eran detenidos los oficiales de las fuerzas de Aguinaldo que se permilian entrar en Manila y discurrir por las calles, no constituídos en grupos, sino individualmente, forma en la que ningún daño podían causarnos á los castilas, es también obvio que la razón alegada para que Manila fuese ocupada exclusivamente por el Ejército americano no tenía fundamento alguno: era sólo un simple alarde de humanitarismo.

8.° *La escuadra americana y las tropas de Merritt se sitúan para el inmediato ataque á la ciudad.* — Es bien cierto que los americanos eligieron desde el principio de sus operaciones, para romper nuestras líneas de defensa, el sector derecho: San Antonio Abad, aquella posición que ya hemos dicho había sido defendida valerosamente por los nuestros en más de cien combates. Contra dicha posición acumuláronse muchos más elementos de los precisos á la realización del plan trazado por los generales americanos. Con la tercera expedición de fuerzas de los Estados Unidos, éstas sumaban 12.000 hombres; la división Anderson, el día 8 de Agosto, había ya desembarcado por completo en Parañaque, y en la misma fecha tenía emplazadas contra nuestras posiciones 30 piezas de artillería de distintos calibres; al propio tiempo ocuparon los americanos los alrincheramientos al S. de nuestras defensas de San Antonio Abad, y concentraron gran número de fuerzas al frente de toda la parte que comprendían los blockbaus 13 y 15.

Coincidió con estos movimientos de las fuerzas americanas el operado por los barcos de su escuadra. Permaneciendo el *Charleston* en aguas de la bahía frente á Parañaque, situáronse á su vanguardia, con objeto de bombardear también nuestras posiciones del sector citado, dos de los barcos que los americanos nos habían apresado, el *Callao* y el *Manila*. Uno de los cruceros de Dewey fué á las aguas de Tondo, en las que habría de ser reforzado para el combale por un monitor. Los cañoneros *Petrel* y *Concord* abandonaron la boca del Pasig, y se situaron á muy corta distancia de la escollera.

El *Olimpia*, que continuaba siendo el buque insignia, ocupaba el centro de la bahía. El resto de la escuadra americana, con vapor hecho, aguardaba órdenes en las aguas de Cavile.

Todo daba á conocer desde el día 9 de Agosto, en que ya se esperaba el ataque, que éste iba á realizarse combinado por las fuerzas de mar y tierra, para la toma de Manila.

Los cónsules, quienes habían sido por el Capilán general notifica-

dos de las intimaciones hechas por los jefes americanos, se apresuraron á practicar cerca de éstos vivas gestiones, en cumplimiento de deberes humanitarios y respondiendo tal voz á deseos expresados por la autoridad superior, con el fin de obtener prórroga del plazo señalado para el ataque y el señalamiento de un lugar de resguardo para los millares de mujeres, niños, heridos y enfermos congregados en la ciudad murada. Dichas gestiones resultaron completamente inútiles.

Siendo presumible que en tales horas los americanos fuesen ya conocedores de la proximidad de un armisticio preliminar de segura paz, y pndiendo con la ocupación de Manila explotarla en mayor beneficio propio, se comprende la negativa opuesta por Dewey y Merritt á las demandas humanitarias que se les hacían: por el mismo orden de consideraciones y con mejor derecho, los sitiados, en el caso de que fuésemos sabedores de que se hubiesen entablado negociaciones de paz, teníamos el deber imperioso de extremar la defensa de la plaza, con el objeto de que se llegase al armisticio antes de efectuarse nuestra triste capitulación.

Mas no reaccionábamos; el nuevo Capitán general había sido informado por la Junta de autoridades de que el pánico reinante en la ciudad sitiada hacía creer resultase estéril todo sacrificio que para prolongar la defensa se practicase. El Consejo de defensa, presidido por la misma superior autoridad, había acordado sostenerla; pero al propio tiempo estimaba que «el honor militar estaba ya completamente satisfecho en los cien combates tan brillantemente sostenidos durante el bloqueo y sitio». El nuevo Gobernador general veía indudablemente lo mismo que su antecesor: sólo un próximo y triste desenlace.

Era tal el medio ambiente, que el día 6, víspera del en que expiraba el plazo de la primera intimación de los americanos, se trasladó nuestro cuartel general con todas sus oficinas al convento de San Agustín, en el que ya hemos visto el gran número de seres indefensos que se albergaban; sagrado recinto, mucho más apropiado para constreñir el ánimo hacia la paz que para exaltarlo y conducirlo á lucha heroica.

Ninguna medida extraordinaria se adoptó en las últimas cuarenta y ocho horas precursoras de la aciaga en que Manila capituló. Las disposiciones tomadas por el nuevo Capitán general para la defensa de la ciudad quedan en muy próximas anteriores páginas sintetizadas.

Y así, refugiados los habitantes no combatientes de Manila en los lugares que hemos indicado, y en sus puestos de honor y de combate nuestros valerosos sufridos soldados y voluntarios, aguardábamos la hora fatal de la mañana siguiente, en la que, según nosotros pensamos, por haber perdido 300 hombres habremos de sufrir tal vez el

duro calificativo de inhumanos, y por no habernos resuelto á perder 21.000 no se querrá por todos concedernos el de héroes, á pesar de haberlo merecido por la epopeya durante ciento cinco días escrita por nuestros anémicos febricitantes soldados y voluntarios en las improvisadas débiles trincheras en que batallaron. Si la Historia, pues, no concede á los defensores de Manila el hermoso adjetivo que creemos merecen, por la escasez de medios de que disponían para sostener con el tesón que la sostuvieron tan digna lucha, y por el abandono en que se vieron, la Patria, que sabrá ponderar los esfuerzos practicados por aquéllos, sí los premiará llamándoles mártires.



CAPÍTULO XIX

Triste fin de hecho de la soberanía de España en Filipinas.

1.º Breve aunque rudo combate preliminar. — 2.º Dos horas de calma. Ataque decisivo, iniciado y sostenido por la escuadra americana, reanudándolo a la vez las fuerzas terrestres del Ejército de los Estados Unidos y las filipinas revolucionarias. — 3.º Retirada poco metódica de las tropas españolas que ocupaban la primera línea de defensa en el sector derecho. Vano esfuerzo para que éstas defendiesen la segunda línea. — 4.º El almirante Dewey iza en el *Olinpia* la señal correspondiente, dirigida á la plaza, para que ésta se rindiese á discreción. Bandera de parlamento. — 5.º Avance de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas á retaguardia de las primeras. Las tropas españolas del primer sector entran irregularmente en la ciudad murada. — 6.º Entregan sus armas. — 7.º Capitulación de la plaza. — 8.º Imperecedera impresión recibida por los capitulados al ver arriarse en el Ayuntamiento de Manila la bandera española é izarse en su sustitución la de los Estados Unidos. Tristes comentarios

1.º *Breve aunque rudo combate preliminar.* — Y, en efecto, amaneció brumoso, pero no tan oscuro ó negro como para nosotros iba á resultar, el aciago día 13 de Agosto de 1898, en el que la tan justificada falta de éxito por nuestra parte venía á borrar por completo el hermoso cuadro trazado en los últimos ciento cinco días por los soldados españoles, manteniendo enhiesta la gloriosa bandera de la Patria sobre pobres sacos de arena mojada por las copiosas lluvias de la región en la monzón reinante; soldados que, en escaso número y mal alimentados por la escasez general de víveres, y casi todos aquéllos presa del paludismo de la zona, habían logrado resistir al doble enemigo que los asediaba, sin permitirle el avance de un solo paso.

A las cinco y media de la mañana de aquel día cruel para nosotros, los cañones americanos emplazados contra la clave de nuestras posi-

clones del sector derecho, San Antonio Abad, iniciaron el ataque, lanzando á granel proyectiles contra nuestros atrincheramientos. Poco después, y sin cesar la artillería, los soldados americanos rompieron un nutridísimo fuego de fusilería en toda la extensión comprendida entre el mar y Mailubig; es decir, en todo el frente de aquellas posiciones, generalizándose el fuego del enemigo contra todo el citado sector.

Nuestra tropa resistió bravamente aquel ataque, vigorosamente acometido por una masa enemiga cinco veces mayor que la española defensora de las posiciones mencionadas.

Esperábamos que de las tropas que quedaban en Manila se destinasen algunas al refuerzo de aquellas posiciones, tan gravemente comprometidas; mas no se dispuso así, y solamente acudieron en auxilio de los soldados que en el sector derecho combatían á las órdenes del teniente coronel Hernández, dos compañías de la columna volante al mando del teniente coronel Dujols.

Tres cuartos duró tan rudo combate de los americanos y de los tagalos, habiéndolo extremado mucho estos últimos hacia Singabong; mas ni unos ni otros consiguieron ventaja alguna, y cesó el fuego del enemigo: la acción había sido simplemente preliminar.

2.º *Dos horas de calma. Ataque decisivo, iniciado y sostenido por la escuadra americana, reanudándolo á la vez las fuerzas terrestres del Ejército de los Estados Unidos y las filipinas revolucionarias.* — Transcurridas dos horas ó poco más de calma, vióse á los barcos americanos que quedaban en el fondeadero de Cavite levar anclas y acudir á ocupar los lugares que en la bahía de Manila tenían señalados para refuerzo de los buques del resto de la escuadra, ya situados en las posiciones desde las que habían de efectuar el bombardeo, tanto por nuestros flancos derecho é izquierdo cuanto por el centro. El *Olimpia*, buque insignia de Dewey, dió la orden para el comienzo del bombardeo, iniciándolo á las nueve y media con tres cañonazos.

Inmediatamente el monitor *Monterey* y los cañoneros *Petrel*, *Lialiegh* y *Callao* comenzaron también á disparar vertiginosamente contra nuestro fortín de San Antonio Abad y Irinchorns de la línea; cada granada de las muchas que sobre ellas caían trituraba metros de aquellas tan débiles defensas, incendiando algunos de nuestros blockhaus.

Así que la escuadra comenzó sus fuegos, las fuerzas americanas terrestres reanudaron el ataque sostenido en las primeras horas de la mañana; y dirigiendo la fusilería enormes descargas cerradas contra las líneas españolas, por igual vertiginoso modo que disparaba la artillería de los barcos, combatía la terrestre, singularmente entre ésta, la batería Utah, cuyos disparos fueron los más certeros.

A la vez los tagalos combatían vigorosamente contra nosotros; pero lo efectuaban ya contra nuestro flanco derecho desde posiciones secundarias.

Así acontecía, porque el general Merritt, que, desde su llegada á Manila en el transporte *New-Port* el día 25 de Julio, no había querido comunicar con Aguinaldo ni pensaba verificarlo hasta tanto que el Ejército americano hubiese ocupado Manila, logró, sin embargo, del jefe de la revolución filipina, por resultado de una conferencia celebrada entre éste y el general Greene, representando al General comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, la cesión hasta de la línea intermedia de trincheras que los rebeldes habían construido entre nuestras posiciones de San Antonio Abad y las que ocupaban las tropas de Merritt. Así pudieron éstas combatir desde una línea de atrincheramientos que no distaban más de 800 yardas de los nuestros de San Antonio Abad, extendiéndose las fuerzas de la brigada Greene hasta 3.800 yardas al Norte.

Los revolucionarios filipinos, pues, quedaban ya completamente á retaguardia de las tropas americanas.

Reforzada la brigada Greene con la de Mac-Arthur, el fuego del enemigo contra nuestro sector derecho fué formidable. Los proyectiles americanos llegaban á Santa Ana y caían por todas partes como lluvia infernal. El *Olimpia* y el *Montherey* causaron destrozo incomparable: destruyeron el fuerte de San Antonio, hasta el extremo de quedarse allí enterrados los cañones que montaba, y las trincheras de aquel grupo fueron deshechas por completo.

3.ª *Retirada poco metódica de las tropas españolas que ocupaban la primera línea de defensa en el sector derecho. Vano esfuerzo para que éstas defendiesen la segunda línea.* — Según acabamos de ver, la situación en nuestro flanco derecho era muy grave, desesperada; no cabía más sino dejarse matar allí, ó emprender la retirada, con objeto de vender más cara la vida tras las murallas de Manila. En tal estado, la fuerza de la línea de San Antonio Abad, en el primer grupo de su sector, comenzó á retirarse, en virtud de orden dada por el teniente coronel Sr. Hernández, que la mandaba.

Informado de este movimiento el general Arizmendi, el cual se hallaba con su cuartel general en el puente de Paso, dispuso que la fuerza de Hernández ocupase posiciones en la segunda línea, aunque ésta no podía llamarse tal, pues estaba simplemente esbozada; el general Arizmendi quiso defenderla á todo trance, con el objeto de contener siquiera el avance rápido del enemigo.

Imposible lograrlo, á pesar de los esfuerzos practicados por el ge-

neral Arizmendi y los tenientes coroneles Hernández y Dujols, así como por el coronel Victoria, quien no pudo reunirse con la fuerza destacada en Santa Ana, cuya retirada protegió la que consililúa el tercio de Bayambang, mandado por el comandante Acevedo. Parte de esta fuerza, cuatro secciones de cazadores y una de marinería, fueron copadas por los revolucionarios filipinos en aquellos azarosos momentos.

La retirada de nuestras tropas del primer grupo de nuestro sector derecho fué inmetódica, porque se inició algo prematuramente.

Ya hemos dicho que aquellas posiciones no podían sostenerse; contando con la acción de la escuadra contra ellas, había que resolver dejarlas.

Podían en ellas luchar hombre contra hombre, pero no un reducido número de éstos contra la potente artillería de la escuadra americana. A ésta érale hasta fácil destrozar por completo nuestros atrincheramientos, quedando ella inmune, en virtud de lo que, y según es bien notorio, bien puede decirse que no fué el Ejército americano el que *capturó ni asaltó* las defensas de Manila, sino que éstas y Manila misma fueron tomadas por los cañones de Dewey, aun cuando la posesión material se efectuase por las tropas de Merritt mucho más prematuramente también de la hora en que fatalmente hubiera tenido que acontecer.

Continuando la síntesis de lo acaecido en la accidentadísima triste retirada de nuestras tropas, no debemos omitir consignar que, al detenerse aquéllas en intentos de contener al enemigo, según enérgicamente había ordenado el general Arizmendi, se produjeron rasgos de valor excepcional. Hubo compañía que contruvo el avance del enemigo hasta que el resto de las escasas fuerzas mandadas por Hernández y Dujols habían llegado ya á la iglesia de la Ermita. Pero indudablemente hubo gran precipitación y azoramiento en la clave de nuestras posiciones del sector derecho con singularidad.

Habíase dado, en efecto, la orden de que una bandera encarnada, izada en San Antonio Abad, sería la señal de que el segundo grupo de defensas, ó sea los fuertes 12, 13 y 14, con sus trincheras intermedias, abandonasen sus puestos y se hicieran fuertes en la segunda línea, para proteger desde allí la retirada de las tropas que defendían Santa Ana y la Concordia.

No lo sabemos bien; mas creemos muy probable que el general jefe de aquel sector se hubiera reservado para sí mismo el hecho de izar la señal que había de disponer la retirada de nuestras fuerzas. Como quiera que dicha señal apareció de repente en San Antonio Abad, coincidiendo con la retirada de las fuerzas del primer grupo, las

del segundo, que habían resistido también denodadamente desde el amanecer, al mando del teniente coronel Martínez Alcobendas, el vigoroso fuego del enemigo, emprendieron la retirada, y rebasando la segunda línea, no lograron enlazar con las demás procedentes del primer grupo, en virtud de lo que viéronse unas y otras grandemente comprometidas. Una tercera parte de nuestras fuerzas que allí se detuvieron, en ataque á la bayoneta alcanzaron hasta recuperar algunas posiciones de aquella línea, de las que se habían apoderado ya los americanos; pero volvieron á perderlas pronto. Si bien este valeroso incidente impidió cayesen en poder del enemigo todas nuestras tropas de la Concordia y Santa Ana, no libró á algunas de ellas el caer prisioneras, incluso un teniente coronel y un ayudante del general Arizmendi, cuando éstos venían dirigiendo la retirada de la extrema retaguardia del citado grupo. En el momento mismo en que el general Arizmendi iba á disponer el repliegue general sobre Manila de las fuerzas del sector de su mando, recibió la orden del General en jefe para que operase el movimiento y acudiera á conferenciar al convento de San Agustín, pues la plaza estaba ya parlamentando.

4.º *El almirante Dewey iza en el Olimpia la señal correspondiente, dirigida á la plaza, para que ésta se rindiese á discreción. Bandera de parlamento.* — En efecto, sobre el fuerte de San Diego, lugar en que desde el inicio del bombardeo que la escuadra americana hizo contra nuestras posiciones de San Antonio Abad se hallaba el General en jefe con todo su Estado Mayor, veíase ondear una bandera blanca, es decir, una de las dos sábanas que allí había dispuestas de antemano para izarse en el momento que se hiciese preciso ó fuese considerado como tal. Extrañó grandemente se arbolase en el mencionado lugar aquella bandera, pues los técnicos afirmaban que dicha señal de parlamento debía reglamentariamente haberse izado en la Fuerza de Santiago, que era el fuerte de la plaza. Con ello habría durado menos el fuego del enemigo, pues el caso fué que, por no haberla observado los americanos en el lugar en que debían esperar verla, la bandera blanca de San Diego hizo que por algún tiempo más continuase el ataque del enemigo cuando ya no había lugar á él. La inadvertencia fué, pues, verdaderamente lesiva.

5.º *Avance de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas á retaguardia de las primeras. Las tropas españolas del primer sector entran irregularmente en la ciudad murada.* — A las diez y media de la mañana, poco más, mandó el almirante Dewey á su escuadra que cesase el fuego.

Inmediatamente que esto sucedió, una columna enemiga, constituí-

da con fuerza del regimiento Colorado, perteneciente á la brigada Greene, traspasó nuestras trincheras, y con gran rapidez, siguió igual movimiento otra columna del Ejército de los Estados Unidos, desplegándose en guerrilla por el flanco izquierdo.

La bandera española, que aun ondeaba sobre los acribillados muros de nuestro fortín de San Antonio Abad, fué arriada por un soldado americano, el cual, tan luego acabó de izar la bandera de los Estados Unidos en sustitución de aquélla, cayó mortalmente herido por una bala de los nuestros, que aun combatían desde la llamada segunda línea, con objeto de proteger la retirada de los demás.

A la brigada Greene siguió en el avance la de Mac-Arthur: las dos brigadas que constituían la división Anderson, que era la segunda del 8.º Cuerpo de ejército de los Estados Unidos.

La brigada Greene, según las instrucciones que había recibido, atravesando Malale, la Ermita y los puentes, ocupó todo el barrio de Binondo, dejando en San Miguel el mayor núcleo de fuerza.

La de Mac-Arthur se posesionó de los barrios por los que Greene había simplemente alravesado para ir á los en que hemos dicho distribuyó su brigada. Fuerzas de Mac-Arthur además ocuparon los alrededores más inmediatos á la ciudad de Manila, acordonándola; es decir, cubrieron el Malecón, Luneta, paseo de las Aguadas y el de Isabel II.

En junto, las fuerzas americanas que atacaron y ocuparon Manila en sus arrabales sumaban 8.500 hombres; los filipinos, que ocuparon (muy poco tiempo) algunos puntos no de los más próximos á la ciudad murada, no alcanzaban ni con mucho tal cifra. Presentan sin duda cuanto les iba á acontecer en vista de lo ya mucho que les sucedía, pues las órdenes de Merritt, á última hora comunicadas al jefe de la revolución filipina, para que sus fuerzas no entrasen en la ciudad murada, fueron enérgicas: el grueso de los revolucionarios tagalos quedaba enfrente de los demás sectores, cuyas líneas no habían sido rotas, ni en realidad llegaron á romperse sino por breves momentos y muelo después de haberlas abandonado ya los nuestros.

Verdaderamente fué muy lastimoso el aspecto ofrecido por la retirada de nuestras tropas, que guarnecieron tan valerosamente durante tanto tiempo nuestras posiciones del flanco derecho. Según correspondía á la forma en que hemos visto se perdieron aquellas posiciones, nuestras fuerzas entraban en la ciudad murada, unas por un lado, otras por otro, unas antes, otras mucho después, como resultado de los temple más ó menos belicosos de los grupos que las constituían.

Pareció que en tan triste fecha se había perdido allí por completo la unidad de mando, que cuando es en jefe ni siquiera en caso alguno

dividirse puede, según la hermosa leíra y el magnífico espíritu de nuestra legislación militar.

Ya teníamos á los soldados americanos en el paseo de las Aguadas, ó, lo que es lo mismo, á 150 pasos de las murallas de Manila, y todavía quedaban fuerzas españolas en las vecindades de las abandonadas posiciones ó en estas mismas.

Un grupo de 300 soldados de nuestra infantería, que con seis cañones, cuatro de ellos al mando del capitán Sendra y dos al del teniente Mera, venían en retirada, halló á los americanos en su trayecto, y por el jefe de éstos fué por quien aquéllos se enteraron de que ya « todos éramos amigos », y no era procedente, por consecuencia, disparar un tiro más.

El mismo aludido jefe de aquella tropa americana á la cual nos referimos dispuso inmediatamente que soldados de los suyos condujesen á nuestros heridos en las correspondientes camillas.

Es cierto que aun cuando no hubo que lamentar desmanes por parte del Ejército americano, no todos sus oficiales procedieron de igual suerte que aquel á quien acabamos de aludir, pues poco después, ó al mismo tiempo que éste llegaba en su deferencia á los vencidos á lo que hemos narrado, otro jefe del Ejército de los Estados Unidos se apoderaba del teniente coronel Martínez Alcobendas y del comandante Aguado, declarándolos prisioneros de guerra, cuando los citados jefes del Ejército español replegábanse sobre la ciudad murada.

¿ De qué modo se dispuso la retirada y comunicó la capitulación que se estaba pactando? ; Ah ! Tal barullo y confusión imperaron en horas tan aciagas, que hubo jefe de batería nuestra muy próxima que no tuvo noticia alguna de tal acontecimiento hasta que, llena de penosa incertidumbre, se la comunicó por teléfono la esposa del aludido jefe. Se ve, pues, que las órdenes respecto á la capitulación que se estaba aún pactando repetimos corrieron al acaso. ¿ Es que se habían dado oportunamente? Lo ignoramos; mas si aconteció, habremos de pensar cuán cierto es, en efecto, que « la manera de mandar influye mucho sobre la manera de obedecer ».

6.º *Entregan sus armas.* — Así que entraban nuestras tropas en la ciudad, se dirigían á sus respectivos acuartelamientos, en los que esperaban órdenes.

Bien pronto se les comunicó la de que á las cuatro de la tarde del mismo día habrían de acudir aquéllas á la plaza de Palacio para entregar los fusiles en la casa Ayuntamiento, y así se efectuó, mereciendo especial mención la forma en que dicha entrega se llevó á cabo. Nuestros soldados, y muy singularmente los voluntarios, hombres civiles

menos avezados á la disciplina, que contiene las manifestaciones externas, siquiera de simple desagrado, para el cumplimiento de lo que se ordena, arrojaban al suelo en forma tan justramente iracunda sus fusiles, que la mayor parte de éstos se desencajaron. Vimos derramar lágrimas abundantes, y observamos de qué suerte los soldados americanos, en general, miraban con respeto dichas naturales muestras del dolor causado por la herida, verdadera brecha que en nuestro corazón abría el acto desesperador que estábamos realizando.

Estamos seguros que ni uno solo de quienes en Manila entregamos las armas que la Patria nos confió volveremos jamás á rendirnos ni á capitular con tal condición: antes las volveríamos contra nosotros mismos.

Para que la sensación amarga de tan triste caso tuviera mayor efecto, no todas las fuerzas españolas se desposeyeron de sus armas en aquel día, sino que al siguiente se reprodujo el hecho con la entrega de las que estaban en manos de los soldados nuestros que durante veinticuatro ó treinta horas más continuaron en los sectores central é izquierdo combatiendo aún contra los tagalos.

7.º *Capitulación de la plaza.* — No consideramos inmetódico ocuparnos de la capitulación de Manila después de haber narrado, siquiera sea someramente, lo que precede respecto á la retirada de nuestras tropas, entrada de las mismas en Manila y entrega de sus armas, pues todo esto y aun algo más se efectuó antes de conocerse los términos de la capitulación.

A poco de haber pedido el general Jáudenes el parlamento que hemos visto solicitó desde el baluarte de San Diego, el coronel de Estado Mayor Sr. Olaguer Feliú, brillante figura militar en el Archipiélago, salió acompañado de un intérprete, el Sr. Casademunt, á recibir en el Malecón á dos Jefes americanos, el teniente coronel C. A. Whitier, del cuartel general de Merrill, y al teniente Brumby, de la marina de los Estados Unidos, ayudante de Dewey: traían estos parlamentarios por escolta dos marineros. Acompañados por los Sres. Olaguer y Casademunt, acudieron al Ayuntamiento, en donde se hallaban esperándolos el gobernador Capitán general Sr. Jáudenes y los generales F. Tejeiro, Arizmendi, almirante Montojo y auditor general Peña. Gran número de jefes, oficiales y hombres civiles, todos los españoles que en el edificio cabían, estábamos en las espléndidas numerosas dependencias de aquel edificio aguardando el resultado de la conferencia que sostenían los parlamentarios.

Mientras ésta se verificaba, y duró cinco horas, los americanos no se preocupaban en mucho ni en nada de lo que se iba á pactar.

Al segundo batallón del Oregón, que procedente de Cavile fué la primera fuerza del Ejército americano que entró en Manila, siguiéronle más tropas de la brigada Greene, de las que habían acordonado la ciudad antes, según hemos dicho, de que se retirasen por completo nuestras fuerzas procedentes de las líneas exteriores; de modo que, cuando Manila estaba ocupada ya militarmente desde hacia dos ó tres horas; cuando nuestros soldados y voluntarios estaban ya desarmados; después de haber distribuido ya nuestros acuartelamientos para que en ellos se alojasen los soldados americanos, según órdenes que el general Greene mismo dictaba desde el Ayuntamiento, mientras los parlamentarios discutían, y prescindiendo de cilos en absoluto, á las cinco y media de aquella tarde fué cuando se leyó solemnemente el documento relativo á las bases de capitulación; es decir, que lo que había de fundamental en lo que en él se pactaba estaba ya cumplimentado con exceso por parte nuestra.

No se habían conformado, sin embargo, por completo los jefes del Ejército americano, Dewey y Merritt, con las bases de la capitulación que habían sido por nuestros parlamentarios propuestas y entregadas á los parlamentarios americanos por el intérprete Sr. Casademunt, á quien para tal fin se las entregara al auditor general Sr. Peña.

Dichas bases sufrieron substancial modificación, y las varió de tal manera una corta conferencia celebrada entre los generales Jáudenes, Fernández Tejeiro y Wesley Merritt. Este, General en jefe del Ejército de los Estados Unidos, al conocerlas exigió aclaraciones importantes, y sobre todo, la determinación concreta de que los recursos necesarios para cubrir la atención señalada en el art. 7.º del tratado preliminar para la capitulación, sólo quedase al arbitrio del Gobierno de los Estados Unidos.

El texto literal del documento relativo á la capitulación de Manila es el que copiamos á continuación:

«MANILA 14 DE AGOSTO DE 1898.

» Los que suscriben, que constituyen la Comisión nombrada para determinar los detalles de la capitulación de la ciudad y defensas de Manila y sus arrabales y las fuerzas españolas que guarnecen las mismas, de acuerdo con el tratado preliminar acordado el día anterior entre el Mayor general Wesley Merritt del Ejército de los Estados Unidos, Comandante en jefe de las Filipinas, y Su Excelencia D. Fermín Jáudenes, General en jefe interino del Ejército español en las Filipinas, han pactado lo siguiente:

» 1.º Las tropas españolas europeas é indígenas capitulan con la pla-

za y sus defensas con todos los honores de la guerra, depositando sus armas en los lugares que designen las Autoridades de los Estados Unidos y permaneciendo acuarteladas en los locales que designen y á las órdenes de sus jefes y sujetas á la inspección de las citadas Autoridades norteamericanas, hasta la conclusión de un tratado de paz entre ambos Estados beligerantes.

»Todos los individuos comprendidos en la capitulación quedan en libertad, continuando los oficiales en sus respectivos domicilios, que serán respetados mientras observen las reglas prescritas para su gobierno y las leyes vigentes.

»2.º Los oficiales conservarán sus armas de cinto, caballos y propiedad privada.

»3.º Todos los caballos públicos y propiedad pública de todas clases se entregarán á los oficiales de Estado Mayor que designen los Estados Unidos.

»4.º Relaciones completas por duplicado de las tropas por Cuerpos y listas detalladas de la propiedad pública y efectos de almacén serán entregadas á los Estados Unidos en un plazo de diez días, á partir de la fecha.

»5.º Todas las cuestiones relacionadas con la repatriación de los oficiales y soldados de las fuerzas españolas y de sus familias y con los gastos que dicha repatriación ocasione, serán resueltas por el Gobierno de los Estados Unidos en Wáshington.

»Las familias podrán salir de Manila cuando lo estimen conveniente.

»La devolución de las armas depositadas por las fuerzas españolas tendrá lugar cuando se evacue la plaza por las mismas ó por el Ejército americano.

»6.º A los oficiales y soldados comprendidos en la capitulación se les proveerá por los Estados Unidos, según su categoría, de las raciones y socorros necesarios, como si fuesen prisioneros de guerra, hasta la conclusión del tratado de paz entre los Estados Unidos y España.

»Todos los fondos del Tesoro español y otros públicos se entregarán á las Autoridades de los Estados Unidos.

»7.º Esta ciudad, sus habitantes, sus iglesias y su culto religioso, sus establecimientos de enseñanza y su propiedad privada de cualquiera índole, quedan colocados bajo la salvaguardia especial de la fe y honor del Ejército americano. — F. V. Greene, brigadier general de voluntarios del Ejército de los Estados Unidos. — B. P. Lamberton, capitán de la Marina de los Estados Unidos. — Cha.* Acobettier, teniente coronel é inspector general. — Erleclronder, teniente coronel y juez abogado. — Nicolás de la Peña, auditor general. — Carlos Reyes, coro-

nel de ingenieros. — José M.^a de Olaguer Feliú, coronel de Estado Mayor.

»Es copia exacta del original. — *El General jefe de Estado Mayor general.*»

8.^o *Impercedera impresión recibida por los capitulados al ver arriarse en el Ayuntamiento de Manila la bandera española é izarse en su sustitución la de los Estados Unidos. Tristes comentarios.* — Ciertamente, nadie de los que constituían el numeroso público español que había oído la lectura de las bases del tratado preliminar de nuestra capitulación podrá borrar de su mente las impresiones que experimentó, elevadas á desesperación cuando un instante después aquel mismo numeroso público presencié el hecho tristísimo de ver arriarse la bandera de España en el territorio de aquel su secular dominio, é izarse, en sustitución de aquella gloriosa enseña de nuestra Patria, la bandera de los Estados Unidos de América.

Sólo al aturdimiento que en aquellos últimos momentos de la dominación efectiva de España en Filipinas reinó entre sus representantes más genuínos, podemos achacar la enorme falta de no haber recogido aquella hermosa y gloriosa aunque en tal día desdichada enseña.

Lleváronse la los americanos, y, en efecto, es para ellos un buen trofeo: un trofeo mucho mejor que todos los demás bienes terrenales de que se nos apoderaron con más claro ó más oscuro fundamento dentro del derecho internacional codificado.

Nuestra impresión al conocer el formulismo con que perdíamos por el hecho nuestra soberanía secular en Filipinas fué verdaderamente horrible: y olvidando ya la noción de respeto que sinceramente veníamos guardando á las jerarquías, analizábamos en nuestra propia conciencia si antes de haber llegado al caso triste de la capitulación, habíamos cumplido ó no como buenos en toda su extensión los deberes de defensores de la Patria.

No se nos ocultaba que la finalidad para la causa de España habría sido igual prolongando siquiera horas más nuestra defensa y aun extremándola. Siempre entenderemos que el abandono inexplicable en que los Gobiernos de la Metrópoli nos dejaron respecto de medios de guerra, es el primer responsable, si no el único, de nuestra desgracia cruel en Filipinas. Mas así y todo, y tal vez influidos por el concepto que en general tenemos adquirido de que en España no caben responsabilidades para los Gobiernos, sino que, al revés, muchas de las personas que los constituyeron suelen volver de nuevo al disfrute del poder, tanto más pronto cuanto más desdichados fueron en la anterior vez que lo ocuparon, nos argüíamos á nosotros mismos, preguntándo-

nos si habíamos cumplido á última hora nuestros deberes con el entusiasmo mismo con que habíamos venido cumpliéndolos desde 1896.

Ya sabíamos que prolongar la defensa de Manila desde el 13 de Agosto nos conducía á una hecatombe, sin provecho material para la Patria. Pero ¿es que en tal fecha, es decir, antes de capitular, se habían ya en la plaza de Manila empleado con oportunidad y acierto todos los medios y recursos para forzar al enemigo á seguir la marcha lenta y progresiva de un sitio formal y regular, habiendo sostenido un asalto cuando menos en el recinto principal ó cuerpo de la plaza, por brechas practicables, sin fortificación interior ni posibilidad razonable de resistir otro ó prolongar la defensa?

¿Es que cuando capitulamos se carecía ya por completo de municiones de boca y guerra, á pesar de haberlas economizado con previsión, distribuido después con orden y regularidad y no haber omitido medio alguno para reponerlas?

¿Hubiéramos podido hacer frente durante un poco de tiempo más á la subsistencia de todos los sitiados, aunque fuese con sólo el arroz que en millares de cabanes había almacenado el Ayuntamiento de Manila en el grandioso convento de San Agustín, provisión que estaba intacta cuando capitulamos, ó es que había llegado para nosotros el caso de no conlar más, para calmar la furia de nuestra hambre, que con alguna cantidad de cueros salados que roer, como los sitiados de Londonderry, según Macaulay?

¿Eran nuestros enfermós congregados en Manila tantos como los 14.000 que, invadidos de la peste, alojaba dentro de sus tapias de defensa Zaragoza, además de un número igual de bajas entre heridos y muertos que antes de capitular aquella ciudad sufrió?

Ya sabemos que los cañones de Dewey habrían logrado arrasarse Manila en dos horas, en menos, en hora y media, dadas las sólo 70 hectáreas de superficie edificada dentro de muros; pero ¿nos habría dejado á los defensores de la ciudad sitiada durante ciento cinco días más tranquilos el hecho de capitular después de una brecha siquiera abierta en nuestras murallas, aun cuando el enemigo no hubiera tenido que entrar por ella, sino por las mismas puertas por las que tan libremente entró?

¡Ah! El más ó el menos, que es lo único que discutimos en esta capitulación, no es ciertamente cosa haladí. En esc más ó menos fundamentamos lo que en páginas anteriores hemos dicho en distinta aunque equivalente forma.

Las 300 bajas que experimentamos el 13 de Agosto, para capitular á la hora en que lo hicimos, fueron muchas; para izar bandera blanca en la hora en que debíamos haberlo efectuado, fueron muy pocas.

También á muchos compatriotas nuestros, de los que pasaron por el duro trance de ver arriarse la bandera de España y ser sustituida por la bandera americana, les vimos derramar lágrimas por muy distinta fuerza emanadas que las de Boabdil: no eran aquellas lágrimas de mujer: eran lágrimas de iracundia al ver de qué suerte nos veíamos humillados por no haber contado con medios de guerra en alguna relación siquiera con los del enemigo, medios que jamás habríamos podido nosotros obtener, sino que debían haber estado allí acumulados por los Gobiernos de la Madre patria, la cual jamás regateó los recursos que se la pidieron.

Sin faltar gravemente á la obligada modestia, no debemos decir nosotros si también vertimos alguna de aquellas hermosas lágrimas. Lo que si debemos manifestar á nuestros bondadosos lectores, con honor y satisfacción para nuestra conciencia, es que, al ver desprenderse de la tierra sagrada de la Patria el gran fragmento de la misma que habíamos venido defendiendo con todas nuestras fuerzas, nos olvidamos de todo el mal sufrido y hasta de los nombres de sus principales aunque inconscientes causantes, para concentrar todos nuestros sentimientos en el patrio amor y expresarlos con la única para nosotros consoladora frase:

¡VIVA ESPAÑA!



CAPÍTULO XX

Después de la capitulación.

1.º Triste despertar de los capitulados. — 2.º Retirada de las últimas fuerzas españolas. — 3.º Proceder de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas revolucionarias. — 4.º Primeras medidas adoptadas por el Ejército ocupante en la ciudad de Manila. — 5.º Los americanos se incautan de los fondos públicos y de las dependencias del Estado. — 6.º Gobierno general en Bisayas y Mindanao.

1.º *Triste despertar de los capitulados.* — ¿De qué excitación orgánica ó sensorial precisábamos los capitulados el 13 de Agosto, para en vez de conciliar el natural sueño que produce los beneficiosos efectos del reposo, nos mantuviéramos en vigilia, reilexionando acerca de nuestra desgracia? La pesadumbre de ésta era causa bastante para que nuestra excitabilidad no se agotase por completo, á pesar del enorme gasto que en los órganos de los sentidos, del pensamiento y del movimiento, veníamos sosteniendo durante tantos y tantos días.

Mas al fin y al cabo, como quiera que la necesidad de dormir se impone con mayor fuerza que la de comer, los capitulados caímos en la noche de tan triste día, contra nuestra propia voluntad, en el sueño que necesitábamos para reparar nuestras fuerzas psíquico-físicas.

No pudimos lograr que tal reparación fuese completa: nuestro sueño fué mucho más corto de lo que correspondía á las fatigas de alma y cuerpo que habíamos venido experimentando, pues los americanos, que son verdaderamente madrugadores, antes de verse la luz del día 14 destacaron por calles y plazas de la ciudad de Manila y sus arrabales un gran número de charangas, ejecutando el himno nacional de los

Estados Unidos primeramente, y después los himnos que pertenecen á los distintos Estados componentes de aquella República.

Ni lo solemne del adagio que constituye el himno nacional americano, música que todos los individuos de aquella nación oyen poniéndose de pie y descubriendo su cabeza, á pesar de lo aficionados que son á mantenerla defendida de las inclemencias atmosféricas, ni el «allegro», que suele ser el aire que distingue los himnos de los demás Estados del Norte de América, traían á nuestro espíritu el disfrute de las agradables sensaciones á que la música suele conducir á quien no la considera *el ruido menos desagradable*. Al contrario, aquellas ñotas con que los americanos conmemoraban sus tan rápidas fáciles victorias, exacerbaron nuestras penas incomparables.

2.º *Retirada de las últimas fuerzas españolas.* — Los soldados españoles que cubrían nuestros sectores de defensa izquierdo y del centro no verificaron su retirada de las posiciones tan valerosamente por ellos defendidas hasta veinticuatro ó veinticinco horas después de nuestra capitulación; según hemos ya apuntado, quedáronse en sus posiciones combatiendo duramente contra los revolucionarios filipinos, hasta tanto fueron los batallones americanos á relevarlos.

Si señalado fué el servicio que aquellos soldados nuestros prestaron á la causa de la humanidad, impidiendo que los insurrectos rebasasen nuestras trincheras para caer sobre los barrios más ricos y populosos de Manila, cometiendo todo linaje de fechorías, servicio fué y señalado el que prestaron al Gobierno americano, evitándole la complicación de que los tagalos se hubiesen apoderado de nuestras defensas exteriores en los indicados puntos.

Los esfuerzos practicados por los revolucionarios en los días 13 y 14 de Agosto, con el objeto de ocupar los blockhaus 2, 3 y 4, en Mey-pajo y La Loma, fueron enormes. El distinguido coronel D. Fernando Carhó, que por enfermedad del malogrado general Palacios mandaba en aquel sector izquierdo, sostuvo tan brillante defensa de las citadas posiciones, que sólo elemental deber cumplimos consignando en estas páginas los nombres de este valeroso jefe, así como los del teniente coronel Calderón; comandantes Prieto, Fernández de Heredia y Latorre: capitán Garrido; tenientes de artillería Cuartero, García Caballero y La Guardia, y el de igual graduación de infantería Perdigones, herido de una granada tagala que nos mató cinco soldados.

Sentimos no disponer de una relación nominal de cuantos jefes, oficiales y soldados batallaron en el sector citado, pues con gusto la reproduciríamos. Es la única muestra que desde nuestra pequeñez po-

driamos ofrecer de la consideración, respeto y gratitud que otorgamos siempre á quien obra bien.

Las fuerzas de Carbó, partiendo para su retirada desde tres puntos, cronométricamente convergieron á la calzada de Azcárraga, y reunidas entraron en la ciudad murada para entregar también las armas que tan gloriosamente habían esgrimido.

No fué menos interesante que la anterior la retirada de nuestras tropas del sector del centro, posiciones que había venido mandando el general Rizzo, procedente del Cuerpo de ingenieros, hombre honrado y de valor sereno á toda prueba.

En el mando de aquel sector le sustituyó el general Monet, el cual supo cumplir su cometido también honrada y valerosamente, secundándole con entusiasmo el muy distinguido coronel de artillería Rosales y los oficiales del mismo Cuerpo García Díaz y Casabuena, impidiendo con el incesante fuego de los cañones que mandaban, el avance de los tagalos sobre Sampaloc. El ataque que éstos produjeron contra aquel sector del centro fué formidable: en grandes masas concentrados sobre Santamesa, Pandacan y Nagtajan, hicieron de la rotonda de Sampaloc su objetivo, sin que pudieran alcanzarlo, merced á la heroica resistencia que les opusieron los españoles ya capitulados sin saberlo, y aun después del conocimiento de tal desdicha.

Además del distinguido proceder de los jefes y oficiales que hemos dicho, cooperaron notablemente al éxito de la defensa de este sector, en las aciagas horas precursoras de la retirada de nuestras fuerzas, los comandantes Fuentes Bustillo, de Estado Mayor, y Pruna, de infantería, al cual se le confió la defensa del puente de Ayala. El general y todos los jefes, oficiales y tropa de aquellas posiciones cumplieron bien y fielmente su deber: abandonaron los puntos á su custodia entregados cuando recibieron las correspondientes órdenes, y entraron en la ciudad murada á entregar los últimos fusiles que quedaban en las desde tales fechas infortunadas manos de españoles.

3.ª *Proceder de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas revolucionarias.* — Instalóse el general Wesley Merritt en el palacio de Malacañang, quedando alojado en el Ayuntamiento el Inspector general mister Withier.

Posesionadas de Manila las tropas americanas, la situación de los vencidos veíase confusa, sin embargo de los términos de la capitulación; porque si bien es cierto que los americanos, ateniéndose á las leyes de la guerra, no se apartaron mucho en general de aquellos cortesamientos en que el vencedor debe inspirarse respecto del vencido honrado y valeroso, teníamos en los barrios mismos de Manila

fuerzas filipinas revolucionarias que ejérculan actos muy opuestos al respeto de las vidas y haciendas de los capitulados.

Es justo consignar que el Ejército de los Estados Unidos entró en la capital con la más correcta disciplina, limitándose á expresar sobriamente, es decir, con unos cuantos entusiastas *hurras*, la satisfacción de su victoria; pero también debemos añadir que los filipinos, que entraron detrás de los americanos, saquearon muchas casas de la Ermita y Matate, Arroceros, los pabellones de nuestros cuarteles de extramuros, la Concepción y San Marcelino.

Todavía agrandaron los insurrectos en tal fecha el radio de su acción devastadora: pues así que vieron los que estaban concentrados en Pandacan, con el solo objetivo de practicar el robo y el pillaje, la desaparición de aquellos dos cañones que á las órdenes del teniente Falbuera había colocado el general Monet en la rotonda de Sampalor, lanzáronse los rebeldes sobre aquel barrio, así como sobre Quiapo, Santa Ana y Singalong, hasta donde se corrieron.

El proceder, pues, de las fuerzas de Aguinaldo no fué el que podía dar algún valor real á las afirmaciones escritas más de una vez por el jefe de la revolución filipina.

4.ª *Primeras medidas adoptadas por el Ejército ocupante en la ciudad de Manila.* — La abominable conducta seguida por los filipinos revolucionarios á su entrada en los arrabales de la ciudad, determinó que el general Merrill mandase que aquéllos se retirasen inmediatamente de los barrios que ocupaban, y tal disposición, aun con las protestas vivas de los rebeldes en algunos puntos, se vió cumplimentada.

No consideramos privada de oportunidad en estas páginas la publicación del Manifiesto dado por el general Merrill, siendo el texto literal de aquel documento el que sigue:

«CUARTEL GENERAL. — DEPARTAMENTO DEL PACÍFICO.

Manila, 14 de Agosto de 1898.

A los habitantes de Filipinas:

1.º Desde el 21 de Abril de este año existe la guerra entre los Estados Unidos y España. Desde entonces habéis presenciado la destrucción de las fuerzas navales españolas en estas islas por la escuadra americana, la capitulación de Manila, su principal ciudad, con todas sus defensas, y la rendición del Ejército que defendía este territorio á las fuerzas militares de los Estados Unidos.

2.º El General en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, ahora

en posesión, tiene instrucciones de su Gobierno para asegurar á los habitantes que no ha venido aquí con el objeto de hacer la guerra á nadie ni á ninguno de sus partidos, sino á proteger sus casas, sus industrias y sus derechos religiosos individuales. Todos aquellos que por su eficaz ayuda y sumisión honrada cooperasen á los buenos propósitos y fines de los Estados Unidos, recibirán la recompensa de su amparo y protección.

3.° El Gobierno establecido entre vosotros por el Ejército de los Estados Unidos es un Gobierno militar de ocupación. Interinamente se ordena que las leyes municipales que afectan derechos referentes á personas y propiedades, sociedades particulares, así como las leyes penales para el castigo de toda clase de faltas, continuarán en vigor siempre que sean compatibles con los fines de este Gobierno militar. Dichas leyes serán administradas por los tribunales ordinarios como antes, pero por empicados nombrados por el Gobierno de ocupación.

4.° Será nombrado un capitán preboste general (gobernador político militar) para la ciudad de Manila y sus diferentes distritos.

Este territorio será dividido en barrios, á cada uno de los cuales se señalará un delegado capitán preboste (político militar).

Las atribuciones del capitán preboste general y sus delegados se darán á conocer en detalle por próximas disposiciones.

En términos generales, estarán investidos con atribuciones de poder arrestar á toda clase de infractores, tanto militares como civiles, enviando á los primeros á sus respectivos jefes para ser juzgados por Consejos de guerra, con una relación de sus faltas y nombres de los testigos, y deteniendo en custodia á todos los demás infractores para ser juzgados por comisiones militares, tribunales ordinarios ó por tribunales criminales indígenas, de conformidad con la ley é instrucciones que se publicarán más adelante.

5.° El puerto de Manila y todos los demás puertos y lugares de Filipinas que actualmente se hallen en posesión de nuestras fuerzas de mar y tierra, serán abiertos mientras dure su ocupación militar al comercio de todas las naciones neutrales, así como al nuestro, para todos aquellos artículos que no sean contrabando de guerra, y previo el pago de los derechos que rijan en la fecha de su importación.

6.° Todas las iglesias y lugares dedicados al culto religioso, á las artes y ciencias, centros de instrucción, bibliotecas, colecciones científicas y museos, serán en lo posible protegidos. Se prohíbe la destrucción ó deterioro intencional de dichos edificios ó propiedades, monumentos históricos, archivos ú obras de ciencia ó arte, salvo el caso urgente de necesidad militar. Se castigará severamente toda infracción de estas reglas.

Los que custodian todas las propiedades de la clase expresada en este párrafo darán inmediato aviso á este cuartel general, manifestando su clase y situación, acompañando al mismo tiempo las recomendaciones que crean prudentes para la buena protección de las propiedades confiadas á su cuidado y custodia, con el objeto de aunar los esfuerzos de las autoridades militares y civiles para conseguir la protección de aquéllas.

7.º El General en jefe, al anunciar el establecimiento de un Gobierno militar y al hacerse cargo de sus atribuciones como Gobernador militar, en conformidad con su nombramiento por el Gobierno de los Estados Unidos, desea asegurar á los habitantes que siempre y cuando que guarden el orden y cumplan sus deberes hacia los representantes de los Estados Unidos, no serán molestados en sus personas y propiedades, excepto el caso en que hayan de hacerse expropiaciones forzosas por necesidad del Gobierno de los Estados Unidos, ó en beneficio del pueblo filipino.

WESLEY MERRITT,

Mayor general, U. S. A. Commanding.

No solamente nos ha impulsado á la publicación del documento precedente el natural obligado interés de aportar á este libro cuantos antecedentes y datos permita el propósito de reducirlo á relativas escasas dimensiones; en el afán que sentimos de que su lectura ofrezca alguna enseñanza práctica, hemos tenido interés de transcribir el manifiesto del general Merrill, para que el lector observe de qué suerte un pueblo cual el norteamericano, en el que no existe para el Estado religión alguna, respetó la católica que en Filipinas hallara, amparando, al propio tiempo que las iglesias y lugares dedicados al culto, las personas y las propiedades de quienes lo dirigen. Lástima grande que no en todos los pueblos civilizados, y muy á pesar de lo escrito en sus constituciones políticas, y muy en contra, aun cuando así no aconteciese, de los verdaderos principios liberales, dejen de hallar los intereses religiosos muestras tan efectivas de la consideración y respeto que los americanos guardaron en Filipinas á los allí creados.

Continuando en síntesis la enumeración de las primeras medidas adoptadas por el Ejército ocupante en Manila, debemos ante todo manifestar que si por parte del beligerante vencedor se dictaron las que creía convenientes para el mantenimiento del orden público y para asegurar el respeto á las personas y bienes de los capitulados, no se produjo entre éstos un solo acto que desdijese de la prudencia y triste conocimiento adquirido respecto á la cesación de la soberanía de Espa-

fia en la tierra que pisábamos, la cual acababa de someterse de hecho al beligerante vencedor.

Y así, en reciprocidades de cortesía, se vió que aun cuando el general Merritt contaba con 10.000 hombres para guarnecer la ciudad de Manila, pues á las veinticuatro horas de nuestra capitulación había aquél recibido 4.000 soldados de refuerzo, se dirigiese al general Jaudenes para que continuaran prestando sus servicios de vigilancia pública las fuerzas de nuestra guardia civil veterana y la municipal, únicos institutos que no habían sido desarmados: la guardia civil veterana continuó prestando sus señaladísimos servicios durante ocho ó diez días más.

Para sustituirla, el general Merritt designó al 13.º regimiento de voluntarios de Minnessota, mandado por el coronel Ed. S. Bean, al cual sustituyó Mr. Mac Ruve cuando se constituyó definitivamente el cuerpo de orden público.

El general Greene fué nombrado intendente general de Hacienda, y dirigió una invitación al personal español peninsular é insular de aquel centro á que continuase prestando sus servicios. La invitación obtuvo negativa rotunda por parte de los peninsulares, y al pronto también por parte de los empleados naturales de las islas; pero muchos de éstos no tardaron en solicitar los puestos que al principio desecharan; los obtuvieron, aun en similares categorías subalternas á las que en la Administración española desempeñaran, mucho mejor retribuidos, pues á los americanos les cuesta más que á nosotros el personal en todos los ramos de la pública administración.

El general Merritt nombró preboste de Manila al general Mac-Arthur, y asimismo destinó á la Capitanía del puerto y Comandancia de marina de la capital al capitán de la Armada americana Mr. Henry Glass.

Destinó al general Anderson al mando del distrito de Cavite.

Encargó la Administración general de Comunicaciones á mister T. W. Vailli, cesando la mayor parte del personal peninsular que en la dependencia venía sirviendo.

El general Merritt nombró administrador de Hacienda pública al comandante Mr. Braumont, y recaudador del Tesoro general de Hacienda al comandante Whipple.

Instituyó el general Merritt un depósito de subsistencias en la parte comprendida entre el puente de España y la Aduana, anunciando las ventas que podía hacer aquel *Subsistence Department*.

Para juzgar de los delitos de menor grado, creó el general Merritt en el Gobierno civil un juzgado especial á cargo del capitán Mr. Thomas H. Hamer. Este tribunal del preboste juzgaba los delitos que no

eran de la exclusiva competencia de los Consejos de guerra ó comisiones miliars, y tenía autoridad para sentenciar á presidio, con y sin trabajos forzados, por un período que no excediese de seis meses, ó con multas que no excedieran de 250 pesos.

Prohibió el general Merritt que los establecimientos de bebidas expendiesen vino á los soldados americanos, aun cuando no lograrse que éstos con frecuencia ofreciesen en la vía pública pruebas de la eficacia de tal medida.

La ciudad murada presentaba aspecto grave por lo que se refería á limpieza pública, pues la acumulación del vecindario peninsular de los arrabales y la concentración de nuestros soldados y hospitales, producían un medio ambiente irrespirable é infectivo. El Gobierno de ocupación atendió á lo que con lanío imperio la policía urbana demandaba, confiando al antiguo contratista de la Administración española tal servicio: pero exigiendo en el contrato nuevo que cada calle de intramuros tuviera el necesario número de barrenderos: 200 de éstos habían de prestar su servicio dentro de la ciudad. En lo prácticos que suelen ser los americanos, cuando algún propietario de líneas urbanas descuidaba el cumplimiento de lo que se le mandaba respecto al aseo con que en aquéllas se había de vivir, por cuenta de la Administración se hacían las obras de limpieza convenientes y se le hacía pagar al dueño remiso en ejecutarlas lo que habían costado aquéllas, tasándolas no muy modestamente por cierto.

Nombráronse á los coroneles S. Ovenshine y James S. Smith diputados prebostes, respectivamente, para los diferentes distritos de Manila al N. y al S. del río Pasig.

Para la defensa de la ciudad de Manila y sus arrabales, Merritt estableció cuatro líneas: derecha é izquierda, Matate y centro. Las encomendó respectivamente á los generales Andersson, Cretty, Mac-Arthur y Greene.

Tan luego se hicieron cargo de sus deslinos, tanto civiles cuanto militares, los jefes y oficiales del Ejército americano nombrados por el general Merritt, dieron comienzo á dictar una serie de disposiciones que pareció no correspondieran solamente al deber de asegurar el orden público en el territorio que ocupaban y de proveer á los servicios y administración pública, conservando en cuanto no tuviere carácter político el *statu quo* por el derecho internacional recomendado. Desde las primeras medidas adoptadas por el Ejército ocupante, pudo observarse que la intención de éste no era la de mantener por tan corlo tiempo cual nosotros creíamos la ocupación militar, pues además de que no dejó de ejercitar ni una sola de las funciones de soberanía que se consideran legales, imprimió en las mismas un sello tal, que más se pare-

cía á uno permanente que á cualquier otro representativo de un impuesto transitorio. Los hechos se encargaron de evidenciar en breve los fundamentos de lo que sopechábamos aquellos quienes éramos considerados como más pesimistas y como menos inlececuales.

5." *Los americanos se incautan de los fondos públicos y de las dependencias del Estado.* — Dice el derecho internacional:

«El beligerante podrá apoderarse y apropiarse, sin más, de todo lo que se encuentre en el territorio enemigo ocupado por él y perteneciente al Estado.»

Y, en efecto, el Gobierno americano de ocupación se incautó de los fondos públicos cuya existencia en los lugares en que se hallaron, con ser los que la ley señalaba para su administración y custodia, no tenía razón de ser. Aquellos fondos no pertenecían ya á nuestro Tesoro: eran suma representativa de otra mucho mayor que las Autoridades de Manila habían recibido del Banco Español Filipino, establecimiento que, cuando estaban exhaustas las arcas del Erario público, auxilió al Gobierno de la Metrópoli, conduciendo á aquéllas sumas cuantiosas y atrevidas, por lo no relacionadas que estaban con el pequeño capital social del Banco. Jamás dejó éste de facilitar al Tesoro público cuantos recursos precisó para adoptar, primeramente, los excesivos gastos que la insurrección originaba, y después, basta para suplir el dinero que al Gobierno de S. M. correspondía situar en Manila para atender á la subsistencia de los funcionarios del Estado en todos los órdenes: á aquellos préstamos debimos muchos meses el pan amargo que comíamos en circunstancias tales. El Banco operó con nuestra Administración en forma ciertamente muy desinteresada, dándose hasta el caso de que cuando todavía le adeudaba el Tesoro una suma montante á más de un millón de pesos, de los dos millones de crédito que el mencionado establecimiento había abierto en cuenta corriente á la Tesorería central, concedía préstamo nuevo, por pesos fuertes seiscientos mil, *para cubrir compromisos del Estado por operaciones reservadas*, renunciando al efectuarlo así á la considerable ventaja que estas operaciones le ofrecían, por ser, según su índole y según lo legislado, de pago preferente, y no expuestas en su consecuencia á las demoras que sufrió el préstamo citado de los dos millones.

Con sólo lo apuntado se observa cuán patrióticas y deferentes fueron por parte del Banco Español Filipino las relaciones de éste con el Gobierno general de las islas, hecho que tiene mayor valor y significación si se tiene en cuenta el gran número de acciones de aquel establecimiento que estaban en manos de mulurates de aquel país.

Los fondos existentes en las arcas públicas cuando los americanos se incaularon de ellas no debían haberse encontrado allí: era justo que los beligerantes vencedores las hubiesen hallado exhaustas de cuanto al Kslado pertenecía, pues dichos fondos, que volvemos á decir representaban suma menor que la adeudada al Banco, habían sido mandados entregar á este establecimiento de crédito. La Junta de Autoridades lo había dispuesto así con fecha 7 de Agosto en previsión de los sucesos que por desgracia se veían claros antes de su ulterior desarrollo.

Pero tuvo éste lugar, y no hubo remedio, cayeron en poder de los americanos todas las existencias del Erario público, incluso las de la Casa de Moneda, cuando aquéllos, sólo debían haberse apoderado de lo que pudiera quedar del exiguo remanente que se había ordenado quedase en la *Caja central*, con el objeto *de atender á las más urgentes necesidades de las tropas en los pocos días que tardaran en desarrollarse los aludidos sucesos*.

Al propio tiempo se incautaron los americanos también de la Intendencia y dependencias centrales anexas y de las demás oficinas del Estado, simplificando de tal modo la organización que acababan de echar por tierra, que de aquel Centro directivo de la Hacienda pública sólo dejaron una oficina, de la que fué nombrado jefe el Mayor Kilbourne, con el título de «Custodian of the civil funds of the United States».

De los edificios que la Administración española ocupaba en Manila, sólo dejaron por de pronto los americanos en poder de las Autoridades capituladas el edificio en donde se bailaba instalado el Gobierno militar, la Comandancia general de ingenieros y los pabellones que en intramuros vivían algunos jefes y oficiales de nuestro Ejército. Por el carácter administrativo local que poseía, los americanos respetaron también la Dirección general de Administración civil, aun cuando más tarde fuese todo á parar á sus manos definitivamente, excepto lo concerniente al ramo de guerra, y sin exceptuar siquiera propiedad pública destinada á fines pacíficos, pues si bien es cierto que no se apoderaron de la relativa al culto, en cambio si se apropiaron de la correspondiente á instrucción pública y aun de alguna que pertenecía á la beneficencia.

Es verdad que el beligerante vencedor respetó la propiedad privada, y que nada de ella ni de la comunal confiscó; pero no dejó de someter á expropiación forzosa cosas pertenecientes á la primera, aun cuando pagase las indemnizaciones debidas: por ejemplo, todos los capitulados que usaban carruajes propios ó alquilados no podían estar seguros de volver á sus casas, ó ir á su destino en ellos, pues en la

misma vía pública eran frecuentemente detenidos por los americanos ó invitados á que cediesen sus vehículos, á reserva de pagarlos inmediatamente, como en efecto sucedía, dándose muchos casos en que el aludido pago representaba cifra superior á la del valor real del objeto que se expropiaba.

6.º *Gobierno general en Bisayas y Mindanao.* — Desde el infausto día 1.º de Mayo en que perdimos nuestra escuadra en aguas de Cavile, estableciéndose por los americanos el bloqueo de Manila, viéndose á poco esta ciudad cercada por los tagalos rebeldes, era preocupación constante entre nosotros la suerte que corría el resto del Archipiélago, y singularmente el grupo de las islas Bisayas y Mindanao.

Nadie ignora la verdadera importancia de aquellos territorios: el que correspondía á los nueve gobiernos político-militares y las dos comandancias en que se dividía el grupo de las Bisayas, sumaba una superficie muy próxima á cinco millones de hectáreas, pobladas por dos millones de habitantes.

Mindanao. — El territorio de esta isla, la más grande del Archipiélago después de la de Luzón, aquel inmenso perfecto triángulo señalado por los tres vértices ó puntas llamadas Alimпан, Mindanao y Banajan, constituye una superficie averiguada de más de seis millones de hectáreas, sin incluir en esta cifra más que la correspondiente á 17 gobiernos y comandancias de los 27 que, según acabamos de decir, funcionaban en aquel territorio, poblado aproximadamente, y sin contar tampoco más que la población cristiana y no la mora de las tribus sometidas y no sometidas, por más de medio millón de habitantes.

A raíz de la declaración de guerra con los Estados Unidos, el Gobierno de S. M. dispuso cablegráficamente que el general D. Diego de los Ríos, el cual venía desempeñando con singular acierto la comandancia general de Mindanao, se encargase del mando superior de Bisayas y Mindanao, invistiéndole con las atribuciones de Gobernador general y Capitán general, facultades que el Gobierno de la Metrópoli amplió el día 30 de Junio, consignando expresamente las de adoptar cuantas medidas y reformas de carácter político ó administrativo fuesen conducentes al bienestar de aquellas provincias, al mantenimiento de la soberanía de España y á la defensa de la integridad del territorio.

Es justo declarar que el general Ríos procuró muy discretamente cumplir su difícilísimo cometido. No pudiendo disponer de la totalidad de las escasas fuerzas que guarneían la isla de Mindanao, por el

constante estado levantisco de los moros, resolvió, dejando allí las tropas indispensables para tener á raya á aquellos elernos protestantes de la dominación española, trasladarse á Iloilo para establecer el nuevo gobierno y Capitanía general, llevándose 100 soldados europeos y 700 indígenas de los que mandaba en Mindanao: con esta fuerza y próximamente 3.000 soldados indígenas que estaban en Bisayas, más 250 soldados peninsulares, casi todos enfermos, tuvo que acometer la obra compleja de defender el territorio extenso á su mando confiado.

Como quiera que la insurrección tagala había ya cundido á las Bisayas, aunque más tardía no menos seriamente que en las provincias de Luzón, el general Ríos se halló al entrar en aquella comarca en la precisión de reducir pueblos sublevados y de combatir numerosas partidas en los campos. El levantamiento fué allí tan grave, que no serían menos de 15.000 hombres los insurrectos que, concentrados en la provincia de Cápiiz, cayeron sobre el pueblo de Panay, tomado por nuestros soldados después de reñido combate, que duró desde el amanecer hasta el anochecer del mismo día en que nuestros barcos fueron destrozados por los de Dewey en Cavile: á las doce de la noche, aquel pueblo rebelde ardía por los cuatro puntos cardinales, no por el placer que sólo un Nerón habría podido sentir viéndole arder, sino por la ejemplaridad que pedía el bando por el general Ríos dictado en tan críticas circunstancias.

A lo enérgico de la campaña que en Bisayas siguió el general Ríos se debió la pacificación de aquellas islas, pues hasta fines de Octubre sólo se produjeron, desde el de Mayo, algunos intentos revolucionarios que fueron sofocados inmediatamente.

Fué servicio señalado el que el general Ríos prestó venciendo obstáculos de distinta naturaleza para que el Gobierno de S. M. resultase informado convenientemente de lo que en Filipinas acontecía, pues el Capitán general de las islas no podía comunicar con el Gobierno de Madrid directamente; durante cuatro meses, lo efectuó por conducto del general Ríos, el cual estableció por Labuan el aludido servicio completo, toda vez que los barcos que á tal punto enviaba, y que en mil apuros se veían para burlar la vigilancia ejercida en aquellos mares con escrupulosidad por los americanos, y poder transmitir los despachos desde Labuan, allí esperaban las contestaciones del Gobierno de S. M. para con los mismos riesgos conducirlos á su destino.

Fué necesario en Bisayas practicar esfuerzos que contrarrestasen el mal efecto moral causado entre aquellos habitantes por las tristes noticias que allí se recibían respecto á la malandanza de cuanto para los españoles acontecía en Luzón.

En virtud de esto, el Gobierno de S. M. nombró al general Ríos Capitán general de todo el territorio del Archipiélago al que no pudiera llegar la inicialiva del general Augustín, encerrado en Manila.

Esperábase en Bisayas la llegada de la escuadra americana, é Iloilo no estaba en condiciones de defensa. De tal modo imprevisor hemos vivido, que en las costas de los mares orientales sólo las pertenecientes á España hanse visto indefensas: en el largo derrotero desde Barcelona á Manila puede afirmarse bien, comparando con lo ejecutado por las demás naciones, lo que nosotros hemos hecho para la defensa de los que fueron nuestros territorios coloniales. El Gobierno general, Capitanía general de Bisayas y Mindanao, contaba en su capital, Iloilo, dos piezas de artillería de montaña, 300 soldados peninsulares y 2.500 indígenas, dispuestos estos últimos á desertar en primera ocasión, á no ser que el general Ríos los licenciase de buen grado tan luego en su perspicacia y tristes experiencias hallase fundamento para recelar justamente de la actitud de aquéllos.

Con tan reducidos elementos para luchar en tierra y unos pocos barcos de la marina sutil, había que pensar en la aplicación de medios extraordinarios para cumplir el deber de defender á todo trance la invasión temida en aquella zona, y así, el general Ríos dispuso situar cuatro grandes depósitos de petróleo, encargando cada uno de ellos á un ingeniero militar, con el objeto de que en el momento en que la artillería de los barcos americanos ó las fuerzas de desembarco hicieran imposible continuar la defensa de la población, previa la retirada de los habitantes á los barcos del río ó al interior, se prendiese fuego á Iloilo por los cuatro puntos cardinales, volando los puentes después que por ellos hubieron pasado los defensores y habitantes de aquella ciudad para concentrarse en la margen izquierda del río, posición defensiva de excelentes condiciones.

Este plan tan sencillo y enérgico hubiera dado lugar á que los americanos se apoderasen en Iloilo solamente de los escombros de la ciudad, hecho que concordaba bien con lo que la continuación de nuestra historia reclamaba en casos análogos.

Indudablemente los ingleses que residían en la capital de las islas Bisayas advirtieron á los jefes del Ejército americano de las medidas adoptadas allí; y como no había de resultar para los últimos muy brillante la loma de Iloilo en las condiciones racionalmente calculadas y dichas, no quisieron ir contra ella hasta más adelante, es decir, cuando había sido ya abandonada por los nuestros y estaba dicha población por los rebeldes bisayos y los tagalos que para insurreccionarla habían acudido. Algo de lo que el general Ríos había trazado para la defensa de la mencionada capital fué aplicado contra los america-

nos por los insurrectos filipinos, los cuales aprovecharon mucha parte del petróleo incendiario que Ríos tenía preparado en los depósitos que hemos mencionado.

Así que tuvo lugar la triste capitulación de Manila, los americanos se fijaron ya más en posesionarse del grupo de las Bisayas, así como del resto de las islas, pero principalmente en la loma de Iloilo. Por otra parte, los tagalos enviaron á aquella comarca varios comisionados y muchas armas de fuego, además de algunos cañones de buen calibre.

Con esto la insurrección tomó en Bisayas grandes vuelos: la mayor parte de las fuerzas indígenas de Bisayas y Mindanao hubieron de ser desarmadas y licenciadas muy rápidamente, después de fusilar hasla 117 complicados en conspiraciones descubiertas hábilmente en Colabatto, Maiabang, Iligan, Iloilo y Cebú. Lo oportunamente enérgico del proceder indicado contuvo en mucho el movimiento insurreccional, salvando su vida muchos europeos diseminados en pequeños grupos por las provincias bisayas y distritos de Mindanao.

Esforzóse el general Ríos antes, y aun singularmente después de la capitulación de Manila, en que las Bisayas permanecieran fieles á España; sin duda juzgaba que tal circunstancia influiría en las decisiones del Congreso de París; y viéndose autorizado por el Gobierno de S. M. para adoptar cuantas medidas y reformas fuesen conducentes al mantenimiento de la soberanía de España y defensa de la integridad del territorio, quiso acometer todas las que acordase en lo político y administrativo una Junta, á la que llevó los principales elementos reformistas de europeos y naturales del país, que en aquella región se sumaban: los nombres de Romero Salas, Cay, Melliza, Castillo, Mapa y otros, que en la aludida Junta figuraban, podían, en efecto, inspirar á los reformistas filipinos la más absoluta confianza.

Hizo el general Ríos un llamamiento á los naturales, ofreciéndoles dictar ó someter al Gobierno de S. M. todas las reformas que conceptuaba necesarias para el desarrollo de la riqueza pública y bienestar de aquellos pueblos.

Hizo un llamamiento á las Autoridades de todo orden, á fin de que de consuno se esmerasen en el cumplimiento más estricto de sus deberes, para que resplandeciese en todos los actos públicos y privados la justicia más recia y la más absoluta moralidad.

En tal llamamiento no excluía el general Ríos de sus ruegos y exhortaciones, dirigidas á todos los elementos de gobierno y administración para que cooperasen con entusiasmo al éxito de su difícil cometido, á los reverendos curas párrocos, de quienes, á pesar de haberse establecido la moda de censurarlos, sin abrir el libro de la historia

para leer en él la suma de servicios que en todo tiempo prestaron á la religión, á la patria y á las vigentes instituciones, el general Ríos decía: « Los reverendos curas párrocos, por la legítima é indiscutible autoridad que ejercen en los pueblos y la influencia y predominio justo que su sagrada misión les da sobre las conciencias, serán seguramente poderosos auxiliares de la gestión de V. S. »

Para todo era ya tarde.

Durante el bloqueo y sitio de Manila, el movimiento insurreccional de Bisayas fué perfectamente contenido, no sin librarse reñidos combates, en los que nuestros soldados resultaban siempre, así como en Luzón, victoriosos; pero así que Manila capituló, los insurrectos consiguieron el levantamiento de toda la región bisaya: el general Ríos dispuso con oportunidad la concentración de los europeos y de las fuerzas únicas que consideró leales sobre la capital y sobre Cebú. En Iloilo, Ríos no contaba con más de 1.200 soldados y tres pequeños cañoneros. Con obras de tierra, apoyadas en casas que se atrincheraron, construyó una línea de defensa exterior que iba desde el mar, en donde estaba dicha línea apoyada por los cañoneros, al río por la parte de fuera de Molo: instalada á cinco ó seis kilómetros de Iloilo, dejaba libre esta capital, cada vez más, pues las obras de defensa se aumentaban con el transcurso de tiempo, con el que aquella línea se hizo inexpugnable.

Millares y millares de los insurrectos de Panay, provistos de 10.000 fusiles, la atacaron con tenaz insistencia: creían éstos que, cargando en masa, según lo efectuaron, contra aquella línea, lograrían romperla, pero no aconteció así. Los Maïsser de nuestros soldados les hicieron retroceder, viéndose los rebeldes obligados á cubrirse, construyendo trincheras enfrente de las nuestras: montaron en aquéllas algunas lantacas, y el fuego era incesante, pero estéril: en todas cuantas salidas intentaron fueron por completo rechazados.

Hubo en el levantamiento general de Bisayas una extraña coincidencia, si es que, según se dijo, no fué convenida señal. En los últimos días de Octubre, dos barcos de la escuadra americana, el *Charleston* y el *Pretel*, entraron en las aguas de Iloilo. El comandante del primero de aquellos dos buques visitó al general Ríos, manifestándole que si tenía el gusto de verle en su barco, en aquel momento saludaría el pabellón español: contestóle el general Ríos que no tenía artillería para devolver el saludo; que no le era posible pasar á bordo de un barco americano; pero que al día siguiente iría el jefe de Estado mayor á devolverle el saludo á bordo del *Charleston*, y así se efectuó, yendo á visitar al comandante del citado buque el teniente coronel Sánchez Ocaña y el coronel Conde de Torre-Alta, gobernador de la plaza, á quien

aquel comandante del *Charleston* había visitado también: en el momento en que el representante del Gobernador general de Bisayas y el gobernador de la plaza subieron la escala del *Charleston*, é izado el pabellón español en el palo mayor, este barco, con el *Pretel*, le saludaron con los 21 cañonazos de ordenanza. En Negros, los rebeldes atacaron rudamente la cabecera aquella misma tarde, y en Panay y en cuantas islas de aquel grupo se oyeron los cañonazos, se levantaron en el mismo día numerosas partidas.

Invitado el comandante del *Charleston* por el general Ríos para que abandonase aquellas aguas, diciéndole que ponía el hecho en conocimiento del Gobierno de S. M., previa consulta con el almirante Dewey, el *Charleston* y el *Pretel* levaron anclas en el mismo día, dirigiéndose á Manila.

No anduvieron muy diligentes los americanos para posesionarse de las Bisayas; y el día 20 de Diciembre, el Gobierno de S. M. comunicó al general Ríos la orden de que no resistiese más y dispusiera la repatriación de las fuerzas de su mando. Para cumplimentar tal disposición, el general Ríos reconcentró en Zamboanga las que tenía en Iloilo y en Cebú, al mando estas últimas del malogrado general Montero.

En retirada ordenada, por escalones, embarcaron los soldados de Ríos en los buques que habían de conducirlos á Zamboanga, siendo el mencionado general el último que dejó de pisar la tierra bisaya: asimismo abandonaron aquel suelo los funcionarios y particulares que se habían concentrado en Iloilo y en Cebú.

En aquella comarca sólo quedaba el general Huertas al frente de escasas fuerzas en Joló, y cuya concentración en Iloilo ó en Zamboanga no se había dispuesto por consideraciones de derecho internacional.

Dejando en Zamboanga las fuerzas retiradas de Bisayas y Mindanao, el general Ríos acudió á Manila para dirigir, según órdenes del Gobierno, la repatriación total, quedando en Zamboanga el general Montero hasta que se llevase á efecto la de las tropas reconcentradas allí.

La obligada permanencia de éstas en Zamboanga no fué, ni mucho menos, tranquila: los insurrectos atacaron aquella población, valerosamente defendida por el general Montero, el cual perdió su vida por efecto de las heridas que recibió en el primer día del ataque.

La extraña situación de nuestras tropas concentradas en Joló y en Zamboanga, combatiendo ya sin finalidad alguna para la causa de la Patria, obligaba al general Ríos á acelerar cuanto posible fuese la repatriación de aquéllas, y así anunció á los jefes americanos la resolución que tenía de efectuarlo. Por de pronto, sólo á ocupar Joló fueron

las fuerzas de los Estados Unidos, retirándose á Zamboanga el general Huertas con las de su mando en aquel Archipiélago: los buques de la Transatlántica que habian de conducir á nuestras tropas fueron á recogerlas, y desde Zamboanga mismo hicieron rumbo á la Península.

El general Ríos, que había acudido de nuevo á aquella población para dirigir el embarque, volvió á Manila, sufriendo en el trayecto la pena de ver morir á su infortunado compañero de armas el general Montero por consecuencia de las heridas que, según hemos dicho, había recibido en el ataque de los rebeldes.

La evacuación, pues, como se ve, de los elementos españoles que poblaban el Sur del Archipiélago fué todo lo ordenada y honrosa que podía pedirse.



CAPÍTULO XXI

1.º Los revolucionarios filipinos se apoderan de las distintas provincias del Archipiélago. — 2.º Las fuerzas americanas se posesionan de la isla de Guam, del grupo de las Marianas. — 3.º Prisioneros españoles. Múltiples infructuosos esfuerzos practicados para obtener su libertad. — 4.º Repatriación. — 5.º Tratado de París. — 6.º Comisiones para liquidar los derechos del Tesoro español en Filipinas. — 7.º Guerra americano-filipina. — 8.º Fundadas legítimas esperanzas que España pueda abrigar para el mantenimiento de sus relaciones mercantiles con el territorio que en Oriente perdió.

1.º *Los revolucionarios filipinos se apoderan de las distintas provincias del Archipiélago.* — La verdadera señal para el levantamiento general de los pueblos de Luzón contra la soberanía de España fué el desastre de Cavile. El bloqueo de Manila establecido por los americanos, y por otra parte rápidamente cortadas las comunicaciones terrestres por los revolucionarios filipinos, la situación de los españoles peninsulares en todo el territorio luzónico no podía ser más crítica. En muchos pueblos, en los que las milicias filipinas habían sustituido á nuestros destacamentos de cazadores, la revolución se hizo sin la resistencia de nadie: no había quien pudiera ofrecerla.

Provincias de Cavile, La Laguna, Batangas y Tayabas. — En la provincia de Cavile, después del levantamiento de Trias, los milicianos de aquella provincia y de su limítrofe La Laguna pasáronse á la causa de la revolución, llegando los de esta última provincia á prender á Perras, su prestigioso jefe.

Mandaba en aquella región el distinguido coronel Navas, el cual ordenó la concentración de todos los destacamentos sobre las cabece-

ras de las tres provincias, Batangas, La Laguna y Tayabas. Los planes que aquel valeroso jefe formara para defender la extensa zona confiada á su mando los echó por tierra la infidelidad de las fuerzas indígenas: los soldados del regimienlo núm. 74, que llevaba la Guardia civil y los guías rurales, desertaron, yéndose al campo enemigo, sin que bastase á contener en sus filas á los soldados indígenas, la hermosa arenga que en Santo Tomás aquel jefe les dirigiera.

Con las escasas fuerzas que contaba el coronel Navas, y previo un Consejo de guerra que celebró en el pueblo citado, emprendió su marcha hacia la cabecera de Batangas, llegando á Lipa, en donde se informó del hecho de habersé levantado contra España las últimas fuerzas de milicia filipina que en aquella comarca permanecían fieles, á las órdenes del capitán municipal del pueblo de Tanauan.

Cuando la columna Navas iba á ponerse en marcha para desde Lipa acudir á Batangas, vió el coronel Navas perdida su tal vez última esperanza, con la noticia de que se había rendido á los rebeldes la fuerza que al mando del teniente coronel Blázquez iba á aquella cabecera, en virtud de órdenes para que sin demora lo efectuase así: eran 500 hombres.

La columna Navas atrincheró Lipa, y allí se hizo fuerte, comenzando á resistir el asedio, cada vez por mayor número de insurrectos practicado, disponiendo éstos de 4.000 fusiles y dos piezas de artillería.

En uno de los combates que sin cesar se libraban, el infortunado coronel Navas fué herido en un brazo, tan gravemente, que se hizo precisa la amputación.

Los sitiados de Lipa hicieron varias salidas, desalojando al enemigo de posiciones importantes; mas como el número de aquéllos era tan reducido, tuvieron que abandonarlas por no poder guarnecerlas.

Paciano Rizal, que formó gran empeño en tomar la villa de Lipa, intimó su rendición sin lograrla, aconteciendo lo mismo á otros jefes insurrectos; mas por fin la falta de víveres y municiones y el hecho de contar la exigua fuerza de Navas i 10 heridos y 80 enfermos, obligó á dicho jefe á admitir el parlamento con el jefe revolucionario Marasigan de Calaca, y Navas capituló honrosamente, si bien por parte del enemigo, en este caso como en muchos más ó en todos, no se cumplimentaron las cláusulas de la capitulación, en que se estipulaba no se considerase prisioneros á los hombres civiles ni á los heridos.

Todos los españoles cayeron en tan triste condición, y allí permanecieron muchos meses sufriendo indecibles amarguras, en muchas ocasiones atenuadas por la legítima influencia que en aquella población hermosa disfrutaba una española filipina, D.^a Marcelina Solís, que supo repartir, dando singular ejemplo de filantropía y de verdadero

amor á España, su candai y demás medios de subsistencia entre los capitulados.

¡Qué lástima que en todos los pueblos de aquella provincia en donde sufrían cautiverio soldados españoles, no hubiera vivido una Marcelina Solis! No se hubiera registrado en ellos el horrible espectáculo de ver morir de hambre en treinta días 18 cazadores, según aconteció en Rosario y en los pueblos de Tiaon y en San Pablo y Alaminos.

En las mismas ó próximas fechas del levantamiento general que en estas provincias se operó contra la dominación española, después del desastre de Cavite, se efectuó también en todas las demás.

Morong. — El 1.º de Junio gran número de rebeldes sitiaron la cabecera de este distrito: los naturales que la poblaban desaparecieron en masa, incorporándose á los sitiadores mandados por Miguel Aquino, que se titulaba general de brigada, por Quintín González y por Juan Sumulang, que ejercía oficios de asesor. El comandante político militar de aquel distrito podía disponer únicamente de 100 hombres en aquella cabecera, á la que supo defender con valor á toda prueba. Distribuyó su escasa fuerza en tres lugares: convento, tribunal y casa-gobierno. Esta fuerza, compuesta de guardias civiles á las inmediatas órdenes del leniente Bañolas Pasano y de cazadores á las del capitán Fernandez Parreño, se atrincheró tan por completo, que resistieron los incesantes ataques del enemigo, rechazándolo siempre hasta el día 19 de Agosto, es decir, cuando ya Manila estaba capitulada, cuando los sitiados de Morong no tenían viveres de ningún género, ni municiones, ni médico, ni medicamentos, y cuando contra aquellos 100 valientes se habían concentrado muchos millares de rebeldes en atrincheramientos que rodeaban por entero aquella población.

En ella quedaron prisioneros el jefe y dos oficiales de tan valerosa fuerza, y los dos reverendos Curas párrocos franciscanos que, cumpliendo bien y fielmente sus deberes, habían cooperado á la hermosa defensa de la cabecera de Morong: los soldados y guardias prisioneros fueron conducidos en tal condición á distintos pueblos del distrito; los demás permanecieron por de pronto en la citada cabecera.

En Santa Cruz, capital de la provincia de La Laguna, concentráronse los peninsulares de la zona, excepto los de Calamba, que en número de 60 hubieron de rendirse á 400 tagalos de Paciano Rizal. El sitio que este jefe revolucionario puso á Santa Cruz fué formal y sostenido hasla obtener la capitulación de los españoles allí congregados.

El levantamiento que se inició en aquella provincia el día 4 de Junio se operó en toda su extensión rapidísimamente. En el citado día, el vapor *Orani*, que venia haciendo viajes desde Manila á Santa Cruz,

alternando con los que efectuaban los de la casa Inchausti, ya no pudo retornar á Santa Cruz, ni el *Laguna de Bay* pudo llegar, si no fué á duras penas, á Manila, procedente de aquella cabecera.

El *Napindan*, barco de la últimamente citada respetable casa, que, armado por la guerrilla del Casino, había ido á La Laguna con pliegos del Capitán general con el objeto de salvar los destacamentos que pudiera, fué duramente atacado por los rebeldes, pudiendo por maravilla regresar á Manila.

Concentráronse en Santa Cruz de la Laguna, capital, según se ha dicho, de esta provincia, de 600 á 700 hombres, entre los cuales había seis ó siete guardias civiles, únicos que de una compañía completa habían quedado sin desertar ó sin ser desarmados y enviados á Manila como medida fundadamente preventiva.

Asumió el mando militar de aquella ciudad sitiada el teniente coronel Alberti, primer jefe del batallón Cazadores núm. 12. Celosa y activamente cooperaba á la defensa el gobernador civil D. Antonio del Río.

Santa Cruz fué atrincherada por todas direcciones: ni un solo día dejó de trabajarse con ahinco para lograrlo.

Los jefes revolucionarios Taiño, Cortés, Talcon y otros, á las órdenes, cuando más tarde se atacó la dicha capital, de Paciano Rizal, distribuyeron sus numerosas fuerzas de modo que el cerco resultó completo, y en él emplazaron hasta seis cañones, mientras los sitiados no contaban con uno: dos ó tres falconetes que dispararon unos cuantos tiros sin efecto alguno.

Mas no sucedía así respecto de la fusilería de los nuestros. En tres ocasiones, desde el día 24 de Junio hasta el 13 de Agosto, los rebeldes filipinos en gran masa, pues no se sumaban menos de 10.000, acometieron con denuedo la población: las tres veces fueron rechazados.

Pero comenzó la escasez de municiones de boca y guerra. Incomunicados totalmente cual los de Santa Cruz estaban con el resto del Archipiélago, hasta el parlamento de 24 de Junio, no lograron noticias de cuanto acontecía en él. Por medio de una carta que los rebeldes habían hecho suscribir á dos ó tres Curas párrocos de los que tenían en cautiverio, los sitiados de Santa Cruz supieron la triste suerte de nuestras armas en muchas provincias, y por lo que se refería á las vecindades de Santa Cruz tuvieron conocimiento de la toma por los insurrectos de casi todos los puntos en que teníamos alguna guarnición: hiciéronles saber á los sitiados la capitulación de Lipa y la rendición de nuestros soldados en Batangas y Calamba, en donde yacía en todo linaje de padeceres una multitud ya de prisioneros castas. Y con estas noticias, los sitiadores dirigieron en la dicha fecha nueva intimación á

los sitiados de Santa Cruz para que se rindiesen. Mas todavía guardaban alientos para la defensa, y tal intimación fué rechazada; aun siguieron en sus posiciones hasta el 30 de Agosto, siquiera cesaran los fuegos desde el día 23 de este mes, en que los rebeldes pidieron nuevo parlamento para comunicar á los sitiados la capitulación de Manila y el bando del General en jefe del Ejército americano, lo cual consideró Paciano Rizal oportuno para dirigir á los de Santa Cruz de la Laguna nueva intimación para que se rindiesen, accediendo éstos á entrar á discutir las bases de la capitulación.

Por fin se firmó ésta después de la fecha indicada 30 de Agosto, no sin haberse discutido sus cláusulas minuciosamente en las varias conferencias celebradas entre el teniente coronel Alberti, gobernador civil de la provincia Sr. del Rio y el Registrador de la propiedad, por nuestra parte, y de la otra los emisarios de Paciano Rizal.

Este general de las fuerzas filipinas habíase ofrecido á conducir á los capitulados de Santa Cruz que no eran militares (pues á éstos los retenía como prisioneros de guerra) hasta el pueblo de Pasig, limite de la zona del mando que ejercía el mencionado Rizal (Paciano), hermano de aquel célebre agitador, dueño de la palabra más elocuente y tal vez del más profundo entendimiento entre la juventud tagala.

Conducidos los prisioneros militares defensores de Santa Cruz á Calamba, lugar en que acabamos de decir había ya reunidos muchos de estos desdichados, los paisanos fueron conducidos á San Pedro Macati cu el vaporeilo *Covadonga*, siendo muy bien tratados.

Llegados al citado pueblo, no fueron las cosas según Rizal creía, para aquellos capitulados de Santa Cruz; pues en vez de ser conducidos á Manila, se cumplimentó la orden dada por el mismo jefe de la revolución filipina, para que tales prisioneros fueran llevados á Santa Ana, desde donde, después de más de una semana de permanencia, fueron conducidos á la provincia de Pangasinán: con los prisioneros civiles de Santa Cruz iban 10 ó 12 religiosos pertenecientes á la orden de San Francisco.

En la capitulación de la cabecera de La Laguna, en cuya capital no entraron los insurrectos, sino después de haber sido evacuada por los nuestros, recibiendo de los filipinos la excepcional deferencia de que no registraran éstos los equipajes de aquéllos sino obligándoles solamente á declarar bajo palabra de honor que no conducían en ellos arma alguna de fuego, se pactó también la entrega de nuestras cañoneras *Otálora* y *Oceanía*.

Acabamos de ver algún detalle del modo con que se perdió la dominación española en las provincias de Cavile, La Laguna, Patangas y en el distrito de Morong: ahora precisamos dedicar unas líneas si-

quiera á la gloriosa capitulación de los ciementos españoles en la provincia de Tayabas.

La brillante defensa de la cabecera de aquella provincia merece un capítulo especial, doliéndonos grandemente de no dedicarlo á los españoles que, allí sitiados, supieron durante tan largo tiempo continuar las hermosas tradiciones de nuestras armas.

En Tayabas desempeñaba el cargo de gobernador civil y jefe militar de la provincia un comandante de infantería que evidenció valor é inteligencia verdaderamente excepcionales, D. Joaquín Pacheco y Yanguas. Ante todo, cuando este distinguido soldado vió de qué suerte se comunicaba aquella provincia, concentró todos los destacamentos en la capital. Reunió en ella menos de 500 hombres: 443.

Este número de soldados bastó para contener por espacio de muchas semanas fuerzas filipinas revolucionarias, que sumaban 15.000 hombres, obligados á detenerse en lo que juzgaban pasco triunfal para apoderarse de aquella cabecera y de las provincias de ambos Camarines, Albay y Sorsogon.

La conducta de nuestros defensores de Tayabas fué tan esclarecida cual la de aquellos héroes de Baler.

El gobernador de dicha cabecera, castigada cual ninguna otra de Luzón por el paludismo originado en el subsuelo de los tubiganes y por los arrastres de las aguas oriundas del Banajao, distribuyó la fuerza escasa de que disponía por el modo más técnico que podía ser distribuida.

Los naturales que poblaban la cabecera de la provincia de Tayabas la habían abandonado por completo, y el comandante Pacheco, fortificando á toda prisa el convento, la ermita, el tribunal, el gobierno civil y la cárcel pública, uniendo por caminos cubiertos los mencionados edificios, arrasó el resto de la población por imposibilidad material de dar mayor extensión á la zona de defensa.

Acopió dentro de ésta, con gran rapidez, cuanto arroz y cuantas reses vacunas pudo alcanzar, siquiera no fuese por la general escasez en grandes proporciones, y así se preparó á cumplir bien y fielmente aquel sabio mandato de nuestras Ordenanzas, estableciendo que el oficial á quien se le encomendase la defensa de un punto, á toda costa la hará.

El enemigo inició los ataques á aquella cabecera el día 20 de Junio. Una fuerza, compuesta de 300 insurrectos bien armados, á los cuales se les unieron los vecinos del barrio de Munlinbayan, acometieron la empresa de tomar aquella posición. Una carga á la bayoneta por el comandante Pacheco personalmente dirigida, los dispersó; mas reaccionando éstos y viéndose reforzados con unos centenares de hombres,

atacaron de nuevo la población, ó, mejor dicho, lo que quedaba de la misma, á las enarenla y ocho horas, es decir, el día 22: los rebeldes, que en este segundo ataque se habían dividido en dos grandes grupos para producirlo por dos punios á la vez, fueron asimismo valerosamente rechazados.

Otras cuarenta y ocho horas de calma transcurrieron, y el 24, el enemigo, más y más reforzado, después de nuevo ataque por todos los caminos y avenidas de aquella cabecera, formó el completo cerco de la misma; emplazó en él cuatro piezas de artillería, y quedó establecido el sitio formal de Tayabas.

Cincuenta y seis días duró. Sin dejar de hacer fuego en uno solo de éstos, los combates más salientes libráronse el 17 de Julio y el 10 de Agosto. Avanzando el enemigo los cañones de que disponía, consiguió abrir en los dos citados días una brecha grande en los muros de la cárcel pública, y emprendió el asalto, siendo también rechazado en las dos fechas citadas.

En la primera de éstas, el 17 de Julio, el resollado de la salida que hicieron los sitiados fué brillante: lograron quitar al enemigo un cañón, tres banderas y muchas armas blancas y de fuego, desalojándolo además de las tres primeras fuertes trincheras que había construido aprovechando las ruinas y escombros de varias casas. Cuarenta y una bajas experimentaron los nuestros en aquella operación, causándolas incalculables á los rebeldes.

Mas transcurrían los días, y en cada uno el enemigo aumentaba sus huestes, mientras los nuestros las restaban: tenía aquél campo abierto para pertrecharse, y los sitiados de Tayabas ya no podían contar con más alimento que un par de puñados de arroz por individuo.

Comenzaron éstos á sentir el hambre, y con ella se enseñoreó entre los mismos el paludismo de la comarca, cansando verdaderos destrozos. Los heridos, faltos de alimentación como los demás, y sin medicamento alguno, no podían sanar en la proporción que seguramente lo habrían logrado las aptitudes de los distinguidos médicos que entre los sitiados estaban: el Sr. Artime, perteneciente al Cuerpo de Sanidad de la Armada, y el titular de la provincia, D. Emilio Fernández.

Y sin embargo del gran número de heridos, salvaron sus vidas el jefe militar comandante Pacheco y el capitán de la Guardia civil don Constantino Pérez, el cual recibió un balazo en el pecho, en virtud de lo que hubo de ser suslituido en turno por los de igual graduación Pérez Egidio y Alba, continuando en sus puestos del tribunal y la ermita del camino de Luchan los capitanes Zarragua y Arreija. Los tenientes Pérez (D. Carmelo), Celdrán, Ferrero, Martín (D. Angel) y Puchades,

curaron también, logrando el mismo beneficio 8½ individuos de la clase de tropa.

¿Cómo podía continuar la defensa de Tayabas? Quedaba un puñado de hombres en la inanición y sin municiones de guerra.

Se pactó la capitulación en absoluto, impuesta por las circunstancias en que ya se hallaban los sitiados, cuya conducta fué admirada por sus enemigos. Estos, así que los españoles abandonaron aquellas posiciones tan brillantemente sostenidas, les tributaron los honores de terciarles las armas y batirles marcha.

El general de los insurrectos, Malvar, que desempeñaba el mando en jefe de aquellas provincias, y que á última hora había tomado el mando de las que al do Marasigan de Calaca vinieron sosteniendo el sitio de Tayabas, dirigió una alocución á sus fuerzas, en cuyo documento, después de expresarles el agradecimiento por la valentía por ellas demostrada en la toma de aquella cabecera, decía «que el heroísmo de sus defensores era la admiración del ejército revolucionario».

Isla de Mindoro. — Los españoles concentrados en Calapan, cabecera de esta provincia, hicieron cuanto les fué posible hacer para su defensa en el primer ataque que sufrieron de los rebeldes de Cautit, comprensión del pueblo de Bacor, en Cavile. Los pocos voluntarios que allí había, en unión de fuerza escasa de infantería de Marina destacada en la mencionada capital de la provincia, bastaron para rechazar á los insurrectos que habían alacado por los barrios de Calero y San Vicente, los cuales incendiaron los rebeldes en su retirada, después de una pérdida de 17 muertos.

Cuando no combatieron ya los españoles refugiados en Calapan fué cuando se presentó en aquellas aguas el vaporecito *Don Francisco*, que, procedente del pueblo de Bauan (Batangas), desembarcó en el sitio denominado Lazareto, á tres kilómetros de la cabecera situado, gran número de insurrectos, iniciando por distintas direcciones otro nuevo ataque á los nuestros de Calapan, contra los cuales al propio tiempo disparaba el buque de los rebeldes los cañones que montaba.

Capitularon los españoles de la cabecera de Mindoro, y desde la cárcel pública, único edificio de seguridad en que se habían hecho fuertes, fueron conducidos á bordo del *Don Francisco*, que los llevó á Balangas como prisioneros de guerra. Los desdichados españoles que, dedicados al corte de maderas, estaban diseminados por varios pueblos de la contracosta, y otros que no llegaron á tiempo de reconcentrarse en la cabecera, fueron asesinados cruelmente por los revolucionarios.

Camarines. — Con iguales horrendos crímenes se produjo la sublevación en estas provincias por Guido de Lavezares, ya constituidas en el SE. de Luzón. Sublevada la fuerza de la Guardia civil que estaba en Nueva Cáceres reconcentrada, hirieron á su comandante, señor Navarro, y asesinaron al capitán Andreu, á su esposa y á cuatro hijos de los ocho que contaba aquel matrimonio ejemplar, sufriendo la misma triste suerte el teniente Montiel y su esposa.

Un cabo indígena, Elias de los Angeles, se erigió en jefe de aquel movimiento vandálico.

Algunos españoles, entre los que figuraban varios reverendos curas párrocos, lograron huir en dirección de Albay, consiguiendo que el vapor *Santander* los condujese á Manila desde Legazpi en unión de otros fugitivos de aquella provincia y de la de Sorsogon, en las que, estando los castilas ya á bordo del barco citado, se proclamó la república filipina.

Los fugitivos de Nueva Cáceres emplearon cuatro días de gran zozobra en su viaje á Legazpi; sin embargo de que se hallaban tranquilos los pueblos del trayecto, y hasta recibían de muchos de los naturales manifestaciones de pesar por la marcha de los castilas, abrigan éstos el justo recelo de verse atacados por la Guardia civil de Albay, también sublevada á las órdenes de los cabos Vara y Caruetos: así es que en cuantos puntos de parada hacían se atrincheraban y montaban centinelas que pudieran avisarles los peligros calculados. En el pueblo de Camalit fué en donde hallaron los fugitivos españoles tan marcada hostilidad, que de no haber entregado, según lo efectuaron, las armas que llevaban á la principaba de aquel pueblo, la multitud de indígenas que, provistos de lanzas y bolos, amenazaba frente al tribunal, en donde los castilas estaban reunidos, lo habrían pasado mal nuestros atribulados compatriotas. Al fin pudieron llegar á Legazpi para embarcar, después de haber oído de labios del jefe revolucionario Solano que podían marcharse ó quedarse, en la seguridad de que no serían atropellados. Prefirieron lo primero, pensando cuerda-mente: y, según hemos dicho, el vapor *Santander* condujo á Manila á los aludidos españoles, más afortunados, á pesar de lo que sufrieron, que casi todos los demás que cayeron en manos de los rebeldes.

Los elementos españoles que no abandonaron Nueva Cáceres, cabecera de ambos Camarines, intentaron defenderse de los sublevados: mas ante el temor de la invasión de los tagalos ya anunciada, decidieron capitular, y así lo efectuaron, ofreciendo someterse á condición de que se les respetasen sus vidas y haciendas; sin embargo, habiendo los revolucionarios puesto en libertad á los presos que en gran número contenía la cárcel pública, estos foragidos cometieron terribles aten-

tados contra lo estipulado, asesinando villanamente hasta familias enteras, cual la del octogenario, honrado comerciante de aquella provincia, Sr. Ruibamba.

Advertidos los españoles por el cabo Elias de los Angeles de que los rebeldes por él mandados no iban á causarles daño en el movimiento que éstos iban á operar contra los chinos del comercio de aquella cabecera, apoderáronse en efecto los revolucionarios de todos los establecimientos de aquellos chinos, exigiéndoles la suma de 150.000 pesos, que aprontaron rápidamente los del celeste imperio para el rescate de sus tiendas y tiendajanes.

Apoderáronse también los revolucionarios de los fondos públicos, que eran afortunadamente muy escasos, por haber sido remitidas á Manila días antes las existencias de la caja; y aun de aquellos fondos de que los sublevados se apoderaron, concedieron á los funcionarios las pagas que les correspondían hasta aquel día mismo, en que al apoderarse de la capital de las provincias de Camarines Norte y Sur dijéronles los insurrectos á todos los empleados: *quedan ustedes cesantes, pues desde hoy manda aquí la república filipina.*

Aparte del feroz inicio de la sublevación de Nueva Cáceres, en que sucumbieron las familias que hemos mencionado, y en el que también pereció por una descarga de los sublevados D. Francisco Borrás, activo procurador de aquel Juzgado, resultando además herido el distinguido médico D. Ramón López, los españoles del elemento oficial y los particulares, aunque vigilados por los revolucionarios, disfrutaron de relativa libertad, basta que consiguieron también su embarque para Manila, declarándolos libres.

En las provincias del Norte de Luzón, la revolución filipina, que no habia alcanzado gran número de simpatizadores hasta que se conoció en aquellas tranquilas provincias el desastre de nuestra escuadra en Cavile y el bloqueo de Manila, fué desde que tan infaustas nuevas allí llegaron de triunfo en triunfo. No hubo allí concordancia entre los elementos directivos españoles. En los militares cumpliéronse los deberes de Ordenanza, rindiéndose á la superioridad numérica del enemigo: pero los elementos civiles echaron muy de menos en aquellas provincias ilocanas la falta de una voz dada oportunamente para la concentración y obligada salida de los peninsulares residentes en aquellos lugares que sólo la tenacidad de los tagalos logró conflagrar: por aquella aludida causa, resultaron estériles los esfuerzos practicados con objeto de agrupar medios de defensa por factores de la administración española, que fueron durante siglos garantía de los patrios intereses en el Archipiélago filipino. y por aquella aludida causa malográronse iniciativas de naturales, cuales las que en favor de España queria poner en

práctica aquel capitán municipal de Laoag, cabecera de la provincia de Ilocos Norte, D. Aguedo Agbayani, el cual se ofreció á ponerse al frente de 10.000 hombres para contener el avance de los revolucionarios, y si el número de éstos reclamaba doblar el de aquellos indígenas leales para la lucha, también los reclutaría.

En la ya forzosa terminación de este libro, verdadero atentado contra la paciencia de sus lectores, no nos es posible detallar los incidentes, riesgos, peripecias y criminales vejaciones sufridas por los españoles peninsulares que cayeron prisioneros de los revolucionarios en las provincias del Norte de Luzón. La marcha que desde la cabecera de Ilocos Sur hicieron, hasta llegar á la de Cagayán, y la permanencia de aquéllos en los lugares de su cautiverio, han sido brillantemente descritas por religiosos de distintas órdenes, quienes han continuado sin cesar el cumplimiento del deber de escribir sana doctrina y de reseñar minuciosamente, desde los acontecimientos más remotos, hasta los más amargos y recientes allí producidos.

Trazando nosotros sólo líneas generales del triste cuadro que la insurrección filipina ofreció en las provincias del Norte de Luzón, diremos que, á pesar de haber resultado victoriosas nuestras tropas en muchos combates, tuvieron que ceder á la inmensa superioridad numérica, y al fin fueron hechas prisioneras de los revolucionarios. El jefe militar Sr. Herreros, que concentró sus fuerzas en la divisoria de Ilocos Sur y La Unión, cayó con aquéllas y los elementos civiles en poder de los rebeldes sin haber logrado el enlace que proyectara con las fuerzas del comandante Ceballos, prisionero con las suyas en Dagupan (Pangasinán).

El comandante D. Mariano Arqués, que sustituyó á Herreros en el mando de las de Ilocos Sur, concentró las tropas de su mando, incluso las procedentes de los distritos de Benguet, Lepanto, Abra y Bontoc, en Vigan, Santa y Narvacán.

Sumaban éstas escaso número, y los rebeldes contaban millares y millares de hombres: cuando atacaron éstos San Fernando de la Unión, no eran menos de 10.000 indígenas al mando de Mauro Ortiz los que procedentes de Zambales cayeron sobre aquella cabecera.

Así que los insurrectos que emprendieron la marcha hacia Vigan, llegaron al pueblo de Tagudín, la colonia peninsular que se hallaba en la cabecera de Ilocos Sur emprendió la huida hacia Ilocos Norte, aspirando á ponerse en salvo embarcando en ponlines que había dispuestos en Bangui, desde donde podrían los fugitivos trasladarse á Aparri.

El comandante Arqués quedó en Vigan; pero sabedor de la multitud de revolucionarios que contra aquella ciudad indefensa acudían, emprendió su retirada, marchando con sus soldados en la misma di-

rección que la colonia civil peninsular lo había efectuado, esto es, hacia Bangui y Aparri.

En el primero de estos dos pueblos fueron los españoles fugitivos despojados de todo el poco dinero que tenían y del reducido equipaje que habían podido transportar.

No sin grandes dificultades lograron la mayor parte de aquellos desgraciados embarcar, y bajo la acción de un duro temporal del Norte milagrosamente llegaron á Aparri, habiendo de pagar á peso de oro el flete de aquellos barquiclmelos que los condujeron.

En tanto esto acontecía á gran número de los fugitivos, y mientras los militares recorrían el trayecto desde Vigan á Laoag, los revolucionarios ocuparon tranquilamente la cabecera de Ilocos Sur.

La ciudad de Vigan recibió á éstos á vuelo de campanas y con arcos triunfales, cohetes y luminarias. Traían los insurrectos por jefe un joven estudiante titulado coronel, llamado Manuel Tinio, mucho más educado y humanitario por ende que su hermano, el segundo jefe de aquellas fuerzas revolucionarias.

Al día siguiente de ocupar Tinio la ciudad de Vigan, dispuso el embargo de todos los bienes pertenecientes al Estado y á los particulares fugitivos, mandando se formasen los correspondientes inventarios; mas en la hora en que esto se ordenó practicar, ya habían sido saqueados todos los edificios públicos y particulares.

Reforzadas las huestes de Tinio con muchos ilocanos que á ellas se unieron después de constituir en Vigan el organismo de los revolucionarios, continuaron la marcha hacia Ilocos Norte, dejando asimismo en los pueblos del tránsito las nuevas autoridades locales revolucionarias, y llegó Tinio á Laoag, en cuya cabecera de provincia, que tantas muestras de amor á España había dado, y en la que hoy mismo existen muchos naturales que la bendicen, fué recibido el citado jefe de las fuerzas revolucionarias con agasajo igual al que le habían dispensado los de Ilocos Sur en la ciudad de Vigan.

Como quiera que los acontecimientos se habían desarrollado en aquella comarca con gran rapidez, Tinio alcanzó por el camino á muchos de los españoles fugitivos, y declarándolos prisioneros los concentró en Laoag, en donde también las gentes de aquel cabecilla cometieron fechorías.

Mientras Tinio constituía en la cabecera de Ilocos Norte el gobierno provincial revolucionario, destacó fuerte columna al mando de su hermano con el objeto de que alcanzase las tropas españolas mandadas por el comandante Arqués, y también con el especial encargo de que se apoderase del Obispo de Vigan y religiosos que le acompañaban. El aprisionamiento de los particulares era lo que en último término inte-

resaba á Tinio. Las fuerzas de éste alcanzaron en el pueblo de Bangui á las españolas del comandante Arqués, y éstas capitularon en forma honrosa pero incumplida por parte de los revolucionarios; pues además de haberse éstos comprometido á respetar las vidas y haciendas de los capitulados, fueron despojados éstos de cuanto dinero ó cosa que lo valiese llevaban. Y continuaron en aumento las violaciones del pacto: pues al conducir el comandante Tinio los españoles capitulados en Bangui á la cabecera de la provincia, llegaron los revolucionarios al criminal exceso de maniatar á un teniente de nuestro ejército, y recorriendo los sitios más públicos de la ciudad, lo detuvieron frente á la llamada casa presidencial, que había sido el Gobierno civil, frente á la cárcel y convento donde se alojaba Tinio, y en cada uno de los indicados lugares descargáronle cincuenta palos coreados con los gritos de la siniestra irración que experimentaban algunos de aquellos crueles espectadores.

La justa indignada protesta que contra tan vergonzoso hecho produjo el comandante Arqués, acompañado de todos los oficiales con él prisioneros, ante Tinio, exaltó al jefe de los insurrectos, disponiendo éste fueran inmediatamente conducidos á Vigan Arqués y sus oficiales, obligándoles á efectuar el viaje á pie, é incomunicándoles en la cárcel de aquella cabecera. Cuando más tarde, á ruegos de muchos principales de dicha población, salieron aquéllos de la cárcel, quedando prisioneros en la ciudad, ya estuvieron en mejores condiciones, pues no fué Vigan ciertamente el lugar donde los prisioneros españoles fueron peor tratados: el vecindario en general los socorría, y ejercía allí funciones de comisario de guerra, cuyo título ostentaba, un filipino llamado Clemente Valencia, que todos los días sentaba á su mesa diez españoles de los prisioneros que en Vigan habían sido concentrados.

Los fugitivos civiles de aquellas provincias ilocanas pudieron llegar milagrosamente á Aparri, en la provincia de Cagayán: habían corrido en las dos frágiles embarcaciones que á aquel puerto los condujeran graves peligros, como ya hemos apuntado; el venerable prelado de aquella diócesis de Nueva Segovia otorgó solemnemente la absolución, que él creía ser la última, á los que le rodeaban sobre la cubierta del pontón *San José*, á los religiosos y demás españoles que tan azarosamente con aquel virtuoso obispo navegaban, los cuales, puestos todos de rodillas, imploraban la divina clemencia creyendo haber llegado el último momento de su vida.

Los demás fugitivos que con las autoridades civiles habían al fin conseguido embarcar en el otro averiado barquichuelo que en la playa de Nagabungan hallaron, también corrieron á la vista del *San José* el temporal.

Unos y otros desdichados españoles fugitivos lograron desembarcar en Aparri; mas no alcanzaron allí la realización de sus soñadas aspiraciones. Creían que á tal lugar iría desde Hong-Kong un vapor que los había de conducir á lugar seguro. ¡Qué gozo experimentarían aquellos infelices al divisar la bandera española arbolada en el palo mayor de un buque que, en efecto, se dirigía hacia donde ellos estaban en mortal ansiedad aguardándole!

Pero ¡ah!, aquel barco, así que recibió al práctico del puerto de Aparri, arrió inmediatamente la bandera española sustituyéndola con la de la revolución filipina. ¡Qué desilusiones tan amargas! Nuestros infelices compatriotas, al huir de las rocas de Escila, cayeron en los profundos abismos de Caribdis.

Aquel barco, cuyo arribo al puerto de Aparri maló la última esperanza de la colonia española que allí se había refugiado, era el vapor *Compañía de Filipinas*, y á su bordo venían fuerzas revolucionarias destinadas á posesionarse en nombre del Gobierno filipino de aquel territorio. Cumplieron su cometido bien fácilmente por cierto, según tenía que acontecer, dada nuestra escasez de medios de defensa en todas partes. En Aparri, el más estratégico de los puntos de la costa septentrional de la gran isla de Luzón, puerto sobre la margen izquierda del río grande de Cagayán, y que á escasisima distancia cuenta con el arranque del camino que de N. á S. atraviesa todo el centro de dicha isla, del que se bifurca el camino que sigue todo el litoral del Oeste, no contábamos con más fuerzas españolas que las representadas por unos pocos soldados de infantería de Marina y otros pocos guardias civiles indígenas: 40 fusiles en junto.

El pundonoroso oficial que los mandaba no pudo resistir el tropel de súplicas y ruegos que para capitular se le dirigieron, ni tampoco habría podido combatir más que á la desesperada durante pocos minutos, dados los medios con que los revolucionarios contaban, y se rindió, entregando las armas á los del «Ejército libertador».

Bien presintió aquel infortunado oficial el fin que alcanzaría, cuando al firmar el acta de rendición dijo: «Sé que firmo mi sentencia de muerte».

Los actos criminales que mancharon para siempre la revolución filipina se cometían á granel en las provincias del N. de Luzón: allí nuestros pobres prisioneros fueron escarnecidos y abofeteados, los españoles de todas clases y jerarquías sujetos á torturas inenarrables, por lo que el espíritu se acongoja al contemplarlas; allí se apaleó á algún jefe de provincia, cual el gobernador de La Isabela, por haber satisfecho con el caudal del Erario los haberes que correspondían á los funcionarios y soldados y no haberlo reservado para su entrega á los

revolucionarios; se llegó allí á obligar á beber enormes cantidades de agna criptogámica á algún religioso prisionero, hasta que la distensión abdominal del martirizado invitaba satánicamente al criminal autor de tal fazaña á pisotear la región inundada de su víctima; se llegó allí, no seguramente por hombres de guerra ni informados por doctrina alguna política, sino por monstruos aberraciones de la humanidad, á la acción canibalesca de colgar de un madero á algún oficial de nuestro Ejército, para cortarle de uno de sus muslos un trozo de carne que llevó á su boca el sanguinario verdugo de aquel mártir seglar; se llegó allí á descargar 8.000 bejucazos, subdivididos en tandas de 200 cada una, á algún religioso de vida ejemplar por todos sus feligreses proclamada; se llegó allí á que un mozalbete, jefe improvisado en aquel ejército, que se llamaba libertador, pusiera sus manos sacrilegas sobre el rostro del venerable obispo de la diócesis, prototipo de virtud, también por todos preconizada.

La revolución filipina fué cruelísima con nuestros prisioneros del Norte de Luzón, con lo cual no queremos decir que estos desdichados compatriotas civiles, eclesiásticos y militares, no hallasen verdaderos consuelos en la misma comarca. También en ella recibieron de gran número de familias indígenas los auxilios que precisaban para el soporte de tanta miseria y amargura. Y allí hallaron los prisioneros españoles la generosa mano de la Compañía general de Tabacos de Filipinas, la cual, tanto en sus casas de la provincia de Cagayán, cuanto en las de La Isabela y en todas las instalaciones que en las islas posee, repartió los recursos que evitaron seguramente la muerte de muchos españoles prisioneros en aquellas ingratas tierras.

Acabamos de sintetizar de qué suerte la revolución filipina se apoderó de muchas provincias del Archipiélago, sin que ofrezca pormenores de muy distinta índole la forma en que la dominación española desapareció de las demás; pero no nos es lícito omitir la narración de los sucesos que hicieron desaparecer la última bandera española en el territorio de Luzón, y además dejar de describir la manera extraña con que perdimos la dominación en el Archipiélago de las Marianas.

Baler. — Hemos visto que la marcha triunfante de dicha revolución tuvo que salvar obstáculos serios, ofrecidos por un puñado de soldados españoles en algunos lugares, que sólo cuando se vieron exánimes y sin balas que disparar se entregaron al enemigo; pero no debemos dar por terminado el pobre extracto de acontecimientos tales sin aludir siquiera al grandioso hecho llevado á cabo por nuestros soldados defensores de Baler. Eran un solo puñado: 47 cazadores del batallón núm. 2: los mandaba el capitán D. Enrique de Las Morenas y Fossi, comandan-

te político-militar del distrito, y los tenientes Alonso y Martín; tres religiosos franciscanos, uno el párroco de aquel pueblo y dos procedentes de Casiguran, completaban el número de los bravos defensores de la soberanía de España en aquel pequeño pueblo, que resultaba por la naturaleza una formidable posición; el terreno es escabrosísimo, lo cual hace muy difíciles las comunicaciones terrestres.

Las fuerzas filipinas revolucionarias atacaron una, y ciento, y mil veces inútilmente aquel destacamento; provistos los nuestros de municiones de guerra, y dispuestos á economizar mucho las de boca, resolviendo, si llegaba el caso, alimentarse con los vegetales que podían cultivarse allí, y aun con las hierbas que espontáneamente aquel suelo fértil genera hasta sobre las piedras mismas, un año después de capitulada Manila, y de perdido para España todo el Archipiélago, los defensores de Baler continuaban manteniendo ondeante y hermosa ja bandera de la Patria.

El jefe del destacamento, capitán Las Morenas, murió: hacía meses que fumaba hojas secas de maíz, con las que llegó á no sentir la carencia absoluta del tabaco, á cuya planta era frenéticamente aficionado aquel infortunado oficial.

Asumió el mando de aquellos valientes el teniente Martín, y todo continuó igual: los sitiados se hicieron excelentes tiradores: no dejaba de hacer blanco ni un solo proyectil de los que enviaban al enemigo: con pocas obras de arte lograron que aquella posición fuese inexpugnable.

Enviábanles los revolucionarios periódicos de Manila, con el objeto de que viesen cuán inútil era la tenaz resistencia que ofrecían, invitándoles á capitular y ofreciéndoles desde luego los honores que su honrosa defensa reclamaba; los de Baler respondían siempre negándose rotundamente á tal demanda.

Y transcurrían meses y más meses, y los españoles continuaban en Baler.

El general Ríos encomendó á un distinguido capitán, D. Miguel Olmedo, quien, perteneciendo al 8.º de Cazadores, había adquirido en la esklación de Vigáa justo renombre, procurase, poniéndose de acuerdo con las autoridades revolucionarias, si era posible la retirada á Manila del destacamento de Baler, cuya gloriosa resistencia no tenía ya finalidad alguna.

El Gobierno revolucionario acogió bien los deseos del general Ríos por el capitán Olmedo expresados, y acompañado éste de un jefe del «Ejército liborlador» que había pertenecido al nuestro, el Sr. Sityar, acudió á comunicar á los defensores de Baler la orden del general Ríos. Negáronse también aquéllos á parlamentar con el capitán Olmo-

do, al cual no quisieron tampoco dar respuesta al oficio del mencionado general, el cual habla ya encomiado al Gobierno de S. M. la singular heroica conducta de aquel puñado de soldados, todos, según el general Rios, dignos de la laureada cruz de San Fernando. -

Tan excepcional conducta, sobre todo después de haber recibido los de Ila la comunicación del Capitán general, en la que, por haber cesado nuestra dominación en Filipinas, les mandaba retirarse inmediatamente á Manila, ciñéndose á las instrucciones verbales que del capitán Olmedo recibirían, llegó á producir extrañeza, y hasta dió origen á comentarios muy opuestos y contradictorios; pues cuando el general Rios envió dos ó tres meses después un nuevo delegado para saber en qué consistía tan tenaz resistencia, tampoco pudo lograr explicativa alguna, teniendo el citado delegado que regresar á Manila lo mismo que el primero. Mas todas las sospechas se disiparon con el tiempo, y, transcurrido éste, resplandeció con la aureola más brillante que en torno de un hecho de guerra puede haber, la conducta de aquel grupo de soldados españoles, á los que las privaciones redujeron á 31.

Habiéndose intentado en distintas ocasiones por los jefes del Ejército revolucionario engañar á los defensores de aquella abrupta posición, viendo el enemigo la tenacidad con que era defendida, no quisieron ya creer en nada ni en nadie que tendiera á hacerles abandonar el lugar confiado á su custodia. No conocían la firma y rúbrica del general Rios; sabían la guerra cruda que desde el 4 de Febrero de 1899 sostenían los americanos con los filipinos, y llegaron á pensar que en aquel estado de cosas, el mantenimiento de aquella posición interesaba á la causa de España grandemente, y aquellos pocos soldados, inspirados en tan hermoso concepto, so hicieron héroes.

Así entraron en Manila, cuando creyéndose al fin bien informados, abandonaron aquel lugar de tan glorioso hecho, abriéndoles las filas los revolucionarios que los cercaron y conduciendo aquéllos todo su armamento, municiones y documentación.

Los elementos españoles que quedaban en Manila agasajaron solemnemente á aquellos valientes, fiel trasunto de los de Leonidas en las Termópilas.

En las islas Marianas.—La ocupación por los americanos de las islas Marianas merece, por la forma extraña en que se efectuó, algunas líneas. Los intereses de España estaban allí confiados exclusivamente á la influencia moral. Jamás acumulamos en aquel grupo de islas tan apartadas medios efectivos de defensa; la única que ofrecía Agaña, cabecera de la isla de Guam, eran unos pocos antiguos cañones del más

reducido calibre, emplazados sobre murallas que por metros se desmoronaban siempre que tenían que dispararse aquéllos para conmemorar los días del sanio ó del natalicio de los Reyes de España.

Hasla pocos años há, los escasos elementos oficiales que gobernaban y administraban aquel Archipiélago, así como los habitantes del mismo, recibían noticias de lo que en el resto del mundo acontecía cada diez y seis ó diez y ocho meses: hubo allí gobernador político-militar honrado y valeroso, el cual cometió la travesura de abandonar su destino, y, aprovechando la recalada en aquel remoto lugar de un buque ballenero, efectuó un viaje á Europa de incógnito: un año había transcurrido cuando regresó á las islas Marianas, posesionándose de nuevo del cargo, previo un «no hay novedad» del secretario de aquel Gobierno; pues, en efecto, mientras la larga ausencia del gobernador no se había recibido allí comunicación alguna oficial ni particular: no había ido barco alguno enviado por la Administración española.

Sin más variante el servicio de comunicaciones con las Marianas que el que hemos apuntado, no es de extrañar que el día 22 de Junio de 1898 ignorasen los españoles habitantes de aquellas islas la guerra de España con los Estados Unidos. Así fué que cuando esperaban ansiosos la llegada del buque que les condujera la correspondencia pública y de oficio desde Manila, viéronse sorprendidos grandemente en la madrugada del día citado con la aparición frente á Agaña de cuatro buques de gran porte: eran tales barcos, el crucero protegido de la escuadra americana *Charleston*, que montaba 21 cañones y 300 hombres de dotación con 20 oficiales, y los trasatlánticos cruceros auxiliares *City of Sydney*, de más de 3.000 toneladas, con 6 cañones de 15 y 12 ametralladoras, el *City of Pekin* y el *Australian*.

El comandante del *Charleston*, Mr. Henry Glass, mandaba esta escuadrilla, que contra Marianas resultaba escuadra formidable. Dirigiéronse aquellos barcos á San Luis de Apra, distante 9 kilómetros de Agaña y único puerto habilitado en aquel Archipiélago, compuesto por 17 grupos de islas é islotes.

El capitán del puerto, Sr. García Gutiérrez, y el Médico de Sanidad militar Sr. Romero Aguilar, acudieron á practicar la visita de naves reglamentaria; fueron cortésmente recibidos por el comandante Glass, el cual les manifestó que traía la misión de ocupar la isla por consecuencia de la guerra que España sostenía con los Estados Unidos. Si extrañeza suma causó á los dichos funcionarios españoles la manifestación que acababan de recibir del citado jefe de la Marina americana, estupenda fué la que éste demostró por ignorar los nuestros acontecimiento tan extraordinario cual el de aquella guerra en el mes de Abril iniciada.

El comandante del *Charleston* los refirió algunos detalles, añadiéndoles que los disparos hechos por la artillería de aquel buque no fueron otra cosa sino la invitación á la lucha. Mr. Glass entregó á los mencionados funcionarios españoles una nota en que se hacía constar los nombres de los buques americanos que formaban aquella flota y los de los jefes que la mandaban, consignando á la vez que venía transportando una división del Ejército americano al mando del general Anderson. Muy atentamente, Mr. Glass les añadió manifestasen al gobernador político-militar de aquellas islas acudiese á bordo del *Charleston*, pues deseaba y precisaba conferenciar con aquella autoridad.

Regresaron á tierra los oficiales españoles, dando cuenta de lo acontecido al gobernador político-militar, teniente coronel D. Juan Marina, y este pundonoroso jefe contestó al comandante del *Charleston* comunicándole de qué suerte le impedía el deber militar pisar un barco extranjero enemigo; pero que era también de su deber en tales circunstancias rogarle se sirviera dicho comandante acudir á conferenciar con él en tierra, en el pantalán de Piti, que está implantado en el mismo embarcadero de San Luis de Apra. El alférez de infantería de Marina Sr. Berguezo condujo á bordo del *Charleston* la carta del gobernador político-militar de las Marianas, y trajo la respuesta de Mr. Glass manifestándole al Sr. Marina que, siéndole imposible á su vez bajar á tierra en aquella, lo efectuaría personalmente representado por uno de sus oficiales para celebrar la conferencia aludida al día siguiente.

El gobernador político-militar Sr. Marina reunió aquella noche al elemento militar de la isla, que en junto lo constituían los oficiales mencionados y el secretario del Gobierno, Sr. Duarte, más otro alférez del destacamento de infantería de Marina, acudiendo también á dicha junta los Sres. García y Romero para mayor solemnidad y constancia de los acuerdos que se tomasen.

Convencidos por igual los allí congregados, y presididos por el gobernador político-militar Sr. Marina, de la absoluta imposibilidad en que se hallaban de poder hacer una defensa eficaz por la falta de todo elemento de guerra, unánimemente convinieron en que allí sólo cabía el sacrificio en aras de la Patria, ó entregarse al enemigo.

La conducta de Mr. Glass al siguiente día ya no fué para con los españoles de Marianas tan atenia cual la del día anterior. Al propio tiempo que se veía en los barcos americanos aprestos para el desembarco de tropas, y cuando repletos de soldados veíanse ya algunos botes ganando el barlovento, llegó uno de éstos que de aquéllos se destacó con bandera de parlamento, conduciendo al tercer comandante del

Charleston con un pliego, en el quo Mr. Glass intimaba la rendición de la isla en el perentorio término de treinta minutos.

Inútiles fueron las protestas hechas por el gobernador político-militar Sr. Marina, fundándose en hallarse cuando tal pliego se le entregaba á 9 kilómetros de la cabecera, y, por lo tanto, falto de tiempo para salisfacer lo quo se le exigía respecto á la entrega de las armas en poder de los soldados españoles que estaban acuartelados en Agaña, y que en número de 54 constituían la guarnición de la isla y de todo aquel Archipiélago.

Aceptada forzosamente por los do Marianas la intimada rendición, el tercer comandante del *Charleston* exigió del teniente coronel Marina diese inmediatamente orden para que el deslacimiento de Agaña se presentase en aquel mismo día á verificar la entrega de las armas y pertrechos. El citado oficial del *Charleston* hizo saber al propio tiempo al gobernador de Marianas que, según las órdenes recibidas, debía éste y los demás oficiales y soldados, todos los militares de la isla, ser conducidos á bordo del *City of Sidney* como prisioneros de guerra.

Y así se ejeculó á las cuatro de la tarde de la fecha citada. Quedaron en Agaña los dos ó tres funcionarios civiles que allí había y las familias de los militares en la dolorosa situación que se puede presumir. Efectuado el embarco del elemento militar, una compañía de la dotación del *Charleston* salló á tierra, verificando en el mismo embarcadero de San Luis de Apra la fórmula de izar la bandera americana en aquel territorio, saludándola el *Charleston* con los disparos de ordenanza.

Los barcos americanos hiciéronse á la mar en demanda de Manila y puerto de Cavile, en el quo desembarcaron nuestros prisioneros de Marianas, siendo conducidos al fuerte de San Felipe, en donde es justo manifestar fueron tratados con toda consideración por los americanos.

Cuando éstos abandonaron la isla de Guam, como quiera que no habían dejado muestra alguna do su dominio efectivo más que la bandera izada en el lugar que hemos dicho, los pocos españoles civiles que allí habían quedado izaron de nuevo la bandera española. Patriótico pueril intento do mantener la soberanía do España allí perdida en la expresada forma, aunque ésta no se ajustase al texto del Tratado de Berlín. La bandera americana volvió á ilolar en la isla de Guam, al posesionarse eícelivamente do ella los americanos, transportando á Manila los españoles que se habían quedado allí, los cuales recibían de los naturales y de los tagalos residentes en Agaña y San Luis todo linaje de respetos y consideraciones.

3.º *Prisioneros españoles. Múltiples infructuosos esfuerzos practicados para obtener su libertad.* — En más de una de las páginas que preceden hemos narrado, aunque á la ligera, pues podíamos detallarlas en toda su tétrica extensión, las crueldades cometidas por muchos revolucionarios filipinos con nuestros desdichados prisioneros. Amantes desde muy jóvenes de aquella tierra mientras fué española, después de haber sufrido el infortunio de perderla para España, no la hemos retirado nuestros afectos sinceros. — Cabalmente por ser así, y por haber considerado á los naturales de aquellas islas como hermanos nuestros no menores, nos hemos creído amparados por el buen derecho para exponer con justa obligada dureza la conducta de los malos filipinos, así como hemos consignado con gusto encomios debidos á los buenos.

Era dentro de las humanas miserias explicable que en los primeros momentos, en que sobre los pocos españoles peninsulares residentes en Filipinas lograron fácil triunfo en general los muchos indígenas revolucionarios, cometieran éstos actos que desdijesen de la manera con que los pueblos cultos hacen la guerra.

Más sucedió con respecto á los desgraciados prisioneros peninsulares, que continuaron sufriendo todo linaje de vejaciones y miserias en tanto en cuanto los revolucionarios filipinos no hallaron serio obstáculo para retenerlos en su poder, y esto tardó mucho tiempo en efectuarse: casi dos años.

No estamos nosotros tan seguros cual revela estarlo el escritor español D. J. Pellicena, autor del enérgico folleto *La Verdad sobre Filipinas*, de que el jefe de la revolución en aquellas islas fuese una de las personas más significadas en su propio campo por sus buenos y caritativos sentimientos hacia los prisioneros españoles. Creemos probable que Aguinaldo desease no tratasen mal sus gentes á dichos prisioneros; pero de esto á que el presidente del Gobierno revolucionario y de la República filipina en Malolos proclamada estuviese interesado sólo por humanitarismo y por amor hacia su antigua Metrópoli en dar libertad á los millares de *castilas* que en poder suyo retuvo, hay mucha diferencia, y nosotros entendemos estar más en lo cierto diciendo que el jefe de la revolución filipina se opuso tenaz, aunque solapadamente, á la entrega de los prisioneros españoles mientras no obtuviera el Gobierno filipino las ventajas que soñó obtener de la posesión de aquellos cautivos.

Si Emilio Aguinaldo hubiera deseado sinceramente que aquéllos recobrasen su libertad, la habrían logrado *in continenti*: ídolo de los revolucionarios filipinos, Aguinaldo, después del trágico fin de Antonio Luna, uno de los hijos de aquel país que poseía más ilustración y carácter, no podía hallar resistencias entre los suyos que dejaran de

serle fáciles de vencer. Aguinaldo pudo, pues, alcanzar desde luego se cumplimentase el primer decreto por él suscrito en 23 de Enero de 1899, en el que otorgaba la libertad á todos los prisioneros civiles y militares enfermos: con buena voluntad y la firmeza de carácter que para sostener sus propios prestigios le era conveniente demostrar, no se habría visto en el caso de haber de dictar otras dos disposiciones, con fecha 5 de Julio la primera y 17 de Septiembre del mismo año la segunda, reiterando aquella concesión, que veía siempre burlada.

El hecho de retener durante tanto tiempo el Gobierno revolucionario los prisioneros españoles prueba, según nuestro pensar, que Aguinaldo consideró mejores las ideas que sobre tal cuestión sustentaban los Paterno, los Buencamino, los Flores y otros de sus adláteres, que las no ocultas por los generales de la revolución, Tinio, Concepción, Macabulos y algunos más, los cuales opinaron siempre debía otorgarse la libertad á todos los prisioneros españoles. Lo que hay es que Aguinaldo tampoco se resolvía á oponerse abiertamente á estos últimos, y de vacilaciones tales por parte del titulado Presidente de la República filipina vino á resultar que los prisioneros permaneciesen durante tanto tiempo en poder de los filipinos.

Las negociaciones seguidas por los representantes de España en el Archipiélago con el objeto de obtener la libertad de nuestros inélices compatriotas fueron incesantes.

Previos trabajos privados que resultaron infructuosos, las emprendió solemnemente el general Ríos, el cual, solicitando y obteniendo el concurso de españoles peninsulares aun congregados en Manila, y de los jefes de las casas del comercio nacional y extranjero, logró que suscrita por factores tan importantes para la riqueza pública del país, se dirigiese una sentida carta al Presidente de la titulada República filipina en demanda humanitaria de la libertad de los cautivos. Aun sin carácter oficial, aquella carta de los extranjeros era un documento solemnísimos que los revolucionarios hicieron mal en desairar, y el hecho inverosímil de haber asesinado los rebeldes al honrado Barón Du-Maraís, que gallardamente habíase ofrecido á conducirla al campo filipino, fué crimen que impuso inmenso baldón á los revolucionarios tagalos.

No por la falta de éxito en dichas gestiones mermó en un átomo el interés de amparar á los prisioneros en la forma posible, y aquel mismo comercio extranjero y nacional ofrecía todo su apoyo para cuanto en pro de los prisioneros resultase. La Compañía Marítima, dirigida por el Excmo. Sr. D. Juan Macleod, inglés de nacimiento, español de corazón, como dice muy bien el citado escritor Sr. Pellicena, resolvió poner á disposición del Gobierno de España todos los barcos de la

numerosa flota que posee para el transporte gratuito á Manila de nuestros desdichados compatriotas prisioneros.

El Casino Español, que iniciara sus gestiones en favor de la libertad de los prisioneros á raíz de la capitulación de Manila, practicó verdaderos esfuerzos para aliviar la situación de aquéllos, ya que Aguinaldo no acudiera á la humanitaria demanda de libertad que la Junta directiva de aquel Centro le había dirigido en la fecha aludida: vació las existencias de su caja para adquirir víveres, ropas, tabaco, destinados á los prisioneros; acudió, flutando barcos ó sirviéndose de alguno de éstos propiedad del presidente de aquel Centro, el buen patriota D. Antonio Fuset, á los lugares á que se le permitió llegar de los en que había concentrados prisioneros españoles, repartiendo proporcionalmente los socorros, siempre dignos de loa y aprecio, aun cuando alguna vez, por excepción, no fueran considerados así según lo modestos que resultaban al subdividirse entre tantos millares de individuos necesitados.

¿Quién ignora lo asidua que fué la gestión en pro de la libertad de nuestros prisioneros practicada por el Sr. Arzobispo metropolitano, doctor D. Fray Bernardino Nozalceda, dirigiéndose una y cien veces en las más sentidas cartas á todos los jefes de la revolución filipina, á quienes había conocido cuando eran alumnos de la Universidad, en la que ejerció durante tantos años el profesorado aquel prelado ilustre?

¿Quién ignora los caritativos socorros, de cuantía muy superior á lo que permitía el propio peculio del Arzobispo metropolitano, que después de repartir limosnas á centenares de familias, llegó á anticipar 10.000 pesos, que no eran suyos, para liquidar haberes de prisioneros, en fechas en que el Tesoro público español no disponía en Manila para los funcionarios civiles de un solo centavo?

¿Quién no sabe que si un gran número de familias pudieron conducir sus equipajes á bordo de los buques en que aquéllas se repatriaban, y disponer de algún recurso para atender á su subsistencia en los primeros momentos de su llegada á España, fué por la caridad de aquel prelado?

¿A cuántos de los españoles que habiendo sido ó no prisioneros de los tagalos, y que por modo alguno se atrevieron á embarcar para la Península por miedo á las contingencias de un porvenir que veían para su subsistencia muy oscuro, proporcionó el Arzobispo Sr. Nozalceda empleos, dentro de lo limitado de su jurisdicción después de perdida la soberanía de España? El prelado melropolitano hizo cuanto le fué posible y más por la libertad de los prisioneros y por socorrerlos antes y después de haberla obtenido.

Para el logro del *desiderátum* que en todos los elementos peninsu-

lares naturalmente se notaba de que los prisioneros españoles recobrasen su libertad, cooperaban también con entusiasmo elementos del país de los de mayor ilustración reconocida. El insigne jurisconsulto D. Cayetano Arellano, á quien muchos españoles tanta gratitud deben, aconsejó al Gobierno revolucionario, del que no quiso formar parte á pesar de las insistencias de que para ello íné objeto por parte de Aguinaldo y sus adláteres, la conducta generosa que en tan vital cuestión debía seguir aquel Gobierno.

Gestionó con la mejor buena fe por la libertad de los prisioneros españoles otro distinguido filipino, D. Isaac Fernando de los Ríos, también notable abogado, y ante todo y sobre todo amante de España, hasta el punto de que ésta debiera crigirle, aun en vida de aquél, una estatua en premio de la lealtad más probada, lo mismo el día antes que el de después, por el más esclarecido, según el patrio amor, de los antiguos súbditos de aquélla en las provincias de Ultramar nacidos.

Para alivio de la situación de tanto desdichado prisionero perteneciente á las clases civiles, la Comisión de Hacienda de España en Manila operó del modo y forma que el deber más elemental reclamaba. Habiendo sido honrado el autor de este modesto libro con la presidencia de la citada Comisión, no nos es lícito extractar siquiera lo más sustancial del servicio indicado. Los que pertenecieron al gran grupo de prisioneros civiles no ignoran hasta el extremo á que aquella Comisión llegó para no dejar de enviar socorros por cuenta de los haberes que durante el cautiverio devengaban los funcionarios prisioneros que no pertenecían á clases militares.

Nombrado Cónsul general de España en Manila el funcionario distinguido del Cuerpo Sr. D. Luis Marinas, el cual había prestado ya singularísimos servicios en Singapoore, comenzó este digno representante de España en aquellas islas, desde su llegada en Junio de 1899, á gestionar con actividad suma en pro de los prisioneros españoles; mas no hay que buscar en esta cuestión el colosal éxito que dicho Cónsul ha logrado en otros asuntos que en pro de España y los españoles ha acometido con toda suerte de dignas energías, cuales las empleadas en el asunto relativo á la prisión del gran escritor Romero Sallas y en otros de gran cuantía dentro del derecho civil. La libertad de los prisioneros la obtuvieron las armas americanas.

La gestión principalmente sostenida según lo apropiada que cuadraba al caso, tratándose de gran número de prisioneros militares, fué la practicada por la Comisión militar que en Manila funcionaba con el epígrafe de «Comisión de selección y transporte del material de guerra», creada meses antes de repatriarse el general Ríos, último gobernador general del Archipiélago.

Después de mil tanteos sobre la cuestión de la libertad de los prisioneros españoles, el veterano general D. Nicolás Jaramillo, que presidía aquella Comisión, emprendió serias negociaciones con el Gobierno filipino.

Comenzamos por declarar que no conocemos acerca de tales negociaciones documento oficial alguno; pero á la vez afirmamos pueden nuestros lectores aceptar como bueno lo poco que diremos, recogido por los medios de información con que, dada nuestra larga residencia en Filipinas, hemos podido contar en el campo de los revolucionarios. Además de esto, ha visto ya la luz pública algún libro, cual el del ilustrado escritor D. Luis Moreno Jerez, respecto al asunto de que nos ocupamos, y allí se ve la copia de algún documento que puede servirnos de base para arpegiar, cual lo hacemos, sobre este lema.

Indudablemente el general Jaramillo aplicó á la cuestión de los prisioneros una fuerza de voluntad á toda prueba.

Aun ignorando los pormenores de su gestión, vióse claramente que ni lo infructuoso de las practicadas con anterioridad á las fechas en que el Gobierno le confirió la representación en tan grave asunto, ni las decepciones que experimentó por la informalidad del Gobierno de los filipinos, mermaron ni un ápice sus propósitos humanitarios.

El general Jaramillo nombró una Comisión compuesta de los señores D. Antonio del Río, ex gobernador civil de la provincia de La Laguna; D. Enrique Marcaida, y D. Enrique Toral, comandante de Estado Mayor. Por de pronto, esta Comisión, provista del pase necesario para poder pasar las líneas del ejército americano, emprendió su marcha hacia el campo filipino, llevando como medio de acreditar su carácter y representación una muy digna, sentida y razonada carta, según el común decir, suscrita por el general Jaramillo y dirigida al Presidente de la República filipina proclamada en Malolos, siquiera el general español que se la enviaba sólo encabezase y rotulase el dicho documento con el epígrafe: «Al honorable Sr. P. Emilio Aguinaldo y Famy».

La Comisión española, que también con anterioridad á su salida de Manila contaba con el pase correspondiente para atravesar las líneas del ejército revolucionario, llegó debidamente escoltada por fuerza americana, que llevaba una bandera blanca, basta un lugar cerca de Maasim, que se consideró zona neutral, y desde allí, escoltada la Comisión por fuerza filipina, que arbolaba también una blanca bandera, se dirigió á San Miguel de Mayumo, desde cuyo pueblo enviaron obligado saludo de presentación en aquel territorio, ocupado por los revolucionarios, al Presidente de la República de los mismos. Dispuso éste que el coronel Meri, del ejército filipino, fuese á recibir á la Comisión

española al pueblo de Baliguag, y la acompañase hasta la residencia del jefe de la revolución filipina.

Corría ya ósía en fechas lalcs verdaderas vicisitudes que la obligaban á cambiar de lugares para la instalación de la Presidencia y Gobierno de la República, y así aconteció que cuando el Presidente del Consejo de la República se informó de la próxima llegada de la Comisión española á la cabecera de Nueva Écija, dispuso se comunicase á aquélla que el Gobierno se había trasladado á Tarlac, y que el Presidente de la República hallábase en Angeles. Prontamente se trasladó éste á Tarlac, y antes de recibir á los comisionados españoles preguntóles de oficio si acudían á tratar acerca de la libertad de los prisioneros con el carácter de enviados oficialmente por el Gobierno de España. En el absoluto aislamiento en que la revolución filipina se ba hallado, siempre demostraron sus directores procurar algún acto de ostensible reconocimiento de aquella su soñada nacionalidad. Nuestros comisionados enviaron á D. Emilio Aguinaldo la carta credencial que hemos dicho traían del general Jaramillo, y fueron recibidos en Tarlac con grandes consideraciones, habiéndoles destinado el jefe de Estado Mayor del ejército filipino, general D. Pantaleón García, una guardia de honor, que fué agradecida, pero rechazada.

Aguinaldo nombró como comisionados especiales para acordar con los españoles, previa ratificación, la libertad de los prisioneros á los Sres. D. León María Guerrero, D. Ambrosio Flores y D. Alberto Barreto, secretarios de Estado los dos primeros, y director de Diplomacia el último.

Las negociaciones comenzaron: los detalles incompletos á ellas correspondientes que nosotros adquirimos, ni la Comisión española nos los hubiera facilitado, ni fuimos nosotros tan indiscretos que acudiésemos á rogar á la misma nos los proporcionase; los hemos adquirido por nuestros propios medios de información en aquella tierra filipina, según hemos dicho, y por lo que se hizo del público dominio, sin que se haya negado por nadie.

Justo es declarar que la total labor practicada por la Comisión española cerca del titulado Presidente de la República filipina y de su Gobierno, no pudo ser más digna y entusiasta; y si el éxito no coronó tan nobles esfuerzos, ciertamente no debe achacarse el hecho á deficiencias de aquella representación española.

La publicación de todas las actas correspondientes á las mismas celebradas por dicha Comisión con la filipina, vendría á evidenciar nuestra afirmación.

En la primera parte de tales negociaciones, la Comisión española defendió con enérgica argumentación el concepto de que el Gobierno

filipino debía otorgar la libertad absoluta de todos los prisioneros españoles sin excepción alguna, pues era inadmisibile de todo punto el propósito expuesto por la Comisión filipina de excluir de aquella gracia á los individuos pertenecientes á las Ordenes religiosas. La Comisión española alcanzó la declaración hecha por aquella de que el titulado Gobierno de la República otorgaría la libertad de los prisioneros sin limitación alguna, mas estableciendo una serie de condiciones imposibles de ejecución por parte de España. La menos importante era la que se referia á la remuneración metálica que el Gobierno filipino exigia, y que después de mil protestas de respeto y consideración hacia la antigua Metrópoli, señaló fuese la de 7 millones de pesos: sólo en virtud de la justa tenaz resistencia presentada por la Comisión española para la aceptación de suma tan cuantiosa, hizo que la Comisión filipina señalase la de 6 millones como cifra concreta invariable para el otorgamiento de la gracia solicitada.

La Comisión española, impulsada por el natural decidido interés que sentia por la libertad de todos los prisioneros, y en el vehemente anhelo de que cesasen de una vez los indecibles sufrimientos que á éstos les condujeran á un estado de consunción y muerte que acongojaba hasta aquellos filipinos, que no sentian en su cerebro las obsesiones del grave error de cálculo que en tal cuestión experimentaban singularmente algunos individuos del Gobierno de la revolución, demostró gran empeño en que la dicha cifra de 6 millones se limitase á la de 2, con lo que creía habria de ser más viable la pretensión de los tagalos, mas no se llegó á acuerdo alguno.

Sin duda, para transmitir al Gobierno de S. M. dicha pretensión y las relativas al reconocimiento de independencia, aun cuando este punto quedase pronto descartado por lo imposible de ejecutar, según opinó ante sus consejeros letrados el mismo Aguinaldo, que no reunia ni con mucho tal condición, y á la del canje por títulos definitivos de las carpetas provisionales del empréstito de Filipinas, que habian caído en poder de los revolucionarios, la Comisión española decidió su regreso á Manila, pero no quiso efectuarlo sin procurar llevarse alguna muestra efectiva de su humanitaria gestión. Y, en efecto, aparte de lo discutido á que hemos hecho referencia, presentó á la Comisión filipina la demanda de una disposición que viniera á hacer efectivo el decreto de Aguinaldo de fecha 23 de Febrero, otorgando la libertad á los prisioneros civiles y militares enfermos, pidiendo además que se diera inmediata libertad á los héroes de Baler, los cuales no podian ser considerados prisioneros de guerra después de una resistencia tan desusada, objeto de la admiración de propios y extraños. Para la realización de estas dos peticiones, Aguinaldo ofreció el día 5 de Julio dictar un

decreto de inexcusable cumplimiento para el anteriormente citado, y procedió sin pérdida de tiempo á otorgar el correspondiente á los héroes de Baler, los cuales pudieron regresar con la Comisión española á Manila: la Comisión llevó además 12 ó 14 prisioneros civiles y oficiales enfermos.

Mas no había llegado aún el suspirado fin de los padecimientos que minaban la vida de los prisioneros españoles, acabando con la de muchos.

Enterado el Gobierno americano de que entre las Comisiones española y filipina que pactaban la libertad de aquellos desgraciados se estipulaba la entrega de dinero, en cuantía que las autoridades de los Estados Unidos consideraban bastante para aumentar los medios de que los filipinos disponían para la continuación de la guerra que venían sosteniendo, opuso su veto al rescate por dinero de los prisioneros españoles, si bien el general Otis, gobernador militar de los Estados Unidos en Filipinas, manifestaba estar dispuesto á hacer por el rescate de dichos prisioneros españoles cualquier sacrificio compatible con los intereses de los Estados Unidos.

De público se refería en Manila lo digno y discreto que el general Jaramillo sostuvo las negociaciones con el general Otis, con el objeto de obtener de éste la autorización necesaria para que un barco con bandera española é insignia de la Cruz Roja fuese á los punios indicados en el decreto por Aguinaldo prometido el 3 de Julio, si bien hasta los primeros días de Septiembre no fué dicho documento conocido en Manila. El general Otis se negó á tal demanda, pues creía atentar ésta á la dignidad de los Estados Unidos; pero reiterando al general Jaramillo el verdadero interés que tenía esta nación en el rescate de los prisioneros españoles, aun cuando desease se obtuviera ante todo por la acción de las armas americanas, no presentó, sin embargo, obstáculo alguno á que fuese un barco con bandera de los Estados Unidos á los puertos defendidos por los revolucionarios filipinos, en que hubieran de recogerse los prisioneros, y tampoco se opuso á que la Comisión española saliese de nuevo por tierra para volver al campo filipino á tratar la cuestión de la libertad de aquéllos.

En vista de todo ello, el general Jaramillo dispuso en los últimos días de Septiembre que dicha Comisión fuese de nuevo á la residencia de Aguinaldo y su Gobierno, todavía instalados en Tarlac, y el día 1.º de Octubre llegaron nuestros comisionados á aquella cabecera de la alta Pampanga.

Fué objeto preferente de los comisionados españoles en esta segunda expedición recabar de Aguinaldo no se opusiera á que el barco que había de recoger los prisioneros civiles y militares enfermos entrase

en los puertos señalados en el citado decreto de 5 de Julio con bandera americana, según exigía el general Olis, y además, suministrar auxilios en metálico á los prisioneros, según lo efectuaron, por medio de leiras á cargo de la Comisión militar, ya que no era á ésta posible enviar moneda corriente á las residencias de aquéllos, por no aumentar los manifiestos recelos de los americanos respecto á la entrega de dinero, que consideraban inconveniente, por la razón que hemos apuntado.

La Comisión española fué recibida muy atentamente por Aguinaldo, quien ya hemos dicho la consideración con que la trató en la primera entrevista. Sin embargo, en esta segunda negociación, el titulado Presidente de la República filipina no pudo ó no quiso evitar la ruptura ruidosa de relaciones diplomáticas que entre ambas comisiones se produjo, originada por los sofismas de Paterno, endiosado Presidente del titulado Gobierno de la República, y por las crueles ingratitudes de Felipe Ruencamino, también consejero de Aguinaldo.

Los comisionados españoles llevaban en esta ocasión al campo filipino lo más que se podía cuerdamente exigirseles por el Gobierno revolucionario: una autorización telegráfica del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Silvela, para tratar acerca de la libertad de los prisioneros, partiendo de la ancha base de que las condiciones que en su día se estipulasen para la libertad de todos serían las mismas, cualesquiera fuese el número de aquellos que por de pronto se libertasen, pues se considerarían éstos como libertados entonces. Por informaciones nuestras de líneas americanas allá, pudimos conocer casi el texto de dicha autorización, que contenía los únicos términos en que el Gobierno de S. M. podía, en efecto, abordar cuestión que tenía el deber de atender, según lo procuró por todo medio. Pero aun siendo así, la autorización aludida no les pareció bastante á los Sres. Paterno y Buencamino.

En las intenciones aviesas que éstos guardaban en su espíritu para cuanto favorable se refiriera á la Nación española que los enaltecía, no era de extrañar comenzasen en tal ocasión por herir gravemente hasta la propia honra de nuestros comisionados, expresando dudas respecto de la autenticidad del telegrama en que se les conferían los poderes exhibidos por los mismos.

Protestando los comisionados españoles de tamaña injuriosa duda, y expresando los conceptos que ésta les merecía, en frases de justísima destemplada exaltación, defendieron la legitimidad del documento que les acreditaba para pactar la libertad de los prisioneros españoles; y al verse vencidos los representantes del titulado Gobierno filipino en virtud de los argumentos por los comisionados españoles expuestos en

demostración de la validez de su representación, acabaron por reconocer la personalidad jurídica de aquéllos, nombrándose de nuevo por el Gobierno filipino la Comisión que, ropresentando á éste, había de sostener las negociaciones con la española: aquella Comisión componíanla las mismas personas que constituyeron la primeramente nombrada.

Entabladas las negociaciones nuevas, y cuando ya se habían firmado las dos actas correspondientes á igual número de sesiones celebradas, otra vez se vieron los comisionados españoles negados en su representación, decretando al mismo tiempo el Gobierno filipino la inmediata cesación de todas las negociaciones.

La informalidad por parte del Gobierno de Aguinaldo no podía resultar más patente; pero, sin embargo, tenía alguna, aunque en buena ley, inadmisibile explicación. Cuando los individuos del Gobierno revolucionario, que se habían opuesto en un principio al reconocimiento de personalidad en los comisionados españoles, según hemos indicado, se habían convencido de que debían ser, en efecto, reconocidos aquéllos como tales, vino, para hacer volver sobre su acuerdo á los filipinos, un incidente extraño. Y fué éste que un H.: «Saturnus», de un grado alto en la masonería filipina, dirigió una carta al Sr. Ambrosio Flores, ministro de la Guerra en el Gobierno filipino, advirtiéndole haber oído decir en Manila que los comisionados españoles no habían acudido al campo filipino provistos de poderes bastantes para recoger los prisioneros españoles; añadiendo sería nulo y de ningún valor todo acto que se intentase llevar á cabo sin la intervención del Cónsul, que era el único representante de España en Filipinas. No se tenía en cuenta que este dignísimo funcionario, que honra al Cuerpo á que pertenece, y por consiguiente á la Nación que representa, no se había siquiera establecido en Manila hasta diez meses después de la capitulación de aquella plaza, cuando los prisioneros llevaban ya más de un año en poder de los filipinos revolucionarios, y cuando precisamente en las mismas fechas en que dicho representante de España desembarcaba en Manila, estaba ya en el campo de los insurrectos filipinos, tratando acerca de la libertad de los prisioneros españoles, la Comisión nombrada por el general Jaramillo y aprobada por el Gobierno de Su Majestad.

Era y es el aludido H.: «Saturnus» un sencillo industrial tagalo, de trato afable, que, á pesar de ser muy conocido en Manila y de no estar ni con mucho tildado de enemigo acérrimo de los españoles, entre los que contaba la mayor parte de su clientela, ignoraba lo que todos sabían; es decir, una disposición del Gobierno de S. M., por el Presidente del Consejo de Ministros comunicada en el mes de Agosto al general Jaramillo, para que éste, como jefe superior de la representación es-

pañola que en la capital del Archipiélago quedaba, se entendiese autorizado por el Consejo de Ministros para resolver en lo relativo á los prisioneros españoles cualquiera duda que se presentase sobre embarques, socorros ó disposiciones urgentes de gobierno.

La sarta de pretextos é informalidades opuestas á la honrada gestión de los comisionados españoles por el titulado Presidente del Consejo de la República, Sr. Paterno, y por Bnencamino, trazó un verdadero calvario, que recorrieron con la posible calma nuestros comisionados en gracia de lo humanitario de su cometido: sin la exacta noción de tal deber, Dios sabe cuál habría sido el incidente terminación de alguna de las conferencias celebradas.

Después de haber oído los comisionados españoles de propios labios de los filipinos la declaración de que éstos retenían en su poder los prisioneros con objeto de obtener las mayores posibles ventajas en todo orden, concretando los filipinos nuevamente sus exigencias ya conocidas, redujeron éstas á dos:

1.^o Que España reconociese la independencia de Filipinas el día en que cesasen las dificultades que al presente se oponían por los Estados Unidos.

2.^o Que España había de pagar como remuneración 7 millones de posos.

Después de rechazar nuestros comisionados semejantes absurdas pretensiones, manteniendo los individuos de la Comisión filipina al parecer su criterio cerrado sobre ellas, la Comisión española manifestó las pondría en conocimiento del Gobierno de S. M. Cuando las Comisiones volvieron á reunirse á las cuarenta y ocho horas, los filipinos, prescindiendo en absoluto de que la cuestión suscitada acerca de la validez de poderes de la Comisión española había quedado favorablemente resuelta, volviendo los filipinos sobre su acuerdo, según hemos dicho, por haberse recibido en Tarlac la carta á que aludimos, y declararon, según también hemos manifestado, la ruptura de todas las negociaciones, afirmando no habrían de reanudarse mientras los comisionados españoles no presentasen los poderes en forma para tratar la cuestión como de Gobierno á Gobierno. Hé aquí el daño, tal vez inconscientemente causado por el Il.^o «Saturnus», aun cuando nosotros pensemos que si Paterno y Bnencamino, y singularmente este último, el cual en tales fechas ya buscaba fórmula de aproximación hacia los americanos, no hubieran dispuesto como pretexto de la carta del sencillo masón á que aludimos, habrían inventado otros recursos para llegar al mismo fin.

Si los comisionados españoles no habían presentado sus poderes al Gobierno filipino en la forma diplomática que éste reclamaba y no po-

dia obtener, en cambio, como lales enviados por el Gobierno de España dicho Gobierno los consideró para despedirlos del territorio ocupado por las fuerzas revolucionarias, pues el secretario de Guerra don Ambrosio Flores puso de la noche á la mañana en manos de aquéllos los pasaportes para que regresasen á Manila.

Esta brusca determinación del Gobierno filipino había sido adoptada por el singular empeño que Paterno y Buencamino habían puesto en que el general Otis se entendiera directamente con los filipinos para otorgar la libertad á los prisioneros españoles, ya que no obtenía de España el Gobierno de los revolucionarios tagalos, tan pronto como éste deseaba, las ventajas que por tal rescate con tenaz insistencia pidió. Mas el general Otis negóse en redondo á negociar con el titulado Gobierno filipino, manifestando no recibiría por modo alguno á la Comisión que á dicho Gobierno representase, y en el despecho en que por tal fracaso se agitaban el titulado Presidente del Gobierno revolucionario y el ministro de Relaciones exteriores mencionados, concibieron el plan de romper las relaciones con los comisionados españoles, provocándoles á una actitud á que no quisieron llegar éstos ni aun por las lesiones de amor propio que habían recibido y soportado, sólo en gracia de que no se malograra por ellos tanto esfuerzo en pro de nuestros pobres prisioneros.

La Comisión española abandonó á Tarlac, siendo despedida atentamente por Aguinaldo, y acompañada hasta las mismas líneas americanas por los generales del Ejército revolucionario Venancio Concepción y Alejandrino, cuya conducta benévola con nuestros comisionados pudo atenuar en algo la amargura por éstos sufrida en el campo filipino: en la actitud de los dos citados jefes y en algunos más del Ejército filipino, llegaron nuestros comisionados á confiar obtener en lo ulterior los resultados que hasta entonces no les había sido posible alcanzar.

Pero con tantas dilaciones en la cuestión del rescate de nuestros prisioneros, unas veces determinadas por los incidentes á que acabamos de aludir, y otras por la aparición de dificultades internacionales, que obligaban al Gobierno de S. M. á ordenar se suspendiesen todas las negociaciones, continuaba indeterminadamente el angustioso estado en que vivían sumidos dichos prisioneros, y además, con esas dilaciones se dió lugar á que se produjesen hechos tan crueles como el macheteo de que fueron víctimas 116 de estos desdichados en Camarines.

Con tales dilaciones, llegó también el momento en que, estudiado por los americanos el plan de campaña que habían de seguir, y sumados ya los elementos que para llevarlo á la práctica necesitaban, emprendieron el decidido avance, en virtud del que se libertaron todos los

prisioneros que se hallaban en las provincias del Norte de Luzón y en las del SE., á los cuales recibieron las tropas americanas con agrado, prestándoles todo el apoyo que reclamaba la triste situación de aquéllos.

Sin embargo, hacia el S. de la misma isla aun sufrían el cautiverio en Tayabas y Camarines algunos prisioneros españoles, por la tardanza en acudir á dicha comarca las tropas de los Estados Unidos; y el general Jaramillo y los comisionados que tan patrióticamente habíanle secundado en la ardua empresa de gestionar la libertad de todos aquéllos, no se desposeyeron, al cesar las negociaciones con el Gobierno filipino, del deber de practicar como ciudadanos españoles, y dando siempre cuenta al Gobierno de S. M. de cuanto pudiese redundar en pro de nuestros compatriotas cautivos.

Gestionó la Comisión militar por el general Jaramillo presidida, con verdadera fortuna, cerca del general filipino Trias, la libertad de los que existían en los puntos últimamente mencionados, y este general de la revolución, que desempeñaba el mando en jefe en todo el Sur de Luzón, sin dádivas ni ofertas, puso en libertad los próximamente 200 españoles que en su extensa jurisdicción se veían privados de ella: 197 entre jefes, oficiales y soldados.

Las órdenes que Trias dió con el fin de que no quedase un solo español prisionero en las provincias de su mando fueron tan enérgicas, que se hicieron de inexcusable cumplimiento. Cuando el presidente local del pueblo de López las recibió, hízolas conocer inmediatamente al grupo de aquellos desdichados compatriotas nuestros que en el expresado pueblo se custodiaban, y el aludido jefe local prorrumpió en tal acto en un entusiasta ¡viva España!, grito que, en voz clara, es posible fuera el primero que hubiera producido el citado jefe de aquel pueblo, enemigo declarado de los españoles.

Aparte de estos parciales triunfos, muy dignos de loor, encomio y agradecimiento, que no sabemos si el Gobierno de S. M. habrá dispuesto de tiempo para enterarse bien de ellos y premiarlos en la medida justa y equitativa á que obligado está, se procuraron algunos prisioneros su libertad, afrontando por sí mismos todo linaje de riesgos, escapándose de las manos de sus opresores, y logrando, recorriendo cautelosamente á pie las espesuras de aquellos bosques casi impenetrables, ó navegando asidos á un madero por aquellas procelosas aguas, ganar algún punto ya ocupado por los americanos.

Se libertó algún prisionero por personal amistad con los jefes revolucionarios que los custodiaban, los cuales no tuvieron inconveniente en resultar para nosotros agradablemente desleales á su Gobierno, á quien en todo lo demás obedecían.

Logró algún prisionero su libertad, perdida durante tanto tiempo, comprándola mediante precio en dinero ó en especie, singularmente por la entrega de alguna pareja de buenos caballos ó por la de algún buen brillante de Hullmann, Levy ó Ansorena.

Recobró su libertad algún prisionero, hasta por los medios que le proporcionó para ponerse en salvo el amor de alguna tagala virtuosa, esposa luego del liberlado, en virtud del justo premio que éste otorgara á la que tal bien le causó.

Como no la recobró, ni era fácil la recobrarse prisionero alguno, fué por aquella extraña traviesa ingerencia que un repatriado civil, á su llegada á la Península, quiso hacer valer cerca del Sr. Silvela. Toda la prensa de Manila protestó contra tan osado proceder; mas como quiera que la distancia impedía al Presidente del Consejo de Ministros conocer aquellos fundados extensos clamores de la pública opinión en Filipinas; como, por otra parte, se sabe bien que entre las grandes cualidades que posee el jefe de la unión conservadora no está comprobada la de grandes enterezas de carácter, y como, por último, era natural que el Presidente del Gobierno sintiese verdadero anhelo por ejecutar cuanto creyese conveniente al rescate de los prisioneros españoles, prestó atención y amparo á la aludida extraña traviesa ingerencia, y la premió en forma que el ingerente no podía resultar más complacido, ni más vulnerada por su propio autor la ley de selección.

Hechos dicho, y no huelga repetirlo por lo que el hecho tiene de exacto, que la inmensa mayoría de los prisioneros españoles, sólo al avance de las armas americanas debieron su libertad.

4.ª *Repatriación.* — Con el hecho triste de la capitulación de Manila se presentó para los españoles peninsulares que la poblaban el problema de repatriarse: el calor que sentíamos en nuestras mejillas por haber sido en forma tan insólita vencidos, nos condujo á un solo anhelo: al de repatriación.

Pero ésta no podía efectuarse en conjunto ni en plazo tan breve, por dos causas: primera, porque hasta la funesta fecha de la firma del Tratado de París aun existía en España y en Filipinas quien, á pesar de lo declarado por Mac Kinley y cundido por Morgan con fruición, juzgaba con optimismos patrióticos quedarían aquellas islas bajo la soberanía de España.

La segunda razón para que no pudiese llevarse á cabo la repatriación en forma tan rápida cual la deseada por los elementos españoles que en Manila se habían congregado, consistía en que la numerosa flota de la Compañía Transatlántica, ni aun aumentada con los 20 ó 30 bu-

ques que fletó para llenar con cuanta presteza pudo tan apremiante servicio, resultaba suficiente, dada la extensión del mismo.

La expresada Compañía había de repatriar, y repatrió en cerca de 130 expediciones sin la más ligera avería, y sin que jamás ocasionase el relardo de veinticuatro horas en ninguna de ellas el hecho de no percibir el importe de las liquidaciones correspondientes á cada expedición, cuyas sumas adeudadas jamás eran puntualmente satisfechas, las importantes cifras siguientes:

<i>De Cuba</i>	{ Generales, jefes y oficiales y asimilados.....	11.663	
	{ Familias.....	9.185	
	{ Clases é individuos de tropa.....	175.000	
			<hr/> 105.848
<i>De Puerto Rico</i> ..	{ Generales, jefes y oficiales y asimilados.....	776	
	{ Familias.....	2.579	
	{ Clases é individuos de tropa.....	0.667	
			<hr/> 10.022
<i>De Filipinas</i>	{ Generales, jefes y oficiales y asimilados.....	3.870	
	{ Familias.....	3.044	
	{ Clases é individuos de tropa.....	22.498	
			<hr/> 29.418
TOTAL		235.288	<hr/>

Con sólo consignar las cifras que anteceden se comprende bien la cuantía de los servicios que la Compañía Trasatlántica prestó á la Patria y al Gobierno.

Hízose por las causas señaladas preciso en Manila regular la forma de efectuarse la repatriación, y el general Ríos la reguló en lo posible.

Informado el Gobierno de S. M. de la triste situación en que se hallaban la inmensa mayoría de los españoles pertenecientes á las clases civiles y militares, situación angustiosa hasta el extremo de hallarse, por excepción, un funcionario que pudiese contar con el ahorro de una sola mensualidad de su haber, pues los enormes gastos que para atender á su subsistencia en aquellas circunstancias excepcionales habíanle privado de los escasos recursos que pudiera tener economizados, resolvió se considerase á los funcionarios civiles en posesión de los cargos que habían venido desempeñando hasta que se efectuase el embarco de aquéllos. Respecto de los cesantes, el general Ríos, considerando por testimonio de propia observación el estado más triste aún en que se hallaban, lomó la medida, que fué aprobada por el Gobierno de S. M., de concederles algunas pagas correspondientes á los empleos

que habían servido antes de acudir á Manila para su regreso á la Península, el cual no pudieron efectuar por la fuerza de los acontecimientos. La repatriación de las clases civiles comenzó por esta clase de cesantes y por los empleados activos que estaban enfermos; pero se hizo muy lenta, porque era muy escasa la capacidad que en los barcos se les destinaba: las autoridades americanas demostraban gran interés en que, ante todo, se repatriasen los militares, cuyo pasaje corría por cuenta de los Estados Unidos.

Asimismo el Gobierno americano satisfacía el importe de los correspondientes á los funcionarios civiles que habían sido prisioneros; pero exceptuó á los curas párrocos y misioneros, funcionarios de la Administración eclesiástica, cuyos pasajes no quiso atender aquel Gobierno, á pesar de que se trataba también de funcionarios que habían sufrido el cautiverio en poder de los tagalos.

La repatriación de los españoles de todas las clases y condiciones sociales ofreció un tristísimo espectáculo, al cual ya hemos aludido. y fué el de los verdaderos apuros en que se vieron centenares de jefes de familia, sin recurso alguno para proveerse de aquello que era indispensable para efectuar una larga travesía: apenas verdaderamente oír tanta lástima, sin poder remediarla, pues tampoco andaban muy sobrantes de recursos los que no se encontraban en aquella triste situación.

Tratándose de los funcionarios civiles y militares, que fueron prisioneros, después de todo lo sufrido, fueron éstos quienes mejor libraron para el hecho de repatriarse, pues como no consumieron las pagas que integras fueron consideradas como devengadas por aquellos desgraciados durante todo el tiempo que duró su cautiverio, sino una parte insignificante de tal suma acreditada, halláronse á su llegada á Manila con que se les liquidaban y abonaban inmediatamente por las respectivas Comisiones dichos haberes, con lo cual lograban los ex prisioneros entrar en posesión de una suma de dinero que seguramente no habría visto ninguno de ellos reunida en su poder jamás.

Sin embargo, de tal beneficio por el Gobierno de S. M. otorgado con tanta justicia á los funcionarios de todos los órdenes de la Administración del Estado, que habían venido sufriendo las indescriptibles penalidades de un tan prolongado cautiverio en poder de los filipinos, aun quedan algunos que no lo han disfrutado. Cabalmente son éstos aquellos quienes por mayor suma de padecimientos resultaban más acreedores al disfrute de la generosa pero lógica y en moral preceptiva obligada disposición, que otorgó á todo funcionario público prisionero los haberes correspondientes á los cargos que desempeñaba al caer en aquella triste condición. El Gobierno de S. M. ha satisfecho á

lodos sus empleados que la sufrieron dichos haberes; todos éstos se han liquidado y abonado: todos menos los correspondientes á los curas párrocos y misioneros que no lograron recobrar su libertad, á la vez misma que la alcanzaron los que menos tiempo la tuvieron perdida.

Es de suponer, claro está, que alendiendo á la justicia y equidad, el Gobierno resuelva según debe resolver tan claro asunto, cual el del pago de haberes devengados y no percibidos por una clase de funcionarios públicos, que han debido hacerlos cieclivos al igual de los demás de su clase y de la de todos los órdenes de la Administración, y aunque fuere por modo más beneficioso para el Tesoro público que el usado en el abono de haberes á otros servidores del Estado, quienes los percibieron en más gallardas condiciones, siquiera debamos declarar que no las consideramos injustas en sus fundamentos; si acaso lo resultan, será por la falta de equidad en su no aplicación á los demás elementos administrativos que también funcionaban honradamente en el Archipiélago filipino antes y después de perdido para España.

¡Cuán conveniente habría sido para los detractores de nuestra Administración pública de Ultramar presenciar el desarrollo del gravísimo problema de la repatriación! ¡Cuán distintos serían los juicios por aquéllos formados y expresados con un carácter de generalidad que pretende establecer un falso principio absoluto de lo que haya sido una deleznable excepción! ¡Cómo ha de ser! En el vértigo de esta moderna vida no hay tiempo para fijarse con la atención debida sobre las cosas, y como se hace menester hablar de ellas de cualquier modo, resulta más cómodo que estudiarlas convenientemente, tratarlas con la imaginativa de lo sensacional, y no con lo más modesto y menos ruidoso de la realidad: lo que hay es que con ello no adquieren los pueblos las saludables enseñanzas indispensables á su tranquilidad y bienestar.

En nuestros propósitos, no sabemos si realizados en parte, de reunir en el presente libro alguna suma de datos y antecedentes para que á la mano tenga quien lo leyere medios de formar juicio aproximado de cuanto se refiere á la pérdida de Filipinas para España, entendemos no resulta inoportuno transcribir á continuación el Tratado de paz celebrado entre España y los Estados Unidos.

5.º *Tratado de paz entre España y los Estados Unidos, celebrado en 10 de Diciembre de 1808 y ratificado en 10 de Abril de 1899.* — S. M. la Reina Regente de España, en nombre de su Augusto Hijo D. Alfonso XIII, y los Estados Unidos de América, deseando poner término al estado de guerra hoy existente entre ambas naciones, han nombrado con este objeto por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. la Reina Regente de España, á D. Eugenio Montero Ríos, presidente del Senado; D. Buenaventura Abarzuza, senador del Reino, ministro que ha sido de la Corona; D. José de Garnica, diputado á Cortes, magistrado del Tribunal Supremo; D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Bruselas; D. Rafael Cerezo, general de división.

Y el Presidente de los Estados Unidos de América, á William R. Day, Cushman K. Davis, William P. Frye, George Gray y Whitelaw Reid, ciudadanos de los Estados Unidos.

Los cuales, reunidos en París, después de haberse comunicado sus plenos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, y previa la discusión de las materias pendientes, han convenido en los siguientes artículos.

Artículo 1.º España renuncia todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba.

En atención á que dicha isla cuando sea evacuada por España va á ser ocupada por los Estados Unidos, los Estados Unidos, mientras dure su ocupación, tomarán sobre si y cumplirán las obligaciones que por el hecho de ocuparla les impone el Derecho internacional para la protección de vidas y haciendas.

Art. 2.º España cede á los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás que están ahora bajo su soberanía en las Indias occidentales, y la isla de Guam en el Archipiélago de las Marianas ó Ladrones.

Art. 3.º España cede á los Estados Unidos el Archipiélago conocido por las islas Filipinas, que comprende las islas situadas dentro de las líneas siguientes:

Una línea que corre de Oeste á Este cerca del 20º paralelo de latitud Norte, á través de la mitad del canal navegable de Rachi, desde el 118º al 127º de longitud Este de Greenwich; de aquí á lo largo del ciento veintisiete (127º) grado meridiano de longitud Este de Greenwich, al paralelo de cuatro grados cuarenta y cinco minutos (4º 45') de latitud Norte; de aquí, siguiendo el paralelo de cuatro grados cuarenta y cinco minutos de latitud Norte (4º 45') hasta su intersección con el meridiano de longitud ciento diez y nueve grados y treinta y cinco minutos (119º 35') Este de Greenwich; de aquí, siguiendo el meridiano de longitud ciento diez y nueve grados y treinta y cinco minutos (119º 35') Este de Greenwich al paralelo de latitud siete grados cuarenta minutos (7º 40') Norte á su intersección con el ciento diez y seis (116º) grado meridiano de longitud Este de Greenwich; de aquí, por una línea recta á la intersección del décimo grado paralelo de latitud Norte con el ciento diez y ocho (118º) grado meridiano de longitud Este de Greenwich, y de aquí, siguiendo el ciento diez y ocho gra-

do (118°) meridiano de longitud Este de Greenwich al punto en que comienza esta demarcación.

Los Estados Unidos pagarán á España la suma de veinte millones de dollars (pesos fuertes 20.000.000) dentro de los tres meses después del canje de ratificaciones del presente Tratado.

Art. 4.º Los Estados Unidos, durante el término de diez años, á contar desde el canje de la ratificación del presente Tratado, admitirán en los puertos de las islas Filipinas los buques y las mercancías españolas bajo las mismas condiciones que los buques y las mercancías de los Estados Unidos.

Art. 5.º Los Estados Unidos, al ser firmado el presente Tratado, transportarán á España á su costa los soldados españoles que hicieron prisioneros de guerra las fuerzas americanas al ser capturada Manila. Las armas de estos soldados les serán devueltas.

España, al canjearse las ratificaciones del presente Tratado, procederá á evacuar las islas Filipinas, así como la de Guam, en condiciones semejantes á las acordadas por las Comisiones nombradas para concertar la evacuación de Puerto Rico y otras islas en las Antillas occidentales, según el protocolo de 12 de Agosto de 1898, que continuará en vigor hasta que sean completamente cumplidas sus disposiciones.

El término dentro del cual será completada la evacuación de las islas Filipinas y la de Guam será fijado por ambos Gobiernos. Serán propiedad de España banderas y estandartes, buques de guerra no apresados, armas portátiles, cañones de todos calibres con sus montajes y accesorios, pólvoras, municiones, ganado, material y efectos de toda clase pertenecientes á los Ejércitos de mar y tierra de España en las islas Filipinas y Guam. Las piezas de grueso calibre que no sean artillería de campaña colocadas en las fortificaciones y en las costas, quedarán en sus emplazamientos por espacio de seis meses, á partir del canje de ratificaciones del presente Tratado; y los Estados Unidos podrán durante ese tiempo comprar á España dicho material, si ambos Gobiernos llegan á un acuerdo satisfactorio sobre el particular.

Art. 6.º España, al ser firmado el presente Tratado, pondrá en libertad á todos los prisioneros de guerra y á todos los detenidos ó presos por delitos políticos á consecuencia de las insurrecciones en Cuba y en Filipinas y de la guerra con los Estados Unidos.

Recíprocamente los Estados Unidos pondrán en libertad á todos los prisioneros de guerra hechos por las fuerzas americanas, y gestionarán la libertad de todos los prisioneros españoles en poder de los insurrectos de Cuba y Filipinas.

El Gobierno de los Estados Unidos transportará por su cuenta á España, y el Gobierno de España transportará por su cuenta á los Esta-

dos Unidos, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, con arreglo á la situación de sus respectivos hogares, los prisioneros que pongan ó que hagan poner en libertad respectivamente en virtud de este artículo.

Art. 7.º España y los Estados Unidos de América renuncian mutuamente por el presente Tratado á toda reclamación de indemnización nacional ó privada de cualquier género de un Gobierno contra el otro, ó de sus súbditos ó ciudadanos contra el otro Gobierno, que pueda haber surgido desde el comienzo de la última insurrección en Cuba y sea anterior al canje de ratificaciones del presente Tratado, así como á toda indemnización en concepto de gastos ocasionados por la guerra.

Los Estados Unidos juzgarán y resolverán las reclamaciones de sus ciudadanos contra España á que renuncia en este artículo.

Art. 8.º En cumplimiento de lo convenido en los artículos 1.º, 2.º y 3.º de este Tratado, España renuncia en Cuba y cede en Puerto Rico y en las otras islas de las Indias occidentales, en la isla de Guam y en el Archipiélago de las Filipinas, todos los edificios, muelles, cuarteles, fortalezas, establecimientos, vías públicas y demás bienes inmuebles que, con arreglo á derecho, son del dominio público, y como tal corresponden á la Corona de España.

Queda, por tanto, declarado que esta renuncia ó cesión, según el caso, á que se refiere el párrafo anterior, en nada puede mermar la propiedad ó los derechos que correspondan con arreglo á las leyes al poseedor pacífico de los bienes de todas clases de las provincias, municipios, establecimientos públicos ó privados, Corporaciones civiles ó eclesiásticas, ó de cualesquiera otras colectividades que tienen personalidad jurídica para adquirir y poseer bienes en los mencionados territorios renunciados ó cedidos, y los de los individuos particulares, cualquiera que sea su nacionalidad.

Dicha renuncia ó cesión, según el caso, incluye todos los documentos que se refieran exclusivamente á dicha soberanía renunciada ó cedida que existan en los archivos de la Península.

Cuando estos documentos, existentes en dichos archivos, sólo en parte correspondan á dicha soberanía, se facilitarán copias de dicha parte, siempre que sean solicitadas.

Reglas análogas habrán recíprocamente de observarse en favor de España respecto de los documentos existentes en los archivos de las islas antes mencionadas.

En las antecitadas renuncia ó cesión, según el caso, se hallan comprendidos aquellos derechos de la Corona de España y de sus autoridades sobre los archivos y registros oficiales, así administrativos como judiciales de dichas islas, que se refieran á ellas y á los derechos y propiedades de sus habitantes. Dichos archivos y registros deberán

ser cuidadosamente conservados, y los particulares, sin excepción, tendrán derecho á sacar, con arreglo á las leyes, las copias autorizadas de los contratos, testamentos y demás documentos que formen parte de los protocolos notariales ó que se custodien en los archivos administrativos ó judiciales, bien éstos se hallen en España, ó bien en las islas de que se hace mención anteriormente.

Art. 9.º Los súbditos españoles naturales de la Península residentes en el territorio cuya soberanía España renuncia ó cede por el presente Tratado, podrán permanecer en dicho territorio ó marcharse de él, conservando en uno ú otro caso todos sus derechos de propiedad, con inclusión del derecho de vender ó disponer de tal propiedad ó de sus productos; y además tendrán el derecho de ejercer su industria, comercio ó profesión, sujetándose á este respecto á las leyes que sean aplicables á los demás extranjeros. En el caso de que permanezcan en el territorio, podrán conservar su nacionalidad española, haciendo ante una oficina de registro, dentro de un año, después del cambio de ratificaciones de este Tratado, una declaración de su propósito de conservar dicha nacionalidad; á falta de esta declaración, se considerará que han renunciado dicha nacionalidad y adoptado la del territorio en el cual pueden residir.

Los derechos civiles y la condición política de los habitantes naturales de los territorios aquí cedidos á los Estados Unidos se determinarán por el Congreso.

Art. 10. Los habitantes de los territorios cuya soberanía España renuncia ó cede, tendrán asegurado el libre ejercicio de su religión.

Art. 11. Los españoles residentes en los territorios cuya soberanía cede ó renuncia España por este Tratado estarán sometidos en lo civil y en lo criminal á los Tribunales del país en que residan, con arreglo á las leyes comunes que regulan su competencia, pudiendo comparecer ante aquéllos en la misma forma y empleando los mismos procedimientos que deban observar los ciudadanos del país á que pertenezca el Tribunal.

Art. 12. Los procedimientos judiciales pendientes al canjearse las ratificaciones de este Tratado en los territorios sobre los cuales España renuncia ó cede su soberanía, se determinarán con arreglo á las reglas siguientes:

1.º Las sentencias dictadas en causas civiles entre particulares ó en materia criminal antes de la fecha mencionada, y contra los cuales no haya apelación ó casación con arreglo á las leyes españolas, se considerarán como firmes, y serán ejecutadas en debida forma por la Autoridad competente en el territorio dentro del cual dichas sentencias deban cumplirse.

2.º Los pleitos civiles entre particulares que en la fecha mencionada no hayan sido juzgados, continuarán su tramitación ante el Tribunal en que se halle el proceso ó ante aquel que lo sustituya.

3.º Las acciones en materia criminal pendientes en la fecha mencionada ante el Tribunal Supremo de España contra ciudadanos del territorio que, según este Tratado, deja de ser español, continuarán bajo su jurisdicción hasta que recaiga la sentencia definitiva; pero una vez dictada esa sentencia, su ejecución será encomendada á la Autoridad competente del lugar en que la acción se suscitó.

Art. 13. Continuarán respetándose los derechos de propiedad literaria, artística é industrial adquiridos por españoles en la isla de Cuba y en las de Puerto Rico, Filipinas y demás territorios cedidos al hacerse el canje de las ratificaciones de este Tratado. Las obras españolas científicas, literarias y artísticas que no sean peligrosas para el orden público en dichos territorios, continuarán entrando en los mismos con franquicia de todo derecho de Aduanas por un plazo de diez años, á contar desde el canje de ratificación de este Tratado.

Art. 14. España podrá establecer Agentes consulares en los puertos y plazas de los territorios cuya renuncia y cesión es objeto de este Tratado.

Art. 15. El Gobierno de cada país concederá por el término de diez años á los buques mercantes del otro el mismo trato en cuanto á todos los derechos de puerto, incluyendo los de entrada y salida, de faro y tonelaje, que conceda á sus propios buques mercantes no empleados en el comercio de cabotaje.

Este artículo puede ser denunciado en cualquier tiempo, dando noticia previa de ello cualquiera de los dos Gobiernos al otro con seis meses de anticipación.

Art. 16. Queda entendido que cualquiera obligación aceptada en este Tratado por los Estados Unidos con respecto á Cuba, está limitada al tiempo que dure su ocupación en esta isla; pero al terminar dicha ocupación, aconsejarán al Gobierno que se establezca en la isla que acepte las mismas obligaciones.

Art. 17. El presente Tratado será ratificado por S. M. la Reina Regente de España y por el Presidente de los Estados Unidos, de acuerdo y con la aprobación del Senado, y las ratificaciones se canjearán en Washington dentro del plazo de seis meses desde esta fecha, ó antes, si posible fuese.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios firman y sellan este Tratado.

Hecho por duplicado en París á 10 de Diciembre del año 1898. (Siguen las firmas.)

Este Tratado ha sido debidamente ratificado, y las ratificaciones canjeadas en Wáshington el día 11 de Abril de 1899. (*Gaceta* 3 Mayo.)

6.º *Comisiones para liquidar los derechos del Tesoro español en Filipinas.* — Perdida en Cuba, Puerto Rico y Filipinas nuestra soberanía, tal vez debido á la fuerza de las circunstancias, mucho más débilmente defendida por la diplomacia en París que por la acción de nuestras armas lo había sido en aquellas colonias, el Gobierno de S. M. dispuso activar cuanto posible fuese la repatriación de todos los elementos peninsulares, encargando al general Ríos permaneciese en Manila dirigiéndola, sosteniendo al propio tiempo las negociaciones conducentes al exacto cumplimiento de lo que el Tratado de paz celebrado entre España y los Estados Unidos estipulaba.

Comisión de selección y transporte del material de guerra. — La labor compleja encomendada al general Ríos la llevó á cabo asidua y dignamente en todos los servicios á su alta inspección encomendados durante cinco meses; mas como era cuestión de mucho tiempo detallar los asuntos pendientes, entre los que figuraba á la cabeza la libertad de los prisioneros y su repatriación, así que se supo en Manila haberse firmado el Tratado de París, resolvió proponer al Gobierno de S. M., aprobándola éste, la creación de una Comisión militar que, presidida durante pocos días por el general Arizmendi y después por el general Jaramillo, había de atender, funcionando con el título de «Comisión de selección y transporte del material de guerra», á estos indicados asuntos y á los que pudieran encargársele más tarde.

Cuando el general Ríos efectuó su viaje de regreso á la Península, esta Comisión, continuando en el cometido que señalaba el epígrafe de su creación, asumió también cuanto se refiriera á las negociaciones para obtener el rescate de nuestros prisioneros. Hemos visto en próximas anteriores páginas de qué suerte procuró cumplir sus deberes acerca de tan importante cuestión; pero séanos licito añadir, á pesar de lo que nos dolemos de molestar tanto y tanto la atención de nuestros bondadosos lectores, algunas líneas, con el objeto de que la opinión pública en general disponga de más medios, si cabe, para juzgar con fundamento el que pudieran tener las crueles reticencias que en España se oyeron acerca del tiempo de permanencia de dicha Comisión en Manila, creyendo quienes tales juicios erróneos é injuriosos expresaban, que los dignos individuos de la Comisión citada, con el fin de permanecer el mayor tiempo posible en el lugar en que la desempeñaban, acudían á la práctica de aquel principio de los fisiócratas: *laissez faire, laissez passer*.

Esta Comisión militar, presidida por el general Jaramillo, hubo de hacerse cargo de la administración de un material de guerra representado por una suma de millón y medio de pesos próximamente.

	Pesos.
El material remitido por dicha Comisión á la Península se valoró en	904.760
Lo obtenido por el material enajenado ascendia á	483.011
El ingreso logrado, por el que indemnizó el Gobierno de los Estados Unidos, fué el de	30.371
Y los depósitos de garantía que quedaron en favor del Estado	2.235
TOTAL	1.420.379

Pero no basta para conocimiento del caso la expresión de las cifras que anteceden: es menester tener en cuenta los obstáculos que la Comisión militar tuvo que vencer para la ejecución de sus oficios de administradora del material de guerra.

Opusieronse en primer término los americanos á que antes del 11 de Abril de 1899, fecha de la ratificación del Tratado de paz, se hiciesen los inventarios del material de guerra que existía en la Maestranza de Artillería: exigieron que antes de entregarse á los compradores los efectos que se les vendían, fuesen totalmente desbaratados, como por ejemplo, los proyectiles de cañón, vainas de cartuchos, armas portátiles de fuego y blancas, y basta las cureñas y marcos de madera de sitio, plaza y costa: se hubieron de fundir las balas de plomo, obteniendo 9.136 lingotes del peso de 40 kilogramos cada uno: hubieron de descargarse 9.639 proyectiles de artillería y practicar múltiples trabajos de remoción del material, tanto para entregar á los compradores el que éstos habían adquirido con las formalidades de ley, cuanto para embarcar con destino á la Península el que á ésta había de ser transportado.

Y aun cuando, comparado con el que de primera intención se traían los americanos, nuestro material de guerra valía muy poco en cantidad y mucho menos por calidad, sin embargo, se remilicron á España por la Comisión militar de que nos ocupamos:

- 63 piezas de artillería.
- 2.443 armas blancas.
- 14.117 fusiles Maüsser.
- 228 carabinas.
- 22.692 fusiles Remington.

12.080.800 cartuchos.

2.000.000 de elementos para los mismos.

Ascendiendo á la cifra de

9.891.700 las vainas de cartuchos inutilizadas, y á

11.021.000 los cartuchos desbaratados, siendo además preciso quitar
á mano

716.000 balas.

La Comisión militar de selección y transporte del material de guerra, solamente del que estaba acumulado en Manila, hubo de vender á los americanos

70.983 kilogramos de pólvora de fabricación española y

61.256 ídem de la fabricada en Filipinas.

4.000 toneladas de hierro.

327 ídem de bronce.

33 ídem de cobre.

226 ídem de latón.

350 ídem de plomo.

22 cañones (los que constituían la batería de salvas), y una gran cantidad de armas blancas inútiles.

Procedente de la plaza de Cavile y de Joló y Mindanao enajenó

304 toneladas de material de hierro.

4.000 metros de vía Decauville del primer puerto citado, y

19 toneladas de bronce de Mindanao y Joló.

No pudo la mencionada Comisión obtener de los americanos, á pesar de la insistencia justa con que aquélla lo reclamó,

2.193 armas blancas y

3.441 ídem de fuego,

todas existentes en la plaza de Manila.

Tampoco pudo lograr la devolución de las maderas de construcción de la fábrica de pólvora de los Baños, ni de

240 toneladas de material de hierro de Cavile, y de

72 ídem de bronce de la misma plaza.

Y asimismo fueron inútiles las gestiones que practicó para que nos fueran devueltos los

4 cañones Ordóñez de 15 centímetros, con sus montajes y accesorios, y

400 disparos cada uno, que se habían conducido á Subic, más

700 fusiles de la guarnición de este puerto.

La Comisión, presidida por el general Jaramillo, recibió en Manila, liquidó de sus haberes y repatrió gradualmente, según se podía efectuar, desde el comienzo de sus funciones hasta el día 30 de Septiembre de 1900:

465 jefes y oficiales y
4.980 individuos de tropa, más
300 entre viudas, retirados, huérfanos, voluntarios, licenciados
y paisanos que habían sido prisioneros.

Dicha Comisión hubo de atender, y cuidadosamente lo efectuó, en la instalación sanitaria que había establecido, á

39 oficiales y
1.763 individuos de tropa, que causaron
20.380 estancias hospitalarias.

La Comisión militar que detalló el servicio que venimos sintetizando, más el de efectuar envíos de dinero por cuenta de los haberes que devengaban á los prisioneros durante el cautiverio de éstos, y el de remitir á los mismos prendas de vestuario por valor de 60.000 pesos, además de socorrerles en cuanto concepto pudo y de abonar las pagas de marchas, recibió del Gobierno de S. M. la suma de

1.422.293 pesos mexicanos; mas teniendo en cuenta que en todos los giros que componían la indicada suma se obtuvo una bonificación superior al 50 por 100, resulta que el Tesoro público sólo hubo de entregar la cantidad de

948.195 duros, con lo que se logró una diferencia en favor del mismo de

474.098 posos.

Y sin embargo de la importancia de los trabajos ejecutados por la citada Comisión militar, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, general Azeárraga, ni siquiera concedió al general, jefes y oficiales que la constituyeron el tiempo necesario para que éstos preparasen su viaje de regreso á la Península: los que habían dirigido melódicamente la repatriación viéronse obligados, por órdenes terminantes del mencionado Sr. Presidente del Consejo de Ministros, á embarcarse en el considerado perentorio plazo de cinco días.

Comisión liquidadora de Marina. — Como la Marina tiene su propia especial administración, de lo cual es naturalmente celosa, por lo prestigioso que para ella resulta el caso, las disposiciones generales adoptadas para regular el modo y forma de cesación de los demás orga-

nismos que constituían en Filipinas la Administración general del Estado, no tuvieron aplicación tan inmediata para el expresado ramo. Y así se vió que aun después del 1.º de Enero, fecha en que un decreto del general Rios declaraba extinguida dicha Administración general española en el Archipiélago, continuó funcionando en Manila durante más de tres meses la Comandancia general de aquel apostadero y escuadra, cuya jefatura asumió el distinguido capitán de navio D. José Ferrer.

Presidida por este jefe de nuestra Armada, constituyóse el 10 de Marzo de 1899 una Junta, ante la cual se vendió toda nuestra flota que había venido prestando servicios en la importante división naval del Sur; dicha flota, ó mejor dicho, flotilla, componíala 13 cañoneros y lanchas, cuyo producto en venta, efectuada en la reglamentaria forma que decimos, fué el de pesos fuertes.	201.112
El de la artillería que montaban	40.000
Y el de los efectos navales depositados en la Isabela de Basilán.	9.000
TOTAL.	256.112

Esta Comandancia general del apostadero y escuadra de España en Filipinas cesó el día 31 de Mayo en virtud de orden telegráfica dictada por el Sr. Ministro de Marina, creándose al propio tiempo una Comisión liquidadora, de cuya jefatura se hizo cargo el capitán de navio señor D. Federico Rebul.

Este digno jefe de nuestra Armada inició inmediatamente las negociaciones con las Autoridades americanas, gestionando nos devolviesen éstas todos los efectos navales, cuya propiedad, por ser bienes muebles, según el Tratado de París, no podía sernos discutida seriamente.

Conocemos bien los términos de severidad, en alguna ocasión conteniendo éstos frases de insólita energía, con que el Sr. D. Federico Rebul comunicó y sostuvo durante nueve meses consecutivos sus demandas ante las Autoridades de los Estados Unidos en Manila: mas así y todo, el jefe de la Comisión liquidadora de la Marina española en Filipinas vióse obligado á regresar á España por enfermo, sin que los americanos hubiesen entregado nada de lo que se les había reclamado. Llevaron los americanos sus negativas tan injustificadas respecto de este orden de reclamaciones pertenecientes á personas y cosas de nuestra Armada, que basta inverosimilmente se negaron aquéllos á satisfacer el importe de los pasajes de nuestros marinos prisioneros, y eso que entre éstos, que ascendían á 1.777, de los cuales se rescataron 877, figuraban los procedentes de Subic, quienes, habiendo capitulado

según en otro lugar hemos vislo, con los americanos, en Isla Grande fueron entregados por éstos á los revolucionarios tagalos, en cuyo poder permanecieron aquellos infelices diez y ocho meses. La protesta que acerca de lan grave proceder de los americanos dirigió el jefe de la Comisión liquidadora, Sr. Rebul, fué muy viva.

Encargado de la jefatura de dicha Comisión de Marina el teniente de navio de primera Sr. D. Eduardo de Vargas, quedó reducido el personal de dicha Comisión al expresado jefe, el médico mayor D. Tomás del Valle, el cual habia sido hecho prisionero por los tagalos con todos los enfermos á quienes cuidadosamente atendia en el hospital de Guadalupe, y el contador de navio D. José Lescura.

En licitación pública, esta Comisión procedió á la venta del transporte *General Alava* y de los cañoneros *Quirós* y *Villalobos*, que habian venido de Carolinas.

	Pesos.
El producto de la venta de los tres barcos citados fué el de..	190.500
Y el de la artilleria que montaban.	38.000
Realizó también dicha Comisión la venta de la lancha <i>Ondina</i> , destinada á la Comandancia general del apostadero, en. . .	2.500
(Suma representativa de la mitad del costo de aquélla en Hong-Kong.)	
Vendiéronse útiles de la enfermeria de Cañacao y los de la Capilla en.	450
Los muebles de oficina en.	1.500
Dos cañones (Krupp) pequeños de bronce traídos de la Lagu- na de Lanao con dos torpedos del <i>Elcano</i> , sin cabezas de combate y con abolladuras, en.	400
Unas cuantas toneladas de hierro en cabilla y otros efectos en	6.500
TOTAL.	239.850

Consignamos detalladamente estas cifras, con el fin de evidenciar en todas ocasiones lo que más de una vez hemos afirmado, á saber: la insignificancia de nuestro material de guerra, singularmente naval, en Filipinas.

Repuesto en su salud el capitán de navio Sr. Rebul, volvió á la jefatura de la Comisión de Marina en Filipinas, y reiteró con las insistencias á que según el Tratado de Paris teníamos derecho, el material de Subic, que por no ser inmueble nos correspondía. Mas habiendo declarado los americanos que dicho material móvil era accesorio del fijo, lo negaron, posesionándose de todo él por entero.

Ni siquiera una machina, quo tal vez por algo de negligencia de nuestra parte no se había montado, quisieron los americanos devolver.

La Comisión de Marina comunicó al Ministerio del ramo haber puesto fin á las gestiones que se le habían encomendado, y por telegrama fecha 13 de Diciembre, el Ministro la autorizó para su regreso, habiéndolo de efectuar ése en el barco que eligiese el jefe de la citada Comisión.

Era ésla una deferencia insigne para aquella Comisión; pero aun recibió ésta más testimonios prácticos de las merecidas consideraciones que obtuvo del departamento ministerial de que dependía, pues teniéndose en cuenta lo que era público y notorio, es decir, el gran quebranto sufrido en la moneda corriente con la que todos los funcionarios españoles percibían sus haberes, y el enorme aumento de precio que todos los artículos de primera necesidad alcanzaron por las vicisitudes sufridas, el Ministro de Marina dispuso que al personal de dicha Comisión le fuesen satisfechos sus haberes en oro. Esta medida, justa de toda justicia, que se adoptó con el distinguido personal que componía la Comisión de Marina, no se extendió á ningún otro servidor del Estado en aquellos meses tan contrariadores para todos ellos por igual.

No nos dolemos del caso porque resultase en algo beneficioso á los marinos, no; en estas páginas hemos demostrado, haciendo estricta justicia, el respeto y sincero afecto que guardamos á factor tan importante de defensa de la Patria y de los intereses morales y materiales de la misma. Apuntamos el hecho para dirigir un aplauso al Ministro de Marina, el cual, haciéndose cargo de lo excepcionalísimo de las circunstancias, dió la disposición humanitaria á que hemos aludido, y para negar ese aplauso á quienes no la aplicaron á los funcionarios de los otros órdenes de la Administración pública, que estaban en caso análogo á los de la Comisión de nuestra Armada. La medida que vino á favorecer á éstos, además de humanitaria, era justa y equitativa; mas podía resultar al aplicarla sólo á uno de los elementos que practicaba oficios similares á otros de la Administración del Estado, privados del beneficio de aquélla, un privilegio remuneratorio que no podía producir satisfacción interior más que en quienes lo disfrutaron.

Comisiones civil liquidadora y de Hacienda de España en Manila. — Previamente autorizado por el Gobierno de S. M., el general D. Diego de los Ríos dió un decreto, fechado en Manila el día 20 de Enero de 1899, disponiendo que el 31 de dicho mes cesasen definitivamente en sus propias respectivas funciones la Intendencia general de Hacienda y la

Dirección general de Administración civil, con todas las dependencias anexas á dichos centros directivos. En ocho artículos y dos disposiciones transitorias se regulaba el modo y forma en que había de efectuarse dicha cesación en la improrrogable fecha señalada.

Al extinguirse los organismos componentes de la Administración pública en Filipinas, y mucho más por virtud de las circunstancias que dicha Administración atravesó en los últimos tiempos de la soberanía de España en aquellas islas, la opinión pública expresó muy insistentemente la natural aspiración de que quedasen finiquitados ó depurados y aclarados por modo tal todos los asuntos pendientes con la Administración española en sus diversos ramos, que se hiciese posible resolverlos en definitiva con toda presteza, y sin mayor dilación que la estrictamente necesaria para que el Gobierno de S. M. procediese al saldo de la cuenta general del Estado en Filipinas, y á resolver también los cuantiosos intereses comprendidos en la Administración pública que cesaba, sin que constituyeran *gasto* ó *ingreso*.

Claro está que la Administración civil española debía considerar y consideraba tal aspiración, además de natural y legítima para ella misma, un deber ineludible llenarla, y para procurarlo así, el señor general Ríos, también con la aprobación del Gobierno de S. M., decretó en 25 de Enero de 1899 la creación de una «Comisión civil liquidadora».

Y comenzó ésta el día 1.º de Febrero el ejercicio de sus funciones, es decir, á procurar reunir, metodizar, clasificar y dictaminar sobre todo cuanto á su poder llegase y correspondiese á las Deudas *activa* ó *pasiva* del Tesoro público español en Filipinas. Era, por consiguiente, una Comisión de liquidación provisional, preparadora de la comprobada y definitiva que hubiera de practicarse por el Ministerio de Hacienda.

El servicio encomendado á la Comisión civil liquidadora de que nos ocupamos se presentaba por todo extremo complejo, caótico. Con leves consideraciones se comprende.

Incautados los americanos de todas las dependencias que constituían el servicio central de la Hacienda pública, y en poder de los filipinos todas las dependencias de la Administración provincial, la obtención de antecedentes necesarios para resolver los expedientes de reclamación que se incoasen había de ser difícilísima respecto de los que pudieran hallarse en las oficinas centrales, é imposible en absoluto respecto de los que habían caído en poder de las fuerzas revolucionarias. Y aun había más en aumento de tamañas dificultades.

Si bien los jefes del Ejército americano comenzaron á adoptar medidas de orden y buen gobierno desde el momento en que ocuparon

la plaza de Manila, la obsesión que su victoria les produjo no impidió que en los primeros instantes corrieran triste suerte, en la mayor parte de las oficinas públicas, las documentaciones en tramitación actual y las de archivo que se custodiaban en mayores ó menores condiciones de seguridad en aquellas dependencias. Allí se vió en instantes tales, de qué manera, para ensanchar alojamientos, se arrojaban al río Pasig cientos y miles de legajos de papeles oficiales: se vieron salir de algunas dependencias cestos y más cestos de documentaciones, que se vendían al peso, destinadas á envolver chucherías en las liendas de los chinos; allí se vió cómo se abandonaban en la vía pública documentos oficiales de los que se guardaban en cajas de hoja de lata, para ser éstas vendidas por algún merodeador á cualquier otro individuo aficionado á gangas, que si en todo lugar y circunstancias suele hallarse quien las busque, más fácil es encontrarle en donde impera, aunque sea pasajera, el desorden más completo.

Demostaron los americanos formal empeño en reconstituir; mas era ya tarde para lograrlo por entero.

Si tal aconteció en lo que se refería á las oficinas centrales, de las que sólo fué excepción inexplicable, en realidad, el local ocupado por la Dirección de Administración civil y por la Comisión liquidadora desde que aquel centro se extinguió, y si se tiene en cuenta que de las 40 Administraciones provinciales de Hacienda, y de las 13 Administraciones delegadas, únicamente ¡cinco! entre aquéllas y éstas pudieron lograr conducir á Manila parte de los libros de contabilidad, se ve bien demostrado lo que hemos dicho, á saber: la gravísima dificultad que se oponía á la práctica de una liquidación del Tesoro español en Filipinas.

Apreciando el general Ríos la magnitud del obstáculo, en sus justos deseos de que en los actos que ponían fin á la Administración española en el Archipiélago resplandeciese la pulcritud por modo que nadie osase dirigir contra ella las fáciles cruentas censuras que los poseedores de imaginaciones exaltadas suelen producir cuando no ven á las claras por sí propios de qué suerte en las oficinas del Estado se tramitan los asuntos, creó ó hizo muy bien en crear en aquellas circunstancias, como sería conveniente y liberal crearla en otras muchas para satisfacer la opinión pública, una «Junta censora» compuesta de personas pertenecientes á todas las clases sociales que quedaban en Manila al frente de sus intereses permanentes en aquella tierra.

Durante el período activo de las reclamaciones que se presentaban contra nuestro Tesoro público en la Comisión liquidadora, ésta, después de dictaminar aquéllas, las sometía al estudio de dicha Junta censora; y como quiera que ni los fallos de aquella Comisión ni los de esta

Junta eran ejecutivos, sino provisionales, hasta que sobre ellos reca- yese la resolución definitiva del Gobierno de S. M., resultaba del sis- tema planteado una prueba plena para los acreedores del Tesoro res- pecto del buen deseo que presidía los actos de nuestra Administración, y para el Gobierno de S. M., un informe de solemne intervención so- bre los asuntos que aquélla tramitaba, emitido por quien no tenía re- lación alguna con los cargos que retribuyen los presupuestos genera- les del Estado, ni los provinciales y municipales.

La Comisión civil liquidadora provisional del Tesoro español en Fi- lipinas, guardando el debido respeto á las leyes, sin recibir instruc- ciones concretas del Gobierno de S. M., en cual, sin duda bien infor- mado de lo excepcional de aquellas circunstancias, no consideraba oportuno dictarlas desde tanta distancia para poder apreciarlas, se ajustó ejemplarmente para la exactitud de las operaciones de contabi- lidad á los preceptos establecidos en el superior decreto de 12 de Sep- tiembre de 1870 y á las instrucciones de 4 de Octubre siguiente.

Dicha Comisión, después de detenido maduro examen de una cues- tión, que por afectar á la Deuda pública, cual era todo lo pertinente á la operación del empréstito levantado sobre el Tesoro de Filipinas por Real decreto de 21 de Junio de 1897, operación de crédito tan perfec- tamente concebida, como hemos dicho en otro lugar, pero á la que los accidentes de la guerra dejaron pendiente de liquidación, elevó al Go- bierno de S. M. el plan que proponía las medidas necesarias prelimi- nares para reanudar el canje de títulos correspondientes á las obliga- ciones hipotecarias serie B de aquel empréstito, y las medidas tam- bién precisas para que se pudiera efectuar el canje propiamente dicho.

Al proponer el aludido plan, la Comisión civil liquidadora de Fili- pinas concordaba bien el deber que la Administración pública tenía, de cumplir lealmente los compromisos contraídos con los legítimos poseedores de títulos del empréstito, con la obligación de defender los derechos del Tesoro público, el cual no podía por modo alguno acep- tar la responsabilidad del pago de intereses y amortización, durante cuarenta años, de aquellos títulos provisionales ó definitivos que hu- bieran sido adquiridos por las Corporaciones provinciales y municipa- les con fondos pertenecientes al Estado, cuyos títulos habían caído en manos extrañas á las adquirentes, y llamaba, por consiguiente, la atención del Gobierno de S. M., con el fin de que á la depuración de este hecho se aplicase con gran cautela todo medio de comprobación, resolviendo el caso tan complejo á que nos referimos por modo que quedasen en salvo los intereses del Estado y los también por igual respetables de los legítimos acreedores á las obligaciones hipotecarias

de la serie *B* del empréstito de Filipinas que existían por canjear, y para cuya operación, la desgraciada forma en que habían cesado las Administraciones provinciales ofrecía tantas y tan graves dudas.

Nombrada por el general Otis la Comisión americana que había de entender con la liquidadora civil española en lo relativo á las obligaciones y derechos del Tesoro español en Filipinas, iniciáronse las conferencias entre ambas Comisiones el día 3 de Febrero de 1899; estas conferencias se celebraban por lo menos una vez cada semana; además de las comunicaciones que por escrito se cruzaban de continuo, sostuviéronse durante cuatro meses.

Al propio tiempo, los dignísimos funcionarios que componían esta Comisión española tenían que acudir á las antiguas dependencias del Estado, y permanecer en ellas horas y más horas en busca de antecedentes que pudieran encontrarse entre montones enormes de papeles hacinados ó esparcidos sobre el suelo de los patios, abiertos al aire libre en muchos casos; prestábanse los americanos á que tal inquisitiva se practicara por los funcionarios de la Comisión española; mas desconocedores aquéllos en absoluto de nuestro régimen, y sin haber reconstituido los Archivos, ningún auxilio valdiero nos podían prestar. Negábanse además á entregar los documentos objeto de la busca, y sólo toleraban que por los mismos empleados españoles se sacaron notas ó copias, lo cual complicaba mucho la gestión por la suma de tiempo que en ello había de emplearse.

Sin embargo, no pusieron obstáculo alguno á que la Comisión civil liquidadora rescatase 14.090 billetes de lotería correspondientes al sorteo de Mayo, que nó pudo celebrarse, cuyo billete fué encontrado por los empleados españoles entre masas enormes de expedientes que existían en el local ocupado por la Administración de Hacienda de Manila, en el desorden que hemos dicho. Aquel billete rescatado estaba sin taladrar y debidamente timbrado; practicada en el instante su inutilización por los comisionados españoles en presencia de los americanos, vino sin el extravío de un solo vigésimo á disposición del Excelentísimo Sr. Ministro de Hacienda, con lo cual podía liquidarse inmediatamente el sorteo no celebrado, puesto que ya quedaba por otra parte comprobada la venta de 17.909 ¹⁶/₁₀₀ billetes, correspondientes á aquel mismo sorteo, todavía pendiente de liquidación hoy, aunque parezca inverosímil.

La Comisión civil liquidadora, á pesar de los obstáculos por tan diversas causas interpuestos á su gestión, logró en cuatro meses cabales, hasta el 1.º de Junio en que cesó, emitir dictamen de fallo provisional sobre 1.107 expedientes de reclamación ante la misma presentados; mas quedaba aún mucha labor pendiente, y además era indis-

pensable conceder plazo reciamatorio á aquellos acreedores que no habían podido hacer uso de él por estar en provincias absolutamente incomunicadas con la capital. Esta circunstancia obligó al señor general Ríos, antes de embarcarse para la Península, á someter á la aprobación del Gobierno de S. M. la creación de una Comisión de Hacienda que ultimase cuanto perteneciente fuese á los créditos en favor y en contra del Estado en aquel territorio: que liquidase y abonase los haberes á los prisioneros que venían rescatando su libertad gradualmente por el avance de las armas americanas y por los otros medios indicados en el correspondiente lugar, y remitiese á la Península las documentaciones y efectos á cuya salida no se opusieran los americanos, quienes no andaban muy generosos en tal concesión, sino muy al revés.

Dicha Comisión de Hacienda constaba de un personal reducidísimo: siete funcionarios de nuestra Administración de los que habían ya formado parte del mayor número que habían venido constituyendo la Comisión liquidadora. Aunque todos aquellos funcionarios servían en modestas categorías, bien públicos son los méritos que poseen todos, todos menos quien los presidía, el autor de estas pobres páginas. el cual no podía ofrecer otros sino los de su antigüedad en el servicio del Estado en aquellas colonias.

Tres volúmenes de los diámetros del presente no bastarían para contener la enumeración de los trabajos practicados por aquella Comisión, y, sin embargo de ser así, aun hubo en el Parlamento español quien dijese que en Filipinas se sostenían después de la pérdida de la soberanía de España *Comisiones absurdas*. ¿Para cuál ó cuáles de aquellas era lícito aplicar tan duro adjetivo? Hemos visto en síntesis la gestión encomendada á la de Marina y á la más compleja de «Selección y transporte del material de guerra».

Estamos ocupándonos en solamente indicar la labor de las Comisiones liquidadora y de Hacienda de España en aquellas islas, y la opinión pública puede apreciar, según el común sentido, el modo con que aquella última representación de la Administración general del Estado en el Archipiélago filipino dió exacto y fiel cumplimiento á los deberes que el honor y los intereses materiales de la Patria le imponían.

¿Anduvieron aquellas Comisiones informadas por un espíritu de pusilanimidad ante el vencedor, en las demandas que á éste presentaban? ¡Ah! no ciertamente. Hemos dicho las nobles energías que los jefes de las Comisiones militares tuvieron que emplear y emplearon para reclamar de las Autoridades de los Estados Unidos la efectividad de los derechos del Estado español en aquellas islas. Los lectores nos perdonarán el arranque, al parecer de pueril vanidad, con que les mo-

leslamos, transcribiendo copia del documento, cuyo texto literal es el siguiente :

« Sr. Presidente de la Comisión oficial de los Estados Unidos. — Señor: En cumplimiento de lo dispuesto por V. E., en el día de hoy se ha dado principio á la entrega á esa Comisión, que V. E. tan dignamente preside, de los documentos que constituyen el Archivo de la extinguida Dirección general de Administración civil. Como quiera que en la atenta comunicación de V. E., en virtud de la que se practica la aludida entrega, so me manifiesta también el deber que tengo de entregar el mobiliario de dicha Dirección y hasta el de la casa particular de los Directores, cuyas funciones por ministerio de la ley asumo yo, vécome en el tristísimo duro trance de consignar mi protesta conforme á derecho.

» Para proceder de esta suerte, me fundo en la letra estricta del Tratado de paz entre España y los Estados Unidos firmado en París el día 10 de Diciembre último. No ignora V. E. que tan luego disfruté la honra de conferenciar con esa Comisión y conocí el texto de dicho Tratado, abrigué y expuse, no una vez, sino en repetidas ocasiones, el concepto que yo tenía de que los mobiliarios de todas las oficinas públicas que enumeraba en mi demanda del 12 de Abril, pertenecían, según la ley á que aludo, al Gobierno de mi Patria. — Mas cuando he tenido en mi poder la letra del Tratado de que me ocupo, escrita en el *Boletín oficial* del Ministerio de Estado, correspondiente al mes de Mayo del corriente, heme visto obligado á hacerme más firme en mi concepto y á declarar según declaro, y resolver según resuelvo, que de sus aplicaciones, por lo que á mí me compete, sólo me desposeerá la fuerza física superior á la endeble con que mi vejez cuenta.

» El art. 8.º del Tratado de paz, debidamente ratificado y canjeado en Wáshington el 10 de Abril del año corriente, dice en sus dos primeros párrafos, literalmente, según la versión española, lo que en copia tengo la honra de acompañar. — Señor: Si después de la lectura de los mencionados párrafos del art. 8.º no hiciese yo la protesta que en estas líneas consigno, llegaría á entender no ser merecedor ni del derecho de ciudadanía en la Patria á la que tengo la honra de servir y el deber de idolatrar.

» Protesto, pues, una vez más de la entrega á que se me obliga de bienes muebles que existen en edificios propios ó alquilados que aun ocupa la Administración española en esta capital, y pido cortésmente, además de la exención para entregar los que se me piden ahora, la re-entrega de aquellos de que se incautaron las fuerzas de los Estados Unidos al ocupar esta plaza, con lo cual podré poner dichos bienes

muebles á disposición del Gobierno de S. M., que es á quien según la letra del Tratado de París le corresponden.

» Manila 28 de Octubre de 1899. — *Manuel Sastrón*. — Sr. Presidente de la Comisión oficial de los Estados Unidos.»

La Comisión de Hacienda de España en Manila, la cual, con la liquidadora que la había precedido, pudo remitir á la Península en tres expediciones documentaciones montantes en peso á 7 toneladas, 2 metros y 1 pie cúbicos; liquidó y satisfizo oportunamente á todos los funcionarios que llegaban á Manila sus haberes devengados, sin que se diera el caso de que por falta de fondos del Erario tuvieran aquellos infelices que detenerse treinta días más en Manila, pues la Comisión sabía cumplir el deber de repatriarlos después de entregarles el saldo á favor de los mismos en las respectivas liquidaciones, acudiendo al crédito personal, y obteniendo de éste sumas bastantes para cubrir aquellos anticipos, que no costaron al Tesoro un solo centavo por el concepto de intereses.

El Sr. D. Raimundo F. Villaverde, Ministro de Hacienda, al cual seguramente España debería su más sólida efectiva regeneración si después de la *débâcle* sufrida hubiera permanecido durante una década en tal departamento, aquel sabio economista, del cual en términos vulgares se puede decir más que de ningún otro que si es un buen recaudador es también un justo y buen pagador, ó, lo que es lo mismo, un celoso defensor del crédito público, remesó á la Comisión de Hacienda de España en Manila los fondos necesarios para satisfacer los aludidos haberes concedidos á los prisioneros funcionarios públicos de todos los órdenes, y la Comisión de Hacienda los hizo efectivos, reintegrándose en seguida de los anticipos que había ésta efectuado. Pero como en esta nuestra gloriosa y desdichada tierra de España, por las impresionabilidades casi morbosas de nuestros temperamentos, las falsas almósieras suelen predominar, ni aun las extensas, conocidas y no por todos apreciadas enterezas do carácter del insigne ex Ministro de Hacienda de quien nos ocupamos (y al cual los funcionarios que constituímos dicha Comisión de Hacienda de España en Manila ni siquiera debemos el acto, que hubiese sido de estricta justicia, de considerarnos funcionarios en activo para incluirnos en los escalafones que el decreto de 6 de Octubre del mismo año 1899 mandó formar, ni que fuésemos satisfechos de nuestros propios haberes devengados en la compensadora forma con que se le abonaron al personal de Marina), bastaron para impedir que, en virtud de aquella falsa atmósfera á que hemos aludido, la Comisión de Hacienda regresase á la Península quedando aún pendientes de liquidación de sus haberes, por

el hecho de conlamar prisioneros, 1106 funcionarios de la Administración eclesiástica y reclamaciones pendientes que con menos apremio habrían podido tal vez ventilarse. Dios sabe cuándo obteudrán éstas resolución y cuándo serán salisfechos aquellos haberes, sagrada deuda que sólo ha dejado de satisfacerse á quienes, como hemos dicho en otra ocasión, sufrieron más tiempo el cautiverio.

Evitamos á nuestros lectores la molestia que experimentarian leyendo cifras y más cifras detallando los conceptos de *Débitos* de nuestro Tesoro, anotados por la Comisión de Hacienda de España en Manila: mas para que la opinión pública pueda juzgar, expondremos como síntesis de los trabajos ejecutados por aquella reducida representación de la extinguida Administración civil española en Filipinas, el siguiente

RESUMEN

El número de expedientes de reclamación tramitados por la Comisión mencionada anotados en su «Libro de débitos», y correlativamente numerados y entregados en el Ministerio de Hacienda, ascendió á 2.171.

	Pesos fuertes.
Por cuantía de	6.691.687,277
Se reconocieron 1.198 reclamaciones importantes . . .	4.647.828,034
De las que se han salisfecho	2.640.656,992

El lector podrá apreciar, después de la expresión de las cifras precedentes, y recordando á la vez cuanto hemos dicho respecto á las dificultades presentadas á la gestión de estas Comisiones civiles, si la labor de las mismas merecía alguna más consideración que la otorgada por el Gobierno de S. M. á quienes tan patrióticamente la llevaron á cabo.

7.º *Guerra americano-filipina.* — Podían existir y existían en torno del jefe de la revolución filipina algunos hombres varios é inconstantes en las opiniones que sustentaban, torciéndolas con frecuencia, no según el capricho, sino siempre en sentido y dirección de lo que á si mismos ante todo interesaba. Aguinaldo, por cuanto se referia á la tierra en que nació, era poseedor de mayores enterezas.

Plaqueó en Biacnabató, es cierto; pero Aguinaldo habia ya gritado «¡independencia!» en 1896. Aguinaldo habiale dicho al pueblo filipino en Junio de 1898: «He proclamado á la faz del mundo entero que la aspiración de toda mi vida, el objetivo final de todos mis alanes y esfuerzos, no es otro sino tu independencia»; habiale dicho á aquel pueblo

filipino en el mes de Agosto del mismo año, diez días antes de que la ciudad de Manila capitulase ante el Ejército americano: «Grabemos en nuestros corazones este sentimiento (el de la independencia), y contra cualquiera potencia que quiera dividir esta tierra filipina, la defendemos y emplearemos todas nuestras fuerzas hasta los últimos momentos de nuestra vida.»

Antes de perderse la soberanía de España, la causa de esta nación gloriosa y desgraciada aun tenía en Filipinas muchos adeptos: con presentarse allí la revolución con gran pujanza, sobre todo desde el segundo levantamiento en armas, no habría logrado triunfo definitivo; mas de cualquier modo que fuere, la aspiración única de dicha revolución fué el logro de la independencia del país.

A pesar de las afirmaciones por muchos hechas con error respecto de las causas que podían asignarse á la revolución filipina, está puesto fuera de duda que la revolución filipina sólo fué generada por el espíritu de independencia que las sectas supieron explotar hasta que se generalizó en toda aquella tierra.

El órgano de más importancia que el Presidente del Gobierno revolucionario contaba entre la prensa filipina escribió en grandes caracteres de letra, en el mes de Enero de 1899, lo siguiente: «Hay que hacer constar que Filipinas se levantó contra España, porque á la altura que había llegado, no obstante las trabas de que era objeto, le era innecesaria ya la tutela de la antigua Metrópoli.»

Los filipinos, pues, sólo querían ser independientes, y creyeron hallar en los Estados Unidos el apoyo necesario y completamente desinteresado para el logro de su ideales. Lo extraño fué que durante tantos meses mantuvieran aquéllos sus acariciadas ilusiones de constituir por tal medio una República libre, reconociendo á lo más el protectorado americano.

Aguinaldo y sus consejeros no veían claro que con el solo hecho de apreciar la esloica indiferencia con que los americanos miraban las resoluciones del Gobierno revolucionario, se obtenía una franca expresión de los planes y propósitos que el Gobierno de la Unión formaría respecto de Filipinas.

Y aun podían Aguinaldo y sus consejeros estimar con exactitud desde otro punto de vista el límite de las concesiones que del Gobierno de los Estados Unidos podían esperar.

Respecto de Filipinas, habíase pronunciado ya en la Casa-Blanca de Wáshington el vocablo «anexión», y aun antes de que el Congreso americano lo elevase á ley, aquel vocablo constituía fuerza de tal para los representantes del Gobierno de los Estados Unidos en Filipinas.

Merrill, el general prestigioso de aquella República, en la que cuen-

ta admiradores no olvidados jamás del renombre por Merritt ganado en las grandes batallas de Gettysbourg, Yellow-Tavern, Sawes Shop, Winchester y Fisher's Hill, así como en la campaña que terminó con la rendición del general Lee, del propio modo que fué la mano derecha de Sheridan, lo fué de Mac-Kinley, y el general Otis, además de ser por igual que Merritt fiel servidor del Gobierno de su nación, vivía identificado por la más íntima personal amistad con el Presidente de la República de los Estados Unidos, á quien acaba de matar el alevoso plomo de un criminal sectario. Con sólo, pues, que los filipinos revolucionarios hubiesen tenido en cuenta la actitud que respecto de ellos guardaban los dos citados jefes del Ejército americano, debían haber deducido la finalidad de la ocupación militar efectuada, aun cuando ésta no se aclarase hasta el 10 de Diciembre, es decir, cuatro meses después de la capitulación de la ciudad de Manila.

Todo ello no obstante, anduvieron los filipinos, si bien más ó menos recelosos, confiados durante seis meses, desde la instauración del Gobierno militar de los Estados Unidos en la capital de las islas, en que al fin y al cabo se les reconocería la independencia suspirada. Mas por los recelos aludidos y á pesar de los deseos de paz que se manifestaban, el Gobierno de Malolos, singularmente después de proclamada la República filipina con grandes festejos, dictó incesantemente medidas preparatorias de la guerra: destacaba en todas direcciones agentes de reclutamiento; organizaba sus fuerzas, instruyéndolas á toda prisa, y las destinaba al refuerzo de las posiciones que tenían ya ocupadas de antemano ó á guarnecer las que se señalaban nuevas, fuera del radio de limitación que los americanos habían trazado respecto de las que éstos ocupaban en Manila y sus contornos.

En el campo de los americanos, aunque se oían también frases de concordia para con los filipinos, se observaban trabajos continuos para el emplazamiento de nuevas baterías en los alrededores de la ciudad murada, y obras y más obras de defensa, como complemento de las que habían sido construidas por los españoles.

Los grandes transportes que procedentes de San Francisco de California fondeaban en la bahía de Manila, no dejaban de conducir tropas y material de guerra, y gran número de caballos y mulas de peso y alzada extraordinarios, admirados y temidos por aquellos naturales, no acostumbrados á ver más que algún ejemplar por rara excepción, y sólo en la capital, de aquellos medios para conducir hombres y cañones á la guerra.

Tales preparativos de una y otra parte, más las diferencias y rozamientos existentes entre ellas por la severa prohibición hecha por los americanos de que los individuos pertenecientes al Ejército filipino

entrasen de uniforme en la capital del Archipiélago, y que en ella funcionase organismo alguno del Gobierno establecido en Malolos; la circunstancia de haber puesto los americanos término á las conferencias que mantuvieron con los filipinos, sin haber llegado á acuerdo alguno respecto de lo que para estos últimos encerraba problema tan serio cual el de la definitiva instauración de la República independiente que deseaban, mantenían la inquietud pública, y se dudaba con fundamento pudieran unos y otros llegar á una inteligencia, basada en concesiones reciprocas, que apartase todo motivo de contienda entre los Gobiernos de Wáshington y el de Malolos.

¿Qué inteligencia podía caber entre uno y otro, cuando el primero tenía el concepto de su estupenda grandeza, tan recientemente reconocida y proclamada por el mundo entero, el cual presenció impávido de qué injusta suerte aquél se apoderó de los extensos territorios coloniales de España, y el Gobierno de Malolos, á quien nadie reconocía, por más esfuerzos que para lograrlo el tal Gobierno practicaba?

No: los americanos, antes y después de la toma de Manila, consideraron siempre tan esencialmente insurrectos á los filipinos en armas como lo habían sido éstos para los españoles, y á su vez los filipinos, en la hipótesis de que los americanos aspiraran á la soberanía de aquel Archipiélago, consideraban á éstos tan enemigos y aun más que á los que acababan de perderla.

Sin embargo, ni el Gobierno militar americano ni el de Malolos producían hecho alguno que aparejase la ruptura inmediata de las hostilidades.

Firmado el Tratado de París, el Gobierno de Wáshington comunicó al general Otis las instrucciones conducentes á la ocupación por el Ejército americano de los principales puertos filipinos, y para cumplimentarlas, el Gobernador militar dispuso una expedición á Iloilo, con el objeto de posesionarse de aquella plaza. A las frases enérgicas con que el jefe de aquella expedición, general Miller, demandó la entrega de dicha plaza, contestaba con otras de negativa no menos resuelta el titulado Presidente del Estado federal de Bisayas, diciéndole á Miller: «Insistimos en nuestra resolución de no consentir ninguna ingerencia extraña sin órdenes expresas del Gobierno central de Luzón, del cual dependemos, y con el cual somos unos en ideales, como lo hemos sido hasta ahora en los sacrificios».

Y sólo por la fuerza de las armas se ocupó Iloilo, y sólo por la acción de aquéllas se ocuparon los demás puertos del Archipiélago.

Ni aun el Tratado de París desalentó en absoluto á los filipinos: aun después de él creían llegar al logro de sus aspiraciones si mantenían la organización político-militar que se habían dado. Y así fué que

á los cuarenta y tres días de haberse firmado ya aquel Tratado, con el cual inverosímilmente se ponía término á la soberanía de España en el Archipiélago para transferirla por cesión de derecho á los Estados Unidos, aun tenía el Gobierno revolucionario la pueril satisfacción de proclamar en Malolos la República filipina. ¡Cuán poco y cuán accidentalmente podía ésta vivir!

En los tres primeros días de Febrero, ningún nuevo síntoma alarmante ofrecía el estado de relaciones entre americanos y tagalos; al revés, más bien se creía haberse suavizado la recíproca recelosa actitud entre unos y otros: se habían reanudado las conferencias, que se habían venido celebrando tranquilamente, aunque sin resultado positivo alguno, como hemos dicho, entre las Comisiones que presidían el abogado D. Florentino Torres por parte de los filipinos y el general Hughes por la de los americanos. En las indicadas fechas, en Malolos sólo se ocupaban los políticos tagalos en comentar favorablemente para sus fines la impresión agradable que, según expresaba en una carta dirigida á D. Emilio Aguinaldo, había recibido el almirante inglés M. Seymour en el paseo que éste había dado recorriendo las provincias de Manila, Pangasinan, Pampanga, Bulacan y Tarlac. En los frecuentes verdaderos accesos de optimismo que los filipinos experimentaban, en cualquier detalle de simple cortesía creían hallar una franca adhesión á la causa que representaban y un apoyo de valimiento para la misma.

A desbaratar por completo los cálculos que en tales optimismos se fundaban, vino la jornada terrible, inicial de la ruptura de hostilidades entre americanos y filipinos.

¿Cómo se produjo ésta? Conocemos ya las causas remotas; la próxima no podía ser más insignificante, cualquiera sea la versión que se acepte de las varias que se dieron en explicación del hecho.

Según una de estas versiones, eran sobre las ocho de la noche del día 4 de Febrero, cuando un soldado filipino intentó atravesar armado una avanzada americana situada en Santamesa (arrabal de Manila). Opusieronse los soldados americanos á tal intento con amenazadora actitud, y el soldado filipino retrocedió presuroso á su puesto; la fuerza filipina que custodiaba éste salió de sus trincheras, presentándose en forma hostil ante la dicha avanzada americana, y aun sin haberse averiguado de donde partió el primer disparo, el hecho fué que, inmediatamente de producido, sonó una descarga cerrada y luego otra, continuando un vivo tiroteo entre los dos destacamentos americano y filipino, extendiéndose el fuego rápidamente á otras avanzadas.

Explicaban los americanos en su *Manila Times* el hecho del rompimiento de las hostilidades, diciendo: que en la citada noche del 4 de

Febrero, un grupo de 40 ó 50 rebeldes trataron de ocupar una posición en las líneas del regimiento de Dakota Sur, como habían hecho algunas veces en noches anteriores. Un cabo y cinco soldados del mencionado regimiento mandáronles volver atrás, y los rebeldes, en vez de retirarse, rodearon á los americanos y les hicieron prisioneros. Al observar esto, soldados del regimiento de Nebraska hicieron fuego contra los rebeldes, apareciendo inmediatamente centenares de éstos, entablándose un encuentro general en toda la línea desde Sanlamesa hasta Balic-Balic, por el Noroeste, y hasta Pasay, en el Sudoeste.

Los habitantes del arrabal de Paco declaraban que el comienzo de la lucha entre americanos y tagalos había tenido lugar en el puente del citado pueblo; en cada extremo de aquel puente había un cuerpo de guardia: americano uno, y filipino el otro; la distancia que los separaba no excedía de 20 metros: al tiempo de hacer el relevo el pelotón de soldados americanos que ocupaban la cabecera del puente más próxima á Manila, quisieron ocupar la posición que los filipinos custodiaban en el otro extremo; y como á ello se opusiera el centinela tagalo, los soldados americanos le maltrataron, acudiendo inmediatamente en su defensa todos los soldados filipinos que componían aquel cuerpo de guardia, á los que los americanos hicieron la descarga que inició el combate general.

No estaría de más poder fijar de parte de quién procedió la agresión inicial del rompimiento de las hostilidades: tanto unos como otros combatientes rechazaban tal responsabilidad; sin embargo, el mencionado *Manila Times*, que es el decano de la nueva prensa americana en Filipinas, decía: «En ambos campos se esperaba romper el fuego de un momento á otro, y ya estaban cansados de esperar; pero es de creer que los rebeldes no tenían pensamiento preconcebido, puesto que en Tondo no comenzó el fuego hasta después de las diez de la noche, mientras que Malate permaneció tranquilo hasta las primeras horas de la madrugada.

Tan luego se dieron los toques de alarma, á las ocho de la noche del día citado, el general Otis dispuso con toda presteza la salida de las tropas necesarias para el refuerzo de las defensas exteriores: este movimiento fué tan rápido, que á las ocho y media estaban ya los regimientos de Nebraska, Colorado, Tennessee, Washington, Idaho y California en los puntos á que eran destinados, y eso que muchos jefes y oficiales americanos tuvieron que vencer, al ir á incorporarse desde sus viviendas á los cuarteles, los ataques de que fueron objeto por los rebeldes en las calles. Los coroneles Colton y Finst tuvieron que hacer fuego desde los carruajes que los conducían al lugar en que se hallaban las fuerzas de su mando contra los insurrectos que los agredie-

ron; lo mismo hubo de ejecutar el general King, que se vió atajado en su camino por un indigena, poco después hecho prisionero en Paco.

El combate iniciado en el arrabal de este nombre ó en Santamesa, que para el caso es igual, se sostuvo generalizado por todas direcciones durante los días 5, 6 y 7.

Enormes agravios hemos recibido los españoles, tanto de los filipinos cuanto de los americanos; mas esta circunstancia no debe conducirnos á dejar de consignar la bravura con que unos y otros combatieron. Tal era el denuedo con que los filipinos atacaban, que durante toda la noche del sábado 4 de Febrero y hasta las ocho de la mañana del domingo, los americanos mantuviéronse á la defensiva; en la hora citada, y después de haber empleado su excelente artillería para batir las posiciones de los filipinos, emprendieron los americanos resueltamente el avance contra los filipinos; fué muy sangriento: sólo á la superioridad numérica y á la distinta calidad de medios de combate cedían los filipinos, contra los cuales, aparte de la violenta acometida de que eran objeto por las fuerzas terrestres, sufrían el cañoneo tremendo de la escuadra Dewey. Situóse éste á bordo del *Olimpia* en el centro de la bahía de Manila, frente á la plaza, y enviando contra los flancos derecho é izquierdo al monitor *Monadnock* y cruceros *Charleston*, *Concord* y *Callao*, la intervención de la escuadra auxiliando á las baterías de tierra y al Ejército fué decisiva. Los americanos ocuparon las posiciones tan formidablemente defendidas por los filipinos en Santa Ana, en San Juan del Monte, en San Felipe Neri, el arrabal de Paco, en cuya iglesia y convento, ocupado por filipinos combatientes y no combatientes, ofreciéronse escenas de terror al producirse voraz incendio en los mencionados edificios, así como en todas las construcciones de materiales ligeros que en el citado arrabal existían. Continuando la lucha, pues mientras los filipinos contaban con municiones de guerra no la abandonaban, durante el domingo y lunes siguientes ocuparon San Pedro Macati y Maitubig, Pasay, Mandaloyan, Balic-Balic, Meypajo y Lijó, destruyéndose por el incendio todas las viviendas de ñipa pertenecientes á la clase pobre de aquellos naturales; pues si los americanos tenían interés en que desapareciese cuanto pudiera servir de parapeto al enemigo, ése lo demostraba en que los americanos en su avance se apoderasen sólo de escombros y ruinas.

Si Mac-Arthur hubo de vencer obstáculos tremendos por el flanco izquierdo hasta Malabón, terrible lucha tuvieron que sostener las fuerzas de King por el derecho.

Ocuparon los americanos, destruyendo también los caseríos de materiales ligeros, los pueblos de Las Piñas, Pineda, Pandacan, Parañaque, Sanlolan y Guadalupe.

Ocupado Malale, fué empeño logrado por las fuerzas de los Estados Unidos continuar en aquella dirección hasta asegurar las comunicaciones terrestres entre Manila y Cavite, operación encomendada al regimiento de Iowa, que, partiendo de Cavite, obtuvo para asegurar aquella el enlace necesario con la columna Ovenshine, que la inició.

Igual propósito revelaron los americanos para posesionarse de los pueblos situados en las márgenes del Pasig hasta la Laguna de Bay.

Malabón y Caloocan quedaron casi destruidos por completo. Los disparos de los barcos y los de la batería Utah fueron muy certeros en estas jornadas, y la fusilería de aquellas compañías de tiradores, siempre á vanguardia, causaron daño inmenso á los filipinos, cuyo vigor para el combate rayó en tales fechas al más alto grado, proporcionando á los americanos ocasión de evidenciar el que éstos poseen, siquiera al graduarlo tan alto haya que tener en cuenta lo que aumentarlo pueda la confianza que deben fundar en lo completo de su organización para la guerra, á la cual van con todo linaje de recursos. En ambos campos se dieron muestras de valor á toda prueba; si Wheaton y Lawton atacaban siempre en la extrema vanguardia de sus fuerzas, hasta perecer el último de los generales mencionados acribillado por las balas filipinas en avances posteriores, también á la cabeza de sus fuerzas combatían Montenegro y Pío del Pilar, al cual solía vérselo colocado de pie sobre las trincheras para animar y dirigir á los suyos.

Los combates á que nos referimos, iniciales de guerra cruda entre americanos y filipinos, causaron un número de bajas que no estaba en relación con la gran importancia que se debía asignar á los mismos, habiendo observado la extensión é intensidad de éstos.

De todas suertes, la sangre derramada pudo ganar el subsuelo de los lugares en que tan lieramente se combatió. Las bajas sufridas por los filipinos, aun sin poder precisarlas aritméticamente, excedieron mucho á la cifra de 2.000, y las de los americanos calculábanse en más de 500.

El señalado triunfo obtenido por el Ejército de los Estados Unidos produjo su natural efecto en los indígenas que poblaban Manila y sus alrededores; mas no extinguió el espíritu belicoso de los filipinos del campo.

Aguinaldo se sinceró ante el general Otis de que la ruptura de hostilidades hubiera partido de él y de su Gobierno: cuando tal ruptura se efectuó, los más prestigiosos generales de la revolución filipina ni estaban siquiera en las líneas que los tagalos ocupaban frente á la ciudad: hallábanse en Malolos y en San Fernando de la Pampanga; pero aun sincerado de la acusación de que pudiera ser objeto después del desastre del 4 de Febrero, continuó, impulsado por el elemento

militar, reclutarlo fuerzas y organizámlas, y procurando medios para continuar la guerra, demostrando al propio tiempo interés en que se concediese una tregua para continuar las negociaciones de paz.

Partiendo de la base del reconocimiento de la independencia, estas negociaciones eran inútiles por de pronto; se han precisado dos años de lucha incesante por todos los puntos cardinales del Archipiélago, á pesar de los elementos de guerra allí acumulados por los Estados Unidos, para que por las capturas hechas en realidad por los americanos en el campo de algunos jefes del Ejército revolucionario, y por otras que, aun practicadas en igual forma, la opinión pública está empeñada, tal vez con fundamento, en que han sido entregas, y por estas mismas con franqueza efectuadas, la revolución filipina ofreciese el decadente aspecto que hoy ofrece; pero la guerra sigue, y todavía los americanos, excepción hecha de Manila y de las principales poblaciones del litoral, hallan dificultades que hacen se parezca más á una ocupación militar su presencia y permanencia en el Archipiélago, que á la plena posesión del mismo, según lo disfrutaban por el derecho después del Tratado de Paris. Aguinaldo está, siquiera sea en jaula de oro, recluso, á pesar de haber suscrito un manifiesto aconsejando al pueblo filipino se cobije bajo la enseña de la nueva soberanía en Filipinas: los consejeros de aquél más renombrados en el orden civil, han aceptado el nuevo orden de cosas; pero el Gobierno de los Estados Unidos en aquellas islas debe saber la importancia efectiva de semejantes profesiones de fe, y si algunos generales de las fuerzas filipinas después de capturados han sido conducidos al destierro, y á otros después de entregados se les confió el mando de provincias en el instaurado recientemente régimen civil, aun quedan en armas algunos de los antiguos caudillos y surgen con frecuencia otros nuevos, así entre tagalos como entre bicoles y bisayas.

El cariño que profesamos á Filipinas no ofusca nuestro entendimiento hasta el punto de pensar y decir que la tenaz oposición hecha por aquellos naturales á la dominación nueva puede lograr éxito, sino al revés, creemos que sólo aparejar puede ruina y desolación en aquella hermosa tierra; mas así y todo, declaramos nuestra firme convicción de que los esfuerzos practicados y que hayan de practicar los americanos para obtener la completa pacificación del país, han de ser de cuantía inconmensurable, comparada con la de aquellos esfuerzos que los españoles practicaron y habrían tenido que practicar para lograrla.

8." *Fundadas legítimas esperanzas que España puede abrigar para el mantenimiento de sus relaciones mercantiles con el territorio que en Oriente*

perdió. — ¡Cuán distinta ora, según el plan que nos habíamos trazado al publicar en 1897 el primer tomo de LA INSURRECCIÓN EN FILIPINAS, reproducido en la primera parte del presente libro, la terminación del mismo! En la hipótesis, para nosotros convicción firme, de que aquella insurrección no habría jamás logrado definitivo triunfo por sí sola, fundábamos nuestra oferta de exponer en este insignificante trabajo todo aquello que nuestro juicio nos señalase como conveniente para el sostenimiento de la santa causa de la integridad del territorio. Perdido éste para España por la complicación de la guerra con los Estados Unidos, la indicada tesis desapareció para nosotros: corresponde desarrollarla á los nuevos dominadores, y bien clara se ve la sencillez del sistema que éstos ponen en práctica para conservar el inmenso territorio que por *cesión* han adquirido: tratar á aquellos naturales con gran rigor mientras están en guerra, y considerarlos como niños en la paz.

Después de los hechos consumados, lo que únicamente en concepto nuestro importa á los españoles es mantener con el Archipiélago filipino las relaciones mercantiles que venían existiendo por modo creciente cada día entre España y aquel vasto territorio. Atentos según lo están siempre los americanos á cuanto les interesa, en este orden más que en otros, bien pudiera ser que el comercio é industria de España sufriera en lo ulterior menoscabo en aquellas islas; mas como quiera que contamos en nuestra producción nacional con artículos muy preferidos á sus similares americanos, legítimas y fundadas son las esperanzas que podemos abrigar de que nuestra importación en Filipinas sea permanente.

Aparte de estas legítimas fundadas esperanzas, es claro que el comercio español sólo tiene al frente un periodo de tiempo de siete á ocho años para acudir á aquel mercado, por nosotros abierto al mundo entero. Este periodo de tiempo está tasado por los artículos 12 y 15 del Tratado de París: es el tiempo que resta del plazo de los diez años fijado para el disfrute de las concesiones reciprocas á que la letra de dichos artículos se contrae.

Dentro del espíritu de la misma, hanse presentado los americanos algo más respetuosos aún con los intereses españoles, por lo menos para mientras transcurra el periodo de tiempo á que aludimos.

La Cámara de Comercio Española de Manila, genuina representación de nuestros intereses mercantiles é industriales, centro cuya gestión asidua en pro de los mismos es merecedora de nuestra gratitud y de las mayores justísimas alabanzas, ha venido obteniendo en su pacífica campaña una serie de señalados triunfos, dada la situación que al comercio de la Península creó el cambio de soberanía en Filipinas.

Supo la Cámara de Comercio Española de Manila demostrar tan evidentemente á las Autoridades americanas el fondo de justicia existente en las reclamaciones por ella presentadas, que el general Otis las resolvió en favor del comercio español, por tan grave crisis agobiado. Igual conducta siguió el general Mac-Arthur, y la Comisión civil, presidida por el hoy Gobernador general de aquellas islas Mr. Taft, hasta solicitó y obtuvo de dicha Cámara luminosos informes antes de procederse á la redacción del proyecto de nuevos Aranceles, que se envió á Wáshington, y que desde los meses próximos de Octubre ó Noviembre regirán en Filipinas.

Al emitir sus informes, base de estos Aranceles, posible es hayan llegado los dignísimos miembros de la Cámara Española de Comercio en Manila al sacrificio de intereses individuales, para ir sólo en busca de éxito para los intereses generales, lo cual por sí solo evidencia el patriotismo en que se inspira aquel centro, representante de nuestro comercio é industria en tan extensa región.

Digna del mayor aplauso es la actividad desdoblada desde su instalación en Manila, en pro de nuestros patrios intereses mercantiles, por el Cónsul general de España en aquella capital, y seguramente resultaría muy provechosa la publicación de los informes que respecto á tales intereses mercantiles é industriales ha emitido al Ministerio de Estado el Excmo. Sr. D. Luis Marinas, que desempeña aquel cargo.

La iniciativa particular y la oficial á que acabamos de aludir viene cumpliendo como buena en su apreciable obra de defender los intereses mercantiles é industriales de España en Filipinas.

Consideramos al propio tiempo seguro que la Compañía Trasatlántica, cuyo patriotismo también más de una vez en las presentes páginas hemos tenido ocasión de ensalzar tan justamente cual merece, ha de ocuparse, si es que no se ha ocupado ya, de alguna reforma en sus tarifas de fletes que sea saludable para el comercio español en Filipinas y para el de todo el del litoral de la Península, si aquella Compañía llega, como creemos ha de llegar en brevísimo plazo, á la unificación de dichas tarifas de flete.

Nuestra importación en Filipinas no ha disminuido ni con mucho. Los fondos recaudados por la Aduana de Manila durante el primer semestre del año próximo pasado fueron los que expresa el cuadro siguiente:

Año 1000. — Primer semestre.

	Pesos fuertes.
Enero.....	841.185,84
Febrero.....	714.197,61
Marzo.....	1.149.901,35
Abril.....	1.089.046,09
Mayo.....	1.329.565,72
Junio.....	1.376.381,40
TOTAL	6.500.368,01

Ahora bien: del importante aumento logrado en esa recaudación aduanera, la mayor suma la satisface el comercio español. Es cierto que los barcos de la Compañía Trasatlántica destinados al servicio de la línea regular de Filipinas, conducen ya á aquellas islas escaso número de pasajeros con relación á las capacidades espléndidas que os-lentan las cámaras de los aludidos buques; pero también es exacto que las bodegas de éstos van abarrotadas de carga, y si hoy acontece así, lo esperado por todo cálculo racional es que desde el día muy próximo, según hemos dicho, en que rijan en aquellas islas los Aranceles nuevos, y por ellos se disfrute de la inmensa rebaja de derechos propuesta para la mayoría de los artículos que constituyen nuestra importación, en vez de disminuir siquiera, se agranden en aquel mercado nuestro comercio é industria.

En Manila subsisten y subsistirán sin duda un buen número de casas españolas de sólida reputación, que vienen operando, tanto por cuenta propia, cuanto en comisión, muy importantemente. Los Aranceles á que hemos aludido, propuestos al Gobierno de Wáshington por la Comisión civil americana en su «Ley proveyendo una renta por derechos de importación y exportación de las islas Filipinas y por derechos de tonelaje y muellaje», contienen para nuestro comercio nacional cifras de verdadera atracción después de estudiar la demanda, y hasta para el fomento de la misma, considerada la rebaja de precios, que podrán lograr artículos de primera necesidad que se hacen hoy imposibles ó poco fáciles de adquirir allí.

Si el proyecto aludido de reforma arancelaria no fuese en definitiva aprobado por el Gobierno de los Estados Unidos, y se hiciese efectivo el rumor que poco há cundió en Manila, por el que en virtud del principio *Constitution follows the flag* (la Constitución sigue á la bandera), hubiera de declararse completamente libre y de cabotaje el comercio entre la República de los Estados Unidos y su territorio adquirido en Filipinas, tampoco los intereses mercantiles españoles podrían su-

frir detrimento alguno durante el tiempo estipulado en el Tratado de París, puesto que en él se establece la identidad de condiciones para el comercio que España y los Estados Unidos hayan de mantener con aquellas posesiones nuestras, que esta República adquirió.

No somos ciertamente optimistas: al revés, las grandes desgracias de la Patria, por nosotros sentidas en los lugares mismos en que se produjeron, nos conducen tal vez inconscientemente á presagiar lo difícil que ha de ser nuestra regeneración, y, por consiguiente, lo lejos que estamos de instaurar y asegurar, en los límites del humano esfuerzo, la tranquilidad y el bienestar de nuestra Patria; mas, aun pensando así, conociendo la predilección demostrada por los americanos en la adquisición de muchos de los artículos de nuestra producción nacional, y la costumbre ya muy arraigada entre los filipinos de emplearlos también para su consumo propio, aun cuando no podamos conservar gran estrechez de vínculos morales ni con unos ni con otros de los que tanto daño nos causaron, consideramos un consuelo para la amargura que todos los españoles debemos experimentar por la pérdida de nuestras antiguas colonias, disponer de un medio, el comercio nacional, por el que, más ó menos tiempo, tal vez indefinidamente, puedan mantenerse y consolidarse, con provecho propio para tal medio y con honor para la Patria á que perlenece, las íntimas relaciones que siempre deben existir entre España y el vasto territorio que en el Oriente perdió.

FIN



ÍNDICE

	Páginas
PROEMIO.....	5

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO. — Síntesis del estado político-social en que los españoles hallaron á los pobladores de las islas Filipinas.....	9
--	---

CAPÍTULO II. — Rápida enumeración de algunos conceptos por los cuales el pueblo filipino debe gratitud eterna y sumisión constante á la dominación española. — 1.º Especial carácter del régimen político instiluido. — 2.º Cristianización de aquel extenso territorio. — 3.º Origen de la propiedad territorial. — 4.º Reclutamiento del ejército indígena. — 5.º Tributación comparada. — 6.º Aprovechamientos forestales. — 7.º Contribuciones industrial y urbana. — 8.º Comercio. — 9.º Presupuestos.....	15
---	----

CAPÍTULO III. — Continúa la enumeración de conceptos de igual indole que los anteriores. — 1.º Instrucción pública. — 2.º Sanidad. — 3.º Beneficencia pública y particular. — 4.º Establecimientos piadosos. — 5.º Monte de Piedad y Caja de Ahorros. — 6.º Vías de comunicación. — 7.º Servicios especiales. — 8.º Administración pública en general. Corporaciones religiosas.....	25
--	----

CAPÍTULO IV. — Periodo preparatorio y prodrómico de la insurrección. — 1.º Masonería. — 2.º Liga filipina. — 3.º Calipunan. — 4.º Síntomas. — 5.º Patrióticas denuncias. — 6.º Verdadero carácter de la insurrección tagala.....	41
--	----

CAPÍTULO V. — Algunos detalles de la insurrección. — 1.º Efecto que produjo entre los españoles peninsulares el descubrimiento de la conjuración tagala. — 2.º Justicia civil y militar. — 3.º Fuerzas del Ejército. — 4.º Alzamiento en armas. Primeros encuentros. — 5.º Creación del Cuerpo de voluntarios de Manila. — 6.º Combates en San Juan del Monte y lugares vecinos. El General segundo cabo D. Bernardo Echaluze. — 7.º Primeras medidas adoptadas por el Gobierno de la Motrópoli. — 8.º Insurrección en Cavite.....	67
--	----

CAPÍTULO VI. — Continúan algunos detalles de la insurrección. — 1.º Sucesos de Nueva Écija. — 2.º Otros acaecimientos. Una proclama de los insurrectos. Servicios de los voluntarios. Escuadra y Capitanía de puerto. Donativos. Medidas para destituir de sus cargos á complicados en la rebelión. Ampliase el decreto de indulto. Combates en Silang y Cavite. — 3.º Decretos del Gobierno general sobre embargo de bienes. — 4.º Refuerzos del interior. Más combates. Bendición y jura de las banderas de los voluntarios. Nuevos documentos referentes al Cutipunan. Preparativos para recibir la primera expedición de tropas procedentes de la Península.....	89
--	----

CAPÍTULO VII. — Principales acaecimientos en el mes de Octubre de 1896. — 1.º Llegada del transatlántico <i>Cataluña</i> . — 2.º Más protestas de adhesión. — 3.º Nuevas prisiones en Camarines. — 4.º Un tren sanitario y otros donativos. En la Pampanga. Conducta de Inglaterra. — 5.º Decreto referente al Excmo. Sr. D. Pedro P. Roxas. — 6.º Combates en las inmediaciones de Cavite. Sucesos varios. — 7.º Llegada del transatlántico <i>Montserrat</i> . Obsequios tributados á los expedicionarios. — 8.º Sigue la propaganda revolucionaria. — 9.º Más incidentes y combates. Nuevos refuerzos peninsulares. — 10. Fiesta del Pilar en Manila. Nuevos acaecimientos. Más fuerzas expedicionarias. Banquete que á las mismas ofreció el escuadrón «Voluntarios de Manila». Combates en Nasugbu, Talisay, Bilog-Bilog y otros lugares. Sucesos en Mindoro. — 11. Política de atracción. Una circular del Gobierno general. — 12. Regresa á España el general Echaluce. Nuevas partidas rebeldes. Sublevación en Mindanao. Conspiración en Joló. — 13. Nombramiento del general Polavieja para el cargo de segundo cabo. Idem de los generales señores Zappino, Lachambre, Cornel y Galbis. — 14. Aspecto de la insurrección al terminar el mes de Octubre.....	103
--	-----

CAPÍTULO VIII. — Síntesis de los principales acaecimientos en el mes de Noviembre de 1896. — 1.º Breves consideraciones acerca del estado de la opinión pública en los primeros días de Noviembre. — 2.º Más tropas peninsulares. Otra vez Rizal en Manila. — 3.º Los rebeldes de Bulacán. Combates en las márgenes del río Nangca y en San Mateo. Más encuentros y otros sucesos y noticias. — 4.º Sale á operaciones sobre Cavite el Capitán general D. Ramón Blanco. Binacayan y Noveleta. — 5.º Toma de Talisay. Guerrillas de San Miguel y San Rafael. El <i>Covadonga</i> . Combates en Santa Cruz de la Laguna, Las Piñas y otros lugares. Idem en Novaliches y en San José de Bulacán. Acción de San Rafael. — 6.º Conspiración en Vigan (Ilocos Sur). La guerrilla del Casino Español. Acaecimientos en los últimos días de este mes.....	125
--	-----

CAPÍTULO IX. — Síntesis de los principales acaecimientos en el mes de Diciembre de 1896. — 1.º El general Ríos al centro de Luzón. Una cartilla sanitaria. Más servicios de los voluntarios. Más combates. — 2.º Asesinato del reverendo P. Cura párroco de Hermosa. — 3.º Llegada del general Polavieja y del alto personal militar que le acompañaba. Toma de posesión del cargo de segundo	
--	--

Cabo. Hipótesis acerca de la contrariedad que pudo sufrir el Marqués de Peña Plata. Nombramiento de Capitán general, General en jefe del Ejército de Filipinas, Gobernador general del Archipiélago, en favor del Marqués de Polavieja. Su toma de posesión del mando, y aboliciones. — 4.º Nuevos encuentros y combates. Causas elevadas á plenario. Donativo de Pangasinán. Otra conjura en la plaza de Cavite. Acción de Meycauayan. — 5.º Despedida del general Blanco. Su espada de honor. Banquete de la colonia inglesa. Á bordo del *León XIII*. — 6.º Decreto del general Polavieja sobre la concentración de barrios. — 7.º Varios combates. — 8.º Nochebuena. — 9.º Una circular del general Polavieja. Su decreto suspendiendo las elecciones municipales 153

CAPÍTULO X. — Continúa la síntesis de los principales acontecimientos en el mes de Diciembre de 1896. — 1.º Asesinato de los RR. PP. Curas párrocos de Morón y Bagec. Combates en aquellos lugares. — 2.º Consejo de guerra para ver y fallar la causa contra D. José Rizal. Sentencia y ejecución de la pena de muerte que se le impuso. — 3.º Otras sentencias y ejecuciones de la misma pena. Importante resolución dictada por el Capitán general, Sr. Marqués de Polavieja, referente á la administración de justicia. — 4.º Otro importante consejo de guerra referente á los de Camurines. — 5.º Conspiración en Bulacán. Consejo de guerra de oficiales generales. Caballos de Australia. Más tropas expedicionarias. — 6.º El general Polavieja visita Cavite y el campamento de Dalabican 177

CAPÍTULO XI. — Continúan detalles de la insurrección y se arguye contra supuestas causas. — 1.º Breves reflexiones acerca del estado de la rebelión tagala al finalizar el año 1896. — 2.º De la proclama separatista hallada en Parañaque. — 3.º Elementales argumentos demostrativos de lo injusto de la proclama anterior. Derechos civiles y políticos. Moralidad administrativa. — 4.º Contra la injusticia de cargos hechos á las órdenes religiosas. — 5.º Más hipótesis acerca de los planes del Capitán general Sr. Marqués de Polavieja. 193

CAPÍTULO XII. — Principales acontecimientos desde 1.º de Enero de 1897 hasta la terminación del mando del general Polavieja. — 1.º Cacarón de Silé. — 2.º Acerca del plan de los rebeldes para el ataque de Manila y Fuerza de Santiago especialmente. — 3.º Operaciones sobre Pasig y Taguig. — 4.º Muchos encuentros y combates en el mes de Enero. — 5.º Operaciones en Febrero, Marzo y primera quincena de Abril. Preparativos para el ataque de la provincia de Cavite. Nueva organización del ejército de operaciones. — 6.º Instrucciones dadas por el General en jefe. — 7.º El General en jefe sale á operaciones. Inicio de las mismas. Marcha del general Lachambre hacia Silang. Combates en Malaquing-ilog y en Munting-ilog. Toma de Silang. — 8.º Operaciones en otras zonas. Toma de Pamplona. Toma de Dasmarinañas. Toma de Salitrán. — 9.º Sedición en Manila. Operaciones en esta y otras líneas. — 10. Continúan las operaciones de la división Lachambre. Combates en el Zapote y en Presa del Molino. Toma de Imus. Toma de Noveleta. Ocupación de Cavite Viejo, Binacayan, Santa Cruz y Rosario. Toma de San Frau-

cisco de Malabún. — 11. Operaciones en las demás zonas. — 12. Enfermedad del General en jefe Excmo. Sr. Marqués de Polavioja. Nómbrase para susluirle en el mando de las islas y de su ejército de operaciones al Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estolla. Nombramiento de Capitán general, Gobernador general del Archipiélago, hasta la llegada del general Primo de Rivera, en favor del Excmo. Sr. D. José Lachambre Domínguez, teniente general. — 13. Entrega del mando y regreso á la Península del Sr. Marqués de Polavioja. — 14. Breves consideraciones al terminar el presente tomo.....	209
--	-----

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO. — Principales acaecimientos desde el 15 de Abril de 1897 hasta 1.º de Julio del mismo año. — 1.º El general Lachambre se hace cargo del Gobierno general de las Islas. — 2.º Llegada del general Primo de Rivera y su toma de posesión del mando superior del Archipiélago. — 3.º Inicia el Marqués de Estolla su gestión político-militar. Los rebeldes en distintas zonas. Nuevo indulto. — 4.º Operaciones en la provincia de Cavite. Algo referente al plan de campaña. — 5.º Toma de Naic. Toma de Amadeo. Toma de Indang. Toma de Méndez Núñez. Toma de Alfonso. Tomas de Maragondón, Ternate, Bailén y Magallanes. — 6.º La provincia de Cavite después de pacificada. — 7.º Otro indulto más. — 8.º La insurrección en otras provincias. — 9.º Toma de Talisay.....	257
--	------------

CAPÍTULO II. — Principales acontecimientos en los meses de Junio y Julio de 1897. — 1.º Optimismos inverosímiles — 2.º Paso de Aguinaldo á la provincia de Bulacán. — 3.º Acción de Puray. — 4.º Aguinaldo desde Bulacán. Más encuentros con los rebeldes. — 5.º Otro indulto. — 6.º Operación de crédito por cuenta del Tesoro de Filipinas. — 7.º Síntesis de los principales sucesos en el mes de Julio. Encuentros y más encuentros. Presentaciones. — 8.º Decreto sobre embargo de bienes.....	270
--	------------

CAPÍTULO III. — Principales acontecimientos durante los meses de Agosto y Septiembre de 1897. — 1.º Reincidencias en Cavite. — 2.º Acción de San Rafael — 3.º Combate de Pantubic. — 4.º Otras refriegas en Bulacán, Batangas y La Laguna. — 5.º Mes de Septiembre. Nueva organización militar para el centro de Luzón. Ataque y toma de Aliaga. — 6.º Más hechos de armas en diferentes zonas — 7.º Operaciones sobre el Camansi. — 8.º Gobierno civil de Manila.....	289
---	------------

CAPÍTULO IV. — Principales acontecimientos durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre de 1897. — 1.º En el mes de Octubre Varios hechos de armas en Tarlac, Pangasinán y otras provincias. — 2.º Combato en San Pablo, provincia de La Laguna. Ataque de Norzagaray. Idem de Baler. Idem de Táy. — 3.º Generalidades. — 4.º Recluta voluntaria. — 5.º En Noviembre. Alto personal	
---	--

militar. Encuentros y combates. — 6.º Acción del Camansi. — 7.º Cambio de política. — 8.º En Diciembre. Nuevas operaciones preliminares. Tomo de Minuyon... 299

CAPÍTULO V. — Biacnabató..... 311

CAPÍTULO VI. — Principales acontecimientos en los meses de Enero y Febrero de 1898. — 1.º En el mes de Enero. Primeros efectos de la paz de Biacnabató y otros hechos relacionados con la misma. Entrega de armas. — 2.º Festejos públicos. Homenaje de gratitud. Batallón mixto. — 3.º En Febrero. Obsequio al regimiento núm. 73. Gran incendio en el arrabal de Binondo. — 4.º *Los talisanes* cortan la vía férrea de Dagupan. Creación del batallón de Guías rurales. — 5.º Manifiesto-programa de los filipinos reformistas residentes en Madrid..... 327

CAPÍTULO VII. — Principales acontecimientos en el mes de Marzo de 1898. — 1.º Sublevación en la provincia de Zambales. Alzamiento de los pueblos del Norte de la misma. — 2.º Operaciones militares. Combates y ocupación de los pueblos de Balincaguin, Alaminos, San Isidro, Alós, Beni y Bolinao. Combates de Alimburrayan. — 3.º Nuevas conspiraciones en Manila. Malestar de las demás provincias de Luzón. Gobernadores civiles electos. — 4.º La insurrección en Ilocos..... 337

CAPÍTULO VIII. — Principales acontecimientos del mes de Abril de 1898. — 1.º Continúa la insurrección de los tagalos. Gravo estado de la provincia de Bulacán. Secuestros y asesinatos cometidos en las personas de religiosos y seglares. — 2.º El movimiento revolucionario aumenta. Varios hechos de armas. Combates en los montes de Mangatarem. Asesinatos en la Pampanga. — 3.º Graves sucesos de Cebú. Expedición del general Fernández Tejeiro, nombrado Comandante general de operaciones en Bisayas. Sublevación en otros pueblos de las mismas islas. — 4.º Patriótica manifestación de las Órdenes religiosas..... 351

CAPÍTULO IX. — Continúan los gravísimos acontecimientos del mes de Abril de 1898. — 1.º Inaugúrase el tan occidentalizado mando del general Augustin. — 2.º Regresa a la Península el Marqués de Estella. — 3.º Conócese la ruptura de relaciones con los Estados Unidos de América y la inmediata declaración de guerra. — 4.º Primeros efectos en estas islas de tan extraordinario acontecimiento. — 5.º Medidas adoptadas para la defensa del territorio. — 6.º Orden general del día 27 de Abril de 1898. — 7.º Preparativos para la defensa de la plaza de Cavite. Arsenal y bahía de Manila. — 8.º Paréntesis oportuno. Planes de defensa irrealizados. 363

CAPÍTULO X. — Continúan los acontecimientos del mes de Abril de 1898. — 1.º La escuadra española abandona las aguas de Cavite y boina de Manila, marchando a Subic. Retorno de la misma para librar en el primer puerto citado el combate de 1.º de Mayo. — 2.º La escuadra americana al mando de Dewey abandona la bahía de Mirs y viene contra Filipinas. — 3.º Cuadro comparativo entre las escuadras española y americana..... 379

CAPÍTULO XI. — Principales acontecimientos del mes de Mayo de 1898 —	
1.º Entrada de la escuadra americana en la bahía de Manila. Reconocimiento practicado por aquélla. Su formación en línea de combate frente á Manila y Cavite. — 2.º Triste expectación y últimos preparativos en la plaza. — 3.º Línea de combate de la escuadra española. — 4.º Combate naval. — 5.º Batería de Punta Sangley. — 6.º Nuevo ataque de la escuadra americana á los restos informes de la española. — 7.º Destrucción del <i>Isla de Mindanao</i> . — 8.º Consideraciones generales. — 9.º ¿Quién cometió torpezas?.....	385
CAPÍTULO XII. — Continúa la síntesis de los principales acontecimientos en el mes de Mayo de 1898. —	
1.º Entrega del arsenal. Saqueo en el mismo llevado á cabo por las turbas tagalas. — 2.º Evacuación de la plaza de Cavite. — 3.º Otro saqueo ejecutado por las mismas turbas filipinas en la plaza de Cavite. — 4.º Primeros efectos de la honda impresión general causada por el desastre de Cavite. — 5.º Excepcional servicio de los leales voluntarios. — 6.º Falsa reacción. — 7.º Junta de Autoridades. — 8.º Asamblea consultiva. — 9.º Milicias filipinas. — 10. Comienzan á sentirse los efectos del bloqueo. — 11. La ciudad murada se despuebla. Barcos extranjeros y nacionales	399
CAPÍTULO XIII. — Continúan los acontecimientos de Mayo de 1898. —	
1.º Emilio Aguinaldo cambia radicalmente su itinerario, y en vez de ir á Europa, emprende desde Singapoore su vuelta á la tierra filipina. — 2.º Sus proclamas desde Cavite. Erígese en dictador. — 3.º Sus primeros decretos. — 4.º Crítica situación de las fuerzas españolas en Cavite. Alzamiento general de los tagalos, cayendo aquéllas en poder del enemigo.....	415
CAPÍTULO XIV. — Continúan los acontecimientos de Mayo de 1898. —	
1.º Modo y forma con que los rebeldes tagalos trataron á los primeros prisioneros de nuestro Ejército. — 2.º Últimas esperanzas y postreras decepciones. — 3.º Inauguración de la Asamblea consultiva. — 4.º Manifiesto Paterno. — 5.º Los insurrectos de Cavite se apoderan de nuestra línea del Zapote-Bacoar.....	429
CAPÍTULO XV. — Principales acontecimientos durante el mes de Junio de 1898.	
SITIO DE MANILA. — 1.º El bloqueo de Manila se convierte en sitio. — 2.º Línea exterior de defensa. — 3.º Líneas interiores. — 4.º Artillado de la plaza. — 5.º Ataques de los sitiadores á nuestra línea exterior. Fundada alarma del 5 de Junio. — 6.º Sublevación de la Pampanga. La familia Augustin. Malograda expedición de la brigada Monet.....	439
CAPÍTULO XVI. — Continúa el sitio de Manila. — Principales acontecimientos en el mismo mes de Junio de 1898. —	
1.º Emilio Aguinaldo proclama la independencia de Filipinas. Carta de Buencamino al general Augustin. — 2.º Decretos dictatoriales estableciendo el régimen político-administrativo. — 3.º El dictador decreta la constitución del Gobierno revolucionario. — 4.º Últimas demandas	

de los reformistas. — 5.º Zona neutral. Señalado humanitario servicio prestado por el buque alemán *Kaiser*. -- 6.º Fuerzas americanas desembarcan por Maytubig y acampan frente á nuestras posiciones de San Antonio Abad..... 459

CAPÍTULO XVII. — Continúa el sitio de Manila. — Principales acontecimientos del mes de Julio de 1898. — 1.º Comienza la escasez de víveres en la plaza. Privación de las aguas de Carriedo. — 2.º El *Compañía de Filipinas*, con bandera insurrecta, se presenta en la bahía de Manda y se pone al amparo de la escuadra americana. — 3.º Ataques á nuestras líneas de defensa exterior durante el mes de Julio. — 4.º Explosibles y funestos desahucios..... 469

CAPÍTULO XVIII. — Los americanos y los tagalos se disponen al ataque decisivo para la toma de la ciudad de Manila. — 1.º Continúan los infructuosos ataques del enemigo á nuestras líneas de defensa. — 2.º Manifiesta disidencia entre las fuerzas aliadas contra España. — 3.º Releva del general Augustin. Bando del general Jáudenes. — 4.º Orden general del Ejército americano, organizando las dos brigadas destinadas al ataque de la ciudad de Manila. — 5.º El general Merrit y el almirante Dewey intiman la rendición de la plaza. Respuesta negativa. Petición humanitaria desechada por los jefes del Ejército de los Estados Unidos. — 6.º Bando del general Jáudenes. Tristísimo aspecto de la ciudad sitiada. — 7.º Los tagalos refuerzan su cerco contra Manila. -- 8.º La escuadra americana y las tropas de Merrit toman posiciones para el inmediato ataque á la ciudad. Órdenes transmitidas por el general Anderson al jefe de las fuerzas filipinas para que no entrasen en la ciudad sitiada..... 481

CAPÍTULO XIX. — Triste fin de hecho de la soberanía de España en Filipinas. — 1.º Breve aunque rudo combate preliminar. — 2.º Dos horas de calma. Ataque decisivo, iniciado y sostenido por la escuadra americana, reanudándolo á la vez las fuerzas terrestres del Ejército de los Estados Unidos y las filipinas revolucionarias. -- 3.º Retirada poco metódica de las tropas españolas que ocupaban la primera línea de defensa en el sector derecho. Vano esfuerzo para que éstas defendiesen la segunda línea. — 4.º El almirante Dewey iza en el *Olimpia* la señal correspondiente, dirigida á la plaza, para que ésta se rindiese á discreción. Bandera de parlamento. — 5.º Avance de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas á retaguardia de las primeras. Las tropas españolas del primer sector entran irregularmente en la ciudad murada. — 6.º Entregan sus armas. — 7.º Capitulación de la plaza. — 8.º Imperecedera impresión recibida por los capitulados al ver arriarse en el Ayuntamiento de Manila la bandera española é izarse en su sustitución la de los Estados Unidos. Tristes comentarios..... 497

CAPÍTULO XX. — Después de la capitulación — 1.º Triste despertar de los capitulados. -- 2.º Retirada de las últimas fuerzas españolas. — 3.º Proceder de las tropas americanas y de las fuerzas filipinas revolucionarias. -- 4.º Primeras medidas adoptadas por el ejército ocupante en la ciudad de Manila. — 5.º Los americanos se

incautan de los fondos públicos y de las dependencias del Estado. — 6.º Gobierno general en Bisayas y Mindanao.....	511
---	-----

CAPÍTULO XXI. — 1.º Los revolucionarios filipinos se apoderan de las distintas provincias del Archipiélago. — 2.º Las fuerzas americanas se posesionan de la isla de Guam, del grupo de las Marianas. — 3.º Prisioneros españoles. Múltiples infructuosos esfuerzos practicados para obtener su libertad. — 4.º Repatriación. — 5.º Tratado de París. — 6.º Comisiones para liquidar los derechos del Tesoro español en Filipinas. — 7.º Guerra americano-filipina. — 8.º Fundadas legítimas esperanzas que España puede abrigar para el mantenimiento de sus relaciones mercantiles con el territorio que en Oriente perdió.....	529
--	------------

PLANOS

Plano de Biacnabató.....	312
— de la costa de la bahía de Manila entre ésta y Cavile, y líneas adoptadas por las escuadras española y americana para el combate do 1.º de Mayo	388
— de Manila y su zona de defensa.....	444
— de señales para comunicarse entre sí los fuertes de la línea de defensa.....	448

